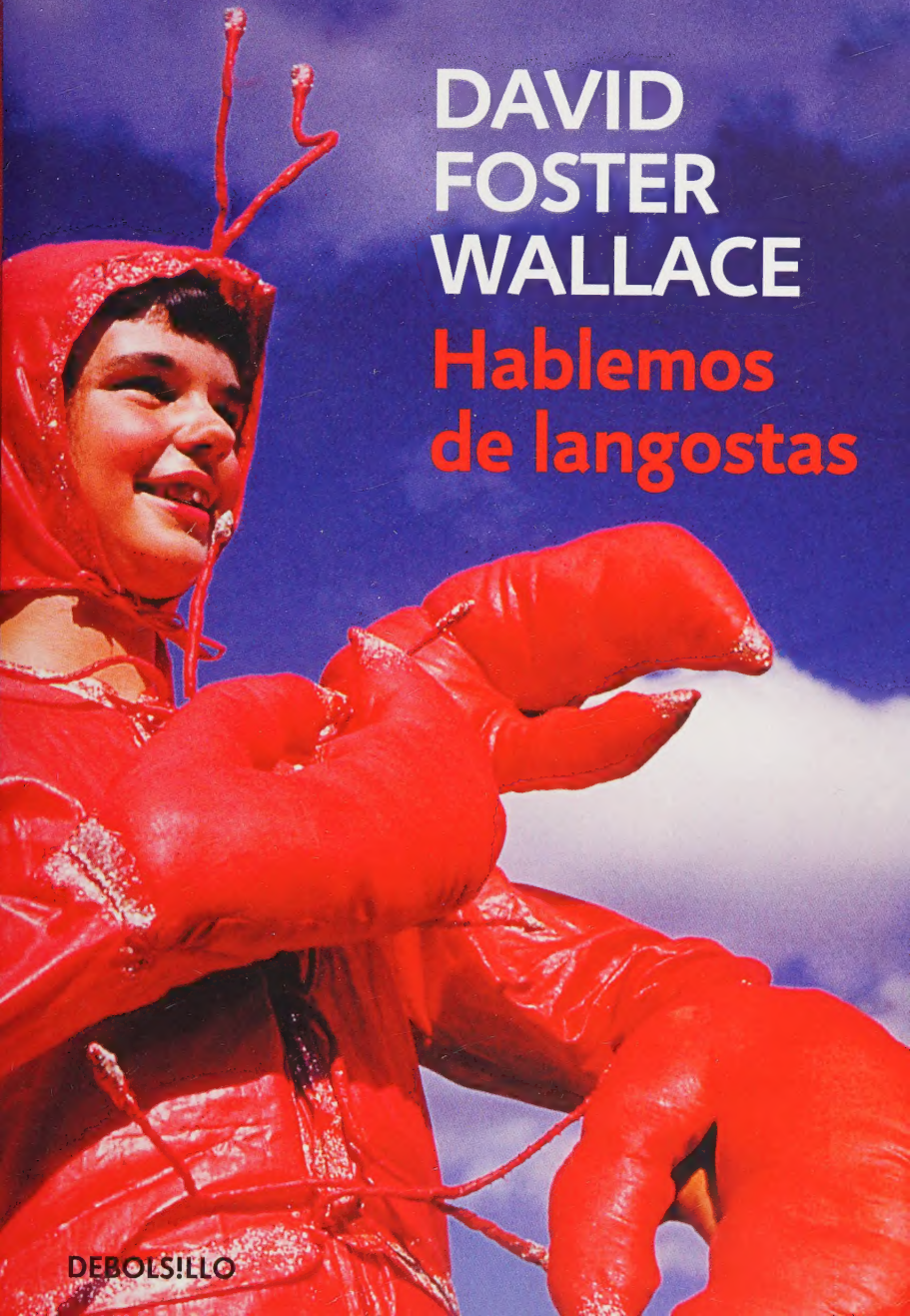
Contemporánea

DAVID FOSTER WALLACE

Hablemos de langostas



DEBOLSILLO


Digitized by the Internet Archive
in 2022 with funding from
Kahle/Austin Foundation

https://archive.org/details/hablemosdelangos0000unse

Contemporánea

David Foster Wallace (1962-2008) ha sido para muchos el novelista más importante de su generación. *The Broom of the System* (1986) significó su debut, y tres años más tarde publicó *La niña del pelo raro* (1989), relatos con los que captó la atención de la crítica. Su siguiente obra fue la monumental y reconocida novela *La broma infinita* (1996), que ha sido considerada por la revista *Time* una de las cien mejores novelas escritas en lengua inglesa. A esta siguieron las colecciones de relatos *Entrevistas breves con hombres repulsivos* (1999) y *Extinción* (2004), así como los libros de no ficción *Algo supuestamente divertido que nunca volveré a hacer* (1997) y *Hablemos de langostas* (2005). En 2011 se publicó su novela póstuma, *El rey pálido.*

David Foster Wallace

Hablemos de langostas

Traducción de
Javier Calvo

DEBOLSILLO

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Título original: *Consider the Lobster*

Tercera edición: septiembre de 2014
Cuarta reimpresión: diciembre de 2020

© 2006, David Foster Wallace
© 2007, de la edición en castellano para todo el mundo:
Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2007, Javier Calvo, por la traducción

Los siguientes textos han sido originalmente publicados –editados, muy editados o en última instancia expurgados– en los siguientes libros y periódicos. N.B.: Cuando es importante para el ensayo que el autor estuviera escribiendo para una publicación en particular –por ejemplo, cuando el nombre de la revista que había encargado el texto sigue apareciendo de forma que no se puede cambiar sin estropear todo el texto–, el artículo está marcado con un asterisco. El único caso en que el texto había sido escrito como discurso, y otro texto en el que el artículo original aparecía con dos seudónimos y que ahora, por razones extrañas y difíciles de explicar, no funciona si los términos «nosotros» y «sus corresponsales» se ponen en singular, son también marcados con lo que creo que se llaman «cruces».

*† «Gran hijo rojo» en *Premiere*.
«Ciertamente el final de alguna cosa, o por lo menos eso es lo que a uno le da por pensar», en el *New York Observer* y en el *The Anchor Essay Annual: The Best of 1998*.
† «Algunos comentarios sobre lo gracioso que es Kafka, de los cuales probablemente no he quitado bastante» y * «La autoridad y el uso del inglés americano», en *Harper's*.
«La vista desde la casa de la señora Thompson» y *«Arriba, Simba» en *Rolling Stone*.
«Cómo Tracy Austin me rompió el corazón», en *Philadelphia Enquirer*.
*«Hablemos de langostas», en *Gourmet* y en *The Best American Essays* 2005.
«El Dostoievski de Joseph Frank», en *Village Voice Literary Supplement*.
* (por lo menos un trocito) «Presentador», en *Atlantic Monthly*.

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva.
Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-8450-688-1
Depósito legal: B-41.114-2011

Compuesto en La Nueva Edimac, S. L

Impreso en Prodigitalk, S. L.

P80688A

Para Bonnie Nadell

GRAN HIJO ROJO

La Academia Americana de Medicina de Urgencias lo confirma: entre una y dos docenas de hombres adultos americanos ingresan todos los años en urgencias después de haberse castrado a sí mismos. Normalmente con utensilios de cocina, y a veces con cortaalambres. A modo de respuesta a la pregunta obvia, los pacientes que sobreviven a menudo explican que sus deseos sexuales se habían convertido para ellos en una fuente de conflicto y ansiedad intolerables. El deseo de un alivio perfecto, unido a la imposibilidad en el mundo real de obtener ese alivio perfecto y de obtenerlo en el momento deseado, les habían producido una tensión que ya no podían soportar.

Es a los hombres de más de treinta años con problemas de testosterona cuyos casos se han documentado en los dos últimos años a los que estos enviados especiales desean dedicar el presente artículo. Y a aquellas almas atormentadas que se estén planteando la autocastración en 1998 deseamos decirles: «¡Alto! ¡Quita esa mano! ¡Deja en paz esos utensilios de cocina y/o cortaalambres!». Porque creemos haber encontrado una alternativa.

Todas las primaveras, la Academia de las Artes y de las Ciencias Cinematográficas presenta sus premios a los logros más significativos en todos los aspectos del cine comercial. Se trata de los Premios de la Academia. El cine comercial es una de las industrias más importantes de Estados Unidos, igual que los Premios de la Academia. El célebre comercialismo e hipocresía de los Oscar asquea a muchos de los millones y millones y millones de

espectadores que sintonizan su emisión en plena hora de máxima audiencia para ver las presentaciones. No es coincidencia que la ceremonia de los Oscar tenga lugar durante la Semana de Sondeos de la televisión. Casi todos la ponemos, a pesar de lo grotesco que resulta ver a una industria felicitándose a sí misma por fingir que todavía es una forma de arte, oír a gente con vestidos de cinco mil dólares invocar pomposos tópicos de sorpresa y humildad escritos por publicistas, etcétera –todo ese rollo cínico posmoderno–, y sin embargo parece que todos la miramos. A todos parece importarnos. Por mucho que duela la hipocresía, por mucho que los ingresos brutos de los estrenos y las estrategias de marketing ya sean más noticia que las películas en sí mismas, por mucho que Cannes y Sundance se hayan convertido en nada más que zonas empresariales. Pero la verdad es que la cosa ya no entraña más diversión genuina que esa. Y lo que es peor, parece haber una enorme conspiración implícita en virtud de la cual todos seguimos fingiendo que la cosa es divertida. Que nos hace gracia que Bob Dole haga un anuncio de Visa y que Gorbachev se haga pasar por cliente entusiasta de Pizza Hut. Que toda la cultura de la fama comercial vaya como loca por hacer dinero y al mismo tiempo se felicite a sí misma por fingir que no va a por el dinero. En el fondo, sin embargo, sabemos que es todo una mierda.

Estos enviados especiales les ofrecen humildemente una alternativa.

Todos los años por enero, la ciudad menos pretenciosa de América acoge los premios anuales de AVN. AVN son las siglas de *Adult Video News*, que viene a ser como la revista *Variety* de la industria americana del porno. Cada número de esta revista gruesa y de precioso diseño cuesta 7,95$, tiene un ochenta por ciento de anuncios y está claramente dirigido a los minoristas de vídeos para adultos. Tiene una tirada de unos cuarenta mil ejemplares.

Aunque son legendarios los turbios caprichos de la contabilidad de la industria del ocio, es universalmente sabido que la

industria americana del cine para adultos, con unas ganancias anuales de entre trescientos cincuenta mil y cuatrocientos mil millones de dólares en conceptos de ventas, alquileres, cuotas de cable e ingresos por cabinas de videomasturbación, es una máquina de hacer dinero todavía más grande y eficaz que el cine americano comercial legítimo (cuyos ingresos brutos anuales se suelen estimar entre doscientos y doscientos mil millones de dólares). La industria del cine para adultos americana tiene su centro en el valle de San Fernando, Los Ángeles, justo al otro lado de las montañas de Hollywood.[1] A algunos expertos les gusta llamar a la industria del cine para adultos el Gemelo Oscuro de Hollywood, mientras que otros la llaman el Gran Hijo Rojo del cine comercial.

No es ningún accidente que *Adult Video News* –una publicación lujosa y cara cuyos artículos son en realidad más bien publirreportajes– y sus premios anuales nacieran ambos en 1982. El principio de la década de 1980, al fin y al cabo, vio la génesis de los reproductores de vídeo y del alquiler de vídeo doméstico, que hicieron por la industria del cine para adultos más o menos lo que la tele hizo por el fútbol americano profesional.

Del comunicado de prensa que emitió AVN con fecha del 11 de diciembre de 1997 (y que se puede visitar en www.avn.com):

- Hoy se han anunciado[2] las nominaciones de los Decimoquintos Premios Anuales de AVN. El espectáculo de los premios de este año, que conmemoran el decimoquinto aniversario de AVN, es una celebración de la «Historia» [*sic*].
- Los premios se presentarán divididos en 106 categorías, lo cual constituye un récord, a lo largo de un período de dos noches.
- La industria del cine para adultos ha emitido [*sic*] casi 8.000 productos en 1997, incluyendo 4.000 productos «nuevos» (que no

1. Una productora de porno, Caballero Home Video, tiene su sede central en un enorme dúplex de Van Nuys cuya otra mitad es el estudio de sonido de *Sensación de vivir*.

2. El modo impersonal aquí resulta un poco falso: es el propio comunicado el que las anuncia.

son recopilaciones). AVN ha publicado reseñas de todos los nuevos lanzamientos en todas las categorías [*sic*] durante este año pasado, registrando más de 30.000 escenas de sexo.[3]

- En comparación, el año pasado hubo aproximadamente 375 películas que reunieron los requisitos para ser candidatas a los Premios de la Academia, y que esos votantes [*sic*: se supone que se están refiriendo a unos votantes distintos a los de AVN] tuvieron que ver. La AVN tuvo que ver más de diez veces más productos a fin de preparar estas nominaciones [*sic* por el lenguaje y las repeticiones, aunque 4.000 dividido por 375 ciertamente da más de diez].

Del discurso del señor Tom Byron al recibir su premio el sábado 10 de enero de 1998, en el salón de actos del Caesars Forum, Hotel y Complejo de Casinos Caesars Palace, Las Vegas, Nevada, después de ganar el Premio de AVN al Mejor Actor Masculino 1998 (y dicho con sentimiento considerable): «Quiero dar las gracias a todas las mujeres preciosas a las que les he metido la polla». [Risas, aplausos, ovación.]

Del discurso de la señorita Jeanna Fine al recibir su premio en ídem, después de ganar el Premio de AVN a la Mejor Actriz

3. A una media digamos de noventa minutos por película, esto quiere decir que hay una persona o personas que han dedicado 1,4 años de visionado continuo de porno. Ahí está la alternativa para los hombres americanos tan torturados por el deseo carnal que sienten la tentación de autocastrarse: pueden presentarse voluntarios como jueces para los Premios de AVN y pasarse 1,4 años mirando sin descanso lo último en vídeo para adultos. Les garantizamos que después de eso nunca más van a querer ver ni oír ni practicar ni volver a pensar en sexualidad humana. Créannos ustedes. Los cinco periodistas (masculinos) de publicaciones marginales asignados a cubrir los Premios de AVN de 1998 se muestran de acuerdo: el mero hecho de mirar la docena aproximada de «grandes producciones» o títulos «más importantes» del año del cine para adultos –*Bad Wives, Zazel, A Week and a Half in the Life of a Prostitute, Miscreants, New Wave Hookers 5, Seduce & Destroy, Buttman in Barcelona, Gluteus to the Maximus*– nos ha freído a todos la placa base de las glándulas. Para cuando acaba el fin de semana de los premios, ya ninguno de nosotros tiene erecciones biológicamente normales de esas que se tienen a primera hora de la mañana o al hacer un trayecto lleno de baches en autobús. Y cuando se nos acercan miembros del sexo opuesto aunque sea de forma inocente, todos nos apartamos igual que uno se aparta de las llamas (lo cual convierte a nuestro grupo en un espectáculo extraño y difícil a la hora del desayuno, de acuerdo con nuestra camarera del domingo por la mañana).

de Reparto 1998 por su papel en *Miscreants* de Rob Black: «Caray, ¿este por cuál es, por *Miscreants*? Caray, esa es otra en la que leí el guión y dije: "Oh, mierda, voy a ir al infierno. [Risas, aplausos.] ¡Pero no pasa nada, porque todas mis amigas también estarán allí!"». [Enorme oleada de risas, ovaciones y aplausos.]

De las bromas entre premios del señor Bobby Slayton, humorista profesional y maestro de ceremonias de los Premios de AVN de 1997: «Ya sé que estoy guapo, como que parezco más joven, porque he empezado a usar la fórmula especial Grecian: cada vez que me encuentro una cana, le doy a mi mujer por el culo. [Ninguna risa, gemidos dispersos.] Idos a la mierda. Era un chiste genial. Idos a la mierda».

Bobby Slayton, un imitador de Dice Clay con voz cazallosa que no paraba de presentar a todas las actrices como «la mujer por la que me voy a cortar la polla», y que asombró a todos los periodistas de publicaciones marginales que habían asistido tanto por su falta de gracia como por su parecido con todos los camellos de coca de complejo de apartamentos que habíamos conocido en nuestras vidas, está felizmente ausente de la gala de los premios de 1998. El presentador de 1998 es un tal Robert Schimmel, veterano de *In Living Color* y habitual del programa de Howard Stern. Schimmel se parece a Wallace Shawn pero en depravado y muy bronceado, y no es menos soez que B. Slayton, pero lo hace mucho mejor. Uno de sus números es una pantomima de alguien que intenta tener relaciones sexuales con una muñeca hinchable que no ha hinchado del todo porque le daba pereza. También señala el contraste entre la lamentable escasez de sus propias eyaculaciones con los contundentes orgasmos de ciertos actores bien conocidos,[4] comparando las eyaculaciones de esos hombres con aspersores de jardín y haciendo una extraña imitación sonora de estos. Todos los periodistas de publicaciones marginales de 1998 están sentados juntos en la Mesa 189 al fondo del todo del salón de actos. La mayoría de ellos trabajan para esas revistas para hombres que se encuentran precinta-

4. (El señor Peter North, en particular, descarga algo que se parece más a los disparos de mortero que a las emisiones biológicas.)

das detrás de los mostradores de las tiendas de barrio, y forman una pandilla con mucho mundo a sus espaldas, a pesar de lo cual Schimmel consigue que un par de ellos –cuyos nombres de guerra son Harold Hecuba y Dick Filth– se rían tan fuerte que la gente de la mesa de Anabolic Video que queda cerca de la nuestra no para de mirarnos con cara de fastidio. En un momento dado de un chiste sobre eyaculación precoz, Dick Filth llega al punto de atragantarse con un rollito de California.

... Pero todo esto tiene lugar el sábado por la noche, durante el evento central. Y hay muchas celebraciones antes del clímax del sábado.

La industria del cine para adultos es vulgar. ¿Quién puede no estar de acuerdo? Una de las categorías de los Premios de AVN es «Mejor Película de Temática Anal»; otra es «Mejor Campaña General de Marketing-Imagen de Empresa». *Irresistible*, película ganadora en varias categorías de 1983, hace quince años que aparece escrita como «*Irresistable*» en *Adult Video News*. La industria no es solamente vulgar, sino que lo es de forma *previsible*. Todos los tópicos son ciertos. El típico productor de porno es realmente un hombrecillo feo con un tupé de mal gusto y un anillo en el meñique del tamaño de una pastilla de Rolaids. El típico director de porno es realmente un tipo que usa la palabra «clase» como sinónimo de refinamiento. La típica estrella femenina de porno es realmente una mujer con vestido de noche de licra y tatuajes por todos los brazos que fuma y masca chicle a la vez mientras les cuenta a los periodistas lo agradecida que está a Wadcutter Productions Ltd. por hacerse cargo de la factura de su aumento de pechos. Y lo dice en serio. Todo el fin de semana de los Premios de AVN constituye lo que el señor Dick Filth llama una Zona Libre de Ironía.

Pero, por supuesto, tenemos que recordar siempre que «vulgar» tiene muchas definiciones en el diccionario y que solo un par de ellas están relacionadas con la grosería o el mal gusto. Etimológicamente hablando, «vulgar» solo quiere decir popular a escala masiva. Es el opuesto semántico de «pretencioso» o

«esnob». Es la humildad con el pelo peinado sobre la calva. Son los índices de audiencia Nielsen y el axioma de Barnum y el verdadero balance final. Es un negocio gigantesco.

El actor porno de treinta y cuatro años Cal Jammer se suicidó en 1995. Las estrellas femeninas Shauna Grant, Nancy Kelly, Alex Jordan y Savannah se han suicidado durante la última década. Savannah y Jordan recibieron los premios a la Mejor Actriz Debutante en 1991 y 1992, respectivamente. Savannah se suicidó después de quedar ligeramente desfigurada en un accidente de coche. Alex Jordan es famosa por haber dirigido su nota de suicidio a su pájaro. El técnico de rodaje y actor Israel González se suicidó en un almacén de una empresa de porno en 1997.

Un grupo de apoyo con sede en Los Ángeles llamado PAW (Protecting Adult Welfare, es decir, «Protección del Bienestar de Adultos») tiene una línea telefónica de emergencia de veinticuatro horas para gente que trabaja en la industria del cine para adultos. El noviembre pasado se llevó a cabo un evento destinado a recaudar fondos para la PAW en la bolera de Mission Hills, California. Era un torneo de bolos nudista. Docenas de estrellas femeninas aceptaron participar. Asistieron dos o tres centenares de fans del vídeo para adultos que pagaron por verlas jugar desnudas a los bolos. No participaron ni dieron dinero ninguna productora ni tampoco ejecutivos de las mismas. El evento recaudó seis mil dólares, que es un poco menos que dos millonésimas partes de los ingresos brutos anuales del porno.

Tal como sabrán ustedes si han visto *Casino*, *Showgirls*, *Bugsy*, etcétera, en realidad existen tres Las Vegas distintas. El Binion's, donde siempre se juega la serie mundial de póquer, es el ejemplo del «Viejo Las Vegas», que tiene su centro en la calle Fremont. El futuro de Las Vegas se encuentra todavía hoy en las últimas fases de construcción en el mismo extremo del Strip, en las afueras de la ciudad (donde siempre se erigen los centros comerciales

americanos); va a ser un grupo de locales «para toda la familia», tipo parque temático, de esos que De Niro describe de forma tan plañidera al final de *Casino*.

Pero el Las Vegas que todos tenemos en mente, Las Vegas en tanto que Las Vegas, comprende la docena aproximada de hoteles que flanquean el centro del Strip. *Vegas Populi*: los hoteles opulentos, intrincados, chabacanos y estéticamente decadentes, las cátedras del juego, de las fiestas y de ese ocio en directo donde se balancea mucho el micrófono. El Sands. El Sahara. El Stardust. El MGM Grand, el Maxim. Todos en un radio pequeño. El gasto anual en neón alcanza las siete cifras. El Harrah's, el Casino Royale (que tiene pegado su enorme Denny's abierto las veinticuatro horas), el Flamingo Hilton, el Imperial Palace. El Mirage, con su gran catarata escalonada y siempre iluminada. El Circus Circus. El Treasure Island, con su intrincada fachada de cubiertas y jarcias y palos de mesana y amantillos. El Luxor, que tiene forma de zigurat de la antigua Babilonia. El Barbary Coast, que tiene un letrero en la fachada que dice: «HAGA EFECTIVO AQUÍ EL CHEQUE DE SU PAGA: GANE HASTA 25.000$». Esos hoteles son el Las Vegas que conocemos. La tierra de Lola y Wayne. De Siegfried y Roy, de Copperfield. De coristas con tocados enormes. El cajón de arena de Sinatra. La mayoría construidos en los años cincuenta y sesenta, la era del estilo mafia chic y del concepto ocio-más-industria. Las colas de media hora para coger un taxi. Los sitios donde no solamente se permite fumar sino que te animan a hacerlo. Los tupés y las etiquetas para identificar a asistentes a convenciones y las mujeres vestidas con pieles de todos los colores. Un museo donde está la botella de Coca-Cola más grande del mundo. El Café Harley-Davidson, con su tímpano formado por una enorme moto sobresaliente; el hotel y casino Bally's, con su hilera de columnas fálicas todas electrificadas y parpadeando de forma epilépticamente sincronizada. Una ciudad que finge no ser nada más que lo que es, una enorme máquina de intercambio: espectáculo a cambio de dinero, sensaciones a cambio de dinero, dinero a cambio de más dinero, y placer a cambio de cual sea el precio abstracto de mañana.

Y tampoco olvidemos el que es corazón vivo y sinécdoque de Las Vegas: el Caesars Palace. El abuelo. Tan grande como veinte Wal-Mart de un extremo al otro. Hecho de mármol auténtico y mármol falso, y provisto de moquetas sobre las que te puedes desmayar sin acusar el golpe. Doce mil metros cuadrados solamente de casino. Cúpulas, clerestorios, bóvedas de cañón. En el Caesars Palace está América concebida como una nueva modalidad de Roma: la conquistadora de su propia gente. Un imperio del Yo. Resulta sobrecogedor. La llovizna invernal hace que sangre todo el neón. La escena resulta tan bonita que casi no se puede soportar. No podría haber lugar mejor que Las Vegas para el espectáculo de los premios del porno moderno: aquí, los Premios Anuales de AVN son un espectáculo más. Muchos más turistas y asistentes a convenciones de los que uno se imaginaría reconocen a las estrellas femeninas. Por todo el hotel hay gente que se las queda mirando. Hasta cuando están esperando o metiendo monedas en una máquina tragaperras, los actores y actrices se convierten en una atracción de primera línea. Las Vegas no se pierde ni un solo número.

Los Premios Anuales de AVN siempre se programan para coincidir con el Salón Internacional de la Electrónica de Consumo (el CES, por sus siglas en inglés), que este año se celebra entre el 8 y el 11 de enero. El salón CES es un evento muy grande. Es como una combinación de convención y de concurso de talentos entre las mejores y más destacadas figuras del mundo de la electrónica de consumo. Steve Forbes ha venido, y también Thomson, de DSS. Sun Microsystems está usando el CES de este año para lanzar su PersonalJava 1.0. Bill Gates ofrece una charla ante un auditorio abarrotado el sábado por la mañana. Las principales figuras de la televisión, el cable y el merchandising van a celebrar una mesa redonda sobre la viabilidad a corto plazo de la televisión de alta definición. Un fórum sobre el problema de la devolución de productos por parte de clientes descontentos atrae a mil quinientos espectadores y obliga a la gente a estar de pie. En su conjunto, el salón CES es más grande que

las poblaciones natales de estos enviados especiales. Se encuentra desplegado por cuatro hoteles distintos y tiene más de diez mil casetas donde se pueden encontrar desde «El primer busca de pulsera con mensajes de texto completos» hasta la primera antena parabólica del mundo que tiene su propia calefacción incorporada («¡La solución para el hielo y la nieve!»).

Pero el lugar más popular con diferencia del salón CES, con una asistencia total superior a cien mil visitantes todos los años, es lo que se llama la Exposición de Software[5] para Adultos, pese al hecho de que el mismo CES trata la exposición para adultos como si fuera el pariente chiflado de la familia y la mantiene bien apartada en lo que antes era el aparcamiento del hotel Sands. Este espacio, que se encuentra a un buen trecho en autobús de las otras sedes del CES, es un recinto inmenso de cemento sin ventanas que durante las horas de exposición consigue producir al mismo tiempo agorafobia y claustrofobia. Un letrero enorme dice que hay que tener veintiún años para poder entrar. La edad media en el interior es de cuarenta y cinco, casi todos son hombres y casi todos llevan etiquetas identificativas de asistentes a convenciones. Todas las productoras de la industria del cine para adultos tienen caseta aquí, desde Anabolic hasta Zane. Las empresas grandes de verdad tienen casetas que ocupan amplias zonas e incluyen múltiples expositores y se parecen más a centros comerciales en miniatura. Muchas de las principales actrices del porno tienen contrato de exclusividad, y solo prestan sus servicios a una productora. Y una de las razones por las cuales muchas de las estrellas femeninas parecerán cansadas y de mal humor en la gala de los premios del sábado por la noche es que se habrán pasado las setenta y dos horas previas en las casetas de sus productoras en el salón CES, todo el día de pie con tacones

5. Sí: «software» resulta jocosamente poco apropiado. Va a ser una tentación continua el no parar de hacer guiños y dar codazos y decir «valga el juego de palabras» o «por decirlo de alguna manera» después de cada doble sentido subido de tono, y es que hay tantos de estos en los Premios Anuales de AVN que estos enviados especiales han decidido intentar dejar la mayoría a la discreción del lector en tanto que asuntos de elección y gusto personal.

de vértigo, firmando autógrafos, posando para fotos y estrujando toda clase de carnes.

La mejor forma de describir el ambiente sonoro del salón CES de 1998 es la siguiente: imaginen ustedes que el apocalipsis asumiera la forma de un cóctel. Los fans masculinos se desplazan por el laberinto fractal de casetas en grupos de tres o más. Sus expresiones suelen recordar a las de chicos de instituto mirando por un agujero en la pared, unas expresiones que resultan bastante surrealistas en caras con calvicie y los carrillos colgando. Algunos de ellos son minoristas de vídeo, pero la mayoría no. La mayoría son fans acérrimos, el aliento y el pan de la industria. Muchos de ellos no solamente reconocen a casi todas las actrices sino que parecen conocer sus nombres, nombres artísticos y currículums.

Se tarda una media de dos horas y doce minutos en atravesar la exposición para adultos del salón CES, contando una media de cuatro retrasos por perderte después de que una serie de curvas cerradas o bien algún barroco espejo de pie alto hasta el techo diseñado para duplicar el alcance visual del expositor que ha preparado Heatwave Video para *Texas Dildo Masquerade* te desorienten por completo. A estos enviados especiales los acompañan Harold Hecuba y Dick Filth, que se han ofrecido muy generosamente para ejercer de guías y docentes, y a continuación ofrecemos un mosaico aleatorio de las cosas que vemos la primera vez que entramos:

Una actriz de segunda fila de Arrow Video posa en tanga para una foto, sentada a horcajadas y de espaldas sobre la rodilla de un vendedor de teléfonos móviles de los suburbios de Filadelfia con obesidad mórbida. El tío que está sacando la foto, cuya etiqueta identificativa del salón CES dice Hola y que se llama Sherm, se dirige a la actriz llamándola «chata» y le pide que se mueva un poco «para enseñar un poco más de chocho». Una estrella femenina de Elegant Angel con alas de polirresina pegadas a la espalda se está comiendo una chocolatina Milky Way mientras firma carátulas de vídeo. El actor Steven Saint Croix está de pie cerca de la caseta de Caballero Home Video, diciéndole a nadie en particular: «Sáquenme de aquí, me mue-

ro de ganas por salir de aquí».[6] Todas las tiendas de vídeos para adultos tienen el mismo olor distintivo –una mezcla de cinta magnética barata y desinfectante–, y el antiguo aparcamiento del hotel Sands apesta al mismo. Los hombres de negocios asiáticos recorren los pasillos en manadas densas y ágiles, y se muestran asiduamente entusiastas y corteses. En la caseta de Sin City un tipo joven con una camiseta a todo color de Frankenstein está pintando con spray llamas de dibujos animados en los pechos de una actriz. La actriz –que no es conocida, ni siquiera Filth y Hecuba saben cómo se llama– tiene unos pechos de tamaño normal, y no hay mucho público mirándola. El productor/director Max Hardcore atrae a un público mucho mayor en la caseta de MAXWORLD, donde una de sus chicas está en cuclillas sobre el mostrador masturbándose con el mango de una fusta de equitación. Los pósters promocionales de los vídeos de Max lo muestran a él llevando a una chica en minishorts echada al hombro con los horizontes característicos de varias ciudades de fondo; las frases publicitarias que hay debajo dicen: «¡VEA A CHICAS GUAPAS SODOMIZADAS DE LAS FORMAS MÁS BRUTALES! ¡VEA A CHICAS ROCIADAS CON SEMEN Y DEMASIADO TONTAS PARA REACCIONAR!». Max es un mundo aparte, de acuerdo con Harold Hecuba. D. Filth y un ejecutivo del porno vestido de arriba abajo en tela escocesa a cuadros Campbell Nightwatch están fumando puros y no paran de acercar sus puros y de comparar la ceniza para ver quién tiene el ascua más brillante. Muchos de los hombres de la industria y hasta algunas de las estrellas femeninas también están fumando puros. Está claro que 1998 es el Año del Puro. Las actrices van todas o con vestidos de noche extremadamente formales o bien con conjuntos mínimos de látex/vinilo/licra. Los tacones son uniformemente afilados y ultraaltos. Algunas de las actrices van tan maquilladas que parecen embalsamadas. Suelen tener peinados muy complicados que vistos desde seis metros de distancia que-

6. Los antecedentes de Saint Croix son que trabajó de aprendiz de albañil pero no pudo conseguir trabajo en el sindicato. Tiene unas magníficas cejas oscuras y satánicas y ha ganado varios premios de AVN.

dan bien, pero cuando uno se acerca el pelo se les ve reseco y muerto. Alguien que podría ser el actor ocasional Jeff Marton o bien el cineasta de género «bizarro-sleaze» Gregory Dark está haciendo juegos de manos con el sombrero de fieltro que es su marca de la casa.[7] Sea quien sea, lleva perilla. Harold Hecuba también lleva perilla; Dick Filth lleva más bien eso que se llama mosca. H.H. y D.F., periodistas del ramo de toda la vida, conocen a todos los presentes, y la gente los para todo el tiempo y se pone a hablar con ellos. (Estos retrasos, durante los cuales lo que hacen estos enviados especiales es quedarse un poco incómodos al margen de la conversación e intentar mirar a su alrededor como si ellos también conocieran a gente ahí y solamente estuvieran esperando a verlos entre el público para ir con ellos y entablar sus propias conversaciones entusiastas, no han sido incluidos en la media de 132 minutos de travesía por la exposición para adultos del salón CES.) Este año, un setenta y cinco por ciento largo de los hombres de la industria del porno y sus alrededores parecen llevar variantes del concepto de perilla.[8]

Al lado de la caseta de Outlaw Video, una actriz con un vestido de lamé dorado con tirantes de espagueti, que masca chicle y hace globos grandes y azules, está siendo grabada en vídeo por un fan minusválido cuya cámara y cuyo micrófono parabólico están atornillados al brazo de su silla de ruedas. La actriz se está señalando los tatuajes que tiene en el brazo izquierdo y parece estar explicando el origen y el contexto de cada uno de ellos. En el complejo multicaseta de Vivid Video,[9] la señorita Taylor Hayes tiene la que probablemente sea la cola de autógrafos y periodistas de la prensa erótica más larga de todo el aparcamiento del Sands. Taylor es guapa de verdad —es como una

7. Es decir, que ambos hombres llevan sombreros de fieltro de forma habitual.

8. Dick Filth informa de que hace un par de años la gran moda en el ramo era el heavy metal, y que en la exposición para adultos del salón CES todo el mundo llevaba el pelo muy largo, camisetas negras sin mangas, cruces de hierro, etcétera.

9. Vivid es una de las grandes potencias de la industria, una empresa famosa por tener vallas publicitarias que a veces causan accidentes de tráfico en el centro de Los Ángeles.

versión un poco degenerada de Cindy Crawford– y una pantalla gigante suspendida del techo por encima de la zona de Vivid pone clips de ella escasamente vestida y bailando entre humo de hielo seco. En el suelo junto al mostrador hay una hilera de vídeos en sus cajas, y un hombre enorme con visera y con un lector de mano de tarjetas de crédito guarda el flanco derecho de Taylor mientras esta saluda a cada fan como si fuera un pariente al que hubiera perdido la pista hace mucho tiempo. De acuerdo con Dick Filth, Taylor es al mismo tiempo una persona realmente agradable y una profesional consumada.

La caseta de XPlor Media –una compañía conocida por sus series de vídeos sobre «Bellezas sureñas» y por la página web ORGÍA POR LA PAZ MUNDIAL– resulta fascinante porque todos los ejecutivos de XPlor parecen tener menos de veinticinco años y la atmósfera de la caseta es igual que la de una fraternidad universitaria en su tercer día seguido de fiesta. Hay un tipo joven y calvo inconsciente en posición fetal sobre el mostrador, y algún bromista le ha pegado a la cabeza toda clase de plumas y cosas bífidas de plástico flácido con aspecto de consoladores. Los propietarios y cineastas de XPlor son dos hermanos, herederos rentistas de un suburbio neoyorquino en Connecticut. Se llaman Farrel y Moffitt Timlake. Farrel, que lleva botas Doc Martens de doce agujeros y pantalones militares y algo que podría ser una parka muy ligera o tal vez una sudadera muy gruesa con una capucha que nunca se baja, está dando mucho que hablar en el salón CES de 1998 porque parece ser que es amigo de los dos tipos que hacen *South Park*, y se rumorea que estos están en Las Vegas y que tienen invitaciones para el banquete de los premios del sábado.[10]

10. Aquí, si les interesa, está la explicación peripatética a voz en grito e *in situ* que dio Dick Filth sobre la camaradería entre XPlor y *South Park*:

XPlor viene a ser un rollo anómalo en el negocio del porno. La gran mayoría de la industria sigue en manos de zoquetes siniestros que fuman puros y que se te quedan mirando con cara de póquer si intentas siquiera decirles alguna agudez [pronunciado así en lugar de «agudeza»] o algo así. ¿Me pillas? Y en cambio, XPlor son más bien la típica pandilla de hippies fumetas de la generación X que siempre están de juerga. O sea, después de que Trey [Parker, la figura tipo Matt Groening que hay detrás de *South Park*] y Farrel [Timlake]

Todo el mundo sin excepción está sudando. En todas las casetas salvo unas cuantas, las actrices contratadas en exclusiva tratan a los fans con la misma cortesía ausente y de cara rígida que suelen usar las azafatas de vuelo y las encargadas de sentarte en los restaurantes. Se nota lo aburridos que están los actores y actrices por la forma en que se les ilumina la cara cuando ven a alguien que conocen. Más de la mitad de las superestrellas actuales del ramo se encuentran en esta sala enorme.[11] Está aquí el tristemente célebre T.T. Boy, con su ceño fruncido que es su marca de la casa, el mismo Boy que se rumorea que lleva encima una pistola semiautomática a los rodajes y que apareció en un artículo del *New Yorker* en 1995 que estaba lleno de frases del tipo: «Un plano de porno es una ecología intrincadamente delineada». El señor Vince Vouyer [*sic*] anda por aquí, igual

---

se hicieron colegas [debido a que Parker pasó un tiempo en XPlor haciendo investigación para realizar junto con Matt (Stone, el socio de Parker en *South Park*) *Orgazmo*, película que todavía no se ha estrenado y sobre la que estos enviados especiales no saben nada], XPlor estaba haciendo un rodaje en vídeo en casa de Buck Henry [¿¡!? Detalles explicativos no disponibles: todo el mundo se limita a actuar como si el hecho de que la casa de Buck Henry estuviera disponible para los rodajes de porno duro fuera un asunto perfectamente sabido y del dominio público]. Richard Dreyfuss y yo creemos que Carrie Fisher también estaba en el rodaje [¿¡!? Pero no es broma, de acuerdo con Filth, que estos enviados especiales confían en que tenga un buen abogado] y, como broma, Trey y Farrel decidieron cambiarse las identidades, ¿lo pillas? Así que Trey fingió que era el director y se puso en plan reina del melodrama –con un rollo en plan «*¡Quiero más planos de culos, maldita sea!*»– mientras Farrel se quedaba a un lado y fingía que tomaba apuntes, ¿lo pillas? Luego, en un momento dado, Trey le ordena a Farrel, que hace de Trey, que actúe –porque, ah, Farrel a veces también actúa, con el seudónimo de Tim Lake, *Tim Lake*, ¿lo pillas?–, y él va y lo hace, lo hizo, deja el cuaderno y el teléfono y se quita toda la ropa y se mete a saco, y ya te imaginarás cómo se puso a flipar la gente del mundo del espectáculo de verdad [¿¡!?], o sea, se pusieron en plan: «¡No me puedo creer que el tío de *South Park* esté teniendo relaciones sexuales delante de la cámara!». Y entonces en un momento dado Trey le da la cámara de vídeo a Carrie Fisher [¿¡!?] y le dice que intente hacer los planos cortos cuando ya se están acercando al plano del dinero [véanse más abajo las definiciones del argot de la industria]. ¿Me sigues? Vaya par de payasos. [Fin de la explicación.]

11. La vida profesional media de una actriz son dos años. Los hombres, aunque peor pagados, suelen durar mucho más tiempo en el negocio: a veces décadas.

que Seth Gecko, Jake Steed, Serenity, Missy y Nick East. Está el eternamente joven Randy West, que tiene exactamente el aspecto que tendría un surfista que al mismo tiempo fuera un matón de la mafia, con un bronceado perpetuo y un pelo que parece espuma congelada. El señor Jon Dough –ganador de la codiciada estatuilla al Mejor Actor en Vídeo de AVN tanto en 1996 como en 1997– se dedica a ir de una caseta a otra, con su expresión habitual de alguien que ha evolucionado psicológicamente hasta el punto de ser tan increíblemente sofisticado y distante que la vida entera para él es un largo bostezo. También está aquí Mark Davis, que es de lejos el más atractivo de los actores masculinos de hoy día, un sosias de Gregory Harrison de la serie antigua de *Trapper John*, salvo por el hecho de que Davis lleva un peinado ultracorto de paciente psiquiátrico (más perilla).

Y también está en el CES de este año el veterano Joey Silvera, con veinte años de carrera a sus espaldas, aunque sobre todo en calidad de cineasta: ahora Silvera dirige la popular serie en vídeo de Evil Angel «Butt Row».[12] Siguiendo la estela de pioneros como John Leslie y Paul Thomas, la mayoría de las estrellas masculinas actuales ahora también dirigen (y, de acuerdo con los estuches de las películas, «presentan») su propia línea de vídeos, como por ejemplo la serie «Cumback Pussy» de Tom Byron, las «Dirty Stories» de Jon Dough, o la línea «[Diversas ciudades europeas] by night» del asombroso Rocco Siffredi. Las series tituladas Tal y Cual Presenta parecen ser una tendencia actual de la industria, igual que los puros y las perillas.

Es difícil describir la sensación que produce observar a seres humanos vivos a los que uno ha visto actuar en películas de porno duro. Estrecharle la mano a un hombre cuyo tamaño, ángulo y vasculatura eréctiles conoces con exactitud. Esa extraña sensación de «Creo que ya nos conocemos de antes» que uno

12. Silvera, que empezó a trabajar en los años setenta en el antiguo Show World de Times Square, parece una mantis religiosa muy musculada y con el pelo rizado; en la actualidad todavía tiene un aspecto más extraño debido a que sus rizos son en su mayoría canosos. También es famoso por presentarse siempre en el set con un pequeño talego lleno de vitaminas exóticas y suplementos de hierbas y de otros tipos, todo recetado por él mismo.

tiene al ver a cualquier famoso en carne y hueso aquí se presenta en una versión retorcida e intensificada. Resulta intensamente retorcido ver a la reina actual de la industria Jenna Jameson descansando en la caseta de Vivid vestida con vaqueros Jordache y con un corpiño de látex y saber que tiene un tatuaje de un corazón roto con la inscripción «HEART BREAKER» en la nalga derecha y un lunar diminuto y sin pelo justo a la izquierda del ano. O ver a Peter North intentar encenderse un puro y que esa imagen quede alumbrada al contraluz por los recuerdos de sus eyaculaciones de artillería.[13] El hecho de haber visto las caras de esos desconocidos en pleno orgasmo: la más desprevenida y puramente neural de todas las expresiones, esa que es tan vulnerable que durante siglos básicamente tenías que casarte con alguien para dejar que ese alguien la viera.[14] Esa extrañeza puede

13. Lo que resulta todavía más raro es que después puedes escabullirte de vuelta a tu hotel, si quieres, y ver cómo Jameson y North tienen relaciones sexuales duras y gimnásticas en *The Wicked One*, disponible por 9,95$ en el canal de pago.

14. El señor Harold Hecuba, cuyo trabajo en su revista implica reseñar docenas de títulos pornográficos todos los meses, tiene una interesante viñeta sobre un detective de la policía de Los Ángeles al que conoció una vez cuando alguien le abrió el coche y le robó una caja entera de cintas de vídeo de Elegant Angel Inc. (la caja llevaba el nombre y la dirección del trabajo de H. H.), que después la policía recuperó. Un detective fue a devolverle la caja en persona a Hecuba, un gesto que H.H. recordaba haber pensado que resultaba inusualmente considerado y comprometido hasta que salió a la luz que el detective únicamente había usado la devolución de la caja como excusa para conocer a Hecuba, cuyo trabajo crítico parecía conocer, y para conversar sobre los tejemanejes de la industria del vídeo para adultos. Resultó que aquel detective –que tenía sesenta años, estaba felizmente casado, era abuelo, tímido, educado y obviamente un tipo decente– también era un fan acérrimo del porno. Él y Hecuba terminaron tomando café, y cuando H. H. por fin carraspeó y le preguntó al poli por qué un tipo que era tan obviamente decente y estaba claramente del lado de la ley y de las virtudes cívicas era fan del porno, el detective confesó que lo que le atraía de las películas eran «las caras», es decir, las caras de las actrices, es decir, aquellos momentos de orgasmo o de ternura accidental en que las actrices dejaban de lado sus muecas burlonas de «Fóllame, soy una niña mala» y de pronto se convertían en gente de verdad. «A veces, y nunca sabes cuándo, es lo que tiene… a veces de golpe se revelan a sí mismas», fue la explicación del detective. «Su… cómo se llama eso… humanidad.» Resultaba que al detective de la policía de Los Ángeles las películas para adultos le resultaban *conmovedoras*, de hecho mucho más que la mayoría de las películas convencionales de Hollywood, en las cuales los actores –a veces actores con mucho talento– se dedican a intentar fingir una humanidad genuina, es

explicar algunos de los complejos intercambios emocionales que tienen lugar entre actores y actrices y fans en la exposición para adultos del salón CES. De lejos los clientes pueden soltar risitas lascivas y darse codazos, pero para cuando llegan al frente de la cola y tienen delante a la encarnación viviente de la chati de sus fantasías en vídeo, la mayoría se convierten en niños de escuela temblorosos y con los ojos como platos, dóciles y sudorosos y sin saliva. Lo mismo, como es evidente, sucede en los

---

decir: «En las películas normales, todo es intencionado. Supongo que lo que me gusta del porno es que ahí pasa de forma accidental».

La explicación del detective de Hecuba resulta intrigante, por lo menos para estos enviados especiales, porque ayuda a explicar parte del atractivo del porno duro, películas que se supone que son «desnudas» y «explícitas» pero que en realidad contienen material filmado que se cuenta entre el más distante y opaco que se puede encontrar. Una gran parte de la naturaleza fría, muerta y mecánica* de las películas para adultos es atribuible en realidad a las caras de los actores y actrices. Se trata de caras que suelen parecer aburridas o inexpresivas o profesionales, pero que en realidad están simplemente *escondidas*, el yo permanece encerrado en algún lugar lejano muy por detrás de los ojos. Seguramente esa naturaleza escondida es la forma que un ser humano que está revelando las partes más íntimas de sí mismo tiene de preservar cierto sentido de la dignidad y la autonomía: negarnos toda expresión verdadera. (Se puede apreciar esta mirada aburrida, dura y muerta en las bailarinas de striptease, prostitutas e intérpretes de pornografía de todos los lugares y géneros.)

Pero también es cierto que de vez en cuando en las escenas de porno duro aparece el yo escondido. Viene a ser lo contrario de actuar. Se puede ver cómo toda la cara del actor o actriz porno cambia cuando la conciencia de uno mismo (en la mayoría de las mujeres) o la inexpresividad desquiciada (en la mayoría de los hombres) ceden el paso a un placer erótico sentido de forma genuina hacia lo que está pasando; los suspiros y los gemidos dejan de ser automáticos para volverse expresivos. Solamente pasa de vez en cuando, pero el detective tiene razón: el efecto en el espectador es eléctrico. Y los actores y actrices que pueden hacer esto con frecuencia –permitirse sentir y disfrutar de lo que está sucediendo, con o sin cámaras– se vuelven estrellas enormes y legendarias. En los años ochenta lo podían hacer Ginger Lynn y Keisha, y ahora a veces pueden Jill Kelly y Rocco Siffredi. Jenna Jameson y T. T. Boy no pueden. Siguen siendo nada más que cuerpos.

* Entre los amigos y familiares de estos enviados especiales a quienes resulta que no les gusta el porno, una gran mayoría explican que no es que no les guste por razones morales, religiosas ni políticas, sino que les parece aburrido, y muchos de ellos parecen usar metáforas robóticas/mecánicas/industriales para intentar caracterizar ese aburrimiento. P. ej.: «[El sexo en el porno duro suele consistir en nada más que] órganos entrando y saliendo de otros órganos, meter y sacar, es como ver una torre de perforación funcionando todo el día para sacar petróleo».

centenares de clubes de striptease de todo el país cuando aparecen estrellas del porno en calidad de bailarinas invitadas (por cinco cifras a la semana, de acuerdo con Filth) y se dejan fotografiar y firman autógrafos después del espectáculo:

«La mayoría de esos tipos se ponen increíblemente nerviosos cuando me acerco a ellos –ha explicado la veterana actriz Shane–. Abrazo a un tipo y se pone a temblar de la cabeza a los pies. Puedo hacer que hagan todo lo que les digo.» Hoy día la industria entera parece vivir esta ecuación extrañamente invertida: son los consumidores los que se muestran avergonzados y tímidos, mientras que los actores y actrices son personajes chulescos y tienen una labia tremenda y son cien por cien profesionales.

Ya no son los años ochenta, y la mentalidad de la Comisión Meese que provocó una gran ofensiva contra el porno en vídeo ya hace tiempo que desapareció. La ira de los grupos de trabajo federales y de la Asociación de Padres y Maestros se concentra ahora en Internet y en el porno infantil. Pero la industria del porno actual sigue siendo hipersensible en lo tocante a lo que ella percibe como ataques fascistas a sus libertades especificadas en la Primera Enmienda. Lo que hacen ahora es pasar un tráiler especialmente preparado al principio de muchos vídeos para adultos de alto presupuesto, justo entre el aviso legal sobre la aceptación o exención de la sección 2257 del título 18 del código legal estadounidense y los anuncios de servicios telefónicos del estilo 900-666-FUCK. Con un fondo de planos de banderas ondeando y del Lincoln Memorial, una voz en off dice cosas como:

> La censura va en contra de nuestra Declaración de Derechos y de los principios en los que se fundamenta este país. El gobierno está llevando a cabo un intento de legislar la moralidad y de reprimir la libertad de expresión.[15] Esta nueva moralidad «legal» es pe-

15. La pregunta de si los artífices de la Constitución americana pudieron, en la más descabellada de sus imaginaciones, haber sido capaces de prever cosas como *Anal Virgins VIII* o el servicio telefónico 900-666-FUCK cuando estaban pensando en las expresiones que querían defender es obviamente una pregunta espinosa y que queda fuera del ámbito de este artículo.

ligrosa para todos los americanos. Voten ustedes a quienes creen en limitar la intromisión del gobierno en sus asuntos personales. Voten en contra de que el gobierno controle sus vidas y sus hogares. Voten contra la censura. Solo ustedes, el Pueblo, pueden mantener intacto el ideal americano.

Estos tráilers siempre afirman estar patrocinados por la Asociación del Vídeo para Adultos o bien por algo que se llama la Coalición por la Libertad de Expresión. Ambas organizaciones (y no está claro en qué medida son dos entidades distintas) son básicamente comités de acción política integrados por las empresas del ramo. El porno, en otras palabras, se ha tomado muy en serio las lecciones políticas de los años ochenta. Ahora es un lobby con fuerza política en la misma medida que General Motors o RJ Reynolds-Nabisco.

Las feministas de todas las clases se oponen a la industria del cine para adultos por razones relacionadas con los supuestos efectos de la pornografía en las mujeres. Sus argumentos son bien conocidos y en algunos casos convincentes. Pero ciertos argumentos contra el porno que surgieron en los noventa se centran ahora en los supuestos efectos que tiene el porno en los hombres que lo consumen. Algunos «masculistas» creen que muchos hombres se hacen adictos al porno en vídeo de una forma que les causa un daño psicológico profundo. Ejemplo: un ensayista llamado David Mura tiene un librito que se titula *A Male Grief: Notes on Pornography and Addiction* [*Una desgracia masculina: notas sobre la pornografía y la adicción*], que es un poco New Age pero a ratos interesante, p. ej:

> En la esencia de la pornografía está la imagen de la carne usada como droga, como forma de entumecer el dolor psíquico. Pero esta droga solamente dura mientras el hombre contempla la imagen [...] En la percepción pornográfica, cada gesto, cada palabra y cada imagen se leen primero y principalmente a través de la sexualidad. El amor o la ternura, la piedad o la compasión, quedan sometidas y subordinadas a una deidad «mayor», a una fuerza más

> poderosa [...] Los adictos a la pornografía desean ser cegados, vivir en un sueño. Aquellos que son esclavos de la pornografía intentan eliminar de su conciencia el mundo de fuera de la pornografía, y eso incluye todo lo que va desde su familia o amigos o el sermón del domingo pasado hasta la situación política en Oriente Medio. Y al emprender semejante eliminación, el espectador se reduce a sí mismo. Se vuelve estúpido.

Son cosas que pueden sonar quizá un poco delirantes, hasta que uno observa la extraña similitud entre los ojos de los hombres que hay en los clubes de striptease y los ojos de la gente en su quinta hora de echar dólares de plata en las máquinas tragaperras del casino Sands, o tal vez hasta que uno ha visto en persona ese extraño shock que se ve en las caras de los asistentes al salón CES cuando ven a los actores y actrices «en carne y hueso», incluyendo chicle y granitos en la barbilla y todas las cosas humanas que no se ven nunca –y que no se quieren ver– en las películas.

Tal vez hablaremos un poquito más sobre todo lo que está pasando en la exposición para adultos del salón CES, que es un local con mucho más contacto humano de lo que va a terminar siendo la estilizada ceremonia de los premios... El señor Harold Hecuba está enfrascado en una conversación con un productor marginal de porno sobre el hecho de que una de sus actrices está apartada de la actividad profesional por culpa de algo que se llama «hernia de esfínter», una dolencia sobre la cual estos enviados especiales se niegan en redondo a preguntar. Nosotros estamos a la izquierda de un redactor de *Digital Horizons* que se ha pasado por aquí este año otra vez para echar un vistazo a la legendaria movida que se monta y que les está contando a otros dos supuestos periodistas especializados en tecnología que estar con gente del porno siempre le da la sensación de que de alguna forma lo han proyectado astralmente sobre una servilleta de cóctel. Viene a ser también ahora cuando la señorita Jasmin Saint Claire hace su aparición en la caseta de Impressive Media para reemplazar a la actriz que hay detrás del mostrador y que se

aleja cojeando hacia la parte de atrás de la caseta; (a la actriz) la han tenido (supuestamente) que rociar con spray de silicona para que entrara en sus pantalones. El público de la caseta de Impressive Media empieza a aumentar de inmediato. Jasmin Saint Claire lleva un conjunto de chaqueta y minifalda de vinilo rojo. Una estrella femenina del porno que entra en cualquier sala o zona va cargada de una energía distintiva: te has de girar para mirarla aunque en apariencia no quieras. La experiencia es parecida a ver cómo una de esas figuras de las máquinas del millón o de los cómics épicos entra en la tercera dimensión y se te acerca. Resulta que es realmente posible sentir que los ojos te sobresalen un poco de las cuencas. Lo que lo hace todo tan raro es que Jasmin Saint Claire ni siquiera es tan guapa, por lo menos hoy. Lleva el pelo teñido de negro de esa forma barata y poco realista en que lo llevan los fans del rock gótico, y se ha puesto una cantidad tan increíble de maquillaje que parece un cuervo. (También es un poco patizamba, además de tener por supuesto el necesario busto del calibre de artillería pesada.) A la señorita Saint Claire la escoltan hasta la caseta de Impressive dos hombres enormes cuyas expresiones solamente se pueden describir como expresiones de foto policial. Ese es otro rasgo de las estrellas femeninas del porno: que nunca están solas. Siempre las acompaña por lo menos uno y a veces hasta cuatro hombres de mirada despiadada. La sensación que dan es la de ser un purasangre muy caro al que llevan a la pista de carreras tapado con una manta de seda.

Para su información, el estatus de celebridad de culto del que disfruta Jasmin Saint Claire en el salón CES de 1998 viene de haber roto el «Récord Mundial de Sexo en Grupo»[16] al tirarse a trescientos hombres seguidos en *World's Biggest Gang Bang 2* de Amazing Pictures en 1996. Como la mayoría de esos trescientos hombres eran simples aficionados fans del porno que solamente tenían que rellenar una solicitud y traer un certificado del Departamento de Sanidad Pública para demostrar que

16. (establecido anteriormente en 1994 por una tal Amber Chang, con 251 hombres)

estaban limpios del VIH, ahora ella goza de un gancho populista casi legendario –«la Estrella Porno del Pueblo»–, y frente a la caseta de Impressive se ha formado una cola enorme de fans con cámaras y objetos de coleccionista para autografiar, una cola a la que de momento no parece que la señorita Saint Claire esté haciendo mucho caso, porque ahora ella y H. Hecuba, después de darse besos en ambas mejillas, se encuentran enfrascados en alguna clase de *tête-à-tête* junto a los zapatos Docksiders sin calcetines del chico calvo e inconsciente, que es obvio que ha sido (el chico) cargado a cuestas o arrastrado hasta allí por una serie de bromistas desconocidos desde el mostrador de XPlor (que es el que hay justo al lado) hasta el que ahora ocupa. Dick Filth –después de que estos enviados especiales comenten que resulta reconfortante que en la industria del porno todo el mundo parezca ser amigo de todo el mundo, hasta los críticos y los actores y actrices– nos sirve una apasionada anécdota según la cual hace un par de años Jasmin Saint Claire intentó de hecho *estrangular* a Harold Hecuba en una velada de la industria del porno, anécdota que, si les interesa, aparece al pie de esta página en la nota.[17] Mientras tanto, a seis metros de allí, en XPlor, el señor Farrel Timlake acaba de sacar lo que se supone que es el proto-

17. De acuerdo con Dick Filth, el embrollo empezó cuando Hecuba se coló en la fiesta y fue avistado por la señorita Nici Sterling, sobre la cual el señor Hecuba había dicho en una reseña reciente de una película que «no estaba claro si ganaría alguna vez un concurso de belleza, pero estaba claro que sabía chupar pollas». Parece ser que fue la broma del concurso de belleza lo que hirió los sentimientos de la señorita Sterling, que al ver a H.H., y experimentando esa relajación de las inhibiciones sociales por la que son famosas las fiestas de todas clases, se fue directa hacia Hecuba, soltó un par de improperios a todo volumen y trató de propinarle al periodista un golpe cruzado de derecha con la palma abierta, momento en el que H.H. tuvo la bastante presencia de ánimo (ayudado tal vez por los tacones de quince centímetros que hacían que el equilibrio de la señorita Sterling fuera precario y la obligara a mandar el golpe por telégrafo) como para agarrarle la mano antes de que esta consiguiera mandarle las trifocales por los aires. Y en ese momento, a su vez, la señorita Jasmin Saint Claire, al ver que Harold Hecuba estaba agarrando la mano en alto de una agitada y desequilibrada Nici Sterling, se deshizo del marcaje de metro de ancho de Ron («el Erizo») Jeremy, saltó sobre la espalda de Hecuba y empleó lo que Filth aseguró que fue una presa de cuello estilo policía de Los Ángeles de lo más auténtica e impresionante, provocando que Hecuba diera un giro de 360 grados en un esfuerzo para

tipo y única Figura de Acción de Kenny® autorizada del mundo, de la línea de merchandising de próxima aparición de *South Park* –treinta y cinco centímetros de alto, algo pesado para ser un muñeco, con la capucha puesta y la cara tapada (un poco como la capucha y la cara del propio F. Timlake)– y se dedica a entretener a una parte del público excedente de Impressive Media

---

sacarse de encima a la señorita Saint Claire mientras todavía tenía oxígeno en el cerebro para hacerlo, lo cual mandó a la señorita Sterling contra Randy West y le deshizo el peinado al señor West por primera vez desde que a la industria le alcanzaba la memoria, además de provocar (por lo que Filth creía recordar) que las trifocales especiales autotintadas de H.H. salieran disparadas, volaran trazando un arco de una punta a otra de la sala y aterrizaran en el escote prohibido de la señorita Christy Canyon, de donde nunca se recuperaron (las gafas) ni se supo nunca más.

Filth también explica que el Incidente Sterling no fue más que la punta del iceberg o la paja del camello en lo tocante a la relación entre Jasmin Saint Claire y Harold Hecuba. Parece ser que H. Hecuba también le había hecho una entrevista hacía poco a J. St. C. en la que ella había revelado a nivel personal que había cogido la cantidad más bien astronómica de dólares que estaba ganando gracias a *World's Biggest Gang Bang 2* y la estaba invirtiendo en una (bastante cutre, daba la impresión) cadena de máquinas expendedoras de chicles pornográficos por toda la costa de California, y Hecuba había elegido incluir dicha revelación en la entrevista publicada, y al parecer la señorita Saint Claire se puso furiosa porque Hecuba hubiera hecho pública su «estrategia secreta de inversión», convencida de que ahora todo el mundo iba a querer meterse en el negocio de las máquinas expendedoras de chicles de temática para adultos y que eso iba a saturar el mercado, de manera que ya hacía tiempo que Jasmin Saint Claire se la tenía jurada a Harold Hecuba, y es más que posible que viera el Incidente Sterling más como una excusa conveniente que como lo que parecía ser el rescate de una colega en apuros: D. Filth dice que el debate acerca de las motivaciones que provocaron el fiasco de la presa de cuello/giro de 360 grados/peinado/escote lleva ya veinte meses coleando con vigor y asumiendo múltiples formas.

Dick Filth también añade, «a cuento de nada», que resulta que en la vida real la señorita Jasmin Saint Claire es la nieta del difunto *capo di tutti i capi* de Nueva York Paul Castellano, que fue asesinado en los años ochenta al menos en parte debido a su oposición a que la mafia se involucrara en «negocios inmorales» como los narcóticos o el porno, y que por lo tanto tiene que haber estado dando sus buenas 180 rpm dentro de su tumba desde que salió *WBGB2*.

Y AHORA TAMBIÉN AL PARECER PRÓXIMAMENTE EN SU TIENDA PARA ADULTOS MÁS CERCANA: La señorita Saint Claire, en una apuesta por conservar y hasta aumentar su estatus de culto, deja que le insuflen gas butano con un tubo de PVC en el bajo colon y que luego lo enciendan al expulsarlo, lo cual resulta en un soplete anal de un metro de largo para la película de Cream Productions de 1998 *Blow It Out Your Ass* [*Llamaradas por el culo*].

manipulando los brazos y piernas del muñeco para simular que se está «fumando un peta».

Igual que pasa con las bandas urbanas, la policía, los trabajadores de ferias ambulantes y otros gremios marginalizados por nuestra cultura, la industria americana del porno vive apartada y aislada del mundo de una forma que recuerda a los institutos de secundaria. Hay camarillas, anticamarillas, alianzas, traiciones, rumores incendiarios, enemistades legendarias y derramamientos públicos de sangre, además de apasionadas jerarquías de popularidad e influencia. O eres parte del grupo o no lo eres. Los actores y actrices, al constituir el núcleo físil de la industria, forman obviamente parte del grupo. Pese a su poder financiero, los ejecutivos de los estudios y los productores no acaban de formar parte del grupo, y los directores (sobre todo aquellos que nunca han pasado por la iniciación de tener relaciones sexuales delante de la cámara) forman menos parte que los actores y actrices. Los reseñistas de películas y periodistas especializados todavía forman menos parte que los ejecutivos, y los periodistas no especializados están muy, pero muy lejos del grupo, y son de una casta casi tan baja como la enorme masa de fans del porno (el término con que los iniciados designan a dichos fans es: *mostrencos*).[18]

18. «Mostrenco» viene a significar más o menos lo mismo que significaba «zopenco» entre los trabajadores de las ferias ambulantes. Como todas las comunidades psicológicamente amuralladas, la industria del cine para adultos está atiborrada de códigos y jerga. «Leña» es una erección lista para las cámaras; «leñador» es un actor masculino de potencia fiable; y «esperar leña» es una forma discreta de explicar lo que hacen todos los demás miembros del equipo de rodaje y del reparto mientras un actor masculino está experimentando «problemas de leña», una expresión que no requiere explicación. Una «SS» es una escena de sexo; una «DP» es una penetración doble: véase el semiclásico de 1996 *NYDP Blue*. (Ciertas actrices especialmente estoicas y/o capaces están al parecer dispuestas a rodar penetraciones «triples», pero esta clase de actrices escasea y por suerte también las penetraciones triples.) «Culo y chocho» denota una película donde hay SS tanto anales como vaginales. «Tiro/tirar al plato» es un término que se usa tanto para el acto del orgasmo masculino («tirar») como para el material emitido en el mismo (el «tiro»). (Nota: sin embargo, tanto H. Hecuba como D. Filth aseguran que uno

Todo esto está destinado a explicar las circunstancias exactas en que estos enviados especiales acabaron en la suite personal en el Sahara del titán del porno Max Hardcore y tuvieron ocasión de pasar un rato en la sala de estar de la suite con Max, parte de su equipo de rodaje, las estrellas del porno Alex Dane y Caressa Savage y dos chicas-B; en realidad fue a Harold Hecuba y Dick Filth a quienes invitaron a pasar un rato en la suite aquel viernes por la tarde, pero estos enviados especiales se les agarraron a la espalda casi como bebés indios, y el fornido ayudante de producción de MAXWORLD no cerró la puerta lo bastante deprisa.

Así que estos enviados especiales, durante un par de horas, y por lo menos logísticamente hablando, formaron parte del grupo.

Para un hombre normal sin relación con este mundo, estar en una suite de hotel con actrices porno es una situación tensa y emocionalmente compleja. Está en primer lugar el asunto de haber visto previamente en vídeo las diversas partes anatómicas y actividades íntimas de esas actrices, lo cual hace (extrañamen-

---

de sus grandes desafíos como reseñistas es que se les sigan ocurriendo sinónimos joviales y evocativos del semen.) El «dinero» –abreviatura de «plano del dinero»– es un orgasmo masculino filmado con éxito, lo cual por supuesto tiene lugar en un cien por cien de las veces fuera de la participante femenina; p. ej., un «facial» es un «dinero» donde el plato se tira sobre la mejilla o la frente de la pareja sexual. «Chica-chica» se refiere a una SS sáfica, de las que parece que siempre tiene que haber por lo menos una en toda película hetero. «Manga» denota una perspectiva directa y en profundidad de un orificio dilatado y listo para la leña. Una «chica-B» es una actriz porno de segunda o tercera fila que cobra menos que una estrella femenina y que suele estar dispuesta a SS más perversas, degradantes o dolorosas. «Mullir» (v) es una actividad oral no filmada que se usa para inducir, mantener o aumentar la leña de los leñadores (y en las películas porno de alto presupuesto suelen emplearse lo que se llama «mullidoras», que son normalmente chicas-B que están esperando).

EJERCICIO: Usen por lo menos ocho (8) de los términos de la industria del cine para adultos arriba mencionados en una frase gramaticalmente correcta.

MUESTRA DE SOLUCIÓN: «Después de esperar leña bastante rato, una chica-B mulló al leñador novato hasta que este pudo participar en una SS de DP cuyas mangas frecuentes requerían leña máxima, y, después de un inicio vacilante, la SS terminó siendo un espectacular facial doble en el que la estrella femenina hizo un verdadero despliegue de profesionalidad al conseguir permanecer entusiasta incluso después de que le cayera algo del tiro en el ojo derecho».

te) que a uno le dé un poco de vergüenza conocerlas. Pero también hay una compleja tensión erótica. Porque los mundos de las películas porno están tan sexualizados, y todo el mundo parece estar tan al borde mismo del coito todo el tiempo, de manera que solamente haría falta un ligero codazo o cualquier mínima excusa –que se estropee el ascensor, que la puerta no esté cerrada con llave, que alguien enarque una ceja, que se produzca un apretón firme de manos– para que todos se precipitaran a un enredo de manos, piernas y orificios, que existe una grotesca expectación / temor / esperanza de que es eso lo que podría pasar en la habitación de hotel de Max Hardcore. A estos enviados especiales les resulta imposible insistir demasiado en el hecho de que esto es una mera *ilusión*. De hecho, por supuesto, la expectación / temor / esperanza inconsciente no tiene más sentido del que tendría asistir en compañía de médicos a una convención médica y esperar que a la menor provocación todo el mundo en la sala se lanzara a un frenesí de resonancias magnéticas y epidurales. Con todo, la tensión está ahí, pese al hecho de que es obvio que las actrices están cansadas, que no les importa en absoluto el evento de hoy en el CES[19] y que además por lo visto están doloridas, ya que resulta que Max Hardcore está rodando uno de sus espectaculares pornos «gonzo» aquí mismo en el Salón de la Electrónica de Consumo, usando el CES como gancho y como telón de fondo, y las chicas han estado alternando sus deberes en las casetas del CES y sus polvos traviesos con látigos con un plan de rodaje apretado e intensivo de SS. (Max, que es un firme creyente del método fílmico de los hechos consumados, todavía no se ha dignado hablar con la administración del salón CES sobre el hecho de que está poniendo el

19. Para ser sinceros, las actrices femeninas no solo parecen poco comunicativas sino francamente huraña. No está claro en qué medida esto se debe a la fatiga causada por la feria y en qué medida a la conducta glacial de los Iniciados respecto a todos los Foráneos. Las actrices llevan todas ropa de paisano post-CES: vaqueros anchos y tops de algodón y zapatillas grandes y peludas, etcétera. Sin maquillaje ni accesorios, Savage y Dane parecen todavía más guapas. Las chicas-B no. Todas se pasan la mayor parte del tiempo sentadas en el largo sofá de vinilo de la suite viendo la reposición de un episodio de *Seinfeld*.

salón de exposición de tecnología de consumo más grande del mundo en un vídeo promocionado como «VEA A CHICAS GUAPAS SODOMIZADAS DE LAS FORMAS MÁS BRUTALES».)

El señor Max Hardcore –también conocido como Max Steiner, también conocido como Paul Steiner, cuyo nombre real es Paul Little– mide 1,68 y pesa solamente 62 kilos. Su edad está entre los cuarenta y los sesenta y se parece más que nada a un Henry Gibson mesomórfico y rayano en la psicopatía. Lleva un sombrero de vaquero negro y la que debe de ser una de las pocas camisas hawaianas de manga larga que existen en el mundo. En cuanto se le pasa el enfado al ayudante de producción y se llevan a cabo las presentaciones (H. H. consigue mencionar el nombre de su revista varias veces en una sola frase), Max se destapa como un anfitrión jovial y parlanchín y ofrece a todos vasos de plástico desechables llenos de vodka antes de sentarse con estos enviados especiales a discutir los que para Max constituyen los asuntos más urgentes y relevantes de los Premios de AVN de este año, unos asuntos que son la carrera del señor Max Hardcore, su reputación, su historia personal y su filosofía general de la vida.

Inventado (dependiendo de con quién hable uno) por Max Hardcore o bien por John («Buttman») Stagliano, el «gonzo» se ha convertido en uno de los géneros más populares y provechosos del vídeo para adultos. Viene a ser más o menos un cruce entre un documental de la MTV y el panel del infierno del *Jardín de las delicias terrenales* de El Bosco. Una película gonzo siempre está ambientada en alguna localización o evento distintivos: Daytona Beach en las vacaciones de primavera, el Festival de Cine de Cannes, etc. Siempre hay un «presentador» salido y salivoso que habla directamente con una cámara de mano: «Bueno, aquí estamos en el Festival de Cine de Cannes, y parece que va a haber montones de cosas excitantes, dicen que han venido John Travolta y Sigourney Weaver, y también está la playa famosa en el mundo entero, y me han dicho que en la playa hay algunas niñitas que están buenísimas, así que vamos para allá». (Esa es más o menos la presentación de un gonzo reciente de Max en Cannes, un tipo de presentación marca de la casa al que Max

se refiere con una sonrisa de cincuenta y seis dientes como «siempre piadosamente breve»: y por favor, fíjense en lo de las «niñitas en la playa», porque esta es otra de las marcas de la casa profesionales de Max, la infantilización de las mujeres de sus vídeos que complementa narrativamente su propio personaje fílmico, que siempre es el de una especie de tío o padrastro degenerado.) Luego la cámara bamboleante pero siempre bien enfocada se dirige al océano o al centro comercial, o al salón CES o a donde sea, mostrando a mujeres atractivas[20] mientras el presentador gime y se muerde los nudillos de pura lujuria. Luego, enseguida, el presentador y la cámara empiezan a parar a las mujeres a las que han estado mirando y las someten a pequeñas «entrevistas» breves llenas de sonrisitas lascivas aparte y de dobles sentidos procaces. Algunas de las entrevistadas son gente de la calle, pero siempre hay algunas que son lo que Max llama «topos», o sea, actrices porno profesionales. Y así es como al espectador se le ofrece la clásica fantasía de fraternidad estudiantil consistente en pasar, por medio únicamente de un par de frases de bar de solteros tipo «Eh, nena, qué tal», de mirar a una mujer atractiva a tener relaciones sexuales desenfrenadas y anatónicamente diversas con ella, mientras todo el tiempo uno de sus colegas lo graba todo en vídeo.[21]

Pese a que la cuestión de quién fue exactamente el que inventó el gonzo resulta imposiblemente controvertida y todo eso, es cierto que Max Hardcore es famoso como director por varias cosas: 1) tener una disciplina increíble en materia de pre-

20. (sobre todo sus culos, parece ser, en los gonzos de Max, Buttman, el señor Ben Dover y el J. Silvera de «Butt Row»)

21. Observemos entonces que mientras que los vídeos porno tradicionales y, entre comillas, dramáticos, *simulan* la sexualización al cien por cien de la vida real (a saber, creando una especie de mundo real alternativo en el que todo el mundo desde las secretarias a los bomberos pasando por los higienistas dentales solamente necesita que le hagan una pequeña señal para lanzarse a un festival de sexo frenético), los vídeos gonzo van más allá al ofrecer la sexualización aparente de la vida real *de verdad* (por ejemplo, al combinar imágenes reales de churris en la playa de Cannes con material escrito de seducción y sexo explícito). El gonzo, así pues, parece ser obviamente el equivalente en porno a la tendencia que hay en el audiovisual convencional a los docudramas: *COPS*, *Real-Life Adventures of 3rd-Shift Trauma Surgeons*, etcétera.

supuesto y logística táctica, hasta el punto de obligar a su equipo y a sus empleados a llevar monos idénticos de nailon escarlata de manera que parecen un equipo nacional de esquí: los rodajes de Max son descritos (por el propio Max) como «operaciones casi militares»; 2) no solamente emplear a topos, sino llegar a veces a conseguir convencer a «niñitas» normales y corrientes de verdad en la playa o en el centro comercial para que se vayan con él al vehículo especial de MAXWORLD y tengan relaciones sexuales anales delante de la cámara;[22] 3) ser el primero en la industria del vídeo para adultos «generalista» (o sea, no fetichista) en perpetrar sobre las mujeres niveles de violación y degradación que hace unos pocos años habrían sido impensables. En relación al punto 3, Max, después de explicarles a estos enviados especiales las vocaciones y diversiones personales que lo llevaron a la industria del cine para adultos (una historia demasiado literalmente increíble hasta para plantearse comprobar si es cierta e imprimirla), nos informa de que él es y ha sido siempre la «vanguardia puntera» del vídeo para adultos, y que otros cineastas menos valientes y originales han robado y usado de forma sistemática sus degradaciones de mujeres, las de Max, como modelo para sus posteriores degradaciones más cutres y de segunda mano.[23] (Harold Hecuba y Dick Filth, por cierto, han

22. Esto no es un rumor. De hecho, está documentado. Ni siquiera vamos a intentar plasmar aquí ninguna teoría sobre este fenómeno ni tampoco sobre las posibles motivaciones/susceptibilidades de esas chicas normales y corrientes: las preguntas relevantes que surgen son simplemente demasiado enormes y pasmosas.

23. Max no solo se está refiriendo aquí a Silvera y a Byron y al resto de los que se han subido al carro del gonzo, sino también a directores como Gregory Dark y Rob Black, que son las puntas de lanza de otro género de moda surgido en los noventa y llamado (por Dick Filth, en sus artículos) «bizarro-sleaze». Las recientes *Snakepit* y *The Shocking Truth* hacen cosas como sentar a una actriz en una silla de entrevistada y luego hacer que un inquisidor situado fuera de plano le pregunte, p. ej., si ella piensa que es una guarra, si cree que va a acabar yendo al infierno por su guarredad insaciable y qué le parecían las atenciones sexuales del cerdo de su padrastro, ejemplo que a continuación desemboca en una SS en la que cuatro hombres vestidos de padrastros con pajaritas y chaquetas de punto y todos con hocicos de cerdo sujetos con gomas a la cara se la follan en grupo hasta dejarla aturdida. Mientras que Rob Black –comparado con el cual Gregory Dark es Frank Capra– ofrece espectáculos como escenas de sexo en grupo con muje-

oído muchas veces pontificar a Max y ahora están fuera del círculo del discurso: D.F. en el cuarto de baño desde hace ya un rato que parece muy largo y H.H. en el sofá con las actrices discutiendo las implicaciones de la retirada de *Seinfeld* de la parrilla de la NBC de 1998.)

---

res parapléjicas, mujeres obligadas a comer galletas saladas untadas de semen y hombres haciendo turnos para escupir a la cara de mujeres.*

Estos enviados especiales deciden emitir aquí una opimón. Las películas de Dark y Black no son para hombres que quieren excitarse y tal vez masturbarse. Son para hombres que tienen problemas con las mujeres y quieren verlas humilladas. La cuestión de si el «bizarro-sleaze» puede ayudar tal vez a los misóginos de sillón a «resolver» una parte de la furia que sienten hacia las mujeres es irrelevante. La intención de estas películas no es la catarsis. Su intención es capitalizar una demanda de mercado que está claro que existe: los productos de estos directores, igual que los de Max Hardcore, son presencias casi constantes en las listas de los más vendidos y los más alquilados de *Adult Video News*.

Las películas de Dark y Black son repugnantes. Lo son de forma intencionada. Y la verdad es que la repugnancia por el morro forma parte de la dirección esquizoide en la que el porno lleva moviéndose toda la década. Porque igual que el entretenimiento para adultos se ha ido volviendo más «masivo» –es decir, más fácil de conseguir, más aceptable, más lucrativo y más chic, como *Boogie Nights*–, también se ha vuelto más «extremo», y no solamente en los márgenes del género bizarro. Hoy día en casi todo el porno hetero hay un nuevo énfasis en el sexo anal, las penetraciones múltiples, las escenas de degradación y los malos tratos (por lo menos) psicológicos a las mujeres. En ciertos aspectos, este extremismo puede derivar simplemente del hecho de que el porno esté siguiendo la misma parábola que el cine de Hollywood: todo el mundo sabe que el cine convencional y la televisión también se han vuelto más violentos y explícitos y crudos durante la última década. Esto es posible. Y sin embargo, hay algo más.

La dinámica psicológica del porno siempre parece haber incluido cierto grado real de vergüenza, asco hacia uno mismo, percepción del «pecado», etcétera. Esto ha afectado tanto en el lado de los actores –«Soy una niña mala», «Soy un agujero para follarlo»– como en el lado de los consumidores: recuerden, o busquen a alguien que les explique, la vergüenza de que te vean en la taquilla de un cine para adultos, o las caras angustiadas de los hombres con gabardina de Times Square, de la Combat Zone de Boston o del Tenderloin de San Francisco. Nos damos cuenta, sin embargo, de que las caras de los fans que hemos visto hoy en la exposición para adultos del CES parecen distintas, más complejas a nivel de emociones. Al observador le da la extraña sensación de que al fan medio que viene aquí le avergüenza un poco el que le avergüence un poco su entusiasmo por el porno, ya que ahora los actores y actrices y los directores parecen haber abandonado la vergüenza a favor de la exultación de mirada gélida que siempre acom-

* Nótese aquí por adelantado que el señor Rob Black va a ganar el premio al Mejor Director en Vídeo en la gala de los premios del sábado por la noche.

Sola y ocupando un lugar de honor bien visible sobre una estantería con acabado de madera encima del minibar de la suite, hay una estatuilla auténtica de los Premios de AVN. El trofeo se parece a un Oscar/Emmy/Clio salvo por el hecho de que la figura tiene los brazos levantados y extendidos (eso le da también un poco de aspecto de Richard Nixon en el clímax de la convención republicana de 1968), y ciertas imprecisiones en su proceso de fundición hacen que parezca como de circonio cúbico. Imposible saber si la estatuilla es pesada y sólida o bien es hueca y de las baratas: no se producen invitaciones a tocarla ni a sopesarla. Una de las chicas-B que están en el sofá se está riendo o bien llorando y tapándose la cara con las manos por algo que ha dicho Harold Hecuba; sus hombros desnudos se agitan convulsos.

---

paña al éxito en ese gran mercado que es Estados Unidos. Esté donde esté ahora, el porno ya no se encuentra en las sombras y los barrios degradados. Tal como explica uno de los miembros del equipo de Max con su uniforme escarlata: «En cierta manera, es un coñazo. Ahora todo el mundo ve porno. Antes éramos rebeldes. Ahora somos putos *hombres de negocios*».*

Lo que hay que reconocer es que la respetabilidad de que goza ahora la industria del cine para adultos crea una paradoja. Cuanto más aceptable se vuelve dentro de la cultura moderna, más lejos va a tener que ir el porno a fin de preservar el sentido de *no ser* aceptable que es tan esencial para que siga resultando atractivo. Tal como tendría que ser evidente, la industria ya ha llegado bastante lejos; y ahora que el abuso de menores recreado y las violaciones en grupo vagamente disfrazadas venden vigorosamente bien, no resulta difícil ver adónde va a tener que acabar yendo el porno a fin de conservar su aire de mala reputación. Llegue o no hasta allí, está claro que el verdadero horizonte hacia el que camina el porno de finales de los noventa es el snuff film. También está claro –dejando de lado todas las cuestiones morales y culturales– que resulta extremadamente peligroso que la industria del cine para adultos tenga que seguir moviéndose en esta dirección. Parece solo cuestión de tiempo que otro político conservador vea en el porno de masas un escándalo lo bastante grande como para basar sus ambiciones públicas sobre el mismo. La Asociación del Vídeo para Adultos, al fin y al cabo, no es el único lobby poderoso e interesado en las normas sociales. Llegado este punto, en todo caso, las contradicciones internas del porno (p. ej.: ofender constantemente los valores mayoritarios en la sociedad → los miles de millones de dólares que acompañan a la popularidad masiva) parecen ser el enemigo más peligroso de la industria.

* (La respuesta que da Max al análisis de ese miembro de su equipo es levantar los pulgares en gesto optimista y decir: «Que Dios bendiga a América, chaval».)

Sería totalmente fantástico que la reposición de *Seinfeld* que estamos viendo en el enorme televisor fuera el episodio en que todo el mundo intenta evitar masturbarse, pero no lo es.

Cuando uno de estos enviados especiales le pregunta por qué le dieron el Premio de AVN que hay en la estantería, Max Hardcore se da una palmada en la rodilla: «Lo *robé*, joder». Y es ahora cuando una esforzada inspección visual a media distancia revela que la inscripción «MAX HARDCORE» que hay en la tira metálica de la base del trofeo ha sido hecha a base de rayaduras por alguien que no es un grabador profesional. De hecho, parece hecha con un destornillador. Max me explica la travesura de la estatuilla: excluido inexplicablemente de los premios durante años, el año pasado, cuando estaba bajando del escenario (todos los años lo ponen de presentador de algún galardón, lo cual él percibe como la forma que tienen en los Premios de AVN de hurgar en la herida emocional), atisbó entre bastidores una caja de cartón muy grande llena de estatuillas de Premios de AVN sin grabar y sin usar.[24] De manera que pensó, tal como explica ahora: «Qué cojones, me la *merezco*, joder», y birló una, que se escondió dentro de su enorme sombrero Stetson y de esa forma obtuvo una satisfacción considerable del hecho de asistir a varias fiestas pospremios con la estatuilla ilegal debajo del sombrero. Los miembros del equipo de Max se ríen mucho con esta anécdota, aunque las actrices no.

Ahora Alex Dane le está contando a Harold Hecuba que se ha encontrado un perro extraviado y ha decidido quedárselo. Se emociona al describirle el perro y por un momento parece que tenga catorce años; la impresión solamente dura un par de segundos y resulta conmovedora. Una de las chicas-B, entretanto, está explicando que se acaba de poner un par de implantes ultramodernos en los pechos cuyo tamaño puede regular añadiendo o drenando fluido por un par de pequeñas válvulas que tiene debajo de las axilas, y entonces –tal vez confundiendo las

24. (Aquí la sospecha de estos enviados especiales de que las estatuillas de los Premios de AVN se compran a peso, posiblemente en el mercado negro, parece confirmarse de alguna forma.)

expresiones de estos enviados especiales con expresiones de incredulidad– levanta los brazos para mostrar las válvulas. Y realmente parece que hay unas válvulas.

Una gran parte de la industria del cine para adultos de hoy día parece una parodia torpe de Hollywood y del conjunto del país. Las actrices más famosas son caricaturas de tebeo del atractivo sexual. Las prótesis de pechos y las nalgas levantadas y (no es broma) los pómulos artificiales no son nada más que subrayados de una mentalidad que potencia las liposucciones masivas y la industria del colágeno. La sexualidad ginecológicamente explícita de Jenna, Jasmin y compañía se parece más que nada a una parodia de la revista *Mad* de la sexualidad «tórrida» de Sharon Stone y Madonna y tantos otros iconos femeninos de la cultura de masas.[25] Por no mencionar el hecho de que la industria del cine para adultos coge muchas de las deformidades por las que Hollywood es famoso –la vanidad, la vulgaridad, el mercantilismo rancio– y no solamente las vuelve explícitas y grotescas, sino que parece *regodearse* en esa naturaleza grotesca.

El bueno de Max Hardcore, por ejemplo, es un psicópata total: es verdad que es algo que forma parte de su personaje en sus películas gonzo, pero es que también lo es el Max/Paul Steiner de verdad. Tendrían que estar ustedes en la suite con él. Max está sentado recibiendo a la corte con su sombrero y sus botas puntiagudas, con un aspecto a la vez autoritario y ausente, mientras sus acólitos vestidos de rojo le ríen las bromas y una chavala que no ha acabado el instituto enseña sus válvulas. En honor a la verdad, los diez primeros minutos de la entrevista improvisada en el Sahara se dedican a pasarse de mano en mano por toda la sala un ejemplar de algo que se llama revista *Icon*, de la

25. ... y de la torridez omnipresente que forma parte en gran medida de la cultura comercial de los años noventa. El señor H. Hecuba, por ejemplo, durante una de las proyecciones maratonianas de los vídeos nominados por AVN a las que se refiere la nota n.º 3, señaló que la relación que hay entre un anuncio de Calvin Klein y una película de porno duro es en esencia la misma que la relación que hay entre un chiste gracioso y la explicación de por qué ese chiste es gracioso.

que Max nos ha dicho que está haciendo un reportaje sobre él: se espera de nosotros que hojeemos la revista y hagamos comentarios favorables sobre su contenido y su diseño mientras Max nos observa de la misma forma hiperexpectante en que los padres te miran cuando estás mirando una foto de su hijo que han sacado sin que tú se lo pidieras y te han obligado a mirar. Esta es la cronología auténtica. Luego sigue un torrente de autobiografía y antecedentes que estos enviados especiales han decidido negar a Max la satisfacción de ver aquí reproducidos. Después de lo cual viene una especie de visión de conjunto tipo Primer Curso de Max acerca de su filosofía personal y de la teoría del gonzo y de la anécdota de la estatuilla. El vodka es del bueno y los vasos de plástico tienen polvo. Luego una de las estrellas femeninas decide que tiene hambre y Max no solamente insiste en acompañarla hasta el restaurante del Sahara sino que quiere que todos los demás vayamos también, lo cual acaba resultando en que las chicas-B y los miembros del equipo de rodaje y estos enviados especiales[26] nos quedemos allí de pie sin saber qué hacer frente al podio del maître mientras Max en persona conduce a la estrella porno hasta su mesa y le retira la silla y le mete una servilleta en el escote y saca un clip para sujetar billetes con revestimiento de platino y anuncia en una voz lo bastante alta como para que le oiga todo el restaurante y todo el vestíbulo que «quiere hacerse cargo por adelantado de todo lo que le endilguen a la niñita», y le embute varios billetes al maître en el bolsillo de la pechera del esmoquin y luego deja a la chica allí sola y nos lleva a todos en manada de vuelta afuera y al ascensor y se pone a darle porrazos al botón de la planta de su suite, casi dando saltos de furia por la lentitud del ascensor; luego nos lleva a todos corriendo hasta la suite porque se le ha ocurrido que quiere enseñarles a estos enviados especiales algo del rodaje de esta semana que él cree que resume su genio porno-

26. Hecuba y Filth, que conocen bien ambos a Max y no dependen económicamente de él, deciden quedarse en la suite bajo la mirada de ojos inexpresivos y aparentemente carentes de párpados del ayudante de producción (que, por cierto, no lleva ningún mono de trabajo de color flamígero, sino que resulta obvio que le han prometido uno si completa el período de prueba de su empleo con buena nota).

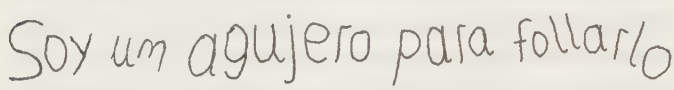
gráfico particular mejor que cualquier exposición por larga que sea... y entonces, sentados de nuevo, empieza a pasar páginas de un cuaderno buscando algo.

–Lo que tenemos es una niñita en la caravana [la infausta caravana de MAXWORLD], y después de follarle la cara[27] y de comerle el ojete, y, bueno, las depravaciones de siempre, le hacemos que se meta un boli... no, ¿cómo se llama...?

Miembro del equipo: Rotulador permanente.

Max: ... que se meta un rotulador permanente por el culo y que escriba todo... todo esto.

Sostiene el cuaderno en alto, abierto por una página, y de nuevo hace que pase de mano en mano:



es lo que hay escrito con un pulso[28] que resulta impresionantemente legible, considerando las circunstancias. Dick Filth hace una pregunta jocosa sobre si hay planes para alguna futura película donde salga esa chica con una máquina de escribir, pero Max no se ríe (nos damos cuenta de que Max nunca se ríe de una broma que no haya hecho él), ni tampoco nadie más.

No hay duda de que la mayoría de esto lo va a cortar la revista *Premiere*, pero también vale la pena observar –cuando el fotógrafo asignado por dicha revista (que también se ha colado aquí esta tarde pegado a la sombra de H.H. y D.F.) empieza a preguntar en voz alta si va a ser posible conseguir en la gala de los premios buenos retratos de los ganadores sosteniendo sus estatuillas– la forma en que Max salta de golpe con su idea de la foto perfecta para la página titular de este artículo. La foto que nos propone es una foto de Max Hardcore, sosteniendo varios de los trofeos de los Premios de AVN que promete o bien gana de la forma convencional o bien hacerse con ellos de otras formas,

27. ¿=felación? ¿=beso con lengua muy enérgico?
28. (por llamarlo de alguna manera)

sentado en alguna clase de trono de aspecto imperial y realmente bonito que a su vez esté colocado en el bulevar jalonado de palmeras del famoso Strip de Las Vegas –a fin de que el fotógrafo tenga montones de neón borroso y edificios apropiadamente fálicos de fondo–, con un séquito de actrices semidesnudas o bien abrazándolo en actitud de arrobamiento o bien postradas a sus pies, o ambas cosas. Es importante dejar claro que no se oyen ningunas comillas paródicas, que en la cara de Max no hay ironía ni embarazo ni tampoco ninguna clase de conciencia de sí mismo mientras esboza el retablo de esa foto para nosotros; hace gala de la misma solemnidad que uno imagina que mostraba siempre Irving Thalberg.[29] Estos enviados especiales

29. Sí, aquí está la cosa: lo más increíble no es la magnitud ni la implacabilidad del narcisismo de la gente del porno. (La forma que tiene Jasmin Saint Claire de saludar a un periodista es ofrecerle una foto autografiada en persona; Tom Byron, que tiene treinta y seis años y nada más que un atributo, se da los aires de un padrino de la mafia en las fiestas nocturnas que celebra la gente del porno en el bar del hotel Sands, extendiendo la mano con los nudillos hacia arriba como pidiendo obediencia, etcétera, etcétera.) Es lo *obtuso* que resulta el mismo. Véase, por citar un solo ejemplo, el caso del señor Scotty Schwartz, de veintinueve años, con quien gracias al buen oficio de Harold Hecuba estos enviados especiales pudieron tener una cena de trabajo que terminó siendo una auténtica novela rusa. El joven señor Schwartz, que mide tal vez un metro cincuenta en condiciones de gravedad baja y con zapatos de plataforma, es una antigua estrella infantil de Hollywood cuyas interpretaciones en *Su juguete preferido* con Richard Pryor y *Una historia de Navidad* con Darren McGavin fueron el cenit de una carrera cuyo repentino declive lo llevó –a través de un flujo de circunstancias demasiado tortuosas hasta para anotarlas– a conocer al omnipresente Ron Jeremy y a llevar a cabo su *entrée* en el aislado nexo social del vídeo para adultos. Ya fuera por desesperación o por depravación o por ambas cosas, Scotty Schwartz decidió al parecer que la «controversia» suscitada por el hecho de que él apareciera en una película de porno duro supondría un empujón decisivo a su carrera en el cine convencional (tal como pasa con una desintoxicación o con una detención, por citar una analogía del mismo Scotty; no paraban de rechinarle los dientes por el hecho de que la carrera de su viejo rival Corey Feldman había sobrevivido a una desintoxicación). Y la industria del porno, más contenta que unas pascuas por sacar partido de la fama en el cine convencional de Scotty (recuerden, al fin y al cabo, la película de 1994 *John Wayne Bobbitt Uncut*), puso a Schwartz de protagonista de la producción de Wicked Pictures de 1996 *Scotty's X-Rated Adventure*, una película acosada por una ansiedad casi letal y por sus épicas esperas de leña, tribulaciones psicológicas que Scotty narra con un lujo de detalles que inspira puro horror empático en estos enviados especiales. (Para su información, el debut en el porno del señor

empiezan inmediatamente a presionar a favor de la idea de Max, suponiendo que la foto sería una ilustración genial para la historia de cómo Max propuso esa misma foto –o sea, que pondría de relieve la megalomanía de manera mucho más poderosa que el simple reportaje–, pero al fotógrafo de *Premiere*, que no es

---

Bobbitt también se vio estropeado por graves problemas de leña –la impotencia parece ser el talón de Aquiles de casi todos los leñadores no profesionales [el término «miedo escénico» debe asumir una odiosa nueva resonancia bajo el resplandor de magnesio de un rodaje en curso de porno]–, pero por fin Bobbitt aceptó someterse a una inyección de prostaglandina en el pene [lo que se conoce en la industria como «leña instantánea»], mientras que Schwartz decidió de forma valerosa/cobarde pasar con más pena que gloria por *S.'s X-R. A.* sin ayuda médica.)

... La idea central de esa historia tan larga es que Schwartz, aunque (comprensiblemente) ya no es actor de porno duro, ha abandonado sus ambiciones en el cine convencional a favor del vórtice del porno y ahora es un incipiente director de género gonzo, y hasta está dirigiendo esta semana algo que se llama *Scotty's Behind the Anal Door at the C.E.S.* (algo que presumiblemente Max Hardcore no sabe) en toda una serie frenética de planos de culo y chocho.

En fin, a lo que íbamos es que estos enviados especiales fueron atraídos a la mencionada cena el jueves por la noche por los informes de Hecuba de que S. Schwartz se había convertido en una especie de mascota no oficial de la industria del cine para adultos, y de que conocía a absolutamente *todo* el mundo, y que era parlanchín hasta extremos casi maníacos: supusimos que sería una buena fuente de antecedentes y contexto y rumores. H.H. ya nos había preparado para los modales personales de Schwartz (que sufre abundantes tics y respira de forma entrecortada y resulta neuralmente irritante de la misma forma en que resulta neuralmente irritante una nota sostenida durante mucho tiempo), pero lo que Hecuba se olvidó de mencionar fue que Scotty Schwartz es también totalmente incapaz de hablar de otra cosa que no sea él mismo. Pasamos dos platos y media hora repasando el currículum en el cine comercial de Scotty y las putadas que le hizo el duro dedo del destino (la aliteración y la metáfora anatómica combinadas son de Schwartz) y hablando de la injusticia comparativa de las trayectorias de su carrera y la de C. Feldman, después de lo cual dedicamos veinte minutos a la relación incipiente y supuestamente platónica entre Schwartz y una chica convertida al cristianismo a la que conoció en Internet (durante esos cincuenta minutos iniciales uno de estos enviados especiales se vio obligado a llevarse todo el tiempo la servilleta a la boca). Tampoco pareció Schwartz capaz ni dispuesto a contar ninguna historia de la que él mismo no fuera el héroe. Aquí va –tan cerca de la cita textual como permitía la estupefacción– la historia que contó Schwartz acerca de cómo conoció al señor Russ Hampshire, jefe de VCA Inc., que es lo que Scotty denomina «un pez muy muy gordo: *así* de gordo, a ver si me entiendes» en la industria del cine para adultos:

–Pues estoy yo en esa fiesta, yendo por ahí y camelándome a las chicas y al otro lado de la sala veo a Russ Hampshire y Russ me mira a los ojos, a ver si me

ningún actor, le sale tan mal disimular su asco hacia la imagen que tiene Max de sí mismo que la atmósfera de la suite entera se vuelve forzada y hostil de una forma compleja, y, en definitiva, Dick Filth me acabará diciendo que no conseguimos, textualmente, «penetrar hasta el núcleo de la esencia de lo que significa ser Max Hardcore».[30]

---

entiendes, y me dice, ya sabes: «Eh, chaval, ven aquí», así que voy con él y joder, es el puto Russ Hampshire en persona, ya me entiendes, y yo voy para donde él está y Russ se me acerca y dice: «Scotty, te he estado observando. Me gusta tu estilo. A mí se me da bien juzgar a la gente, y, Scotty, tú eres buena gente. Nunca he oído a nadie decir nada malo de ti». [Recuerden ustedes que es Scotty el que cuenta esta historia. Fíjense en cómo cita textualmente el diálogo de Hampshire. Fíjense en el cambio de timbre y en la reproducción perfectamente oportuna. Fíjense en el hecho de que a Schwartz no se le ocurre ni por un momento que a un ciudadano americano normal le pueda aburrir o repeler el que él se explaye durante un buen rato en los elogios que le ha prodigado otra persona. Schwartz solamente sabe que esa conversación tuvo lugar y que significa que un pez gordo lo aprueba y que redunda en beneficio del crédito de Scotty el que él quiera que lo sepa todo, todo el mundo.] «Chaval, solamente quiero decirte que me caes bien, joder, y que si hay algo que yo pueda hacer, ya sabes, para ayudarte, lo que sea, solo tienes que decírmelo.»

... Fin de la viñeta, y ahora Scotty –igual que Max, igual que Jasmin, igual que Jenna y Randy y Tom y Caressa– mira a todos los presentes y examina las caras de sus oyentes en busca de la admiración que tiene que aparecer por fuerza. ¿Cuál es la reacción socialmente apropiada a una anécdota como esta: una anécdota sin contexto, a cuento de nada, con su propósito arrogantemente carente de sutileza (y sin embargo, algo conmovedor, en última instancia, por su desnuda inseguridad) de hacer que uno admire al que la cuenta? Los segundos que siguieron a la misma, con la viñeta suspendida en el aire y la mirada de Scotty palpando las caras de estos enviados especiales como si fueran dedos, fueron los primeros de una infinidad de momentos parecidos a lo largo del fin de semana de los Premios de AVN. ¿Cómo se supone que hay que reaccionar? Fue muy incómodo. Uno de estos enviados especiales optó por «Uau. Caray». El otro fingió que se le había atragantado una col de Bruselas.

30. (Parece que el juego de palabras es accidental... aunque uno de estos enviados especiales, tras escuchar la valoración global de Filth en el taxi, respondió que seguramente habíamos penetrado en el núcleo de Max tanto como un organismo sensible podía querer penetrar. La refutación subsiguiente de Filth, que consistió principalmente en una larga cadena de historias no corroborables protagonizadas por Max Hardcore, es omitida aquí por razones legales básicas.)

Los Decimoquintos Premios Anuales de AVN están divididos en dos noches consecutivas, una táctica que Max H. piensa que los Oscar de verdad harían bien en imitar. «Te sacas de encima todas las chorradas la primera noche: el mejor packaging, el mejor marketing, el mejor vídeo gay, esas idioteces. ¿Quién quiere aguantar toda esa mierda?»

Celebrada en un salón de actos distinto y un poco más pequeño del Caesars Palace, la gala de los premios del viernes es ciertamente rápida. Entre las categorías efímeras se encuentran la mejor fotografía de vídeo, el mejor guión, la mejor dirección de arte y la mejor música. En el programa está la lista de los nominados en cada categoría, pero en el escenario solamente se anuncia a los ganadores, y se los anuncia de cuatro en cuatro, y se agradece que no haya aplausos y el maestro de ceremonias no para de decirles a los cuartetos de ganadores que «Si suben ustedes deprisa y ayudan a que todo vaya rápido nos estarán ayudando mucho». La única comida que hay el viernes son grandes ruedas de verduras y salsas para mojar cerca de la barra de pago. El presentador no es el cabeza de cartel Robert Schimmel sino un tipo hipomaníaco que se llama Dave Tyree, cuyas bromas intercaladas con la ceremonia van a 78 rpm y son cosas del tipo: «Si Dios no quisiera que nos hiciéramos pajas nos habría puesto unos brazos más cortos». Debe de haber unos mil asistentes más o menos, la mayoría sin ropa demasiado formal, no hay mesas asignadas y en el salón de actos todo el mundo se dedica a ir de un sitio para otro y a charlar y a tratar lo que está sucediendo en el escenario igual que la gente en una coctelería trata al pianista.

P.: Cuatro mil millones de dólares y ocho mil nuevos títulos al año: ¿por qué es tan popular en este país el vídeo para adultos?

R.: F.J. Lincoln, director designado para entrar en el Salón de la Fama de AVN: Siempre me hace gracia que lo llamen para «adultos». Lo que es en realidad es volver a ser niño. Revolcarse en el suelo y ensuciarse. Es el cajón de arena de los adultos.

R.: Joey Silvera, leñador veterano: Tíos, afrontémoslo... América quiere hacerse pajas.

R.: Harold Hecuba, periodista especializado: Es el nuevo circo de freaks. Nadie se arruina por sobreestimar la rabia y la misoginia del hombre americano medio.

R.: Jacklyn Lick, actriz porno: Creo que hay muchos fans que son personas muy solitarias.

P.: No parece que se usen muchos condones en las escenas de porno duro.

R.: Harold Hecuba: No se han usado nunca. Se considera que no son eróticos. Este negocio consiste en diseñar fantasías.

P.: Pero con la cuestión de las enfermedades venéreas... todas esas perversiones anales y todo eso. ¿Hay una gran preocupación por el VIH en la industria?

R.: Harold Hecuba: Hoy día no hay una gran preocupación. Todo el mundo se hace la prueba regularmente.

P.: ¿Y qué hay del herpes?

R.: H.H.: Creo que está a la orden del día.

El ganador del premio del año pasado a la Mejor Escena de Sexo en Cine, Vince Vouyer, resulta que en realidad se llama John LaForme. Pregunta retórica: ¿Cómo es posible que alguien cuyo verdadero nombre es John LaForme sienta que necesita un nombre de guerra?

El señor Tom Byron describe la capacidad para conseguir una erección y eyacular a voluntad como un ejercicio de «control, igual que la meditación o el surf. Es como un gimnasta que se aguanta sobre la barra fija. Si practicas lo bastante, puedes conseguir cualquier cosa».[31]

31. El señor Tom Byron, por cierto, que apareció en la industria a mediados de los ochenta como un jovencito cuya delgadez adolescente y semblante bonachón resultaban tan cautivadores y distintivos como su pene, ahora está experimentando la misma cosa extraña en la cara que pareció experimentar en la cara Christopher Walken poco tiempo después de *La zona muerta*. No es solo que las pecas de Byron hayan desaparecido o que su mirada haya adoptado un aire de amenaza letal: la misma piel de su cara se ha vuelto reluciente y ha adoptado un aspecto plastificado, demasiado tenso de la misma forma en que una máscara mortuoria resulta demasiado tensa. Para cualquiera que se acuerde de qué aspecto tenía Byron

El antiguo leñador y en la actualidad director Paul Thomas fue miembro del reparto original del musical de Broadway *Jesucristo Superstar.*

El alto, con pinta de chiflado y siempre rampante Mike Horner, tres veces ganador del premio al Mejor Actor y miembro del Salón de la Fama de AVN,[32] tiene formación clásica de cantante de ópera.

La difunta actriz Nancy Kelly en realidad se llamaba Kelly van Dyke. Era la hija del cómico televisivo Jerry van Dyke, y así pues, obviamente, sobrina de Dick.

La exótica actriz primeriza Midori, una de las nominadas en la categoría de Mejor Nueva Estrella Femenina de los Premios de AVN 1998, es hermana de la estrella del pop de los ochenta Jodi Whatley. Midori ha declarado en público que ella contempla el porno contemporáneo de alto presupuesto como un peldaño en el camino hacia una carrera en el cine comercial, un poco como ganar el concurso de Miss América o hacer un par de temporadas en *Saturday Night Live.* Harold Hecuba describe la estrategia profesional de Midori como «gravemente mal encaminada».

El vicepresidente y editor ejecutivo de *Adult Video News*, Gene Ross, al presentar el ya mencionado Premio de AVN 1998 al Mejor Director de Vídeo para Rob Black por *Miscreants*, aclama al señor Black como «un tío que puede coger ojetes, enanos y pescado frito y hacer con todo eso una historia de amor».[33]

Del artículo publicado en 1995 en *The New Yorker* sobre la difícil situación psicosexual del leñador en la industria del cine para adultos: «Los Cal Jammer que forman parte de esta feminización sienten que han asaltado las murallas del ornamento femenino para reclamar sus prerrogativas masculinas, solo para encontrarse a sí mismos perdidos en un jardín de ironía sobre los géneros».

El señor John «Buttman» Stagliano –presidente de Evil Angel Inc., un hombre descrito por el *US News & World Report* como

---

cuando era un chaval recién salido de la Universidad de Houston, su cara ahora después de trece años en la cúspide de su oficio es una contradicción flagrante de eso que dice la industria de que todo es placer y juego sin restricciones.

32. (la ubicación física de dicho salón, si es que existe, es desconocida)

33. [Risas, aplausos.]

«el más importante director de vídeos de porno duro del país»— no solamente ha anunciado en público que ha dado positivo del VIH, sino que ha identificado el vector de la infección como una prostituta transexual en São Paulo con quien Stagliano tuvo relaciones anales sin protección en 1995. Le preocupa que la gente no lo entienda bien: «No me interesan particularmente los tíos, pero me interesan las pollas. Los tabúes prohibidos generan toda clase de conductas neuróticas, y eso me lleva a dejar que me den por el culo sin condón».

¿Es posible que los Premios de AVN estén amañados? Max Hardcore (el mismo que sustrajo la estatuilla, no lo olviden) describe los premios como un «conflicto total de intereses». Al fin y al cabo, explica, *Adult Video News* depende en gran medida de los anunciantes,[34] y están bajo «presión de los peces gordos como Vivid y VCA para, ya sabes, dorarles la píldora».

34. Hágase notar que el vistoso y colorido Programa Oficial de los Decimoquintos Premios Anuales AVN es en sí mismo un documento patrocinado por sus anunciantes, y que sus listas de categorías y de nominados están dispersas entre anuncios de productoras a toda página que promocionan a bombo y platillo las mismas películas nominadas. Esto no parece descabellado: está claro que *Variety* hace lo mismo cuando se entregan los Oscar. Otros anuncios del programa son de cosas como el lubricante Wet Platinum...

SIGUE RESBALADIZO BAJO EL AGUA...
NUNCA SE SECA... ¡NO DAÑA EL LÁTEX!

...además de varios anuncios de la California Exotic Novelties Corp., fabricante de la Bomba para Pene RAMROD, del Increíble Masturbador de Doc Joc, y de la «MUÑECA ARRODILLADA Facsímil a Tamaño Real de Anne Malle»:

• POSICIÓN ARRODILLADA: LISTA PARA SER TOMADA
• EXCITANTE PENETRACIÓN ANAL
• PECHOS TURGENTES Y DELICIOSOS PARA ESTRUJAR
• ACCIÓN VIBRADORA
• PRECIOSO PELO NEGRO
¡¡¡AGÁCHATE Y TÓMAME AHORA!!!

No está claro si estos anuncios tienen su público especializado entre los Iniciados de la industria (dudoso, aunque la verdad es que van a ser los únicos que vean los programas), entre los vendedores o entre los mostrencos de a pie.

Dice la señorita Ellen Thompson, editora asociada de *AVN* y jueza de los premios que vota bajo el nombre de guerra de Ida Slapter:[35] «Llevamos oyendo lo mismo durante años. Y tengo entendido que la misma queja se da en el cine convencional. No me gusta insultar a nadie, pero a veces hay gente amargada. ¿Qué se supone que hemos de decir? Vivid y VCA sacan buenos productos. De verdad y sinceramente, nosotros votamos de forma justa».

Dice el señor Dick Filth: «Lo que se percibe con mayor claridad, y hay toneladas de anécdotas que sirven de prueba y lo respaldan, es que están totalmente amañados y vendidos».

El sábado es la gran noche. El banquete, el espectáculo en el escenario, los premios importantes. Ver y ser visto. Jugadores profesionales y asistentes a convenciones y mostrencos de toda calaña se apelotonan en la parada de taxis del Caesars Palace para ver llegar a las estrellas femeninas. Hay cámaras de mano y flashes, pero no hay paparazzis *per se*. Algunos de los actores y actrices llegan en limusinas y otros en relucientes coches deportivos fálicos; otros es como si aparecieran simplemente de forma misteriosa. Hoy asisten todavía más estrellas femeninas de las que había en el salón CES, y van tremendamente emperifolladas. Hay

35. Hay cuarenta y cinco votantes oficiales listados en el programa de los premios. He aquí algunos de sus nombres: Avie Chute, Rich C. Leather, Marlon Brandeis, Roland Tuggonit, Stroker Palmer, S. Andrew Roberts & Esclava (así que en realidad hay o cuarenta y cinco o cuarenta y cuatro votantes oficiales, dependiendo de si Esclava tiene voto propio o solo se dedica a poner el sello en el voto de S. Andrew Roberts). Por extraño que parezca, la señorita Ellen Thompson aparece en la lista como Ida Slapter y también como Ellen Thompson, así que uno se pregunta cuántos votantes ontológicamente distintos hay en realidad. Tampoco es que una de las Seis Grandes empresas de contabilidad del país haga el recuento en secreto de los votos con protección de guardias armados ni ninguna de esas medidas de seguridad tipo premios Oscar. De acuerdo con Slapter/Thompson, la votación de los premios es «secreta», pero las papeletas rellenadas se entregan a Paul Fishbein y a Gene Ross, que son el editor y vicepresidente respectivamente (y Fishbein también copropietario) de *Adult Video News*, y que por tanto tienen un interés obvio en mantener contentos a los patrocinadores y en los cuantiosos ingresos por publicidad. Todo este asunto no inspira precisamente una confianza sólida como la piedra.

tops sin espalda de color cereza y bodys de color pera con zapatos de salón abiertos de ante color burdeos. Hay vestidos de lamé color platino con aberturas laterales que llegan hasta la décima costilla. Unos culos no tanto cubiertos como barnizados dan la impresión de que por fuerza deberían dejar ver líneas de braguitas o por lo menos de tanga, pero no dejan ver ninguna. Hay leotardos de vinilo color verde lima y pantalones acampanados de toile y corpiños de escamas y minifaldas con la misma textura y longitud que un volante de tutú. Hay vislumbres de tiras de ligueros y los corpiños de lencería de encaje sombrean el interior de las blusas semitransparentes. Varios de los atuendos desafían preceptos muy básicos de la física moderna. Los peinados son voluminosos y complejos. Todas las estrellas femeninas van del brazo de hombres, pero ninguno de estos acompañantes son actores porno. La altura media de los tacones es de más de diez centímetros. Un miembro del público de voz retumbante que está en la parada de taxis llega a pronunciar la expresión «Va Va Voom», que estos enviados especiales nunca habían oído fuera de una película de Sinatra. Los pechos recuerdan a zepelines y se encuentran en varios estadios peligrosos de semiconfinamiento. Max Hardcore lleva un Stetson del color de la leche con cacao poco espesa, y su chica-B regulable –ataviada con una especie de traje de vaquero de color escarlata que consiste sobre todo en flecos– se ha inflado los pechos hasta lo que debe de ser su máxima capacidad.

En lo tocante a los leñadores, el negro es claramente el color de moda en los Decimoquintos Premios Anuales de AVN. Muchos de los hombres llevan esmoquin negro y corbata negra *y* camisa de vestir negra. Uno de ellos lleva un traje con estampado de cachemira que es de sarga o bien de alguna clase de material de tapicería. Otro lleva zapatos plateados de plataforma y un chaleco plateado sin camisa debajo. Los chicos de XPlor llevan sudaderas de Calvin Klein y pantalones militares de camuflaje urbano, y los acompaña un amplio contingente que puede o no incluir a los cerebros de *South Park*. Un tipo que va cogido del brazo de la señorita Morgan Fairlane lleva una inmensa y afilada cresta de mohicano al estilo de los punks británicos de finales de los setenta.

Dentro del hotel se forma una especie de cóctel improvisado en el amplio vestíbulo de mármol que hay delante del más grande y supuestamente más elegante de los salones de actos del Caesars Palace, que se llama Caesars Forum. Varios empleados fornidos del casino se dedican a recoger las invitaciones y a ser un elemento muy disuasorio para cualquiera que intente colarse en el espectáculo. La aglomeración de cuerpos aquí fuera implica un grado de contacto físico que los mostrencos del salón CES ni siquiera podían soñar. Hay áreas iluminadas por el resplandor de las lámparas de arco de carbono donde los periodistas de la televisión entrevistan a varios actores y actrices sobre [*sic*] el aire de emoción intensa que flota en el aire. Varios haces misteriosos de cables coaxiales emergen por debajo de las puertas del Forum, recorren todo el pasillo y desaparecen doblando el recodo. Una sospecha que todos habíamos tenido durante toda la semana pero que habíamos decidido que no era verificable queda ahora inmediatamente verificada cuando uno de estos enviados especiales es empujado sin querer contra una estrella femenina y se le clavan los pechos de ella en el costado y *duele*. Hay mucha gente que tiene en la mano bebidas en vasos de plástico y no se sabe dónde las ha conseguido. Las estrellas femeninas se turnan para ser entrevistadas sobre la emoción atmosférica mientras los leñadores evitan todas las cámaras como si fueran mafiosos. Las luces de la televisión no le sientan nada bien a la piel de nadie. Con sus esmóquines completamente negros, varios de los hombres de la industria –entre ellos, p. ej., John Leslie y Tony Tedeschi– están tan pálidos y cetrinos que parecen enfermos. El señor Nick East dedica un total de cinco minutos y medio de concentración absorta a la cutícula de su pulgar izquierdo. Algo un poco sorprendente es que muchos de los miembros de la élite de leñadores de la industria son bajos –metro sesenta y cinco o metro setenta–[36] y la mayoría de sus acompañantes son más altas que ellos. Dick Filth confirma que la altura estándar de la

36. A lo que más se parecen muchos de los leñadores más importantes es a gimnastas. Son compactos y musculosos y se mueven con esa economía de movimientos fluida con que se mueven los atletas, como si fueran equipados con giroscopios interiores. Muy poco de esa elegancia física resulta visible en pantalla.

industria contemporánea, que es el metro sesenta y cinco, contribuye a que un órgano masculino prodigioso parezca todavía más prodigioso en vídeo, un medio que al parecer hace toda clase de cosas extrañas con la perspectiva.

Las entradas para el evento central del sábado valen ciento noventa y cinco dólares cada una, por adelantado. No está claro si hay gente de la industria que tiene entradas gratis, pero los periodistas pagan religiosamente. Nuestras entradas dicen que nuestra mesa es la n.º 189. Se han vendido dos mil quinientas entradas, y como es muy dudoso que alguien sin entrada haya conseguido colarse pasando por delante de los tíos de mirada pétrea del casino que están en la puerta, se puede decir con seguridad que hay dos mil quinientos asistentes.

El salón de actos Caesars Forum es un enorme espacio en forma de L con el escenario en –por así decirlo– la juntura. De manera que la mitad del público de los Decimoquintos Premios Anuales de AVN es geométricamente invisible para la otra mitad. Este problema se soluciona con seis pantallas de vídeo del tamaño de velas de barco suspendidas del techo en puntos estratégicos de todo el auditorio. Durante las casi dos horas[37] que van desde el momento en que se abren las puertas hasta el inicio del espectáculo de los premios, las pantallas van alternando breves clips de clásicos del porno[38] (recuerden que el tema de los Decimoquintos Premios de AVN es «La Historia del Cine para Adultos») con planos en directo de gente diversa que hace su entrada y pone morritos para las cámaras remotas que AVN tiene rodeando el salón.

Tanto Harold Hecuba como Dick Filth han venido equipados con prismáticos (los de H.H. van en un estuche muy ceremonioso de la Audubon Society), lo cual resulta un misterio hasta que llegamos a la mesa 189, que está al fondo del todo del

37. No estamos bromeando. Los Oscar son rápidos y minimalistas en comparación con los Premios de AVN.

38. (p. ej., *Debbie Does Dallas*, *Tras la puerta verde*, algo mal iluminado, donde sale John Holmes, *El diablo y la señorita Jones*, etcétera; nada identificable con *Garganta profunda*, sin embargo, y ciertamente nada que tenga que ver con la infausta, por trabajar siendo menor de edad, Traci Lords...)

ramal norte de la L del salón de actos, a cientos de metros incluso de la pantalla de vídeo más cercana. «Siempre ponen a los tíos de la prensa en mostrencolandia», explica Hecuba. Este hecho constituye la sorpresa desagradable n.º 1. La sorpresa desagradable n.º 2 es la cena que entra con los ciento noventa y cinco dólares, que resulta ser estilo buffet con mesas de vapor, y que se podría describir invitándolos a ustedes a que imaginen una cafetería de hospital[39] muy cosmopolita y multiétnica. Varios de los hombres de la industria, ahora lo vemos, se han traído sus propias cestas de picnic.

Caminando con un plato lleno de comida en dirección a una de las mesas de al lado de la nuestra hay un hombre que lleva un traje con estampado de leopardo y cuya forma de decir hola a la gente que conoce no es tanto saludarlos con la mano como señalarlos. Cogida del brazo lleva a una chica-B con unas mallas de cuerpo entero hechas de algo que parece una red densamente tejida. Dos estrellas femeninas a sueldo de Astral Ocean Cinema llevan vestidos idénticos de color cobre con cuentas y provistos de una miríada de aberturas longitudinales en el frente y los costados y la parte de atrás de la falda del vestido, con lo cual, cuando caminan hacia sus mesas, de cintura para arriba parecen normales y de cintura para abajo parecen estar pasando por una infinidad de cortinas de cuentas. Como es obvio, la escena resulta abrumadora. El americano medio casi nunca tiene la oportunidad de ver calentadores de aerobic con tacones de aguja de diez centímetros. El techo del Caesars Forum es de color merengue rancio. Tiene veinticuatro lámparas de araña que están diseñadas para parecer abanicos abiertos concéntricos pero que en realidad tienen más pinta de labios vaginales o de hongos muy bien organizados. El señor Joey Buttafuoco está presente, en calidad de acompañante[40] de Al Goldstein de *Screw*, que ha acudido para recibir un Premio Especial Honorífico de AVN

39. Estar de pie detrás de una actriz con un vestido de satén de color rosa intenso, una mujer cuyo clítoris y perineo uno ha visto previamente, y observar cómo intenta ponerse un sándwich enrollado de huevo en su plato con un tenedor de cóctel, es algo que resulta profundamente surrealista.

40. (platónico)

por Una Vida Entera en Defensa de la Primera Enmienda. El negro está tan rotundamente de moda este año que hasta las servilletas de lino almidonadas que hay en los sitios de todos los comensales son negras. Las copas de vino tienen pequeños camafeos esmerilados de Julio César. En cada una de las salidas de incendio del salón de actos hay hombres huraños montando guardia con walkie-talkies: al parecer el año pasado hubo algunos problemas con empleados no autorizados del Caesars Palace que se colaron para ver la gala. Ahora las pantallas de vídeo están mostrando la escena culminante de *Debbie Does Dallas*, esa donde el tímido representante de todos los mostrencos del mundo por fin tiene relaciones sexuales con Bambi Woods y luego en la pantalla aparece la palabra «¿SIGUIENTE?». Los chicos de *South Park* están ciertamente presentes, en la mesa 37 junto con Farrel y el círculo de XPlor. También se rumorea que el director de *Boogie Nights* Paul Thomas Anderson posee una entrada para la gala y podría aparecer.[41]

Lo más parecido a alguna clase de mesa de gente metida en el ajo que tenemos cerca es la mesa n.º 182, que por lo que dice su carpa de color negro está reservada a la gente de Anabolic Video (que no es precisamente un gigante de la industria), y que ahora mismo está ocupada por Dina Jewel, que lleva un peinado formado por espirales y se dedica a masticar con cara de mal humor (y no le devuelve el beso que le lanza al aire Harold Hecuba), y por su acompañante, un joven a quien no es difícil imaginar noqueando a alguien de un cabezazo en un concierto punk. D. Filth nos revela que ese tipo de Anabolic es amigo íntimo de Vince Vouyer [*sic* otra vez], que no va a estar nominado para muchos premios en 1998 porque se ha pasado la mayor parte del año en los tribunales y/o detenido por ayudar a dirigir un servicio de señoritas de compañía que las autoridades afirma-

41. A pesar del hecho de que la película presenta a todo el mundo que trabaja en el porno como cretinos, seres patéticos o ambas cosas, está claro que la industria del cine para adultos ha adoptado *Boogie Nights* de la misma forma en que la industria musical adoptó *This Is Spinal Tap*, y el rumor sobre Anderson (que nunca se hace realidad: si P. T. Anderson se presenta, lo hace de incógnito total) genera el entusiasmo menos cínico de la velada.

ban que no era en absoluto un verdadero servicio de señoritas de compañía.

Resulta que Hecuba y Filth le han estado ocultando a estos enviados especiales la sorpresa desagradable n.º 3, que es lo más cutre que tiene el banquete y gala a ciento noventa y cinco dólares el cubierto de los Decimoquintos Premios Anuales de *AVN*: que las bebidas no están incluidas. Y no solamente el alcohol, hasta una miserable agua con gas y una rodaja de lima[42] vale seis dólares. Y peor aún, resulta que no se puede dejar nada para pagar al final, sino que tienes que pagarle al camarero en metálico cuando pides la miserable agua con gas y una rodaja de lima, y él (en teoría) te trae el cambio con la bebida. Así pues, hay que llevar a cabo una transacción individual y costosa para la memoria con cada copa que pide cada una de las seis a ocho personas que hay en cada una de las trescientas setenta y cinco mesas que hay aproximadamente en el auditorio, con complicaciones adicionales si cierta gente invita a las copas de algunos de sus compañeros de mesa pero no a las de otros, etcétera.[43] Toda la situación de que las bebidas no sean gratis resulta increíblemente molesta, no solo por lo atrozmente cara que es la invitación, sino porque los camareros del salón, que son todos originarios de Oriente Medio (todos ellos tipos decentes y trabajadores, que se están comiendo toda la mala leche de los mostrencos con puros de las mesas vecinas por lo de ir pagando cuando consumes, pese al hecho de que los camareros no hacen las reglas y seguramente a ellos les debe molestar más que a nadie el tener que recordarlo todo y traer cambio para de seis a ocho clientes distintos por mesa),[44] hablan un inglés rudimentario y tienden a confundir tanto las copas que les piden como las denominaciones de la moneda. Dick Filth se inclina sobre la mesa y grita:

42. (Estamos de servicio.)

43. Por ejemplo, H. Hecuba nos ha prohibido estrictamente que invitemos a Dick Filth a ninguna clase de bebida destilada, por razones que nos van quedando claras a medida que avanza la velada.

44. (Los incentivos especiales que obtuvieron los camareros de los Decimoquintos Premios de AVN, y que redujeron bruscamente la empatía que estos enviados especiales sentían hacia ellos, no fueron revelados hasta terminar la gala: véase más adelante.)

–¡Ahora ya ves por qué esta industria gana tantos miles de millones al año: son más agarrados que una vieja en moto![45]

La multitud espera mientras llegan la tarta hiperazucarada y el café y los licores de nueve dólares y mantiene conversaciones a gritos consigo misma durante noventa minutos más antes de que las luces de la sala se atenúen y empiece la gala de los Decimoquintos Premios Anuales de AVN. Lo que sigue a continuación es un flujo calidoscópico de discursos afectados de agradecimiento y chistes verdes y luces estroboscópicas epilépticas y focos que siguen los recorridos hasta el escenario serpenteantes y plagados de entrechocamientos de palmas de los ganadores, de todo lo que va de la sensiblería genérica de las galas de premios a momentos de elocuencia digna de la era de Pericles, como p. ej.:

–¡Colegas miembros de MENSA y aficionados a Shakespeare! –declama Al Goldstein de *Screw*, que tiene sesenta y dos años y es obeso y lleva barba blanca y pelos de loco y una chaqueta cuyas solapas son de dos colores primarios distintos, y recuerda poderosamente al típico viejo del vecindario a quien tu madre te avisó de que nunca intentaras venderle chocolatinas de los boy scouts, y en estos momentos se está regodeando en un Premio Especial Honorífico de AVN que él confiesa que siente que hacía mucho tiempo que se merecía–. Quiero darle las gracias a mi madre, que se abrió de piernas e hizo que todo esto fuera posible.

Grandes sectores del público están de pie: Goldstein es un icono del porno. Ya distribuía por Nueva York la revista *Screw* en fotocopias cuando la mayoría de los presentes en esta sala estaban jugando con los dedos de sus pies. Ha sido un auténtico ninja de la Primera Enmienda. Se embebe del aplauso y le encanta y casi es difícil que no te caiga un poco bien. Está claro

45. Dick Filth está gritando porque entre el audio de los clips de las pantallas y la banda del escenario que está afinando con subidas y bajadas atonales y el rugido ambiental de las conversaciones, aquí dentro uno casi se queda sordo. Cuando empiece la gala de los premios, los técnicos de audio van a tener que subir los amplificadores hasta el nivel Demoledor, por mucho que tienda a causar que a la gente se le alborote el pelo y que las bebidas se derramen en las primeras filas de ambas direcciones, por lo que apreciamos los que estamos en mostrencolandia.

que es un avatar del *desenfado* del porno contemporáneo, de su moderna personalidad de «Sí, vale, soy escoria, pero por debajo de toda vuestra hipocresía vosotros también lo sois, y yo por lo menos tengo agallas para admitirlo y me lo paso bien».

–Saludo a las mujeres con coeficiente intelectual de treinta y a los hombres con pollas de treinta centímetros. Los verdaderos héroes son las pollas y los coños que follan en la pantalla. Ellos son los verdaderos héroes.

A Goldstein no lo acompañan exactamente de vuelta a su sitio, más bien lo llevan a cuestas.

Esto viene después de la presentación de Robert Schimmel y de un montaje de veinte minutos de «Homenaje Musical a la Historia del Cine para Adultos», en el que un grupo de bailarinas en topless bailan al son de un popurrí de música disco, new wave y cosas por el estilo.[46] La banda del escenario es abigarrada y está amplificada de forma desigual y todos llevan camisas de cuello con vuelo y permanentes tupidas: es como ver la última temporada de *La tribu de los Brady* con unos prismáticos prestados. El escenario está iluminado con unos focos de seguimiento automático cuyos colores se alternan sin que parezca que siguen ningún patrón discernible.

Todo el espectáculo de los Decimoquintos Premios Anuales de AVN dura tres horas y media y a lo que más se parece es a una reunión de instituto obscena y con un presupuesto espléndido. La mezcla de autocomplacencia chabacana[47] y torpeza coreográfica a menudo resulta tan extraña que se vuelve atractiva. Nunca hay menos de seis presentadores para cada premio, y nunca parece que ninguno de ellos sepa a quién le toca anunciar a cada nominado, y siempre hay un par que no se acercan lo bastante al micro como para que se les oiga y otros dos que se

46. Tal como indican tanto los clips preliminares de las pantallas como el homenaje musical, *Adult Video News* parece creer que la Historia del Cine para Adultos empieza alrededor de 1975, cuando de hecho ese fue simplemente el año en que la sede del porno americano se trasladó de Nueva York a California.

47. Solamente un ejemplo: el director de *AVN* Paul Fishbein se toma un momento en sus comentarios de bienvenida para anunciar que sus orgullosos padres están esta noche entre el público... y *es verdad*.

acercan *demasiado* al micro y provocan una descarga de realimentación que hace que la gente y los cócteles de las primeras hileras de mesas salgan disparados de sus sillas. *Satyr*, una película nominada en múltiples categorías, es pronunciada varias veces como «*Satter*». Los ganadores tienen que salir por la izquierda del escenario después de sus discursos de agradecimiento, pero hasta la gente que ha ganado y ha pasado por el proceso varias veces en años recientes sigue olvidándose e intenta salir por la derecha del escenario y se choca con las azafatas que están allí para intentar acompañarlos hacia la izquierda. Algunos presentadores insertan breves mensajes antidroga memorizados en sus presentaciones, mientras que a su alrededor se agitan intranquilos y se sorben las narices otros presentadores –no muchos, pero algunos– que van obviamente de coca hasta las cejas.

Probablemente lo más neutral y económico que se puede decir es que hay partes extensas de la ceremonia que resultan involuntariamente divertidas. Los leñadores que ganan se deshacen en solemnes agradecimientos a los directores y ejecutivos por darles «cancha» o «una puerta» o «una vía de entrada» y parecen no darse cuenta en absoluto de los dobles sentidos carnales de sus palabras. Sentada con nosotros a la mesa de los periodistas hay una mujer de unos cuarenta años con un traje chaqueta de Armani que ha venido a cubrir la gala para ABC Radio; la mayor parte de la velada se la pasa encorvada, con la cabeza apoyada en la mano y sin encender ni siquiera la grabadora. Dick Filth se pasa toda la segunda hora del evento intentando encontrar a un camarero que no le ha devuelto el cambio de las bebidas. Gene Ross de *AVN* rinde homenaje al Actor del Año de 1998 diciendo: «Uno no ha vivido hasta que ha visto las pelotas arrugadas de Tom Byron en una pantalla de televisión de setenta pulgadas». *Miscreants* de Rob Black no para de ser nominada en una categoría tras otra, y de vez en cuando se produce una reunión frenética en el podio para discutir la pronunciación correcta de *miscreant*, incluyendo a un par de presentadores que susurran de forma audible que qué cojones quiere decir esa palabra.[48]

48. (Sin embargo, nos damos cuenta de que nadie pronuncia mal *Sodomania*.)

Para ser justos, algunos de los títulos de los productos nominados generan verdadera confusión. *Triple Penetration Debutante Sluts 4* [*Guarras novatas en la triple penetración 4*] está nominada a la Escena de Sexo Más Extravagante –junto con *Wild Bananas on Butt Row* [*Plátanos salvajes en el Penal de los Culos*] y *87 and Still Bangin'* [*Ochenta y siete años y aún folla*]–, pero la que gana es una escena que en el programa aparece titulada como «Comida anal exprés»[49] de un vídeo llamado *My Girlfriend's Girlfriend* [*La novia de mi novia*]. *Bad Wives* [*Malas esposas*] de Paul Thomas gana el premio a la Mejor Película. *Buda* de Evil Angel gana el premio a la Mejor Película Rodada en Vídeo. El Mejor Título Extranjero se lo lleva algo europeo que se titula *President By Day, Hooker By Night* [*Presidenta de día, furcia de noche*]. *Bad Wives* también gana el Premio a la Mejor Actriz en Cine para Dyanna Lauren y el de Mejor Actriz de Reparto en Cine para Melissa Hill, además del de Mejor Escena de Sexo Anal en Cine[50] para Lauren y Steven Saint Croix. La Mejor Cinta Recopilatoria va para *The Voyeur's Favorite Blow Jobs & Anals* [*Las mejores mamadas y sexo anal del voyeur*]. La película no pornográfica *Crash* de David Cronenberg aparece de la nada absoluta para ganar algo que se llama el Premio al Mejor Largometraje Alternativo para Adultos. La señorita Stephanie Swift gana el Premio a la Mejor Actriz en Vídeo y le dice al público: «Gracias a todos. Mi escena de sexo en grupo fue una pasada».[51]

49. Ya no queda voluntad para preguntar por esto (y mucho menos por la logística ginecológica de una triple penetración); llegado este punto estos enviados especiales están repantingados en direcciones opuestas en sus sillas, solamente un poco menos agotados que la mujer de ABC Radio.

50. Sí: es una categoría real. También hay Mejor Escena de Sexo Anal en Vídeo, Mejor Escena de Sexo en Grupo en Cine y en Vídeo, Mejor Escena de Sexo entre Chicas, Mejor Escena de Sexo Gay, Mejor Escena de Sexo Extranjera, Premio a la Actuación Más Incitadora y algo que se llama Mejor Escena de Sexo en Solitario. Etcétera, etcétera. De aquí la extrema y aturdidora longitud de la gala de los premios: hay un total de ciento cuatro categorías, más tres Premios Honoríficos, un Premio de AVN al Bombazo del Año y dieciséis nuevos nombramientos para entrar en el Salón de la Fama de AVN.

51. Aunque la señorita Swift ha ganado el premio por *Miscreants*, aquí en realidad está aludiendo al verdadero bombazo en vídeo que han tenido ella y el director R. Black en 1997, *Gangbang Angels*, que es esencialmente una película de

Max Hardcore, para inmenso y malvado deleite de la mesa 189, no gana ni un solo premio.

Un actor llamado Jim Buck gana el Premio al Mejor Actor Gay del Año de AVN, y les juro que estos enviados especiales se quedan patitiesos cuando la persona que aparece en el escenario para recoger el premio resulta ser una criatura de metro treinta rosada y leptosomática que lleva camisa con cuello Eton y que parece, hasta visto a través de unos prismáticos de 125 aumentos, ser un niño de doce años. Y resulta que *es* un niño de doce años: se trata del hermano pequeño de Jim Buck.

–Jim no ha podido venir esta noche porque está actuando en un festival de Shakespeare en Nueva Orleans –dice el niño (las expresiones correspondientes de interrogación con los ojos muy abiertos a Hecuba y Filth... ¿festival de Shakespeare?, ¿mandar a un pariente prepubescente a recoger tu premio por tu excelencia en la sodomía fílmica?... son recibidas con encogimientos de hombros divertidos)–, pero he venido yo a darles las gracias de su parte, y para decirles que yo le he enseñado a Jim todo lo que sabe. [Enorme risotada y ovación del público, estremecimiento espasmódico solitario de la mujer encorvada de ABC Radio.]

Una experiencia extraña y traumática que uno de estos enviados especiales ni siquiera va a intentar describir consiste en estar de pie frente a un urinario del lavabo de caballeros entre los leñadores profesionales Alex Sanders y Dave Hardman. Baste decir que el impulso de mirar hacia abajo y a un lado hacia sus penes es poderoso y que los motivos de dicho impulso son lo bastante complejos como para causar aneuresis (lo cual a su vez aumenta el trauma). Sepan ustedes que las estrellas masculinas del porno crean a su alrededor exactamente la misma burbuja

---

una sola actriz y en la que está la escena más infausta del año: doce leñadores se ponen en fila, se dan media vuelta y S. Swift les practica un analingus a cada uno de ellos. Luego se arrodilla y asume una postura de rezo/complaciente mientras los doce hombres se vuelven a dar la vuelta y forman una línea en movimiento y se turnan para gargajear y lanzarle escupitajos a la cara.

de intimidad afectiva que crean todos los hombres en los urinarios de todo el mundo. Toda la zona de urinarios de los lavabos de caballeros del Caesars Forum es un festival de angustia; acepten nuestra palabra. La zona de los lavamanos y espejos y toallas de papel, sin embargo, resulta ser un mejunje impagable de jerga del ramo y charlas de negocios, la resonancia del cual es intensificada por los azulejos ecolálicos y por una plétora de bebidas a seis dólares. Un actor convertido en director le está hablando a un colega sobre un excitante nuevo proyecto:

–He encontrado a una rusa, una chati como de diecinueve tacos, que no habla ni una palabra de inglés o sea que para esto [=el excitante nuevo proyecto] es perfecta.

–¿Y te vas a poner a ti también? ¿Aunque sea para una sola escena?

–Nah... Ahí está la cosa. Yo soy el *director*. Ahora el *producto* es mío.

–Oh, tío, pero te tienes que meter también. Aunque sea una escena. Diecinueve tacos y no habla inglés. Seguro que tiene un ojete así [gesto ilustrativo no visto porque el oyente sigue estando complejamente traumatizado frente al urinario].

–Bueno, bueno, ya veremos [risotada mutua rebosante de la calidez de la amistad genuina, de sentimiento de camaradería; mutis].

Es obvio que los organizadores de la gala de los premios se han empapado de la gala de los Oscar. No solamente se dejan para el final los premios más importantes –aunque de vez en cuando hay un adelanto, como los premios a las mejores interpretaciones secundarias, que se meten en los dos primeros tercios de la ceremonia para que la gente no pierda interés–,[52] sino que las listas interminables de categorías y nominados están intercaladas con

52. (Es decir, la gente del público presente. *Adult Video News* está grabando toda la gala de los premios, y van a distribuir la cinta para su venta/alquiler; y en la versión grabada van a intercalar fragmentos de las diversas escenas ganadoras, lo cual parece claramente diseñado para mitigar el aburrimiento de quienes están en sus casas.)

pequeños entreactos de entretenimiento musical. La señorita Dyanna Lauren, por ejemplo, aparece entre el premio a la Cinta Más Vendida y la Mejor Producción Extranjera para cantar su composición original «Psycho Magnet» [«Imán para psicópatas»], una balada de rock duro que narra la experiencia de ser una estrella del porno y que te acosen y te persigan todo el tiempo mostrencos mentalmente enfermos. La argumentación de la canción les parece a estos enviados especiales un poco desigual, pero la señorita Lauren se pavonea y se contorsiona y puntúa su fraseado con ganchos al aire como una verdadera diva de la MTV. Lo malo es que a nivel de voz, incluso con la fuerte amplificación y la síntesis digital, Dyanna Lauren suena como un gato escaldado, aunque Dick Filth señala que lo mismo le pasa a Alanis Morissette, y H. Hecuba interviene para gritar:

—¡Decid lo que queráis sobre los números de música y baile de aquí, son mucho mejores que lo que les salió a Wahlberg y a Reilly en *Boogie Nights*!

La afirmación de Hecuba parece irrefutable hasta justo antes del premio al Mejor Concepto de Carátula, cuando de pronto sacan un piano con ruedas para un hombre de mediana edad sin barbilla y con la misma clase de sombrero plano de fieltro que llevaba siempre Art Carney en *The Honeymooners*. Este músico, a quien presentan como «Doctor Guarro, el músico más guarro de la historia de la música», se pone a cantar a grito pelado parodias obscenas de tonadillas populares que hacen que a la mesa 189 le venga a la cabeza la revista *Mad* si todo el mundo en *Mad* perdiera la cabeza al mismo tiempo. «Acabo de llegar a casa de la cárcel / Me burbujea el ojete / Me chorrea más y más mejunje de la puerta de atrás» es el único fragmento de letra que persiste en la memoria, aunque títulos como «Sit on a Happy Face» [«Siéntate sobre una cara feliz»] e «It's a Small Dick After All» [«Al fin y al cabo una polla pequeña»] han resultado ser demencialmente difíciles de olvidar. Nadie en nuestra mesa ni en las de alrededor había oído hablar nunca del Doctor Guarro, pero casi todo el mundo se muestra de acuerdo en que es el punto más bajo de la gala del 98, y un serio competidor de cuando Scotty Schwartz interpretó semidesnudo en 1997 «Thank

Heaven For Little Girls» [«Gracias a Dios por las niñas»] como el interludio de los Premios de AVN más repulsivo de la memoria moderna. Y por fin llega el clímax de la ceremonia de 1998, en el que Midori[53] y otras dos estrellas femeninas toman el escenario con el nombre de «las Spicy Girls» [«Chicas picantes»] y se marcan un cuarteto estilo rap que termina con prácticamente todas las actrices porno del público[54] subidas al escenario bailando con lascivia y tirándoles besos a las cámaras de *AVN*. Parece ser que con esta juerga culminante femenina termina la gala todos los años.

Y hay otra cosa que pasa todos los años. Nunca forma parte de la cinta de vídeo sobre la gala que publica *AVN*, pero es una tradición que por fin explica por qué los pobres camareros del salón de actos están dispuestos a pasar cinco horas soportando malos tratos por las bebidas y yendo y viniendo en busca de cambio. Una vez terminada la gala de los premios, y tras encenderse las luces, algunas de las estrellas femeninas siempre posan en fotos obscenas con los camareros del Forum. Este año muchas de las fotos se hacen al fondo de todo, justo al lado de nuestra mesa. Un camarero está de pie rodeando con el brazo los hombros de Leanna Hart, que se baja el lado de estribor de su vestido de tafetán sin tirantes y deja que el camarero le agarre el pecho derecho mientras el camarero asignado a la mesa 189[55] saca la foto. Otro camarero se pone detrás de la señorita Ann Amoré –una mujer negra muy afable con un busto de metro veinticinco y tatuajes arrabaleros en los dos brazos– y se inclina por detrás de ella mientras ella se dobla hacia delante y libera sus pechos de su reclusión, y luego el camarero se pone a manoseárselos y trata de que parezca que está practicando el coito con ella por detrás mientras el flash de su amigo se dispara. Es imposible adivinar qué van a hacer los camareros con esas fotos, pero se los ve muy emocionados, y las estrellas femeninas se

53. (que no es J. Whatley, pero por lo menos no chilla)

54. No se invita a subir a ningún leñador, o por lo menos ninguno lo intenta.

55. (a quien D. Filth todavía está exigiendo trece dólares en concepto de cambio de un Grand Marnier)

muestran pacientes y complacientes con ellos de la misma forma distante e inexpresiva en que lo hacían con los mostrencos de la exposición para adultos del salón CES.

Intentar marcharse después de la gala de los Premios de AVN es otro proceso lento, porque el amplio pasillo que hay fuera del salón de actos vuelve a estar lleno de gente de la industria sosteniendo copas con camafeos del César que de alguna forma se han olvidado de dejar en sus mesas, todos de pie en grupos y felicitándose entre ellos y haciendo planes para diversas fiestas de gente del ramo que hay más tarde. Pero la parte más lenta y temible de la egresión es atravesar el largo vestíbulo acristalado que lleva a la salida lateral del hotel. Allí hay congregada una muchedumbre de fans y conserjes del Caesars Palace y otros civiles diversos, y la multitud se abre ligeramente dejando un estrecho pasillo para los asistentes a los premios, que se ven obligados a aguantar este acoso casi en fila india. Ya es tarde y todo el mundo está cansado, y esta muchedumbre no comparte en absoluto la timidez fascinada de los espectadores que había antes en la parada de taxis. Ahora parece que hasta el último mostrenco tiene su propio comentario especial a todo volumen dedicado a las estrellas que pasan, y lo que se produce es una extraña mezcla de adulación y burla:

–¡Te quiero, Brittany!

–¿Cómo has conseguido ponerte ese vestido, nena?

–¡Mira hacia aquí!

–¿Tu madre ya sabe dónde estás ahora mismo?

Un hombre rubicundo de treinta y tantos años que tiene en la mano un vaso de plástico de cerveza estira un brazo desde la multitud y con toda la intención le pellizca el pecho a una chica-B que camina justo delante de nosotros. Ella le aparta la mano de una palmada sin aminorar la marcha. Debido a que no podemos verle la cara, no sabemos si le ha producido algún tipo de reacción o no. Aunque podemos conjeturarlo con fundamento.

El señor Dick Filth está detrás de nosotros con una mano apoyada en el hombro de cada uno de estos enviados especiales (básicamente lo estamos sosteniendo en pie). A todo el mundo

todavía le pitan los oídos, y Filth es lo bastante listo como para decir casi a voz en grito:

–¿Sabéis? –dice–. También tenemos los Premios XRCO en febrero. Los Premios de la Organización de Críticos de Cine X, ¿lo pilláis? No son en Las Vegas y no están amañados. Y sin embargo se las apañan para ser igual de ridículos.

1998

CIERTAMENTE EL FINAL DE *ALGUNA* COSA, O POR LO MENOS ESO ES LO QUE A UNO LE DA POR PENSAR

(Sobre *Hacia el final del tiempo* de John Updike)

> Únicamente sobre mí [...] voy a cantar, pues no tengo otra canción.
>
> J. Updike, *Midpoint*, Canto I, 1969

Mailer, Updike, Roth... los Grandes Narcisistas Masculinos* que han dominado la narrativa americana de posguerra están ahora en su senectud, y no les debe de parecer ninguna coincidencia el que la perspectiva de sus muertes aparezca alumbrada de fondo por el milenio que se acerca y por las predicciones simultáneas de la muerte de la novela tal como la conocemos. Al fin y al cabo, cuando muere un solipsista todo se va con él. Y ningún novelista americano ha cartografiado tan bien el terreno interior del solipsista como John Updike, cuyo ascenso en los años sesenta y setenta lo consolidó como cronista y al mismo tiempo voz de la que probablemente sea la generación más ensimismada desde la de Luis XIV. Igual que le pasaba a Freud, las grandes preocupaciones de Updike han sido siempre la muerte y el sexo (no necesariamente en ese orden), y el hecho de que el tono de sus libros se haya vuelto más invernal en los últimos años es comprensible: Updike siempre ha escrito sobre sí mismo, y desde la sorprendentemente conmovedora *Conejo en paz*

* En adelante, GNM.

se ha dedicado a explorar, de forma cada vez más explícita, la perspectiva apocalíptica de su propia muerte.

Hacia el final del tiempo trata de un jubilado extremadamente erudito, exitoso, narcisista y obsesionado con el sexo que durante un año se dedica a escribir un diario en el que explora la perspectiva apocalíptica de su propia muerte. *Hacia el final del tiempo* es también, de las más o menos dos docenas de libros de Updike que he leído, el peor con diferencia, una novela tan torpe y tan indulgente consigo misma que cuesta creer que el autor permitiera que se publicara en ese estado.

Me temo que la frase precedente es la conclusión de esta reseña, y que la mayoría de lo que sigue consistirá simplemente en presentar las pruebas/justificaciones de una afirmación tan poco respetuosa. Primero, sin embargo, si me permiten asomar la cabeza crítica por la puerta aunque sea un momento, me gustaría asegurarles que este reseñista no es uno de esos enemigos de Updike que dan rienda suelta a su bilis y te salpican de saliva y que uno encuentra a menudo entre los lectores de literatura menores de cuarenta años. La verdad es que a mí se me puede clasificar probablemente como uno de los escasos fans de Updike por debajo de la cuarentena. No soy un fan tan rabioso como, digamos, Nicholson Baker, pero sí creo que *La feria del asilo*, *En torno a la granja* y *El centauro* son grandes libros, tal vez clásicos. E incluso después de *Conejo rico* (1981) –mientras sus personajes parecían volverse más y más repelentes, y sin que a eso lo acompañara ninguna señal de que el autor entendiera que eran repelentes– he continuado leyendo las novelas de Updike y admirando la magnificencia pura de su prosa descriptiva.

La mayoría de los lectores de literatura que conozco tienen menos de cuarenta años, y una gran parte son mujeres, y ninguna de ellas es una gran admiradora de los GNM de la posguerra. Pero es a John Updike en particular a quien muchas de ellas parecen odiar. Y no solamente sus libros, por alguna razón: mencionen ustedes al pobre hombre *en sí mismo* y tendrán que apartarse de un salto:

«Un simple pene con diccionario de sinónimos».

«Pero ¿ese hijo de puta ha tenido alguna vez un solo pensamiento que no publicara?»

«Hace que la misoginia parezca literaria de la misma forma que Rush hace que el fascismo parezca divertido.»

Y confíen en mí: estas son citas reales, y las he oído todavía peores, y normalmente van acompañadas de esa clase de expresiones faciales donde se puede ver que no va a servir de nada apelar a la falacia intencional ni hablar del placer estético puro de la prosa de Updike. Ninguno de los demás famosos falócratas de la generación de Updike –ni Mailer, ni Exley, ni Roth, ni siquiera Bukowski– despierta un rechazo tan violento.

Hay, por supuesto, algunas explicaciones obvias para una parte de este rechazo: celos, iconoclastia, reacción políticamente correcta, o bien el hecho de que muchos de nuestros padres idolatran a Updike y es muy fácil vilipendiar lo que tus padres idolatran. Pero creo que la razón profunda por la que a tanta gente de mi generación no le gustan Updike ni los otros GNM tiene que ver con lo radicalmente ensimismados que están esos escritores y con la falta de conciencia crítica con que celebran ese ensimismamiento, tanto en sí mismos como en sus personajes.

John Updike, por ejemplo, lleva décadas construyendo protagonistas que son todos básicamente el mismo tipo (véanse, por ejemplo, a Conejo Angstrom, Dick Maple, Piet Hanema, Henry Bech, el reverendo Tom Marshfield y el «tío Nunc» de *La versión de Roger*) y que son todos claramente representaciones del propio Updike. Siempre viven en Pensilvania o en Nueva Inglaterra y tienen un matrimonio infeliz o bien están divorciados, y son más o menos de la edad de Updike. Siempre son o bien el narrador o bien el personaje que nos da el punto de vista, todos tienen los mismos dones asombrosos de percepción del autor; piensan y hablan de la misma forma suntuosa y llena de sinestesias en que habla Updike. También son siempre incorregiblemente narcisistas, mujeriegos, llenos de desprecio por sí mismos, autocompasivos... y están profundamente solos, solos de la forma en que únicamente un solipsista emocional puede estarlo. Nunca parecen pertenecer a ninguna clase de unidad mayor ni comunidad ni causa. Aunque suelen ser padres de fa-

milia, en realidad nunca quieren a nadie; y aunque siempre son heterosexuales hasta llegar a la satiriasis, en especial no quieren a las mujeres.* El mundo entero que los rodea, por muy maravillosamente que lo vean y lo describan, tiende a existir únicamente en la medida en que evoca impresiones y asociaciones y emociones y deseos dentro del gran yo.

Me imagino que a los adultos jóvenes y cultos de los sesenta y los setenta, para quienes el horror supremo lo constituían la conformidad y la represión hipócritas de la generación de sus padres, les resultaba refrescante y hasta heroica la evección del yo libidinoso que llevaba a cabo Updike. Pero los adultos jóvenes de los noventa –muchos de los cuales, por supuesto, son los hijos de todas las apasionadas infidelidades y divorcios sobre los que Updike escribió de forma tan magnífica, y presenciaron cómo todo aquel individualismo rompedor y aquella libertad sexual se deterioraban hasta convertirse en la autoindulgencia tediosa y anómica de la Generación Yo–, esa gente menor de cuarenta años de hoy día tiene horrores muy distintos, entre ellos la anomia y el solipsismo y una forma peculiarmente americana de soledad: la perspectiva de morirse sin haber querido nunca a nadie más que a uno mismo. Ben Turnbull, el narrador de la última novela de Updike, tiene sesenta y seis años y se dirige a una muerte así, y se caga de miedo. Como tantos de los protagonistas de Updike, sin embargo, Turnbull parece asustado de las cosas de las que no tendría que asustarse.

Hacia el final del tiempo es promocionada por su editor como una ambiciosa innovación en la obra de Updike, su incursión personal en la tradición futurista-distópica de Huxley y Ballard y la ciencia ficción blanda. El año es 2020, y el paso del tiempo, como se suele decir, no ha sido amable. Una guerra nuclear entre chinos y estadounidenses ha matado a millones de personas y ha terminado con el gobierno centralizado que conocemos. El

* A menos, por supuesto, que uno considere que soltar largos elogios al «portal sagrado con muchos labios» de una mujer o decir cosas como «Es cierto, la visión de sus labios gordezuelos distendidos en torno a mi miembro hinchado, con sus párpados recatadamente entornados, me provoca una paz religiosa» sea lo mismo que quererlas.

dólar ya no existe; ahora Massachusetts usa papel moneda que toma su nombre de Bill Weld. Ya no hay impuestos; ahora los matones locales cobran por proteger a la gente adinerada de los demás matones locales. El sida se ha curado, el Medio Oeste del país se ha despoblado y varias partes de Boston han sido bombardeadas y (¿presumiblemente?) sometidas a radiación. Una estación espacial de órbita baja flota en el cielo nocturno como una luna menor. Hay diminutas pero voraces «metalobioformas» que de alguna forma han mutado a partir de los residuos tóxicos y que van por ahí comiendo electricidad y de vez en cuando a algún humano. México ha reconquistado el Sudoeste de Estados Unidos y está amenazando con una invasión al por mayor mientras millares de jóvenes americanos se dedican a cruzar ilegalmente el Río Grande hacia el sur en busca de una vida mejor.

Algunos de los elementos futuristas de la novela están muy bien, y ciertamente representarían una ambiciosa innovación para Updike si no fueran todos tan esquemáticos y tangenciales, la mayoría dejados caer en forma de frases subordinadas dentro de las interminables descripciones que hace el narrador de cada árbol, planta, flor y arbusto que hay alrededor de su casa. La verdad es que el noventa y cinco por ciento de *Hacia el final del tiempo* consiste en las descripciones que lleva a cabo Ben Turnbull de la flora antes mencionada (una y otra vez a medida que pasan las estaciones) y de su crispada y castradora esposa Gloria, y en sus recuerdos de la ex esposa que se divorció de él por adulterio, y en sus discursos extasiados sobre una joven prostituta a la que se trae a casa cuando Gloria se va de viaje. También tiene un montón de páginas en las que Turnbull rumia sobre la senescencia, la mortalidad y la tragedia de la condición humana, y aún más páginas en las que Turnbull habla de sexo y de lo imperioso que resulta el deseo sexual, y en las que nos detalla cómo desea a diversas prostitutas y secretarias y vecinas y compañeras de partidas de bridge y nueras, y a una chica que forma parte de un grupo de jóvenes matones a los que él paga a cambio de protección, una chica de trece años cuyos pechos —«conos prietos y poco prominentes rematados por pezones

que parecen bayas de madreselva»– Turnbull finalmente consigue manosear en el bosque de detrás de su casa mientras su mujer no mira.

En caso de que este sumario les parezca demasiado severo, aquí hay unas cuantas estadísticas duras sobre la «innovación» respecto al modus operandi habitual de Updike que esta novela representa en realidad:

N.º total de páginas sobre la guerra entre chinos y estadounidenses: causas, duración y bajas: 0,75

N.º total de páginas sobre las letales metalobioformas mutantes: 1,5

N.º total de páginas sobre la flora que rodea la casa de Turnbull en Nueva Inglaterra, más la fauna, el clima y cómo se ve el mar desde allí en las distintas estaciones: 86

N.º total de páginas sobre la reconquista mexicana del Sudoeste americano: 0,1

N.º total de páginas sobre el pene de Ben Turnbull y lo que él piensa y siente sobre el mismo: 10,5

N.º total de páginas sobre cómo es la vida en Boston sin servicios municipales ni policía, o que expliquen si los intercambios nucleares de la guerra han causado lluvias radiactivas o enfermedades derivadas de la radiación: 0,0

N.º total de páginas sobre el cuerpo de la prostituta, con atención particular a partes sexuales: 8,5

N.º total de páginas sobre golf: 15

N.º total de páginas en las que Ben Turnbull dice cosas como «Quiero que las mujeres sean unas guarras» o «Ella era un pedazo exquisito de carne y yo confié en que se vendiera a buen precio», o bien cosas como las que hay entrecomilladas en la nota al pie de la página 74, o bien «Las partes sexuales son fanáticos, que lo sacrifican todo a ese punto doloroso de contacto», o «el feroz acoso a las mujeres es el precio que los hombres pagamos por nuestras tan lamentadas prerrogativas, el poder y la movilidad y el pene»: 36,5

Las mejores partes de *Hacia el final del tiempo* son media docena de pequeños ejercicios de estilo donde Turnbull se imagina a sí mismo viviendo en el cuerpo de distintas figuras históricas: un ladrón de tumbas del antiguo Egipto, san Marcos, un guardia de un campo de exterminio nazi, etcétera. Se trata de auténticas joyas, y el lector se queda con ganas de más. El problema es que no sirven para gran cosa más que para recordarnos que Updike puede escribir pequeños ejercicios de estilo verdaderamente geniales cuando le apetece. Su justificación argumental deriva del hecho de que el narrador es aficionado a la ciencia (la novela contiene miniconferencias sobre astrofísica y mecánica cuántica, bien escritas pero que ponen de manifiesto un nivel de comprensión más o menos equivalente al de la revista *Newsweek*). A Turnbull le gustan en particular la física subatómica y algo que él llama la «Teoría de los Muchos Mundos», una teoría que es real, por cierto, y que se propuso en los años cincuenta como solución a ciertas paradojas cuánticas derivadas de los Principios de Indeterminación y Complementariedad, y que en realidad es brutalmente compleja y técnica, pero Turnbull parece creer que es básicamente lo mismo que la Teoría de la Regresión a Vidas Anteriores, lo cual explica los ejercicios de estilo donde Turnbull es otra gente. Todo el tinglado cuántico del libro termina resultando embarazoso de esa forma característica en que resultan embarazosas las cosas que son a la vez pretenciosas e incorrectas.

Mejores, y más convincentemente futuristas, son los soliloquios del narrador sobre el cambio de azul a rojo y sobre la implosión del universo conocido que acaba produciéndose cerca del final del libro. Y también se contarían entre los momentos más destacados de la novela si no fuera por el hecho de que a Ben Turnbull le interesa el apocalipsis cósmico sola y exclusivamente porque sirve como enorme metáfora de su propia muerte personal. Lo mismo sucede con todas las descripciones housmanianas de las Hermosas Pero Dolorosamente Efímeras flores de su jardín, y con el optométricamente significativo año 2020, y con la densa descripción que al final del libro se hace de «las pequeñas y pálidas polillas [que] han anidado por error» en un

día de finales de otoño y «enloquecen y aletean a medio metro por encima del asfalto como si estuvieran atrapadas en una estrecha cuña de espacio-tiempo bajo la devastadora inminencia del invierno».

El torpe paso de lo sublime a lo trivial de esta novela parece haber contaminado incluso los detalles concretos de la prosa, que durante casi cuarenta años han sido el gran fuerte de Updike. *Hacia el final del tiempo* sí que tiene destellos de hermosa escritura: ciervos descritos como «rumiantes de tierna cara», hojas de árboles que parecen «mordisqueadas por escarabajos japoneses hasta tener textura de encaje», el giro cerrado de un coche comparado con «un ligado de notas» y su partida con una «aceleración despectiva por el camino de la casa». Pero un horrible porcentaje del libro consiste en cosas como «¿Por qué lloran las mujeres? Lloran, o eso le parecía a mi mente errática, por el mundo en sí, con su belleza y su desperdicio, con su mezcla de crueldad y ternura», y «¡Cuánto verano se termina antes de empezar! Su principio marca su final, igual que nuestro nacimiento implica nuestra muerte» y «Este acontecimiento parece remoto, sin embargo, comparado con las cuestiones mucho más urgentes de la supervivencia en nuestro planeta maltrecho y despoblado». Por no mencionar las páginas y más páginas con tantos modificantes –«La despreocupación y la inocencia de nuestra independencia centelleaban como una especie de sudor en sus brazos y piernas desnudos y pecosos o bien del color de la miel o bien de caoba»– y tanta subordinación –«A medida que nuestra especie, después de haberse asestado un fuerte golpe a sí misma, se tambalea, las demás, prácticamente descartadas, regresan»– y aliteraciones tan pesadas –«el ancho mar chorrea azul de una hechura que yo no había creído que se pudiera cosechar sin su filtro tintado»– que no parecen tanto John Updike como alguien haciendo una mala parodia de John Updike.

Además de distraernos con la preocupación de si Updike puede estar enfermo o herido, la ampulosidad de esta prosa también aumenta nuestra antipatía por el narrador de la novela. (Es difícil que te caiga bien alguien cuya forma de decir que a su mujer no le gusta irse a la cama antes que él es «Ella odiaba

que yo me deslizara en la cama y la trastornara en la frágil cadena de pasos por la cual se disuelve la conciencia», o que se refiere a sus nietos como «esa prueba de que mi aniquilación inminente había sido eludida, de que mi semilla había echado raíz».) Y esta antipatía prácticamente torpedea *Hacia el final del tiempo*, una novela cuyo clímax trágico es una operación de próstata que deja a Turnbull impotente y extremadamente jodido. Queda claro que el autor espera que simpaticemos con la angustia que a Turnbull le causa «el patético guiñapo encogido en que los procedimientos [han] convertido mis amados genitales», o incluso que la compartamos. Estas peticiones de compasión que se nos hacen son un eco de la crisis principal que tiene lugar en la primera mitad del libro, descrita en un flashback, donde se supone que hemos de conmiserarnos no solamente con el terror existencial más bien estereotípico que acomete a Turnbull a los treinta años mientras está en su sótano construyendo una casa de muñecas para su hija –«Yo iba a morir, pero también iba a morir la niña para la que yo estaba haciendo aquello. [...] Dios no existía, cada detalle de aquel sótano mohoso y herrumbroso me lo decía, solo existía la Naturaleza, que consumiría mi vida de forma tan descuidada e implacable como se consumía el cadáver de un escarabajo en un montón de estiércol»–, sino también con el alivio que siente Turnbull al descubrir un remedio para ese terror: «una aventura, la primera. Su colorido entramado de revelación carnal, riesgo embriagador y culpa cobarde eclipsaron la sensación gris y voraz del tiempo».

Tal vez la única cosa que el lector termina apreciando de Ben Turnbull es que resulta una caricatura tan tosca de los protagonistas de Updike que ayuda a clarificar qué es lo que ha resultado tan desagradable y frustrante en los personajes recientes de este autor. No es que Turnbull sea tonto: puede citar lo que han dicho Pascal y Kierkegaard sobre la angustia, hacer discursos sobre la muerte de Schubert, distinguir entre una parra *Polygonum* dextrorsa y sinistrorsa, etcétera. Es que persiste en su creencia grotesca y adolescente en que conseguir tener relaciones sexuales con quien uno quiere y cuando uno quiere es

una cura para la desesperación humana. Y el autor de *Hacia el final del tiempo*, por lo que yo he podido ver, también lo cree. Updike deja claro que él contempla la impotencia final del narrador como una catástrofe, como el símbolo supremo de la muerte misma, y que está claro que quiere que nosotros estemos tan de duelo como Turnbull. No es que esa actitud me escandalice o me ofenda; principalmente es que no la entiendo. Rampante o flácido, la infelicidad de Ben Turnbull es evidente desde la primera página de la novela. Ni una sola vez se le ocurre, sin embargo, que la razón por la que es tan infeliz es que es un gilipollas.

1998

ALGUNOS COMENTARIOS SOBRE LO GRACIOSO QUE ES KAFKA, DE LOS CUALES PROBABLEMENTE NO HE QUITADO BASTANTE

Una de las razones de que esté dispuesto a hablar en público sobre un tema para el que estoy extremadamente poco cualificado es que me otorga la oportunidad de leer para ustedes un relato de Kafka que ya he dejado de enseñar en las clases de literatura y que echo de menos poder leer en voz alta. Se titula «Una pequeña fábula»:

> –Caramba –dijo el ratón–, el mundo se hace cada día más pequeño. Al principio era tan grande que me daba miedo. Yo corrí y corrí sin parar y me alegré de ver por fin las paredes lejanas a un lado y a otro. Pero esas largas paredes se han estrechado tan deprisa que ya estoy en el último cuarto, y ahí en el rincón está la trampa en la que tengo que meterme.
>
> –Solamente tienes que cambiar de dirección –dijo el gato, y se lo comió.

Algo que a mí me frustra rotundamente cuando estoy intentando leer a Kafka ante estudiantes universitarios es que me resulta casi imposible hacerles ver que Kafka es gracioso. O apreciar la forma en que el humor está entremezclado con la poderosa fuerza de sus relatos. Porque, por supuesto, los grandes relatos y los grandes chistes tienen mucho en común. Los dos dependen de lo que los teóricos de la comunicación llaman a veces «exformación», que es cierta cantidad de información vital eliminada de una comunicación pero evocada por la misma de tal manera que causa una explosión de conexiones asociati-

vas con el receptor.[1] A esto se debe probablemente el hecho de que el efecto tanto de los relatos como de los chistes a menudo resulte repentino y percusivo, como la apertura de una válvula que lleva tiempo atascada. No es casual que Kafka hablara de la literatura como de «un hacha con la que cortamos los mares congelados que tenemos dentro». Tampoco es accidental que el logro técnico de los grandes relatos se denomine a menudo «compresión», ya que tanto la presión como la liberación se encuentran de antemano dentro del lector. Lo que Kafka parece capaz de hacer mejor que cualquier otro es orquestar el aumento de la presión de tal forma que se vuelve intolerable en el momento preciso en que se libera.

La psicología de los chistes ayuda a explicar una parte del problema que supone enseñar a Kafka. Todos sabemos que no hay mejor manera de vaciar un chiste de su magia peculiar que intentar explicarlo: señalar, por ejemplo, que Lou Costello está confundiendo el nombre propio *Who* por el pronombre interrogativo inglés *who*, etcétera. Y todos sabemos la extraña antipatía que producen en nosotros esas explicaciones, una sensación no tanto de aburrimiento como de ofensa, como si se hubiera pronunciado una blasfemia. Esto se parece mucho a lo que siente un profesor cuando pasa un relato de Kafka por los engranajes del análisis crítico estándar de un curso de licenciatura: hay que seguir atentamente la trama, decodificar símbolos, exfoliar los temas, etcétera. Kafka, por supuesto, estaría en una posición privilegiada para apreciar la ironía de someter sus relatos a esa especie de maquinaria crítica de elevada eficacia, el equivalente literario a arrancar los pétalos y molerlos y pasar el mejunje resultante por un espectrómetro para explicar por qué una rosa huele tan bien.

1. Comparen por ejemplo, en este sentido, toda la conversación «¿Por qué estaba desesperado el anciano? Por nada» que hay en las primeras páginas de «Un lugar limpio y bien iluminado» de Hemingway con coñas de oficina del tipo «La principal diferencia entre una becaria de la Casa Blanca y un Cadillac es que no todo el mundo ha estado dentro de un Cadillac». O piensen en la palabra solitaria «Adiós» con que se cierra «Report on the Barnhouse Effect» de Vonnegut en comparación con la función de «¡El pez!» como respuesta de «¿Cuántos surrealistas hacen falta para cambiar una bombilla?».

Franz Kafka, al fin y al cabo, es el escritor de relatos cuyo «Poseidón» imagina a un dios del mar tan abrumado por el papeleo administrativo que nunca consigue navegar ni nadar, y cuyo «En la colonia penitenciaria» concibe la descripción como un castigo y la tortura como edificante y al crítico supremo como un rastrillo de púas cuyo golpe de gracia es una estaca en la frente.

Otro obstáculo, hasta para los buenos estudiantes, es que –a diferencia, por ejemplo, de lo que pasa con Joyce o Pound– las asociaciones exformativas que crea la obra de Kafka no son intertextuales ni siquiera históricas. Las evocaciones de Kafka son más bien inconscientes y casi más bien subarquetípicas, esas cosas primordiales e infantiles de las que derivan los mitos. Es por eso por lo que solemos calificar sus relatos más extraños de «pesadillescos» más que «surrealistas». Las asociaciones exformativas en Kafka también son a la vez simples y extremadamente ricas, y a menudo resulta casi imposible elaborar discursos sobre las mismas: imaginen, por ejemplo, pedirle a un estudiante que despliegue y organice las diversas redes de significados que hay detrás de *ratón*, *mundo*, *correr*, *paredes*, *estrecharse*, *cuarto*, *ratonera*, *gato* y *gato se come a ratón*.

Por no mencionar el hecho de que la clase particular de humor que Kafka despliega es profundamente ajeno a los estudiantes cuyas resonancias neurales son americanas.[2] Lo cierto es que el humor de Kafka no usa casi ninguna de las formas y códigos particulares del entretenimiento americano contemporáneo. No hay juegos de palabras recurrentes ni acrobacias aéreas verbales, y casi nada que tenga que ver con chistes ni con sátira mordaz. En Kafka no hay humor sobre funciones corporales, ni dobles sentidos sexuales, ni intentos estilizados de rebelarse

2. No me estoy refiriendo aquí a las cosas que se pierden en la traducción. Pese a la naturaleza del evento* de esta noche, tengo que confesar que no hablo mucho alemán, y que el Kafka que conozco y enseño es el Kafka del señor y la señora Muir, y aunque solamente Dios sabe cuánto más me estoy perdiendo, el humor del que hablo es un humor que está presente en las viejas versiones inglesas de los Muir.

* [=Un evento del Centro Americano del PEN Club dedicado a una nueva e importante traducción de *El castillo* hecha por un tipo de Princeton, creo. En caso de que no sea obvio, eso es lo que es este documento: el texto de una conferencia muy rápida.]

ofendiendo a las convenciones. Nada de bufonadas pynchonianas con pieles de plátano ni adenoides traviesos. No hay priapismo a lo Philip Roth ni metaparodia a lo John Barth ni quejas continuas como las de Woody Allen. No hay ninguna de las inversiones de opereta de las modernas comedias de situación. Tampoco hay niños precoces ni abuelos malhablados ni compañeros de trabajo cínicamente insurgentes. Y tal vez lo más extraño de todo, las figuras de autoridad de Kafka nunca son simples bufones huecos a los que ridiculizar, sino que resultan siempre absurdos y temibles y tristes, todo al mismo tiempo, como el teniente de «En la colonia penitenciaria».

Lo que quiero decir no es que su ingenio sea demasiado sutil para los estudiantes americanos. De hecho, la única estrategia medio eficaz que se me ha ocurrido para explorar el humor de Kafka pasa por sugerirles a los estudiantes que gran parte del mismo en realidad es poco sutil, o más bien antisutil. Lo que afirmo es que la gracia de Kafka se basa en una especie de literalización radical de verdades que solemos tratar en forma de metáforas. Les transmito mi opinión de que algunas de nuestras intuiciones colectivas más profundas parecen expresables únicamente como figuras retóricas, y les digo que es por eso por lo que a esas figuras retóricas las llamamos «expresiones». Respecto a *La metamorfosis*, entonces, puedo invitar a los estudiantes a reflexionar sobre lo que estamos expresando realmente cuando nos referimos a alguien como «asqueroso» o «repulsivo» o decimos que alguien está obligado a «comer mierda» como parte de su trabajo. O a releer «En la colonia penitenciaria» a la luz de expresiones inglesas como *tongue-lashing* [«echar bronca», literalmente «azotar con la lengua»] o *tore him a new asshole* [«le dio una buena tunda», literalmente «le perforó un agujero nuevo en el culo»], o el refrán «Al llegar la mediana edad, todo el mundo tiene la cara que se merece». O a abordar «Un artista del hambre» basándose en tropos del estilo «hambriento de atención» o «hambriento de amor», o al doble sentido de la expresión «negación de uno mismo», o hasta basándose a un dato tan inocente como el hecho de que resulta que la raíz etimológica de la palabra «anorexia» es la palabra griega que significa «nostalgia».

Esto suele acabar interesando a los estudiantes, lo cual es genial; pero la culpa deja al profesor un poco tembloroso, porque la táctica de la comedia entendida como la literalización de la metáfora no logra contener ni de lejos la alquimia más profunda por la cual la comedia de Kafka es siempre también tragedia, y esta tragedia es siempre también un placer inmenso y reverente. Esto normalmente conduce a una hora atroz durante la cual doy marcha atrás y aviso a los estudiantes de que, pese a todo su ingenio y su voltaje exformativo, los relatos de Kafka *no son* fundamentalmente chistes, y que el humor negro más bien simple y lúgubre que enmascara tantas de las declaraciones personales de Kafka –cosas como «Hay esperanza, pero no para nosotros»– no es lo que conforma el eje de sus historias.

Lo que los relatos de Kafka tienen es más bien una grotesca, magnífica y completamente moderna complejidad, una ambivalencia que se convierte en la lógica multivalente inclusiva del, entre comillas, «inconsciente», que yo personalmente creo que no es más que una forma sofisticada de llamar al alma. El humor de Kafka –que no solo no es neurótico sino que es antineurótico, heroicamente cuerdo– es, en última instancia, humor religioso, pero religioso al estilo de Kierkegaard y Rilke y los Salmos, una espiritualidad desgarradora contra la cual hasta la gracia sanguinaria de la señora O'Connor parece un poco fácil, y las almas en juego prefabricadas.

Y es esto, creo yo, lo que hace que el ingenio de Kafka sea inaccesible para unos niños a quienes nuestra cultura ha educado para que vean las bromas como entreteninmiento y el entretenimiento como algo reconfortante.[3] No es que los estudiantes

3. Probablemente se podrían escribir libros enteros de la Johns Hopkins University Press sobre la función tranquilizadora que el humor desempeña en la psique americana de hoy día. Una forma tosca de explicar todo este asunto es que nuestra cultura es, tanto a nivel histórico como de desarrollo, adolescente. Y como es sabido que la adolescencia es el período más estresante y temible del desarrollo humano –esa fase en que la condición adulta que aseguramos poseer empieza a presentarse como un sistema real y cada vez más estrecho de responsabilidades y limitaciones (los impuestos, la muerte) y en que ansiamos interiormente un

no «pillen» el humor de Kafka, sino que los hemos enseñado a ver el humor como algo que se *pilla*, de la misma forma que les enseñamos que el «yo» es algo que se *tiene* sin más. No es de extrañar que no puedan apreciar el chiste que hay en el centro mismo de Kafka: que la horrible pugna por establecer un «yo» humano resulta en un «yo» cuya humanidad es inseparable de esa pugna horrible. Que nuestro viaje interminable e imposible hacia el hogar es de hecho nuestro hogar. Es difícil de explicar con palabras cuando uno está frente a la pizarra, créanme. Se les puede decir a los alumnos que tal vez sea bueno que no «pillen» a Kafka. Se les puede pedir que imaginen que sus relatos tratan todos de una especie de puerta. Que nos imaginemos acercándonos y llamando a esa puerta, cada vez más fuerte, llamando y llamando, no solo deseando que nos dejen entrar sino también necesitándolo; no sabemos qué es pero lo sentimos, esa desesperación total por entrar, por llamar y dar porrazos y patadas. Y que por fin esa puerta se abre… y se abre *hacia fuera*: que durante todo el tiempo ya estábamos dentro de lo que queríamos. *Das ist komisch.*

1999

---

retorno a la misma paz infantil de la que fingíamos burlarnos–,* no resulta difícil ver por qué en tanto que cultura somos tan susceptibles a un arte y a un ocio cuya función primaria es la *evasión*, es decir, la fantasía, la adrenalina, el espectáculo, el romance, etcétera. Los chistes son una forma de arte, y debido a que la mayoría de los americanos llegamos hoy día al arte para escapar de nosotros mismos –para fingir durante un rato que no somos ratones y que las paredes son paralelas y que podemos dejar atrás al gato–, es comprensible que la mayoría de nosotros vayamos a considerar «Una pequeña fábula» como algo que no es gracioso en absoluto, o que tal vez incluso lo veamos como un ejemplo repulsivo de esa misma clase de realidad deprimente compuesta por los impuestos y la muerte de la que el humor «de verdad» sirve como respiro.

* (¿Creen ustedes que es coincidencia que la universidad sea el sitio donde muchos americanos dediquen más tiempo en sus vidas a follar y caerse borracho y montar fiestas extáticas de tipo dionisíaco? No lo es. Los estudiantes universitarios son adolescentes, y están aterrados, y están afrontando su terror de una forma distintivamente americana. Esos chicos desnudos que cuelgan cabeza abajo de las ventanas de los edificios de sus fraternidades los viernes por la noche están simplemente intentando comprar unas cuantas horas de evasión de esas lúgubres cosas de adultos en las que cualquier facultad decente lleva toda la semana obligándoles a pensar.)

"Save up to 50%, and More!" Between you and I. On accident. Somewhat of a. Kustom Kar Kare Autowash. "The cause was due to numerous factors." "Orange Crush – A Taste That's All It's Own." "Vigorex: Helping men conquer sexual issues." "Equal numbers of both men and women opposed the amendment." Feedback. "As drinking water becomes more and more in short supply." "IMATION – Borne of 3M Innovadon." Point in time. Time frame. "At this point in time, the individual in question was observed, and subsequently apprehended by authorities." Here for you, there for you. *Fail to comply with* for *violate*. Comprised of. From whence. *Quote* for *quotation*. *Nauseous* for *nauseated*. Besides the point. To mentor, to parent. To partner. To critique. *Indicated* for *said Parameters* for *limits* and *options* for *choices* and *viable options* for *options* and *workable solutions* for *solutions*. In point of fact. Prior to this time. As of this point in the time frame. Serves to. Tends to be. *Convince* for *persuade portion* for *part*. Commence to, cease to. Expedite *Request* for *ask*. *Eventuate* for *happen*. Subsequent to this time. Facilitate. "Author's Foreward." Aid in. Utilize. Detrimental. Equates with. In regards to. "It has now made its way into the mainstream of verbal discourse." Tragic, tragedy. *Grow* as non-ag. transitive. *Keep* for *stay*. "To demonstrate the power of Epson's New Stylus Color Inkjet Printer with 1440 d.p.i., just listen:" Could care less. Personal issues, core issues. Fellow colleagues. Goal-orientated. Resources. To share. Feelings. Nurture, empower, recover. *Valid* for *true*. Authentic. Productive, unproductive. "I choose to view my opponent's negative attacks as unproductive to the real issues facing the citizens of this campaign." Incumbent upon. Mandate. Plurality. *Per anum*. Conjunctive adverbs in general. Instantaneous. *Quality* as adj. Proactive. Proactive Mission Statement. Positive feedback. A positive role model. Compensation. Validation. As for example. True facts are often impactful. "Call now for your free gift!" I only wish. Not too good of a. *Potentiality* for *potential*. Pay the consequences of. Obligated. At this juncture. To reference. To process. Process. The process of. The healing process. The grieving process. "Processing of feelings is a major component of the grieving process." To transition. Commensurant. "Till the stars fall from the sky/For you and I." Working together. Efficacious, effectual. Lifestyle. This phenomena, these criterion. Irregardless. *If* for *whether*. *As* for *because*. "Both sides are working together to achieve a workable consensus." Dysfunctional family of origin. S.O. To nest. Support. Relate to. Merge together. KEEP IN OWN LANE. For whomever wants it. "My wife and myself wish to express our gratitude and thanks to you for being there to support us at this difficult time in our life." Diversity. Quality time. Values, family values. To conference. "French provincial twin bed with canape and box spring, $150." Take a wait-and-see attitude Cum-N-Go Quik Mart. Travelodge. Self-confessed. Precise estimate. More correct. Very possible, very unique. "Travel times on the expressways are reflective of its still being bad out there." Budgetel More and more inevitable. EZPAY RENT20WN. MENS' ROOM. LADY'S ROOM. *Individual* for *person*. *Whom* for *who*, *that* for *who*. "The accident equated to a lot of damage." *Ipse dixie*. Falderol "Waiting on' is a dialectical locution on the rise and splitting its meaning." Staunch the flow. AM in the mornink *Forte* as "*for* tay." Advisement. Most especially. Sum total. Final totals. Complete dearth. "You can donate your used car or truck in any condition." At present At the present time. *Challenge* for *problem*, *challenging* for *hard*. Closure. Judgement. Nortorious. Miniscule. Mischievious. "Both died in an apartment Dr. Kevorkian was leasing after inhaling carbon monoxide" Bald-faced. "No obligation required!"

LA AUTORIDAD Y EL USO DEL INGLÉS AMERICANO*

Acknowledgements. To give off the impression. Instrumentality. Suffice to say. "The third-leading cause of death of both American men and women." *Positive* for *good*. Alright. "This begs the question, why are our elected leaders silent on this isseu" To reference. To privilege, to gender. "DiBlasi's work shows how sex can bring people together and pull them apart." "Come in and take advantage of our knowledgeable staff!" "We get the job done, not make excuses." In so far as. "Chances of rain are prevalent." NO TRUCW'S. Beyond the pail. National Highway Traffic Safety Administration Rule and Regulation Amendment Task Force. *Further* for *farther*. "The Fred Pryor Seminar has opened my eyes to better time management techniques. Also it has given real life situations and how to deal with them effectively." Hands-on, can-do "Each of the variants indicated in boldface type count as an entry." Visualize, visualization. "Insert and tighten metric calibrated hexscrews (K) into arc (C) comprised of intersecting vertical pieces (A) along transverse section of Structure." Creativity, creative. To message, to send a message, to bring our message to. To reach out to. Context. A factor, a major factor, a decisive factor. Myriads of decisive factors. "It is a federal requirement to comply with all safety jegulations on this flight." In this context, of this context. On a frequent basis. From the standpoint of. Contextualization. Within the parameters of this contex. Decontextualization. Defamiliarization. Disorientated. "The artist's employment of a radical visual idiom serves to decontextualize both conventional modes of representation and the patriarchal contexts on which such traditional hegemonic notions as representation, tradition, and even conventional contextualization have come to be seen as depending for their canonical privileging as aestheto-interprpretive mechanisms." I don't feel well but expect to recoup. "As parents, the responsibility of talking to your kids about drugs is up to you." Who would of thought? Last and final call. Achieve. Achievement. Excellence. Pursuit of a standard of total excellence. Partial completion. An astute observance. *Misrepresent* for *lie*. A long-standing tradition of achievement in the arena of excellence. "All dry cleaners are not the same. "Visible to the eye. *Which* for *that*, *I* for *me*. That which With regards to this issue. *Data* as singular, *media* as singular, *graffiti* as singular. *Remain* for *stay*. On-task. *Escalate* as transitive. Community. "Iran must realize that it cannot flaunt with impunity the expressed will and law of the world, community." Community support. Community-based. Broad appeal. Rally support. Outpourings of support "Tried to lay the cause at the feet of. Congress." Epidemic proportions. Proportionate response. Feasibility. "This anguishing national ordeal." Bipartisan, nonpartisan. Widespread outbreaks. Constructive dialogue. To appeal for. To impact. Hew and cry. From this aspect. Hayday Appropriate, inappropriate. Contingency. Contingent upon. Every. foreseeable contingency. Audible to the ear. *As* for *since*. Palpably quiet. "The enormity of this administration's accomplishments." Frigid.temperatures. Loud volume. "Surrounded on all sides, my workable options at this time are few in number." Chaise lounge, nucular, deep-seeded, bedroom suit, reek havoc. "Her ten-year rein atop the competition? The reason why is because she still continues to hue to the basic fundarnentals." Ouster. Lucrative salaries, expensive prices. *Forgo* for *forego* and vice versa. Breech of conduct. Award for meretricious service. Substantiate, unsubstantiated, substantial. Re-elected to another term. Fulsome praise. Service. Public service. "A tradiuon of servicing your needs." "A commitment to accountability in a lifetime of public service." I thought to myself. As best as we can. WAVE ALL INTEREST FOR 90 DAYS. "But I also want to have – be the prehident that protects the rights of, of people to, to have arms. And that – so you don't go so far that the legitimate rights on some legislation are, are, you know, impinged on." "Dr. Charles Frieses' theories." Conflict-resolution. The mutual advantage of both sides in this widespread conflict. "We will make a determination in terms of an appropriate response." Impact, to impact. Future plans. Don't go there! PLEASE WAIT HERE UNTIL NEXT AVAILABLE CLERK. Fellow countrymen. *Misappropriate* for *steal*. Off of. I'll be there momentarily. At some later point in time. I'm not adverse to that. Have a good one. Luv ya. Alot

* (o «LA POLÍTICA Y EL USO DEL INGLÉS» ES REDUNDANTE)

Dilige et quod vis fac.
San Agustín

¿Sabían ustedes que explorar los sórdidos entresijos de la lexicografía americana desvela luchas ideológicas y controversias e intrigas y cosas desagradables y fervores de una escala similar al caso Lewinski?

Por ejemplo, ¿sabían ustedes que algunos diccionarios modernos son notoriamente liberales y otros notoriamente conservadores, y que ciertos diccionarios conservadores fueron en realidad concebidos y diseñados como respuestas correctivas a la «corrupción» y a la «permisividad» de ciertos diccionarios liberales? ¿Y que el instrumento oligárquico que supone tener una «Comisión de Personalidades del Uso de la Lengua [...] integrada por notables oradores y escritores profesionales» especial responde al intento por parte de algunos diccionarios de establecer un equilibrio entre las fuerzas del igualitarismo y el tradicionalismo en el idioma inglés, pero que la mayoría de los lingüistas liberales desprecian el instrumento de la Comisión de Uso por considerarlo una simple fachada de populismo, y dicen cosas como «Se solicitan las opiniones de la élite y luego se dice que es una guía democrática»?

¿Sabían ustedes siquiera que la lexicografía americana *tenía* sórdidos entresijos?

El motivo de este artículo es la reciente publicación por parte de Oxford University Press de *A Dictionary of Modern American Usage* [*Diccionario de uso del inglés americano moderno*] del señor Bryan A. Garner, un libro que Oxford está promocionando

agresivamente y que a mí me han encargado que reseñe. Y resulta que es un encargo de lo más complicado. En el Estados Unidos de hoy día, las reseñas típicas de libros responden a la lógica del mercado, y colocan de forma implícita al lector en el rol del consumidor. En términos retóricos, todo su proyecto deriva de una pregunta que resulta demasiado burda hasta para plantearla de forma abierta: «¿Tiene que comprar usted este libro?», y debido a que el diccionario de uso de Bryan Garner pertenece a un subgénero particular del género de libros de referencia que ya es de por sí altamente especializado y particular, y debido a que al menos una docena de las principales guías de uso se han publicado en los dos últimos años y a que algunas de ellas han sido realmente bastante buenas,[1] la pregunta central inefable en este caso incluye la proposición comparativa «¿... en lugar de *ese otro*?» a modo de apéndice a la cláusula principal, de forma que implica una discusión de si el *ADMAU* es distinto de otros productos especializados recientes del mismo tipo.

Lo importante del caso es que el diccionario de Garner es extremadamente bueno, ciertamente la guía de uso más exhaustiva desde el *Webster's Dictionary of English Usage* de E. W. Gilman, que ya está una década desfasado.[2] Pero los elementos realmente sobresalientes e ingeniosos de *A Dictionary of Modern American Usage* tienen que ver con cuestiones de retórica e ideología y estilo, y resulta imposible describir por qué estas cuestiones son importantes y por qué la forma en que las trata Garner raya en la genialidad sin hablar del contexto histórico[3] en

1. (las mejores y más sustanciales de las cuales son *The American Heritage Book Of English Usage*; *Writing: Grammar, Usage, and Style* de Jean Eggenschwiler, y *The New Fowler's Modern English Usage* del mismo Oxford/Clarendon)

2. El *New Fowler* también es extremadamente completo y bueno, pero hace énfasis en el uso del inglés británico.

3. Pido perdón por usar esta expresión. Yo también la odio. Esta resulta ser una de esas ocasiones muy escasas en que «contexto histórico» es la expresión que usar, y no existe ninguna expresión equivalente que no sea todavía peor (hasta probé a poner «telón de fondo léxico-temporal» en uno de los borradores intermedios, pero creo que estarán ustedes de acuerdo en que no resulta preferible).

el que aparece el *ADMAU*, y este contexto resulta ser un verdadero huracán de controversias acerca de cuestiones que van desde la lingüística técnica y la educación pública hasta la ideología política,[4] y hace falta algo de tiempo para desplegar estas controversias antes de que sea posible establecer su relación con lo que hace que el diccionario de Garner sea una forma tan óptima de invertir el dinero duramente ganado que ustedes destinan a los libros de referencia; y de hecho ni siquiera se puede empezar esta discusión desgarradora y polimérica sin primero tomarse un momento para establecer y definir el muy coloquial término *SNOOT* [«Estirado»].

En cierto sentido, el que se publique cualquier buen libro nuevo sobre el uso del inglés americano no deja de tener cierta ironía. Y la ironía es que la gente a la que le va a interesar ese libro es también la gente que menos lo va a necesitar: es decir, que ofrecer consejos sobre los puntos más sutiles del inglés americano es predicar a los conversos. Y los conversos en el caso que nos

---

INTERPOLACIÓN

El ¶ que antecede a esto se debe a que este reseñista casi siempre suelta un resoplido de burla y/o hace un gesto de dolor cuando ve una expresión como «contexto histórico» empleada en un texto escrito y por tanto confía en interceptar todo posible resoplido de burla/gesto de dolor por parte del que lea esto, sobre todo en un artículo acerca del uso acertado de la lengua. Una de las pequeñas lecciones personales que he aprendido al trabajar en este ensayo es que tener una inclinación crónica a soltar resoplidos de burla/hacer gestos de dolor cuando veo el uso que hacen otros de la lengua suele producirme una preocupación crónica porque otra gente suelte resoplidos de burla/haga gestos de dolor al ver mi uso. Es, por supuesto, posible que esta ambivalencia sea algo que solo me sucede a mí; puede que sea un ejemplo obvio de eso que se dice en Mateo 7,1 de «No juzgues si no quieres ser juzgado». En todo caso, parece buena idea reconocer la preocupación de forma abierta.

4. Uno de los grupos de afirmaciones al que voy a dedicar un montón de mi tiempo y del tiempo de ustedes a defender es que las cuestiones de uso de la lengua inglesa son fundamental e inevitablemente políticas, y que las autoridades lingüísticas supuestamente desinteresadas como los diccionarios siempre son los productos de ciertas ideologías, y que en calidad de autoridades se les pueden pedir los mismos estándares básicos de sensatez y honradez y justicia que les pedimos a nuestras autoridades políticas.

ocupa comprenden a ese pequeño porcentaje de ciudadanos americanos a quienes sí les importa el estatus actual de los modales dobles y los verbos ergativos. La misma clase de gente que vio *The Story of English* en la televisión pública (dos veces) y que lee la columna de William Safire mientras se bebe su café bajo en cafeína todos los domingos. La clase de gente que siente esa combinación especial de desesperación dolorosa y superioridad mordaz cuando lee: «EXPRESS LANE – 10 ITEMS OR LESS» u oyen la palabra inglesa *dialogue* usada como verbo, o que se dan cuenta de que los fundadores de la cadena de moteles Super 8 seguramente no sabían lo que quería decir *suppurate* [«supurar», suena en inglés como «súper 8»]. Hay muchos epítetos para esa clase de gente: Nazis de la Gramática, Empollones del Uso, Esnobs de la Sintaxis, el Batallón Gramático, la Policía del Idioma. El término con que me criaron a mí es *SNOOT*.[5] Puede que la palabra exprese cierta burla de uno mismo, pero todos los términos anteriores son directamente disfemismos. Un SNOOT puede definirse en términos generales como alguien que sabe lo que quiere decir «disfemismo» y a quien no le importa hacerte saber que lo sabe.

Yo sostengo que los SNOOT somos la última especie que queda de empollones verdaderamente elitistas. Hay, es cierto, muchas especies de empollones en la América de hoy día, y algunas de ellas son elitistas dentro de su propio ámbito de empollonismo (p. ej., el flaco, lleno de forúnculos y semiautista Empollón Informático asciende automáticamente por el tótem del estatus cuando se te cuelga la pantalla y de pronto necesitas su ayuda, y la condescendencia inexpresiva con que lleva a cabo

5. SNOOT (m) (*altamente coloquial*) es el apodo *à clef* que se usa en la familia nuclear de este reseñista para referirse a un fanático realmente extremo del uso de la lengua, la clase de persona a la cual para divertirse en domingo no se le ocurre nada mejor que buscar errores en la misma prosa de la columna de William Safire. La familia de este reseñista viene a estar compuesta en un setenta por ciento de SNOOT, término que deriva de un acrónimo, y la gran broma familiar histórica es que el hecho de que S.N.O.O.T. significara «Sprachgefühl Necessitates Our Ongoing Tendance» [«El Sprachgefühl Necesita Nuestra Atención Constante»] o «Syntax Nudniks Of Our Time» [«Pelmazos De La Sintaxis de Nuestra Época»] dependía de si tú eras uno o no.

las dos pulsaciones esotéricas que te activan una vez más la pantalla resulta al mismo tiempo elitista y válida en esa situación). Pero el ámbito del SNOOT es la vida misma entre humanos. Al fin y al cabo, usar ordenador (pese a la agotadora presión cultural) no es necesario, pero del lenguaje no se puede escapar: el lenguaje lo es todo y está en todas partes; es lo que nos permite tener alguna relación los unos con los otros; es lo que nos separa de los animales; Génesis 11, 7-10 y todo eso. Y nosotros los SNOOT sabemos cuándo y cómo poner guiones en los adjetivos con partícula y evitar que queden colgados los participios, y sabemos que lo sabemos, y sabemos que son poquísimos los demás americanos que saben estas cosas o a quienes les importan, y los juzgamos basándonos en eso.

En ciertos sentidos que a algunos nos incomodan, las actitudes de los SNOOT acerca del uso contemporáneo se parecen a las actitudes sobre la cultura contemporánea que tienen los conservadores políticos/religiosos.[6] Combinamos un fervor digno

6. Esto es cierto en mi caso, por lo menos; también lo de que «nos incomodan». Yo doy clases de inglés en la universidad a tiempo parcial. Casi todo literatura, no redacción. Pero estoy tan patológicamente obsesionado por el uso de la lengua que cada semestre pasa lo mismo: en cuanto he tenido que leer el primer ejercicio escrito de mis alumnos, abandonamos de inmediato el temario de literatura y damos un Curso de Emergencia de Recuperación de Gramática y Uso de tres semanas, durante el cual mi conducta es básicamente la de alguien que enseña cómo prevenir el VIH a drogadictos intravenosos. Cuando sale a la luz (tal como pasa cada curso) que al noventa y cinco por ciento de esos estudiantes universitarios inteligentes y de élite nunca nadie les ha enseñado, p. ej., qué es una cláusula o por qué un *only* mal colocado puede hacer que una frase sea confusa o por qué no se pone automáticamente una coma justo después de una locución nominal larga, yo me acabo golpeando la cabeza contra la pizarra. Me pongo furioso y me lleno de aires de superioridad moral. Les digo que debería demandar a los consejos directivos de las escuelas de sus pueblos, y lo digo en serio. Los chavales acaban asustados, tanto de mí como por mí. Todos los meses de agosto juro en silencio *tranquilizarme con las cosas del uso de la lengua* en el año que empieza, y luego para el día del Trabajo ya tengo la barbilla llena de espuma. Parece que no lo puedo evitar. La verdad es que ni siquiera soy un profesor especialmente bueno ni entregado; en las clases ninguna otra cosa me causa el mismo fervor, y soy consciente de que no es un fervor muy productivo, ni tampoco sano: tiene elementos de fanatismo y de furia, además de un esnobismo que sé que me moriría de vergüenza si lo mostrara hacia cualquier otra cosa.

de misioneros y una fe casi neural en la importancia de nuestras creencias con una desesperación de viejo cascarrabias que cree que todo se está yendo al infierno por culpa de la forma en que los adultos supuestamente cultos están degradando el inglés de forma rutinaria.[7] A eso hay que sumarle un toque del elitismo de, por ejemplo, Billy Zane en *Titanic*: a un colega SNOOT que conozco le gusta decir que escuchar el inglés en público de la mayoría de la gente es como ver a alguien usar un Stradivarius para clavar clavos. Nosotros[8] somos los Elegidos, los Orgullosos, los Más o Menos Constantemente Horrorizados por Todos los Demás.

7. Nótese que en la página titular de este mismo artículo hay un par de bloques de las más típicas metidas de pata y cagadas y oxímoros y barbaridades solecísticas y estallidos de metano lingüístico de moda contemporáneos que hacen que a un SNOOT le tiemble la mejilla y se le ensombrezca la frente. (Nótese también que solamente hizo falta una semana de escuchar prestando atención a medias y de tomar apuntes para reunir estos bloques: el Mal nos rodea por todas partes.)

8. Por favor, fíjense en que la repetición estratégica del pronombre de primera persona está destinado a iterar y enfatizar que este reseñista también es uno de ellos en gran medida, un SNOOT, y también a connotar a la familia nuclear que se menciona *supra*. La SNOOTitud viene de familia. En el prefacio del *ADMAU*, Bryan Garner menciona a su padre y a su abuelo, y llega a usar la palabra «genético», y probablemente sea cierto: el noventa por cierto de los SNOOT que conozco tienen por lo menos un padre o una madre que es, por profesión o por temperamento o por ambas cosas, un SNOOT. En mi caso, mi madre es profesora de redacción y ha escrito manuales de recuperación de uso de la lengua y es una SNOOT de la clase más rabiosa e intratable. El hecho de que yo sea un SNOOT se debe por lo menos en parte a que durante años mi madre nos lavó el cerebro de mil maneras sutiles. Aquí va un ejemplo. En las cenas familiares a menudo se jugaba a un juego: si alguno de los niños cometía un error de uso de la lengua, nuestra madre fingía que tenía un ataque de tos que continuaba y continuaba hasta que el niño en cuestión había identificado el error en cuestión y lo había corregido. Todo era muy ligero y autoparódico; pero aun así, visto con perspectiva, parece un poco excesivo fingir que tu niñito te está *dejando sin oxígeno* por hablar de forma incorrecta. Lo que da más miedo, sin embargo, es que ahora a veces me sorprendo a mí mismo jugando a ese mismo «juego» con mis estudiantes, incluyendo la tos fingida.

INTERPOLACIÓN

Como estoy seguro de que *Harper's* va a cortar esta parte del artículo, también voy a insertar el hecho de que hasta teníamos una divertida pero retrospectivamente perturbadora *cancioncilla* familiar que la madre y los pequeños SNOOTitos cantábamos en el coche durante los viajes largos mientras mi padre ponía los ojos

DECLARACIÓN DE LA TESIS DEL CONJUNTO DEL ARTÍCULO

Las cuestiones en que la tradición se enfrenta con el igualitarismo en el ámbito del inglés americano son en el fondo cuestiones políticas, y solamente se puede tratar con ellas de forma eficaz con lo que este artículo en adelante denominará «Espíritu Democrático». El Espíritu Democrático es un espíritu que combina rigor con humildad, es decir, convicción apasionada más un respeto diligente por las convicciones ajenas. Como sabe cualquier americano, resulta difícil cultivar y mantener un espíritu como este, sobre todo cuando se tratan cuestiones que a uno le despiertan sentimientos fuertes. Igualmente duro de conseguir es el criterio de cien por cien integridad intelectual

---

en blanco sin decir nada y seguía conduciendo (hay que recordar la sintonía de *Underdog* a fin de seguir la canción):

When idiots in this world appear
And fail to be concise or clear
And solecisms rend the ear
The cry goes up both far and near
For Blunderdog
Blunderdog
Blunderdog
Blunderdog
Pen of iron, tongue of fire
Tightening the wid'ning gyre
Blunderdo-O-O-O-O-O-O…
*[etcétera.]**

[«Cuando en este mundo aparecen idiotas / que nunca son concisos ni claros / y los solecismos desgarran los oídos / el grito se oye por todos lados / es el Pifiador / Pifiador / Pifiador / Pifiador / pluma de hierro, lengua de fuego / estrechando la creciente espiral / el Pifiado-o-o-o-o-o-or…»]

* (Como está casi claro que esto lo van a cortar, admito que sí, que en realidad fui yo, de niño, el autor de esta canción. Pero para entonces ya me habían lavado el cerebro por completo. Venía a ser nuestra versión familiar de «100 Bottles… Wall». Mi madre era la responsable del verso «wid'ning gyre» del estribillo, que después de un largo debate fue sustituido por una rima supuestamente «forzada» con «fire» en mi letra original; y de nuevo, años después, cuando por fin entendí la esencia apocalíptica de aquel verso de Yeats, sentí en retrospectiva un poco de miedo.)

de los Espíritus Democráticos: hay que estar dispuesto a mirarte con honestidad a ti mismo y a examinar los motivos que te llevan a creer en las cosas que crees, y a hacerlo más o menos de forma continua.

Esta clase de cosas va más allá del simple civismo como americanos. El verdadero Espíritu Democrático está al mismo nivel que la fe religiosa y la madurez emocional y todas esas cualidades que hay en lo alto de la Pirámide de Maslow y en las que la gente se pasa la vida entera trabajando. El rigor y la humildad y la sinceridad con uno mismo que constituyen el Espíritu Democrático son, de hecho, tan difíciles de mantener en relación con ciertas cuestiones que resulta casi irresistiblemente tentador alinearse con algún bando establecido y dogmático y volverse inflexible y creer que los demás bandos[9] son o bien malvados o bien están locos y gastar todo el tiempo y energía que uno tiene intentando gritar más fuerte que ellos.

Sostengo, pues, que es indisputablemente más fácil ser Dogmático que Democrático, sobre todo al tratar temas que son al mismo tiempo controvertidos y muy emocionales. Sostengo también que las cuestiones relacionadas con «lo correcto» en el uso del inglés americano contemporáneo son al mismo tiempo controvertidas y muy emocionales, y que las preguntas fundamentales que suscitan son preguntas cuyas respuestas no hay que limitarse a encontrar, sino que hay que *resolverlas* literalmente.

Un rasgo distintivo del *ADMAU* es que su autor está dispuesto a reconocer que un diccionario de uso de la lengua no es una biblia, ni siquiera un libro de texto, sino más bien el simple registro de los intentos que ha hecho una persona inteligente de resolver las respuestas a una serie de preguntas muy difíciles. A mí me parece que esta voluntad responde a un Espíritu Democrático. La gran pregunta es si dicho espíritu hace peligrar la capacidad que Bryan Garner tiene de presentarse a sí mismo como una «autoridad» genuina en materia de uso de la

9. (Parece ser una ley natural el que los bandos solamente se forman por oposición a otros bandos y que siempre hay por lo menos dos en relación con cualquier cuestión compleja.)

lengua. Valorar el libro de Garner, por tanto, requiere que sigamos la pista de la muy extraña y complicada relación entre Autoridad y Democracia en lo que nosotros como cultura hemos decidido que es el inglés. Esa relación, como dirían muchos americanos cultos, todavía se encuentra en pleno desarrollo hoy día.

A Dictionary of Modern American Usage no tiene Plantilla de Redactores ni Comisión de Personalidades. Ha sido concebido, investigado y escrito *ab ovo usque ad mala* por el señor Bryan A. Garner. Este Garner es un tipo interesante. Es al mismo tiempo abogado y experto en el uso de la lengua (lo cual parece un poco como ser traficante al por mayor de narcóticos y agente de la DEA). Su *A Dictionary of Modern Legal Usage* de 1987 ya es un pequeño clásico; y ahora, después de dejar la abogacía, se dedica a dirigir seminarios de escritura para licenciados en derecho y a hacer de consultor de estilo para varios organismos judiciales. Garner es también el fundador de algo llamado la H. W. Fowler Society,[10] un grupo mundial de trekkies del uso de la lengua que se divierten mandándose entre ellos meteduras de pata lingüísticas recortadas de distintas publicaciones. El tal Garner es un SNOOT genuino de la línea dura.

El lúcido, interesante y extremadamente ambiguo prefacio al *ADMAU* sirve para confirmar la SNOOTitud de Garner *de facto* y al mismo tiempo relativizarla con su tono. Para empezar, mientras que el experto tradicional en uso de la lengua cultiva una voz remota e imperial –de esas que se refieren a sí mismas como «uno» o «nosotros»–, Garner nos dedica una viñeta casi waltoniana de sus antecedentes personales:

10. Si Samuel Johnson es el Shakespeare del uso de la lengua inglesa, piensen en Henry Watson Fowler como el equivalente a Eliot o Joyce. Su *A Dictionary of Modern English Usage* de 1926 es el abuelo de las guías de uso modernas, y su escritura seca como el hueso y su imperiosidad descarada han servido de modelo para todos los clásicos posteriores, desde *Usage and Abusage* de Eric Partridge hasta *The Careful Writer* de Theodore Bernstein o *Modern American Usage* de Wilson Follett o el *Webster's Dictionary of English Usage* (1989) de E. Ward Gilman.

> Me di cuenta muy temprano, a los 15 años,[11] de que mi interés intelectual primario era el uso de la lengua inglesa [...] Se convirtió en una pasión que lo consumía todo [...] Leí todo lo que pude sobre el tema. Luego, una tarde de invierno en que yo estaba de visita en Nuevo México a los 16 años descubrí la obra *Usage and Abusage* de Eric Partridge. Me quedé fascinado. Nunca había tenido en las manos un libro tan excitante [...] Baste decir que para cuando cumplí 18 años, ya me sabía de memoria la mayoría de los textos de Fowler, Partridge y sus sucesores.

Aunque este reseñista lamenta que el apunte biográfico no mencione en ningún momento los costes sociales más bien importantes de ser un adolescente cuya pasión absoluta sea el uso de la lengua inglesa,[12] me quito el sombrero crítico ante otra afable sección introductoria, la que Garner titula «Principios básicos»: «Antes de continuar, tengo que explicar mi método. Esto es algo que no suelen hacer los autores de diccionarios de uso de la lengua; algo sin precedentes, por lo que yo sé. Pero una guía para escribir bien solo será buena si lo son los principios en que se basa. Y es natural que los usuarios estén interesados en esos principios. Así pues, en aras de ser completamente abierto...».[13]

11. (Garner prescribe escribir con letras solo los números por debajo del diez. A mí me enseñaron que esa norma se aplica solo al inglés de negocios, y que en todas las demás modalidades se escribe con letras hasta el diecinueve y se empiezan a usar cardinales a partir del 20. *De gustibus non est disputandum.*)

12. A juzgar por mi experiencia personal, les puedo asegurar que a todos los niños que sean así los van a marginar en el mejor de los casos, y en el peor les van a tirar de los calzoncillos de forma salvaje y repetida: véase más adelante.

13. Lo que sigue a esto en el prefacio son «los diez puntos cruciales que, después de trabajar durante años en problemas de uso de la lengua, he establecido». Estos puntos son demasiado complejos para tratar con ellos de forma individual, pero un par de ellos son extremadamente peliagudos; p. ej., «10. **Uso real.** En última instancia, el uso real de los hablantes y escritores cultos es el criterio más general de corrección», puesto que los términos «cultos» y «real» requerirían bastantes páginas de clarificación abstracta y cualificación para apuntalarlos contra ataques relacionados con las Guerras del Uso de la Lengua. Sin embargo, Garner, de forma bastante ingeniosa, decide definirlos y defenderlos mediante su aplicación dentro de su mismo diccionario. La capacidad de Garner no solamente para permanecer al margen de determinadas discusiones sino también quitarles toda su relevancia termina siendo muy importante: véase mucho de lo que sigue.

Eso de «sin precedentes» y «completamente abierto» son en realidad puyas amables a los predecesores fowlerianos de Garner, y también un ligero guiño a uno de los bandos de las guerras que han estado abiertas tanto en la lexicografía como en el mundo educativo ya desde que se publicó el notoriamente liberal *Webster's Third New International Dictionary* en 1961, que incluía términos como *heighth* e *irregardless* sin añadirles ninguna etiqueta de control. Pueden pensar en el *Webster's Third* como una especie de batalla de Fort Sumter de las Guerras Contemporáneas del Uso de la Lengua. Estas guerras son a la vez el contexto y el objetivo de una estrategia retórica muy sutil que hay en *A Dictionary of Modern American Usage*, y sin hablar de ellas es imposible explicar por qué el libro de Garner es al mismo tiempo tan bueno y tan ambiguo.

Nosotros los ciudadanos normales solemos acudir a El Diccionario en busca de una autoridad que nos guíe.[14] Casi nunca, sin embargo, nos preguntamos quién decide exactamente qué es lo que entra en el diccionario o qué palabras u ortografías o pronunciaciones son declaradas pobres o incorrectas. ¿De dónde viene la autoridad de los autores de diccionarios para decidir lo que está bien y lo que no? Al fin y al cabo, nadie los ha puesto en su cargo mediante unos comicios. Y la simple apelación a los precedentes o las tradiciones no funciona, porque lo que se considera correcto cambia con el tiempo. En el siglo XVII, por ejemplo, la segunda persona del singular se conjugaba con el verbo en singular: «You is». Y antes todavía, el pronombre estándar de la segunda persona no era *you* sino *thou*. Cantidades enormes de palabras que ahora son aceptables como *clever*, *fun*, *banter* y *prestigious* entraron en el inglés en calidad de lo que las autoridades del uso consideraban errores o jerga atroz. Y no solamente cambian con el tiempo las convenciones sobre el uso, sino también el mismo idioma inglés. De no ser así, esta-

14. No hay mejor indicación de la autoridad de El Diccionario que el hecho de que lo usamos para resolver apuestas. Mi padre sigue a día de hoy viviendo de las rentas de una altísima apuesta sobre la forma correcta de escribir *meringue*, una apuesta hecha el 14 de septiembre de 1978.

ríamos todos hablando todavía como Chaucer. ¿Quién puede decir qué cambios son naturales y buenos y cuáles son corrupciones? Y cuando Bryan Garner o E. Ward Gilman se arrogan la potestad de decirlo, ¿por qué tenemos que creerles?

Esta clase de preguntas no son nuevas, pero sí es cierto que ahora revisten cierta urgencia. América está en medio de una prolongada Crisis de Autoridad en cuestiones de lenguaje. Para ser breves, la misma clase de agitación política que provocó todo lo ocurrido desde los incidentes de la Kent State University hasta los Independent Counsels generó también una influyente escuela anti-SNOOT para la cual los estándares normativos de la gramática inglesa y el uso de la lengua son simples funciones de la costumbre y de la docilidad ovina de una población que permite que los autoproclamados expertos del lenguaje les vayan dando órdenes. Vean por ejemplo lo que dice Steven Pinker del Massachusetts Institute of Technology en un famoso artículo publicado en el *New Republic*: «Una vez introducida, una norma preceptiva es muy difícil de erradicar, por ridícula que sea. Dentro de la institución de la escritura, las normas sobreviven gracias a la misma dinámica que perpetúa las mutilaciones genitales rituales». O bien, usando un tono emocional más discreto, lo que dice Bill Bryson en *Mother Tongue: English and How It Got That Way*:

> ¿Quién establece todas esas normas que conocemos desde niños: la idea de que nunca tenemos que terminar una frase con una preposición ni empezarla con una conjunción, que tenemos que usar la expresión «each other» para hablar de dos cosas y «one another» para más de dos...? La respuesta, con sorprendente frecuencia, es que no lo hace nadie, que cuando uno mira el trasfondo de esas normas, a menudo carecen en gran medida de base.

En el prefacio del *ADMAU*, el mismo Garner trata del tema de la autoridad con simplicidad trumaniana y con una sinceridad que al mismo tiempo disimulan la astucia del autor y constituyen un ejemplo de la misma:

Tal como ustedes ya pueden sospechar, no me da vergüenza hacer juicios. Me imagino que la mayoría de los lectores prefieren que sea así. A los lingüistas no les gusta, por supuesto, porque los juicios requieren subjetividad.[15] No son científicos. Pero la retórica y el uso de la lengua, tal como los ve la mayoría de los escritores profesionales,[16] no son empeños científicos. Lo que ustedes[17] quieren no son descripciones desapasionadas; lo que quieren es una referencia firme. Y eso requiere buen juicio.

Se podrían escribir monografías enteras solamente sobre la maestría retórica de este pasaje. Además de lo que se dice en

15. Esta es una verdad a medias de lo más astuto. Los lingüistas solamente constituyen una parte del bando contrario a los juicios, y sus objeciones a los juicios sobre uso de la lengua se deben a mucho más que la simple «subjetividad».

16. Vean, por favor, la sutil apelación que se hace aquí al mismo «estamento de los escritores» del que Steven Pinker se burla. Esto no es accidental; es una maniobra retórica.* Lo astuto del caso es que este es uno de los varios lugares en los que Garner usa a escritores y editores profesionales como apoyo de sus afirmaciones, y al mismo tiempo en el prefacio también trata a estos profesionales del idioma como el *público* principal de su *ADMAU*, como p. ej. en: «El problema de los escritores y editores profesionales es que no pueden sentarse sin más a esperar qué rumbo toma el idioma. Los escritores y editores, de hecho, influyen en ese rumbo: están obligados a tomar decisiones [...] Esa ha sido tradicionalmente la tarea del diccionario de uso: ayudar a los escritores y editores a resolver dificultades editoriales».

Esta es la misma maniobra retórica que el presidente R.W. Reagan perfeccionó en sus discursos televisados de dejo-de-lado-al-Congreso-y-me-dirijo-directamente-a-la-gente, una maniobra que desde entonces han imitado muchos políticos listos. Consiste en citar al mismo público al que uno se está dirigiendo como fuente de aprobación de tus propuestas: «Esta noche me complace anunciar que estamos dando los primeros pasos para implantar las políticas que ustedes me han elegido para que yo implante», etcétera. La táctica es tramposa porque 1) halaga al público, 2) disfraza el hecho de que el verdadero propósito del rétor es persuadir y obtener apoyo, no informar ni celebrar, y 3) se adelanta a las acusaciones de la leal oposición de que la política que en realidad se está proponiendo es de alguna forma contraria a los intereses del público. No estoy sugiriendo que Bryan Garner tenga ninguna agenda política en concreto. Simplemente estoy señalando que el prefacio del *ADMAU* es fundamentalmente retórico del mismo modo que lo eran las pequeñas charlas con América de Reagan.

* (En caso de que no sea totalmente obvio, sepan ustedes que este artículo está usando el término «retórico» en su sentido estrictamente tradicional, algo así como «el uso persuasivo del lenguaje para influir en los pensamientos y acciones de un público».)

17. ¿Lo ven?

la nota 16, fíjense por ejemplo en el ingenioso equívoco del término «juicio», que en la frase «no me da vergüenza hacer juicios» quiere decir emitir veredictos (y por lo tanto suscita cuestiones relacionadas con la Autoridad), pero que en la frase «Y eso requiere buen juicio» se refiere en cambio a la perspicacia, el discernimiento y la razón. Tal como deja claro el cuerpo del *ADMAU*, una parte de la estrategia global de Garner consiste en desdibujar estas dos acepciones distintas de «juicio», o más bien en usar la segunda acepción como justificación de la primera. Lo más importante que hay que reconocer aquí es 1) que Garner no estaría haciendo nada de todo esto si no fuera *intensamente* consciente de la Crisis de Autoridad que hay en el uso moderno de la lengua, y 2) que su respuesta a esta crisis es –en el mejor Espíritu Democrático– retórica.

Así pues...

COROLARIO A LA DECLARACIÓN DE LA TESIS DEL CONJUNTO DEL ARTÍCULO

El rasgo más sobresaliente y oportuno del diccionario de Bryan A. Garner es que su proyecto es a la vez lexicográfico y retórico. Su estrategia principal pasa por lo que en la retórica clásica se conoce como la Apelación Ética. Aquí el adjetivo, que deriva del griego *ēthos*, no se refiere exactamente a lo que solemos llamar *ética*. Aunque las dos ideas son afines. Lo que viene a ser la Apelación Ética es una versión compleja y sofisticada de la idea de «Confíen en mí». Es la más valiente, ambiciosa y también la más democrática de las Apelaciones retóricas porque requiere que el rétor nos convenza no solamente de su agudeza intelectual o de su competencia técnica sino también de su decencia básica y de su ecuanimidad y de su sensibilidad hacia las esperanzas y miedos de la audiencia.[18]

18. En este último sentido, recuerden por ejemplo el «Siento su dolor» de W.J. Clinton, que fue un ejemplo pasmoso aunque no especialmente hábil de Apelación Ética.

Estas últimas no son cualidades que se suelan asociar con la tradicional autoridad SNOOT del uso de la lengua, una figura que para muchos americanos ejemplifica el esnobismo y la intransigencia, y una figura cuya imagen moderna no ha mejorado precisamente gracias a cosas como las que dice Morris Bishop, miembro de la Comisión de Personalidades del Uso de la Lengua del *American Heritage Dictionary*: «Los redomados solecismos de los ignorantes serán aquí omitidos por completo, sin importar cómo les pueda sentar esta ausencia», o el crítico John Simon: «El idioma inglés es tratado hoy día exactamente igual que los antiguos esclavistas trataban sus mercaderías». Comparen las voces autoriales de estas frases con la de Garner en, por ejemplo: «El uso del inglés es tan difícil que hasta los escritores con experiencia necesitan una guía de vez en cuando».

Lo importante aquí va a ser que *A Dictionary of Modern American Usage* le confiere en gran medida toda la confianza que su Apelación Ética está pidiendo. Lo interesante es que esta confianza no deriva tanto de la calidad lexicográfica del libro como de la voz del autor y del espíritu que este cultiva. El *ADMAU* es un diccionario de uso amable en el mejor sentido de la palabra «amable». El espíritu del libro aúna rigor con humildad de una forma que permite a Garner ser extremadamente preceptivo sin ningún rasgo de evangelismo ni ningún desprecio elitista. Esto es un logro extraordinario. Entender por qué es básicamente un logro *retórico*, y por qué esto es al mismo tiempo históricamente significativo y (en opinión de este reseñista) políticamente redentor, requiere una mirada más detallada a las Guerras del Uso de la Lengua.

A ustedes les quedaría muy claro que la lexicografía tiene entresijos si leyeran los distintos ensayos introductorios de los diccionarios modernos: textos como «A Brief History of English Usage», incluido en el *Webster's Dictionary of English Usage*, o «Linguistic Advances and Lexicography», incluido en el *Webster's Third*, o «Good Usage, Bad Usage, and Usage», incluido en la segunda edición del *American Heritage Dictionary*, o «Usage

in the Dictionary: The Place of Criticism», incluido en la tercera edición del *American Heritage Dictionary*. Pero casi nadie se molesta nunca en leer estas pequeñas introducciones, y no es solo por su tipografía diminuta ni por el hecho de que los diccionarios pesan mucho sobre el regazo. Es porque esas introducciones no están realmente destinadas a ustedes ni a mí ni al ciudadano normal que acude a El Diccionario solo para ver cómo deletrear (por ejemplo) *meringue*. Están destinadas al resto de los lexicógrafos y críticos; y de hecho no son en absoluto introductorias, sino polemistas. Son andanadas en las Guerras del Uso de la Lengua que se han estado librando desde que el editor Philip Gove intentó por primera vez aplicar los principios neutros de la lingüística estructuralista a la lexicografía en el *Webster's Third*. La ya famosa respuesta de Gove a los conservadores que pusieron el grito en el cielo[19] cuando el *Webster's Third* apoyó la palabra *OK* y describió *ain't* como una contracción «usada coloquialmente por muchos hablantes cultos de muchas regiones de Estados Unidos» fue la siguiente: «Un diccionario no debe tener nada que ver con nociones artificiales de lo que es correcto o de lo que es superior. Tiene que ser descriptivo y no normativo». Los términos usados por Gove calaron y se convirtieron en epítetos, y ahora a los lingüistas conservadores se los conoce formalmente como normativistas y a los lingüistas liberales como descriptivistas.

Los primeros son más conocidos, aunque no gracias a los prólogos de los diccionarios ni a los académicos fowlerianos. Cuando uno lee las columnas de William Safire o de Morton

19. En serio, *el grito en el cielo*: reseñas virulentas y editoriales furiosos por todo el país, desde el *New York Times* y el *New Yorker* hasta el *National Review* y el bueno del *Life*, o vean, p. ej., este fragmento publicado por el *Atlantic Monthly* de enero de 1962: «Hemos visto una novedosa fórmula para hacer diccionarios improvisada en su mayor parte a base de juicios apresurados y de esa clase de mejoras teóricas que en la práctica empeoran las cosas; y hemos visto las puertas abiertas de par en par en gesto de hospitalidad entusiasta a toda clase de confusiones y corrupciones. En resumen, la tan aguardada* obra que tenía que coronar la lingüística cisatlántica con una gloria especial resulta ser un escándalo y un desastre».

* (*Sic*: es obvio que tendría que poner «la tan esperada». *Nemo mortalium omnibus horis sapit*.)

Freeman o libros como *Strictly Speaking* de Edwin Newman o *Paradigms Lost* de John Simon, lo que está leyendo realmente es normativismo popular, un género suplementario de ciertos periodistas (la mayoría hombres mayores y la mayoría de los cuales realmente lleva pajarita)[20] cuya ironía divertida a menudo enmascara una furia digna del coronel Blimp por la forma en que el amado idioma inglés de su juventud está siendo despedazado en el presente decadente. Hay una parte del normativismo popular que es graciosa e inteligente, aunque la mayoría suena a vejetes gruñendo sobre la vulgaridad de las costumbres modernas.[21] Y una parte del NP es ofensivamente cerrado de miras y troglodítico, como por ejemplo el desprecio simplista que se muestra en *Paradigms Lost* hacia el inglés negro estándar: «En cuanto a "I be", "you be", "he be", etcétera, que tendrían que ponernos a todos los pelos de punta, pueden ser fenómenos comprensibles, pero van contra todas las gramáticas aceptadas clásicas y modernas y son el producto no de un idioma con raíces en la historia sino de la ignorancia de cómo funciona un idioma». Pero lo verdaderamente interesante es que el tono plutocrático y el ingenio estíptico de Newman y Safire y los mejores normativistas populares está modelado a partir de las voces de mandarines británicos como Eric Partridge y H.W. Fowler, las mismas torres gemelas del normativismo académico que Garner cuenta que veneraba cuando era chaval.[22]

20. Es cierto: Newman, Simon, Freeman, James J. Kilpatrick... ¿tardará mucho en llegar un best-seller sobre uso de la lengua escrito por George F. Will?

21. Hasta el difunto Edwin Newman, el más reflexivo y menos hemorroidal de los SNOOT populares, deja a veces que asome su coronel Blimp interior, como p. ej. en: «No tengo ningunas ganas de vestirme como se visten muchos jóvenes de hoy día [...] No tengo ningunas ganas de estropearme el oído escuchando su música, y el problema de incomunicación entre una banda de rock electrónico y yo es algo que aprecio con devoción y que odiaría ver desaparecer».

22. Noten, por ejemplo, el meollo de mordacidad (y el «nosotros» regio) de este fragmento al azar de *Usage and Abusage* de Partridge:

> **anxious of.** «I am not hopeless of our future. But I am profoundly anxious of it». Beverley Nichols, *News Of England*, 1938: un texto que nos dejó profundamente «anxious for» (o «about»), y no «of», el futuro literario del señor Nichols.

Los descriptivistas, por otro lado, no tienen columnas semanales en el *New York Times*. Suelen ser académicos redomados, en su mayoría lingüistas o teóricos de la escritura. Vagamente organizados bajo el estandarte de la lingüística estructural (o «descriptiva»), son positivistas doctrinarios que tienen sus raíces intelectuales en Comte, Saussure y L. Bloomfield,[23] y sus raíces ideológicas firmemente plantadas en la cultura americana de los años sesenta. La breve mención explícita que el prefacio de Garner hace de este grupo...

> En algún momento del proceso, sin embargo, los diccionarios de uso fueron secuestrados por los lingüistas descriptivistas,[24] que tienen una visión científica del lenguaje. Para el descriptivista puro, es inadmisible decir que una forma de lenguaje es mejor que otra: mientras la diga un hablante nativo, es válida; y cualquiera que diga lo contrario es un tonto de capirote [...] En esencia, los descriptivistas y los normativistas están abordando problemas distintos. Los descriptivistas quieren registrar el lenguaje tal y como se usa en la realidad, y llevan a cabo una función útil: aunque su público suele limitarse a aquella gente dispuesta a estudiar minu-

---

O fíjense en la condescendencia casi vertiginosa de Fowler, que aquí habla del hábito que tiene alguna gente de usar palabras como *viable* o *verbal* para referirse a cosas que no son lo que esas palabras significan:

> **Extensión descuidada del uso** [...] tiene una mayor tendencia a ocurrir cuando algún accidente le otorga a la gente inculta la posesión de palabras de origen culto, tanto más si están aisladas o tienen pocos parientes en el idioma vernáculo [...] El significado original de *feasible* es simplemente «factible» (del latín *facere*, «hacer»). Pero para la gente inculta no es más que una prenda, cuyo valor tiene que deducir de los contextos en los que la oye usar, porque los parientes que la palabra tiene en inglés –*feat*, *feature*, *faction*– o bien no consiguen mostrar el parecido de familia que esa gente está acostumbrada a percibir en las familias de palabras indígenas o bien están (como *malfeasance*) fuera de su alcance.

23. Para información de ustedes, *Language* (1933) de Leonard Bloomfield vino a fundar en gran medida la lingüística descriptiva al afirmar que el verdadero objeto de estudio no era el lenguaje sino algo llamado la «conducta lingüística».

24. Más chorradas: tal como deja claro el cuerpo del *ADMAU*, Garner sabe con exactitud en qué momento los descriptivistas empezaron a influir sobre las guías de uso.

ciosamente enormes volúmenes de investigación completamente árida.[25]

... es extremadamente insincera, sobre todo la parte que habla de estar «abordando problemas distintos», porque minimiza enormemente la influencia del descriptivismo en la cultura americana. Para empezar, el descriptivismo conquistó la enseñanza del inglés en este país tan deprisa y de forma tan absoluta que prácticamente a todo el mundo que empezó la secundaria después de 1970 le han enseñado a escribir descriptivamente: mediante «escritura libre», «lluvia de ideas», «escribir un diario», es decir, le han enseñado una visión de la escritura como exploración y explicación del yo en lugar de como comunicación, un abandono de la gramática, el uso, la semántica, la retórica y la etimología sistemáticas. Por otro lado, el mismo lenguaje con que hoy día los movimientos socialistas, feministas, de minorías, gays y ecologistas enmarcan sus perspectivas del debate político derivan de la creencia descriptivista en que el idioma inglés tradicional está concebido y perpetuado por hombres WASP privilegiados,[26] y que por tanto es inherentemente capitalista, sexista, racista, xenófobo, homofóbico y elitista: en una palabra, injusto. Piensen en el inglés ebónico. Piensen en la Proposición 227. Piensen en los complejos retorcimientos que la gente

25. Los sentimientos más SNOOT de Garner sobre la prosa de los lingüistas salen a la luz en su prefacio a través de sus recuerdos de estudiante universitario con ciertos eminentes profesores descriptivistas: «Lo que más me preocupaba era que no escribían bien: sus creaciones eran mejunjes espantosos. Si ustedes lo dudan, cojan cualquier revista de lingüística. Pregúntense si los artículos están bien escritos. Si hace tiempo que no hojean una, se van a quedar horrorizados».

INTERPOLACIÓN

El aparte de Garner sobre cómo escriben los lingüistas tiene aplicaciones más amplias, aunque el *AIDMAU* casi nunca las hace explícitas. La verdad es que la mayoría de la prosa académica americana es atroz: pomposa, obtusa, claustral, inflada, ostentosa, pleonástica, plagada de solecismos, de sesquipedales, heliogabaliana, ocluida, ininteligible, llena de jerga y vacía: resplandecientemente muerta. Véase una INTERPOLACIÓN textual que hay mucho más adelante.

26. (lo cual de hecho es verdad)

tiene que llevar a cabo para evitar usar *he* como pronombre genérico, o en la forma tensa y deliberada en que los hombres blancos ahora ajustan sus vocabularios en presencia de gente que no son hombres blancos. Piensen en la moderna omnipresencia de la manipulación del lenguaje o en las discusiones interminables que se producen hoy día por los *nombres* de las cosas: «discriminación positiva» *versus* «discriminación inversa», «pro-vida» *versus* «pro-aborto»,* «trabajador sin papeles» *versus* «inmigrante ilegal», «perjurio» *versus* «desliz», etcétera.

* INTERPOLACIÓN
EJEMPLO DE LA APLICACIÓN
DE LO QUE LA DECLARACIÓN DE TESIS
DE ESTE ARTÍCULO LLAMA ESPÍRITU DEMOCRÁTICO
A UN ASUNTO POLÍTICO EXTREMADAMENTE
CRISPADO, EJEMPLO QUE ES MÁS RELEVANTE
EN RELACIÓN CON EL *ADMAU* DE GARNER
DE LO QUE PUEDE PARECER DE ENTRADA

En opinión de este reseñista, la única posición realmente coherente en relación a la cuestión del aborto es una posición que es al mismo tiempo pro-vida *y* pro-aborto.

Argumento: a día 4 de marzo de 1999, la cuestión de definir la vida humana *in utero* es una controversia recalcitrante. Es decir, dados nuestros mejores conocimientos médicos y filosóficos de qué es lo que hace que alguien sea no solamente un organismo vivo sino también una persona, no hay forma de averiguar en qué punto exacto de la gestación un óvulo fertilizado se convierte en ser humano. Este enigma, junto con la seguridad básicamente indiscutible del principio «Cuando haya una duda irresoluble acerca de si algo es humano o no, es mejor no matarlo», me hace pensar que cualquier americano razonable tendría que ser pro-vida. Al mismo tiempo, sin embargo, el principio «Cuando haya una duda irresoluble sobre algo, yo no tengo ni el derecho legal ni el moral a decirle a otra persona qué tiene que hacer al respecto, sobre todo si esa persona siente que él o ella *no* tiene dudas» es una parte irrefutable del pacto democrático que todos los americanos hacemos los unos con los otros, un pacto en el que cada ciudadano adulto tiene derecho a ser un agente moral autónomo; y este principio me hace pensar que cualquier americano razonable tendría que ser pro-aborto.

Este reseñista es por tanto, como ciudadano privado y como agente autónomo, al mismo tiempo pro-vida y pro-aborto. No es una posición que resulte fácil ni cómoda de mantener. Cada vez que alguien que conozco decide abortar me veo obligado a creer simultáneamente que está cometiendo una equivocación y que tiene todo el derecho a hacerlo. Además, por supuesto, tengo al mismo tiempo que creer que una posición pro-vida + pro-aborto es la única que es verdaderamente coherente *y* contener mi impulso de intentar imponer esa posición a otra gente cuyas convicciones ideológicas o religiosas parezca (o me parezca a mí) que van en contra de la razón y muestren (en mi opinión) una posición dogmática chiflada. Esta contención tiene que mantenerse incluso cuando la posición dogmática chiflada de alguien parezca (o me lo parezca a mí) rechazar la misma tolerancia democrática que evita que yo intente imponer mi posición sobre él/ella; y que requiere que yo ni insista ni discuta ni me vengue aun cuando alguien me llame Esbirro de Satanás u Otro Típico Hombre Capullo, una paciencia que representa los verdaderos límites externos y crispantes de mi Espíritu Democrático personal.

Dejando de lado las palabrotas de los chiflados, solamente he encontrado una objeción grave a esta posición pro-vida + pro-aborto. Pero es una objeción poderosa. No tiene que ver con mi posición *per se*, pero sí con ciertas cosas de mí, la persona que la ha desarrollado y mantenido. Si esto les resulta a ustedes al mismo tiempo turbio y extremadamente remoto de todo lo que tiene que ver con el uso del inglés americano, yo les prometo que más adelante se volverá casi atrozmente claro y relevante.

La revolución descriptivista es un poco larga de explicar, pero merece la pena hacerlo. El rechazo que la lingüística estructuralista lleva a cabo de las normas de uso convencionales se basa en dos tipos de argumentos. El primero es académico y metodológico. En esta era de tecnología, afirman algunos descriptivistas, es el método científico –clínicamente objetivo, despojado de valores, basado en la observación directa y en las hipótesis demostrables– el que tendría que determinar tanto el contenido de los diccionarios como los estándares del inglés «correcto». Debido a que el lenguaje nunca para de evolucionar, esos es-

tándares siempre van a ser fluidos. La ya clásica introducción que hace Philip Gove al *Webster's Third* traza los cinco edictos básicos de este tipo de descriptivismo: «1. El lenguaje cambia continuamente; 2. El cambio es normal; 3. La lengua que se habla *es* la lengua; 4. La corrección se basa en el uso; 5. Todo uso es relativo».

Estos principios a primera vista parecen bien: sencillos, sensatos y formulados en la insulsa prosa sujeto-verbo-objeto de la ciencia desapasionada. Pero en realidad son vagos y confusos y uno tarda unos tres segundos en pensar réplicas razonables a casa uno de ellos, véase:

1. Vale, pero ¿cuánto y a qué ritmo?

2. Lo mismo. ¿Es el flujo heracliteano tan normal o deseable como el cambio gradual? ¿Acaso hay cambios que sirven mejor que otros al dinamismo global del idioma? ¿Y cuánta gente tiene que desviarse de cuántas convenciones antes de que digamos que el lenguaje ha cambiado realmente? ¿Un diez por ciento? ¿Dónde se traza la línea divisoria? ¿Y quién la traza?

3. Esta es una vieja afirmación, que por lo menos se remonta al *Fedro* de Platón. Y es engañosa. Si Derrida y los famosos deconstructivistas han hecho alguna cosa, ha sido desbancar con éxito la idea de que el habla es la instancia primaria del lenguaje.[27] Además, consideren ustedes la extraña arrogancia de que hace gala el punto 3 de Gove en relación con la corrección. Solamente los normativistas más parecidos a mulás se preocupan del inglés hablado; la mayoría de las guías de uso normativas tratan del inglés estándar *escrito*.[28]

27. (Véase lo que se dice sobre el «Pharmakon» en *La diseminación* de Derrida, aunque probablemente lo mejor que pueden hacer es confiar en mí.)

28. Al inglés escrito estándar (IEE) a veces se lo llama inglés estándar (IE) o inglés culto, pero el énfasis en la escritura es el mismo. Véase por ejemplo la definición que da *The Little, Brown Handbook* del inglés estándar como «el inglés que normalmente usan los lectores y escritores cultos y que se espera de ellos».

SEMI-INTERPOLACIÓN

Mencionemos también que el prefacio de Garner caracteriza explícitamente al público al que se dirige su diccionario como «escritores y editores». Y hasta los

4. Vale, pero ¿el uso de quién? El punto 4 de Gove pide a gritos la pregunta. Lo que él quiere sugerir ahí, creo, es una inversión de la tradicional relación de implicación que hay entre normas abstractas y uso concreto: en lugar de que el uso se corresponda de forma ideal con un conjunto rígido de reglas, las reglas son las que deberían corresponder a la forma en que la gente real usa en la realidad el lenguaje. Nuevamente, vale, pero ¿qué gente? ¿Los latinos urbanos? ¿Los brahmanes de Boston? ¿Los campesinos del Medio Oeste? ¿Los neogaélicos de los Apalaches?

5. *¿Eh?* Si esto quiere decir lo que parece que quiere decir, entonces a todo el argumento de Gove le termina saliendo el tiro por la culata. El principio 5 parece implicar que la respuesta correcta a la pregunta anterior de «¿qué gente?» es: todo el mundo. Y es fácil mostrar por qué esto no se sostiene como principio lexicográfico. El problema más obvio que presenta es que no todo puede entrar en El Diccionario. ¿Por qué no? Bueno, pues porque no se puede observar y registrar hasta el último fragmento del «comportamiento lingüístico» del último hablante nativo, y aunque se pudiera, el diccionario resultante pesaría dos mil toneladas y habría que actualizarlo a cada hora.[29] Lo cierto es que cualquier lexicógrafo va a tener que tomar decisiones sobre lo que entra y lo que no. Y esas decisiones se basan en... ¿qué? Así que volvemos a estar donde empezamos.

Es verdad que, en calidad de SNOOT, tengo una predisposición natural a buscar defectos en el argumento metodológico

---

anuncios del *ADMAU* que han publicado recientemente órganos como el *New York Review of Books* están construidos en torno al eslogan: «Si le gusta ESCRIBIR... Acuda a nosotros».*

* (Este reseñista SNOOT no puede evitar observar en que en este anuncio la «a» inicial de «acuda» no debería ir en mayúsculas después de una cláusula dependiente seguida de elipsis. *Quandoque bonus dormitat Homerus.*)

29. De acuerdo, se podría hacer un megadiccionario a tiempo real que lo compilara todo en Internet, aunque haría falta un pequeño ejército de webmasters léxicos y un ejército mucho más grande de reporteros *in situ* que registraran el uso real y de técnicos en seguimiento. Además, saldría caro a una escala equiparable al Producto Nacional Bruto (...y además, ¿qué sentido tendría?).

de Gove y sus colegas. Pero es que estos defectos siguen pareciendo pasmosamente fáciles de encontrar. Probablemente el mayor de ellos es que la «lexicografía científica» de los descriptivistas –dentro de la cual, recuerden, el diccionario inglés ideal es básicamente pura contabilidad: observar de alguna forma todos los actos lingüísticos de todos los hablantes nativos/nacionalizados del idioma inglés y meter la suma de todos estos actos entre dos cubiertas y llamarlo El Diccionario– implica una noción increíblemente tosca y anticuada de lo que significa «científico». Requiere una fe ingenua en la objetividad de la ciencia, para empezar. Hasta en las ciencias físicas, todo lo que va de la mecánica cuántica a la teoría de la información ha demostrado que un acto de observación es en sí mismo parte del fenómeno observado y resulta analíticamente inseparable del mismo.

Si recuerdan ustedes sus antiguas clases de inglés en la universidad, hay una analogía aquí que señala los líos en que se meten los académicos cuando confunden observación con interpretación. Se trata de los Nuevos Críticos.[30] Recuerden su fe en que había que concebir la crítica literaria como tarea «científica»: el crítico era un observador muy bien formado, neutral, meticuloso e imparcial cuya tarea era encontrar y describir de forma objetiva significados que estaban allí, literalmente dentro de las obras literarias. El que ustedes sepan o no lo que le pasó a la reputación de la Nueva Crítica depende de si estudiaron ustedes inglés en la universidad más o menos después de 1975; baste decir que su estrella se ha apagado. Los Nuevos Críticos tenían el mismo problema básico que los descriptivistas metodológicos de Gove: creían que existía la observación imparcial. Y que los significados lingüísticos podían existir «objetivamente», separados de todo acto interpretativo.

El sentido de la analogía es que las alegaciones de objetividad en el estudio del lenguaje ahora son tema de bromas y escalo-

30. La expresión «Nueva Crítica» se refiere a T.S. Eliot y a I.A. Richards y a F.R. Leavis y a Cleanth Brooks y a Wimsatt & Beardsley y toda la escuela de Lectura Atenta autotélica que dominó la crítica literaria desde los años treinta hasta bien entrada la década de 1970.

fríos. Los supuestos positivistas que subyacen al descriptivismo metodológico han sido completamente refutados y desplazados –en literatura por el auge del postestructuralismo, la crítica basada en la respuesta lectora y la teoría de la recepción jaussiana, y en lingüística por el auge de la pragmática– y ahora está más o menos universalmente aceptado que *a*) el significado es inseparable de alguna clase de acto interpretativo y *b*) que los actos interpretativos siempre son parciales, es decir, influidos por la ideología particular del intérprete. Y la consecuencia de *a*) + *b*) es que no hay forma de evitarlo: las decisiones sobre lo que se mete en El Diccionario y lo que se deja fuera van a estar basadas en la ideología del lexicógrafo. Y todos los lexicógrafos tienen la suya. Suponer que la creación de diccionarios puede de alguna forma evitar o trascender la ideología no es más que suscribir una ideología en concreto, una que puede llamarse de forma apta Positivismo Increíblemente Ingenuo.

Hay una equivocación todavía más importante que los descriptivistas cometen cuando piensan que el método científico desarrollado para usarse en la química y la física es igualmente apropiado para estudiar el lenguaje. Esta equivocación no depende de cosas como la incertidumbre cuántica ni ninguna clase de relativismo posmoderno. Aunque a modo de experimento mental asumiéramos una especie de realismo científico decimonónico –en el cual, por mucho que las interpretaciones que hacen algunos científicos de los fenómenos naturales puedan ser tendenciosas,[31] podemos suponer que los fenómenos naturales en sí mismos existen de forma completamente independiente tanto de la observación como de la interpretación–, sigue siendo cierto que no se puede hacer ninguna suposición realista de ese calibre acerca de la «conducta lingüística», porque dicha conducta es al mismo tiempo *humana* y fundamentalmente *normativa*.

Para entender por qué esto es importante solamente hay que aceptar la proposición de que el lenguaje es por su misma natu-

31. («INVESTIGADORES DEL INSTITUTO DEL TABACO REFUTAN LAS PRUEBAS DE RELACIÓN CON EL CÁNCER.»)

raleza público –es decir, que no existe un lenguaje privado–[32] y luego observar la forma en que los descriptivistas parecen desconocer este hecho o bien no prestar atención a sus consecuencias, como en el caso de la introducción que hace un tal doctor Charles Fries a un epígono del *Webster's Third* llamado *The American College Dictionary*:

32. Esta proposición es de hecho cierta, tal como se demuestra interpolativamente más abajo, y aunque la demostración es persuasiva también es, tal como pueden ver ustedes por el tamaño de esta nota al pie, extensa y compleja y más bien, hum, densa, así que una vez más tal vez les convenga más a ustedes aceptar sin más la verdad de la proposición y seguir avanzando con el texto principal.

DEMOSTRACIÓN INTERPOLATIVA DEL HECHO DE QUE NO EXISTE UN LENGUAJE PRIVADO

A veces resulta tentador imaginar que puede existir un lenguaje privado. Muchos de nosotros tenemos tendencia a filosofar, sin ser expertos en la materia, sobre la extraña privacidad de nuestros estados mentales, por ejemplo. Y a partir del hecho de que cuando me duele la rodilla yo soy el único que lo siente es tentador sacar la conclusión de que para mí la palabra «dolor» tiene un significado interno subjetivo que solamente puedo entender yo. Esta línea de pensamiento se parece al terror que siente el fumador adolescente de marihuana a que su experiencia interior sea al mismo tiempo privada y no verificable, un síndrome que se conoce técnicamente como Solipsismo Cannábico. Mientras come galletas Chips Ahoy! y sigue con mucha atención un campeonato de golf por la tele, al fumador adolescente de marihuana se le ocurre la posibilidad aterradora de que, p. ej., lo que él percibe como el color verde y lo que el resto de la gente llama «color verde» puedan de hecho no ser la misma experiencia de color en absoluto: el hecho de que tanto él como otra persona digan que son verdes los carriles del campo de golf de Pebble Beach y la luz verde de un semáforo parece garantizar únicamente que existe una consistencia semejante en sus experiencias de los colores de los carriles de los campos de golf y de las luces verdes de los semáforos, no que la cualidad subjetiva real de esas experiencias de color sea la misma. Podría ser que lo que el fumador ad. de marihuana experimenta como verde lo experimenten todos los demás como azul, y que lo que «queremos decir» con la palabra «azul» sea lo que «quiere decir» él cuando dice «verde», etcétera, etcétera, hasta que toda la línea de pensamiento se vuelve tan controvertida y agotadora que el f. a. de m. termina repantingado bajo un manto de migas de galleta y paralizado en su sillón.

Lo que quiero decir con esto es que la idea de un lenguaje privado, igual que la idea de los colores privados y todas las demás presunciones solipsistas que este mismo reseñista ha sufrido en varias ocasiones, es al mismo tiempo producto de una ilusión y demostrablemente falsa.

En el caso del lenguaje privado, la ilusión suele basarse en la creencia de que palabras como «dolor» o «árbol» tienen el significado que tienen porque de alguna forma están «conectadas» a una sensación que tengo en la rodilla o a la imagen

Un diccionario puede ser una «autoridad» solamente en el sentido en que puede serlo un libro de química o física o de botánica: gracias a la precisión y la exhaustividad del registro que lleva a cabo de los datos observados en el campo a examen, de acuerdo con los más recientes principios y técnicas de esa ciencia en particular.

---

de un árbol que tengo en la cabeza. Pero tal como demostró el señor L. Wittgenstein con sus *Investigaciones filosóficas* en la década de 1950, la verdad es que las palabras tienen los significados que tienen debido a ciertas normas y pruebas de verificación que se nos imponen desde fuera de nuestras propias subjetividades, es decir, que nos impone la comunidad dentro de la cual tenemos que salir adelante y comunicarnos con otra gente. El argumento de Wittgenstein se centra en el hecho de que una palabra como «árbol» significa lo que significa para mí debido a la forma en que la comunidad de la que formo parte ha acordado tácitamente usar la palabra «árbol». Lo que hace que esta observación sea tan poderosa es que Wittgenstein es capaz de demostrar que es cierta incluso si uno es un fumador adolescente y airado de marihuana convencido de que le resulta imposible verificar que lo que él quiere decir con «árbol» es lo que cualquier otra persona quiere decir con «árbol». El argumento de Wittgenstein es muy técnico pero viene a ser más o menos como sigue:

1. Una palabra no tiene otro significado que la forma en que se usa en la práctica, y aun en el caso de que

2. «La cuestión de si mi uso de la lengua está acorde con el de los demás la he dejado de lado por imposible»,* aun así,

3. La única forma en que se puede usar una palabra con sentido, aun para uno mismo, es usarla «correctamente», y

4. Aquí *correctamente* quiere decir «de forma coherente con mi propia definición» (es decir, que si uso «árbol» una vez para referirme a un árbol y la siguiente vez cambio de idea y uso «árbol» para referirme a una pelota de golf y luego la vez siguiente la uso a lo tonto para referirme a cierta marca de galletas multinacionales altas en calorías, etcétera, entonces, incluso en mi pequeño universo solipsista, «árbol» ha dejado en realidad de tener significado), pero

5. El criterio de la coherencia con mi propia definición solamente se puede satisfacer si existen ciertas normas que sean independientes de cualquier usuario individual del lenguaje (es decir, en este caso, de mí). Sin la existencia de esas normas externas, no hay diferencia entre la declaración «Estoy usando de hecho la palabra «árbol» de forma coherente con mi propia definición» y la declaración «Simplemente me da la impresión de que estoy usando la palabra «árbol» de forma coherente con mi propia definición». La forma básica que tiene Wittgenstein de explicarlo es:

> ¿Cómo se puede decidir ahora si he usado la palabra [definida en privado] de forma coherente? ¿Cuál será la diferencia entre que yo la haya usado de forma coherente y el hecho de que simplemente me lo *parezca*? ¿O acaso ha desaparecido esta distinción? [...] Si ha desaparecido la distinción entre

Esto es una tontería tan grande que prácticamente babea. Un texto de física dotado de «autoridad» presenta los resultados de las observaciones de los *físicos* y de las teorías que los *físicos* desarrollan sobre esas observaciones. Si un libro de texto de física funcionara de acuerdo con principios descriptivistas, el

---

«correcto» y «parece correcto», entonces también ha desaparecido el concepto *correcto*. De aquí se deriva que las «normas» de mi lenguaje privado solamente son *impresiones* de normas. El que yo tenga la impresión de que cumplo una norma no quiere decir que la cumpla, a menos que haya algo que demuestre que mi impresión es correcta. «Y ese algo no puede ser otra impresión: porque entonces sería como si alguien fuera a comprar varios ejemplares del periódico matinal para asegurarse de que es cierto lo que dice.»

El paso 5 es el decisivo. El paso 5 es lo que muestra que hasta si el adolescente ensimismado decide que él tiene su propia definición privada de «árbol», él mismo no puede inventar las «normas de coherencia» mediante las cuales confirma que está usando «árbol» de la forma en que él lo ha definido en privado: es decir, «La prueba de que estoy cumpliendo una norma tiene que apelar a algo *independiente* de mi impresión de que lo estoy».

Si están pensando ustedes que todo esto resulta no solo horrorosamente abstracto sino también irrelevante para las Guerras del Uso de la Lengua o para cualquier cosa que a ustedes les interese en lo más mínimo, yo sostengo que están ustedes equivocados. Si los sentidos de las palabras y las expresiones dependen de normas transpersonales y estas normas dependen del consenso de la comunidad,** entonces el lenguaje no solo no es privado sino que es irreductiblemente *público*, *político* e *ideológico*. Esto quiere decir que las preguntas relacionadas con nuestro consenso nacional sobre la gramática y el uso están en realidad conectadas hasta con la última cuestión social que conforma la América del milenio: clase, raza, sexo, moralidad, tolerancia, pluralismo, cohesión, igualdad, justicia, dinero: lo que ustedes quieran.

Y si admiten aunque sea de forma provisional que el significado es el uso y que el lenguaje es público y que la comunicación es imposible sin consenso y normas, entonces verán que el argumento descriptivista queda expuesto a la objeción de que su meta última –el abandono de las normas y convenciones «artificiales» del lenguaje– haría que el mismo lenguaje fuera imposible. Imposible al nivel de Génesis 11, 1-10, una Babel literal. Tiene que haber *algunas* normas y convenciones, ¿no? Tenemos que estar de acuerdo en que «árbol» tiene una *o* y no una *u* y que denota una cosa grande de madera con ramas y no una cosa pequeña de plástico con hoyitos y en la que pone TITLEIST, ¿verdad? ¿Y acaso este acuerdo no será automáticamente «artificial», ya que son seres humanos los que lo están haciendo? En cuanto uno acepta que por lo menos algunas convenciones artificiales son necesarias, entonces se puede llegar a las preguntas realmente duras e interesantes: ¿cuáles son las convenciones necesarias? ¿Y cuándo? ¿Y dónde? ¿Y quién es el que decide? ¿Y de dónde viene su autoridad para hacerlo?

hecho de que hubiera americanos que creyeran que la electricidad fluye mejor de bajada (basándose en el hecho observado de que los cables eléctricos suelen estar más altos que las casas a las que sirven) requeriría que en ese libro de texto se incluyera la Hipótesis de la Electricidad Fluye Mejor de Bajada como teoría «válida»; del mismo modo que, para el doctor Fries, si algunos americanos usan la palabra *infer* en lugar de *imply* o *aspect* en lugar de *perspective*, esos usos se convierten *ipso facto* en partes «válidas» del lenguaje. La verdad es que los lingüistas estructuralistas como Gove y Fries no son científicos en absoluto. Son encuestadores que malinterpretan la importancia de los «datos» que están registrando. Lo que están observando y poniendo en tablas no son fenómenos científicos, sino más bien un conjunto de conductas humanas, y muchas conductas humanas son –para ser toscos– imbéciles. Intenten, por ejemplo, imaginar un libro de texto de ética dotado de «autoridad» cuyos principios se basaran en lo que hace en la práctica la mayoría de la gente.

Y como estas son las mismas preguntas que el equipo de Gove cree que la Ciencia Desapasionada puede trascender, su argumento parece culpable tanto de *petitio principii* como de *ignoratio elenchi*, y se puede rechazar de plano en gran medida.

* Debido a que la prosa de las *Investigaciones* es extremadamente gnómica y opaca y consiste en su mayor parte en Wittgenstein teniendo extraños diálogos imaginarios consigo mismo, las citas de aquí son en realidad del parafraseado definitivo que ha llevado a cabo Norman Malcolm del argumento de L.W., una paráfrasis en la que el doctor Malcolm usa comillas simples para marcas de tono y comillas dobles para cuando está citando literalmente a Wittgenstein: lo cual, cuando soy yo el que está citando a Malcolm citando las marcas de tono de Wittgenstein, genera un irritante exceso de comillas, es cierto; pero usar la exégesis de Malcolm permite que esta demostración interpolativa sea un sesenta por ciento más corta de lo que sería si tuviera que lidiar directamente con Wittgenstein.

** Hay todo un argumento en defensa de esto, pero ya pueden ver de forma intuitiva que tiene sentido: si las normas no pueden ser subjetivas, y si no están «ahí fuera» flotando libres en una especie de hiperrealidad metafísica (una hiperrealidad flotante en la que ustedes pueden creer si lo desean, pero sepan que a la gente que cree en esa clase de cosas les suelen obligar a tomar medicación), entonces la única opción verosímil que queda es el consenso de la comunidad.

Resulta que la gramática y las convenciones de uso se parecen mucho más a principios éticos que a teorías científicas. La razón por la cual los descriptivistas no pueden ver esto es la misma razón por la que eligen contemplar el idioma inglés como la suma de todo lo que se dice en inglés: porque confunden simples regularidades con *normas*.

Las normas no son lo mismo que las reglas, aunque se parecen. Una norma puede definirse aquí simplemente como algo que la gente ha acordado que es la forma óptima de hacer ciertas cosas con ciertos propósitos. Tengamos en mente que el lenguaje no ha cobrado existencia porque nuestros peludos antepasados estuvieran sentados en el páramo sin nada mejor que hacer. El lenguaje se inventó para servir a ciertos propósitos muy específicos: «Esa seta es venenosa»; «Entrechoca estas dos piedras y podrás hacer un fuego»; «¡Este refugio es mío!», etcétera. Está claro que, a medida que el tiempo pasa y las comunidades lingüísticas evolucionan, descubren que hay formas de usar el lenguaje que son mejores que otras: no mejores *a priori*, sino mejores con relación a los propósitos de la comunidad. Si damos por sentado que uno de esos propósitos puede ser comunicar qué clases de comida se pueden comer sin peligro, entonces veremos cómo, por ejemplo, un modificador mal puesto podría violar una norma importante: «La gente que come esa seta a menudo se pone enferma» deja al receptor del mensaje sin saber si se va a poner enfermo solamente si come la seta con frecuencia o si tiene muchos números de ponerse enfermo la primera vez que la coma. En otras palabras, la comunidad fungifágica tiene un interés práctico personal en excluir esa clase de modificador mal puesto del uso aceptable. Y dados los propósitos para los que la comunidad usa el lenguaje, el hecho de que cierto porcentaje de individuos tribales la cague y use modificadores mal colocados para hablar de los peligros de la comida no hace *eo ipso* que los modificadores mal puestos sean una buena idea.

Tal vez ahora esté más clara la analogía entre uso de la lengua y ética. Solamente porque a veces la gente mienta, engañe al fisco o les grite a los niños, no quiere decir que la gente crea que

esas cosas están «bien».[33] El sentido mismo de establecer normas es ayudarnos a evaluar nuestras acciones (incluyendo lo que hablamos) en arreglo a lo que como comunidad hemos decidido que son nuestros verdaderos intereses y propósitos. Cierto, este análisis es demasiado simplista; en la práctica cuesta horrores llegar a asumir normas y hacer que sigan siendo por lo menos mínimamente justas, o a veces incluso mostrarse de acuerdo en cuáles son (véanse por ejemplo, las actuales Guerras Culturales). Pero la suposición descriptivista de que todas las normas de uso son arbitrarias y dispensables conduce a... bueno, cómanse una seta.

Las diferentes connotaciones de *arbitrario* aquí son engañosas, sin embargo: y eso sirve de transición a la segunda clase principal de argumento descriptivista. En cierto sentido las convenciones lingüísticas específicas son realmente arbitrarias. Por ejemplo, no hay ninguna razón metafísica en particular para que la palabra con que designamos a un mamífero de cuatro patas que da leche y muge sea *cow* y no, por ejemplo, *prtlmpf*. El término sofisticado para llamar a esto es «la arbitrariedad del signo lingüístico»,[34] y se usa, junto con ciertos principios de ciencia cognitiva y gramática generativa, en una versión más filosóficamente sofisticada del descriptivismo que considera que

33. De hecho, el razonamiento de los descriptivistas metodológicos es conocido en el terreno de la filosofía social como la falacia del «Bueno, Todo el Mundo Lo Hace»: es decir, que si hay mucha gente que engaña al fisco, eso quiere decir que de alguna forma está bien engañar al fisco. En términos éticos, solamente hacen falta dos o tres pasos deductivos para ir de ahí hasta el Estado Salvaje en el que todo el mundo golpea a todo el mundo en la cabeza y le roba la compra.

34. Esta expresión se atribuye a Ferdinand de Saussure, el filólogo suizo que más o menos inventó la moderna lingüística técnica, al separar el estudio del lenguaje como sistema formal abstracto de los énfasis históricos y comparativos de la filología del siglo XIX. No hace falta decir que a los descriptivistas les cae *muy bien* Saussure. Baste decir que tienen tendencia a leerlo mal y a sacarlo de contexto y a distorsionar sus teorías de toda clase de maneras embarazosas. P. ej., «la arbitrariedad del signo lingüístico» de la que habla Saussure significa algo distinto y mucho más complicado que «Los hablantes ingleses no tienen ninguna necesidad suprema de decir *cow*». (De forma similar, la distinción que establece la lingüística estructuralista entre «conducta lingüística» y «lenguaje» se basa en una mala lectura simplista de la distinción que lleva a cabo Saussure entre *parole* y *langue*.)

las convenciones del inglés estándar escrito se parecen más a las sutilezas de la moda que a normas de verdad. A este «descriptivismo filosófico» no le importan mucho ni los diccionarios ni los métodos; su objetivo es la afirmación SNOOT estándar de que las reglas preceptivas tienen su justificación última en la necesidad que tiene la comunidad de hacer que su lenguaje sea significativo y claro.

La obra *The Language Instinct* (1994) de Steven Pinker es un ejemplo bueno y bastante culto de esta segunda clase de argumento descriptivista, que, igual que la versión de Gove y los demás, suele emplear un tono parecido al de las series de filminas para clases de secundaria tipo «LA CIENCIA: SEÑALANDO EL CAMINO A UN MAÑANA MÁS LUMINOSO»:

> Las palabras «regla» y «gramática» significan cosas muy distintas para un científico y para una persona de la calle. Las reglas que la gente aprende (o que más bien no aprende) en la escuela se llaman reglas «normativas», que prescriben cómo uno *tendría que hablar*. Los científicos que estudian el lenguaje proponen reglas «descriptivas», que describen cómo la gente *habla en realidad*. La gramática normativa y la gramática descriptiva son simplemente cosas distintas.[35]

Lo importante en esta versión del descriptivismo es mostrar que las reglas descriptivas son más fundamentales y mucho más importantes que las reglas normativas. El argumento es como sigue. Que una frase en inglés sea *significativa* no equivale a que sea *gramatical*. O sea, construcciones que están claramente mal formadas como «Did you seen the car keys of me?» [«¿Has viste las llaves del mi coche?»] o «The show was looked by many people» [«El programa lo mirado mucho gente»] son a pesar de todo comprensibles; las frases comunican más o menos la informa-

35. (Si esta última línea del *pourparler* de Pinker les recuerda a lo que dice Garner de que «En esencia, los descriptivistas y los normativistas están abordando problemas distintos», sepan ustedes que esta similaridad no se debe ni a la coincidencia ni a un plagio. Uno de los muchos signos de astucia que tiene el prefacio del *ADMAU* es que a Garner le gusta coger fragmentos de retórica descriptivista y usarlos con fines muy distintos.)

ción que están intentando transmitir. Si a esto se le añade el hecho de que nadie que no sufra daños cerebrales graves tipo libro de Oliver Sacks comete nunca esta clase de errores sintéticos graves,[36] entonces uno ya tiene la proposición básica de la gramática generativa de N. Chomsky, que es que existe una Gramática Universal por debajo de todos los idiomas y común a todos ellos, además de que probablemente haya una parte del cerebro humano donde se encuentre grabada esa Gramática Universal de la misma forma que los cerebros de los pájaros tienen grabado Vuela Al Sur y los de los perros tienen grabado Huele Genitales. Existe toda clase de pruebas y argumentos convincentes que apoyan estas ideas, entre las cuales destacan los avances que han podido llevar a cabo con ellas los lingüistas y los científicos cognitivos y los investigadores en el campo de la inteligencia artificial, y sus teorías tienen mucha credibilidad, y son las que aducen los descriptivistas filosóficos para mostrar que como las reglas realmente *importantes* del lenguaje ya están incorporadas en el neocórtex de la gente al nacer, las normas del inglés estándar escrito contra los participios colgados o las metáforas mixtas son básicamente el equivalente lingüístico a los corsés de ballena o los tenedores cortos para la ensalada. Tal como dice Steven Pinker: «Cuando un científico considera toda la maquinaria mental de alta tecnología que hace falta para poner palabras en orden y formar sentencias cotidianas, las reglas normativas son, en el mejor de los casos, decoraciones inconsecuentes».

Este argumento no es el tonel lleno de truchas drogadas que era el descriptivismo metodológico, pero sigue siendo vulnerable a objeciones. La primera es fácil. Aunque sea cierto que estamos todos conectados a una gramática universal, de ahí no se deriva que *todas* las reglas normativas son superfluas. Algunas de estas reglas parecen realmente estar al servicio de la claridad y la precisión. La prohibición de los adverbios de doble sentido

36. Pinker lo explica así: «A nadie, ni siquiera a una chica del valle, le tienen que decir que no diga "Apples the eat boy" ["Manzanas el come niño"] ni "The child seems sleeping" ["El niño parece durmiendo"] ni "Who did you meet John and?" ["¿A quién conociste a John y?"] ni ninguna otra de los millones de trillones de posibles combinaciones matemáticas de palabras».

(«La gente que come esto a menudo se pone enferma») es un ejemplo obvio, igual que las reglas sobre otras clases de modificadores mal puestos («Está mal decir que la gente miente, y a veces con mala fe») y sobre la proximidad de los pronombres relativos a los sustantivos que modifican («Es la madre de una niña pequeña que trabaja doce horas al día»).

De acuerdo, el descriptivista filosófico puede cuestionarse cómo de absolutamente necesarias son estas reglas: es bastante probable que el destinatario de frases como las de más arriba pueda averiguar lo que significan a partir de las frases que vienen antes y después o del contexto general o de lo que sea.[37] Por lo general, los oyentes también pueden averiguar qué quiero decir en realidad cuando uso mal *infer* en lugar de *imply* o cuando digo *indicate* en lugar de *say*. Pero muchos de estos solecismos –o incluso meras redundancias torpes como «La puerta era de forma rectangular»– requieren por lo menos un par de nanosegundos extra de esfuerzo cognitivo, una especie de rápido proceso de tamizar y descartar, antes de que el destinatario lo entienda. Trabajo extra. No está claro de cuánto trabajo extra se trata, pero parece indiscutible que añadimos *cierta* carga interpretativa sobre el oyente cuando no respetamos ciertas convenciones. En relación con oraciones confusas como las citadas más arriba, parece simplemente más «considerado» seguir las reglas del inglés correcto... igual que es más «considerado» limpiar la casa antes de que vengan visitas o cepillarse los dientes antes de pasar a recoger a alguien para una cita. No solamente más considerado sino también más *respetuoso*: tanto hacia tu oyente/lector como hacia lo que estás intentando comunicar. Como a veces también decimos sobre los elementos de la moda y la etiqueta, la forma en que uno usa el inglés «ya es una declaración en sí misma» o «manda un mensaje», por mucho que esas declaraciones/mensajes a menudo no tengan nada que ver con la información que uno está intentando comunicar.

37. (Para información de ustedes, resulta que existe toda una subdisciplina de la lingüística que se llama pragmática y que esencialmente estudia cómo los distintos contextos crean los significados de las afirmaciones.)

Hemos acabado llegando inadvertidamente a una réplica más seria al descriptivismo filosófico: del hecho de que la comunicación lingüística no dependa estrictamente del uso y de la gramática *no* se deriva necesariamente que las reglas tradicionales del uso y de la gramática no sean más que «decoraciones inconsecuentes». Otra forma de postular esta objeción es que el hecho de que algo sea «decorativo» no lo hace necesariamente «inconsecuente». En términos retóricos, el rechazo burlón que lleva a cabo Pinker es muy mala táctica, porque deja en el aire exactamente la pregunta que está pidiendo a gritos: ¿inconsecuente *para quién*?

Una cuestión que aquí resulta crucial es que el parecido entre las reglas de uso y la etiqueta de la moda es más estrecho de lo que los descriptivistas filosóficos saben y mucho más importante de lo que sospechan. Tomen, por ejemplo, la afirmación descriptivista de que usos supuestamente correctos del inglés como *brought* en vez de *brung* y *felt* en vez de *feeled* son arbitrarios y restrictivos e injustos y solo se apoyan en la costumbre y son (como los verbos irregulares en general) arcaicos e incómodos y, en general, un coñazo. Admitamos provisionalmente que esas afirmaciones son cien por cien razonables. Y entonces hablemos de pantalones. Pantalones de vestir, pantalones de sport. Yo les sugiero a ustedes que el hecho de que la supuesta prenda subtorácica correcta para los hombres americanos sean los pantalones y no las faldas es arbitrario (muchas otras culturas permiten llevar faldas a los hombres), restrictivo e injusto (a las mujeres americanas se les permite llevar tanto pantalones como faldas), y que se basa únicamente en una costumbre arcaica (creo que tiene que ver con ciertas tradiciones sobre el género y la posición de las piernas, por las mismas razones que las mujeres se suponía que tenían que cabalgar a mujeriegas y las bicicletas de chica no tienen barra), y en ciertos sentidos no solamente incómoda sino también carente de lógica (las faldas son más cómodas que los pantalones;[38] los pantalones se suben; los pantalones dan calor; los pantalones pueden estrujar los genita-

38. (me imagino)

les y reducir la fertilidad; con el tiempo los pantalones rozan y erosionan secciones irregulares del vello de las piernas de los hombres y les dan a los hombres mayores esas asquerosas piernas semidesnudas; etcétera, etcétera). Pongamos por caso –aunque sea como mero experimento mental– que las que acabo de hacer son objeciones sensatas e interesantes a los pantalones como norma androsartorial. De hecho, digamos sí con nuestras mentes y nuestros corazones a la falda, la falda escocesa, la toga, el sarong, la falda plisada. Soñemos con, o incluso en nuestro tiempo libre trabajemos por, una América donde nadie trace normas suntuarias y arbitrarias para nadie y donde todos podamos ir tan cómodos y aireados y libres de roces y mótiles como queramos.

Y aun así nos encontramos con que en la amplia cultura de masas de la América del milenio, los hombres no llevan falda. Si usted, lector, es un hombre americano, y aunque usted comparta mis objeciones personales a los pantalones y sueñe igual que yo con un Mañana Americano fresco y que no estruje los genitales, aun así sigue habiendo un 99,9% de posibilidades de que en un 100% de situaciones públicas usted lleve pantalones/pantalones de sport/pantalones cortos/bañador de hombre. Y más en concreto, si es usted un hombre americano y tiene un hijo varón americano, y si resulta que ese hijo acude a usted una tarde cualquiera y le anuncia su deseo/intención de llevar falda en lugar de pantalones a la escuela al día siguiente, estoy cien por cien seguro de que va usted a disuadirle de que lo haga. De que lo va a disuadir *con firmeza*. No importa que sea usted un radical antipantalones que tira cócteles molotov o un fabricante de faldas escocesas o el mismo doctor Steven Pinker: va usted a ponerse serio con su niño y a ser normativo sobre una prenda de ropa arbitraria, arcaica, incómoda e inconsecuentemente decorativa. ¿Y por qué? Bueno, pues porque en la América moderna a cualquier niño que vaya al colegio en falda (aunque sea, por decir algo, una recatada falda de entretiempo hasta la rodilla) lo van a mirar todos y le van a hacer el vacío y le van a atizar y lo va a llamar monstruito un montón de gente cuya aprobación y cuya aceptación son importan-

tes para él.[39] En nuestra cultura actual, en otras palabras, un niño que lleve falda está «haciendo una declaración» que va a tener toda clase de consecuencias emocionales y sociales atroces para él.

Ya se imaginan ustedes adónde va esto a parar. Voy a describir el argumento al que va encaminado la analogía de los pantalones en unos términos que estoy seguro de que serán simplistas: sin duda hay libros enteros sobre pragmática o psicolingüística o algo parecido que se dedican a desarrollar dicho argumento. Lo más extraño del caso es que nunca he visto que ni los descriptivistas ni los SNOOT lo empleen en sus Guerras.[40, 41]

Cuando digo o escribo algo, hay de hecho muchísimas cosas distintas que estoy comunicando. El contenido proposicional (es decir, la información verbal que estoy intentando transmitir) no es más que una parte. Otra parte la componen cosas sobre mí, sobre el comunicador. Esto lo sabe todo el mundo. Es una función del hecho de que existen mil formas de decir la misma cosa básica, desde por ejemplo: «¡Me ha atacado un oso!» hasta «¡El puto oso casi me mata!» hasta «¡Ese coloso ursino ha hecho un intento de cenarse mi persona!», etcétera. Añadan a eso la consideración saussuriana/chomskiana de que muchas frases mal

39. En el caso del pequeño Steven Pinker junior, esa gente son los compañeros del niño y sus maestros y las personas que detienen el tráfico para que los niños crucen la calle. En el caso de los adultos travestidos y drag queens que tienen trabajos en el mundo de la gente convencional y van a esos trabajos con pantalones, son los jefes y los compañeros de trabajo y los clientes y la gente del metro. Para el vago de campeonato que aun así lleva abrigo y corbata al trabajo, es sobre todo su jefe, que no quiere que la ropa de sus empleados transmita a los clientes «el mensaje equivocado». Pero en el fondo es todo lo mismo.

40. Ni siquiera Garner lo menciona apenas, solamente una vez en el miniensayo que su diccionario incluye sobre DISTINCIONES DE CLASE: «Muchos batacazos lingüísticos se pueden ver como indicadores de clase, hasta en una sociedad supuestamente sin clases como la de Estados Unidos». Y cuando Bryan Garner usa un verbo impersonal torpón como «se pueden ver» para distanciarse a sí mismo de alguna cuestión, es obvio que hay algo en el aire.

41. De hecho, prácticamente la única vez que se oye mencionar la cuestión de forma totalmente explícita es cuando la radio anuncia esas cintas que prometen mejorar el vocabulario de la gente. Dichos anuncios tienden a ser extremadamente ominosos e intimidatorios y siempre empiezan diciendo: «¿SABÍA USTED QUE LA GENTE LO JUZGA POR LAS PALABRAS QUE USA?».

construidas gramaticalmente también pueden transmitir el contenido proposicional –«¡Oso ataca a Tonto, Tonto mucho asustado!»– y el número de opciones subliminales que estamos examinando / organizando / interpretando cuando nos comunicamos los unos con los otros enseguida se vuelve transfinito. Y los distintos niveles de dicción y de formalidad son únicamente los tipos más sencillos de distinción; las cosas se complican mucho más en los tipos de comunicación interpersonal en que entran en juego las relaciones sociales y los sentimientos y estados de ánimo. He aquí un ejemplo familiar. Supongan que ustedes y yo nos conocemos y que estamos en mi apartamento teniendo una conversación y que en un momento dado yo quiero terminar la conversación y que se marchen ustedes de mi apartamento. Un momento social muy delicado. Piensen en todas las formas distintas en que yo puedo intentar manejarlo: «Hala, mira qué hora es»; «¿Podemos seguir con esto en otro momento?»; «¿Puedes irte ya, por favor?»; «Vete»; «Largo de aquí»; «Que te vayas, joder»; «¿No decías que tenías que ir a alguna parte?»; «Hora de ponerse en camino, amigo»; «Hora de irte, cariño»; o ese viejo sutil finalizador de conversaciones telefónicas: «Bueno, ya no te entretengo más»; etcétera, etcétera[n]. Y luego piensen en todos los factores e implicaciones distintos de cada opción.[42]

Lo que quiero decir aquí es obvio. Se trata de un fenómeno que los SNOOT promueven a ciegas y que los descriptivistas subestiman gravemente y que los temibles anuncios de cintas de

42. Para ser sincero, este ejemplo tiene una resonancia especial para este reseñista porque en la vida real siempre parece que me cuesta terminar las conversaciones o pedirle a alguien que se marche, y a veces el momento se vuelve tan delicado y tan cargado de complejidad social que me quedo abrumado intentando poner en orden todas las distintas formas posibles de decirlo y todas las implicaciones distintas de cada opción y termino quedándome en blanco y tomando la directa sin más –«Quiero terminar esta conversación y no tenerte más en mi apartamento»–, lo cual como es obvio me hace quedar como alguien completamente cortante y maleducado o bien como si fuera semiautista y no tuviera ni idea de cómo terminar una conversación con elegancia. De alguna forma, en otras palabras, el que yo reduzca mi declaración a su contenido proposicional desnudo «transmite un mensaje» que a su vez es examinado, tamizado, interpretado y juzgado por mi oyente, que a veces ya no vuelve nunca más. La verdad es que he perdido amigos de esta manera.

vocabulario tratan de explotar. Que las personas realmente se juzgan las unas a las otras por su uso del lenguaje. Constantemente. Por supuesto, la gente está constantemente juzgándose los unos a los otros basándose en toda clase de cosas –altura, peso, olor, fisionomía, acento, ocupación, marca del vehículo–,[43] y de nuevo no hay duda de que todo es terriblemente complicado y ocupa a batallones enteros de sociolingüistas. Pero está claro que por lo menos un componente de todo este enjuiciamiento semántico interpersonal tiene que ver con la *aceptación*, con lo cual no me refiero a ninguna clase de afirmación emocional sensiblera, sino a la verdadera aceptación o rechazo al intento que hace alguien de ser considerado uno más, de hacerse miembro de un colectivo o comunidad o grupo ajenos. Otra forma de llegar a todo esto es reconocer algo que en las Guerras del Uso de la Lengua solamente se menciona en términos abstractos: que el uso «correcto» del inglés es, en términos prácticos, una función de con quién estés hablando y de cómo quieres que ese alguien reaccione: no solamente a tu forma de hablar sino también a *ti*. En otras palabras, una gran parte del proyecto de cualquier comunicación es retórica y depende de lo que algunos académicos especializados en el tema llaman «audiencia» o «comunidad de discurso».[44] Es la existencia actual en Estados Unidos de un número enorme de distintas comunidades de discurso, más el hecho de que tanto el uso que hace la gente del inglés como su interpretación del uso ajeno están influidos por presupuestos retóricos, lo que resulta central para entender por qué las Guerras del Uso de la Lengua están tan cargadas políticamente y para apreciar por qué el *ADMAU* de Bryan Garner es tan totalmente ambiguo y brillante y moderno.

43. (... por no mencionar el color, el género, la etnia: ya ven cómo de cargado y crispado se va a poner esto)

44. «Comunidad de discurso» es un raro ejemplo de término de jerga académica que constituye un añadido valioso al inglés estándar escrito porque capta algo que es al mismo tiempo muy complejo y muy específico como ningún otro término de la lengua inglesa.*

* (Esto que acabo de escribir, aunque cierto, es un intento obvio de adelantarse a los resoplidos de burla/gestos de dolor que pueda provocar en los lectores el uso continuo del término en este artículo.)

Dato: el inglés americano tiene toda clase de dialectos culturales/geográficos: el inglés negro, el inglés latino, el sureño rural, el sureño urbano, el estándar del alto Medio Oeste, el yanqui de Maine, el bayou del este de Texas, el inglés obrero de Boston, etcétera. Esto lo sabe todo el mundo. Lo que no todo el mundo sabe –sobre todo ciertos normativistas– es que muchos de estos dialectos alejados del IEE tienen sus propias gramáticas muy desarrolladas y altamente coherentes, y que algunas normas de uso de estos dialectos tienen en realidad más sentido lingüístico/estético que sus equivalentes en el inglés estándar.* Además, por supuesto, también existen innumerables sub- y subsubdialectos,[45] basados en toda clase de cosas que no tienen nada que ver con la ubicación ni con la etnia –el Inglés de Facultad de Medicina, el Inglés de los Chicos de Doce Años cuya Visión del Mundo Está Profundamente Influida por *South Park*– y que resultan casi incomprensibles para cualquiera que no esté dentro de esa muy cerrada y específica comunidad de discurso (lo cual por supuesto forma parte de su función).[46]

* INTERPOLACIÓN
EJEMPLO DE APARIENCIA POTENCIALMENTE DESCRIPTIVISTA DE ALGUNAS VENTAJAS GRAMATICALES DE UN DIALECTO NO ESTÁNDAR QUE ESTE RESEÑISTA CONOCE DE PRIMERA MANO

Resulta que yo tengo dos dialectos nativos del inglés: el inglés escrito estándar de mis padres hipercultos y el inglés rural del Medio Oeste que la mayoría de mis amigos ha ganado con el sudor de su frente. Cuando hablo con gente del campo del Medio Oes-

45. No está claro cómo de diminuto y restringido puede ser un subdialecto y aun así conservar el nombre de subdialecto; puede que haya definiciones lingüísticas muy firmes de lo que es un dialecto y lo que es un subdialecto y lo que es un subsub-, etcétera. Como yo no sé mucho del tema, y apuesto a que ustedes tampoco, voy a usar el término «subdialecto» de una forma vaga y no concluyente que abarque idiolectos tan particulares como el de los Habitantes de Peoria Que Siguen Fielmente la Lucha Libre Profesional o el de los Genetistas Especializados en Equilibrio de Hardy-Weinberg. Probablemente el término *dialecto* habría que reservarlo para los grandes grupos como el inglés negro estándar y demás.

46. (Además, es cierto que el hecho de que algo se llame «subdialecto» o «jerga» parece depender de cuánto moleste a le gente que no pertenece a su co-

te, suelo usar construcciones como «Where's it at?» en lugar de «Where is it?» y a veces «He don't» en vez de «He doesn't». Parte de esto es un deseo desnudo de encajar y no ser rechazado por empollón o marica (véase más adelante). Pero también está el hecho de que yo, sea o no SNOOT, creo que esos modismos del Medio Oeste rural son en cierta forma superiores a sus equivalentes estándar.

Para un normativista dogmático, «Where's it at?» es una frase doblemente condenada, ya que no solamente termina en preposición, sino que además su preposición final forma una redundancia con *where* que es similar a la redundancia que hay en «the reason is because» [«la razón es porque»] (un uso este que admito que me hace clavarme las uñas en las palmas de las manos). Réplica: en primer lugar, la norma de evitar preposiciones finales se la inventó un tal padre R. Lowth, predicador británico del siglo XVIII y pedante redomado que hizo cosas como gastar veintenas de páginas discutiendo a favor de *hath* por encima de esa moda degenerada que era *has*. La regla de e.p.f. es anticuada y estúpida y solamente los SNOOT más ayatoloides se la toman en serio. El propio Garner dice que la regla está «acartonada» y cita toda clase de construcciones útiles como «a person I have great respect for» y «the man I was listening to» que tendríamos que descartar o distorsionar si quisiéramos cumplir esa norma.

Además, la aparente redundancia de «Where's it at?»[47] es compensada por su lógica métrica: lo que la palabra *at* hace realmente es legitimar la contracción de *is* después del adverbio interrogativo. No se puede decir «Where's it?», así que hay que elegir entre «Where is it?» y «Where's it at?», y la segunda opción, un fuerte anapesto, es más bonita y traba la lengua mejor que «Where is it?», cuyo metro es en todo caso un torpe pie monosilábico seguido de un troqueo.

---

munidad de discurso. El propio Garner tiene minimensayos sobre el AVIONÉS, el INFORMALÉS, el LEGALÉS y el BUROCRATÉS, y más o menos a todos los llama jergas. El *ADMAU* no contiene ensayos sobre DIALECTOS, pero sí hay uno sobre JERGA, en el que Garner se refrena tanto que casi se oye cómo se le tensan los tendones, véase si no: «[La jerga] nace del deseo de ahorrar tiempo y espacio, y a veces de ocultarle los significados a la gente de fuera del grupo».)

47. (una redundancia que es un poco arbitraria, ya que «Where's it from?» no es redundante [sobre todo porque la palabra *whence* ha quedado relegada a la condición de semiarcaismo])

Usar «He don't» me hace sentir un poco más incómodo. Admito que su lógica no me resulta tan atractiva. Con todo, una tendencia clara en la evolución del inglés de su forma media a su forma moderna ha sido la regularización gradual de los tiempos presentes de sus verbos irregulares,[48] una tendencia justificada por el hecho de que los verbos irregulares cuestan de aprender y de decir bien y no tienen nada que los justifique más que la historia. Según este razonamiento, el inglés negro estándar está en la vanguardia del inglés con su abandono de la tercera persona del presente de los verbos *to do* y *to go* y *to say* y con sus maravillosamente aerodinámicas seis inflexiones idénticas del presente de *to be*. (Cierto, la conjugación «he be» siempre me suena rara, pero es que el inglés negro estándar no es uno de mis dialectos.)

Este es probablemente el lugar indicado para que este reseñista SNOOT admita abiertamente que cierto número de reglas normativas tradicionales en realidad son estúpidas, y que la gente que insiste en ellas (como el legendario ayudante de Margaret Thatcher que se negaba a leer cualquier nota interna que tuviera un infinitivo partido, o el profesor de instituto que yo tuve que te bajaba la nota automáticamente si empezabas una frase con *hopefully*) son la clase más despreciable y peligrosa de SNOOT, el SNOOT Que Se Equivoca. La prohibición de los infinitivos partidos, por ejemplo, es consecuencia del extraño hecho de que la gramática inglesa está modelada a partir del latín pese a que el latín es un idioma sintético y el inglés es un idioma analítico.[49] Los infinitivos en latín solamente tienen una palabra y es imposible partirlos, por decirlo de alguna forma, y los primeros normativistas del inglés –tan fascinados con el latín que sus guías de uso del inglés estaban *escritas* en latín–[50] decidieron que tampoco había que partir los infinitivos en inglés. El mismo Garner aborda la regla de los i.p. en sus miniensayos INFINITIVOS PARTIDOS y SU-

48. P. ej.: durante mucho tiempo, el inglés tuvo una conjugación especial para la segunda persona del presente –«thou lovest», «thou sayest»– que ahora solamente sobrevive en ciertos tiempos del pasado (y en el presente de *to be*, donde consiste simplemente en darle inflexión plural a la segunda persona).

49. Los idiomas sintéticos usan las inflexiones gramaticales para dictar la sintaxis, mientras que los idiomas analíticos usan el orden de las palabras. El latín, el alemán y el ruso son sintéticos; el inglés y el chino son analíticos.

50. (Véase por ejemplo *De Recta et Emendata Linguae Anglicae Scriptione Dialogus* de sir Thomas Smith, de 1568, un libro capaz de atrofiar el córtex cerebral.)

PERSTICIONES.[51] Y *hopefully* al principio de una frase, como cierto alumno descarado de octavo señaló una vez en clase (pagando por ello un gran coste social), en realidad funciona no como auxiliar modal mal colocado ni como adverbio de modo al estilo de *quickly* o *angrily*, sino como proposición adverbial (es decir, como una clase especial de «reflexivo velado» que indica la actitud del hablante hacia el estado de las cosas descrito por el resto de la frase: algunos ejemplos de proposiciones adverbiales perfectamente válidas son *clearly*, *basically*, *luckily*), y solo los SNOOT educados en los muy pedantes años transcurridos entre 1940 y 1960 prohíben a ciegas estas proposiciones o las usan para bajar la nota.

Los casos de los infinitivos partidos y de *hopefully* son de hecho recitados a menudo por los descriptivistas dogmáticos como prueba de que todas las reglas de uso del IEE son arbitrarias y estúpidas (lo cual vendría a ser un poco como señalar a Pat Buchanan como prueba de que todos los republicanos son unos maníacos). Para información de ustedes, Garner rechaza también la proscripción inconsciente de *hopefully*, aunque a regañadientes, diciendo que «la batalla está perdida» e incluyendo el adverbio en su miniensayo sobre TÉRMINOS VAPULEADOS, que es como él llama a los usos de la lengua que son «objeto de fuerte controversia [...] y es probable que usarlos distraiga a algunos lectores». (Garner también señala algo en que yo no me había fijado, que es que *hopefully*, si está mal colocado o mal puntuado en el cuerpo de una oración, puede crear algunas de las mismas ambigüedades de sentido que otros adverbios, como p. ej: «I will borrow your book and hopefully read it soon» [«Te cogeré prestado el libro y con suerte lo leeré pronto»].)

51. Nótese, sin embargo, que lo hace con sensatez. Algunos infinitivos partidos son realmente cutres y difíciles de identificar, sobre todo cuando hay muchas palabras entre la partícula *to* y el verbo («We will attempt to swiftly and to the best of our ability respond to these charges»), y a estos Garner los llama «muy partidos» y los censura con sensatez. Su veredicto global sobre los infinitivos partidos –que es que algunos son «perfectamente apropiados» mientras que otros son dudosos y otros dan directamente mala espina, y que ningún decreto general, pulcro y dogmático puede abarcar todos los casos de i.p., y que por tanto «saber cuándo se puede partir un infinitivo requiere buen oído y un ojo certero»– es un buen ejemplo de cómo Garner distingue las objeciones descriptivistas sensatas y útiles de las objeciones dogmáticas y chifladas y luego incorpora las objeciones sensatas al seno de un normativismo más inteligente y flexible.

Seamos conscientes de ello o no, la mayoría de nosotros dominamos más de uno de los principales dialectos del inglés y varios subdialectos y por lo menos tenemos un conocimiento pasable de otros muchos. El dialecto que uno elige usar, por supuesto, depende de a quién se está dirigiendo. Para ser más concreto, sostengo que el dialecto que uno use depende principalmente de a qué clase de grupo pertenezca el oyente y de si uno desea presentarse como un miembro más de ese grupo. Un ejemplo obvio es que la clase alta tradicional inglesa presenta ciertas diferencias dialectales respecto a la clase baja inglesa y que las escuelas solían tener cursos de elocución cuya única razón de ser era enseñar a la gente a hablar al estilo de la clase alta. Pero el uso como mecanismo de inclusión abarca muchas más cuestiones que la clase social. Prueben otra clase de experimento mental: un puñado de adolescentes americanos con ropa que les queda varias tallas grande están sentados juntos en un local de comida rápida del centro comercial local e imaginen que un hombre de cincuenta y tres años con los carrillos colgantes, el pelo peinado por encima de la calva y ropa que es de su talla se les acerca y les dice que los estaba calando y que le parecen una basca que mola/que tienen un rollito guapo y les pregunta si está guay que se apalanque un rato con ellos en su mesa. La reacción de los chavales va a ser o bien de burla o bien de vergüenza hacia el tipo, o más probablemente una mezcla de ambas cosas. Pregunta: ¿por qué? O bien imaginen que un par de jóvenes negros urbanos de la línea dura están hablando entre ellos y yo, que hablo como una persona blanca y lo soy en todos los sentidos, me acerco a ellos y los saludo con un «Yo» y me dirijo a uno de ellos o a ambos como «brother» y les pregunto «s'up, s'goin' on», pronunciando *on* con ese diptongo *ōō̄-ŏ* neoyorquino que el inglés de los jóvenes negros urbanos usa en vez de la *o* del estándar. O bien esos tipos van a creer que me estoy burlando de ellos y se van a ofender o bien van a creer simplemente que me he vuelto loco. No hay ninguna otra reacción previsible. Pregunta: ¿por qué?

He aquí el porqué: un dialecto del inglés se aprende y se usa bien porque es tu vernáculo nativo o bien porque es el dialecto

de un grupo en el que quieres (con cierto grado de verosimilitud) ser aceptado. Y aunque es uno de los principales y de los que tienen una importancia más vital, el IEE es solamente un dialecto. Y nunca es, o por lo menos casi nunca,[52] el único dialecto de nadie. Esto se debe a que hay –tal como ustedes saben y yo sé y nadie parece mencionar nunca en las Guerras del Uso de la Lengua– situaciones en las que el IEE *no* es el dialecto apropiado.

La infancia está llena de situaciones así. Esta es una razón por la cual los SNOOTitos suelen pasarlo tan mal socialmente en la escuela. Un SNOOTito es un niño que domina de forma brutal y precoz el IEE (y es a menudo, recuerden, vástago de SNOOT). Suele haber un SNOOTito en cada aula, así que sé que ustedes los han visto: se trata de esos niños de entre seis y doce años que usan la palabra *whom* correctamente y cuya reacción a fallar tres bateos seguidos y ser eliminados en el béisbol infantil es gritar: «¡Qué contrariedad tan incalculable!». El SNOOTito de escuela primaria es una de las más tempranas especies imaginables de empollonoides y es debidamente despreciado por sus compañeros y alabado por sus profesores. Estos profesores no suelen ser conscientes de las increíbles cantidades de castigos que el SNOOTito está recibiendo de sus compañeros de clase, y si lo son lo que hacen es culpar a los compañeros de clase y negar tristemente con la cabeza al ver la arbitrariedad y la crueldad de que son capaces los niños.

Los profesores que hacen esto son tontos. La verdad es que el castigo que le infligen los compañeros al SNOOTito no es arbitrario en absoluto. Hay cosas importantes en juego. Los niños de la escuela están aprendiendo sobre los procesos de inclusión en el grupo y exclusión del grupo y sobre las recompensas y castigos respectivos de ambos y sobre el uso del dialecto y la sintaxis y la jerga como señales de afinidad y exclusión. Están aprendiendo sobre las comunidades de discurso. Los niños aprenden estas cosas no en clase de lengua y literatura ni de ciencias sociales, sino

52. (Es cierto que resulta difícil imaginar a William F. Buckley usando o tal vez siendo siquiera consciente de la existencia de nada que no sea el IEE.)

en el patio y el autobús y a la hora del almuerzo. Cuando sus compañeros están haciéndole el vacío al SNOOTito o practicándole monstruosos tirones de los calzoncillos entre cuatro o bien inmovilizándolo sobre el suelo y turnándose para escupirle, lo que está teniendo lugar es un profundo aprendizaje. Todo el mundo está aprendiendo excepto el pequeño SNOOT:[53] de hecho, el SNOOTito está siendo castigado precisamente porque *no* aprende. Y su profesor de lengua y literatura –cuya educación primaria valora la «facilidad lingüística» como una

53. INTERPOLACIÓN AMATEUR
SOBRE DESARROLLO SOCIOLINGÜÍSTICO N.º 1

Resulta que el SNOOTito es una parte indispensable de la educación en el patio de los demás niños. La escuela y los compañeros son los primeros instrumentos de socialización del niño fuera de la familia. Al aprender sobre grupos y tectónica de grupos, los niños están aprendiendo de forma natural que la identidad de un grupo depende en igual grado tanto de la exclusión como de la inclusión. Están, en otras palabras, empezando a aprender sobre el Nosotros y el Ellos, y sobre el hecho de que todo Nosotros necesita siempre un Ellos porque ser no-Ellos es esencial para ser Nosotros. Debido a que son niños pequeños y están en la escuela, el Ellos más obvio son los profesores y todos los valores y accesorios del mundo de los profesores.* Este Ellos-profesoral ayuda a los niños a ver cómo se empieza a ser un Nosotros, pero el SNOOTito completa el rompecabezas proporcionando una especie de eslabón perdido: él es el traidor, el Nosotros que en realidad no es Nosotros sino *Ellos*. El SNOOTito, que al principio parece ser uno de nosotros porque al igual que nosotros mide ochenta centímetros y tiene mocos en la nariz y come plastilina, sin embargo habla un IEE erudito que señala que es miembro no del Nosotros sino del Ellos, lo cual, como el Nosotros se define en tanto que no-Ellos, equivale a un rechazo del Nosotros que es también una *traición* al Nosotros precisamente porque el SNOOTito es un niño, o sea, uno de Nosotros.

A lo que voy: el SNOOTito les está enseñando a sus compañeros que los criterios para ser miembro del Nosotros no son únicamente la edad, la altura, la ingestión de plastilina, etcétera, que de hecho el Nosotros es principalmente un estado mental y un conjunto de sensibilidades. Una ideología. El SNOOTito también les está enseñando a los niños que el Nosotros tiene que estar *extremadamente alerta* sobre las personas que tal vez de entrada parezcan ser Nosotros pero que en verdad *no* son Nosotros y tal vez necesiten ser identificados y excluidos *de inmediato*. El SNOOTito no es la única clase de niño que puede ejercer de traidor: el Favorito del Maestro, el Chivato, el Pelota y el Niño de Mamá también pueden servir bastante bien… así como los Incapaces y los Deformes y los Gordos y los niños Con Problemas En General, ayudan todos a los nacientes grupos de Nosotros convencionales a refinar sus criterios de inclusión y exclusión.

de las «habilidades sociales» que aseguran «la relación de comunicación con los compañeros adecuada para el desarrollo»[54] de los niños, pero que no toma o no puede tomar en consideración la posibilidad de que la facilidad lingüística abarque nada más que el lapidario IEE– es incapaz de ver que su querido SNOOTito en realidad es *deficiente* en lengua y literatura. Solamente tiene un dialecto. No puede alterar su vocabulario, su uso de la lengua ni su gramática, no puede usar jerga ni ser vulgar; y son estas habilidades las que se requieren para establecer una «relación de comunicación con los compañeros», lo cual no es más que un término académico pijo para describir el hecho de ser aceptado por el segundo grupo más importante en la vida del niño.[55] Si está lo bastante subyugado por sus maestros y esos maestros son lo bastante ignorantes, al SNOOTito le puede costar años y cantidades increíbles de tortura apren-

---

En estas toscas y fluidas formaciones de pensamiento grupal ideológico reside la verdadera socialización de los niños americanos. Todos aprendemos muy temprano que la comunidad y la comunidad de discurso son la misma cosa, y que es una cosa temible. Eso ayuda a saber de dónde venimos Nosotros.

* (Además, como el Ellos-profesoral consta de castigadores/recompensadores altos y severos, estos se convierten en representaciones de todos los adultos, y –de una forma sombría e incipiente– de los Padres, cuyo cambio gradual de componentes del Nosotros a definidores del Ellos es probablemente el mayor ajuste ideológico de la infancia.)

54. (Los profesores de educación primaria hablan realmente de esta forma.)

55. INTERPOLACIÓN AMATEUR
SOBRE DESARROLLO SOCIOLINGÜÍSTICO N.º 2

Y para cuando el SNOOTito llega a la adolescencia, este ya habrá suplantado a la familia para convertirse en el grupo *más* importante. Y será un grupo que dependerá para su definición de un rechazo a la Autoridad tradicional.* Y debido a que es el dialecto reconocido de la sociedad adulta convencional, no hay mejor símbolo de la Autoridad tradicional que el IEE. No es accidental que la adolescencia sea el momento en que la jerga y el código y los subdialectos de los subdialectos explotan a sus anchas y los padres empiezan a quejarse de que apenas pueden entender lo que están diciendo sus hijos. Y las letras de canciones gramaticalmente incorrectas como «I can't get no / Satisfaction» no son accidentales ni tampoco ninguna clase de triste comentario sobre el sistema educativo británico. Jagger y compañía no son estúpidos; son rétores, y conocen a su público.

* (Es decir, el Ellos que hasta ahora han sido los profesores/padres se convierte en el Sistema, la Sociedad. El Ellos se convierte en el ELLOS.)

der que uno necesita más de un dialecto para progresar en la escuela.

Este reseñista reconoce que parece haber ciertas, ejem, cosas personales que aquí se están desenterrando y sacando a colación;[56] con todo, son cosas que vienen a cuento. Lo que quiero decir es que el pequeño SNOOTito que saca todo sobresalientes está en realidad en la misma posición dialectal que el niño «tonto» de la clase que no puede aprender a dejar de usar *ain't* o *bringed*. Exactamente en la misma posición. A uno lo castigan en la clase, al otro en el patio, pero los dos son deficientes en la misma habilidad lingüística, es decir, en la capacidad de moverse entre varios dialectos y niveles de «corrección», la capacidad para comunicarse de una forma con los compañeros y de otra con la familia y de otra con los entrenadores de béisbol infantil, etcétera. La mayoría de esos ajustes dialectales se hacen por debajo del nivel de lo consciente, y nuestra capacidad de hacerlos parece en parte psicológica y en parte otra cosa –tal vez algo incorporado a la misma placa madre que la Gramática Universal– y la verdad es que esta habilidad es un indicador mucho mejor del «CI verbal» puro de un niño que el resultado de un examen o las notas, ya que las clases de lengua inglesa hacen mucho más para retrasar el talento dialectal que para cultivarlo.

EJEMPLO DE CÓMO LOS CONCEPTOS DE RETÓRICA Y DIALECTO E INCLUSIÓN EN UN GRUPO PUEDE AYUDAR A ENTENDER ALGUNAS DE LAS BATALLAS CONSTITUYENTES DE LAS GUERRAS DEL USO DE LA LENGUA

Dato bien conocido: ni en el temario K-12 ni en los cursos universitarios de lengua inglesa se enseñan ya la gramática ni el uso sistemáticos del IEE. Ya hace más de veinte años que es así, y el

56. (La historia de ir con falda a la escuela, sin embargo, no era nada personal, para que lo sepan.)

fenómeno pone furiosos a los normativistas. Es una de las grandes cosas que citan como prueba del asesinato gradual del idioma inglés que está llevando a cabo América. Los descriptivistas y los especialistas en enseñanza del inglés contraatacan diciendo que la gramática y el uso del inglés se han abandonado porque la investigación científica ha demostrado que estudiar las convenciones del IEE no ayuda a que los niños escriban mejor.[57] Cada bando del debate tiende a contemplar al otro como mentalmente enfermo y/o cegado por la ideología. Ninguno de los bandos parece haber nunca tenido en cuenta que tal vez la *forma* en que se enseñaba tradicionalmente el IEE normativo tuviera algo que ver con su inutilidad.

Por «forma» aquí me refiero no tanto al método en sí como al espíritu o la actitud. La mayoría de los profesores tradicionales de gramática inglesa, por supuesto, han sido SNOOT dogmáticos, y como la mayoría de dogmáticos han tenido una actitud extremadamente estúpida acerca de la retórica que usaban y del público al que se dirigían. Me refiero específicamente al hecho de que esos profesores[58] presuponen que el IEE es el único dialecto apropiado del inglés y que las únicas razones por las que alguien no puede ver esto son la ignorancia o la amencia o los defectos graves del carácter. Como retórica, esta clase de actitud solo funciona en forma de sermón a los conversos, como pedagogía es desastrosa, y en términos de enseñar a escribir resulta especialmente perjudicial porque comete exactamente el error que todas las clases de redacción de primer año se pasan el semestre entero intentando evitar que cometan los niños: el error de *dar por sentado* el mismo acuerdo con la audiencia que en realidad tienen la obligación retórica de

57. Hay un corpus respetable de investigaciones en el campo de la enseñanza del inglés que respalda esta afirmación, las más famosas de las cuales son los estudios de Harris, Bateman-Zidonis y Mellon en la década de 1960.

58. Siguen quedando algunos, por lo menos aquí en el Medio Oeste. Ya los conocen ustedes: sin labios, vestidos con ropa de tweed y con pinta de cangrejos: viejas solteronas de ambos géneros. Si a ustedes les tocó uno (como me tocó a mí en 1976-1977), seguro que los recuerdan.

ganarse.[59] La realidad es que un estudiante americano medio va a tomarse la molestia de dominar las difíciles convenciones del IEE solamente si ve al grupo relevante o comunidad de discurso del IEE como algo de lo que quiere formar parte. Y en ausencia de cualquier clase de argumento por el cual el grupo del IEE correcto sea bueno o deseable (un argumento que, recuerden, el profesor tradicional no ha dado, porque es un SNOOT tan dogmático que no ve necesidad de hacerlo), el alumno va a quedar reducido a evaluar la deseabilidad del grupo del IEE basándose únicamente en el único miembro obvio

59. INTERPOLATIVO PERO RELEVANTE, AUNQUE SOLO SEA PORQUE ESTO TRATA DE UN ERROR QUE EL *ADMAU* CONSIGUE NO COMETER NI UNA SOLA VEZ

Esta clase de error es más consecuencia de un hábito mental que de ninguna premisa falsa en particular: no es una función de la falacia ni de la ignorancia sino del ensimismamiento. También resulta ser el error más persistente y dañino que comete la mayoría de la gente que escribe en la universidad, y un error tan profundamente arraigado que a menudo hacen falta varios ensayos y conferencias y revisiones para hacerles ver cuál es el problema. Ayudarlos a eliminar el error requiere machacar a los estudiantes de escritura dos grandes mandatos judiciales: 1) No deis por sentado que los lectores os pueden leer la mente; cualquier cosa que queráis que el lector visualice o tenga en cuenta se la tenéis que presentar; 2) No deis por sentado que el lector opina igual que vosotros sobre una experiencia o un tema determinados: vuestro argumento no puede limitarse a dar por ciertas las mismas cosas a favor de las cuales estáis argumentando.

Debido a que 1) y 2) parecen tan simples y obvios, puede sorprenderles a ustedes el enterarse de que en realidad resulta *increíblemente difícil* hacer que los estudiantes los entiendan de forma que los principios pasen a estar en la base de su escritura. La razón de esta dificultad es que, en abstracto, 1) y 2) son ideas intelectuales, mientras que en la práctica son más bien cosas del espíritu. Ambos mandatos requieren del alumno imaginación para concebir al lector como un ser humano distinto y al mismo tiempo empatía para darse cuenta de que esa persona distinta tiene preferencias y confusiones y creencias propias, unas p/c/c que merecen tanta consideración respetuosa como las del propio escritor. Y lo que es más, 1) y 2) requieren de los alumnos humildad para distinguir entre una verdad universal («Las cosas son así, y solamente un idiota no estaría de acuerdo») y algo que es una simple opinión del que escribe («Mis razones para recomendar esto son las siguientes:»). Esta clase de requisitos son también, por supuesto, los elementos del Espíritu Democrático. Por tanto, sostengo que el vetusto tópico «Enseñar a un estudiante a escribir es enseñar al estudiante a pensar» se queda más que corto. Pensar no llega ni para empezar.

de ese grupo con el que se ha encontrado, que no es otro que el mismo profesor SNOOT. ¿Y qué niño pensante medio querría ser parte de un grupo representado por un personaje tan estirado, estrecho de miras, convencido de su superioridad moral, condescendiente y tan poco atrayente como el profesor normativista tradicional?

No estoy intentando sugerir aquí que una pedagogía eficaz del IEE requiriera que los profesores llevaran gafas de sol y llamaran a sus alumnos «colega». Lo que estoy sugiriendo es que la situación retórica de una clase de inglés americano –una clase compuesta en su totalidad por jóvenes cuya identidad de grupo está arraigada en el desafío a los valores del Sistema adulto, y además compuesta parcialmente por minorías cuyos dialectos primarios son distintos del IEE– requiere que el profesor presente argumentos patentes, sinceros y convincentes por los cuales el IEE es un dialecto que merece la pena aprender.

Estos argumentos son difíciles de construir. No difíciles a nivel intelectual, sino emocional y políticamente. Porque son simple y llanamente elitistas.[60] La pura verdad, por supuesto, es que el IEE es el dialecto de la élite americana. Que fue inventado, codificado y promulgado por Hombres WASP Privilegiados y es perpetuado como «estándar» por los mismos. Que es el código propio del Sistema, y que es un instrumento de poder político y divisiones de clase y discriminación racial y toda clase de desigualdades sociales. Estos son temas *delicados*, por decirlo de algún modo, para sacarlos a colación en una clase de inglés, especialmente para ponerlos al servicio de un argumento a favor del inglés escrito estándar, y *extra*-especialmente si uno mismo es un Hombre WASP Privilegiado y al mismo tiempo el profesor y por tanto un símbolo andante del Sistema Adulto. En opinión de este reseñista, sin embargo, tanto a los alumnos como al IEE se les hace un mejor servicio si el profesor hace sus premisas explícitas y el argumento patente. Además de que contribuirá de

60. (O más bien los argumentos requieren que reconozcamos abiertamente el elitismo y hablemos del mismo, mientras que la pedagogía de un SNOOT dogmático tradicional es meramente elitismo en acción.)

forma obvia a su credibilidad retórica el hecho de que el profesor se presente a sí mismo como defensor de la utilidad del IEE y no como una especie de profeta de su superioridad innata.

Debido a que el argumento a favor del IEE es a la vez especialmente delicado y (creo yo) especialmente importante en el caso de los alumnos de color, aquí va una versión condensada de la charla que he dado en conferencias privadas[61] con ciertos estudiantes negros que eran *a*) listos e inquisitivos a más no poder y *b*) deficientes en lo que la educación superior americana considera la facilidad para escribir inglés:

> No sé si alguien os ha dicho esto o no, pero cuando estáis en una clase de inglés universitario estáis básicamente estudiando un dialecto extranjero. Este dialecto se llama inglés escrito estándar. [Hay un breve repaso a los principales dialectos americanos en la página 127.] Después de hablar con vosotros y leer vuestras dos primeras redacciones, he llegado a la conclusión de que vuestro dialecto primario es [una de las tres variantes del inglés negro estándar comunes en nuestra región]. Ahora dejadme que os diga algo con mi voz oficial de profesor: el INE que vosotros domináis es distinto del INE en muchos y muy importantes sentidos. Algunas de esas diferencias son gramaticales: por ejemplo, los negativos dobles son válidos en el inglés negro estándar pero no en el IEE, y el INE y el IEE conjugan ciertos verbos de formas completamente distintas. Otras diferencias están más relacionadas con el estilo: por ejemplo, el inglés escrito estándar suele usar muchas más frases subordinadas en la primera parte de las frases, y hace arrancar la mayoría de esas subordinadas iniciales con comas, y según las reglas del IEE, los escritos que no hacen eso suelen resultar entrecortados. Hay toneladas de estas diferencias. ¿Cuántas de estas cosas ya sabéis? [RESPUESTA ESTÁNDAR = alguna variación de «Sé por las notas y comentarios a mis redacciones que los profesores de inglés de aquí creen que no escribo bien».] Bueno, pues tengo una noticia buena y una mala. Hay algunos profesores de inglés por lo demás inteligentes que no se dan cuenta de que hay dialectos del inglés distintos al IEE, así que cuando están corrigiendo vuestras redacciones se dedican a poner «Conjugación incorrecta» o «Falta

61. (No soy tonto del todo.)

coma» en lugar de «El IEE conjuga este verbo de forma distinta» o «El IEE requiere una coma aquí». Esa es la buena noticia: que no es que escribáis mal, es que no habéis aprendido las reglas especiales del dialecto en que queréis escribir. Tal vez no sea tan buena noticia el que os hayan estado bajando la nota por cometer errores en un lenguaje extranjero que ni siquiera sabíais que era un lenguaje extranjero. El que no os dejen escribir en INE. Tal vez parezca injusto. Si os lo parece, probablemente no os vaya a gustar esta otra noticia: yo tampoco os voy a dejar escribir en INE. Si queréis estudiar vuestro dialecto primario y sus reglas y su historia y en qué se diferencia del IEE, vale: hay libros muy buenos escritos por académicos del inglés negro, y yo os ayudaré a encontrar algunos y hablaremos sobre ellos si queréis. Pero eso tendrá que ser fuera de clase. En clase –en mi clase de inglés– vais a tener que dominar y escribir el inglés escrito estándar, que podríamos llamar también «inglés blanco estándar», porque lo desarrolló gente blanca y lo usa la gente blanca, sobre todo la gente blanca culta y poderosa. [Las REACCIONES a esto son demasiado variadas para generalizar.] Yo os respeto lo bastante aquí como para comunicaros lo que creo que es la verdad sin tapujos. En este país, el IEE se considera el dialecto de la educación y de la inteligencia y del poder y el prestigio, y cualquier persona de cualquier raza, etnia, religión o género que quiera triunfar en la cultura americana tiene que ser capaz de usar el IEE. Así es Como Son Las Cosas. Podéis alegraros de ello o poneros tristes o cabrearos mucho. Podéis pensar que es racista e injusto y decidir aquí mismo que vais a pasar cada minuto de vuestra vida adulta luchando contra ello, y tal vez deberíais, pero os diré una cosa: si alguna vez queréis que la gente escuche esos argumentos y se los tome en serio, vais a tener que comunicarlos en IEE, porque el IEE es el dialecto que nuestro país usa para hablar consigo mismo. Los afroamericanos que han logrado el éxito y la relevancia en la cultura saben esto; es por eso por lo que los discursos de King y de X y de Jackson están en IEE, y que los libros de Morrison y de Angelou y de Baldwin y de Wideman y de Gates y de West están llenos de un IEE que te cagas, y que los jueces y políticos y periodistas y médicos y profesores negros se comunican en IEE. Alguna de esta gente creció en hogares y en comunidades donde el IEE era el dialecto nativo, y esa gente negra lo tuvo mucho más fácil para estudiar, pero los que no crecieron con el IEE se dieron cuenta llegado cierto punto de

que tenían que aprenderlo y ser capaces de escribirlo con fluidez, y eso es lo que hicieron. Y [NOMBRE DE ALUMNO], tú vas a aprender a usarlo, porque yo te voy a obligar.

Tengo que señalar aquí que un par de estudiantes a quienes dije estas cosas se sintieron ofendidos –una de ellos presentó una Queja Formal– y que he tenido más de un colega que ha encontrado mi discurso «poco sensible racialmente». Tal vez ustedes también lo piensen. La humilde opinión de este reseñista es que algunas de las realidades culturales y políticas de la vida americana son en sí mismas poco sensibles racialmente y elitistas y ofensivas e injustas, y que andarse con tiento y dando rodeos a estas realidades con ambigüedades eufemísticas no solo es hipócrita, sino también venenoso para el proyecto de llegar a cambiarlas algún día.

OTRA CLASE DE EJEMPLO RELACIONADO CON LAS GUERRAS DEL USO DE LA LENGUA, ESTE CON ÉNFASIS PARTICULAR EN EL DIALECTO COMO VECTOR DE LA PRESENTACIÓN DE UNO MISMO A TRAVÉS DE LA CORTESÍA[62]

Es tradicional que los normativistas suelan ser conservadores en política y los descriptivistas suelan ser liberales. Pero la influencia más poderosa que hay hoy día sobre las normas del inglés público es en realidad una forma severa y rigurosa de normativismo liberal. Me refiero aquí al inglés políticamente correcto

62. EPÍGRAFES ESPECIALMENTE BUENOS PARA ESTA SECCIÓN

«Los verbos en voz pasiva, en concreto, pueden negar la acción femenina.»
DOCTORA MARILYN SCHWARTZ Y EL COMITÉ DE ACCIÓN POR UN LENGUAJE NO SESGADO DE LA ASOCIACIÓN DE EDITORIALES UNIVERSITARIAS AMERICANAS

«Él levantó la voz de pronto y pidió la cena a gritos. Los criados le respondieron gritando que estaba lista. Querían decir que les gustaría que estuviera lista, y así es como todos lo entendieron, porque nadie se movió.»
E. M. FORSTER

(IPC), según cuyas convenciones los alumnos que suspenden se convierten en alumnos de «alto potencial» y la gente pobre en gente «económicamente desaventajada» y la gente que va en silla de ruedas en gente «con capacidades distintas» y una frase como «El inglés blanco y el inglés negro son distintos, y será mejor que aprendas inglés blanco o no vas a sacar buenas notas» no es franca sino «poco sensible». Aunque es normal hacer chistes sobre el IPC (hablar de la gente fea como «estéticamente desaventajada», etcétera), sepan ustedes que las diversas prescripciones y proscripciones del inglés políticamente correcto han sido tomadas muy *pero que muy* en serio por las universidades y las corporaciones y las organizaciones gubernamentales, cuyos dialectos institucionales ahora evolucionan bajo el escrutinio sombrío de todo un nuevo tipo de Policía del Lenguaje.

Desde una perspectiva determinada, el ascenso del IPC pone de manifiesto una especie de ironía leninista-estalinista. Es decir, los mismos principios que dieron forma a la revolución descriptivista original –a saber, el rechazo de la autoridad tradicional (nacido del Vietnam) y de la desigualdad tradicional (nacido del movimiento por los derechos civiles)– han acabado produciendo un normativismo mucho más inflexible, que no soporta la carga de la tradición ni de la complejidad y que está respaldado por la amenaza de sanciones en el mundo real (despidos, litigios) para aquellos que no obedecen. Esto es gracioso de una forma sombría, tal vez, y es cierto que la mayoría de las críticas al IPC parecen consistir en reírse del hecho de que es una moda o de que es superficial. La opinión personal de este reseñista es que el IPC normativo no es solo tonto sino ideológicamente confuso y dañino para su propia causa.

A continuación doy mis argumentos a favor de esa opinión. El uso de la lengua siempre es político, pero lo es de forma compleja. Con relación, por ejemplo, al cambio político, las convenciones sobre el uso de la lengua pueden funcionar de dos maneras: por un lado pueden ser un *reflejo* del cambio político, y por otro lado pueden ser un *instrumento* del cambio político. Lo importante es que esas dos funciones son distintas y que hay que mantenerlas separadas. Confundirlas –y en concreto, tomar por eficacia

política lo que no es más que un simbolismo político del lenguaje– permite la grotesca convicción de que América deja de ser elitista o injusta simplemente porque los americanos dejan de usar cierto vocabulario que se asocia históricamente con el elitismo y la injusticia. Esta es la falacia central del IPC –que el modo de expresión de una sociedad es lo que produce esas actitudes en lugar de un producto de las mismas–,[63] y por supuesto no es nada más que el reverso del engaño SNOOT y políticamente conservador según el cual los cambios sociales se pueden retrasar restringiendo los cambios en el uso de la lengua estándar.[64]

Pero olviden ustedes la estalinización o los subterfugios de primer curso de lógica. El inglés políticamente correcto encierra una ironía más repulsiva. Que es el hecho de que el IPC afirma ser el dialecto de la reforma progresista pero de hecho –con su colocación orwelliana de los eufemismos de la igualdad social en el lugar de la igualdad social en sí– resulta de mucha más ayuda para los conservadores y para el estado de las cosas en América de lo que han resultado nunca las normas tradicionales de los SNOOT. Si yo, por ejemplo, fuera un conservador político que se opusiera al uso de los impuestos como medio para redistribuir la riqueza nacional, me encantaría ver cómo los progresistas políticamente correctos gastan su tiempo y su energía discutiendo sobre si a una persona pobre hay que llamarla «de ingresos bajos», «económicamente desaventajada» o «pre-próspera» en lugar de construir argumentos públicos eficaces a favor de leyes redistributivas o de elevar los márgenes de las tasas fiscales. (Por no mencionar el hecho de que los códigos estrictos del eufemismo igualitarista sirven para ocultar la clase de discurso doloroso, feo y a veces ofensivo que en una democracia pluralista llevaría a un cambio político verdadero y no a un simple cambio político simbólico. En otras palabras, el IPC actúa como forma de censura, y la censura siempre está al servicio del estado de las cosas.)

63. (Una forma más concisa de decir esto es que la *cortesía* no es lo mismo que la *justicia*.)

64. P. ej., este es el razonamiento que hay detrás de la queja de los normativistas populares de que el uso descuidado representa el Declive de la Civilización Occidental.

En términos prácticos, yo dudo mucho que un tipo que tiene cuatro niños pequeños y gana doce mil dólares al año se sienta más beneficiado o menos maltratado por una sociedad que se refiere cuidadosamente a él como alguien «económicamente desaventajado» en lugar de como alguien «pobre». De hecho, si yo fuera él, probablemente el término en IPC me resultaría insultante: no solo porque sea paternalista (que lo es) sino porque es hipócrita e interesado de una forma para la cual la gente a quien se suele tratar de forma paternalista suele tener unas antenas subliminales bastante buenas. La hipocresía básica de usos como «económicamente desaventajado» o «con capacidades distintas» consiste en que el IPC promueve la creencia en que los beneficiarios de la compasión y la generosidad son los pobres y la gente que va en silla de ruedas, lo cual nuevamente omite algo que todo el mundo sabe pero que nadie salvo el siniestro anunciante de las cintas de vocabulario menciona jamás: que una parte de la motivación de cualquier hablante a la hora de usar cierto vocabulario es siempre el deseo de comunicar cosas sobre sí mismo. Como muchas formas de Usos de Moda,[65] el IPC se usa principalmente para señalar y celebrar ciertas virtudes del que habla –el igualitarismo escrupuloso, la preocupación por

65. *A Dictionary of Modern American Usage* incluye un miniensayo sobre PALABRAS DE MODA, pero es un texto decepcionante en el que Garner hace poco más que dar una lista de PdeM que le molestan y decir que «las palabras de moda resultan tan atractivas para la mente popular que llegan a ser usadas en contextos en los cuales sirven para muy poco». Este es uno de los escasos sitios en el *ADMAU* donde Garner simplemente se equivoca. El verdadero problema es que cada frase funde y equilibra por lo menos dos funciones comunicativas distintas –una es la transmisión de información en estado puro y otra la transmisión de ciertas cosas sobre el que habla–, y el Uso de Moda rompe este equilibrio. Lo que dice Garner de que «sirve para muy poco» es totalmente incorrecto: las palabras de moda sirven *demasiado* al propósito de presentar al que habla de una manera determinada (aunque sea solamente presentarlo como *in* o enterado de las cosas), y la extraña antena subliminal con que la gente capta a los farsantes capta este desequilibrio, y es por eso por lo que a veces hasta a los no-SNOOT les resultan siniestros e irritantes estos Usos de Moda de la lengua. Es el mismo fenómeno que tiene lugar cuando alguien se toma la molestia de ser increíblemente solícito y halagador y amable contigo y al cabo de un rato su amabilidad te empieza a dar mala espina: estás notando que una parte desproporcionadamente grande de los planes de esa persona consiste en intentar presentarse a sí misma como Amable.

la dignidad de toda la gente, la forma sofisticada de ver las implicaciones políticas del lenguaje–, y por tanto está al servicio de los intereses ombliguistas de los PC en lugar de al servicio de ninguna de las personas o grupos a los que se ha cambiado el nombre.*, **

* INTERPOLACIÓN

La desagradable verdad es que la misma hipocresía interesada que hay detrás del IPC tiende a infectar y a socavar la retórica de la izquierda americana en casi todos los debates sobre las políticas sociales. Cojan por ejemplo la batalla ideológica por la redistribución de la riqueza mediante los impuestos, las cuotas, la asistencia social, las zonas empresariales, las Ayudas a las Familias con Hijos Dependientes y las Ayudas Temporales a Familias Necesitadas, lo que ustedes quieran. Mientras la redistribución sea concebida como forma de caridad o de compasión (y la Izquierda Martirológica parece abrazar este concepto exactamente en la misma medida que la Derecha Sin Corazón), entonces todo el debate se centra en la utilidad –«¿Acaso la asistencia social ayuda a los pobres a salir adelante o bien ampara la dependencia pasiva?»; «¿Es la inflada burocracia de los servicios sociales la mejor forma de repartir caridad?», etcétera–, y los dos bandos tienen sus argumentos y sus estadísticas favoritas al respecto, y el rollo continúa y continúa hasta el infinito…

Opinión: el error aquí está en que ambos bandos dan por sentado que los motivos reales para redistribuir la riqueza son caritativos y generosos. El error de los conservadores (si es que es un error) es totalmente conceptual, pero para la izquierda ese presupuesto también es un grave error táctico. Los liberales progresistas parecen incapaces de declarar la verdad obvia: que los que tenemos más dinero tendríamos que estar dispuestos a compartir más de lo que tenemos con los pobres no en beneficio de los pobres sino de nosotros mismos; es decir, tendríamos que compartir lo que tenemos para ser menos cerrados de miras y estar menos asustados y sentirnos menos solos y ser menos egoístas. Nadie parece nunca dispuesto a reconocer en voz alta el profundo *interés propio* que subyace a todos los impulsos encaminados a la igualdad económica: en especial los progresistas americanos, que parecen tan enfrascados en construir una imagen de sí mismos como Extraordinariamente Generosos y Compasivos y Distintos a Esos Con-

servadores Egoístas de Ahí que permiten a los conservadores enmarcar el debate en términos de caridad y utilidad, términos bajo los cuales parece mucho menos obvio que la redistribución sea algo bueno.

Me estoy refiriendo a este ejemplo de una forma tan general y simplista porque ayuda a mostrar por qué esa clase de vanidad izquierdista que hay detrás del IPC es en realidad adversa a las causas de la propia izquierda. Porque al negarse a abandonar la idea de sí mismos como Extraordinariamente Generosos y Compasivos (es decir, como moralmente superiores), los progresistas pierden la oportunidad de enmarcar sus argumentos redistributivos en unos términos que sean al mismo tiempo realistas y de *realpolitik*. Un argumento semejante requeriría un análisis complejo y sofisticado de lo que queremos decir realmente con *interés propio*, sobre todo de las distinciones entre interés propio financiero a corto plazo e interés propio moral o social a más largo plazo. Por el momento, sin embargo, la vanidad de los liberales tiende a conferirles a los conservadores el monopolio de las apelaciones al interés propio, lo cual permite a los conservadores pintar a los progresistas como idealistas utópicos y a sí mismos como pragmatistas con los pies en el suelo y la cabeza en el bolsillo. Resumiendo, el gran error de los izquierdistas aquí no es conceptual ni ideológico sino espiritual y retórico: su apego narcisista a los presupuestos que maximicen su propia apariencia de virtud suele costarles tanto el teatro como la guerra.

** INTERPOLACIÓN
EJEMPLO DE CUESTIÓN ASOCIADA A LOS SNOOT EN VISTA DE CUYA MALIGNIDAD EL ESPÍRITU DEMOCRÁTICO DE ESTE RESEÑISTA DESFALLECE POR COMPLETO, LO RECONOZCO

Esta cuestión es el inglés académico, un cáncer verbal que ya ha metastatizado hasta afectar a la vez a la escritura académica...

> Si semejante cyborg sublime insinúa el futuro como sujeto post-fordiano, sus localizaciones palpablemente masoquistas en tanto que agente extático del superestado sublime necesitan ser decodificadas como el «ADN ahora casi ilegible» del Detroit en rápida industrialización, en tanto que su estrategia robocopiana de negociación carcelaria y control callejero sigue siendo

la incansable estrategia americana de infligir la regeneración mediante la violencia sobre los páramos racialmente heteroglósicos del centro urbano degradado.[66]

...y a una prosa tan generalista como la del *Village Voice*:

> Al verlas por primera vez, las superficies cerebrales distanciadas de los poemas pueden resultar desalentadoras, en su evasión de las localizaciones físicas o los arcos emocionales directos. Pero esta lejanía aparente revela rápidamente una pasión muy real, centrada en la lucha del orador por definir su construcción en progreso de sí mismo.

Tal vez sea una combinación de mi SNOOTitud con el hecho de que termino teniendo que leer mucho del mismo en mi trabajo, pero me temo que contemplo el inglés académico no como una variante dialectal sino como una grotesca degradación del IEE, y lo desprecio todavía más que a las incoherencias envaradas del inglés presidencial («Esta es la mejor y única manera de sacar a la luz, destruir y evitar que Irak reconstruya armas de destrucción masiva») o las declaraciones caóticas del lenguaje de los negocios («Nuestra Misión: buscar proactivamente y proporcionar las habilidades y recursos óptimos de networking que sirvan a las necesidades de sus negocios en crecimiento»); y en apoyo de este desprecio e intolerancia totales cito a una autoridad de la talla del señor G. Orwell, que hace cincuenta años ya tenía calado el IA como una «mezcla de vaguedad e incompetencia pura» en la cual «es normal encontrarse con largos pasajes que carecen casi por completo de significado».[67]

Probablemente esto no baste para explicarlo todo, pero igual que con la hipocresía de moda del IPC, la ininteligibilidad y la

66. Para información de ustedes, este fragmento, que aparece en el miniensayo del *ADMAU* sobre INTELIGIBILIDAD, está sacado de un artículo de 1997 del *Sacramento Bee* que lleva por título: «No Contest: English Professors Are Worst Writers on Campus» [«No hay color: los profesores universitarios de lengua y literatura inglesa escriben peor en la universidad»].

67. Lo escribió en «Politics and the English Usage» [«La política y el uso del inglés»] (1946), un ensayo que pese a su fecha (y a la redundancia básica de su título) sigue siendo el manifiesto SNOOT definitivo sobre la jerga académica. La famosa traducción al IA que Orwell llevó a cabo del maravilloso pasaje del Ecle-

pretenciosidad del inglés académico se pueden atribuir en parte a un trastorno del precario equilibrio retórico que hay entre el lenguaje como vector de significado y el lenguaje como vector del currículum personal del que escribe. En otras palabras, es cuando la vanidad / inseguridad de un académico lo lleva a escribir *primariamente* para comunicar y reforzar su propio estatus como intelectual cuando su inglés queda deformado por el pleonasmo y la dicción pretenciosa (cuya función es señalar la erudición del escritor) y por la abstracción opaca (cuya función es evitar que alguien pueda achacarle al escritor una afirmación precisa que pueda ser refutada o demostrarse que es una tontería). Esta última característica, un nivel de ininteligibilidad que a menudo hace que sea imposible averiguar qué está diciendo en realidad una frase en IA,[67] se parece tanto a las ambigüedades de los políticos y las corporaciones («promoción de los ingresos», «ajustes de plantilla», «reestructuración proactiva en forma de distribución de recursos») que es ten-

---

siastés «Vi bajo el sol que la carrera no estaba decidida» como «La consideración objetiva de los fenómenos contemporáneos impele a la conclusión de que el éxito o el fracaso en las actividades competitivas no muestra ninguna tendencia a ser conmensurable en base a las capacidades innatas, sino que hay que tener en cuenta invariablemente un elemento considerable de impredecibilidad» se la tendrían que tatuar en la muñeca izquierda a todos los estudiantes de posgrado del mundo anglófono.

68. Si todavía creen ustedes que afirmaciones como esta son hipérboles de SNOOT, vean también el ejemplo del doctor Fredric Jameson, autor de *La estética geopolítica* y *La cárcel del lenguaje*, y a quien *The Johns Hopkins Guide to Literary Theory and Criticism* llama «uno de los críticos literarios marxistas contemporáneos más destacados que escriben en inglés». Específicamente, echen un vistazo a la primera frase del libro del doctor Jameson *Signatures of the Visible* (1992):

> Lo visual es *esencialmente* pornográfico, lo cual equivale a decir que su finalidad es la fascinación absorta e inconsciente; pensar en sus atributos se convierte en un adjunto a eso, aunque sea involuntario traicionar a su objeto; mientras que las películas más austeras extraen su energía del intento de reprimir su propio exceso (y no del ingrato esfuerzo de imponerle al espectador una disciplina).

... donde no solo cada una de sus tres frases independientes resulta totalmente ininteligible y está llena de predicados sin sujetos a la vista y de pronombres sin antecedentes claros, sino que resulta imposible ver por ningún lado la conexión que justifica el engarzarlas juntas en el seno de una sola frase larga con puntos y comas.

tador pensar que el verdadero propósito del IA es el ocultamiento y su verdadera motivación el miedo.[69]

Las inseguridades que hay detrás del IPC, el IA y los anuncios de cintas de vocabulario no carecen sin embargo de base. Vivimos en una época lingüísticamente tensa. Échenle la culpa a la incertidumbre heisenbergiana o al relativismo posmoderno, o al auge de la imagen sobre la sustancia, o a la omnipresencia de la publicidad, o a lo que quieran: vivimos en una época de preocupación terrible por la presentación y la interpretación, una época en que las relaciones entre quien uno es y lo que cree y cómo se «expresa a sí mismo»[70] se han convertido en un flujo importantísimo. En términos retóricos, ciertas distinciones que venían de lejos entre la Apelación Ética, la Apelación Lógica (=la verosimilitud o solidez de un argumento, de *logos*) y la Apelación Patética (= el impacto emocional de un argumento, de *pathos*) se han desmoronado en gran medida: o mejor dicho, los distintos tipos de Apelaciones ahora se afectan y se dejan afectar los unos por los otros de formas que hacen que sea casi imposible desarrollar un argumento únicamente con la «razón».

Una ilustración nítidamente concreta de esto tiene que ver con la Queja Formal que cierta estudiante de licenciatura negra

---

Por favor, sepan ustedes *a*) que la frase citada ganó en 1997 el Primer Premio del Concurso al Peor Escritor del Mundo que celebra cada año la Canterbury University de Nueva Zelanda, una competición en la que los académicos americanos suelen barrer con todos los premios, y *b*) que F. Jameson era y es una figura extremadamente poderosa y citada a menudo en el mundo académico literario americano, lo cual significa *c*) que si ustedes tienen hijos en la universidad, hay una probabilidad importante de que les estén enseñando a escribir adultos muy bien pagados para quienes la frase citada es un modelo de prosa inglesa erudita.

69. Hasta en primer curso de redacción, los malos ejercicios escritos de los estudiantes son mucho, mucho más a menudo el producto del miedo que el de la pereza o la incompetencia. De hecho, a menudo se tarda tanto en identificar el miedo de los alumnos y en ayudar a superarlo que el profesor de primer curso de redacción nunca consigue averiguar si también hay otros problemas.

70. (Fíjense en la sintaxis de la frase hecha: nunca se dice que «expresa sus creencias» ni que «expresa sus ideas».)

interpuso contra mí después de uno de mis pequeños discursos *in camera* descritos en las páginas 139-141. La demandante se equivocaba (en mi opinión), pero no estaba loca ni era tonta; y yo tuve ocasión más tarde de ver que yo sí tenía cierta responsabilidad en aquel desagradable trastorno administrativo. Mi culpabilidad se debía a una grotesca ingenuidad retórica. Yo había creído que la Apelación primaria de mi discurso era Lógica: la meta era presentar un argumento llamativamente franco y sin tapujos a favor de la utilidad del IEE. Tal vez no fuera bonito, pero era cierto, además de estar tan manifiestamente libre de fullerías que creo que yo esperaba no solo aquiescencia sino gratitud por mi candor.[71] El problema que no vi, por supuesto, no estaba en el argumento *per se*, sino en la persona que lo hacía, es decir, yo, un Hombre WASP Privilegiado en una posición de poder, y por tanto alguien cuyas declaraciones sobre la preeminencia y la utilidad del dialecto de los Hombres WASP Privilegiados no parecían sinceras/exhortativas/convincentes/verdaderas, sino elitistas/displicentes/autoritarias/racistas. En términos retóricos, lo que pasó fue que permití que la sustancia y estilo de mi Apelación Lógica torpedeara por completo mi Apelación Ética: lo que la alumna oyó no fue más que a otro H-WASP-P racionalizando por qué su grupo y su inglés eran lo más de lo más y «por lógica» tenían que seguir siéndolo (y lo que es peor, intentando usar su poder académico sobre ella para sacarle su asentimiento por la fuerza).[72]

Si por alguna razón se encuentran ustedes compartiendo las percepciones y la reacción de aquella alumna concreta,[73] les pido que pongan sus sentimientos entre paréntesis durante el

71. (Por favor, ni me lo mencionen.)

72. (La alumna aseguró haberse sentido especialmente traumatizada por el «yo te voy a obligar» del final, que por supuesto era una metedura de pata retórica.)

73. Para información de ustedes, el jefe de departamento y el decano, en la audiencia de la Queja, no compartieron la reacción de la alumna... aunque sería deshonesto no decirles que también ellos resultaban ser H-WASP-P, un hecho que también fue comentado por la demandante, de forma que todo el procedimiento se volvió considerablemente tenso, antes de su conclusión.

tiempo suficiente como para reconocer que el muy moderno dilema retórico del instructor H-WASP-P en aquel despacho no era muy distinto del dilema que afronta cualquier hombre que presenta un argumento en contra del aborto, o de cualquier ateo que presenta un argumento en contra del creacionismo, o de cualquier caucasiano que se opone a la discriminación positiva, o de cualquier afroamericano que condene el racismo policial, o de cualquiera de más de dieciocho años que intente defender que se suba la edad legal para conducir a los dieciocho, etcétera. El dilema no tiene nada que ver con si los argumentos en sí mismos son verosímiles o incluso sensatos, porque el debate casi nunca llega tan lejos: cualquier oponente con unos sentimientos lo bastante fuertes o con un toque dogmático puede desacreditar el argumento y cancelar en gran medida el resto de la discusión con una réplica que los americanos hemos llegado a conocer bien: «Por supuesto que alguien como *tú* cree eso»; «*Para ti* es fácil decirlo»; «¿Qué derecho tienes *tú* a...?».

Ahora (todavía entre paréntesis) consideren ustedes la situación de cualquier SNOOT razonablemente inteligente y bienintencionado que se sienta para preparar una guía de uso normativa. Es el milenio, post-todo: ¿de dónde va a sacar la autoridad para hacer cualquier clase de Apelación creíble a favor del IEE?

QUID DEL ARTÍCULO: POR QUÉ BRYAN A. GARNER ES UN GENIO (I)

No es que *A Dictionary of Modern American Usage* sea perfecto. No parece cubrir cuestiones como *conversant in* versus *conversant with*, por ejemplo, ni tampoco *abstruse* versus *obtuse*, ni mencionar para nada *hereby* ni *herewith* (que yo suelo usar de forma intercambiable pero siempre tengo la incómoda sensación de estar cagándola). Garner incluye una buena disertación sobre *used to* pero nada sobre *supposed to*. Tampoco da ningún ejemplo que ayude a explicar los participios irregulares y la transitividad

(«The light shone» *versus* «I shined the light», etcétera), que son cosas que parecen más importantes que, por ejemplo, la forma correcta de escribir *huzzah* o el plural de *animalculum*, dos casos que sí aparecen. En otras palabras, un SNOOT acérrimo va a ser capaz de encontrar motivos de queja en cualquier diccionario de uso, y el *ADMAU* no es ninguna excepción.

Pero aun así es bueno de verdad. Salvo por la cagada de PALABRAS DE MODA y por la ausencia de una entrada de pronunciación sobre *trough*,[74] las que acabo de mencionar son las únicas pequeñas objeciones que este reseñista pudo encontrar. El *ADMAU* es completo y oportuno y sólido, a la altura del diccionario de Follett y el de Gilman y el puñado de otras grandes guías de uso del siglo. El formato de estas –que inventó Follett– es también el del *ADMAU*: entradas concisas sobre palabras y expresiones individuales y MINIENSAYOS explicativos con los títulos en mayúsculas sobre cualquier tema lo bastante amplio como para requerir una discusión más general. Debido tanto a su Fowler Society como a la llegada de las bases de datos en la red, Garner ha tenido acceso a muchos más ejemplos de IEE publicado de los que tuvo Gilman hace nueve años, y los usa con gran efectividad, aunque de forma muy extensa. Pero ninguna de estas es la razón de que Bryan Garner sea un genio.

El *ADMAU* es una colección de juicios, y por tanto no es descriptivista de ningún modo, pero Garner estructura sus juicios con mucho cuidado de evitar el elitismo y la arrogancia de la SNOOTitud tradicional. No emplea la ironía ni la burla ni el ingenio mordaz, ni tampoco figuras retóricas ni coloquialismos ni contracciones… ni ninguna clase de estilo verbal en absolu-

74. Para ser sincero, solamente me fijé en esta omisión porque cuando estaba en mitad de escribir este artículo usé por casualidad la palabra *trough* delante del mismo amigo SNOOT que compara el uso público del inglés con aporrear un violín, y se cayó de culo de la silla, y entonces salió a la luz que por alguna razón yo he oído toda mi vida mal la palabra *trough* como si acabara con *th* en lugar de con una *f*, y que por tanto la he pronunciado mal en público Dios sabe cuántas veintenas de veces, y casi quemo los neumáticos para volver a casa y ver si tal vez el error era tan común y humano y comprensible que el *ADMAU* tenía una entrada afable sobre el mismo: pero no hubo suerte, y supongo que siendo justos no puedo culpar a Garner de ello.

to. De hecho, aunque Garner habla abiertamente de sí mismo y usa el pronombre de primera persona singular durante todo el diccionario, su personalidad queda extrañamente borrada, neutralizada. Es como si fuera tan insulso que apenas está presente. Por ejemplo, mientras este reseñista estaba terminando de leer la última entrada del libro,[75] de repente me di cuenta de que no tenía ni idea de si Bryan A. Garner era negro o blanco, homosexual o hetero, demócrata o derechón. Lo que me resultó más sorprendente fue que hasta entonces no me había preguntado ni una sola vez nada de todo aquello; la voz léxica de Garner tenía algo que me impedía en todo momento preguntarme de dónde venía el tipo o qué programas o ideologías particulares había detrás de lo que él admitía abiertamente que eran «juicios de valor». Aquello me resultaba muy raro. La gente insulsa también es capaz de tener hachas que afilar, así que decidí que «insulso» probablemente no fuera la mejor palabra para describir la voz de Garner en el *ADMAU*. La palabra adecuada probablemente se pareciera más a «objetivo», pero con *o* minúscula, algo así como «desinteresado» o «razonable». Luego se me ocurrió algo más o menos obvio, pero de forma poco obvia: que aquel tipo de objetividad con *o* minúscula era muy distinta de la Objetividad metafísica con *o* mayúscula cuya pérdida posmoderna había destruido (esta había sido más o menos mi conclusión) cualquier posibilidad de Autoridad genuina en las cuestiones de uso.

Luego se me ocurrió que si la «Objetividad» todavía tenía una acepción con minúscula a la que no había afectado el relativismo moderno, tal vez «Autoridad» también la tuviera. Así pues, igual que había hecho antes con el uso que hacía Garner de «juicio», fui a mi *American Heritage Dictionary*, conservador y de confianza, y busqué la palabra «autoridad».

¿Acaso algo de esto tiene sentido? Porque es así como descubrí que Bryan Garner es un genio.

75. (sobre *zwieback* versus *zweiback*)

POR QUÉ BRYAN A. GARNER ES UN GENIO (II)

Bryan Garner es un genio porque *A Dictionary of Modern American Usage* viene a resolver casi por completo el problema de Autoridad de las Guerras del Uso de la Lengua. La solución que da el libro es tanto semántica como retórica. Garner consigue desdibujar las definiciones de ciertos términos clave y controlar la concurrencia de Apelaciones retóricas con tanta inteligencia que consigue trascender ambos bandos de las Guerras del Uso de la Lengua y limitarse a decir la verdad, y decir la verdad de una forma que no torpedea su propia credibilidad sino que de hecho la aumenta. Su estrategia argumentativa es totalmente brillante y totalmente astuta, y algo que potencia ambas cualidades es que la mayor parte del tiempo ni siquiera parece que haya un argumento en marcha.

POR QUÉ BRYAN A. GARNER ES UN GENIO (III)

En términos retóricos, los normativistas tradicionales dependen casi por completo de la Apelación Lógica. Una razón de que sean blancos tan propicios para la burla liberal es su arrogancia, y su arrogancia se basa en su completo desprecio hacia toda consideración de voz o persuasión. Esto no es ninguna exageración. Los normativistas doctrinarios no se imaginan a sí mismos como defensores del inglés correcto, sino como avatares del mismo. La verdad de lo que prescriben es en sí misma su «autoridad» para prescribir, y debido a que consideran que la verdad de lo que prescriben es evidente en sí misma, consideran que aquellos americanos que rechazan sus prescripciones o no hacen caso de ellas son «ignorantes» y demasiado insignificantes como para prestarles atención salvo como prueba del deterioro general de la cultura americana.

Como la única audiencia verdadera que tienen son los mismos normativistas, en realidad no importa que su argumento sea casi eutifróticamente circular: «Es verdad porque lo decimos nosotros, y lo decimos nosotros porque es verdad». Esto es dog-

matismo de una pureza que no suele verse en este país, y no es ningún accidente que los normativistas de la línea dura sean nada más que un diminuto elemento marginal de la cultura de hoy día. La Conversación Americana es un argumento, al fin y al cabo, y mucho peor que nuestro miedo al error o la anarquía o la decadencia gomorriana es nuestro miedo a la teocracia o la autocracia o cualquier ideología cuyo proyecto no sea discutir ni convencer sino aplazar todo el debate *sine die*.[76]

Los descriptivistas de la línea dura, pese a todo su sereno cientificismo y su proclamada preferencia por los datos sobre los valores, se basan sobre todo en el *pathos* retórico, la Apelación emocional visceral. Tal como ya se ha mencionado, las emociones relevantes aquí son de origen sesentero y de temperamento izquierdista: la antipatía por la Autoridad convencional y los desprecios elitistas y las restricciones y la casuística arrogantes y la parcialidad androcaucasiana y el esnobismo y la altivez abierta de cualquier tipo... es decir, por las mismas actitudes encarnadas en la mirada remilgada y furiosa del gramático y en el graznido lánguido de las élites tipo William Buckley, que resultan ser las dos especies más visibles que quedan de SNOOT. Sean metodológicos o filosóficos o pseudoprogresistas, los descriptivistas son, en su esencia final, demagogos, y en los normativistas dogmáticos tienen en realidad su mejor recurso, ya que la antipatía visceral de los americanos hacia el dogmatismo y la fatuidad elitistas le proporciona al descriptivismo un público favorable para su Apelación Patética.

Lo que no tienen los descriptivistas es lógica. El Diccionario no lo puede sancionar todo, y la misma posibilidad de que haya lenguaje depende de la existencia de normas y convenciones, y el descriptivismo no ofrece ningún *logos* para determinar qué normas y convenciones son útiles y qué otras son absurdas/opresivas, ni tampoco argumentos para saber cómo se tienen que

76. Es esta lógica (y tal vez nada más que la misma) lo que impide que el protofascismo o el pensamiento monárquico o el maoísmo o cualquier clase de extremismo realmente atroz consiga legitimidad masiva en la política americana: ¿cómo se vota por No Votar Más?

llevar a cabo dichas determinaciones ni quién tiene que hacerlas. Resumiendo, los descriptivistas no tienen ninguna clase de Apelación que vaya a convencer a nadie que no tenga ya *per se* cierto odio a la autoridad del tipo ABAJO LOS RICOS. En términos homiléticos, la única diferencia entre normativistas y descriptivistas es que estos últimos tienen un grupo más grande de conversos.

El señor Bryan A. Garner reconoce algo que ninguno de estos bandos parece entender: que después de cuarenta años de Guerras del Uso de la Lengua, la «autoridad» ya no es algo que un lexicógrafo pueda presumir simplemente *ex officio*. De hecho, gran parte del proyecto de cualquier diccionario de uso contemporáneo consistirá en *establecer* esa autoridad. Aunque esto parezca más bien obvio, sepan ustedes que antes de Garner no hubo nadie que pareciera ver esto: que el desafío del lexicógrafo hoy día no es solamente ser preciso y exhaustivo, sino *creíble*. Que en ausencia de una Autoridad lingüística no cuestionada y con A mayúscula, ahora al lector hay que conmoverlo o convencerlo para que confiera autoridad al diccionario, libremente y por razones que parezcan buenas.

A Dictionary of Modern American Usage de Garner es por tanto a la vez una recopilación de información y una obra de retórica Democrática.[77] Su Apelación Principal es Ética, y su meta es reescribir la voz normativista: el autor no se presenta a sí mismo como policía ni como juez sino más bien como doctor o abogado. Se trata de una táctica ingeniosa. En la misma clase de maniobra que le podemos ver hacer en relación a «juicio» y «objetivo», aquí Garner altera las definiciones relevantes que el *AHD* da de «autoridad», pasando de 1) «El derecho y poder de dar órdenes, hacer cumplir leyes, obtener obediencia, determinar o juzgar» / «Persona o grupo que goza de este poder» a 2) «Poder para influir o convencer que resulta del conocimiento o la experiencia» / «Una fuente aceptada de información experta o consejo». El *ADMAU* de Garner, en otras palabras, se presenta a sí mismo como autoridad no en el sentido *autocrático* sino en

77. (quiero decir *literalmente* Democrática: quiere los votos de ustedes)

sentido *tecnocrático*. Y el tecnócrata no es solo una imagen de autoridad completamente moderna y agradable, sino que también es inmune a las acusaciones de elitismo/clasismo que han perjudicado al normativismo tradicional. Al fin y al cabo, ¿acaso llamamos a un médico o a un abogado «elitistas» cuando se atreven a decirnos lo que tenemos que comer o cómo tenemos que hacer la declaración de la renta?

Por supuesto, Garner *es* un tecnócrata de verdad. Es abogado, recuerden, y en el *ADMAU* cultiva la misma clase de voz que proyectan los buenos juristas: informado, razonable, desapasionado y justo. Sus juicios sobre el uso de la lengua suele emitirlos como si fueran opiniones legales: la cita exhaustiva de precedentes (los juicios de otros diccionarios, ejemplos publicados de uso real) se combina con razonamientos claros y lógicos que siempre tienen detrás los propósitos consensuados más amplios a cuyo servicio se supone que tiene que estar el IEE.

También es tecnocrático el acercamiento de Garner a toda la cuestión de si alguien va a mostrar algún interés en sus setecientas páginas de asesoramiento puntilloso. Como cualquier especialista maduro, se limita a dar por sentado que existen buenas razones prácticas por las cuales hay gente que elige preocuparse por su área de conocimientos; y su actitud sobre el hecho de que a la mayoría de los americanos «les trae sin cuidado» el uso del IEE no transmite burla ni tampoco desaprobación, sino la resignación flemática de un profesional que se da cuenta de que puede dar buenos consejos pero no puede obligarte a aceptarlos:

> La realidad que más me importa es que hay gente que sigue queriendo usar el lenguaje bien.[78] Quieren escribir con eficacia; quieren hablar con eficacia. Quieren que su lenguaje sea elegante en unas ocasiones y enérgico en otras. Quieren entender cómo usar bien las palabras, cómo manipular frases y cómo moverse por

78. Las últimas dos palabras de esta frase, por supuesto, constituyen el objeto de las Guerras del Uso de la Lengua: ¿quién decide qué «lenguaje» y qué es lo que está «bien»? Lo más notable de la frase es que viniendo de Garner no resulta ingenua ni detestable, sino simplemente… razonable.

el lenguaje sin que parezca que se están debatiendo. Quieren buena gramática, pero quieren más: quieren retórica[79] en el sentido tradicional. Es decir, quieren usar el lenguaje con destreza de forma que les sea adecuado para sus propósitos.

Ahora es posible ver que todas las cosas autobiográficas que hay en el prefacio al *ADMAU* no se limitan a humanizar al señor Bryan A. Garner. También sirven para detallar la pasión temprana y duradera que contribuye a convertir a alguien en un tecnócrata creíble: tenemos tendencia a que nos caigan bien y a confiar en expertos cuya competencia nazca de un amor verdadero por su especialidad y no del simple deseo de ser expertos en algo. De hecho, resulta que el prefacio del *ADMAU* inviste a Garner calladamente pero de forma persistente de todas las cualificaciones de la autoridad tecnocrática moderna: una devoción apasionada, razón y responsabilidad (recuerden lo de «en aras de ser completamente abierto, he aquí los diez puntos cruciales...»), experiencia («... que, después de trabajar durante años en problemas de uso de la lengua, he establecido»), investigación exhaustiva y tecnológicamente informada («Para cuestiones relacionadas con el uso de la lengua, los archivos de nuestros mejores creadores de diccionarios palidecen en comparación con las capacidades de búsqueda de textos completos que hoy proporcionan NEXIS y WESTLAW»),[80] un temperamento ecuánime y juicioso (vean por ejemplo este fragmento del miniensayo HIPERCORRECCIÓN: «A veces la gente se esfuerza por cumplir con los protocolos más estrictos, pero en dicho proceso se comportan de forma inapropiada»),[81] y la clase de integri-

79. (¿Creían ustedes que yo estaba bromeando?)

80. Muy astuto: lo que en la práctica es Garner haciendo ondear su propio estandarte archivístico él lo hace pasar como humilde gratitud por los recursos que le proporciona la tecnología moderna. Además vean cómo Garner insinúa aquí que ha absorbido una vez más las partes sensatas del método descriptivista de tirar una red bien amplia: «Así pues, el método normativo aquí queda aligerado por un escrutinio exhaustivo del uso actual en la prosa publicada moderna».

81. (Aquí, el SNOOT interior y siempre alerta no puede evitar cuestionarse el empleo de una coma delante de la conjunción en esta frase, ya que lo que

dad humilde (por ejemplo, incluir en una de las entradas un error de uso publicado en el pasado por él mismo) que no solamente hace de Garner un tipo agradable sino que transmite esa clase de reverencia hacia el idioma inglés que los buenos juristas tienen hacia la ley, dos cosas que son más grandes y más importantes que ninguna persona.

Probablemente lo más ingenioso y atractivo que tiene la Apelación Ética de su diccionario, sin embargo, es la escrupulosidad de Garner cuando considera las esperanzas de los lectores y sus miedos y sus razones para que les interese lo bastante el uso como para molestarse en leer algo como el *ADMAU*. Estas razones, tal como deja claro Garner, suelen derivar de la preocupación de los lectores sobre su propia autoridad lingüística y su voz retórica y su capacidad para convencer a un público de que les importan esas cosas. Una y otra vez, Garner enmarca sus prescripciones en términos retóricos: «En el caso del escritor u orador para quien la credibilidad es importante, es buena idea evitar distraer a *cualesquiera* lectores u oyentes»; «Hagas lo que hagas, si usas *datos* en un contexto en que se da a conocer su número, vas a molestar a algunos de tus lectores». La verdadera tesis de *A Dictionary of Modern American Usage*, en otras palabras, es que los propósitos de la autoridad experta y los propósitos del lector profano en la materia son idénticos, e idénticamente retóricos, y yo sostengo que eso es lo más Democrático que se puede encontrar hoy día.

---

sigue a la conjunción no es ni una frase independiente ni tampoco ninguna clase de complemento verosímil de «se esfuerza». Pero el desacuerdo respetuoso entre la gente de buena voluntad es por supuesto Democráticamente natural y sano y, cuando uno se pone a ello, más o menos divertido.)

INFORMACIÓN EXTRA EN ARAS DE SER COMPLETAMENTE ABIERTO SOBRE LAS FUENTES DE CIERTAS COSAS QUE APARECEN O DEBERÍAN APARECER ENTRECOMILLADAS EN ESTE ARTÍCULO

p. 88. «Comisión de Personalidades del Uso de la Lengua...» = Morris Bishop, «Good Usage, Bad Usage, and Usage», introducción a la New College Edition de 1976 del *American Heritage Dictionary of the English Language*, publicado por Houghton Mifflin Co.

p. 88. «Se solicitan las opiniones de la élite...» = John Ottenhoff, «The Perils of Prescriptivism: Usage Notes and *The American Heritage Dictionary*», *American Speech*, v. 31 #3, 1996, p. 274.

p. 97. «Me di cuenta muy temprano...» = *ADMAU*, prefacio, pp. xiv-xv.

p. 97. «Antes de continuar...» = *Ibid.*, p. x.

p. 97, nota 13. «Los diez puntos cruciales...» = *Ibid.*, pp. x-xi.

p. 99. «Una vez introducida, una norma...» = Steven Pinker, «Grammar Puss» (extraído del cap. 12 del libro de Pinker *The Language Instinct*, Morrow, 1994), que apareció en la revista *New Republic* el 31 de enero de 1994 (p. 20). Algunas de las citas de Pinker que le siguen son del extracto de *NR* porque tienden a ser más concisas.

p. 99. «¿Quién establece...?» = p. 141 de *Mother Tongue* de Bryson (Avon, 1990).

p. 100. «Tal como ustedes ya pueden...» = *ADMAU*, prefacio, p. xiii.

p. 100, nota 16. «El problema de los escritores...» = *Ibid.*, p. xi; y la definición tradicionalista de «retórica» está adaptada de la p. 1.114 del *American Heritage Dictionary* de 1976.

p. 102. «Los redomados solecismos...» = Bishop, introducción al *American Heritage Dictionary* de 1976, p. xxiii.

p. 102. «El idioma inglés es tratado...» = John Simon, *Paradigms Lost: Reflections on Literacy and Its Decline* (Crown, 1980), p. 106.

p. 103, nota 19. «Hemos visto una novedosa...» = Wilson Follett, «Sabotage in Springfield», *Atlantic Monthly*, enero de 1962, p. 73.

p. 103. «Un diccionario no debe tener...» = P. Gove en carta al *New York Times* respondiendo a su editorial del grito en el cielo, carta que sería después reimpresa en Sledd y Ebbitt, eds., *Dictionaries and* That *Dictionary* (Scott, Foresman, 1962), p. 88.

p. 104, nota 21. El «No tengo ningunas ganas...» de Newman = *Strictly Speaking: Will America Be the Death of English?* (Bobbs-Merrill, 1974), p. 10.

p. 104. «En cuanto a "I be"...» = *Paradigms Lost*, pp. 165-166.

pp. 104-105, nota 22. La cita de Partridge está sacada de la p. 36 de *Usage and Abusage* (Hamish Hamilton, 1947). El fragmento de Fowler está tomado de *A Dictionary of Modern English Usage* (Oxford, 1927), pp. 540-541.

pp. 105-106. «En algún momento del proceso...» = *ADMAU*, prefacio, p. xi.

p. 106, nota 25. «Lo que más me preocupaba...» = *Ibid.*, prefacio, p. xv.

p. 109. «1. El lenguaje cambia...» = Philip Gove, «Linguistic Advances and Lexicography», introducción al *Webster's Third*. Reimpreso en Sledd y Ebbitt; los axiomas de Gove aparecen en la p. 67 del mismo.

p. 109, nota 28. «El inglés que normalmente usan...» = p. 459 de *The Little, Brown Handbook*, 4.ª ed. (Scott, Foresman, 1989).

pp. 113-116, nota 32. La exégesis que lleva a cabo Norman Malcolm del argumento de Wittgenstein (argumento que ocupa las secciones 258-265 de las *Investigaciones filosóficas*) aparece en *Knowledge and Certainty* de Malcolm (Prentice-Hall, 1963), pp. 98-99.

p. 114. «Un diccionario puede ser...» = «Usage Levels and Dialect Distribution», introducción al *American College Dictionary* (Random House, 1962), p. xxv; reimpreso en la carta de Gove al *New York Times*.

p. 119. «Las palabras "regla"...» = Steven Pinker, *The Language Instinct*, p. 371. El fragmento también aparece en el artículo de Pinker «Grammar Puss», publicado en *New Republic*, p. 19.

p. 120, nota 36. «A nadie, ni siquiera...» = *The Language Instinct*, p. 372.

p. 120. «Cuando un científico...» = «Grammar Puss», p. 19.

p. 124, nota 40. El miniensayo de Garner DISTINCIONES DE CLASE aparece en las pp. 124-126 del *ADMAU*.

p. 128, nota 46. «[La jerga] nace del...» = *ADMAU*, p. 390.

p. 130, nota 51. «Saber cuándo se puede partir...» = *Ibid.*, pp. 616-617.

p. 130. «Objeto de fuerte controversia [...]» = Del miniensayo TÉRMINOS VAPULEADOS que aparece en las pp. 603-604 del *ADMAU*.

p. 136, nota 57. Un breve resumen general de estos estudios se puede encontrar en «The Relation of Formal Grammar to Composition» de Janice Neuleib, *College Composition and Communication*, octubre de 1977.

p. 141, nota 62. La doctora Schwartz y su Comité de Acción figuran como autores de *Guidelines for Bias-Free Writing* (Indiana University Press, 1995), donde la frase citada aparece en la p. 28. La cita de Forster es del capítulo inicial de *Un pasaje a la India*.

p. 144, nota 65. «Las palabras de moda resultan tan atractivas...» = *ADMAU*, p. 682.

p. 147. «Al verlas por primera vez...» = reseña firmada por Karen Volkman de *The Lion Bridge: Selected Poems* de Michael Palmer y publicada en el *Village Voice Literary Supplement*, octubre de 1998, p. 6.

p. 147, nota 66. El miniensayo ININTELIGIBILIDAD está en la p. 462 del *ADMAU*.

p. 147. «Esta es la mejor y única manera...» = cita textual del presidente Clinton a mediados de noviembre de 1998.

p. 147 y pp. 147-148, nota 67. Los fragmentos citados de «Politics and the English Language» son del ensayo tal como aparece en, p. ej., Hunt y Perry, eds., *The Dolphin Reader*, 5.ª ed. (Houghton Mifflin, 1999), pp. 670-682.

p. 148, nota 68. La frase de Jameson también aparece en el miniensayo del *ADMAU* ININTELIGIBILIDAD, p. 462; también aparece en el mismo artículo del *Sacramento Bee* que se menciona en la nota 66.

p. 156. Las varias definiciones que aparecen citadas aquí de «autoridad» proceden del *American Heritage Dictionary*, 3.ª ed. (Houghton Mifflin, 1992), p. 124.

pp. 157-158. «La realidad que más me importa...» = prefacio del *ADMAU*, pp. ix-x. Los siguientes cinco fragmentos citados en las pp. 158-159 y en la nota 80 también son del prefacio.

pp. 158-159. «A veces la gente se esfuerza para...» = *ADMAU*, p. 345.

p. 159. «En el caso del escritor u orador para quien...» = *Ibid.*, p. 604.

p. 159. «Hagas lo que hagas...» = *Ibid.*, p. 186.

1999

LA VISTA DESDE LA CASA DE LA SEÑORA THOMPSON

UBICACIÓN: BLOOMINGTON, ILLINOIS
FECHAS: 11-13 DE SEPTIEMBRE DE 2001
TEMA: OBVIO

SINÉCDOQUE: Al más puro estilo del Medio Oeste, la gente de Bloomington no es que sea poco amigable, pero suele ser reservada. Un desconocido te sonreirá con calidez, pero lo normal es que no se produzca esa charla informal entre desconocidos que se da en las zonas de espera o en las colas de las cajas del supermercado. Pero ahora, gracias al Horror, hay algo de que hablar que vence todas las inhibiciones, como si de alguna manera estuviéramos todos de pie juntos y acabáramos de ver el mismo accidente de tráfico. Ejemplo: conversación que oigo en la cola de la caja registradora de Burwell Oil (que viene a ser el Neiman Marcus de los complejos de gasolinera/supermercado de carretera: centralmente ubicado en la mediana de los dos carriles de la autopista local, y con el tabaco a los mejores precios de la ciudad, es un tesoro municipal) entre una mujer con una bata de cajera de Osco y un hombre con una chaqueta de operario cortada a la altura de los hombros para confeccionar una especie de chaleco hecho en casa: «Mis chavales pensaban que era todo una película tipo *Independence Day* hasta que se dieron cuenta de que daban la misma película en todos los canales». (La mujer no dijo qué edad tenían sus chavales.)

MIÉRCOLES: Todo el mundo ha sacado banderas. En las casas, en las tiendas. Es raro: nunca ves a nadie sacar una bandera, pero el miércoles por la mañana han aparecido de la nada. Banderas grandes, pequeñas y banderas del tamaño normal de banderas. Muchos vecinos de por aquí tienen esos mástiles de bandera inclinados sobre la puerta principal de sus casas, esos cuyo soporte lleva cuatro tornillos Phillips. También hay millares de esas banderitas pequeñas de mano que normalmente se ven en los desfiles: en algunos jardines las hay a docenas, clavadas en el suelo por todas partes, como si hubieran brotado de la noche a la mañana. La gente que vive en las carreteras rurales coloca esas banderitas en los buzones que tienen junto a la carretera. Un buen número de coches las llevan encajadas en la rejilla o sujetas a la antena. Hay gente adinerada que tiene mástiles; sus banderas ondean a media asta. Bastantes casas grandes de la zona de Franklin Park o en la sección este tienen enormes banderas de varios niveles estilo gonfalón que cuelgan de sus fachadas. Es un misterio total dónde la gente puede comprar banderas tan grandes o cómo las han conseguido poner ahí, o cuándo.

Mi vecino de al lado, un contable jubilado y veterano de las Fuerzas Aéreas cuya casa y cuyo jardín están cuidados de manera fenomenal, tiene un mástil de madera anodizado de tamaño reglamentario y colocado sobre un soporte de cuarenta y cinco centímetros de cemento reforzado que a ninguno de los demás vecinos les gusta demasiado porque les da la impresión de que va a atraer los rayos. Él dice que para tener la bandera a media asta hay que seguir una etiqueta muy particular: primero tienes que subirla arriba del todo y *luego* bajarla hasta la mitad. De otra manera viene a ser un insulto. Su bandera está muy recta y ondea elegantemente al viento. Es de lejos la bandera más grande de nuestra calle. El viento también se oye en los campos de maíz que hay al sur; suena más o menos igual que suenan las olas suaves cuando uno está a dos dunas de distancia de la orilla del mar. La driza del poste del señor N... tiene elementos metálicos que repican contra el poste cuando hace viento, que es otra cosa que a los vecinos no les gusta demasiado. La entrada de su casa y la de la mía están casi juntas, y él está ahí fuera con una escalera

de mano sacando brillo a su poste con una especie de ungüento especial y un trapo de gamuza –no les estoy tomando el pelo–, aunque bajo el sol matinal es verdad que su poste metálico resplandece como la cólera de Dios.

–Qué bandera y qué accesorios de despliegue tan chulos, señor N...

–Ya pueden serlo. Me han costado lo suyo.

–¿Ha visto todas las demás banderas que hay por todas partes esta mañana?

Eso le hace bajar la vista y sonreír, aunque un poco lúgubremente.

–Hay que ver, ¿no?

El señor N... no es lo que uno llamaría un vecino de al lado de lo más simpático. La verdad es que yo solamente lo conozco porque su iglesia y la mía están en la misma liga de softball, para la que él trabaja con gran seriedad y precisión como encargado de estadísticas de su equipo. No somos íntimos. Con todo, él es el primero al que le pregunto:

–Dígame, señor N..., supongamos que alguien como por ejemplo un extranjero o un reportero de la tele o alguien así se le acercara y le preguntara qué propósito tienen todas estas banderas después de lo que pasó ayer. ¿Qué contestaría usted?

–Bueno –(al cabo de un momento de mirarme con la misma cara con la que normalmente mira mi jardín)–, mostrar nuestro apoyo por lo que está pasando, como americanos.*

Lo que trato de decir en definitiva es que el miércoles aquí se vive una extraña presión acumulativa para que saques una

* Más: otras respuestas selectas de diversos momentos de la caza de banderas de aquel día, cuando las circunstancias permitían hacer la pregunta sin parecer un listillo o un chiflado:

«Para mostrar que somos americanos y que no vamos a hincar la rodilla ante nadie».

«Es un pseudoarquetipo clásico, un semión reflexivo diseñado para adelantarse a la función crítica y negarla» (estudiante de posgrado).

«Por orgullo.»

«Lo que hacen es simbolizar la unidad y que estamos todos juntos detrás de las víctimas en esta guerra y que esta vez han ido a tocarle los cojones a la gente equivocada, amigo.»

bandera. Aunque el propósito de sacar una bandera es hacer una declaración, parece que llegado cierto punto de densidad de banderas uno está haciendo una declaración más grande si *no* la saca. No está del todo claro cuál sería dicha declaración, sin embargo. ¿Y si uno simplemente no tiene ninguna bandera? ¿De dónde ha sacado todo el mundo esas banderas, sobre todo esas pequeñitas que uno puede sujetar al buzón? ¿Son todas del Cuatro de Julio y la gente las guarda, como los adornos de Navidad? En las Páginas Amarillas no viene nada por «Bandera». Llegado un punto, empieza a notarse la tensión. Nadie pasa caminando o para el coche y dice: «Eh, ¿cómo es que tu casa no tiene una bandera?», pero resulta cada vez más fácil imaginar que lo piensan. Hasta una especie de casa medio derrumbada que hay al final de la calle y que todo el mundo creía que estaba abandonada tiene una de esas banderitas pequeñas con el palo clavado entre los matorrales junto a la entrada para coches. Resulta que ninguna de las tiendas de alimentación de Bloomington vende banderas. La tienda grande de artículos de regalo que hay en el centro no tiene más que cosas de Halloween. Solamente hay unas pocas tiendas abiertas, pero hasta las que están cerradas tienen fuera alguna clase de bandera. Es casi surrealista. El local de los Veteranos de Guerras Extranjeras es obviamente un buen sitio donde probar suerte, pero no puede abrir hasta mediodía, si es que abre (tiene un bar). La mujer del mostrador de Burwell Oil alude a cierto supermercado repulsivo KWIK'N'EZ que hay junto a la I-55 y en la que está bastante segura de que recuerda haber visto unas cuantas banderitas de plástico en las estanterías junto a todas las bandanas y las gorras de la NASCAR, pero para cuando llego allí ya no les quedan, se las ha llevado una gente desconocida. La dura realidad es que en esta ciudad no queda una sola bandera. Está claro que robar una del jardín de alguien es impensable. Me encuentro de pie dentro de un KWIK'N'EZ iluminado por lámparas fluorescentes y tengo miedo de irme a casa. Con tanta gente que ha muerto, y yo estoy histérico por una bandera de plástico. Las cosas no se ponen realmente feas hasta que la gente empieza a acercarse a mí y a preguntarme si me encuentro bien, y yo tengo que men-

tir y decirles que es una reacción a la difenhidramina (que es verdad que puede pasar).

... Y así hasta que, en uno más de los extraños giros del destino y las circunstancias que nos trae el Horror, es el propietario en persona del KWIK'N'EZ (que, por cierto, es paquistaní) quien me ofrece consuelo y un hombro donde llorar y una extraña forma de comprensión silenciosa, y quien me deja pasar al almacén y sentarme en medio de todos los pequeños vicios e indulgencias imaginables que América puede ofrecer, y allí recobrar la compostura, y quien muy poco después, mientras tomamos un extraño té perfumado en vasos de plástico con mucha leche, me sugiere que use cartulina y rotuladores indelebles, lo cual explica mi ya amada y orgullosamente exhibida bandera de fabricación casera.

VISTAS DESDE EL AIRE Y DESDE EL SUELO: Aquí todo el mundo recibe el periódico informativo local, el *Pantagraph*, al que la mayoría de los nativos que conozco tienen un odio cerval. Imaginen ustedes, digamos, un periódico universitario con recursos abundantes y codirigido por Bill O'Reilly y Martha Stewart. El titular del miércoles es: «¡ATACADOS!» Después de dos páginas de material de Associated Press, uno llega al verdadero *Pantagraph*. Todo lo que sigue es textual. Los grandes titulares locales del miércoles son: «CIUDADANOS ATURDIDOS PASAN POR MUCHAS EMOCIONES; EL CLERO ABRE LOS BRAZOS PARA AYUDAR A LA GENTE A SOPORTAR LA TRAGEDIA; PROFESOR DE LA ILLINOIS STATE UNIVERSITY DICE QUE BLOOMINGTON Y NORMAL NO SON OBJETIVOS PROBABLES; LOS PRECIOS DE LAS GASOLINERAS SE DISPARAN; AMPUTADO PRONUNCIA DISCURSO INSPIRADOR». Hay una foto a media página de un alumno del instituto de secundaria Bloomington Central Catholic rezando el rosario en respuesta al Horror, lo cual quiere decir que algún fotógrafo de la plantilla entró y disparó con el flash a la cara de un pobre chaval traumatizado que estaba rezando. El editorial del 12 de septiembre empieza diciendo: «La masacre que hemos visto a través de los ojos de las cámaras en Nueva York y

Washington D. C. todavía parece sacado de una película de Hollywood no apta para menores».

Bloomington es una ciudad de sesenta y cinco mil habitantes situada en la parte central de un estado extremada y enfáticamente llano, de forma que sus elementos sobresalientes se pueden ver desde muy lejos. Aquí convergen tres autopistas interestatales y varias líneas de ferrocarril. La ciudad está casi exactamente a medio camino entre Chicago y Saint Louis, y tiene su origen en el hecho de que era una estación importante de la línea ferroviaria. Bloomington es el lugar natal de Adlai Stevenson y la supuesta ciudad natal del coronel Blake de *M*A*S*H*. Tiene una ciudad gemela más pequeña, Normal, que está construida alrededor de una universidad pública y que no tiene nada que ver. Las dos ciudades juntas tienen unos ciento diez mil habitantes.

En relación con lo que son las ciudades del Medio Oeste, lo único notable que tiene Bloomington es su prosperidad. Es casi inmune a las recesiones. En parte esto se debe a la agricultura y la ganadería del condado, que tiene una fertilidad extraordinaria y cuya hectárea es tan cara que una persona normal y corriente ni siquiera puede averiguar cuánto cuesta. Pero Bloomington es también la sede nacional de la aseguradora State Farm, que es el gran dios oscuro de los seguros para el consumidor del país y en la práctica se puede decir que es la propietaria de la ciudad, y es por eso por lo que la sección este de Bloomington ahora es todo complejos de cristal ahumado y zonas urbanizadas por corporaciones y una carretera de circunvalación de seis carriles llena de centros comerciales y franquicias que están matando el viejo centro de la ciudad, además de crear una ruptura todavía más grande entre las dos clases y culturas básicas del lugar, perfectamente representadas por el gran cochazo y la camioneta de toda la vida, respectivamente.*

* Pese a la impresión que tiene alguna gente, el acento de por aquí no es tanto acento sureño como simplemente rural. Los trasplantados de las corporaciones de la ciudad, por otro lado, no tienen ningún acento. En palabras de la señora Bracero, la gente de State Farm «habla como la gente de la tele».

El invierno aquí es una putada sin piedad, pero en los meses de calor Bloomington se parece mucho a una comunidad costera salvo por el hecho de que aquí el océano es el maíz, que crece como si tomara esteroides y se extiende hasta el horizonte en todas direcciones. La ciudad en sí en verano es intensamente verde: árboles que bañan de sombra las calles, casas con jardines explosivos, docenas de parques manicurados, campos de béisbol, campos de golf que uno casi necesita protección ocular para mirar y amplios parterres de césped sin malas hierbas y cortados con herramientas especiales de forma que quedan exactamente alineados con la acera.* Para ser sincero, es todo un poco siniestro, sobre todo en pleno verano, cuando no hay nadie en la calle y todo ese verde está ahí fuera asándose de calor.

Como la mayoría de las ciudades del Medio Oeste, Bloomington-Normal está atiborrada de iglesias: hay cuatro páginas completas en el listín. Desde los unitarios hasta los pentecostales de ojos saltones. Hasta hay una iglesia para agnósticos. Pero a excepción de la iglesia –además, supongo, de los desfiles de siempre, los fuegos artificiales y un par de festivales del maíz– no existe mucha comunidad pública. Todo el mundo tiene a su familia y sus vecinos y un círculo estrecho de amistades. La gente es reservada (el término local para referirse a la conversación informal es «visita»). Básicamente todo el mundo juega al softball o al golf y hace barbacoas, y mira cómo sus hijos juegan al fútbol, y a veces va a ver películas comerciales...

... Y ven cantidades inmensas, vertiginosas, de televisión. Y no me refiero solamente a los niños. Algo que es obvio pero que aun así hay que tener en cuenta en relación con Bloomington y el Horror es que la realidad –cualquier percepción que tiene la gente del mundo de fuera– es principalmente televisiva. El skyline de Nueva York, por ejemplo, es tan reconocible aquí como en cualquier otra parte, pero es reconocible por la televisión. La tele es también un fenómeno más social que en la Costa

* La gente de por aquí está muy, muy metida en el tema del cuidado del césped. Mis vecinos lo cortan con tanta regularidad como se afeitan.

Este, donde por lo que yo he vivido la gente se pasa casi todo el tiempo saliendo de casa para ir a encontrarse con otra gente en persona en lugares públicos. Por aquí no suele haber fiestas ni reuniones sociales: lo que se hace en Bloomington es quedar todos en casa de alguien y ver algo por la tele.

En Bloomington, por tanto, tener una casa sin tele implica convertirse en una presencia constante tipo Kramer en las casas de los demás, en el invitado perpetuo de una gente que no acaba de entender por qué alguien no quiere tener tele pero que respetan por completo tu necesidad de ver la tele, y que te ofrecen acceso a la suya de la misma forma instintiva en que se agachan para echarte una mano si te caes por la calle. Y esto es especialmente cierto en el caso de una situación de crisis que hay que ver necesariamente, como las elecciones de 2000 y como el Horror de esta semana. Lo único que has de hacer es llamar a alguien que conoces y decirle que no tienes tele.

—Bueno, pues ven corriendo, chaval.

MARTES: Hay tal vez diez días al año en que en Bloomington hace un tiempo precioso, y este 11 de septiembre es uno de ellos. El aire está despejado y templado y maravillosamente seco después de varias semanas de haber tenido todos una sensación bastante parecida a vivir en el sobaco de alguien. Es justo antes de que empiece el grueso de la cosecha, que es cuando hay más polen en la región y un gran porcentaje de la población va colocado de difenhidramina, que como probablemente sepan ustedes suele darle a la primera hora de la mañana una especie de cualidad onírica y submarina. En cuestión horaria, vamos una hora por detrás de la Costa Este. Para las ocho de la mañana, todo el mundo que tiene trabajo ya está trabajando, y el resto de la gente está en casa tomando café y sonándose la nariz y viendo *Today* o uno de los programas matinales de las otras cadenas que se emiten (no hace falta decirlo) desde Nueva York. A las ocho de la mañana del martes yo personalmente estaba en la ducha, intentando escuchar un post-mórtem de los Bears en la emisora radiofónica deportiva WSCR de Chicago.

La iglesia a la que pertenezco está en el sur de Bloomington, cerca de mi casa. La mayoría de la gente a la que conozco lo bastante como para pedirles si puedo ir a su casa a ver la tele son miembros de mi iglesia. No es una de esas iglesias donde la gente va soltando el nombre de Jesús continuamente o habla del fin de los tiempos, pero se lo toman bastante en serio, y la gente de la congregación llega a conocerse bien y a tener relaciones bastante íntimas. Por lo que yo sé, la mayoría de los miembros son nativos de la zona. La mayoría son de clase obrera o están jubilados de la misma. Hay algunos que tienen pequeños negocios. Bastantes son veteranos de guerra y/o tienen hijos en el ejército o –sobre todo– en la reserva, porque es lo que hacen muchas de esas familias para pagarse la universidad.

La casa en la que termino sentado con champú en el pelo viendo cómo se despliega el Horror pertenece a la señora Thompson, que es una de las personas de setenta y cuatro años más geniales del mundo y exactamente la clase de persona a cuya casa sabes que puedes ir en caso de emergencia aunque su teléfono comunique. Vive a un kilómetro y medio de donde yo vivo, al otro lado de un parque de caravanas. Las calles no están abarrotadas, pero tampoco están tan vacías como lo van a estar dentro de poco. La señora Thompson vive en una diminuta e inmaculada casa de una sola planta que en la Costa Oeste llamarían un bungalow y que en el sur de Bloomington llamamos una casa. La señora Thompson es miembro de la iglesia desde hace mucho tiempo y es una líder de la congregación, y su sala de estar acostumbra a ser una especie de centro de reuniones. También es la madre de uno de mis mejores amigos de aquí, F..., que estuvo con los Rangers en Vietnam y recibió un disparo en la rodilla y ahora trabaja para un contratista instalando diversas clases de tiendas de franquicias en centros comerciales. Está en medio de un divorcio (larga historia) y vive con la señora Thompson mientras el tribunal decide lo que se hace con su casa. F... es uno de esos veteranos que no hablan de la guerra ni pertenecen a los Veteranos de Guerras Extranjeras, aunque a veces se muestra ensimismado de forma sombría, y el fin de semana del Memorial Day se marcha en silencio de acampada, y se nota que

lleva cosas bastante graves en la cabeza. Como la mayoría de la gente que trabaja en la construcción, se despierta muy temprano, y ya hacía mucho rato que se había ido para cuando yo llegué a casa de su madre, que resultó ser justo después de que el segundo avión impactara contra la Torre Sur, o sea, probablemente alrededor de las ocho y diez.

Visto de forma retrospectiva, la primera señal de un posible shock fue el hecho de que no llamé al timbre sino que entré sin más, que es algo que normalmente uno por aquí no haría jamás. Gracias en parte a las conexiones de su hijo en el sector, la señora Thompson tiene un televisor Philips de pantalla plana de cuarenta pulgadas en el que Dan Rather aparece un segundo en mangas de camisa y con el pelo ligeramente despeinado. (La gente de Bloomington parece preferir aplastantemente las noticias de la CBS; no está claro el porqué). Ya hay aquí otras muchas mujeres de la iglesia, pero no sé si he intercambiado saludos con nadie porque recuerdo que al entrar yo todo el mundo estaba mirando anonadado una de las pocas imágenes de vídeo que la CBS nunca volvió a emitir: un plano muy general de la Torre Norte en el que se veía la retícula de acero desnuda de los pisos superiores en llamas y varios puntos desprendiéndose del edificio y desplomándose pantalla abajo por entre el humo, puntos que luego un repentino acercamiento del plano reveló que era gente con abrigos y corbatas y faldas y con los zapatos cayéndoseles mientras ellos caían, algunos colgando de cornisas o de vigas y luego soltándose, cabeza abajo o retorciéndose mientras caían, y hubo una pareja que casi pareció (es inverificable) que se estaban abrazando mientras caían por todos aquellos pisos y se convirtieron de nuevo en puntos cuando la cámara regresó de repente a un plano general –no tengo ni idea de cuánto tiempo habían durado las imágenes–, después de lo cual la boca de Dan Rather pareció moverse un segundo sin que emergiera ningún sonido, y todos los que estábamos en la sala nos reclinamos en nuestras sillas y nos miramos entre nosotros con unas expresiones que parecían al mismo tiempo infantiles y terriblemente ancianas. Creo que una persona o dos hicieron alguna clase de ruido. No estoy seguro de qué más decir. Pare-

ce grotesco hablar de estar traumatizado por unas imágenes en vídeo cuando la gente en el vídeo estaba muriendo. Algo relacionado con el hecho de que también se les cayeran los zapatos lo hacía todavía peor. Creo que aquellas señoras mayores se lo tomaron mejor que yo. Luego la repulsiva belleza de las imágenes repetidas del segundo avión al chocar contra la torre, el azul y el plateado y el negro y el espectacular anaranjado de las mismas, mientras caían más puntos en movimiento. En la sala había dos sillas más, y un enorme sofá de pana que a F... y a mí nos había obligado a desatornillar la puerta principal de sus bisagras para meterlo en la casa. Todos los asientos estaban ocupados, lo cual significaba, creo, que había unas cinco o seis personas más, la mayoría mujeres, todas mayores de cincuenta años, y aún se oían más voces en la cocina, una de las cuales pertenecía a la psicológicamente delicada señora R..., a quien no conozco muy bien pero de quien se dice que antaño había sido una belleza de gran reputación local. Muchas de los presentes eran las vecinas de la señora Thompson, y algunas todavía iban en bata, y en diversos momentos hubo quien salió para ir a su casa a hacer una llamada y luego regresó, o bien se marchó del todo (una mujer joven se fue a sacar a sus hijos de la escuela), y después vino más gente. En un momento dado, más o menos a la hora en que la Torre Sur estaba cayendo de una forma tan aparentemente perfecta sobre sí misma (recuerdo haber pensado que se caía igual que se cae una dama elegante, pero fue el hijo normalmente bastante inútil e irritante de la señora Bracero, Duane, el que señaló que en realidad era como si uno cogiera unas imágenes de un despegue de la NASA y las pasara hacia atrás, lo cual ahora, después de haberlo visto varias veces, parece totalmente clavado), había por lo menos una docena de personas en la casa. La sala de estar estaba en penumbra porque en verano aquí todo el mundo tiene siempre las cortinas cerradas.*

* La sala de estar de la señora Thompson es también prototípica de la ciudad de Bloomington: ventanas de doble hoja, cortinas blancas de Sears con volantes, reloj comprado por catálogo con fondo de patos silvestres, revistero de fibra de madera con ejemplares del *Christian Science Monitor* y el *Reader's Digest*, estanterías empotradas que se usan para exhibir figuritas coleccionables y fotos

¿Es normal no recordar las cosas muy bien cuando solamente ha pasado un par de días, o por lo menos el orden de las cosas? Yo sé que en un momento dado se estuvo oyendo fuera durante un rato el ruido de alguien que cortaba el césped, lo cual parecía totalmente grotesco, pero no recuerdo si alguien hizo algún comentario al respecto. A veces parecía que nadie decía nada y a veces que todo el mundo estaba hablando al mismo tiempo. También había mucha actividad telefónica. Ninguna de esas mujeres tiene teléfono móvil (Duane tiene un busca cuya función no está clara), así que solo estaba el viejo aparato de pared que la señora Thompson tiene en la cocina. No todas las llamadas tenían sentido racional. Un efecto secundario del Horror era un deseo abrumador de llamar a todos tus seres queridos. Muy pronto quedó claro que no se podía llamar a Nueva York: marcar el 212 solo te devolvía un extraño sonido ululante. La gente no paraba de pedirle permiso a la señora Thompson, hasta que ella les dijo que se dejaran de tonterías y que por el amor de Dios usaran el teléfono y se acabó. Algunas de las mujeres se ponían en contacto con sus maridos, que estaban al parecer todos reunidos en torno a los televisores y las radios en sus diversos lugares de trabajo. Durante un rato los jefes estuvieron demasiado aturdidos como para mandar a la gente a sus casas. La señora Thompson tenía café hecho, pero otra señal de la crisis era que si querías uno te lo tenías que ir a buscar: en circunstancias normales aparecía sin más. Desde la puerta de la cocina recuerdo ver que se caía la segunda torre y no estar seguro de si era una repetición del derrumbe de la primera. Otra cosa que tiene la fiebre del heno es que no puedes estar seguro del todo de si alguien está llorando, pero durante las dos horas de Horror en directo, con informes añadidos del avión estrellado en Pensilvania y del traslado de Bush a un búnker de la Comandancia Estratégica del Aire y de un coche bomba que estallaba en Chicago

---

enmarcadas de parientes y de las familias de estos. Hay dos dechados de punto con la Desiderata y la Oración de san Francisco de Asís, antimacasares en todas las sillas buenas y moqueta de pared a pared tan tupida que no te ves los pies (la gente se quita los zapatos en la entrada: es una muestra básica de cortesía).

(esta última noticia después se desmintió), casi todo el mundo o bien lloró o bien estuvo a punto, dependiendo de las capacidades relativas de cada cual. La señora Thompson era la que menos decía de todos. No creo que llorara, pero tampoco se mecía en su balancín como de costumbre. La muerte de su primer marido fue al parecer repentina y espeluznante, y sé que durante la guerra F... estuvo en el campo de batalla y ella se pasó semanas enteras sin tener noticias de él y sin saber siquiera si estaba vivo. La principal contribución de Duane Bracero era no parar de repetir cuánto se parecía aquello a una película. Duane, que tiene por lo menos veinticinco años pero sigue viviendo en casa de sus padres mientras supuestamente estudia para ser soldador, es una de esas personas que siempre llevan camisetas de camuflaje y botas militares pero que jamás soñaría con alistarse (y para ser justos, yo tampoco). También llevaba puesta su gorra, cuya parte delantera promocionaba algo llamado SLIPKNOT, porque no se la había quitado al entrar en casa de la señora Thompson. Siempre parece ser importante tener alrededor por lo menos a una persona a la que odiar.

Resultó que la causa del derrumbe que estaba teniendo en la cocina la pobre y nervuda señora R... era que tenía o bien una hija de su sobrina o una prima segunda que estaba con alguna clase de beca en Time Inc., en el Edificio Time-Life o como se llamara, del cual lo único que sabían la señora R... y quien fuera que se las había apañado para llamar es que era un rascacielos vertiginosamente alto situado en alguna parte de Nueva York, así que ahora la mujer estaba loca de preocupación, y otras dos señoras llevaban con ella todo el tiempo cogiéndole las manos y tratando de decidir si llamaban a su médico (la señora R... tiene una historia médica), y yo terminé haciendo en gran medida lo único bueno que pude hacer en todo el día, que fue explicarle a la señora R... donde estaba el Midtown de Manhattan. Salió entonces a la luz que ninguna de las personas con las que estaba presenciando el Horror –ni siquiera las dos señoras que habían ido a ver el musical *Cats* como parte de un viaje de grupo organizado por su iglesia en 1991– tenían la menor idea de la planificación urbana de Nueva York y no sabían, por ejem-

plo, lo increíblemente lejos que estaban el distrito financiero y la estatua de la Libertad; esto último hubo que enseñárselo señalando el océano que se veía en primer plano en el skyline que todas conocían tan bien (de la tele).

Aquella pequeña lección de geografía de pacotilla fue el principio de una sensación de alienación hacia aquella buena gente que se fue acumulando en mí durante toda la parte del Horror en que la gente huía del polvo y de los escombros. Estas mujeres de quienes hablo no son tontas ni ignorantes. La señora Thompson puede leer latín y español, y la señorita Voigtlander es una terapeuta del habla certificada que una vez me explicó que el extraño ruido como de tragar saliva que hace Tom Brokaw, el presentador de la NBC, y que distrae tanto cuando lo escuchas, es un defecto del habla que se llama «ele glotal». Fue una de las señoras que estaban en la cocina apoyando a la señora R... quien señaló que el 11 de septiembre era el aniversario de los Acuerdos de Camp David, algo que ciertamente yo desconocía.

Lo que aquellas señoras de Bloomington eran, o eso me empezaba a parecer, es inocentes. En la sala había lo que a muchos americanos les parecería una sorprendente y pronunciada falta de cinismo. Por ejemplo, a ninguno de los presentes se les ocurrió hacer ningún comentario sobre el hecho de que era un poco extraño que *los tres* presentadores de las tres cadenas fueran en mangas de camisa, o considerar la posibilidad de que el hecho de que Dan Rather estuviera despeinado podía no ser del todo accidental, o que la repetición constante de imágenes horribles pudiera no estar teniendo lugar solamente en caso de que hubiera espectadores que acabaran de encender el televisor y todavía no las hubieran visto. Ninguna de las señoras pareció darse cuenta de que los extraños ojos pequeños y apagados del presidente parecían estar acercándose cada vez más entre sí a lo largo de su discurso grabado, ni tampoco del hecho de que algunas de sus frases sonaban idénticas casi hasta el plagio a las que había pronunciado hacía un par de años Bruce Willis (interpretando, recuerden, a un chiflado de derechas) en *Estado de sitio*. Ni tampoco del hecho de que si ver cómo se desplegaba el Horror

resultaba tan profundamente extraño era por lo menos en parte debido al hecho de que algunos planos y escenas eran reflejos increíblemente fieles de las tramas de todas aquellas películas, desde *La jungla de cristal 1* a *3* hasta *Air Force One*. Nadie era lo bastante sofisticado como para interponer la enfermiza y obvia queja posmoderna: Esto Ya Lo Hemos Visto. En cambio, lo que hacían era sentirse muy mal y rezar. En el grupo de la señora Thompson no había nadie lo bastante nauseabundo como para incitar a todo el mundo a rezar en voz alta o a formar un círculo de oración, pero aun así se notaba lo que estaban haciendo.

No se equivoquen ustedes, esto es en gran medida algo bueno. Te obliga a pensar y a hacer cosas que lo más seguro es que no harías si estuvieras solo, como por ejemplo, mientras estabas viendo el discurso, cerrar los ojos y rezar, en silencio y con fervor, por que te estuvieras equivocando sobre el presidente, por que tu visión de él estuviera tal vez distorsionada y él en realidad fuera mucho más inteligente y sustancial de lo que tú creías, y no un simple gólem sin alma o un nexo de intereses corporativos trajeado, sino un estadista valiente y probo y... y está bien, es bueno rezar así. Es simplemente que tener que hacerlo te hace sentir un poco solo. Puede ser un poco agotador estar rodeado de gente verdaderamente decente e inocente. Ni por un momento voy a sugerir que todo el mundo que conozco en Bloomington es como la señora Thompson (por ejemplo, su hijo, F..., no lo es, aunque es una persona excepcional). Más bien estoy intentando explicar que una parte de lo horrible que resultó el Horror venía de saber, en el fondo de mi corazón, que la América que los pilotos de aquellos aviones odiaban tanto era en mucha mayor medida mi América, y la de F..., y la del pobre y detestable Duane, que la de aquellas señoras.

2001

CÓMO TRACY AUSTIN ME ROMPIÓ EL CORAZÓN

Debido a que toda la vida he sido fan acérrimo del tenis en general y de Tracy Austin en particular, casi nunca había tenido tantas ganas de leer unas memorias de deportista como las que tuve de leer *Beyond Center Court: My Story* de la señorita Austin, escrito junto con Christine Brennan y publicado por Morrow. Se trata de una clase de libro para el gran mercado –la autobiografía de estrella del deporte escrita con «ayuda» de alguien más– que yo parezco comprar y leer a mansalva, con toda clase de vacilaciones y disimulo y momentos de vergüenza, normalmente poniendo esos libros debajo de algo más intelectual cuando voy a pagar a la caja. Sin embargo, creo que es posible que las memorias de Austin hayan acabado con mi afición por el género.

Esto es lo que dice *Beyond Center Court* sobre el primer set de su final contra Chris Evert en el Open de Estados Unidos de 1979: «Con 2-3 en el marcador, le rompí el servicio a Chris, luego ella me lo rompió a mí, yo se lo volví a romper, así que íbamos 4-4».

Y sobre su epifanía después de ganar aquella final: «Inmediatamente supe lo que había hecho, que era ganar el Open de Estados Unidos, y me sentí emocionada».

Tracy Austin sobre los rigores psicológicos de la competición profesional: «Todos los atletas profesionales tienen que estar muy bien preparados mentalmente».

Tracy Austin sobre sus padres: «Mi padre y mi madre nunca jamás me presionaron».

Tracy Austin sobre Martina Navratilova: «Es una persona maravillosa, muy sensible y cariñosa».

Sobre Billie Jean King: «También es increíblemente encantadora y complaciente».

Sobre Brooke Shields: «Era muy dulce y brillante y no me costó nada hablar con ella desde el principio».

Tracy Austin medita sobre la excelencia: «Hay un pequeño extra que algunos estamos dispuestos a dar y otros no. ¿Por qué será? Yo creo que es el desafío de ser el mejor».

Ya se hacen ustedes una idea. Mirando el lado bueno, sin embargo, esta autobiografía sobrecogedoramente insulsa tal vez pueda ayudarnos a entender tanto el atractivo como la decepción que parecen ser intrínsecos a las memorias de deportistas para el gran mercado. Pese a ser casi todos invariablemente malos, estos libros tipo «Mi historia» venden cantidades increíbles. Es por eso por lo que hay tantos. Y venden tanto porque las historias de los atletas parecen prometer algo más que las autobiografías normales y corrientes de famosos dejando caer nombres de otros famosos.

He aquí una teoría. Los atletas de élite resultan atractivos porque encarnan los logros basados en la comparación que los americanos reverenciamos –son *más* rápidos, *más* fuertes– y porque lo hacen de una forma totalmente carente de ambigüedades. Las cuestiones de quién es el mejor fontanero o quién es el mejor contable de gestión son imposibles hasta de definir, mientras que el mejor lanzador suplente en béisbol, el mejor lanzador de tiros libres en baloncesto o la mejor jugadora de tenis femenino están sujetos en todo momento a registros estadísticos públicos. Los atletas de élite nos fascinan porque apelan a nuestras obsesiones gemelas por la superioridad competitiva y los datos fríos.

Además, son gente hermosa: Jordan flotando en el aire como una novia de Chagall, Sampras lanzando una volea en un ángulo que desafía a Euclides. Y resultan inspiradores. Los atletas de élite mundial que esculpen excepciones a las leyes de la física poseen una belleza trascendente que hace que Dios se manifieste con forma humana. Así que en realidad tengo más de una teoría. Los grandes atletas son la profundidad en movimiento. Permiten que abstracciones como «poder» y «elegancia» y «con-

trol» no solamente se hagan carne, sino también carne de televisión. Ser un atleta de élite en acción es ser ese híbrido exquisito de animal y ángel que los espectadores medios y no hermosos casi nunca conseguimos ver en nosotros mismos.

Así que queremos conocerlos, a esos triunfadores físicos superdotados y tenaces. También nosotros, como público, somos tenaces: no nos basta con ver el evento deportivo. Queremos tener una relación íntima con toda esa profundidad. Queremos entrar en ellos; queremos la Historia. Queremos oír historias de orígenes humildes, de precocidad, de constancia sombría, de desánimo, de persistencia, de espíritu de equipo, de sacrificio, de instinto asesino, de linimento y dolor. Queremos saber cómo lo hicieron. ¿Cuántas horas pasaba cada noche Bird de niño en la entrada para coches de su casa practicando lanzamientos en suspensión bajo reflectores de instalación casera? ¿A qué horas intempestivas se levantaba Bjorn para entrenar por las mañanas? ¿Qué marca exacta de coches empujaban por las calles de Chicago los hermanos Butkus para ejercitarse? ¿A qué tuvieron que renunciar Palmer y Brett y Payton y Evert? Y, por supuesto, también queremos saber *qué se siente*, por dentro, cuando se es al mismo tiempo hermoso y el mejor («¿Qué se siente al ganar el trofeo más importante?»). ¿Qué combinación de mente en blanco y concentración hace falta para meter la pelota con un tiro corto de golf o un tiro libre de baloncesto, a cambio de miles de dólares y delante de millones de ojos que miran sin pestañear? ¿Qué les pasa por la mente? ¿Acaso esos atletas son gente de verdad? ¿Se parecen aunque sea remotamente a nosotros? ¿Se parece la Agonía de sus Derrotas aunque sea un poco a las pequeñas agonías de nuestras frustraciones cotidianas? Y, por supuesto, ¿qué hay de la Emoción de la Victoria? ¿Cómo se debe de sentir uno al levantar ese dedo que indica «Soy el número uno» y ser capaz de hacerlo *de verdad*?

Yo tengo más o menos la misma edad que Tracy Austin y jugué al tenis de competición en las mismas categorías juveniles que ella, a medio país de distancia y varios niveles por debajo de ella. Cuando todos nos enteramos, en 1977, de que una chica de California que acababa de cumplir catorce años había ganado

un torneo profesional en Portland no nos sentimos tan celosos como simplemente pasmados. Ninguno de nosotros podía acercarse siquiera a plantearle problemas a un jugador de dieciocho años de categoría, ya no digamos a adultos del circuito profesional. Empezamos a buscarla ansiosamente en las revistas de tenis y a localizar sus partidos en canales de cable poco conocidos. Medía metro cuarenta y pesaba treinta y nueve kilos. Daba unos golpes infernales a la pelota y nunca fallaba y nunca se quedaba sin aire y llevaba ortodoncia y unas coletas que se balanceaban salvajemente mientras apalizaba a las profesionales. Fue la primera verdadera estrella infantil del tenis femenino, y a finales de los setenta era prodigiosa, hermosa e inspiradora. Su juego tenía una genialidad adulta incongruente, que su risita de niña y su peinado tontorrón hacían todavía más radiante. Recuerdo haber meditado, con toda la intensidad con que se puede a los quince años, sobre las diferencias que nos mantenían a aquella chica y a mí en nuestros lados respectivos de la pantalla de televisión. Ella era un genio y yo no. ¿Cómo debía de sentirse? Yo tenía preguntas muy importantes que hacerle. Me moría de ganas por oír su versión.

Así pues, esto es lo que quería decir sobre el atractivo de estas memorias de deportistas orientadas al gran mercado: debido a que los atletas de élite son profundos, debido a que pueden hacer que cierto tipo de genialidad se vuelva todo lo carnalmente discernible que puede ser, estas invitaciones escritas por otro a entrar en sus vidas y en sus cabezas resultan terriblemente seductoras para los compradores de libros. De forma explícita o no, las memorias nos prometen algo: dejarnos penetrar en el misterio indefinible de lo que convierte a algunas personas en genios, en semidioses, compartir con nosotros el secreto y de esa forma revelar la diferencia entre nosotros y ellos y borrarla, borrar un poco esa diferencia... darnos la (queremos, esperamos, solamente una, la narración maestra, la clave) Historia.

Por muy seductoras que sean sus promesas, sin embargo, esas autobiografías casi nunca valen la pena. Y *Beyond Center Court: My Story* es especialmente malo. El libro no fracasa tanto porque esté mal escrito (que lo está: no sé cuál se supone que era la

función de mejora de la escritora Brennan, pero cuesta de ver cómo la propia Austin podría haber hecho algo peor que doscientas páginas muertas de «El tenis me llevó como si fuera una alfombra mágica a toda clase de sitios y a toda clase de gente», solamente animadas por espantos del tipo «Las lesiones –el signo del resto de mi carrera– estaban a punto de adueñarse de mí»), sino porque comete el que todo estudiante universitario de segundo año sabe que es el crimen capital de la prosa expositiva: se olvida de a quién se supone que va dirigido.

Como es obvio, la lealtad principal de unas buenas memorias comerciales tiene que ser hacia el lector, la persona que está invirtiendo su dinero y su tiempo para acceder a la conciencia de alguien a quien desea conocer y a quien nunca conocerá. Pero *Beyond Center Court* carece de lealtad hacia el lector. La principal filiación de la autora parece ser para con su familia y amigos. Se dedican páginas enteras a soporíferos tributos estilo gala de los Oscar a padres, hermanos y hermanas, entrenadores, preparadores físicos y agentes, además de pequeños farfulleos elogiosos a básicamente todos los deportistas y gente famosa que Austin ha conocido en su vida. En particular, la narración que lleva a cabo de su carrera (extremada y trascendentalmente interesante) en el tenis de competición se pierde en digresiones de simpatía y cariño hacia todos y cada uno de los oponentes a quienes se enfrenta. Ejemplo típico: en la tercera ronda del torneo de Wimbledon se enfrentó a la americana Barbara Potter, de quien se nos dice que

> es una bellísima persona. Barbara fue muy amable conmigo durante mis lesiones, me mandaba libros, se mantenía en contacto y me llamaba para ver cómo me iban las cosas. Barbara era con diferencia una de las personas más listas del circuito; me he enterado de que ahora está yendo a la universidad, que es algo que requiere mucho valor para una mujer de nuestra edad. Conociendo a Barbara, estoy segura de que está trabajando más duro que todos sus compañeros.

Pero también hay una extraña lealtad y un gusto por los mismos tópicos con que los fans de los deportes tejemos el velo de mito y misterio que estas memorias de deportistas prometen

abrir para nosotros. Es casi como si Tracy Austin hubiera estructurado sus propias ideas acerca de su vida y su carrera de acuerdo con las fórmulas de la biografía genérica de deportista. Tenemos a la madre sensible que adora a su hija, al padre bondadoso, a los hermanos y hermanas traviesos que tratan a Tracy como si fuera una niña normal y corriente. Tenemos a la heroína ingenua cuya inocencia es erosionada por la experiencia y trascendida mediante las puras agallas; tenemos al entrenador huraño pero provisto de buen corazón y a las veteranas fríamente escépticas que acaban por aceptar a la heroína. Tenemos a la rival malvada y traicionera (Pam Shriver, que recibe la única mención no empalagosa del libro). Hasta tenemos las raíces humildes que son requisito de todos los mitos. Austin, cuyo padre es científico y trabaja para una corporación y cuya madre es una de esas señoras esbeltas y morenas que parecen pasarse el día entero en las pistas de tenis del club de campo, intenta presentar su infancia en la población pija de Rolling Hills Estates, California, como una época de pobreza: «Teníamos que ser frugales de todas las maneras imaginables[...] reducíamos los gastos bebiendo leche en polvo[...] no comíamos beicon más que en Navidad». No parece que nada de todo esto tenga visos de realidad, hasta que nos damos cuenta de que la clase de realidad que la autora ha elegido no es solamente irreal sino anti-real.

De hecho, aunque su tono de comunicado de prensa y su estructura de mito genérico dejan muy poco espacio para la revelación, es la falta de pericia de la narradora lo que nos permite los escasos vislumbres de algo parecido a una vida real y con facetas. Es decir, que el alivio a las lealtades desencaminadas del libro solo se puede encontrar en aquellos lugares donde la autora parece traicionarlas sin darse cuenta. Por ejemplo, afirma, en repetidas ocasiones y con fervor casi gertrudiano, que su madre «no la obligó» a meterse en el tenis a los tres años de edad, pero al parecer a Tracy Austin no se le ha ocurrido nunca que una niña de tres años ni siquiera es lo bastante consciente de sus opciones como para necesitar que la obliguen. Hablamos de la hija de una mujer que se pasó la tarde anterior al nacimiento de Tracy lanzándoles pelotas de tenis a sus otros cuatro hijos, tres

de los cuales también terminaron siendo jugadores profesionales de tenis. Muchos de los recuerdos acerca de la señora Austin parecen casi vieneses por su grado de represión –«Mi madre siempre se aseguró de que me comportaba bien en la pista, pero es que yo nunca me planteé portarme mal»–, y algunos de los detalles que Austin elige para poner de manifiesto «lo poco intensa que fue realmente mi formación tenística» son directamente espeluznantes:

> La gente cree que todos los jugadores jóvenes de tenis son muy obsesivos, pero en mi caso no fue cierto. Hasta los catorce años nunca jugué a tenis en lunes [...] Mi madre se aseguraba de que yo nunca fuera a la pista siete días seguidos. Ella no iba al club los lunes, así que nosotros tampoco íbamos nunca.

Y la cosa se vuelve aún más rara. En un momento posterior de la sección que el libro dedica a su infancia, Austin habla de la «maravillosa amistad» que tuvo con un hombre de su club de campo que «me organizaba [...] partidos contra rivales de años posteriores que no sabían nada de mí, y que [...] les ganó mucho dinero a sus amigos», y el tipo, como muestra de amistad, «me regaló un collar con un colgante en forma de T. La T tenía catorce diamantes». Parece ser que en aquel momento ella tenía diez años. Según lo que la ya adulta Austin explica de esa relación en el libro: «El hombre era un abogado criminalista muy rico. Con todos los regalos que me hacía, hizo que me sintiera especial». Vaya individuo. Y se refiere a su empleo *de facto* en lo que técnicamente se conoce como proxenetismo deportivo con estas palabras: «Era una diversión sana».

En la sección siguiente, Austin recuerda un torneo profesional en 1978 en Japón en el que no tenía muchas ganas de participar:

> Estaba muy lejos de casa y yo estaba cansada de la paliza de los viajes. No paraban de ofrecerme más y más dinero en concepto de honorarios por asistir –más de cien mil dólares–, pero yo les dije que no. Por fin, me ofrecieron llevar en avión a toda mi familia. Y lo hicieron. Fuimos y gané con facilidad.

Además de hacer gala de un extraño sentido de las finanzas (¿no quería ir por más de cien mil dólares pero sí quería si añadían unos dos mil más en concepto de billetes de avión?), aquí Tracy Austin parece no darse cuenta del hecho de que, a finales de los setenta, cualquier jugador que aceptara un pago garantizado solo por participar en un torneo estaba violando una norma fundamental del circuito. La explicación es que las asociaciones de jugadores de ambos sexos han declarado ilegales estos pagos porque amenazan tanto la integridad real del tenis profesional como la imagen de la misma. Un torneo que ha pagado una garantía cuantiosa a un jugador estrella –que lo quiere en el sorteo porque su celebridad va a hacer aumentar la venta de entradas, el patrocinio de empresas, los ingresos televisivos, etcétera– tiene a partir de entonces un interés obvio en que el jugador sobreviva en el torneo, y por tanto tiene un interés igualmente obvio en evitar que le cause problemas algún jugador menos conocido durante las primeras rondas, lo cual, como los árbitros y jueces de línea están a sueldo del torneo, puede provocar arbitrajes turbios. Y ha pasado. Cosas mucho más extrañas se han visto que el hecho de que un jugador estelar reciba un número sospechoso de fallos favorables del juez de línea... aunque parece que Tracy Austin nunca ha oído hablar de nada semejante.

La ingenuidad que despliega a lo largo de sus memorias es doblemente desconcertante. Por un lado, en esta narradora hay pocos signos de nada parecido a la actividad del lóbulo frontal del cerebro que se requiere para el engaño abierto. Por otro lado, la ignorancia por parte de Austin de las realidades más sórdidas de su deporte parece literalmente increíble. Ejemplos al azar. Cuando ve a una jugadora dejarse ganar un partido en un torneo de 1988 a fin de sacar tiempo para una lucrativa aparición en un anuncio de la tele, Tracy «no lo podía creer [...] Nunca había jugado contra nadie que tirara el partido, así que tardé un set y medio en darme cuenta de lo que estaba pasando». Y esto a pesar de que dejarse ganar había sido declarado públicamente y por todos los medios como una consecuencia funesta del ascenso meteórico de los honorarios de promoción

y exhibición por lo menos durante los once años que Austin llevaba en el tenis profesional. O bien, en relación con las drogas, aunque en la década de 1980 no solamente se habían reconocido los problemas del tenis profesional con todas las sustancias salvo la heroína y la cocaína sino que se había escrito mucho sobre los mismos,* Austin consigue provocar tanto la burla como la piedad en el lector con pronunciamientos del tipo: «Yo supongo que había jugadoras que experimentaban con marihuana y que ciertamente bebían alcohol, pero no sé quiénes ni dónde ni cuándo. A mí no me invitaban a aquellas fiestas, si es que existían. Y me alegro mucho». Etcétera, etcétera.

En última instancia, sin embargo, lo que hace que *Beyond Center Court* sea tan especialmente decepcionante es que podría haber sido mucho más que unas memorias de deportista del montón de esas de «Nací para jugar». Tanto la vida de Tracy Austin como su trayectoria son casi materia de tragedia clásica. Fue la primera de las ahora omnipresentes nínfulas prodigio del tenis, y su ascenso fue meteórico. Sacada del anonimato cuando era una niña pequeña por el gurú de la formación Vic Braden, Austin salió en portada de la revista *World Tennis* a los cuatro años. Jugó su primer torneo juvenil a los siete años, y a los diez ya se había proclamado campeona nacional en la categoría de hasta doce años, tanto en pista cubierta como al aire libre, y la invitaban a jugar torneos públicos de exhibición. A los trece había ganado títulos nacionales en la mayoría de los grupos de edad juveniles, había sido reclutada como profesional por la liga World Team Tennis y había aparecido en portada de *Sports Illustrated* con el eslogan «Ha nacido una estrella». A los catorce, después de vapulear hasta a la última jugadora femenina de la categoría juvenil de Estados Unidos, entró en las rondas preliminares de su primer torneo profesional y consiguió no solo pasar las rondas clasificatorias sino ganar el torneo: una gesta más o menos equiparable a que alguien que no tuviera la edad para sacarse el car-

* El libro *Short Circuit* (Atheneum, 1983), del reportero de Associated Press Michael Meshaw, no es más que un ejemplo de algo que salió publicado en todo el país sobre las drogas en el circuito del tenis.

net de conducir ganara las quinientas millas de Indianápolis. Jugó el torneo de Wimbledon a los catorce años, se hizo profesional en primero de bachillerato, ganó el Open de Estados Unidos a los dieciséis y se convirtió en número uno del ranking mundial con solo diecisiete años, en 1980. Aquel fue el mismo año en que el cuerpo le empezó a fallar por todas partes. Se pasó los cuatro años siguientes prácticamente lisiada por las lesiones y extraños accidentes, jugando de forma esporádica y viendo cómo su puesto en el ranking descendía en picado, y a todos los efectos prácticos se retiró del tenis a los veintiún años. En 1989, su único intento serio de regresar al tenis terminó de camino al Open de Estados Unidos, donde un conductor que se había pasado el límite de velocidad se saltó un semáforo en rojo y estuvo a punto de matarla. Ahora, mientras esto se escribe, se dedica profesionalmente a ser ex estrella del deporte, lleva clínicas de famosos para empresas patrocinadoras y hace tristes espacios breves de comentarios coloristas para alguno de los mismos canales de cable donde yo la vi jugar por primera vez.

Lo que resulta casi griego de la trayectoria de su carrera es que la virtud más llamativa de Tracy Austin, un perfeccionismo incansable y adicto al trabajo que se combinó con el talento en estado puro para convertirla en un éxito tan prodigioso, resultó ser también su ruina. Siempre fue, aun después de la pubertad, una persona diminuta, y su régimen obsesivo de entrenamientos y su esfuerzo infatigable en todos y cada uno de sus partidos empezaron a pasarle factura causándole lo que los médicos deportivos saben hoy día que no son más que simples consecuencias de la hipertrofia y el desgaste crónico: esguinces del ligamento de la corva y del flexor de la cadera, ciática, escoliosis, tendinitis, fracturas por sobrecarga, fascitis plantar. Y por si fuera poco, como la desgracia clásicamente engendra más desgracia, resulta que era propensa a los accidentes extraños: entrenadores que se caen encima de ella mientras están patinando sobre hielo y le rompen el tobillo, quiroprácticos psicóticos que le desconyuntan la columna, camareros que la salpican con agua hirviendo, conductores daltónicos que se saltan el límite de velocidad en la JFK Parkway.

Una autobiografía exitosa de Tracy Austin, por tanto, podría habernos permitido a los simples fontaneros y contables algo más que el simple acceso al genio no cuestionado de una niña prodigio del deporte o a su ascenso ultraveloz a la cima de una jerarquía unívoca y matemáticamente calculada. Un libro así podría habernos ayudado a aceptar el lado oscuro del mito deportivo. Lo único que Tracy Austin supo hacer alguna vez, su arte –lo que los griegos expertos en tragedias habrían llamado su *techné*, ese estado en que el dominio que tenía Austin de su oficio facilitaba su comunión con los mismos dioses–, le fue arrebatado a una edad en la que la mayoría de nosotros todavía estamos empezando a pensar en serio en comprometernos con alguna meta. Unas memorias así podrían haber tratado tanto sobre la seductora inmortalidad del éxito competitivo como de la menos seductora pero mucho más significativa fragilidad y naturaleza efímera de todos los eventos competitivos en los que los humanos mortales buscan la inmortalidad. La historia de Austin, puesto que la difícil situación de una esforzada niña prodigio del deporte que ya está acabada a los veintiún años no difiere más que en una cuestión de grado de la de un esforzado contable y padre de familia que muere a los sesenta y dos, podría haber sido profunda. El libro, puesto que tenerlo todo a los diecisiete años y luego perderlo todo a los veintiuno por razones que no puedes controlar viene a ser como la muerte salvo por el hecho de que después tienes que seguir viviendo, podría haber sido realmente inspirador. Y el texto de la solapa del libro promete exactamente eso: «La inspiradora historia de la larga lucha de Tracy Austin por encontrar una vida más allá del tenis oficial».

Pero la solapa del libro miente, porque resulta que en la sobrecubierta del libro solo se usa el término *inspirador* en su acepción de tópico publicitario, un término básicamente equivalente a *conmovedor* o *positivo* o hasta (que Dios me perdone) *triunfante*. Como todos los buenos tópicos publicitarios, consigue sugerirlo todo y no significar nada. Cuando se usa de forma honorable, *inspirar* quiere decir, según el señor American Heritage, «animar la mente o las emociones de uno; comunicar mediante influen-

cia divina». Lo cual equivale a decir que *inspirador*, cuando se usa de forma honorable, describe exactamente aquello en lo que se convierte un gran deportista cuando está en la pista jugando, compartiendo esa divinidad particular para la que ha recibido la vida, dejando que la gente contemple ejemplos concretos y transitorios de una gracia que para la mayoría de nosotros casi siempre es abstracta e inmanente.

Por muy trascendentes que fueran los logros públicos de Tracy Austin en la pista, su autobiografía no se acerca ni por un momento a honrar la promesa que hace su solapa de ser «inspiradora». Porque olvídense de lo de divino: en sus páginas ni siquiera hay nada que podamos reconocer como humano. Y no es solamente por culpa de la prosa torpe o la estructura luxada. El libro está muerto porque no comunica ningún sentimiento real y por lo tanto no nos transmite ninguna impresión de una persona consciente. No hay nadie al otro lado de la línea. Todos los momentos o acontecimientos o giros emocionalmente significativos son transmitidos o bien en un *staccato* de ordenador o bien en un lenguaje estandarizado de relaciones públicas cuya única función es (piensen en ello) amortiguar los sentimientos. Vean, por ejemplo, cómo narra Austin el momento en que acababa de derrotar a una adulta de categoría mundial para ganar su primer torneo profesional:

> Fue un partido duro y yo simplemente aguanté más que ella. Ya me estaba empezando a ganar cierta reputación en ese sentido. Cuando uno juega desde el fondo de la pista, la persistencia lo es todo. El dinero que ganaba la que quedara primera eran veintiocho mil dólares.*

O comprueben la descripción que hace el libro del clímax trágico de su carrera. Después de trabajar durante cinco años

* O escuchen otra vez el informe de cómo se sintió al ganar su primer Open de Estados Unidos: «Inmediatamente supe lo que había hecho, que era ganar el Open de Estados Unidos, y me sentí emocionada». No me puedo quitar esta frase de la cabeza; es como la decepción entera del libro comprimida en forma de un solo fragmento muerto.

para preparar su regreso y luego, mientras iba literalmente de camino al Centro Nacional de Tenis de Flushing Meadows, recibir el impacto lateral de una furgoneta que le destrozó la pierna por pura mala suerte, Tracy Austin vio acabada para siempre su carrera como atleta de categoría mundial y obligada a pasar semanas enteras acostada en tracción y pensando en el final de la única vida que había conocido. En *Beyond Center Court*, la reacción de Austin a esto en forma de prosa inspiradora consiste en citar a Leo Buscaglia e informarnos del hecho de que así ella descubrió que le entusiasmaba ir de compras, y luego darnos una atroz lista que ocupa un capítulo entero de toda la gente famosa que ha conocido.

Por supuesto, ni Austin ni su libro son casos aislados. Es difícil no ver que ese mismo aire de banalidad robótica impregna no solamente el género de las memorias de deportista, sino también los rituales mediáticos en los que a los atletas de élite les piden que describan el contenido o el significado de su *techné*. Pongan ustedes cualquier entrevista televisiva después de una competición: «Kenny, ¿cómo te has sentido al atrapar por los pelos de forma tan sensacional esa bola que os ha dado el partido cuando ya no quedaba nada de tiempo, y quiero decir *cero* segundos de tiempo?». «Bueno, Frank, me he sentido muy contento. Me he sentido muy feliz y también contento. Todos hemos trabajado mucho y hemos llegado muy lejos como equipo y siempre produce buenas sensaciones poder aportar lo tuyo.» «Mark, has conseguido home-runs las ocho últimas veces que has bateado y ahora vas líder de las dos ligas en carreras impulsadas. ¿Algún comentario?» «Bueno, Bob, yo miro siempre el lanzamiento que tengo delante. He estado concentrándome en las cosas básicas, ya sabes, y en tratar de aportar mi granito de arena, y todos sabemos que tenemos que mirar el partido que tenemos delante y estar ahí y no mirar más allá y limitarnos a hacerlo siempre lo mejor que podamos.» Estas cosas resultan pasmosas, y sin embargo parecen ser inevitables, tal vez casi hasta necesarias. Los mismos barítonos con sus blazers de las cadenas de televisión continúan apareciendo después de los partidos y pidiéndoles a esos genios físicos que suelten esas mismas sar-

tas permutatorias de tópicos muertos, sartas que al cabo de un tiempo empiezan a sonar como una extraña canción de cuna, y que por supuesto ninguna cadena solicitaría y emitiría una vez detrás de otra si no hubiera un público grande y serio ahí fuera a quien esas banalidades le parecen correctas y adecuadas. Como si la vacuidad de las descripciones que hacen esos atletas de sus sentimientos confirmara algo que necesitamos creer.

Muy bien, ahí va entonces el meollo obvio de la cuestión: los grandes atletas suelen resultar pasmosamente incapaces de hablar sobre esas cualidades y experiencias que constituyen lo fascinante de sí mismos. Para mí, sin embargo, la pregunta más importante es por qué esto resulta siempre tan amargamente decepcionante. Y por qué sigo comprando esas memorias de deportistas con unas expectativas que mi propia experiencia con el género hace tiempo que tendría que haber modificado... y por qué casi siempre me siento frustrado y cabreado cuando las termino. Una posible respuesta, por supuesto, es que las autobiografías comerciales como esta prometen algo que no pueden cumplir: acceso personal y verbal a una modalidad intrínsecamente pública y preformativa de genialidad. El problema de esta respuesta es que yo y el resto del mercado americano del libro no somos tan tontos: si solo fuera una cuestión de promesas imposibles, al cabo de un tiempo nos acabaríamos dando cuenta, y a las editoriales dejaría de resultarles rentable sacar estas autobiografías como churros.

Tal vez lo que nos hace seguir comprándolas a pesar de la decepción constante es cierta compulsión profunda tanto a experimentar la genialidad en forma concreta como a universalizar la genialidad de forma abstracta. La genialidad verdadera e indisputable es tan imposible de definir, y la *techné* verdadera tan pocas veces visible, que tal vez esperamos de forma automática que las personas que son atletas geniales sean también oradores y escritores geniales, que sean elocuentes, perceptivos, sinceros y profundos. Si lo que ocurre únicamente es que esperamos de forma ingenua que los genios del movimiento también sean genios de la reflexión, entonces el hecho de que no lo sean no debería parecernos en absoluto más cruel ni más decepcionan-

te que la mandíbula de cristal de Kant o la incapacidad de Eliot para batear un lanzamiento curvo.

Por mi parte, sin embargo, creo que hay algo más profundo, y más temible, que hace que mi esperanza siga yendo un paso por delante de mi experiencia pasada mientras me encamino a la caja registradora de la librería. Me sigue resultando muy difícil reconciliar la insulsez de la mente narrativa de Austin, por un lado, con los extraordinarios poderes mentales que hacen falta en el tenis de alta competición, por el otro. Cualquiera que se trague la idea de que los grandes atletas son tontos tendría que echar un vistazo de cerca a un manual de jugadas de la NFL, o al diagrama que hace un entrenador de baloncesto de una defensa en zona 3-2... o una grabación de archivo de la señorita Tracy Austin lanzando la pelota una y otra vez a la esquina de una pista de tenis, a una velocidad imparable y desde una distancia de veinticuatro metros, con cantidades enormes de dinero en juego y multitudes tremendas mirando cómo lo hace. ¿Alguna vez han intentado concentrarse en hacer algo difícil con una multitud de gente mirando? O peor, con una multitud de espectadores que expresan en voz alta su esperanza de que falles para que su favorito te pueda ganar. En los partidos de bajo nivel que yo disputé como juvenil, ante públicos que casi nunca alcanzaban las tres cifras, yo estaba que apenas me podía controlar el esfínter. Me volvía loco a mí mismo: «... Pero ¿y si ahora hago una doble falta y dejo que el otro me rompa el servicio con toda esta gente mirando...? No pienses en ello... Sí, pero es que si estoy no pensando en ello de forma consciente, entonces, ¿acaso una parte de mí no tiene que pensar en ello a fin de que yo recuerde qué es lo que se supone que no tengo que pensar...? *Cállate*, deja de pensar en ello y sirve la maldita pelota... pero ¿cómo puedo estar hablando conmigo mismo sobre no pensar en ello a menos que siga siendo consciente de qué es eso en lo que no estoy pensando?», etcétera. Me quedaba dividido, paralizado. Como les pasa a la mayoría de los deportistas mediocres. Quedarse paralizado y sin aire. Perder la concentración. Quedarse cohibido. Dejar de estar plenamente presentes en nuestras voluntades y decisiones y movimientos.

No es accidental que a los grandes deportistas a menudo se les llame «natos», porque son capaces, cuando están practicando su deporte, de estar totalmente presentes: son capaces de obedecer a sus instintos y a su memoria muscular y a su voluntad autónoma de tal forma que agente y acción sean una sola cosa. Los grandes atletas pueden hacer esto aun estando –y en el caso de los grandes de verdad como Borg y Bird y Nicklaus y Jordan y Austin, *sobre todo* cuando están– bajo una presión y un escrutinio sobrecogedores. Pueden soportar fuerzas de distracción que romperían por la mitad una mente propensa al miedo a sentirse cohibida.

El verdadero secreto que hay detrás de la genialidad de los deportistas de élite, por tanto, puede ser tan esotérico y obvio y tedioso y profundo como el mismo silencio. La respuesta verdadera y cubierta de muchos velos a la pregunta de qué es lo que le pasa por la mente a un gran jugador mientras está en el centro de una multitud hostil y orienta la dirección del tiro libre que va a decidir el partido podría ser muy bien: *nada de nada.*

¿Cómo pueden los grandes atletas hacer callar esa voz del yo tan parecida a la voz de Yago? ¿Cómo pueden dejar de lado la cabeza y limitarse a actuar de forma soberbia? ¿Cómo pueden, en el momento crítico, invocar para sí mismos un tópico tan trillado como «Mirar la pelota que tienes delante» o «Tengo que concentrarme en esto», y pensarlo *en serio*, y encima *hacerlo*? Tal vez sea porque, en el caso de los atletas de élite, los tópicos no se presentan como algo trillado sino meramente como algo verdadero, o tal vez ni siquiera como expresiones declarativas provistas de cualidades como la profundidad o el hecho de ser trillados o la falsedad o la verdad, sino como simples imperativos que pueden ser útiles o no, y que si lo son, deben ser invocados y obedecidos y no hay más que hablar.

¿Y si, cuando Tracy Austin escribe que después de su accidente de tráfico en 1989, «Acepté enseguida que no podía hacer nada al respecto», la declaración no es solo cierta sino que *describe de forma exhaustiva* todo el proceso de aceptación por el que pasó? ¿Acaso una persona es estúpida o banal solamente porque sea capaz de decirse a sí misma que no puede hacer nada

al respecto de algo malo, así que lo mejor será que lo acepte, y por tanto va y se limita a aceptarlo sin más conflicto interior? ¿O bien esa persona es tal vez alguien con una sabiduría y profundidad natas, y está iluminada de esa forma infantil en que lo están ciertos santos y monjes?

Ese es, para mí, el verdadero misterio: la cuestión de si una persona así es idiota o mística o ambas cosas o ninguna. Lo único que parece seguro es que una persona así no produce muy buenas memorias escritas. Este dato frío y empírico puede ser la mejor forma de explicar por qué la historia real de Tracy Austin puede ser tan fascinante e importante y la versión que ella misma escribe nunca llega a cobrar vida. También, al empezar a abordar las diferencias de comunicabilidad entre pensar y hacer y entre hacer y ser, puede dar la clave de por qué las autobiografías de deportistas de élite resultan al mismo tiempo tan seductoras y tan decepcionantes para los que las leemos. Como suele suceder con la verdad, hay una cruel paradoja de por medio. Es posible que los espectadores, que no gozamos de un don divino para el deporte, seamos los únicos capaces de ver, articular y animar la experiencia de ese don que nos está negado. Y que aquellos que reciben y ejecutan el don de la genialidad atlética deban por fuerza ser ciegos y mudos acerca del mismo: y no porque la ceguera y el mutismo sean el precio que pagar por el don, sino porque son su esencia.

1994

ARRIBA, SIMBA

Siete días de campaña de un anticandidato

PRÓLOGO OPCIONAL DE LA INTRODUCCIÓN DEL AÑO 2000 A LA EDICIÓN ELECTRÓNICA DE «ARRIBA, SIMBA», AUTORIZADA Y SUPERVISADA POR LA (HOY EXTINTA) DIVISIÓN «I-PUBLISH» DE LITTLE, BROWN AND COMPANY, INC.

Estimadas personas que están leyendo esto:

Resulta evidente que se supone que debo decir algo sobre la naturaleza y la procedencia del documento que se incluye a continuación.

Por lo que yo sé, en otoño de 1999 los poderes establecidos de la revista *Rolling Stone* decidieron que querían que cuatro escritores que no fueran periodistas políticos escribieran sendos artículos sobre los cuatro grandes candidatos presidenciales y el día a día de sus campañas para las elecciones primarias. Resulta que al principio mismo de mi currículum se especifica «NO ES PERIODISTA POLÍTICO» y *Rolling Stone* me llamó y me vendió la idea y, además, me ofreció elegir el candidato que quisiera (lo cual, por supuesto, consideré un halago, aunque ahora que lo pienso probablemente les dijeron lo mismo a los otros tres escritores: las revistas siempre reparten halagos y *cartes blanches* cuando intentan convencerte para hacer algo). El único candidato sobre el que me veía escribiendo era el senador John McCain (republicano de Arizona), de quien acababa de ver una aparición en *El show de Charlie Rose* y sobre el que había decidido que o bien era increíblemente sincero y directo o bien sencillamente estaba loco. Además, tenía otras razones para querer escribir sobre McCain y la política de partidos, todas las cuales se exploran con considerable detalle en el documento adjunto, por lo que no veo razón alguna para torturarles aquí con ellas.

El *editor electrónico* (cargo real tal como constaba en el membrete y demás) opina que aquí debería insertar que yo, el autor, no soy republicano y que de hecho acabé votando al senador Bill Bradley (demócrata de Nueva Jersey) en la primarias de Illinois. Personalmente no se me ocurre por qué iban a importarle a nadie mis inclinaciones políticas, pero imagino que la función de este inserto consiste en dejar claro que tras el artículo no se esconden motivos partidistas ni intereses conservadores, a pesar de que algunas partes del mismo (es decir, del artículo que sigue) podrían parecer pro-McCain. El artículo no lo es, aunque tampoco es anti-McCain; solo aspira a reflejar la verdad tal como la vio una persona.

Qué más puedo contarles. Al principio se esperaba que siguiera a McCain por New Hampshire mientras el candidato hacía campaña para la primera gran cita de las primarias del 1 de febrero. Luego, hacia Navidad, *Rolling Stone* decidió que quería suspender el encargo porque el gobernador Bush se había adelantado en las encuestas y superaba a McCain en diez a uno, así que pensaron que aplastaría a McCain en New Hampshire y que su campaña ya habría terminado antes de que pudiera salir algo publicado en *Rolling Stone*, con lo que los de la revista quedarían en ridículo. Entonces, el 1 de febrero, cuando las primeras cifras en New Hampshire dieron ventaja a McCain, de pronto la revista cambió de opinión y volvió a llamar y dijo que el artículo seguía en pie pero que ahora querían que volase hasta New Hampshire y empezara aquella misma noche, cosa que (como tengo perros con problemas emocionales profesionalmente diagnosticados que requieren cuidados especiales y siempre tardo varios días en reclutar, entrevistar, seleccionar, instruir y probar sobre el terreno a su cuidador) me resultó del todo imposible. Quizá parte de esto no venga a cuento, pero la cuestión es que acabé cogiendo un avión a la semana siguiente y viajando con las filas de periodistas que cubrían la campaña McCain2000 desde el 7 al 13 de febrero, período que probablemente coincidió con la semana más interesante y complicada de toda la carrera electoral republicana de ese año.

Sobre todo fue complicada. Porque resultó que cuanto más interesante era una persona, ocurrencia, intriga, estrategia o casualidad relacionada con la campaña, más tiempo y páginas hacían falta para encontrarle sentido o, en caso de que no lo tuviera, para describirla y explicar por qué aun careciendo de sentido resultaba interesante si se consideraba dentro de un contexto concreto que a su vez también debía describirse, etcétera, etcétera. Con el resultado final de que el

documento entregado a la revista *Rolling Stone* en cumplimiento del contrato era más largo y complejo de lo que habían pedido. Bastante más largo, en realidad. De hecho, el responsable del artículo señaló que publicarlo entero llenaría casi todo el espacio de texto de *Rolling Stone* y quizá incluso se comiera parte del porcentaje que la revista reserva para publicidad, cosa que obviamente no iban a permitir.* Y así es como se cortó al menos la mitad del artículo, y además algunos de los elementos más complicados se comprimieron o simplificaron, detalle especialmente frustrante porque, como ya se ha dicho, las cosas más complicadas solían coincidir con las más interesantes.

La cuestión es que lo que acaban ustedes de comprar para descargar o recibir por e-mail o lo que sea (me lo han explicado más de una vez pero todavía no termino de entenderlo) es el documento original sin cortar, el montaje del director, por así decir, verbalmente completo y libre de fotos exuberantes de chicas de labios carnosos con la cremallera de los vaqueros Diesel a medio bajar, etcétera.

Solo hay un par de cambios. Para empezar se han corregido (espero) todas las erratas tipográficas y los datos incorrectos. También había momentos en que el artículo original aludía al hecho de que aparecía en la revista *Rolling Stone*, y que quienquiera que lo estuviera leyendo estaría sentado con un ejemplar de la revista en las manos, etcétera, y muchas de estas referencias se han cambiado porque se hacía demasiado extraño seguir diciéndoles a ustedes que estaban leyendo la revista física de 25×30 centímetros cuando evidentemente no era así. (Una vez más, esto fue a sugerencia del editor electrónico.) Notarán, no obstante, que en el documento todavía se alude al autor como «*Rolling Stone*». Perdón si les parece a ustedes raro, pero me he

* Aquí debería señalar que este editor de *Rolling Stone*, de nombre señor Tonelli, comunicó su veredicto acerca de la longitud y el espacio con simpatía y buen humor, y que se comportó como un hombre de bien a lo largo de todo el posterior proceso editorial de ablación radical, un proceso que tuvo lugar con unas prisas y presiones fuera de lo habitual porque justo a la mitad (del proceso) llegó la carnicería del Supermartes y McCain se retiró de verdad –de hecho el señor Tonelli estaba viendo el anuncio de McCain en el televisor del despacho mientras realizábamos la primera tanda de cortes por teléfono–, y por lo visto los mandamases de *Rolling Stone*, temerosos de quedar en ridículo, retrocedieron entre gritos en su sistema límbico y le dijeron al pobre señor Tonelli que de pronto el artículo tenía que embutirse en el siguiente número de la revista, a pesar de que el número tenía que estar «cerrado» y en imprenta antes de cuarenta y ocho horas, por lo cual, a poco que sepan ustedes de los interminables procesos de corrección, revisión, edición, composición, lectura de pruebas, recomposición, maquetación e impresión, comprenderán por qué es digno de destacar el buen humor del señor Tonelli durante todo el asunto.

negado a cambiarlo. En parte porque me sentía absurdamente orgulloso de mi pase de prensa de *Rolling Stone* y de que la mayoría de los plumillas y personal de campaña se refiriesen a mí como «el tío de *Rolling Stone*». Confesaré que incluso pedí prestada a un amigo una vieja chupa de cuero negro para llevarla durante el seguimiento y proyectar mejor el tipo de vibraciones, vagamente peligrosas y tensas, que imaginaba que debía transmitir un reportero de esa revista. (Tienen que entender que llevaba mucho tiempo sin leer *Rolling Stone*.) Además, desde el punto de vista periodístico, el que cubriera la campaña para ese órgano en particular afectó en gran medida a lo que me dejaban ver y a cómo se comportaba la gente cuando yo andaba cerca. Por ejemplo, fue la razón principal de que el Alto Mando de McCain2000 prácticamente se negara a tener trato conmigo* y de que sin embargo los técnicos se mostraran la mar de amistosos y comunicativos y me dejaran acompañarles (los técnicos de sonido en particular eran fans de *Rolling Stone* desde antiguo). Por último, el documento va dirigido de un modo retórico a los votantes de una franja de edad

* En particular nunca llegué a hablar con el señor Mike Murphy, la persona del equipo de McCain por la que, como entenderán ustedes si leen el documento, uno daría lo que fuera por hacerle beber tres o cuatro copas y luego empezar a hacerle preguntas. Sin embargo, pese a mi persistente acosar, tirar de la manga y suplicar tragándome el orgullo al jefe de prensa para que me concediera diez miserables minutos –e incluso después de que el señor Tonelli de *Rolling Stone* en persona telefoneara al cuartel general de McCain en Virginia para quejarse y engatusarlos–, Mike Murphy esquivó a este reportero hasta el extremo de esconderse por los rincones cada vez que me veía venir. La persecución interminable de esa entrevista concreta (que al final en mi cuaderno se llamó «En busca de Murphy 2000») acabó convertida en uno de los grandes subdramas personales de la semana, y aquí habría que contar toda una historia muy sórdida y larga, incluidos algunos intentos embarazosos pero probablemente divertidos a toro pasado de arrinconar al pobre hombre en todo tipo de lugares privados e incómodos de los que yo imaginaba que le costaría escapar... no obstante el quid de la cuestión estriba en que la total inaccesibilidad del señor Murphy para un servidor no era, como finalmente descubrí, algo personal, sino más bien una simple consecuencia del hecho de que yo fuera de *Rolling Stone*, un órgano (admitámoslo) peso pluma políticamente y cuyos lectores evidentemente no formaban parte de ningún perfil demográfico republicano que fuera a ayudar al candidato de Mike Murphy en Carolina del Sur, en Michigan ni en cualquiera de las primarias a vida o muerte que se avecinaban. De hecho, como la revista es quincenal y mi fecha de entrega todavía estaba lejos –la señora australiano-libanesa del *Boston Globe* (véase artículo) se lo hizo notar a un servidor después de contemplar cómo Murphy más o menos fingía un ataque epiléptico para evitar subir a un ascensor conmigo–, incluso un artículo en el que *Rolling Stone* babeara con McCain en realidad no aparecería hasta después del Supermartes del 7 de marzo, momento en el que, tal como ella predijo (correctamente), la batalla por la nominación habría concluido.

y actitud particulares, e imagino que la referencia ocasional a *Rolling Stone* podría ayudar a aclarar las razones de dicha retórica.

Haré también un apunte sobre qué trata el artículo, que al final no habla tanto sobre la campaña de un tipo impresionante, sino sobre lo que la candidatura de McCain y la breve y rara excitación que generó podrían revelar acerca de cómo nos hace sentir por dentro a los votantes estadounidenses la política de este milenio, su presentación, marketing, estrategia, medios de comunicación, manipulación y sepsis generalizada, y sobre el hecho de si alguien que se presente de candidato a algo todavía puede ser «real»: sobre la cuestión de si lo que queremos de verdad es algo real o bien es otra cosa. Funcione o no en las pantallas de ustedes o en sus Palm, para mí todo este asunto fue relevante de modos que trascienden a cualquier persona o revista. Si no están de acuerdo, supongo que bastará con que aprieten ustedes un par de botones para hacerlo desaparecer.

A QUIÉN LE IMPORTA

Muy bien, sí, sí, y ahora *más* atención mediática para John S. McCain III, oficial de la marina de Estados Unidos, prisionero de guerra, congresista, republicano, candidato 2000.com. El Rocky de la Política. El Motín McCain. McCain el Auténtico. El Hablando Claro Exprés. Recaudador de fondos por Internet. Adorado por los medios de comunicación. Piloto militar. De segundo nombre, Sidney. Hijo y nieto de almirantes. Y un intransigente de mucho cuidado: un senador del ala derecha republicana de uno de los estados políticamente más trogloditas de la nación. Un hombre que se opone a *Roe vs. Wade*, al control sobre las armas y a la financiación de la televisión pública, que apoya la pena de muerte y defiende el incremento del gasto en defensa y las enmiendas que prohíben quemar banderas y aprueban el rezo en las escuelas. Que votó culpable en el *impeachment* contra Clinton, dos veces. Y que, desde aproximadamente el otoño pasado, se ha convertido en una de las grandes esperanzas populistas de la política estadounidense. Que quiere tu voto *porque* él no se venderá. Un anticandidato. A quien le importan las cosas de verdad.

Hechos. La elecciones presidenciales de 1996 registraron la participación más baja de Votantes Jóvenes de la historia estadounidense. Las primarias republicanas de 2000 en New Hampshire, la más alta. Y los expertos coinciden en que McCain atrajo la mayoría de esos votos. Atrajo a votantes que podían votar por primera vez y que nunca habían votado; atrajo a demócratas e independientes, a libertarios y a socialistas moderados y a universitarios y a madres de clase media y a tipos raros cuyas filiaciones sonaban más a células que a partidos, y ganó por 18 puntos y casi le borró la sonrisa de la cara a $Bush_2$. McCain ha rechazado dinero blando y dinero atado y aun así ha recaudado millones, gran parte de ellos por Internet y de personas que nunca habían donado nada a ninguna campaña. El 7 de febrero de 2000 ocupa las portadas de los tres principales semanarios informativos y el Matojo le anda corriendo detrás. La siguiente gran elección tiene lugar en Carolina del Sur, corazón de la verdadera derecha cristiana cavernícola, donde la bandera sureña ondea orgullosa en los edificios oficiales y el deporte favorito es el videopóquer y el partido republicano ha sido denunciado por su costumbre de ni siquiera poner urnas en las áreas negras el día de las primarias; y cuando el avión alquilado de McCain aterriza aquí a las tres de la madrugada la misma noche de su victoria en New Hampshire, quinientos universitarios de Carolina del Sur le esperan para recibirlo, vitoreando, agitando pancartas, bailando y montando una especie de juerga republicana extraña. Piénsenlo: quinientos chavales a las tres de la madrugada enloquecidos de entusiasmo por... un político. «Fue como si –escribió *Time*– [McCain] ocupara la portada de *Rolling Stone*», centrando toda su atención en la fiesta.

Y, por supuesto, la atención atrae más atención, como podría confirmarte cualquiera que se dedique al marketing. Y, por tanto, se redobla la atención por parte de la antedicha y quintaesencialmente liberal revista *Rolling Stone*, cuyos directores envían a la pluma menos profesional que han podido encontrar a pasar una semana de campaña con McCain y *Time* y el *New York Times* y la CNN y la MSNBC y la MTV y el resto del gran motor digital del alboroto público de este país. ¿Se merece John McCain

todo esto? ¿La atención que recibe es verdadera atención o una simple moda? ¿Y eso cambia algo? ¿Puede ayudarle a salir elegido? ¿Debería?

Una pregunta mejor: ¿les importa a ustedes un pimiento el hecho de que McCain pueda o deba ganar? Puesto que están leyendo *Rolling Stone*, es probable que sean ustedes estadounidenses de entre, pongamos, dieciocho y treinta y cinco años, lo cual, demográficamente, los convierte en Votantes Jóvenes. Y a ninguna otra generación de Votantes Jóvenes le ha importado tan poco la política y los políticos como a la de ustedes. Existen datos demográficos y de perfil de votantes que lo demuestran... si es que les importan los datos. De hecho, incluso aunque lean otros artículos de *RS*, lo más seguro es que solamente haya una probabilidad del cincuenta por ciento de que terminen de leer este documento en cuanto descubran de qué trata: tal es el enorme bostezo de indiferencia que el proceso político tiende a provocarnos ahora, en esta era post-Watergate-post-Irán-Contra-post-Whitewater-post-Lewinsky, una era en que las declaraciones de principios o idearios de los políticos se entienden como textos publicitarios y se juzgan no por su sinceridad ni por su fuerza para inspirar a otros, sino por su astucia táctica, por su capacidad de venderse. Y ninguna generación ha sido tan manipulada, bombardeada y sometida al marketing como la Juventud demográfica actual. De modo que cuando el senador John McCain dice, en Michigan o Carolina del Sur, «Me presento a presidente no para Ser Alguien, sino para Hacer Algo», cuesta oírlo como algo más que una mera táctica de marketing, en especial cuando lo dice rodeado de cámaras y reporteros y muchedumbres vociferantes... en otras palabras, Siendo Alguien.

Y cuando el senador John McCain también dice –constantemente, machacándolo al principio y al final de cada discurso y mitin local– que su objetivo como presidente será «inspirar a los jóvenes americanos para que se entreguen a causas más elevadas que su interés personal», cuesta no escucharlo como otro ejemplo más de las idioteces cuidadosamente guionizadas que los candidatos presidenciales nos van soltando mientras siguen intentando convertirse en el ser humano más poderoso, impor-

tante y comentado del planeta, lo cual, por supuesto, constituye su verdadera «causa», una por la que sienten tal devoción que son capaces de tragarse y escupir montañas enteras de idioteces que suenan muy nobles, e incluso convencerse a ellos mismos de que las dicen de corazón. Por muy cínico que pueda parecer, las urnas demuestran que la mayoría de nosotros lo ve así. Y hemos superado con creces el hecho de no creernos esas idioteces; ahora ya casi ni las *oímos*, relegándolas a las mismas profundidades, por debajo de la atención, en las que también bloqueamos las vallas publicitarias y el hilo musical.

Sin embargo, una de las cosas que hace que cueste más desestimar la frase «causas más elevadas que el interés personal» de McCain es que a veces el hombre también dice cosas que son verdades como templos pero que ningún otro candidato de un gran partido dirá. Como por ejemplo que el dinero de los lobbies, que son miles de millones de dólares, es lo que controla Washington, y que todo eso de «reformar la política» y «limpiar Washington» que comentan todos los candidatos será imposible mientras no se prohíban ciertos chanchullos de sobra conocidos para financiar las campañas como el dinero blando y el dinero atado. De toda esa palabrería del Congreso acerca de la reforma de la sanidad y la Declaración de Derechos del Paciente, por ejemplo, McCain ha dicho públicamente que es una tontería porque el partido republicano está en manos de los grupos de presión de las farmacéuticas y las organizaciones sanitarias privadas y a los demócratas los financian lobbies de abogados, y que a todos estos donantes lo que les interesa es que el actual sistema sanitario estadounidense se quede como está.

Pero la reforma de la sanidad es política, igual que lo son las tasas impositivas marginales y el gasto militar y la Seguridad Social, y la política es aburrida: compleja, abstracta, árida, el terreno de los enteradillos de la política y de Rush Limbaugh y de los pringadillos de la televisión pública, y en esencia, a quién le importa.

Salvo que en este caso hay algo detrás de la simple política, algo fascinante y no manipulable y cierto. Algo que tiene que ver con el pasado militar de McCain y con la guerra de Vietnam y con los cinco años que pasó en una prisión norvietna-

mita, casi siempre solo, en una celda del tamaño de un cajón, torturado y muriéndose de hambre. Y con el increíble honor y agallas que mostró allí. Es muy fácil minimizar el asunto de la prisión, en parte porque todos hemos oído hablar largo y tendido del tema y en parte porque resulta de un dramatismo disparatado, como algo sacado de una película y no de la vida real de un hombre. Pero vale la pena pensarlo un minuto, detenidamente, porque es lo que hace que tal vez sean más fáciles de tragar esas «causas más elevadas que el interés personal» de McCain.

He aquí lo que ocurrió. En octubre de 1967 McCain todavía era un Votante Joven que volaba en su vigésimo sexta misión de combate en Vietnam cuando su avión A-4 Skyhawk fue alcanzado sobre Hanoi y tuvo que salir eyectado, lo cual básicamente significa hacer estallar una carga explosiva que expulsa el asiento fuera del avión, y la eyección le rompió ambos brazos y una pierna además de provocarle una conmoción y McCain empezó a caer por el cielo sobre Hanoi. Intenten imaginar por un segundo cuánto debió de dolerle y lo asustado que estaría, tres extremidades rotas y descendiendo sobre la capital enemiga que momentos antes estaba intentando bombardear. El paracaídas se abrió tarde y McCain aterrizó en un pequeño estanque de un parque justo en pleno centro de Hanoi. (Todavía hoy junto al lago puede verse una estatua de McCain arrodillado con las manos en alto y la mirada asustada y con la siguiente inscripción frontal: «McCan: famoso pirata del aire» [*sic*].) Imaginen chapotear en el agua con los brazos rotos intentando accionar el chaleco salvavidas con los dientes mientras una muchedumbre de norvietnamitas nada hacia ti (está grabado, alguien tenía una cámara de cine doméstica y el gobierno norvietnamita mostró las imágenes, aunque tienen mucho grano y cuesta reconocer la cara de McCain). La muchedumbre lo arrastró fuera del agua y luego prácticamente lo mató. Los pilotos de bombarderos eran especialmente odiados, por razones obvias. A McCain le clavaron una bayoneta en la ingle; un soldado le rompió el hombro con la culata del rifle. Además a esas alturas tenía la rodilla derecha torcida para un lado en un ángulo de noventa grados y con el hueso por fuera. Todo esto es del dominio público. In-

tenten imaginarlo. Al final lo tiraron dentro de un jeep y lo transportaron durante unas cinco manzanas hasta la tristemente famosa prisión de Hoa Lo –también llamada el Hilton de Hanoi, de gran renombre cinematográfico–, donde le tuvieron una semana suplicando ver a un médico, que finalmente vino y le recompuso un par de fracturas sin anestesia y dejó sin tratar las otras dos y la herida de la ingle (imaginen: *una herida en la ingle*). Luego lo abandonaron en una celda. Intenten imaginar la sensación. Todos los perfiles aparecidos en prensa hablan de que McCain sigue sin poder levantar los brazos por encima de la cabeza para peinarse, y es verdad. Pero intenten imaginarlo entonces, pónganse en su lugar, porque es importante. Piensen en lo *diametralmente* opuesto a su interés personal que sería que les acuchillaran los cojones y les recompusieran los huesos rotos sin anestesia general y luego los tiraran en una celda para que yacieran allí y soportaran el dolor, que fue lo que ocurrió. McCain se pasó semanas delirando de dolor y adelgazó hasta pesar cuarenta y cinco kilos, y los demás prisioneros de guerra estaban convencidos de que se moriría; y entonces, después de pasar así varios meses y de que con los huesos ya casi soldados pudiera más o menos tenerse en pie, los de la prisión vinieron y se lo llevaron al despacho del comandante y cerraron la puerta y le ofrecieron dejarlo marchar sin más explicaciones. Simplemente le dijeron que podía... marcharse. Resultaba que el almirante de Estados Unidos John S. McCain II acababa de ser nombrado jefe de las fuerzas navales del Pacífico, que incluía Vietnam, y por tanto los norvietnamitas querían dar un golpe de efecto de imagen liberando a su hijo, el asesino de niños. Y John S. McCain III, de cuarenta y cinco kilos de peso y apenas capaz de tenerse en pie, rechazó el ofrecimiento. Por lo visto, el Código de Conducta para Prisioneros de Guerra del ejército estadounidense establecía que los prisioneros debían ser liberados en el orden en que habían sido capturados, y había otros que llevaban mucho más tiempo en Hoa Lo y McCain se negó a violar el Código. El comandante de la prisión, insatisfecho con la decisión, hizo que los guardias le rompieran las costillas allí mismo, en su despacho, volvieran a fracturarle el brazo y le hicieran saltar los dien-

tes. McCain siguió negándose a marcharse sin los demás prisioneros de guerra. Olviden el hecho de que estas cosas pasan en las pelis e intenten imaginarlo como algo real: un hombre desdentado que se niega a marcharse. McCain permaneció otros cuatro años en Hoa Lo así, casi siempre aislado, dentro de un cajón especial, oscuro y del tamaño de un armario, llamado «celda de castigo». Quizá ya lo hayan oído antes; este año ha aparecido en tropecientos perfiles periodísticos sobre McCain. Se ha hablado demasiado de ello, es cierto. No obstante, dediquen un par de segundos a la visualización creativa e imaginen el momento entre que a John McCain le ofrecen por primera vez liberarlo y el instante en que rechaza el ofrecimiento. Intenten imaginar que se trata de ustedes. Imaginen la fuerza con que en ese momento les gritaría su interés personal más básico y primario y todos los modos en que podrían racionalizar el hecho de aceptar el ofrecimiento: ¿qué importaría un prisionero de guerra más o menos? Además, su liberación daría esperanzas a los demás prisioneros y los ayudaría a aguantar, y estoy hablando de cuarenta y cinco kilos de peso y de perspectivas de muerte, y seguro que el Código de Conducta no se aplica si necesitas un médico para no morirte, y además si al salir de allí pueden ustedes seguir con vida podrían prometerle a Dios que en adelante solo se dedicarían a hacer el Bien y a convertir el mundo en un lugar mejor, y por tanto aceptar ese ofrecimiento sería mejor para el mundo que rechazarlo, y tal vez si a papá no le preocupara que los vietnamitas tomaran represalias contra ustedes en la prisión podría llevar la guerra de manera más agresiva y terminarla antes y salvar vidas, y sí, tal vez podrían *salvar vidas* si aceptaran el ofrecimiento y salieran, y para qué sirve en cambio quedarse ahí encerrado en un cajón y apaleado hasta la muerte y, a propósito, Dios santo, imagínense un médico de verdad y cirugía con calmantes y sábanas limpias y la oportunidad de curarse y no estar agonizando y volver a ver a sus hijos y a su mujer, oler el pelo de su mujer... ¿Lo oyen ustedes? ¿Qué estaría pasándoles por la cabeza? ¿Habrían rechazado ustedes el ofrecimiento? ¿Habrían sido *capaces*? No pueden saberlo con seguridad. Ninguno de nosotros puede. Bastante cuesta ya imaginar el grado de dolor y

de miedo y de necesidad que se produciría en un momento semejante, como para saber cómo habríamos reaccionado. Ninguno de nosotros puede saberlo.

Pero, claro, *sabemos* cómo reaccionó ese hombre. Sabemos que eligió pasar cuatro años más en prisión, casi siempre en un cajón a oscuras, solo, comunicándose con golpecitos en la pared, en lugar de violar el Código. Quizá estuviera loco. Pero la cuestión es que con McCain tenemos la impresión de saber, está demostrado, que es capaz de entregarse a algo distinto de su interés personal. De tal modo que cuando pronuncia esa frase en los discursos puedes tener la impresión de que tal vez no sea otra idiotez más de las que dicen los candidatos, de que con este hombre tal vez sea verdad. O quizá sea ambas cosas: idiotez y verdad: al fin y al cabo el tipo quiere tu voto.

Pero ese momento en el despacho de Hoa Lo en 1968 –justo antes de que McCain se negara a marcharse, con todos sus intereses personales humanos básicos y primarios aullando–, ese momento es difícil de borrar. A lo largo de toda la semana, en Michigan y Carolina del Sur y con todo el tedio y el cinismo y la paradoja de la campaña, ese momento parece subyacer a la frase de McCain de «más elevadas que el interés personal», fijarla, conferirle una suerte de resonancia profunda y difícil de pasar por alto. El hecho es que John McCain es un héroe de verdad de esa clase que quizá sea la única clase de héroe que puede ofrecernos Vietnam, un héroe no por lo que hizo, sino por lo que sufrió: voluntariamente, por un Código. Ello le otorga la autoridad moral tanto para pronunciar frases acerca de causas más elevadas que el interés personal como para esperar que nosotros, incluso en esta época de manipulación y argucias legales, creamos que las dice de corazón. Y sí, literalmente: «autoridad moral», ese viejo tópico, como tantos otros tópicos –«servicio», «honor», «deber»– que ahora se han convertido en nada más que palabras, en eslóganes invocados por hombres de trajes elegantes que quieren algo de ti. Sin embargo, el John McCain de épocas recientes –el que defendió en 1998 en el Senado su revocado proyecto de ley de financiación de campañas, llamando a sus colegas sinvergüenzas a la cara en la C-SPAN, el que en ju-

lio de 1999 habló abiertamente en *El show de Charlie Rose* de un gobierno comprado, espectacularmente brillante y sencillo en los debates de Iowa y en los mítines locales de New Hampshire– tiene algo que a algunos de nosotros nos hace creer que el hombre quiere algo distinto de nosotros, algo más que dólares o votos, algo viejo y puede que cursi pero que produce un extraño tirón doloroso, como un olor de la infancia o un nombre que se tiene en la punta de la lengua, algo que nos haría escuchar los tópicos como algo más que simples tópicos y empezar a intentar pensar en qué quieren decir en realidad términos como «servicio» y «sacrificio» y «honor», como si las palabras *significaran* algo de verdad. Plantearse si puede ser verdad alguna cosa más allá del interés propio bien manipulado, si alguna vez pudo serlo, y, en tal caso, ¿qué pasó? En su mayor parte estas no son líneas de pensamiento que nuestra cultura anime a seguir a los Votantes Jóvenes. ¿Por qué suponen ustedes que será?

GLOSARIO DE VOCABULARIO DE CAMPAÑA RELEVANTE, MAYORITARIAMENTE CORTESÍA DE JIM C. Y LOS TÉCNICOS DE LOS NOTICIARIOS DE LAS TELEVISIONES

22,5 = Abreviatura de la prensa para referirse a los comentarios iniciales de los *mítines locales* (véase *Mitin local*), comentarios que son siempre los mismos y duran siempre exactamente veintidós minutos y medio.

Película B = Pequeñas e inofensivas grabaciones insonoras de McCain con el público –estrechando la mano, firmando libros, perseguido por la *melé* (véase *Melé*), etcétera– que sirven para ser utilizadas como fondo para las crónicas televisivas de ese día de campaña, como en «La razón por la que los *técnicos* [véase *Técnico*] tienen que *disparar* [véase *Disparar*] tanto metraje irrelevante y repetitivo a diario es que nunca saben lo que la cadena querrá usar de *película B*».

Recogida de equipajes = La hora grotescamente temprana de la mañana, que aparece en el horario del día siguiente (Nota: la

última tarea vital del día para los medios de comunicación es conseguir de Travis el horario para el día siguiente), a la que tendrás que haber devuelto la maleta a las entrañas del autocar y tener un asiento controlado y estar listo para irte porque de lo contrario te dejarán atrás y tendrás que engatusar a alguien de Fox News para que te lleve al próximo *mitin local* (véase *Mitin local*), un coñazo en todos los sentidos.

Dinero atado = Un modo de eludir el límite de mil dólares para las contribuciones individuales a la campaña impuesto por la Comisión Electoral Federal. Un donante adinerado puede entregar mil dólares en nombre propio y luego puede decir que otros mil son de parte de su mujer, mil más de parte de su hijo, mil más de su tía Edna, etcétera. El truco favorito del *Matojo* (véase *Matojo*) consiste en designar a los directores generales y otros altos cargos corporativos «Pioneros», cada uno de los cuales se compromete a recaudar cien mil dólares para Bush2000: mil dólares como contribución individual y las otras noventa y nueve aportaciones de mil pavos como contribuciones «voluntarias» de sus empleados. McCain hace hincapié en que él ni acepta *dinero atado* ni *dinero blando* (véase *Dinero blando*).

Rapiñar = Rogar, extraviar o directamente robar comida de una de las muchas cenas de campaña en las que el público de McCain se sienta en mesas donde se les sirve la cena y los de la prensa tienen que estar de pie y sin comida al fondo de la sala.

TD = Tiempo de Desplazamiento, franjas del horario diario reservadas para ir en caravana de un acto de campaña a otro.

M&T = Una o dos horas por la tarde cuando la campaña deja un tiempo de inactividad y una Sala de M&T para que los periodistas *manden* y *transmitan* (véanse *Mandar* y *Transmitir*).

Mandar y *Transmitir* = Lo que la prensa escrita y las televisiones respectivamente tienen que hacer todo los días, es decir, los periodistas de medios escritos tienen que acabar las crónicas del día y *mandarlas* vía fax o e-mail a sus periódicos, mientras que los *técnicos* (véase *Técnico*) y los productores de campo tiene que encontrar un satélite o *Gunner* (véase *Gunner*) y *transmitir* su metraje, *película B*, *stand-up* (véase *Stand-up*) y cualquier otra cosa que

puedan querer los jefes que están en la sede de la cadena. (Para otros significados de *transmitir*, véase *Hacer fondo común*.)

Gunner = Equipo de enlace ascendente móvil por satélite que las cadenas usan para *transmitir* metraje desde el terreno en los actos de campaña. Gunner es la empresa que fabrica y/o alquila estos equipos, que consisten en una furgoneta de un blanco cegador y provista de una especie de remolque para barcos que transporta una antena parabólica de unos dos metros y medio dirigida en un ángulo de cuarenta grados hacia el cielo del sudoeste y con el siguiente texto estampado en mayúsculas de azul encendido: «CONEXIÓN ASCENDENTE GLOBAL GUNNER PARA NOTICIAS, PROGRAMAS Y ENTRETENIMIENTO».

Busto = Corresponsal local o de una cadena de televisión (véase también *Talento*).

TDO = Tiempo de Desplazamiento Optimista, que alude a la irritante costumbre de subestimar el tiempo que se tarda en llegar de un acto a otro, provocando así que el chófer del Hablando Claro Exprés acelere como un loco y en consecuencia provoque la antipatía rabiosa de Jay y del conductor del Trolas 2. (La noche del 9 de febrero, uno de los chóferes del Trolas 2 se despidió de pronto tras una carrera particularmente aterradora desde Greenville a la Universidad de Clemson, y el sustituto de emergencia [que lucía sombrero de vaquero marrón con dos pins de la Asociación Nacional del Rifle en el ala y estaba tan obsesionado con ahorrar gasolina que se negaba incluso a encender el generador del Trolas 2 con lo que todos los periodistas que necesitaban enchufar aparatos a la corriente tuvieron que amontonarse en el Trolas 1 convirtiendo así el Trolas 2 en una tumba móvil que se usaba solo para las *OdS*] tuvo que venir en avión desde Cincinnati, que era por lo visto la sede de la empresa de autocares.)

OdS = Oportunidad de Siesta, referido a la oportunidad de echar una cabezadita en el autocar (ubicación y postura variables).

OdF = Oportunidad de Fumar.

Plumilla = Miembro de la prensa escrita que sigue la campaña.

Hacer fondo común = Referido a las ocasiones en que, por restricciones de espacio o por orden de McCain2000, solo un equi-

po de imagen y sonido tiene acceso al acto electoral y, por costumbre, el resto de cadenas *transmiten* (en este caso, *hacen fondo común*) la cinta de dicho equipo.

Comparecencia = Breve ocasión programada para que los periodistas que viajan en campaña se relacionen como un solo cuerpo con McCain o con el Alto Mando del personal, a la que suele recurrirse en caso de *reacción* (véase *Reacción*). Es menos formal que una rueda de prensa, que suele atraer a *plumillas* y *bustos* locales y no puede cancelarse, mientras que las primeras acostumbran a suspenderse por causa del *TDO* y demás cagadas.

Reacción = Respuesta grabada de McCain o el Alto Mando de McCain2000 a un imprevisto importante de la campaña, normalmente algún movimiento o alegación tácticos del *Matojo* (véase *Matojo*).

Melé = El círculo de trescientos sesenta grados compuesto por *técnicos* (véase *Técnico*) y *bustos* que se mueven alrededor de un candidato mientras este se traslada del Hablando Claro Exprés a un acto o viceversa; *hacer melé* = reunirse alrededor de un candidato en movimiento formando un círculo.

Matojo = El candidato a presidente por el partido republicano George W. Bush (también llamado Dubya o $Bush_2$).

Dinero blando = El método más conocido para esquivar el límite a las contribuciones electorales de la Comisión Electoral Federal. Se entregan enormes sumas de dinero al partido político de cierto candidato en lugar de al candidato, pero luego, por no se sabe qué extraña coincidencia, el partido termina desembolsando exactamente dichas enormes sumas al candidato al que el donante quería dárselo desde el principio.

Stand-up = Crónica de un *busto* desde algún acto electoral de McCain.

Pértiga = Caña telescópica de polímero negro de los técnicos de sonido (véase *Técnico*) con una extensión total de 2,9 metros y terminada en un micrófono de jirafa, que se utiliza sobre todo en las *melés*, donde es siempre el artículo más llamativo debido al modo en que una pértiga desplegada del todo se bambolea y rebota cuando el técnico de sonido (véase, una vez más, *Técnico*) anda con ella en las manos.

Talento = Un *busto* de una cadena que llega en avión para estar solo una jornada, es puesto al día por un productor de campo y realiza un *stand-up* sobre la campaña, como en «Mañana viene un *talento*, así que necesito archivar toda esta *película B*». Entre los *talentos* reconocidos de esta semana cabría citar a Bob Schieffer de la CBS, David Bloom de la NBC y Judy Woodruff de la CNN.

Técnico = *Técnico* de sonido o cámara de un informativo televisivo. (Nota: esta semana con McCain todos los *técnicos* son hombres mientras que más del ochenta por ciento de los productores de campo son mujeres. Sin explicación plausible conocida.)

Mitin local = Acto electoral característico de McCain2000 en el que al *22,5* le sigue una hora de preguntas libres del público.

Los Doce Monos = Nombre en código que los *técnicos* dan a la élite de *plumillas* menos populares entre los periodistas que siguen a McCain, quienes durante los *TD* suelen tener acceso al salón de color rojo intenso que hay al fondo del Hablando Claro Exprés para relacionarse con McCain y su asesor político Mike Murphy. Los *Doce Monos* son una docena de periodistas y analistas políticos de alto alcance que trabajan para periódicos, semanarios y otros servicios de noticias importantes (p. ej, Copley, *Washington Post*, *Wall Street Journal*, *Newsweek*, *UPI*, *Chicago Tribune*, *National Review*, *Atlanta Constitution*, etcétera) y tienden a ser completamente idénticos en el vestir y las maneras hasta bordear el surrealismo: doce americanas inmaculadas, sin una sola arruga y de color azul marino, corbatas con medio nudo Windsor, chinos de pinzas, camisas de tela Oxford que incluso cuando se quitan la americana permanecen con el cien por cien de los botones del cuello y las mangas abrochados, mocasines Cole Haan y gafas de concha que adoran quitarse para mordisquear las patillas, además de una seriedad uniforme que te recuerda a todos los memos con demasiado éxito a los que te habría gustado dar una patada en el culo cuando estabas estudiando. Los *Doce Monos* jamás fuman ni beben y siempre se mueven en grupo, y siempre pasan al frente de toda *melé*, *comparecencia* y cola para desayunar del vestíbulo del hotel antes de la *recogida de equipajes*, y cuando cualquiera de ellos pasa breve-

mente por el Trolas 1 siempre se sientan juntos idénticamente enfurruñados y con las puntas de los pies hacia dentro y el maletín sobre las rodillas y siempre acaban discutiendo sobre libros esotéricos de teoría política y de política pública con unas voces que son todas el mismo graznido plúmbeo característico de la Ivy League. Los *técnicos* (que visten vaqueros viejos y parkas de tiendas de excedentes y también tienden a moverse en grupo) intentan hacer caso omiso de los *Doce Monos*, los cuales, por su parte, tratan a los *técnicos* igual que alguien trataría a la señora de la limpieza en un lavabo para ejecutivos. Como tal vez ya habrán conjeturado ustedes, a *Rolling Stone* le desagradan intensamente los *Doce Monos*, por todas las razones ya apuntadas y porque son más agarrados que una vieja en moto cuando se trata de compartir una información política incluso del dominio público más básico que pudiera ayudar a alguien a escribir un artículo ligeramente mejor, además de lo que ocurrió en dos ocasiones diferentes en que llegamos entrada la noche al hotel y uno o dos de los *Doce Monos* salidos de la nada se giraron para entregar su equipaje a *Rolling Stone*, como si *Rolling Stone* fuera un botones o un recadero en lugar de un periodista trabajador igual que ellos, a pesar de no disponer de un planchador portátil Paul Stuart para los pantalones.

Rata = Esa cosa grande y peluda con que los *técnicos* cubren los micros de *pértiga* en las *melés* para evitar que el molesto ruido del viento interfiera con el sonido. Recuerda a una versión grande y color rata de cierto tipo de zapatillas para el baño bastante populares. (Nota: las *ratas*, que en ocasiones los *técnicos* usan de sombrero en las *OdF* cuando hace mucho frío, también reciben el nombre de *tupé de técnico*.)

SUSTANCIALMENTE MÁS ENTRE BASTIDORES DE LO QUE SUELEN ESTAR USTEDES

Son ahora exactamente la una y media del martes 8 de febrero de 2000, en el Trolas 1, dirigiéndonos hacia el sudeste por la I-26 de regreso a Charleston, Carolina del Sur. Ahora hay tanta

prensa y personal y técnicos y corresponsales a tiempo parcial y productores de campo y fotógrafos y bustos y plumillas y columnistas políticos y presentadores de programas de radio sobre política y medios locales cubriendo a John McCain y el fenómeno McCain2000 que ya hay más de un autocar de campaña. Aquí en Carolina del Sur hay tres, un verdadero convoy de Hablando Claro, más el cochazo verde de la Fox News y el vivaz Corvette de vivo color rojo del equipo de la MTV y dos furgonetas de la tele local con muchas antenas (una de las cuales tiene problemas con el silenciador). En los TD como este, McCain siempre está en su asiento abatible rojo situado junto al asiento abatible del consultor político Mike Murphy en el pequeño salón de prensa que él y Murphy tienen en la parte trasera del autocar principal, el bien conocido Hablando Claro Exprés, que marcha en cabeza y ya nos gana distancia. El conductor del Hablando Claro Exprés está hecho un fitipaldi, y los demás conductores lo odian. El Trolas 1 es el segundo autocar de la caravana, un Grumman de lujo con tomas eléctricas y conectores para los teléfonos que funcionan, y muchos de los plumillas de la prensa nacional lo usan para meter texto en sus portátiles y mandarles faxes y cosas por correo electrónico a sus jefes de redacción. La logística de la campaña es mareantemente compleja, y una de las cosas que el personal de la campaña McCain2000 tiene que hacer es alquilar autocares distintos y decorar el más bonito de todos con «HABLANDO CLARO EXPRÉS» y «MCCAIN-2000.COM» en cada nuevo estado. Ayer en Michigan solamente estaban el HCE más un autocar para la prensa no de élite, que tenía sofás de cuero falso de color gris pastel y relucientes accesorios de acero pulido y un techo de espejo desde la parte delantera hasta la trasera: a todo el mundo le dio repelús y lo hemos bautizado el Chaperomóvil. Los dos autocares de la prensa en Carolina del Norte se conocen como Trolas 1 y Trolas 2, nombres concebidos como de costumbre por el extremadamente desenvuelto y despreocupado cámara de las noticias de la NBC Jim C., y –hay que decirlo en su favor– han sido inmediatamente aprovechados y empleados con gran regocijo a la más pequeña oportunidad por los jóvenes enlaces con la prensa de

McCain, que son tan desenvueltos y poco pretenciosos que resulta tentador sospechar que son desenvueltos y poco pretenciosos *de forma profesional.*

Ahora mismo el enlace con la prensa del Trolas 1, Travis –un joven de veintitrés años, que estudió en la Universidad de Georgetown e hizo un viaje de mochilero de seis meses por el sudeste asiático durante el cual asegura que le llegaron a gustar los insectos fritos– está empleando una vez más su talento más importante e impresionante como empleado de la campaña McCain2000, que es la capacidad para dormirse en cualquier lugar, en cualquier momento y en cualquier posición durante intervalos de entre diez y quince minutos, con la cara serena y sin emitir ruidos ni fluidos desagradables, y luego despertarse al instante y sin aturdimiento en el preciso momento en que se lo necesita. No está claro si él piensa que la gente se da cuenta de si está dormido o qué. Travis, que lleva pantalones de pana de estrías anchas y un jersey de Structure y parece sobrevivir únicamente a base de caramelos masticables de frutas Starburst, tiene tendencia a hablar con la misma ironía despectiva que constituye el estilo de todo el personal, y se presenta a los periodistas nuevos de hoy o bien como «Vuestro lacayo de prensa» o como «El Hervé Villechaize del Trolas 1», o como ambas cosas. Su último truco es ir hasta la parte delantera del autocar y pasar el brazo por encima de la pequeña barra de seguridad de acero bruñido que hay por encima de la cabeza del conductor y apoyarse en ella de forma que desde detrás parezca que está teniendo una conversación muy seria con el conductor sobre la ruta a seguir, y entonces se pone a dormir, y el conductor –un caballero negro y calvo de dos metros y cinco que se llama Jay, cuya forma de decirle adiós a un periodista al final del día es «¡Anda y búscate una mujer, chaval!»– sabe exactamente lo que está pasando y se muestra muy cuidadoso de no cambiar de carril ni frenar en seco, y Travis, cuya jornada empieza a las cinco de la mañana y termina después de medianoche igual que la del resto del personal, vive de esta forma.

McCain acaba de terminar de dar un discurso político importante sobre crimen y castigo en la Academia de Justicia Cri-

minal de Carolina del Sur situada en Columbia, que es desde donde la caravana está regresando a Charleston. Ha sido un discurso rotundamente temible, pronunciado en un auditorio que es un enorme bloque de hormigón sin ventilación rodeado de alambre de púas y torretas de vigilancia (la AJCCS está tan pegada a una institución penal que no está claro dónde termina la una y empieza la otra) y presentado por una especie de oficial de policía de carreteras de rango muy alto cuya enorme tripa colgante y cuya cara del color de un bistec poco hecho parecían sacadas de un cásting de policías sureños estereotípicos y que ha hablado extensamente y en tono aprobatorio sobre el pasado militar del senador McCain y de su estadística de voto cien por cien conservadora en el Senado sobre temas como el crimen, el castigo, las armas de fuego y la guerra contra las drogas. No ha sido un simple mitin local seguido de cuestionario; ha sido un discurso político importante, uno de los tres suscitados esta semana por las acusaciones vertidas por la campaña Bush2000 de que McCain no tiene ideas políticas claras, de que es todo imagen y nada sustancia. La audiencia supuesta del discurso son trescientos cincuenta hombres y mujeres jóvenes sin cuello sentados en posición de firmes (si es que es posible) en hileras rectas como flechas de sillas plegables, con otros dos centenares de profesionales del cumplimiento de la ley con sombreros de policía de carreteras y gafas de sol de espejo de pie en posición de descanso detrás de ellos, y más atrás y alrededor los medios de comunicación –el verdadero público del discurso–, entre ellos Jim C. de la NBC y su técnico de sonido Frank C. (no son parientes) y el resto de los técnicos de las cadenas colocados sobre la omnipresente tarima de madera laminada orientada hacia el escenario y filmando a McCain, que como dicta el procedimiento habitual primero da las gracias a un montón de gente del lugar de la que nadie ha oído hablar nunca y luego sin más preámbulos se lanza al que es con diferencia el discurso más terrorífico de la semana, como siempre con el fondo de una bandera americana de setenta y cinco centímetros por metro veinticinco, de forma que cuando ven imágenes B de estas cosas en la tele lo que ven es a McCain y la bandera, la bandera y McCain, una conjunción

visual que todos los candidatos intentan apropiarse a base de machacarla. Los cadetes que están sentados –ninguno de los cuales se muestra inquieto ni se rasca ni se mueve de ninguna forma más que para parpadear de una forma que parece perfectamente sincronizada– llevan ropa caqui marrón oscura idéntica y modelos juveniles de los mismos sombreros redondos de ala ancha que llevan sus mayores, de forma que parecen diez hileras perfectas de guardas forestales brutal y extremadamente atentos. McCain, que ni siquiera suda, lleva un traje negro y corbata ancha y tiene la única frente seca de todo el recinto. Los congresistas Lindsey Graham (republicano de Carolina del Sur, famoso por su juicio de *impeachment* y Mark Sanford (republicano de Carolina del Sur, designado el miembro más conservador en temas fiscales de todo el Congreso entre los años 1998-2000) están sobre el escenario detrás de McCain, tal como también dicta el protocolo; son algo así como sus cartas vivientes de presentación aquí abajo esta semana. Graham, como de costumbre, tiene pinta de haber dormido con el traje que lleva puesto, mientras que a Sanford se lo ve bronceado y urbano con un jersey de cuello de pico y unos zapatos Gucci tan brillantes que se podría leer con su reflejo. La señora Cindy McCain también está en el escenario, crispadamente compuesta y sonriendo al aire que tiene delante y pensando en Dios sabe qué. La mitad de los periodistas de los autocares no escuchan el discurso; la mayoría están en distintos puntos del fondo de todo del auditorio, caminando en pequeños círculos inconscientes mientras hablan por sus móviles. (Habría que advertirles a ustedes de antemano de que los periodistas de ámbito nacional pasan una cantidad enorme de tiempo bien hablando por sus móviles o bien esperando a que les llamen por el móvil. No es ninguna exageración decir que cuando a uno se le estropea el móvil casi lo tienen que sedar.) Los técnicos de la CBS, la NBC, la CNN, la ABC y la Fox se dedican a filmar el discurso entero más cualesquiera comentarios que haya después, luego desatornillan las cámaras de los trípodes y se ponen en movimiento y van en melé para la salida de McCain y la breve comparecencia que se produce en la puerta del Hablando Claro Exprés, y luego los productores

de campo llaman a las sedes de las cadenas y les hacen un resumen de los mejores momentos y en la sede deciden qué cortes de cinco o diez segundos usan para la sección de sus noticias de la noche dedicada a la campaña republicana.

Va bien imaginarse los acontecimientos de una semana de campaña en términos de cajas, cajas dentro de otras cajas, etcétera. El público votante del país es la enorme gran caja exterior, luego está el público del electorado de Carolina del Sur, con la mediación respectiva de las capas internas de periódicos locales y nacionales, justo dentro de los cuales están las cajas aislantes del Alto Mando del personal de McCain, que planean y escenifican los acontecimientos y manipulan las cosas para que las distintas capas de la prensa las interpreten para las distintas capas de la audiencia, y los enlaces con la prensa que pastorean a los plumillas y a los bustos y que hacen de mediadores de su acceso al Alto Mando y controlan a qué medios les toca su turno rotativo en el HC Exprés (que es a su vez una caja en movimiento) y que luego deciden (los Enlaces) cuáles de esos medios elegidos pueden desplazarse hasta el salón del fondo del todo para interactuar con McCain en persona, que es al mismo tiempo el narrador y la narración de la campaña, un candidato cuyo mejor gancho es el hecho de que es un anticandidato, alguien que es abierto y accesible y que «piensa fuera de la caja», pero que de hecho es la caja nuclear central e inescrutable del sistema de cajas chinas de la campaña, y cuyos pensamientos intracraneales sobre todas estas cajas y capas y lentes y sobre si esta nueva clase de encierro se parece en algo al cajón oscuro de Hoa Lo vienen a ser en gran medida lo que se está preguntando todo el mundo en los medios de comunicación, ya que él solo habla de política.

Además, el Trolas 1 también es una caja, por supuesto, igual que lo es todo aquello de lo que no puedes salir hasta que alguien te deja salir, y ahora mismo hay veintisiete miembros de los medios políticos nacionales a bordo del mismo, a medio camino de Charleston. Cierto porcentaje de los mismos no vale la pena que se los presente a ustedes, porque esta misma noche se les acabará el turno rotatorio en la Senda y mañana ya no esta-

rán, habrán sido sustituidos por otros que a ustedes ya les empezarán a resultar familiares para cuando se los lleven las rotaciones. Así es como estos profesionales lo llaman, la Senda, igual que los músicos hablan de la Carretera. El horario es fascista: llamada-despertador y alarma de refuerzo a las seis de la mañana, dejar la habitación a toda prisa, recogida de equipajes a las siete en punto para que tiremos las bolsas y el equipo de los técnicos en la parte de abajo del autocar, mover el culo hasta el primer mitin local de McCain a las ocho en punto, luego otro, luego otro, tal vez una hora libre para M&T en alguna parte si lo permite el TDO, luego normalmente dos eventos grandes por la tarde y más horas muertas de TD en la carretera entre funciones, hasta llegar por fin al Marriott o al Hampton Inn de esa noche alrededor de las once, justo cuando acaba de cerrar el servicio de habitaciones, así que te ves suplicándole a la gente de Fox News que te lleve en coche en busca de un restaurante que siga abierto, luego una hora en el bar del hotel para intentar desconectar tu cabeza de forma que puedas meterte en la cama a la una y media y levantarte a las seis y volver a hacerlo todo otra vez. Normalmente el plumilla medio se pasa entre cuatro y seis días hasta que se lo tienen que llevar a casa en camilla y su redactor jefe introduce más carne fresca en la rotación. Los técnicos de las cadenas, que son perros viejos en la Senda, se pasan meses seguidos. El personal de la campaña McCain2000 lleva haciendo esto a tiempo completo desde el día del Trabajo, y hasta los más jóvenes parecen muertos vivientes. Solamente McCain parece pasarlo en grande. Tiene sesenta y tres años y prácticamente sube al Exprés cada mañana bailando el cancán. Resulta o bien inspirador o bien aterrador.

He aquí una breve ronda entre bastidores de todo lo que está pasando en el Trolas 1 a la una y media de la tarde. Unos pocos periodistas están desplomados durmiendo, con las bocas abiertas y removiéndose, usando los abrigos de almohadas. Los técnicos de la CBS y la NBC ocupan sus lugares habituales en los sofás de delante, con las cámaras y las pértigas y los micros de jirafa y las cajas de cintas y las pilas grandes Duracell amontonadas a su alrededor, hablando sobre sórdidos humoristas de los años

setenta e intercambiando insignias de prensa de New Hampshire y Iowa y Delaware, unas insignias que se laminan y se cuelgan del cuello con cordeles de nailon y que al parecer resultan valiosas para los coleccionistas. Jim C., que se parece a un Elliott Gould que llevara mucho tiempo sin poder dormir, también está mirando cómo la bolsa de libros de cuero de Travis se balancea como un metrónomo de la correa que lleva al hombro mientras este se apoya en la barra de seguridad y dormita. Todos los sofás y asientos acolchados están orientados en perpendicular al avance del Trolas 1, a diferencia de los autocares normales, donde los asientos están orientados hacia delante. Es por eso por lo que todo el mundo tiene las piernas en medio del pasillo, pero no se produce esa ansiedad social normal de cuando tu pierna toca por accidente la de otra persona en un autocar, ya que nadie puede evitarlo y todo el mundo está demasiado cansado para preocuparse de esas cosas. Detrás de cada grupo de sofás hay mesillas blancas de plástico con receptáculos huecos para poner vasos y tomas de corriente que funcionan si es que se puede convencer a Jay de que encienda el generador (que es algo que hará a menos que le quede poca gasolina); y a la mesilla del lado izquierdo hay sentados dos plumillas y dos productores de campo, y una de los plumillas es Alison Mitchell, *en persona*, la misma que hace el seguimiento diario de McCain en el *New York Times* y una periodista de mucho renombre, aunque no (lo cual resulta refrescante) uno de los Doce Monos, una mujer esbelta, tranquila y amable de unos cuarenta y cinco años que lleva medias oscuras, botas puntiagudas, un jersey negro que parece tejido a ganchillo en casa y una mirada perpetua de asombro preocupado, como si la vida fuera una larga petición de clarificación. Alison Mitchell es una habitual a bordo del Hablando Claro Exprés, pero hoy tiene una entrega urgente a las tres de la tarde y está usando la corriente eléctrica superior del Trolas 1 para hacer a toda prisa su artículo en su Apple PowerBook. (Hasta desde fuera del autocar es fácil ver quién está tecleando a toda pastilla en un ordenador portátil en esos momentos, porque tienen las persianas de sus ventanillas bajadas para protegerse del resplandor del día, que es la gran némesis de

todo periodista provisto de ordenador portátil.) Un productor de campo de la ABC que está sentado a la misma mesilla delante de A. Mitchell está intentando resolver una disputa acerca de una tarjeta de crédito por su teléfono móvil distintivo, que no es exactamente un teléfono de diadema pero que consiste en un auricular y una cosita colgante parecida a una vaina que se sostiene junto a la boca con dos dedos para hablar, un aparato que consigue hacerle parecer al mismo tiempo sordo y esquizofrénico. Las personas que ocupan ambos asientos detrás de la mesilla están leyendo el *USA Today* (y tal vez valga la pena señalar esto: el único periódico informativo diario que lee hasta el último miembro de la campaña nacional es, créanlo o no, el *USA Today*, que siempre aparece como por arte de magia negra por debajo de la puerta del hotel de todo el mundo todas las mañanas junto con la cuenta de gastos exprés para dejar la habitación, y que es gratis, y los periodistas son tan vulnerables al marketing astuto como cualquier otra persona). El silenciador del camión de la tele local resuena más fuerte cuanto más atrás uno vaya. A unos dos tercios de la longitud del pasillo hay una pequeña zona donde están la nevera del autocar y el armarito de los licores (este último estaba increíblemente bien surtido en el Chaperomóvil de ayer y totalmente vacío en el Trolas 1), y el cuarto de baño de la puerta peligrosa. También hay un pequeño mostrador lleno de cajas de donuts Krispy Kreme, y un lavamanos cuya agua no usa nadie (por razones que resultan ser correctas). Los donuts Krispy Kreme vienen a ser el equivalente en el sur profundo de los Dunkin' Donuts, omnipresentes y baratos y geniales en ese estilo «qué hago yo comiendo un postre para desayunar», y son una piedra angular de lo que Jim C. llama la dieta de campaña.

Detrás de las zonas digestivas de los autocares hay otra pequeña zona de descanso, que en el Exprés sirve de salón de prensa de McCain pero que en el Trolas 1 no es más que una mesa elíptica de plástico de color beige rodeada de un sofá para el cual resulta un poco demasiado alta, además de una máquina de fax y múltiples tomas de corriente y enchufes, un área que los enlaces con la prensa denominan el PPFT (= Palacio de la

Prensa del Fondo del Todo). Ahora mismo la ayudante personal de la señora McCain en la Senda, Wendy –que lleva lentillas de color azul eléctrico y un pelo rubio y rígido y maquillaje y accesorios y uñas francesas inmaculados, y que tal vez se podría describir como una señorita muy republicana–, está aquí atrás en la mesa beige comiendo sopa de un cuenco grande de poliestireno y usando su teléfono móvil para intentar encontrar algún sitio en el centro de Charleston donde la señora McCain se pueda arreglar las uñas. Las tres paredes del PPFT son de espejos, lo cual constituye un inquietante eco del autocar reflectante de ayer (salvo por el hecho de que aquí los espejos tienen extrañas figuritas fantasmagóricas incrustadas en el plafón, aparentemente a modo de decoración), de manera que no solo se puede ver el reflejo de todo el mundo, sino toda clase de reflejos de ángulos múltiples de dichos reflejos, y así sucesivamente, lo cual, unido a todos los baches y el bamboleo, hace que la mayoría de la gente se quede en la parte de delante pese a la riqueza de instalaciones del PPFT. La razón exacta de que Wendy esté organizando la manicura de su jefa aquí en el Trolas 1 no está clara, pero la diligente atención que presta la señora McC. a la indumentaria y el acicalamiento de su propia persona ya constituyen una leyenda menor entre las filas de la prensa, y algunos de los técnicos especulan con que cosas como arreglarse las uñas y el pelo, junto con estar tan pegada como si fueran siamesas a la señorita Lisa Graham Keegan (que es la superintendente de educación de Arizona y que supuestamente viaja con el senador en calidad de «Asesora de temas que afectan a la educación», pero que está claro que viene con nosotros porque es la amiga y confidente de Cindy McCain y la única persona en cuya presencia la señora McC. no parece un ciervo paralizado por la luz de una partida de caza), parecen ser las únicas cosas que hacen que a esa persona extremadamente frágil no le dé un colapso en la Senda, donde se le requiere que permanezca de pie bajo focos calurosísimos junto con McCain en todos sus discursos y mítines locales y comparecencias y que mire con expresión jovial a la media distancia mientras su marido habla con las multitudes y con las lentes de las cámaras; de hecho, algunos de los técnicos

de las cadenas por cable mantienen una especie de debate continuo acerca de qué es lo que está mirando realmente Cindy McCain mientras permanece sobre el escenario siendo escrutada pero sin oportunidad nunca de decir nada... y, en todo caso, todo el mundo entiende y respeta la enorme presión que sufre Wendy para ayudar a la señora McC. a no perder la cabeza, y nadie se burla de ella por cosas como que se vaya poniendo más y más nerviosa a medida que se hace obvio que existe una expresión especial en el sudeste para decir «manicura», puesto que ninguna de la gente con la que habla por el móvil parece tener la menor idea de qué quiere decir ella con «manicura». También aquí atrás, justo enfrente de Wendy, hay un tipo ridículamente atractivo vestido con un jersey verde de cuello alto de algodón, fotógrafo de Reuters, sentado con aspecto desconsolado en medio de un complejo nido de cables enchufados hasta en la última toma de corriente del PPFT; tiene una serie de fotos digitales del discurso de Columbia en su ordenador portátil Toshiba y tiene su teléfono móvil conectado tanto a la pared como al portátil (que también está conectado a la pared) y está intentando enviar las fotos mediante un extraño sistema de correo electrónico interno de Reuters, pero sucede que su ordenador portátil ha decidido que ya no le cae bien su teléfono móvil («cae bien» = término suyo), y no consigue enviarlas.

Si todo esto resulta poco dinámico y aburrido, por cierto, entiendan que están echando ustedes un vistazo genuino a la realidad de la vida de los periodistas en la Senda, gran parte de la cual consiste en deambular y matar el tiempo a bordo del Trolas 1 mientras esperas esa ligera mirada de complicidad de Travis que quiere decir que su superior inmediato, Todd (un joven de veintiocho años que es tan obvio que ha ido a Harvard que no mereció la pena ni preguntárselo), le ha dado la orden de que después de la siguiente parada te llega la rotación que te manda a las grandes ligas del Exprés para sentarte apretujado y paralizado en el abarrotado sofá rojo de la prensa del fondo del vehículo y escuchar cómo John S. McCain y Mike Murphy responden a las preguntas de los Doce Monos, y poder ver de cerca y en persona a McCain y ver la forma en que estira mucho

las piernas en el suelo del salón y las cruza a la altura del tobillo y se chupa con gesto ausente el premolar derecho y agita el café de su tazón promocional de McCain2000.com, e intentar penetrar en la caja más interior de los pensamientos de este hombre sobre la enorme esperanza y entusiasmo que ha estado generando tanto en la prensa como en los votantes... algo que habría que decirles a ustedes de entrada que no sucede y no puede nunca suceder, por dos razones. La razón menor (1) es que cuando a uno le llega por fin la rotación que lo eleva al salón del Hablando Claro, uno descubre que la mayor parte de las preguntas que los Doce Monos le hacen aquí son simplemente demasiado insulsas y obvias como para que McCain malgaste su tiempo con ellas, así que deja que Mike Murphy sea quien se enfrente a ellas, y Murphy es tan gracioso y seco y capaz de juguetear con tanta crueldad con los Doce Monos...

MONO: Digamos que gana usted aquí en Carolina del Sur, ¿qué pasa entonces?

MURPHY: Que vuela a Michigan esa misma noche.

MONO: ¿Y si, pongamos por caso, *pierde* aquí en Carolina del Sur?

MURPHY: Vuela a Michigan, gane o pierda.

MONO: ¿Podría tal vez explicar por qué?

MURPHY: Porque el avión ya está pagado.

MONO: Creo que se refiere a si puede explicar usted por qué específicamente Michigan.

MURPHY: Porque son las siguientes primarias.

MONO: Creo que lo que estamos intentando que explique usted, Mike, si no le parece mal, es: ¿cuál va a ser su objetivo en Michigan?

MURPHY: Obtener muchísimos votos. Esa es parte de nuestra estrategia secreta para ganar la nominación.

... que a menudo cuesta incluso darse cuenta de si McCain está presente o lo que está haciendo con la cara o con los pies, ya que hace falta estar concentrado casi por completo a fin de no empezar a soltar risitas como un maníaco por lo que dice Murphy y

por el hecho de que los Doce Monos se limitan a asentir al unísono con caras sombrías y a apuntar cualquier cosa que les diga en sus cuadernos de taquigrafía idénticos. La razón mayor y más interesante (2) es que esta también resulta ser la semana en la que el estatus de anticandidato de John S. McCain amenaza con disolverse ante las caras de casi todo el mundo, y en la que cada vez se está volviendo más opaco y paradójico y en ciertos sentidos indistinguible del Matojo y del establishment republicano contra el cual se definió y resplandeció tanto en New Hampshire, lo cual por supuesto constituye una historia en sí misma.

El peligro de la puerta del cuarto de baño del Trolas 1 es que se abre y se cierra en sentido lateral, deslizándose con un susurro a lo *Star Trek* en cuanto uno roza el botón PUERTA que hay justo dentro. Es decir, que uno entra, roza ligeramente PUERTA para cerrarla, hace sus asuntos y luego vuelve a tocar un poquito PUERTA para abrirla: simple... salvo por el hecho de que la ubicación del botón PUERTA queda a escasos centímetros del hombro izquierdo de cualquier periodista masculino que esté haciendo sus necesidades en el inodoro, un inodoro que no tiene raíles ni asas ni nada a lo que (por decirlo de alguna manera) agarrarse, y aun la más ligera sacudida o inclinación hacia la izquierda provoca que dicho hombro toque dicho botón –y recuerden que estamos en un autocar en movimiento–, causando que la puerta se abra con un susurro mientras uno está ahí en plenas necesidades, y las consecuencias de girarse en redondo de golpe para intentar aporrear el botón y cerrar la puerta de nuevo mientras uno está *in medias res* son demasiado obviamente horrorosas para contarlas con detalle, y el resultado es que para el 9 de febrero la gran norma implícita entre los habituales del Trolas 1 es que cuando un hombre se levanta y camina hasta el baño situado a los dos tercios del pasillo, todo el mundo que está cerca evacua la zona y se asegura de que no está en el campo visual de la puerta. Y la horma en que se nota que un periodista es local o que las rotaciones lo acaban de poner en la Senda y que esta es su primera vez a bordo del Trolas 1 es el pequeño grito estrangulado que se oye siempre cuando está en el baño y la puerta se abre de forma inesperada con un susurro, y

normalmente el viejo y entrecano plumilla del *Charleston Post and Courier* sonríe y grita: «¡Bienvenido a la política nacional!», mientras el novato golpea frenéticamente el botón, y Jay al volante da unos golpecitos suaves y joviales a la bocina con la base de la mano, aprovechando cualquier pequeña diversión que se pueda encontrar en este largo y mayormente tedioso TD.

De regreso por el costado de estribor del Trolas 1, no hay ordenadores portátiles encendidos y pocas persianas tienen las ventanillas cerradas, y el grupo de ventanillas más limpio está justo pasada la nevera, y fuera seguramente el sol está en algún lugar en lo alto, pero el paisaje de febrero sigue pareciendo deslucido. La campiña del centro de Carolina del Sur parece echada a perder, linchada, con un cielo del color del acero de mala calidad, la tierra toda terrones muertos y matorral de tallo azul, con robles y pinos encorvados, y casi se oye a los mosquitos respirando dentro de sus huevos inflados mientras esperan la primavera. El invierno aquí es al mismo tiempo helado y bochornoso, y Jay termina por alternar la calefacción con el aire acondicionado a medida que varias personas distintas se quejan de que tienen frío o calor. A medida que uno viaja al sur, las palmas reales esmirriadas empiezan a mezclarse con los pinos, y la mezcla de coníferas y palmeras resulta discordante como si uno estuviera en una pesadilla. Cierto porcentaje de los árboles que dejamos atrás están muertos y cubiertos de kudzu y de un tipo especial de musgo español que viene a parecer pelusa de secadora del infierno. La única compañía de los autocares son los camiones de dieciocho ruedas y unas extrañas camionetas altas, que están todas oxidadas y tienen soportes para armas de fuego y adhesivos políticos de derechas. Algunas de ellas hacen sonar sus bocinas para mostrar su apoyo. Las ventanillas del Trolas 1 son lo bastante altas como para que se pueda ver el interior de las cabinas de los grandes camiones. La carretera en sí carece de color y sus bordes parecen mordidos, y hay basura, y la mediana que separa los carriles es de hierba marchita con montones de huellas distintas de neumáticos y marcas de patinazos que surcan la tierra durante docenas de kilómetros, como si las hubiera dejado ahí la madre de todos los accidentes múltiples de tráfico en algún momento del pasado de

la I-26. Todo parece muerto y triste por ello. Los pájaros vuelan en círculos sin ningún sitio adonde ir. También hay unos extraños árboles luminosos de corteza muy lisa que podrían ser pacanas: nadie parece saberlo. Los técnicos mantienen las persianas cerradas pese a no tener ordenadores portátiles. Se nota que aquí el verano debe de dar miedo, todo musgo húmedo y vapor de ciénaga y perros con las costillas visibles y todo el mundo sudando a través de sus gorras. Ninguno de los periodistas parece mirar en ningún momento por las ventanillas. Todo el mundo está acostumbrado a estar en movimiento todo el tiempo. Nuestra posición solamente se menciona en las conversaciones telefónicas: los periodistas y productores siempre están con sus móviles intentando hablar con otra gente que también lleva sus móviles y diciendo: «¡Carolina del Sur! ¡Y tú dónde estás!». La otra constante en la mayoría de las llamadas desde móviles en un autocar en movimiento es: «¡Te estoy perdiendo, ¿me oyes?, te llamo otra vez!». Un rasgo distintivo de los productores de campo es que sacan las antenas de sus móviles al máximo con los dientes. Los periodistas usan los dedos, o bien tienen teléfonos de diadema y hablan por estos mientras teclean.

Ahora mismo, de hecho, la mayor parte de la gente de estribor está hablando con sus móviles. Hay móviles negros y móviles de color gris mate; una mujer de la MSNBC tiene un móvil rosa que su prometido le compró en Hammacher Schlemmer. Algunos de los móviles son tan en miniatura que el auricular apenas se aleja del lóbulo de la oreja del que llama y uno se pregunta cómo consiguen hacerse oír. Hay móviles de diadema de diversas marcas y esquemas de colores, algunos con antena, más los ya mencionados teléfonos consistentes en auricular más altavoz con pinta de vaina colgante. También hay buscas, buscas vibradores, buscas con buzón de voz cuyos chips hacen que todas las voces suenen angustiadas, y Palm Pilot que muestran titulares de la CNN y mensajes de texto de servicios de respuesta 1-800 de distintas personas, que es algo que los veintisiete periodistas que hay a bordo del Trolas 1 tienen (servicios de respuesta 1-800) y a menudo matan el tiempo comparando las virtudes de los mismos y contando anécdotas graciosas sobre los mismos. Muchos

de los móviles tienen tonos de llamada personalizados, lo cual en un espacio cerrado como este con tantos teléfonos encendidos probablemente tiene sentido. Hay un «Twinkle Twinkle Little Star», un «Hail Hail the Gang's All Here», uno que toca la obertura de la Quinta Sinfonía op. 67 de Beethoven con un extraño tempo acelerado de 3/4, etcétera. El único problema es que un fotógrafo de *US News and World Report*, un plumilla de la agencia de noticias Copley y una productora de piernas largas de la CNN que siempre lleva medias rojas y el pelo recogido con una banda de tela elástica tienen todos el mismo tono, la «Obertura de Guillermo Tell», de manera que siempre se crea confusión y búsqueda triple de móviles cuando se disparan los compases de una «Obertura de Guillermo Tell». Los teléfonos de los técnicos de las cadenas tienen todos tonos de llamada normales.

Jay, el conductor oficial del Trolas 1 y una de las dos únicas personas habituales de a bordo que no tienen móvil (usa el Nokia grande y gris de Travis cuando necesita llamar a alguno de los otros conductores de autocar, algo que pasa muy a menudo porque tal como Jay es el primero en admitir está un poco pez en ciertas materias relacionadas con el seguimiento de rutas), lleva un maletín pequeño lleno de discos compactos, y en los TD largos se dedica a escucharlos en un discman Sony con unos auriculares enormes y acolchados de calidad de estudio de grabación (lo cual tal vez sea ilegal), pero Jay se niega a hablar para las grabadoras de *Rolling Stone* sobre qué música escucha. De John McCain se dice que lo que más le gusta son los clásicos de los sesenta y que por lo menos es capaz de soportar a Fatboy Slim, lo cual parece bastante abierto de miras. La única otra persona que escucha algo por unos auriculares es uno de los Doce Monos que está intentando aprender cantonés para conversar y siempre que no está en el Exprés se sienta al fondo del todo del lado de babor del Trolas 1 con sus cintas de lecciones de cantonés y se dedica a repetir parrafadas de ruidos inescrutables una y otra vez a un volumen que sus auriculares no le permiten regular muy bien, y por tanto a su alrededor siempre tiene una amplia zona vacía. Travis, que vuelve a estar despierto y en contacto por

móvil con Todd, que va por delante en el Exprés, ocupa su posición precaria de costumbre en el mismo borde de un asiento ocupado por un británico mayor de pelo alborotado y un poco chiflado que trabaja para *The Economist* y a quien le gusta hablar largo y tendido sobre lo absolutamente embelesado que está el público lector británico con John McCain y con todo el fenómeno conservador-populista de McCain, y que suele matar de aburrimiento a todo el mundo, pero es popular a pesar de todo porque tiene un talento extraordinario para rapiñar comida caliente en los eventos celebrados a las horas de comer, y encima la comparte. El plumilla del *Miami Herald* que va en el asiento al lado de ellos está reorganizando la función agenda de direcciones de su Palm Pilot pulsando unas teclas minúsculas con algo que parece un bastoncito para cóctel pequeño y negro. También hay una anécdota en curso que está narrando una maravillosamente cáustica y graciosa mujer libanesa de Australia (no pregunten) que escribe para el *Boston Globe*, y que está bebiendo leche de soja de vainilla Edensoy y contándoles desde el otro lado del pasillo a Alison Mitchell y al productor de campo de la ABC con el teléfono de auricular que al parecer la noche anterior se registró y subió a su habitación del hotel North Augusta Radisson y se la encontró ya ocupada por un hombre desnudo —«Desnudo como vino al mundo. En pelota picada. En bolas»—, con nada más que una toallita sobre sus partes, «y no era muy grande, os lo aseguro», refiriéndose (según Alison dijo más tarde que había interpretado) a la toallita.

Los únicos habituales del Trolas 1 de los que no se ha hablado hasta ahora están en la mesa de trabajo de estribor que hay justo pasado el borde del sofá abarrotado y detrás de la pandilla de técnicos de la parte delantera. Se trata del corresponsal de la CNN Jonathan Karl, del productor de campo de la CNN Jim McManus (que aparentan los dos unos once años) y de su técnico de sonido, que están haciendo algo lo bastante interesante como para justificar el estar en precario equilibrio observando y sin hacer caso de los carraspeos irritados que emite el ligeramente chiflado tipo del *Economist* a modo de queja por tener el trasero de alguien meciéndose en el pasillo justo al lado de su

cabeza, un trasero que no ha pasado recientemente por la lavandería. El técnico de sonido de la CNN (Mark A., de veintinueve años, de Atlanta, que después de Jay es la persona más alta de la Senda, hasta da vértigo hablar con él, y es capaz de sostener un micro de jirafa justo encima de la cabeza de McCain desde el fondo de hasta la más densa de las melés) ha sacado de un estuche complejamente acolchado un editor digital portátil Sony serie SX (PVP.: 32.000$) y lo ha conectado a unos auriculares y al móvil y el portátil Dell Latitudes de Jonathan Karl, y ahora los tres están pasando la cinta de vídeo de la CNN del discurso de esta mañana en la Academia de Justicia Criminal de Carolina del Sur, intentando encontrar un punto determinado en que las notas de Jonathan Karl indican que McCain ha dicho algo parecido a «Pese a la forma en que el gobernador Bush y sus secuaces han distorsionado mi postura sobre la pena de muerte...». Un cronómetro digital situado debajo de la pantalla de trece pulgadas del SX cuenta segundos y fracciones de segundo de hasta cuatro decimales, y resulta fascinante mirarlo mientras pasan las imágenes deprisa y Mark escucha por sus auriculares lo que debe de ser un parloteo inimaginable de ardillitas aceleradas, esperando para decirle a Karl que pare la cinta cuando llegue a lo que McManus dice que son las «palabras beligerantes» del discurso, que en la sede de la CNN quieren que les sean enviadas de inmediato para poder yuxtaponerlas a algo agresivo que parece ser que el Matojo ha dicho sobre McCain esta mañana en Michigan y hacer una noticia sobre todas las cosas negativas que se han dicho hoy en la campaña.

Aquí hay una buena oportunidad para ser cínicos sobre la idea que tienen los medios de lo que son «palabras beligerantes» mientras el equipo de la CNN pasa deprisa el discurso, Jim McManus se come su quinto donut Krispy Kreme del día y espera la señal de Mark A., Jonathan Karl se limpia las gafas con la corbata y Mark A. permanece inclinado hacia delante con los ojos cerrados en gesto de concentración auditiva. Y justo detrás del hombro gigantesco de Mark, en el borde trasero del sofá frontal de estribor, está el operador de cámara de la NBC Jim C., que sufre un caso virulento de gripe de campaña y se dedica a verter

más tintura de saúco de color sangre dentro de una botella de agua, con una expresión cuidadosamente estoica porque el remedio de saúco se lo ha dado su mujer, que resulta ser la productora de campo del equipo de la NBC y está justo al otro lado del pasillo en el sofá de babor mirándolo con atención para asegurarse de que se lo bebe, y va a ser gracioso oír las bromas que hace Jim C. sobre el saúco después cuando ella no esté. Observación cínica: el hecho de que en su discurso de esta mañana John McCain invocara varias veces una «pobreza moral» en América, una «pérdida de vergüenza» de la que él culpaba a «la agresión incesante de un entretenimiento regido por la violencia y que ha perdido su brújula a manos de la codicia» (a McCain se le suelen mezclar un poco las metáforas cuando se excita), y haya dejado caer cosas que sonaban bastante a proponer una posible regulación federal de todo el entretenimiento en América, lo cual tendría implicaciones constitucionales inciertas en el mejor de los casos... esto no parece albergar un interés inmediato para la CNN. Ni tampoco están buscando el momento horripilante del discurso en el que McCain ha declarado que a nuestro próximo presidente habría que considerarlo «comandante en jefe de la guerra contra las drogas» y habría que conferirle la autoridad necesaria para enviar dinero y (algo que ha sonado como) *tropas*, si es necesario, a los «países que parece que necesitan ayuda para controlar sus exportaciones de venenos que amenazan a nuestros hijos». Cuando uno considera que el control estatal de los medios de comunicación es uno de los grandes males a los que señalamos para distinguir a las democracias liberales de los regímenes represivos, y que mandar tropas para «ayudar» en los asuntos internos de países soberanos ha metido a Estados Unidos en algunos de los peores marrones del último medio siglo, estas partes del discurso de McCain parecen las verdaderas «palabras beligerantes» que un electorado democrático maduro podría querer oír mencionadas en las noticias. Pero estas cosas no nos importan, parece ser, así que tampoco les importan a las cadenas de televisión. De hecho, es posible argumentar que una de las grandes razones por las que a tantos jóvenes Independientes y Demócratas les emociona McCain es

que los medios que cubren la campaña ponen tanta atención en la briosa sinceridad de McCain y tan poca atención a las cosas de derechas a veces *extremadamente* espeluznantes que esa sinceridad le lleva a decir... pero da igual, porque lo que resulta realmente fascinante ahora mismo aquí en la mesa de estribor del Trolas 1 es lo que le pasa a la cara de McCain en la pantalla del Sony SX mientras pasan deprisa los detalles aburridos del discurso. McCain tiene el pelo blanco (prematuramente, desde Hoa Lo) y cejas oscuras, y un cuero cabelludo rosado debajo de algo que no es exactamente el pelo peinado de un lado a otro de la calva, y unas mejillas más bien gordinflonas, y en un fast-forward analógico normal lo lógico sería esperar que su cara tuviera un aspecto ridículo, igual que todo el mundo en una película parece espasmódico y estúpido cuando pasas deprisa las imágenes. Pero la cinta de la CNN y su equipo de edición son digitales, así que lo que pasa al hacer fast-forward es que la imagen de hombros para arriba de McCain con el fondo de ocho de las grandes barras de la bandera no se acelera y queda ridícula, sino que más bien *estalla* en forma de una miríada de diminutas cajitas y cuadraditos digitales, y todas estas piececitas se revuelven salvajemente por todas partes y se vuelven protuberantes y se retraen y se colapsan y se arremolinan y se reorganizan a sí mismas a un ritmo furioso de fast-forward, y la imagen resultante es como algo sacado de la peor experiencia con drogas de todos los tiempos, las cajas y cuadrados constituyentes de un cubo de Rubik fisionómico volando por todas partes y cambiando de forma y a veces con aspecto de estar a punto de convertirse en una cara humana pero sin acabar nunca de formar una cara, en la pantalla de alta velocidad.

¿A QUIÉN LE IMPORTA SIQUIERA A QUIÉN LE IMPORTA?

Es difícil encontrar buenas respuestas a por qué a los Votantes Jóvenes les interesa tan poco la política. Esto se debe probablemente a que resulta casi imposible hacer que alguien piense

concienzudamente en por qué no le interesa algo. El propio aburrimiento impide el cuestionamiento. El sentimiento en sí ya basta. Seguramente una razón, sin embargo, es que la política no mola. O, mejor dicho, que la gente interesante y dinámica que mola no parece ser de la que se siente atraída por el proceso político. Acuérdense de aquellos chavales del instituto que se presentaban a las elecciones al comité de alumnos: cebollinos, demasiado acicalados, obsequiosos con la autoridad, ambiciosos de una forma triste. Ansiosos por jugar el Juego. La clase de chavales que al resto de los chavales les gustaría atizar si no resultara tan tedioso y carente de sentido. Y ahora piensen en algunas versiones adultas que existen en el año 2000 de aquellos mismos chavales: Al Gore, a quien el técnico de sonido de la CNN Mark A. describe diciendo que «casi parece que respira»; Steve Forbes, con su frente húmeda y su risita de lunático; la sonrisita de patricio de G. W. Bush y su torpe hipocresía; hasta el mismo Clinton, con su cara enorme, roja y falsamente amigable y sus frases de tipo «Siento su dolor». Unos hombres que ni siquiera parecen lo bastante seres humanos como para odiarlos: lo que uno siente cuando aparecen no es más que una abrumadora falta de interés, esa clase de profunda desconexión que a menudo es una defensa contra el dolor. Contra la tristeza. De hecho, la razón más probable de que a muchos de nosotros nos interese tan poco la política es que los políticos modernos nos ponen tristes, nos hieren profundamente de formas que cuesta identificar, ya no digamos hablar de ellas. Es mucho más fácil poner los ojos en blanco y pasar de todo. Probablemente el mero hecho de leer esto ya les provoque rechazo.

Una de las razones por las que a muchos de los periodistas de la Senda les cae bien John McCain es simplemente que es un tío que mola. En la universidad, Clinton formaba parte del comité escolar y de la orquesta, mientras que McCain era un as de los deportes y un camorrista de cuyos talentos para la juerga y para llevarse chicas a la cama todavía hablan con admiración sus antiguos compañeros de clase, un tipo que se licenció de los últimos de su clase en Anápolis y que se metió en líos por pilotar aviones demasiado bajo y cortar tendidos eléctricos y estrellar-

se todo el tiempo y por ser un tío que en general molaba. A los sesenta y tres años, es ingenioso y listo y se burla de sí mismo y de su mujer y de su personal y de los demás políticos y de la Senda, y le toma el pelo a la prensa y se mete con ellos de una forma que a ellos no les importa porque es la clase de tomaduras de pelo que te hacen sentir que ahí está ese tío importante y que mola mucho que se ha fijado en ti y que le caes lo bastante bien como para que se meta contigo. A veces te guiñará un ojo sin ninguna razón en particular. Si todo esto no parece gran cosa, tienen que recordar que estos reporteros profesionales deben pasar mucho tiempo con políticos. y estar con la mayoría de los políticos es un coñazo. Como un plumilla de la prensa nacional le dijo a *Rolling Stone* y a otro no profesional: «Si vierais más de cómo se comportan otros candidatos, estaríais mucho más impresionados [con McCain]. Por lo menos él se comporta de forma parecida a como se comportaría un ser humano». Y la prensa agradecida que está en la Senda transmite –tal vez incluso exagera– la humanidad de McCain a su enorme audiencia, el electorado, un electorado que a su vez parece tan paroxísticamente agradecido por un candidato presidencial que «por lo menos se comporte un poco como se comportaría un ser humano» que eso le hace a uno pararse a pensar en el hambre que tienen los votantes de algún nivel por pequeño que sea de autenticidad en esos hombres que quieren «guiarlos» e «inspirarlos».

Por supuesto, existen algunos grupos de Votantes Jóvenes que están muy, muy metidos en la política moderna. Están los cristianos de extrema derecha del pendenciero Ralph Reed, por ejemplo, y al otro lado del espectro está la gente de ACT UP y los hombres sensibles y las mujeres rabiosas de la Izquierda políticamente correcta. Resulta interesante, sin embargo, que lo que les confiere a estos pequeños bloques marginales un poder tan desproporcionado es el simple hecho de que la gran mayoría de los Votantes Jóvenes no consigan levantar el culo de la silla e ir a votar. Es lo que todos aprendimos en ciencias sociales de primero de instituto: si yo voto y tú no, mi voto cuenta por dos. Y no son solamente los extremos los que se benefician:

lo cierto es que beneficia a una serie de elementos muy poderosos del sistema el que la mayoría de los jóvenes odien la política y no voten. También merece la pena que piensen ustedes sobre esto, si lo pueden soportar.

Hay otra cosa que John McCain dice siempre. Siempre se asegura de terminar con ello todos sus discursos y mítines locales, de forma que los periodistas que van en los autocares lo oyen unas cien veces por semana. Siempre hace una pequeña pausa teatral y entonces dice: «Voy a decirles algo. Puede que hoy y aquí haya dicho algunas cosas con las que ustedes no están de acuerdo, y puede que haya dicho algunas cosas con las que espero que sí estén de acuerdo. Pero siempre... les diré... la verdad». Este es el cierre de McCain, el trallazo final de su guitarra que deja reverberar un momento, por así decirlo. Y la ovación de pie frenética que siempre obtiene de su audiencia es digna de verse. Pero uno se pregunta: ¿por qué estas multitudes desde Detroit hasta Charleston aplauden de forma tan salvaje a la simple promesa de no mentir?

Bueno, la razón es obvia. Cuando McCain lo dice, la gente no lo está aplaudiendo a él tanto como a la sensación reconfortante que produce creerle. Están aplaudiendo el deshacerse de un extraño nudo que tenían en el estómago electoral. El currículum de McCain y su sinceridad, en otras palabras, no prometen empatía con el dolor de los lectores, sino un alivio al mismo. Porque nos han mentido miles de veces, y duele que te mientan. En última instancia es así de poco complicado: duele. Es algo que aprendemos a los cuatro años: es la primera explicación que nos dan los adultos de por qué mentir está mal («¿Cómo te sentirías tú si...?»). Y seguimos aprendiéndolo durante años, por las malas, que es una mierda que te digan mentiras: que es algo que te degrada, que te niega el respeto a ti mismo, al mentiroso y al mundo entero. Sobre todo si las mentiras son crónicas, sistemáticas, si la experiencia parece enseñar que todo aquello en lo que se supone que tienes que creer no es en realidad más que un juego basado en mentiras. A los Votantes Jóvenes se lo han enseñado bien y exhaustivamente. Puede que no recuerden ustedes personalmente Vietnam o el Watergate, pero es

bastante probable que recuerden el «No más impuestos» o el «Nadie me dijo nada» o el «Hasta el momento no tenemos conocimiento directo de que se cometiera nada inapropiado» o el «No me tragué el humo» o el «No he tenido relaciones sexuales con la señorita Lewinsky», y un largo etcétera. Resulta doloroso pensar que los aspirantes a servidores del pueblo entre los que uno está forzado a elegir son todos unos embusteros cuya única preocupación son sus intereses propios, y que están dispuestos a mentir de una forma tan atroz y con una cara tan seria que te das cuenta de que te consideran un idiota. Así que, ¿quién no bostezaría y les daría la espalda, quién no elegiría la apatía y el cinismo por encima del dolor de que te traten con desprecio? ¿Y quién no perdería el culo por un político de primera fila que de repente parece que te habla como si fueras una persona, un adulto inteligente y digno de respeto? Un político que de repente y salido de la nada aparece en la tele en calidad de candidato con pocas probabilidades de ganar pero increíblemente prometedor y dice que Washington está paralizado, que todo el mundo allí está comprado y que la única forma de «devolverle el gobierno al pueblo» de verdad, que es lo que todos los demás candidatos afirman que quieren hacer, es prohibir las enormes contribuciones políticas secretas de las corporaciones y los lobbies y los comités de acción política... todo lo cual son verdades obvias que todo el mundo sabe pero que ningún político reciente de ningún partido ha tenido las pelotas de decir. ¿Quién no aplaudiría al escuchar cosas así, sobre todo viniendo de un tipo que sabemos que eligió pasarse cuatro años dentro de un cajón a oscuras en lugar de violar un Código? Aun en el año 2000, ¿quién de nosotros es tan cínico como para no albergar cierta esperanza americana anticuada y cursi en el fondo de su corazón, ahí dormida como la pasión de una solterona, no muerta sino simplemente esperando a que llegue el hombre adecuado? El que John S. McCain III se opusiera a que el cumpleaños de Martin Luther King fuera festivo en Arizona, o el que crea que la tala masiva de árboles es buena para América, o que nuestras actuales leyes sobre armas de fuego no son una muestra de locura clínica... todo esto no le importa

a estas multitudes de los mítines locales, todos de pie, aplaudiendo su propia capacidad para *aplaudir* de una puta vez por todas.

¿Y acaso estas multitudes son todas estúpidas, o ingenuas, o tienen más de cuarenta años? Pues no precisamente. Y si todavía creen ustedes que los Votantes Jóvenes como generación han perdido la capacidad –o han trascendido el deseo– de creer en un político, echen un buen vistazo a las fotos que publica la revista *Time* del jolgorio de Carolina del Sur, o a las fotos de los teletipos de los Votantes Jóvenes de New Hampshire la noche que McCain ganó allí.

Pero ahora miren las fotos de la cara del propio McCain aquella noche. Es el único que no está sonriendo. ¿Por qué? ¿No se lo imaginan? Es porque ahora es posible que gane. Al principio, en la televisión pública y la C-SPAN, en su mierdecilla de furgoneta de campaña sin nadie más que su mujer y un par de ayudantes, estaba sacando un tres por ciento en las encuestas. Y resulta fácil (o por lo menos comparativamente fácil) decir la verdad cuando no hay nada que perder. New Hampshire lo cambió todo. Las ediciones del 7 de febrero de las tres grandes revistas informativas sacaron buenas fotos de la cara de McCain en el mismo momento en que se estaban anunciando los resultados de New Hampshire. Vale la pena fijarse bien en sus ojos en esas fotos. Ahora sí que hay algo que perder, o que ganar. Ahora las cosas se complican, la campaña y las posibilidades y la estrategia; y la complicación es peligrosa, porque la verdad casi nunca es complicada. La complicación suele tener que ver más bien con las motivaciones mezcladas, las zonas ambiguas y las componendas. En las noticias, el primer murmullo ominoso de esta nueva complicación fue McCain mareando y dando vueltas a las preguntas sobre la bandera confederada de Carolina del Sur. De eso hace un par de días. Ahora todo el mundo está pendiente. No crean que los periodistas de la Senda no se juegan nada con todo esto. Ahora hay dos grandes preguntas sobre John McCain, hoy, mientras todo el mundo empieza el largo y arduo camino de dos semanas por Carolina del Sur. La cuestión fácil, a la que todos los plumillas y bustos

dedican todo su tiempo, es si va a ganar. La otra, la que plantean los ojos que aparecen en esas fotos, es difícil hasta de poner en palabras.

NEGATIVIDAD

La semana del 7 al 13 de febrero se le vende a la revista *Rolling Stone* como una verdadera «semana aburrida» en la Senda republicana, un intervalo casi pasmoso por su falta de atractivo político. La semana pasada saltó la gran sorpresa de New Hampshire; la semana que viene es la loca carrera hasta las primarias de Carolina del Sur del 19 de febrero, que todos los Doce Monos creen que puede ser decisiva tanto para McCain como para el Matojo. Esta semana tocan las trincheras: el estrechamiento de manos, la recaudación de fondos, el viajar, las encuestas, las estrategias, el marcarse días con ocho actos en Michigan y Georgia y Nueva York y Carolina del Sur. El comunicado de prensa diario va de la tipografía de doce puntos a la de diez. Mitin local en el Centro Cultural Ucraniano de Warren, Michigan. Cena de Celebración del Día de Lincoln con la sección republicana del condado de Saginaw. Reunión Editorial con el *Detroit News*. Rueda de Prensa en una Extraña Empresa de Internet de Flint que Parece un Laboratorio de Metanfetaminas. Primer Vuelo de la Mañana a North Savannah en un 707 Charter con la Difuminada Inscripción de Pan-Am Estampada Todavía en la Cola. Mitin Local en Spartanburg, Carolina del Sur. Recepción mediante Circuito Cerrado de Televisión en Charleston para Partidarios de McCain de Tres Estados. Fórum Local con la Asociación Americana de Jubilados. Mitin Local en North Augusta. Forum Local en Directo en la Universidad de Clemson con Chris Matthews del programa *Hardball* de la MSNBC. Mitin Local en Goose Creek. Rueda de Prensa en Greenville. Campaña Puerta a Puerta con los Congresistas Lindsey Graham y Mark Sanford y el Senador Fred Thompson (Republicano de Tennessee) y unos Trescientos Periodistas en Florence, Carolina del Sur. Gira por el Circuito NASCAR de Darlington y Pilotaje

de Prueba. Mitin Local en la Armería de la Guardia Nacional de Fort Mill. Seis Horas de Vuelo para Evento de Recaudación de Fondos de Dos Horas con Partidarios de Nueva York. El Congresista Lindsey Graham Monta una Extraña Barbacoa para un Montón de Hombres de Mirada Inexpresiva con Chalecos de Plumón y Gorras de Camionero en Seneca, Carolina del Sur. Firma de Libros en la Librería Chapter 11 de Atlanta. Grabación del *Show de Tim Russert* para la CNBC. Mitin Local en Greer. Ciberevento para Recaudar Fondos en Charleston. Aparición en *Larry King Live* donde Larry King Todavía Parece Más un Insecto Gigante que de Costumbre. Comparecencia en Sumter. Mitin Local en Walterboro. Y más y más de lo mismo. Desayunar un donut Krispy Kreme, almorzar un bocadillo en Saran y patatas fritas de la marca de la tienda, cenar Dios sabe qué. Todo el mundo menos McCain está de mal humor y agotado. «Estamos quizá atravesando cierta depresión en términos de excitación», admite Travis en su discurso de orientación a los plumillas nuevos el lunes por la mañana...

... Hasta el gran cambio táctico de ese día, que coge desprevenidas a las filas de la prensa de McCain y empieza a ponerlo todo en el camino del dramático clímax táctico que va a tener lugar a mitad de semana, el Incidente de Chris Duren, todo lo cual resulta políticamente atractivo y emocionante a saco, aunque no de esa forma que le hace a uno aplaudir.

El gran cambio táctico empieza en la sala de M&T de algo llamado el hotel Riverfront en el casi increíblemente ruinoso y deprimente Flint, Michigan, donde todos los periodistas del Exprés y del Chaperomóvil se encuentran a las tres de la tarde del 7 de febrero mientras McCain está reunido con los miembros del Alto Mando en una suite del piso de arriba. En la campaña de las primarias no hay escenarios más entre bastidores que las salas de M&T, que suelen ser las diminutas salas de banquetes o reuniones de tercera de algún hotel situadas junto al vestíbulo y que McCain2000 alquila (a la cuenta de los medios, todo prorrateado y cuadrado con exactitud, igual que los asientos diarios en los autocares y los aviones y los desayunos continentales que se sirven cada día antes de la recogida de equipajes y

hasta el «catering de almuerzo», que hoy es un extraño jamón de color rojo brillante sobre pan de molde Wonder Bread, Fritos y un café que sabe a agua caliente con un lápiz de color marrón dentro, y todos los plumillas se quejan sobre la comida de la campaña McCain2000 y narran en tono nostálgico rumores de que los almuerzos de prensa de la campaña Bush2000 son al parecer calientes e incluyen varios grupos alimentarios y los sirven en platos de verdad hombres obsequiosos con paños blancos sobre el brazo) para que aquellos periodistas que tienen entregas por la tarde-noche puedan terminar sus artículos y mandar y transmitir. En Flint, la sala de M&T es una sala de banquetes de quince por veinte metros con lámparas de cuentas fluorescentes, moqueta recargada y ocho mesas largas con máquinas de fax, enchufes y tomas de teléfono, y sillas plegables (acolchadas) para que las filas de la prensa se sienten y abran sus cuadernos e instalen sus portátiles y sus editores digitales Sony series SX y DVS y se pongan manos a la obra. A las tres y cuarto ya no hay silla que no esté ocupada por un productor de campo o un plumilla intentando comer y teclear y hablar por teléfono todo al mismo tiempo, y hay un chaval enorme con gafas de origen y estatus desconocidos que se pasea por ahí con filtros para pantallas de ordenador NoGlare® y adaptadores de ocho ranuras antisubidas de tensión Power Strip® y ofreciendo apoyo técnico a quienes no les funcionan los portátiles o los móviles, y Travis y Todd y los demás enlaces con la prensa están repartiendo fajos de comunicados de prensa diarios, y toda la sala de M&T está llena de vida y de gente corriendo mientras suena el campanilleo cuádruple del Windows al arrancar, el pitido y el chisporroteo de las conexiones de los módems, el chirrido como de agujas de los faxes diciendo hola a Nueva York y Atlanta, y el murmullo de la gente con teléfonos de diadema que hace lo mismo. Los Doce Monos tienen una mesa larga para ellos solos y están sentados a la misma en un orden jerárquico muy preciso que solo ellos conocen, todos en la misma posición exacta, con los tobillos cruzados por debajo de su silla y un cuaderno de taquígrafo y una botella grande de Evian en la mano izquierda.

Todo el mundo parece muy susceptible sobre la posibilidad de que otro le mire por encima del hombro para ver en qué está trabajando.

Los periodistas de la campaña McCain2000 que no tienen plazos de entrega diarios –o sea, los técnicos, un tipo muy joven de una de esas publicaciones semanales que la gente puede coger gratis en los supermercados de Detroit, y (después de no tener suerte al deambular por entre las mesas intentando mirar a la gente por encima del hombro) *Rolling Stone*– están al fondo de la sala de M&T, reclinados sobre una especie de otomana compuesta de abrigos y maletas y estuches no duros de componentes electrónicos. Hasta los técnicos de las cadenas de televisión, que son casi maestros zen en el arte de esperar sin más y de matar el tiempo, están mortalmente aburridos en el M&T de hoy, donde después de haber corrido de arriba abajo para sacar todas sus cosas del autocar en este vecindario chungo y hacer una chaise longue con todo ello (las cosas) aquí en el fondo de la sala no les queda nada que hacer, pero tampoco pueden ir a ninguna parte porque su productor de campo puede necesitar de repente ayuda para cargar cinta. Nadie lee. El pulso de la gente está sobre las cuarenta pulsaciones. El cámara de la ABC cierra los ojos casi del todo y dormita de forma inquieta. Los técnicos de la CBS y la CNN, a quienes les gusta jugar a las cartas, hoy ni siquiera se molestan en jugar, sino que se limitan a recordar partidas memorables que han celebrado en el pasado. Cuando *Rolling Stone* se reúne con los técnicos se produce una breve y bastante amable charla acerca de las privaciones y tensiones del periodismo con plazos de entrega diarios, y de por qué es una metedura de pata mirar por encima del hombro de los reporteros mientras estos están tecleando. Hay muchos adaptadores Power Strip sin repartir tirados por ahí, y durante un rato los técnicos le montan una broma tipo ruleta rusa al chaval de la publicación gratuita de Detroit que consiste en enchufar un montón de Power Strip multirranuras y jugar a algo que ellos aseguran que se llama el Cribbage de la Muerte, incluyendo normas y anécdotas falsas acontecidas en salas de M&T del pasado, hasta que por fin Jim C. explica que están

de coña y le dice al niño (que parece muy nervioso y ansioso por caer bien) que mejor que ponga otra vez todos los Power Strip en su sitio.

Ha costado menos de un día darse cuenta de que los técnicos de las cadenas de televisión –la mayoría de los cuales, es cierto, parecen y se visten como roadies maduros, pero sin embargo son cien por cien profesionales cuando llega el momento de meterse en una melé o filmar un mitin local– son con diferencia la mejor gente con la que pasar el tiempo y a la que escuchar, mucho mejores que el resto de la gente de la Senda. Es cierto que el personal más joven de McCain y sus enlaces de prensa son todos muy enrollados y despreocupados y graciosos, con una especie de camaradería tipo fraternidad de la Ivy League muy agradable entre ellos (su manía esta semana es acercarse los unos a los otros y hacer ver como que le dan un golpe de kárate en el cuello al otro y chillar «¡Hiiii-*ya*!» tan fuerte que molestan a los Doce Monos), pero su camaradería es insular, más o menos como una unidad militar que ha estado junta en combate, y son pronunciadamente cautelosos y reservados cuando están en compañía de plumillas, y hasta de forma oficiosa no hablan mucho de sí mismos ni de la campaña, está claro que el Alto Mando les ha avisado de que eviten desviar la atención del candidato o que se les pueda escapar algo que dañe su imagen en la prensa.

Hasta los técnicos pueden resultar precavidos si uno les entra demasiado fuerte. Aquí en la sala de M&T de Flint, uno de los técnicos de sonido cuenta un incidente no verificado y casi increíble sobre unos amigos suyos mayores y también técnicos de sonido que estaban *fumando maría* en el lavabo del avión de campaña del entonces candidato Jimmy Carter en febrero de 1976 –«En aquellos tiempos pasaban cosas brutales, era todo, ya sabéis, mucho más relajado que la Senda de ahora»–, pero cuando se le pregunta por los nombres y números de teléfono de esos amigos mayores (otra metedura de pata grave, explica Jim C. más tarde), al técnico de sonido se le ensombrece la cara y se niega tanto a dar los nombres como a dar permiso para poner la historia en el cuaderno de *Rolling Stone* bajo ninguna atribución

menos general que «uno de los técnicos de sonido», de modo que este incidente que aquí se menciona no está verificado, y durante el resto de la semana ese técnico de sonido en concreto cierra la boca del todo cada vez que ve aparecer a *Rolling Stone*, lo cual resulta al mismo tiempo triste y vagamente halagador.

«OdF» son, como ya se ha mencionado, las siglas que se usan en la Senda para decir «Oportunidad de Fumar», algo que con muy pocas excepciones solamente parecen hacer los técnicos –y lo hacen *mucho*– y que está prohibido en los autocares incluso si prometes expulsar el humo con mucho cuidado por la ventanilla. Así que prácticamente la única cosa buena que tienen los M&T es que constituyen una larga OdF, aunque aun aquí tienes que salir al frío de fuera y contemplar Flint, y a los técnicos se les obliga a pedir permiso a sus productores y decirles con exactitud dónde van a estar. Fuera de la puerta lateral del Riverfront que da al aparcamiento, donde hace tanto frío y sopla tanto viento que hay que fumar con mitones (una práctica que *Rolling Stone* no recomienda de ninguna manera), Jim C. y su viejo amigo y socio Frank C. cuentan otras varias meteduras de pata en la Senda y se explayan con no poca compasión sobre lo brutal que resulta la existencia de estos reporteros de campaña: vivir sin nada más que maletas e intentar mantener su ropa planchada; rezar por que el hotel de la noche tenga servicio de habitaciones; subsistir a base de dieta de campaña, que es básicamente azúcar y cafeína (la diabetes parece ser el Pulmón Negro del periodismo político). Además de los plazos de entrega constantes, y del hecho de que los únicos amigos que tienen los plumillas en la Senda son a la vez sus competidores, cuyos artículos siempre están leyendo pero intentándolo hacer en secreto para no parecer inseguros. Cuatro jóvenes con chaquetas por encima de sudaderas con las capuchas puestas están caminando en círculos alrededor del autocar Chaperomóvil y picándose los unos a los otros para intentar abrir las ventanillas, y los dos técnicos veteranos se limitan a poner los ojos en blanco y a hacerles un gesto con la mano. Al conductor del Chaperomóvil no se lo ve por ninguna parte: nadie sabe

adónde van los conductores durante el M&T (aunque hay teorías al respecto). Tampoco se recomienda intentar fumar en medio de un fuerte viento mientras se dan saltitos para quitarse el frío. Además, dice el técnico de la NBC, no son solo las campañas: los periodistas políticos siempre están en la carretera encerrados en alguna clase de caja durante semanas seguidas, muy solos, conectados a sus seres queridos solamente por el móvil y el servicio contestador 1-800. *Rolling Stone* especula con que tal vez sea esta la razón de que todo el mundo en las filas de la prensa de McCain2000, desde los técnicos a los Doce Monos, lleve anillo de casado: porque es importante tener a alguien en casa con quien volver. (Dejando de lado la microgestión ligeramente obsesiva que hace su mujer de su salud, Jim C. asegura que es la presencia de ella en la Senda lo que garantiza su salud mental, a lo cual responde Frank C. chistosamente que es la ausencia de la suya de la Senda lo que preserva su cordura.) Ninguno de los técnicos fuma cigarrillos con filtro. *Rolling Stone* menciona el hecho de dormir cada noche en hoteles, algo que antes de que su metedura de pata lo silenciara como fuente el técnico de sonido sin nombre había dicho que era probablemente el factor número uno de estrés de los periodistas asignados a la campaña de McCain. Por lo visto el Matojo se aloja en sitios de cinco estrellas con zonas de práctica de tiros de golf y fuentes con ninfas que sueltan chorritos de agua y un número de teléfono directo con una masajista de la casa. No es el caso de la campaña McCain2000, que se aloja en los Marriott, Courtyard by Marriott, Hampton Inn, Signature Inn, Radisson, Holiday Inn y Embassy Suites. *Rolling Stone*, que no tiene madera ni de lejos para ser un periodista en la carretera, invoca el anonimato capaz de matar el alma de las cadenas de hoteles y la terrible naturaleza idéntica y transitoria de las habitaciones: el omnipresente diseño floral de las colchas, las lámparas múltiples de pocos vatios, los tediosos cuadros atornillados a las paredes, el susurro esquizoide de la ventilación, la triste moqueta de pelo largo, el olor a productos para la limpieza alienígenas, los Kleenex que salen de un receptáculo de la pared, la llamada despertador automatizada, las cortinas a prueba de luz, las ventanas

que no se abren... nunca. La misma tele con el mismo cable con la misma voz que te dice: «Bienvenido a _____» en el bucle de ocho segundos del canal del menú. La sensación de que todo lo que hay en la habitación ha sido tocado antes por un millar de manos. Los ruidos de las tuberías ajenas. *Rolling Stone* pregunta si es de extrañar que más de la mitad de todos los suicidios que tienen lugar en América sucedan en habitaciones de hoteles. Jim y Frank dicen que ya están hechos a la idea. Frank levanta un guante de esquí a modo de despedida mientras los jóvenes que rodean el autocar por fin se rinden y se retiran. *Rolling Stone* alude a la paradoja central de la cadena de hoteles: que asume la forma de la hospitalidad pero carece del sentimiento, que la limpieza se vuelve esterilidad, que la cortesía del personal es una forma vaga de reproche. El terrible oxímoron de la expresión «*invitado* del hotel». El infierno podría ser fácilmente un hotel de una cadena. ¿Acaso es coincidencia que la cárcel para prisioneros de guerra de McCain se conociera como el *Hilton* de Hanoi? Jim se encoge de hombros; Frank dice que uno se acostumbra, que es mejor no pensarlo demasiado. Los cámaras de las cadenas de televisión y los técnicos de sonido ganan un pastón en horas extra por trabajar sobre el terreno en una campaña durante períodos largos. Frank C. lleva con la campaña McCain2000 sin tomarse un descanso desde principios de enero y no quiere que lo saquen con las rotaciones hasta Semana Santa; el dinero le va a sufragar tres meses que se va a tomar libres, durante los cuales va a hacer de ingeniero de sonido para discos de pop independiente y dormir hasta las once y no tener que pensar ni una sola vez en hoteles ni en melés ni en ese dolor extraño que uno siente en los riñones después de haber estado dando tumbos todo el día en un autocar.

El lunes por la tarde, el primer y único M&T que se hace en Michigan, es también la introducción de *Rolling Stone* al Vals de los Móviles, una de las formaciones naturales más sorprendentes de la Senda. Hay un espacio vacío enorme parecido a un vestíbulo que uno tiene que atravesar para llegar desde las puertas laterales del Riverfront hasta la zona donde están los cuartos

de baño y la sala de M&T. Se tarda un buen rato en atravesar ese espacio, un centenar de metros de nada más que paredes de losa y placas con los nombres tristes y pretenciosos de las salas de banquetes/conferencias del Riverfront –el Salón de Roble, el Salón Windsor–, pero al regresar de la OdF hacia la sala de M&T, también hay fuera media docena de diferentes miembros de la prensa, ahora también cada uno de ellos a unos cincuenta pasos de distancia de todos los demás, para preservar su intimidad, y todos caminando en círculos ociosos, en sentido contrario a las agujas del reloj y con un teléfono móvil pegado a la oreja. Esas pequeñas órbitas componen el Vals de los Móviles, que es probablemente el equivalente digital a los dibujitos que se hacen o al acto de rascarse cuando uno está hablando por un teléfono fijo normal. Hay algo extrañamente encantador sobre los distintos círculos del vals, que varían en cuestión de diámetros y longitud de pasos y ritmos de rotación, pero que van todos en el sentido contrario a las agujas del reloj y son igualmente telefónicos. Los tres aminoramos un poco la marcha para mirar; es imposible no hacerlo. Desde arriba –por ejemplo, si hubiera una terraza elevada– los valses parecerían los engranajes de alguna máquina extraña y difusa. Frank C. dice que les nota en la cara que está pasando algo. Jim C., que tiene su saúco en una mano y el jarabe para la tos en la otra, dice que lo que resulta interesante es que los periodistas al sur del ecuador hacen exactamente el mismo Vals de los Móviles pero que sus círculos van en sentido contrario.

Y resulta que Frank C. tenía razón, como de costumbre, y que la razón de que los periodistas estén saliendo a toda prisa y bailando sus valses urgentes en el vestíbulo es que en algún momento de nuestra OdF ha empezado a circular por la sala de M&T la información de que el señor Mike Murphy del Alto Mando de McCain2000 va a bajar para llevar a cabo una inesperada comparecencia sorpresa relacionada con un nuevo comunicado de prensa de dos páginas (todavía ligeramente caliente de la fotocopiadora) que Travis y Todd ya están repartiendo, cuya primera página se reproduce aquí:

McCAIN 2000

PARA SU INMEDIATA DIFUSIÓN
7 de febrero de 2000

CONTACTO: [redacted]

La campaña de Bush es pillada in fraganti con publicidad negativa y «encuestas sesgadas» contrarias a la ética

Ciudadanos escandalizados de Carolina del Sur se unen contra la falsa publicidad y las prácticas de encuestas universalmente condenadas como negativas. Ejército de voluntarios de McCain aguarda con grabadoras para pillar a Bush in fraganti

COLUMBIA, Carolina del Sur - Anuncios de televisión engañosos y una serie de «encuestas sesgadas» negativas llevadas a cabo por teléfono por una empresa de encuestas a sueldo de la campaña del gobernador de Texas George W. Bush han provocado la indignación entre los votantes de Carolina del Sur que han recibido las llamadas. Uno de estos ciudadanos se ha unido al congresista por Carolina del Sur Lindsey Graham, al jefe de la mayoría en el Congreso Rick Quinn y al representante del estado Dan Tripp en una rueda de prensa celebrada hoy en Columbia para exigirle al gobernador Bush que honre su promesa de llevar a cabo una campaña positiva.

Una de las distorsiones más flagrantes del anuncio televisivo de Bush es su afirmación de que su plan ahorra dos billones de dólares en materia de Seguridad Social cuando de hecho ese dinero tiene que ir por ley a los planes de jubilación. La otra es que el anuncio sostiene falsamente que el antiguo congresista Vin Webber, notable partidario de McCain, ha elogiado el plan de Bush.

«La afirmación de George Bush de que él de alguna forma ha inventado el superávit de la Seguridad Social es tan cierta como la afirmación que hizo Al Gore de que él inventó Internet», ha dicho Quinn. «El plan de Bush no añade ni un céntimo a los fondos fiduciarios de la Seguridad Social. En resumidas cuentas, que el plan de John McCain está en lo cierto y que el plan de George W. Bush y su anuncio televisivo andan completamente errados.»

Las encuestas sesgadas son la práctica, condenada por los profesionales políticos de ambos partidos, de llevar a cabo una encuesta telefónica falsa que en realidad ataca al oponente con acusaciones falsas o engañosas.

Un ciudadano de Carolina del Sur que ha recibido las llamadas ha tomado notas extensamente de las preguntas que le han hecho. La encuesta, llevada a cabo por la organización Voter Consumer Research (la empresa del encuestador de Bush Jan van Lohuizen, que se identifica al principio de cada llamada y proporciona un número de teléfono correspondiente a esa empresa), presentaba al destinatario de la llamada datos «sesgados» como el siguiente:

¿IMPUESTOS?

- **¿Está usted de acuerdo con la parte del plan fiscal [de McCain] que propone un aumento de veinte millones de dólares para llevar a cabo contribuciones a universidades, causas caritativas e iglesias?**

El plan fiscal de McCain no contempla contribuciones del fisco a causas caritativas. Bajo la ley actual, un contribuyente rico puede comprar un cuadro por diez mil dólares, hacer que un tasador «amigo» estime su valor en cien mil dólares y reclamar una deducción por el valor más elevado al donarlo a una institución caritativa. Esta práctica desplaza injustamente la carga fiscal a los contribuyentes con ingresos medios.

-SIGUE-

[redacted]

Pagado por McCain 2000, Inc.

Este documento resulta inusual no solamente porque los comunicados de prensa de McCain2000 suelen ser ejercicios de irrelevancia insulsa –«McCAIN CONTINUARÁ HOY SU CAMPAÑA POR MICHIGAN»; «McCAIN SE SIRVE RACIÓN DOBLE DE ENSALADA DE PATATA EN UN PICNIC DE LOS VETERANOS DE GUERRAS EXTRANJERAS DE CAROLINA DEL SUR»–, sino porque un personaje del calibre de Mike Murphy acaba de aparecer justo ahora para introducir este abrupto cambio de tono en la retórica de la campaña. Murphy, que solo tiene treinta y siete años pero parece mayor, es el Jefe de Estrategia de la campaña de McCain, un consultor político profesional que ya ha celebrado dieciocho campañas victoriosas al Senado y al gobierno, y que como ya se ha mencionado es una presencia constante y mordaz en el salón de prensa de McCain a bordo del Exprés. Es un hombre bajo y con el cuerpo en forma de pera, pálido de una forma que recuerda a la levadura, con pelo rojo sobre una cabeza grande tan fino como el de un bebé y ojos soñolientos de tortuga detrás del mismo tipo de gafas de concha intencionadamente de empollón que ahora llevan muchos músicos y estudiantes universitarios. Tiene brazos y piernas cortos y gruesos y dedos romos, y siempre se lo ve o bien encorvado en una silla o bien apoyado en algo. Resulte o no oximorónico, a lo que se parece Mike Murphy es a un enano gigante. Entre los profesionales de la política, tiene reputación de ser 1) listo y gracioso a saco, y 2) un verdadero perro de pelea, que ha trabajado para clientes como Oliver North, Christine Todd Whitman de Nueva Jersey y John Engler de Michigan en campañas que fueron absolutas óperas de agresividad, y conocido por diseñar los que el *New York Times* delicadamente llama «algunos de los anuncios con más mala uva del ramo». Ahora tiene la espalda apoyada contra la pared de la sala de M&T de esa forma en que uno pone las manos detrás de la rabadilla y se dedica a rebotar hacia delante y hacia atrás sobre las manos, vestido exactamente igual que durante toda la semana –pantalones de sarga amarillos y zapatos Wallabies marrones y una vetusta chaqueta de cuero marrón de aspecto muy enrollado–, y se encuentra rodeado en un arco de ciento ochenta grados por los Doce Monos, todos los cuales tienen cuadernos de

taquígrafo o diminutas grabadoras profesionales y no paran de carraspear y de empujarse las gafas con el dedo hacia arriba de la pura emoción.

Murphy dice que «solo se ha pasado un momento» para poner en contexto a las filas de periodistas sobre el estridente comunicado de prensa y ofrecerles la «información en primicia» de que la campaña de McCain también está preparando una «respuesta especial» en forma de anuncio que se empezará a emitir en Carolina del Sur mañana mismo. Murphy usa las expresiones «respuesta» o «anuncio de respuesta» nueve veces en dos minutos, y cuando uno de los Doce Monos lo interrumpe para preguntarle si sería adecuado caracterizar ese nuevo anuncio como Negativo, Murphy clava en él una mirada estíptica y deletrea para él muy despacio la palabra «r-e-s-p-u-e-s-t-a». La parte de la pared en la que está apoyado y rebotando suavemente es la parte que queda entre la puerta de la sala y la pequeña mesilla redonda atiborrada de sándwiches sin comer (a los cuales el momento no les ha sido propicio), y los Doce Monos y algunos productores de campo y plumillas menores forman una melé a su alrededor, mientras algunos periodistas se suman a la parte de atrás de la misma o bien se separan para ir a transmitir por teléfono las novedades a las sedes de sus medios.

Mike Murphy le cuenta a la melé hemisférica que el comunicado de prensa y el nuevo anuncio reflejan la decisión de la campaña McCain2000, después de mucho romperse la cabeza, de responder a lo que él dice que es el incumplimiento por parte del gobernador G. W. Bush del acuerdo público, con apretón de manos incluido, entre los dos candidatos de llevar a cabo una campaña bilateralmente positiva. Durante los últimos cinco días, sobre todo en Nueva York y Carolina del Sur, parece ser que el Matojo ha estado pasando anuncios que caracterizaban las propuestas políticas de McCain de una forma que Murphy denomina «intencionadamente distorsionadora». Además están las encuestas sesgadas (véase comunicado de prensa más atrás), una práctica que se considera el tocar fondo absoluto de las tácticas sucias de hacer campaña (el diputado Lindsey Graham, al presentar a McCain en los mítines locales de mañana, describirá

las encuestas sesgadas a las audiencias de Carolina del Sur como «el crack de la política moderna»). Pero lo peor, lo que resulta inaceptable de forma más obvia, subraya Murphy, es el hecho de que el Matojo estuviera en lo alto de un podio hace un par de días en Carolina del Sur en compañía de un «veterano extremista» de mirada desquiciada y al parecer de muy mala y contrastada fama que acusó públicamente a John McCain de «abandonar a sus compañeros veteranos» después de regresar de Vietnam, algo que, dice Murphy, sin entrar en la muy bien documentada biografía personal del senador John McCain y en sus esfuerzos legislativos heroicos en beneficio de los veteranos durante casi veinte años (la voz de Murphy se eleva una octava aquí, y le aparecen manchas subidas de tono en las mejillas, y está claro que se siente personalmente dolido y agraviado, lo cual quiere decir que o bien tal vez le cae bien realmente John S. McCain III y cree en él, o bien que tiene la aterradora capacidad de hacer que le surjan manchas subidas de tono en las mejillas a voluntad, de esa forma en que ciertos grandes actores son capaces de romper a llorar a voluntad), cruza tan claramente la línea de la mínima decencia personal y del honor que sin duda exige alguna clase de respuesta.

Los Doce Monos, que son profesionales con experiencia en esta clase de conversaciones, siguen intentando desviar a Murphy de lo que ha hecho el Matojo y conseguir que les dé una explicación citable de por qué McCain en persona ha decidido emitir este anuncio de respuesta, una transcripción del cual Travis y Todd están repartiendo ahora de una caja de papel de fotocopiadora, y que también, con la indulgencia de diversas partes implicadas, se reproduce en la página siguiente.

Una transcripción de la cual los Doce Monos señalan que en concreto lo de que «distorsiona la verdad igual que Clinton» parece bastante Negativo, ya que en el año 2000 comparar a un candidato republicano con Bill Clinton viene a ser el equivalente a afirmar que adora a Satanás. Pero Mike Murphy –parte de cuyo trabajo como jefe de estrategia consiste en actuar como una especie de pararrayos que desvíe cualquier crítica táctica de McCain en persona– dice que él, Mike Murphy, ha sido la fuer-

COPIA VÍDEO

RADIO: **TELEVISIÓN:** XX

FECHA: 6 de febrero 2000 **TIEMPO:** 30 segundos

PRODUCTORES: Stevens Reed Curcio & Company

CLIENTE: McCain2000

Boceto

TÍTULO: Desesperados

CÓDIGO:

VÍDEO:

AUDIO:

McCain: Me imaginaba que esto iba a pasar.

La campaña del gobernador Bush se está volviendo desesperada y han usado un anuncio negativo sobre mí.

La verdad es que yo usaré el dinero del superávit para arreglar la Seguridad Social, bajar los impuestos de ustedes y pagar la deuda.

El gobernador Bush usa todo el superávit para recortes fiscales, sin dedicar ni un solo céntimo más a la Seguridad Social ni a la deuda.

Su anuncio distorsiona la verdad igual que Clinton. Ya estamos muy cansados de esas cosas.

Como presidente, seré conservador, y siempre les diré la verdad, pase lo que pase.

© 2000 Todos los derechos reservados. Stevens Reed Curcio & Company.

za motriz que ha estado detrás de la «fuerte respuesta» del anuncio, que ha «presionado mucho» a favor del anuncio y que por fin ha conseguido que «la campaña» lo acepte solamente después de «mucho cavilar, porque el senador McCain ya les dejó muy claro a ustedes que quería una campaña de la que todos pudiéramos estar orgullosos». Una cosa que se les da de maravilla a los reporteros políticos, sin embargo, es reformular una pregunta de forma tan sutil que son capaces de seguir haciendo siempre la misma pregunta básica una y otra vez hasta que obtienen la respuesta que quieren, y al cabo de varios minutos de esto por fin consiguen que Murphy levante las manos en gesto exasperado de «qué se le va a hacer» y diga: «Miren, no voy a

dejarles que se pasen cinco días echando porquería sobre mi cliente sin contraatacar», lo cual después lleva a varios minutos más de fastidiosas preguntas semánticas sobre la diferencia entre «responder» y «contraatacar», al final de los cuales Murphy, estirando un brazo lentamente para palpar uno de los sándwiches con interés clínico, dice: «Si Bush retira sus anuncios negativos, nosotros retiraremos la respuesta de inmediato. Sin más. Cítenme». Y se da la vuelta para irse. «Eso es todo lo que he venido a decirles.» La espalda de su chaqueta de cuero tiene una mancha de algo que es o bien Wite-Out® o guano de ave. Murphy es un tipo que cae bien, aunque de forma muy distinta a su candidato. Allí donde McCain resulta abierto y directo de una forma casi brutal, la conducta de Murphy es taimada y cautelosa y va acompañada de unas miradas chispeantes que te hacen pensar que se está burlando de su propia artería. Aunque también puede ser directo. Uno de los Doce Monos más veteranos e importantes de la melé lo llama por última vez y le grita que al fin y al cabo nadie les está poniendo una pistola en la sien a los candidatos en esta carrera, ¿no?, y que seguramente Mike (los Monos lo llaman Mike) tendría que admitir que simplemente negarse a «entre comillas, responder a Bush», y por tanto «no rebajarse a su nivel» era algo que McCain podría haber hecho; y el *dernier cri* de Murphy, emitido por encima del hombro, es: «Si queréis a un pacifista, id a apoyar a Bradley».

Durante el resto de la por lo menos media hora más que pasa antes de que John McCain esté finalmente listo para volver a subir al Exprés (Nota: más tarde se revela que hoy a McCain le duele la garganta, lo cual parece ser que pone a su personal en un paroxismo de terror ante la posibilidad de que esté contrayendo la misma gripe de campaña que ha estado causando estragos entre las filas de la prensa [la Gripe de Campaña de Jim C. se convertirá en bronquitis y luego probablemente en una ligera neumonía, y durante tres días en Carolina del Sur todo el resto de los habituales del Trolas 1 se recolocan para dejarle a Jim un sofá para él solo para que duerma durante los TD largos, porque está enfermo de verdad, y no es hasta el viernes cuando hay tiempo libre suficiente para que Jim pueda esca-

parse a comprar antibióticos, y aun así se pasa la semana entera levantado y filmando hasta el último discurso y melé, y en opinión de *Rolling Stone* es un tipo increíblemente valiente y no se queja nada de la gripe de campaña, a diferencia de los Doce Monos, muchos de los cuales no paran de tomarse la temperatura y de palparse las glándulas y de lloriquear por sus teléfonos móviles para que los saquen con las rotaciones, de manera que para mediados de semana en realidad ya solo quedan en Carolina del Sur ocho Monos, aunque los técnicos, por respeto a la tradición, se siguen refiriendo a ellos como a los Doce Monos], y más tarde sale a la luz que el M&T de Flint ha sido tan prolongado porque la señora McC. y Wendy y el director político de McCain2000 John Weaver tenían a McCain allí arriba haciendo gárgaras e inhalando vahos y atiborrándose de equinácea) y poner rumbo a Saginaw, los técnicos, mientras comprueban su equipo y se dirigen a la melé que se está montando en la entrada principal del Riverfront, escuchan el resumen que hace *Rolling Stone* del comunicado de prensa y de los comentarios de Murphy, confirman que el Matojo en efecto se ha vuelto Negativo (ellos ya se habían enterado de todo esto mucho antes que los Doce Monos y compañía, porque los técnicos y productores de campo mantienen un contacto constante con sus colegas a bordo de los autocares del Matojo, mientras que los homólogos de los Monos en la campaña Bush2000 son tan altivos y mezquinos a la hora de compartir información como los mismos Doce Monos), y matan el tiempo que les queda en la sala de M&T de Flint analizando en voz baja la Negatividad de $Bush_2$ y la respuesta de McCain desde un punto de vista táctico.

Dejando de lado lo que ya se ha mencionado de que son unos tipos enrollados y lo de su compañerismo, deben de saber ustedes que el único golpe maestro que ha tenido *Rolling Stone* esta semana es el haber acabado por pura casualidad yendo con estos operadores de cámara y técnicos de sonido. Esto se debe a que los técnicos de las noticias de las cadenas de televisión –que se han trabajado incontables campañas, y que no tienen ni los egos furibundos de los periodistas ni los intereses políticos del

personal de McCain2000 para empañarles su perspectiva– resulta que son analistas políticos más astutos y sensatos que nadie a quien uno pueda leer o ver en la tele, y que su valoración de las consecuencias de la Negatividad de hoy es tan extraordinariamente rica en matices y sofisticada que solo una pequeña parte de la misma puede ser copiada y resumida aquí.

Volverse Negativo entraña sus riesgos. Las encuestas han mostrado que a la mayoría de los votantes la Negatividad les resulta de muy mal gusto, y si perciben a un candidato como agresivo, normalmente eso le pasa factura. Así que los técnicos se muestran todos de acuerdo en que la primera gran pregunta es por qué Bush2000 ha empezado a jugar la carta de la Negatividad. Una explicación posible es que el Matojo estuviera tan personalmente sorprendido y asustado de la victoria de McCain en New Hampshire que ahora esté arremetiendo como un niño malcriado y tratando de hacer daño a McCain como pueda. Los técnicos rechazan esto, sin embargo. Niño malcriado o no, el gobernador Bush es una creación de sus asesores de campaña, y estos asesores son lo mejor que setenta millones de dólares y la fe completa y el crédito del establishment republicano pueden comprar, y no son niños malcriados sino profesionales experimentados de la táctica, y si la campaña Bush2000 se ha vuelto Negativa tiene que haber una lógica política sólida detrás de la maniobra.

La lógica resulta ser ciertamente sólida, hasta inspirada, y los técnicos de la NBC, la CBS y la CNN se dedican a darle cuerpo mientras el cámara de la ABC pone varios sándwiches de emergencia en su bolsa de lentes para el vuelo de esta noche hacia el sur en un avión de campaña cuyo aprovisionamiento es notoriamente inconsistente. El ataque del Matojo deja a McCain con dos opciones. Si no contraataca, algunos votantes de Carolina del Sur le reconocerán a McCain que no se ha rebajado al nivel de su contrincante. Pero también podría ser signo de que es un debilucho, y por tanto dañaría la imagen de McCain como tipo duro con quien nadie se mete y con el valor necesario para enfrentarse a la cleptocracia de Washington. No responder también podría verse como «aplacar la agresión», que para un can-

didato con pasado militar y que se pasa un montón de tiempo hablando de reconstruir las fuerzas armadas y de ser menos nenazas en materia de política exterior no sería bueno, sobre todo en un estado con un porcentaje más alto que ningún otro de veteranos de guerra y chiflados de las armas (que eso es lo que es Carolina del Sur). Así que McCain está más o menos obligado a devolver el golpe, convienen los técnicos. Pero se trata de algo extremadamente peligroso, porque al contraatacar –que por supuesto (pese a todas las astutas evasivas de Murphy) implica volverse también él Negativo– McCain corre el riesgo de parecer un político ambicioso más y empeñado en ganar a cualquier precio, cuando de hecho ya se ha invertido tanto tiempo y esfuerzo y dinero en presentarlo como exactamente lo contrario de eso. Además, una razón todavía mayor por la cual McCain no se puede permitir dejar que el Matojo «lo arrastre a su nivel» (esto en palabras del cámara de la CBS, un tipo de Louisiana que es un poco más bajito que el técnico medio, de tal manera que además del resto de su equipo se ve obligado a cargar a todas partes con una escalerilla de aluminio para subirse en la misma con su cámara durante las melés, lo cual reduce su movilidad pero queda compensado por lo que los demás técnicos convienen que es un talento casi sobrenatural para encontrar siempre el lugar perfecto para colocar su escalerilla y filmar desde el ángulo más adecuado a lo que su cadena quiere) es que si entonces Bush se vuelve y contraataca contra el contraataque y por tanto McCain tiene que volver a contraatacar contra el contraataque de Bush, y así sucesivamente, entonces toda la carrera republicana podría degenerar rápidamente en la típica competición aburrida, deprimente y cínica de ataque-y-contraataque que decepciona a los votantes y hace que ni se acerquen a las urnas... sobre todo los Votantes Jóvenes, con buen ojo para detectar el cinismo, se aventuran a señalar *Rolling Stone* y el plumilla menor de edad de la publicación gratuita de Detroit, que ahora están tomando notas frente a los técnicos igual de furiosamente que los Doce Monos lo hacían frente a Murphy. Los técnicos dicen que muy bien, que tal vez, pero que la cuestión táctica realmente importante aquí es que John S. McCain *no se*

puede permitir decepcionar a los votantes, ya que toda su estrategia se basa en emocionar a la gente y en inspirarla y *atraer* a más votantes, sobre todo a aquellos que han dejado de votar porque han acabado totalmente asqueados y aburridos de toda la Negatividad y los embustes de la política. En otras palabras, proponen *Rolling Stone* y el chaval del semanario gratuito de Detroit a los técnicos, que tal vez sea de interés político para el Matojo hacer que la carrera republicana se ponga fea y Negativa y que los votantes acaben tan aburridos y asqueados y cínicos de todo el asunto que ni siquiera se molesten en votar. Anda, no me digas, responden en esencia los técnicos, y el bueno de Frank C. explica entonces con más paciencia que sí, que si hay poca participación electoral, entonces la mayoría de la gente que se levante del sofá y vaya a votar serán los republicanos del ala dura, o sea la derecha cristiana y los fieles del partido, y que estos son los grupos que votan lo que les dicen, los que están controlados por el establishment republicano, un establishment que tal como ya se ha mencionado tiene todo su dinero y su credibilidad invertidos en el Matojo. Mark A. de la CNN hace una pausa para llevar a cabo ejercicios especiales de estiramiento que aumenten el flujo sanguíneo de sus brazos (los técnicos de sonido son muy conscientes de sus brazos, ya que colocar un micro de jirafa correctamente en una melé requiere sostener pértigas de dos metros y medio y micros de dos kilos y medio [y eso sin la rata] horizontalmente con los brazos completamente extendidos durante largos períodos [y si creen ustedes que es fácil pruébenlo alguna vez con una escoba industrial o una podadora de brazo extensible], con la condición añadida de que el pesado micro que hay al final no puede bambolearse ni tampoco bajar hasta entrar en el plano de las cámaras, ni por supuesto [Dios no lo quiera, y existen historias de horror al respecto] golpear al candidato en la coronilla) a fin de insertar que eso también explica por qué ese Al Gore que casi parece que respira, en la carrera demócrata, ha sido tan implacablemente Negativo y deprimente en sus críticas a Bill Bradley. Dado que Gore, igual que el Matojo, tiene el respaldo del establishment de su partido, con toda su organización y su dinero y los miembros del ala dura

que se van a cuadrar y a votar lo que les digan, lo que le interesa al Gran Al (y a los jefes de su partido) es que vote cuanta *menos* gente mejor en las primarias demócratas, porque cuanto más baja sea la participación más contarán las papeletas de los votantes del establishment. Un hecho que a su vez, dice el bajito pero muy respetado cámara de la CBS, ayuda a explicar por qué, aunque nuestros representantes electos siempre se están rasgando las vestiduras y haciendo comentarios preocupados sobre la baja participación, nunca se hace nada sustancial para que la política sea menos fea o deprimente ni para inducir en la práctica a que vaya más gente a votar: nuestros representantes electos son los titulares de sus cargos, y la baja participación favorece a los que ya están en el cargo igual que lo hace el dinero blando.

Hagamos aquí una pausa de un segundo para un rápido Anuncio al Público de *Rolling Stone*. Suponiendo que sean ustedes Votantes Jóvenes en términos demográficos, de nuevo vale la pena tomarse un momento para considerar las implicaciones del último par de cosas que han dicho los técnicos. Si están ustedes aburridos y asqueados de la política y no se molestan en votar, están en la práctica votando a los establishments afianzados de los dos grandes partidos, que les aseguro que no son tontos, y que se dan perfecta cuenta de que les interesa mantenerlos a ustedes asqueados y aburridos y cínicos y darles cualquier razón psicológica posible para quedarse en casa fumando marihuana y viendo la MTV el día de las primarias. Y por supuesto, quédense en casa si quieren, pero no se engañen pensando que no están votando. En realidad, *el no votar no existe*: uno vota o bien yendo a votar, o bien quedándose en casa y multiplicando tácitamente por dos el valor de un voto del ala dura.

Pero en fin, llegado este punto, todos los periodistas de la sala de M&T están desconectando sus módems y expulsando disquetes y recogiendo sus cosas y preparándose para ir a cubrir el discurso de John McCain de las seis de la tarde en la Cena del Día de Lincoln con los republicanos de Saginaw, donde un republicano disfrazado de Tío Sam va a aparecer caminando con zancos de dos metros y a tambalearse por el salón de banquetes mal iluminado durante todo el acto y a estar varias veces a pun-

to de chocar con la tarima de los equipos de las televisiones y a irritar a saco a todo el mundo, y donde los Doce Monos van a sobornar o a engañar al jefe de camareros para que los siente a una mesa de gente que ha fallado y les sirva la cena mientras el resto de las filas de la prensa tiene que quedarse al fondo del salón y tratar de ayudar al ligeramente chiflado tipo del *Economist* a rapiñar bastoncitos de pan cuando no mira nadie. Observar cómo los técnicos se preparan para ir a formar la melé alrededor de McCain mientras este se sube al Hablando Claro Exprés es un poco como mirar a unos soldados pertrecharse para el combate: hay numerosas bolsas y cajas con partes múltiples que sujetarse con correas a las espaldas y los torsos y que atarse a las cinturas y conectar y cerrar, y piezas de maquinaria muy cara que cargar con filtros y cintas y bombillas y pilas de reserva y que conectarse de unos a otros con cables complicados y cable coaxial, y ratas que envolver alrededor de los micros de jirafa de alto filtrado, y pértigas que elegir y extender con cuidado hasta el máximo de su longitud hasta que parecen las probóscides de un insecto monstruoso y se bambolean ligeramente –las pértigas y micrófonos de los técnicos de sonido– mientras los técnicos de la melé caminan detrás de McCain y tratan de mantener la cabeza de este en el centro de su plano y justo debajo del micro que hay al final de la pértiga en caso de que diga algo digno de salir en las noticias.

Además, está la que es la mejor parte de la preparación técnica de toda melé: ver a los cámaras levantar sus aparatos de cuarenta mil dólares hasta echárselos al hombro como si fueran lanzacohetes y pasarse la correa de seguridad por el otro brazo y embutir los clips en su sitio con la facilidad que da la práctica, con el cuerpo inclinado a un lado bajo el peso de la cámara. Jim C. tiene la costumbre de decir siempre «Arriba, Simba» con una voz de *bwana* falsamente grave mientras se eleva la cámara hasta el hombro derecho, y a él y a Frank C. les gusta hacer una pequeña pantomima de eso que hacen los jugadores de fútbol americano de entrechocar los cascos para animarse justo antes de un partido importante, aunque por supuesto los técnicos lo hacen con cuidado y se aseguran de que su equipo de filmación no se toca ni se les enredan los cables.

Así pues, el análisis de los técnicos es que el hecho de que $Bush_2$ se vuelva Negativo es algo tácticamente sólido y políticamente casi brillante, y que fuerza a los estrategas de McCain a caminar por una cuerda muy, muy floja. Lo que tiene que intentar hacer McCain es contraatacar sin perder esa dignidad tan inspiradora que le dio el triunfo en New Hampshire. Es por eso por lo que Mike Murphy ha dedicado un valioso tiempo para rumiar a fondo con su candidato y luego bajar a la sala de M&T y darles bien mascado a los Doce Monos todo eso de que los ataques de Bush se han pasado tanto de la raya que McCain no tiene más remedio que «responder». Porque la campaña McCain2000 tiene que vender el contraataque de hoy igual que los países venden la guerra: es decir, McCain tiene que hacer que parezca que no es él quien es agresivo, sino que se está limitando a repeler una agresión. Para que esto le salga bien, a McCain2000 le van a hacer falta una disciplina y una astucia enormes. Y el «anuncio de respuesta» de mañana –en opinión de los técnicos, mientras se pasan la transcripción entre ellos– no es un principio prometedor, en materia de disciplina y de astucia, sobre todo esa frase de «distorsiona la verdad igual que Clinton» que hizo que los Doce Monos se le echaran encima a Murphy. Es una frase demasiado agresiva. McCain2000 podría haber elegido confeccionar un anuncio mucho más suave e inteligente que «corrigiera» pacientemente ciertos «errores desafortunados» que había en los anuncios de Bush y «pidiera respetuosamente» que cesaran las encuestas sesgadas (todo lo que aquí va entre comillas cita los términos en que lo sugiere Jim C.) y dar con el tono adecuado de dignidad. Lo de «distorsiona como Clinton» del anuncio actual no queda digno: queda rabioso y agresivo. Y va a permitir que Bush reaccione y diga ahora que es *McCain* el que ha violado el acuerdo con apretón de manos y el que ha roto el undécimo mandamiento (= «No hablarás mal de otro republicano», que es algo que los republicanos del ala dura se toman muy en serio) y se ha pasado mucho de la raya... algo que los técnicos dicen que por supuesto será mentira, pero que puede ser una mentira eficaz, y que es el anuncio agresivo de McCain el que le está dando al Matojo una apertura para hacerlo.

Si es un error, entonces, ¿por qué lo está haciendo McCain? En estos momentos los técnicos están ya en el autocar, después de la melé de la salida del hotel pero antes de la melé de la entrada en Saginaw, y como es únicamente un trayecto de diez minutos tienen las cámaras en el suelo y las pértigas plegadas, pero todo su equipo todavía sujeto con correas, lo cual les obliga a sentarse incómodamente rígidos y a hacer un gesto de dolor con cada bache, y en el techo de espejo del Chaperomóvil todavía tienen más aspecto de tropas de combate de ciencia ficción de camino a alguna avanzadilla alienígena. El análisis básico que hacen los técnicos de la motivación que hay detrás de lo de «distorsiona la verdad igual que Clinton» es que McCain está verdadera y personalmente cabreado con el Matojo, y que ha soltado la correa de Mike y le ha dejado hacer lo que mejor sabe hacer, que es la pelea arrabalera. Al fin y al cabo, es sabido que McCain tiene muy mal genio (aunque hasta ahora ha estado extremadamente controlado en la campaña y nunca lo ha mostrado en público), y Jim C. cree que tal vez lo más ingenioso de todo lo que han hecho los estrategas del Matojo es encontrar una forma de cabrear verdadera y personalmente a McCain y provocarlo para que se vuelva Negativo por mucho que John Weaver y el resto del Alto Mando de su personal le hayan tenido que avisar de que estaba cayendo en la trampa de Bush2000. Este análisis de pronto le recuerda a *Rolling Stone* esa parte de *El padrino* en que el defecto fatídico de Sonny Corleone es su mal genio, y Barzini y Tattaglia lo aprovechan haciendo que Carlo le dé una paliza a Connie y poniendo a Sonny tan desquiciadamente furioso que coge el coche para matar a Carlo y es asesinado en la emboscada que le tiende Barzini en ese peaje de la autopista Richmond Parkway. Jim C., sudando profusamente y tratando de no toser con veinte kilos de aparejos encima, dice que supone que hay ciertas semejanzas, y Randy van R. (el taciturno pero cinéfilo cámara de la CNN) especula con el hecho de que el grupo de expertos tal vez haya basado toda su estrategia en la ingeniosa trampa de Barzini en *El padrino*, a lo cual Frank C. señala que el equivalente de Bush2 a pegar a Connie Corleone ha sido salir con ese veterano chiflado que ha dicho

que McCain abandonó a sus camaradas, lo cual a primera vista parecía un poco estúpido e innecesariamente agresivo por parte de Bush pero que desde otra perspectiva podría haber sido una verdadera genialidad si ha puesto a McCain tan furioso que su deseo de contraatacar ha vencido a su juicio político. Porque, advierte Frank C., este contraataque, y la respuesta de Bush al mismo, y la respuesta de McCain a la respuesta de Bush, todo eso va a ser lo único que les interese a los Doce Monos y al resto de los profesionales de las filas de la prensa, y si McCain deja que las cosas se pongan muy feas, no va a conseguir que nadie preste atención a nada más que eso.

Por supuesto, habría sido condenadamente interesante para *Rolling Stone* tener la oportunidad de presenciar las reuniones de alto nivel en las que John McCain y John Weaver y Mike Murphy y el resto del Alto Mando de la campaña discutían de todo esto y decidían lo del comunicado de prensa y lo del anuncio de respuesta, pero por supuesto esa clase de reuniones estratégicas son impenetrables para la prensa, aunque solamente sea porque son los medios de comunicación los que constituyen el verdadero objeto y público de cualesquiera estrategias que salgan de esas reuniones, así como los críticos que van a decidir cómo de bien funcionan (y la pequeña perorata especial tipo «informarles en primicia» de la sala de M&T de Flint es la actuación inicial de la estrategia, algo de lo que todo el mundo en la sala era consciente pero que nadie dijo en voz alta).

Pero resulta que basta con escuchar cómo los técnicos matan el rato deconstruyendo las grandes maniobras del día, puesto que los acontecimientos de los días siguientes apoyan su análisis más o menos al cien por cien. El martes por la mañana, en la tele del hotel Radisson de North Savannah, Carolina del Sur, tanto *Today* como *Good Morning America* abren con «La campaña republicana da un giro muy feo» y muestran la parte del nuevo anuncio de McCain donde este dice lo de «distorsiona la verdad igual que Clinton»; y, claro está, para mediodía el viejo Matojo ya ha emitido una Reacción Oficial donde acusa a John S. McCain de violar el acuerdo entre caballeros y volverse Negativo y dice (el Matojo) que él (el Matojo) se siente «personalmente ofendi-

do y escandalizado» de que lo comparen con Bill Clinton; y en seis mítines locales y comparecencias seguidas por toda Carolina del Sur McCain se queja de las encuestas sesgadas y de que «los subordinados del gobernador Bush lo atacan [a McCain] y lo acusan [a McCain] de abandonar a los veteranos de América», y cada vez su voz suena más atiplada y más malhumorada y una vena que nadie le había visto antes le empieza a abultar y a latir en la sien izquierda cuando se pone a hablar sobre lo de los veteranos; y luego en una comparecencia en Hilton Head el Matojo asegura que no sabe ni una palabra de encuestas sesgadas y sugiere que todo el asunto podría haber sido diseñado a modo de jugarreta política sucia por parte de McCain2000; y luego el miércoles por la mañana en la tele del hotel Embassy Suites de Charleston aparece un nuevo anuncio todavía *más* agresivo que Murphy ha conseguido que McCain le deje emitir, un nuevo anuncio que acusa a Bush de violar unilateralmente el acuerdo entre caballeros y volverse Negativo y luego muestra un plano nocturno de la famosa fachada del 1.600 de Pennsylvania Avenue con su empalizada de fuentes descaradamente eyaculatorias y dice: «¿Puede América permitirse otro político en la Casa Blanca en quien no podamos confiar?», algo cuyos problemas gramaticales no menciona nadie, pero Frank C. dice que el plano de la Casa Blanca es toda una puñalada trapera, y que si McCain pierde Carolina del Sur puede muy bien ser por culpa de este anuncio; y, claro está, el miércoles por la noche las encuestas sobre el tema ya están mostrando que a los votantes de Carolina del Sur el nuevo anuncio de McCain les resulta Negativo y deprimente, y luego el Matojo coge esas encuestas y las usa para pavonearse mientras los estrategas de Bush2000, «en respuesta» a la comparación «ultrajante» que ha hecho McCain de $Bush_2$ con W. J. Clinton, que «pone en entredicho el carácter [de Bush] y [lo] ofende profundamente», empiezan a pasar un nuevo anuncio que han hecho ellos que muestra imágenes del apretón de manos entre caballeros que los candidatos protagonizaron en New Hampshire y luego una foto de McCain con cara furiosa y llena de rabia y por fin dice «John McCain protagonizó este apretón de manos y prometió una campaña limpia

y luego ha atacado al gobernador Bush con anuncios engañosos», y luego, al parecer únicamente para poner la guinda, añade un corte de voz de las noticias de la noche de la NBC del 4 de febrero que dice que «McCain solicitó dinero de organizaciones que aparecieron ante su Comité del Senado... y luego presionó a las agencias en nombre de sus donantes», algo sobre lo cual Jim C. (que, recuerden, trabaja para las noticias de la NBC) dice que la información original de las noticias de la noche de la NBC solo trataba de que los partidarios de Bush habían *acusado* a McCain de hacer esas cosas, y por tanto que el corte de voz del anuncio está descontextualizado de una forma descaradamente sucia y engañosa, pero por supuesto a estas alturas –jueves 10 de febrero a las ocho menos cuarto de la mañana, rodando todos en formación rumbo al primer mitin local del día en Spartanburg y Greenville– ya no importa, porque ya ha habido tantas acusaciones y contraacusaciones profundamente ofendidas que las quejas de McCain sobre el corte engañoso de la NBC solo serían una contraacusación más entre tantas otras, algo que Jim C. dice que es seguramente la razón de que Bush2000 haya pensado que podían distorsionar el corte de voz y salirse con la suya, porque las encuestas en Carolina del Sur muestran que tanto el apoyo a McCain como la participación estimada de las primarias se están desplomando en picado, y los técnicos ahora tienen que pasarse todo el tiempo ayudando a sus productores de campo a encontrar las «palabras beligerantes» en las grabaciones de todos los discursos, porque eso es lo que todas las cadenas de televisión quieren, y todo el mundo en el Trolas 1 y el Trolas 2 está empezando a sentirse profundamente desanimado y aburrido, y hasta los andares de los Doce Monos han perdido gran parte de ese garbo con que caminaban con las puntas de los pies hacia dentro...

...Y entonces surge de la nada el dramático clímax táctico que se mencionaba antes, que se clava en los medios de comunicación como una jeringuilla de epinefrina y que aparece esa noche en las noticias de las cinco grandes cadenas de televisión. Tiene lugar en el mitin local de Spartanburg, cuyo escenario es un auditorio diminuto y escalonado situado en el Centro de

Bellas Artes de una pequeña universidad cuyo nombre nadie consigue averiguar, y que está tan abarrotado para cuando llegan las filas de periodistas de McCain2000 que hasta los pasillos están llenos, de forma que todo el mundo salvo los técnicos y sus productores se queda fuera en el vestíbulo, que a su vez está abarrotado de estudiantes universitarios que tampoco han conseguido un asiento y que están de pie tomando apuntes para un curso llamado Comentario del Discurso 210 –parece ser que la visita de McCain es alguna clase de ejercicio de clase–, y que hacen las delicias de *Rolling Stone* al pasarse todo el tiempo mirando por encima de los hombros de los Doce Monos para ver qué están escribiendo. Al lado de la mesa de bollos gratis y papeletas para inscribirse como voluntario de la campaña McCain2000, hay una enorme columna o montante o algo de roble, en cada uno de cuyos cuatro lados se desarrolla sujeto de alguna forma un monitor a color de veinticuatro pulgadas que está emitiendo la señal de vídeo de la CNN, y su imagen permanece fija en la cara de McCain con la enorme bandera de fondo (¿De dónde *sacan* esas banderas gigantes? ¿Y qué pasa con ellas cuando no hay campaña? ¿Adónde van? ¿Dónde guarda uno banderas de ese tamaño? ¿Acaso solamente hay una, que la avanzadilla del equipo de McCain2000 descuelga cuando el acto se acaba y sale corriendo con ella hasta el siguiente mitin local para colgarla antes de que lleguen McCain y las cámaras? ¿Acaso Gore y el Matojo y todos los demás candidatos tienen cada uno su propia bandera gigante?), y si uno elige su trayectoria con cuidado se puede orbitar alrededor de la columna muy deprisa y ver a McCain dirigiendo su 22,5 a todos los puntos de la brújula al mismo tiempo. La pared de delante del vestíbulo es de cristal, y en el patio de gravilla que hay justo al otro lado se desarrolla un Vals de los Móviles sobrecogedor con veinte participantes bailando alrededor de dos furgonetas de las noticias locales paradas con el motor al ralentí y elevando sus transmisores de microondas de diez metros, además de cuatro bustos locales masculinos bien vestidos con micros de mano presentando sus informaciones, cada uno de ellos unido a su técnico por medio de un cable. Comparados con Schieffer y Bloom y con los presentado-

res de las cadenas que van en el HC Exprés, los bustos masculinos locales siempre resultan chabacanos hasta extremos casi alienígenas: el maquillaje les pone la piel de color naranja y los labios violetas, y tienen el pelo tan engominado que se ve lo que rodea sus cabezas reflejado en el cabello. Los platos de las antenas transmisoras de las furgonetas locales, elevándose como flores enormes y espantosas sobre sus postes extensibles, se giran todas para orientarse al unísono hacia el sur, con los pistilos apuntando hacia el Repetidor de Microondas Regional del Sudeste #434B que hay cerca de Greenville.

Para ser sinceros, todos los plumillas de la prensa nacional estarían probablemente aquí fuera en el vestíbulo aunque el auditorio no estuviera lleno, porque al cabo de unos cuantos días cubrir los 22,5 de los mítines locales de McCain se vuelve tan tedioso y repetitivo que dan ganas de cortarse las venas. Los periodistas que llevan cubriendo a McCain desde Navidad informan de que Murphy y compañía han trabajado duro con él para mejorar la «disciplina de sus mensajes», lo cual en jerga política quiere decir reducirlo todo en la medida de lo posible a eslóganes breves y fáciles de recordar y entonces machacar esos eslóganes una y otra vez. El resultado es que los plumillas de las filas de McCain ya han oído cada elemento disciplinado del 22,5 –desde la broma inicial de McCain sobre el hecho de que lo confunden con un abuelo en la escuela de sus hijos, al «No hace falta mucho talento para que te peguen un tiro» y a lo del «triángulo de hierro que forman el dinero, los lobbies y la legislación» y a «la política exterior irresponsable de salir en la foto con Clinton» y al «Como presidente, no voy a necesitar ningún curso de formación» y al «Le voy a dar un buen repaso a ese Gore», y dos o tres docenas más de frases que suenan como un cruce entre un número cómico de un club nocturno y un seminario de motivación laboral– tantas veces que ya no lo pueden soportar más; y aunque tienen que estar en el mitin local en caso de que pase algo grande o Negativo, se irían a cualquier parte y harían lo que fuera para evitar tener que escuchar otra vez el 22,5, además por supuesto de las risas y los aplausos y las ovaciones de un público de mitin local que lo está oyendo todo por primera

vez, que es básicamente la razón por la que los plumillas están aquí fuera en el vestíbulo echando miradas a las estudiantes femeninas y discutiendo sobre a qué diva del cine mudo recuerda más la sombra de ojos de los pobres bustos locales.

Para ser justos con McCain, no es ningún gran orador, y tampoco finge que lo es. Su verdadero fuerte es la conversación, la cosa a dos bandas. Esto se debe a que es listo de una forma rápida y flexible en que no lo son la mayoría de los demás candidatos. También parece que la gente y las preguntas y las discusiones le resultan vigorizantes –esto último tal vez debido a todos los años que se ha pasado discutiendo en el Congreso–, razón por la cual tiene predilección por los turnos de preguntas en los mítines locales y por las charlas constantes con la prensa en su salón sobre ruedas. Así pues, mientras los periodistas se maravillan de su accesibilidad porque los han entrenado para identificar esta con la vulnerabilidad, no parecen darse cuenta de que están jugando plenamente las mejores bazas de McCain cuando conversan con él y no cuando escuchan sus discursos. En conversación es listo y vivo y humano y parece que escucha de verdad y le responde directamente a uno en lugar de a cierta abstracción demográfica que uno puede representar. Son sus discursos y sus 22,5 lo que resulta enlatado y rígido, y a veces también asustan de tan de derechas que son, y cuando uno los escucha con atención es como si de repente se disipara una neblina cálida y apacible y cayeras en la cuenta de que no estás del todo seguro de que sea John McCain quien quieres que elija al director de la Agencia de Protección del Medio Ambiente o a los, como mínimo, dos nuevos jueces que probablemente entrarán en el Tribunal Supremo en el próximo mandato, y te empiezas a preguntar una vez más qué es lo que hace a ese tipo tan atractivo.

Pero luego las dudas se vuelven a disipar cuando McCain empieza a responder preguntas en los mítines locales, que es lo que está pasando ahora mismo en Spartanburg. McCain siempre empieza esta parte diciéndole al público que acepta «preguntas, comentarios y algún que otro insulto de cualquier marine americano que pueda haber aquí hoy» (lo cual, de nuevo, se vuel-

ve radicalmente menos gracioso al oírlo una y otra vez [parece ser que la armada y los marines no suelen caerse muy bien]). Las preguntas siempre recorren la amplia gama de la vox pópuli, desde tipos con barbas talmúdicas que hacen preguntas sobre Chechenia y la reforma de la legislación sobre litigios hasta alumnos de instituto que leen preguntas de hojas impresas que sostienen con manos temblorosas, desde madres preocupadas por la futura pensión estatal de sus bebés hasta ancianos veteranos con gorras de la Legión que llaman a McCain «teniente» y que quieren intercambiar saludos militares, hasta los fundamentalistas de rigor que con mirada furibunda intentan hacer que se pronuncie sobre si Cristo realmente dijo que la homosexualidad era una abominación (y McCain, hay que decirlo a su favor, les señala que se están equivocando de Testamento), y preguntas crípticas sobre la regulación de los fondos de inversión con carteras que copian índices y la privatización de correos, e historias de terror sobre organizaciones sanitarias privadas, y pornografía por Internet, y litigios a las tabacaleras y gente que cree que la Segunda Enmienda les da derecho a poseer lanzagranadas. Las preguntas son aleatorias y no están cribadas, y el candidato las sortea todas, y nunca se muestra mejor ni más humano que en estos cuestionarios, sobre todo cuando el que hace la pregunta está enfadado o es un pirado; entonces McCain dice: «Con todos los respetos, no estoy de acuerdo» o «Tenemos opiniones distintas», y a continuación procede a detallar sus objeciones en inglés perfectamente lúcido y con una amabilidad que nunca resulta condescendiente. Para ser un hombre con mal genio y reputación de no aguantar a los tontos, McCain se muestra increíblemente paciente y decente con la gente en los mítines locales, sobre todo si uno considera que tiene sesenta y tres años, apenas duerme, sufre dolor crónico y está bajo una presión tremenda para no pifiarla ni meterse en líos. Y no le pasa nunca. No importa cómo de rancios y disciplinados respecto al mensaje sean los 22,5 del principio, en los turnos de preguntas de los mítines locales uno se lleva la impresión abrumadora de que tiene delante a un hombre decente y honorable que está intentando decirles la verdad a una gente a la

que ve realmente. Y uno nunca es el único que tiene esta impresión.

Entre los técnicos y los plumillas no simiescos, la sensación es que el mejor momento humano que ha tenido McCain en toda la campaña fue el lunes en el mitin local de Warren, Michigan, en el turno de preguntas, cuando un hombre de mediana edad con cazadora y boina, un hombre que tenía un aspecto normal y corriente pero que resultó estar loco –o sea, literalmente loco, esquizofrénico según la definición del *Manual de Diagnóstico y Estadística de Trastornos Mentales*–, cogió el micro y dijo que el gobierno de Michigan tiene una máquina que controla las mentes y que influye sobre las ondas cerebrales, y que ni siquiera envolverte la cabeza con rollos y más rollos de papel de aluminio dejando solamente unos agujeritos diminutos como ojos de aguja para los ojos y para respirar puede evitar que influyan sobre las ondas cerebrales, y luego dijo que quería saber si, en el caso de ser presidente, McCain usaría la máquina de control mental de Michigan para atrapar a asesinos y perdonar al Congreso y compensarlo a él de forma personal por sesenta largos años de control mental, y si se lo podía poner por escrito. La pregunta no era graciosa; el silencio de la sala era un silencio mortificado. Piensen en lo fácil que habría resultado entonces que un candidato palideciera o que se le trabara la lengua, o que mandara a un par de ayudantes de mirada pétrea que sacaran de allí al hombre, o (peor todavía) que se burlara del tipo a fin de distender el horror y la vergüenza de todo el mundo e intentar ganar puntos por la vía del humor ante el público, a lo cual la mayoría de los plumillas más jóvenes se habrían desmayado directamente de repulsión cínica, porque el pobre tipo seguía allí de pie con el micro en la mano y mirando muy serio a McCain, esperando una respuesta. Algo que McCain, de forma increíble, *vio* –la humanidad del hombre, la gravedad que tienen esos asuntos para él– y le dijo que sí, que lo haría, que le prometía que investigaría el asunto, y que sí que le podía poner esa promesa por escrito, aunque «creía que no acababan de tener la misma opinión sobre aquella máquina de control mental», y en resumen calmó al loco y lo trató con respeto, sin ser paternalis-

ta con él ni fingir que él también era esquizofrénico, y lo hizo todo con tanta presteza y elegancia y con una decencia básica tal que si hubiera sido todo una simple actuación entonces McCain sería el diablo en persona. Algo que los técnicos, más tarde, después de la comparecencia y la melé posmitin local, mientras se quitaban su equipo a bordo del atroz Chaperomóvil, dijeron que McCain no era (el diablo) y que ellos se sentían, hasta el último de ellos, conmovidos por la humanidad imposible de fingir de aquella conversación, y sin embargo al mismo tiempo estaban impresionados por el profesionalismo de McCain a la hora de desarmar a aquel tipo, y Jim C. apremió a *Rolling Stone* a no ser tan cínico como para rechazar de plano la posibilidad de que ambas cosas coexistieran –la autenticidad humana y la profesionalidad en política–, porque aquella era la gran paradoja tipo yin y yang de la campaña McCain2000, y que resultaba más interesante que la típica campaña robótica e inhumana y totalmente profesional a la que él estaba acostumbrado hasta tal punto que Jim dijo que esta vez casi no le importaba el palizón de trabajar que se estaba dando.

Tal vez sí que puedan coexistir, la humanidad y la política, la astucia y la decencia. Pero las cosas se complican. En el turno de preguntas de Spartanburg, después de dos cuestiones sobre China y una sobre gravar con impuestos el comercio en Internet, mientras la mayoría de los plumillas del vestíbulo seguían frente al cristal burlándose de los bustos locales, una madre de clase media de treinta y tantos, totalmente común en términos demográficos, ataviada con pantalones de sport de color oxidado y con esas gafas redondas y muy grandes que siempre llevan las madres comunes y corrientes de treinta y tantos años, es elegida para hacer una pregunta y se pone de pie y alguien le pasa el micro. Resulta que se llama Donna Duren, que es de allí mismo de Spartanburg, Carolina del Sur, y dice que tiene un hijo de catorce años que se llama Chris, a quien el señor y la señora Duren han estado intentando inculcar unos valores familiares y el respeto a la autoridad y un idealismo no cínico sobre América y sus líderes debidamente electos. Quieren que encuentre héroes en los que pueda creer, dice. Toda la historia de Donna Duren se

extiende un poco, pero nadie se aburre, y hasta aquí fuera en los monitores del montante se percibe un cambio en el voltaje del mitin que se está celebrando en el auditorio, y los plumillas nacionales se alejan del cristal de la fachada y empiezan a aproximarse y a abrirse paso entre la gente con los codos (algo que se les da realmente bien) para ponerse cerca de las pantallas de los monitores. La señora Duren dice que Chris –que está claro que es un chico sensible– se «sintió muy, muy disgustado» por todo el escándalo Lewinsky y las revelaciones no aptas para menores y por la atroz conducta de Clinton y Starr y Tripp y básicamente de todo el mundo de todos los bandos durante el asunto del *impeachment*, y que Chris se hizo un montón de preguntas muy incómodas e inquietantes que el señor y la señora D. se esforzaron para contestar, y que en esencia fue un momento muy duro pero que lo acabaron superando. Y luego el año pasado, durante lo que fue más o menos una depresión en términos de idealismo y respeto a la autoridad electa, dice, Chris descubrió a John McCain y la campaña McCain2000.com, y se interesó por la misma, y sus padres al parecer le leyeron algunas partes aptas para menores del libro *Faith of My Fathers* de McCain, y que el resultado fue que el joven Chris por fin encontró un héroe público en el que podía creer: John S. McCain III. Es imposible saber lo que está haciendo la cara de McCain durante esta historia porque los monitores están cogiendo la señal de la CNN y Randy van R. de la CNN está completamente concentrado en Donna Duren, que resulta un prototipo tan icónico y que exuda de forma tan total esa dignidad callada especial de una americana común y corriente que sabe que es corriente y que solo quiere una vida decente y no cínica para ella misma y para su familia que es capaz de decir cosas como «valores familiares» y «héroe» sin que nadie ponga los ojos en blanco. Pero sucede que anoche, dice la señora D., mientras estaban todos viendo algún programa de televisión saludable y no violento en la sala de estar, de pronto sonó el teléfono en el piso de arriba, y Chris subió a cogerlo, y la señora D. dice que un poco después volvió a bajar a la sala de estar llorando y terriblemente trastornado y que les dijo que el que había llamado era un hom-

bre que empezó a hablar con él sobre la campaña del 2000 y que le preguntó a Chris si sabía que John McCain era un mentiroso y un fraude y que cualquiera que votara a John McCain era o bien tonto o bien antiamericano o ambas cosas. La persona que había llamado era un encuestador sesgado que trabajaba para Bush2000, dice la señora Duren, con los nudillos de la mano que agarra el micro blancos y la voz a punto de temblar, afligida de una forma totalmente corriente y conmovedoramente materna, y luego dice que solo quería que el senador McCain lo supiera, que supiera lo que le pasaba a Chris, y que quiere saber si se puede hacer algo para evitar que esa clase de gente llame a chicos inocentes y los hunda en la desilusión y la confusión acerca de si son tontos por intentar tener héroes en los que creer.

Llegado ese punto (las ocho y cincuenta y tres) pasan dos cosas aquí en el vestíbulo del Centro de Bellas Artes. La primera es que los plumillas de la prensa nacional se dispersan siguiendo un esquema radial, cada uno de ellos tecleando en su teléfono móvil, y que todos los productores de campo salen en tromba por las puertas del auditorio sacando las antenas de sus móviles con los dientes, y que todo el mundo intenta encontrar una pequeña zona vacía donde bailar el vals mientras transmiten el núcleo de este giro fascinante relacionado con la Negatividad a sus cadenas y jefes de redacción e intentan contactar a sus contrapartidas en las filas de la prensa de Bush2000 a ver si pueden conseguir una Reacción Oficial del Matojo a la historia de la señora Duren, y al final de todo esto sucede la segunda cosa, que es que Randy van R. de la CNN por fin enfoca a McCain y entonces aparece la expresión facial de McCain, que trasluce dolor y está pálida y parece más afligida incluso que la cara de la propia señora Duren. Y lo que hace McCain, después de mirar durante unos segundos el suelo, es... disculparse. No se tira al cuello de Bush2 ni de las encuestas sesgadas ni tampoco parece intentar sacar provecho político de ninguna clase. Parece triste y lleno de compasión y de pesar y dice que la primera y única razón por la que se metió en esta carrera fue para intentar ayudar a inspirar a los jóvenes americanos para que les resultara más fácil

entregarse a algo en cuerpo y alma, y que una historia como la que la señora Duren se ha molestado en venir aquí esta mañana al mitin local para contarle es exactamente lo peor que le podrían contar, y que si a la señora D. no le importa le gustaría llamar a su hijo –le pide que le repita su nombre, y Randy van R. hace una panorámica ágil de vuelta a Donna Duren y esta dice «Chris» y luego la cámara regresa a McCain– Chris y disculparse en persona por teléfono y decirle a Chris que sí, que por desgracia hay mala gente en el mundo y que siente mucho que Chris tenga que oír cosas como las que ha oído, pero que nunca es un error creer en algo, que la política sigue valiendo la pena como proceso en el que involucrarse, y la verdad es que parece muy disgustado, McCain, y a modo de lo que casi parece una idea que se le acaba de ocurrir dice que tal vez una cosa que pueden hacer Donna Duren y otros padres y ciudadanos preocupados es llamar a la campaña Bush2000 y decirles que paren esas encuestas sesgadas, que el gobernador Bush es un buen hombre que también tiene familia y que cuesta creer que apoyaría una campaña que hiciera cosas así si se enterara de las mismas, y que él (McCain) va a volver a llamar en persona al gobernador Bush por enésima vez para pedirle que detenga esa Negatividad, y ahora los ojos de McCain parecen realmente humedecidos, como si tuviera lágrimas, lo cual tal vez sea solo un efecto de las luces de la tele, pero aun así resulta inquietante, todo esto es inquietante, porque McCain parece afligido de una forma que resulta un poco demasiado… bueno, casi *dramática*. Acepta un par más de preguntas del turno de preguntas, luego se detiene de repente y dice que lo siente pero que está tan disgustado por el Incidente de Chris Duren que le está costando concentrarse, y le pide disculpas al público del mitin local, y les da las gracias, y se olvida de la disciplina de los mensajes y no termina diciendo que siempre… les va a decir… la verdad, pero la gente le dedica una tremenda ovación de todas maneras, y la señal de los monitores de la columna con cuatro facetas se corta mientras Randy y Jim C. y compañía van cámara en hombro a sumarse a la melé mientras McCain empieza a salir.

Y ahora nada de todo esto es sencillo en absoluto, sobre todo esa angustia que parece casi exagerada de McCain por Chris Duren, una angustia que realmente ha parecido un poco excesiva; y en la vieja cabeza periodística empieza a girar una larga serie de pensamientos y preguntas inquietantes y posiblemente cínicos conectados entre sí. Como el hecho de que la historia de Donna Duren ha sido una acusación mucho, mucho más devastadora a las tácticas de la campaña del Matojo que nada que el propio McCain pudiera decir, ¿y acaso es posible que McCain, sobre el escenario del auditorio, pudiera no saber nada de esto? ¿Es posible que no haya visto cómo todos los productores de campo de las televisiones se abrían paso entre la multitud de los pasillos con sus teléfonos móviles y no haya sabido al instante que la historia de la señora Duren y su reacción a la misma iban a tener un lugar prominente en las cadenas de televisión y dar una mala imagen de la campaña Bush2000? ¿Acaso es posible que una parte de McCain se dé cuenta de que lo que le pasa a Chris Duren le va a suponer una gran ventaja política, y sin embargo él sea un tipo tan decente y poco calculador que lo único que siente es horror y pesar porque un chaval se vea desilusionado? ¿Acaso ha sido la compasión humana lo que le ha hecho disculparse primero en vez de criticar al Matojo, o acaso sucede simplemente que McCain es lo bastante astuto como para saber que la historia de la señora D. ya había clavado a Bush a la pared y que al disculparse y parecer afligido McCain podía ayudar a subrayar la diferencia entre su propia decencia humana y la Negatividad irresponsable de Bush? ¿Acaso es posible que tuviera realmente lágrimas en los ojos? ¿Acaso es posible (glups) que de alguna forma *haya hecho* que le afloren lágrimas a los ojos porque sabía que eso le iba a dar la apariencia de un tipo decente, bondadoso y no Negativo? Y ya que sale el tema, eh, ¿por qué iba un encuestador sesgado a intentar hacerle una encuesta sesgada a alguien que no tiene edad de votar? ¿Acaso Chris Duren tiene una voz muy grave por teléfono o algo parecido? ¿Y lo normal no sería que un encuestador sesgado le preguntara la edad a su interlocutor antes de iniciar su perorata? ¿Y cómo es que nadie ha hecho esta pregunta, ni siquiera los

Doce Monos que están en el vestíbulo y que son gente que está de vuelta de todo? ¿En qué debían de estar pensando?

El Trolas 1 está vacío salvo por Jay, que está aprovechando una OdS atrás de todo en el PPFT, y a través de las ventanillas de babor se ve a todos los técnicos y bustos y talentos formando una melé descomunal alrededor de la señora Donna Duren en el patio de gravilla, y surge el pensamiento cínico adicional de que sin duda algún emprendedor equipo de una cadena de televisión está parando en estos mismos momentos delante del instituto del pobre Chris Duren (que por desgracia esta noche en la tele se ve que resulta ser exactamente lo que sucede). El autocar espera vacío al ralentí durante un buen rato –las melés posteriores al evento y las esperas duran más que el mitin entero–, y luego cuando los habituales del Trolas 1 por fin entran en manada están todos extremadamente ocupados intentando teclear y telefonear y transmitir, y todos los técnicos tienen que sacar sus editores digitales SX y DVS (el aparato de la CBS lo tienen que sostener fijo sobre la escalerilla de su cámara porque todas las mesas y el PPFT están llenos) y ayudar a sus productores a encontrar y cronometrar el corte de imagen de la señora Duren y la respuesta de McCain para poder mandarlo al cuartel general enseguida, y los Doce Monos han asaltado como un solo hombre el Hablando Claro Exprés, que está justo delante de nosotros en la I-85 y cuya parte trasera va muy baja debido al peso de toda la gente que se acumula en el salón de atrás de McCain. La cuestión es que ninguno de los profesionales habituales en los medios están disponibles para que *Rolling Stone* interactúe con ellos sobre el Incidente de Chris Duren y tal vez pudieran ayudarles para intentar averiguar algo acerca de qué puede ser cínico y qué no, y cuáles de las muchas preguntas inquietantes que el Incidente provoca resultan paranoicas o irrelevantes y cuáles pueden ser humana o periodísticamente válidas... como, por ejemplo, ¿decía McCain realmente en serio lo de llamar a Chris Duren? ¿Cómo puede haber obtenido el teléfono de los Duren cuando la señora D. ha estado rodeada de una compacta melé durante todo el tiempo que él y su equipo han tardado en marcharse? ¿Acaso tiene planeado simplemente

buscar en el listín telefónico o algo así? ¿Y dónde estaban Mike Murphy y John Weaver durante todo ese asunto, cuando normalmente se los puede divisar bailando el Vals de los Móviles en las sombras en todos los mítines locales, y sin embargo hoy no se los ha visto por ninguna parte? ¿Y acaso Murphy está ahora mismo en el salón del Exprés sentado en el sofá rojo al lado de McCain, inclinado hacia la oreja del candidato y hablándole en voz baja muy tranquilo y despreocupado sobre las ventajas políticas de lo que acaba de pasar y sobre las diversas formas de buen gusto pero eficaces en que se puede aprovechar el episodio y usarlo par salir del estrecho callejón sin salida táctico en que los había metido el paso de $Bush_2$ a la Negatividad? ¿Y cuál es la reacción de McCain si es eso lo que está haciendo Murphy, o sea, está escuchando, o todavía está demasiado trastornado para escuchar, o de algún modo suceden ambas cosas a la vez? ¿Acaso es posible que McCain –tal vez ni siquiera de forma consciente– exagerara su propia reacción a la historia de la señora Duren y representara su angustia a fin de concederse una excusa plausible y de apariencia positiva para salir de la espiral Negativa que le ha estado haciendo tanto daño en las encuestas que, según Jim y Frank, bien podrían hacerle perder Carolina del Sur si las cosas siguen así? ¿Acaso es demasiado cínico el mero hecho de considerar una cosa así?

En la primera comparecencia del día siguiente, John S. McCain III lleva a cabo una declaración verosímil, convincente y muy emotiva dirigida a todas las filas de la melé. Esto sucede en una cálida y bonita mañana del 11 de febrero delante del hotel Embassy Suites (o posiblemente el Hampton Inn) de Charleston, justo después de la recogida de equipajes. McCain informa a la prensa de que el caso del joven Chris Duren le ha causado tal aflicción que después de una larga introspección nocturna acaba de ordenar a su personal que cese toda Negatividad y que retire todos los anuncios de respuesta de McCain2000 de Carolina del Sur, independientemente de que el Matojo retire sus anuncios Negativos o no.

Y por supuesto, enmarcada como se encuentra por el contexto afligido del Incidente de Chris Duren, ahora la decisión

de McCain no le hace quedar en absoluto como un alfeñique ni como alguien apaciguador, sino más bien como un tipo digno, honorable y verdaderamente decente que no quiere que nadie joda de ninguna forma el idealismo político de la gente joven si él puede evitarlo. Es una declaración conmovedora y de fuerte impacto, y una comparecencia maestra, y todos los integrantes de la melé parecen impresionados y en algunos casos profunda y personalmente emocionados, y nadie (ni siquiera *Rolling Stone*) se aventura a señalar en voz alta que, por muy desafortunada que fuera la llamada telefónica para los Duren, ha resultado ser una suerte *de cojones* para John S. McCain y McCain2000 en términos de la batalla táctica de esta semana, y que en realidad todo este asunto no podría haber salido mejor para McCain2000 ni aunque hubiera estado... bueno, o sea, *guionizado*, como si por ejemplo la señora Donna Duren hubiera sido una actriz preparada o incluso una amateur partidaria de McCain llena de talento que de alguna forma hubiera sido convencida en secreto y la hubieran hecho ensayar y le hubieran pagado y la hubieran infiltrado en esa multitud de más de trescientos asistentes no cribados donde su mano alzada en medio del mar de manos alzadas de votantes normales y corrientes hubiera sido vista y elegida al azar y ella tuviera la oportunidad de contar una historia conmovedora que apareció anoche en las cinco principales cadenas de televisión y que le ha hecho mucho daño a $Bush_2$ y que ahora ha liberado a McCain del callejón sin salida táctico en el que se encontraba. Se mire como se mire (hay un largo y agradable TD durante el cual pensar en ello), el incidente y el mitin local de ayer han sido un golpe casi increíble de suerte política para McCain... o tal vez un golpe de alguna otra cosa, de algo que nadie –ni los Doce Monos, ni Alison Mitchell, ni la maravillosamente cínica mujer australiana del *Globe*, ni siquiera el totalmente astuto y nada sentimental Jim C.– saca para nada a colación ni menciona en voz alta, algo que puede ser comprensible, ya que tal vez el mero hecho de considerar que algo así *pudiera pasar* sería tan doloroso que haría que continuar fuera imposible, que es lo que la prensa y el personal y la caravana del Hablando Claro y

el propio McCain tienen que hacer todo el día de hoy, y de mañana, y del otro: continuar.

CHÚPATE ESA

Otra paradoja: es prácticamente imposible hablar de las cosas realmente importantes de la política sin usar términos que se han convertido en unos tópicos tan horrorosos que hacen que se le pongan a uno los ojos vidriosos y que hasta cuestan de oír. Uno de esos términos es «líder», que todos los grandes candidatos usan todo el tiempo –en expresiones como «proporcionar liderazgo», «un líder indiscutible», «un nuevo líder para el nuevo siglo», etcétera– y que han reducido a un lugar común hasta tal punto que cuesta recordar lo que significa realmente «líder» y si es ciertamente un líder lo que quieren los Votantes Jóvenes de hoy día. Lo más raro de todo es que la palabra «líder» en sí misma es tópica y aburrida, pero cuando te encuentras con alguien que realmente *es* un líder de verdad, resulta que no es una persona aburrida en absoluto. De hecho, es lo contrario de aburrido.

Obviamente, un líder de verdad no es tan solo alguien que tiene ideas con las que uno está de acuerdo, ni tampoco es simplemente alguien que resulta parecerte un buen tipo. Un líder de verdad es alguien que, debido a su poder particular y su carisma y el ejemplo que representa, es capaz de inspirar a la gente, y aquí usamos «inspirar» de forma seria y no como simple tópico. Un líder de verdad puede de alguna forma lograr que hagamos ciertas cosas que en el fondo pensamos que son buenas y queremos ser capaces de hacer, pero normalmente no conseguimos hacer por nosotros mismos. Es una cualidad misteriosa, difícil de definir, pero siempre la reconocemos cuando la vemos, hasta de niños. Es muy proable que recuerden ustedes haberla visto en ciertos entrenadores deportivos escolares realmente buenos, o en maestros, o en algún chico mayor extremadamente enrollado a quien «admiraban» (que en inglés se dice «looked up to» [«miraban desde abajo»], interesante expresión) y querían ser como él. Algunos recordamos haber visto la cuali-

dad de niños en un pastor o un rabino, o en un monitor de boy scouts, o en un padre, o en el padre de un amigo, o en un jefe de algún trabajo de verano. Y sí, todas estas son «figuras de autoridad», pero se trata de una clase especial de autoridad. Si han pasado ustedes tiempo en el ejército, sabrán lo increíblemente fácil que resulta ver cuáles de sus superiores son líderes de verdad y cuáles no, y lo poco que tiene que ver con ello el rango. La verdadera autoridad de un líder es un poder que uno le otorga de forma voluntaria, y uno le concede esa autoridad no con resignación ni con resentimiento, sino con alegría; porque parece lo correcto. En el fondo, a uno casi siempre le gusta cómo te hace sentir un líder de verdad, cómo te sorprendes a ti mismo trabajando más y presionándote y pensando de formas en las que no podrías pensar si no existiera esa persona a la que respetas y en la que crees y a la que quieres complacer.

En otras palabras, un líder de verdad es alguien que nos puede ayudar a superar las limitaciones de nuestra pereza individual y de nuestro egoísmo y debilidad y miedo y lograr que hagamos cosas mejores y más difíciles que las que podemos hacer por nosotros mismos. Lincoln era, según todas las pruebas disponibles, un líder de verdad, y Churchill, y Gandhi, y King. Teddy y Franklin Roosevelt, y probablemente De Gaulle, y ciertamente Marshall, y tal vez Eisenhower. (Aunque por supuesto Hitler también era un líder de verdad, uno muy potente, así que hay que tener cuidado; en el fondo se trata de una extraña especie de poder personal.)

Probablemente el último líder de verdad que tuvimos como presidente de Estados Unidos fue JFK, hace cuarenta años. No es que Kennedy fuera un ser humano mejor que los siete presidentes que hemos tenido desde entonces: sabemos que mintió sobre su hoja de servicios en el ejército, y que tenía siniestros vínculos con el crimen organizado, y que follaba más en la Casa Blanca de lo que el pobre Clinton podría soñar nunca. Pero JFK tenía una magia especial de líder, y cuando decía cosas como «No te preguntes qué puede hacer tu país por ti; pregúntate qué puedes hacer tú por tu país», nadie ponía los ojos en blanco ni lo veía como una simple frase ingeniosa. En cambio, mucha

gente se sentía inspirada. Y la década que vino después, por chunga que fuera en otros sentidos, vio a millones de Jóvenes Votantes entregarse en cuerpo y alma a causas sociales y políticas que no tenían nada que ver con conseguir un chollo de trabajo ni con poseer cosas caras ni asistir a las mejores fiestas; y los sesenta fueron, según la mayoría de versiones, una época en general más limpia y feliz que la actual.

Vale la pena plantearse por qué. Vale la pena pensar mucho en por qué, cuando John McCain dice que quiere ser presidente a fin de inspirar a una generación de jóvenes americanos a entregarse en cuerpo y alma a causas más grandes que su propio interés personal (lo cual significa que está diciendo que quiere ser un líder de verdad), muchísimos de esos jóvenes americanos van a bostezar o a poner los ojos en blanco o a hacer alguna broma irónica en lugar de sentirse inspirados como lo hacían los jóvenes con Kennedy. Cierto, la audiencia de JFK era en algunos sentidos más inocente que nosotros: todavía no había tenido lugar Vietnam, ni el Watergate, ni el escándalo de Savings & Loan, etcétera. Pero también hay algo más. La ciencia de las ventas y el marketing estaba todavía en pañales en 1961 cuando Kennedy decía lo de «No te preguntes...». Los jóvenes a los que inspiró no habían sido hábilmente bombardeados por el marketing durante toda su vida. No conocían la manipulación. No estaban total y terriblemente familiarizados con los vendedores.

Ahora tienen ustedes que prestar mucha atención a algo que al principio va a parecer obvio. No es lo mismo un gran líder que un gran vendedor. Existen semejanzas entre ambos, por supuesto. Un gran vendedor suele ser carismático y agradable, y a menudo puede conseguir que hagamos cosas (que compremos cosas, que aceptemos cosas) que por nosotros mismos nunca haríamos, y que nos sintamos bien por ello. Además, muchos vendedores son básicamente gente decente en quienes hay mucho que admirar. Pero ni siquiera el mejor de los vendedores es un líder. Esto se debe a que la motivación última y general de un vendedor es el interés propio: si tú compras lo que él vende, el vendedor se beneficia. Así que aunque el vendedor tenga una personalidad muy poderosa, carismática y admirable, y tal vez

hasta los convenza de que comprar es lo que les interesa *a ustedes* (y puede que hasta sea verdad), aun así, una pequeña parte de ustedes siempre sabe que lo que en última instancia busca un vendedor es algo para sí mismo. Y este conocimiento es doloroso... aunque es cierto que es un dolor minúsculo, más bien como una punzada, y a menudo inconsciente. Pero si ustedes se ven sometidos a la acción de grandes vendedores y a discursos publicitarios y a conceptos de marketing durante el tiempo suficiente –como, por ejemplo, ya desde los primeros dibujos animados de los sábados por la mañana–, solo es cuestión de tiempo que lleguen a creer en el fondo que todo es ventas y marketing, y que siempre que parezca que a alguien le importan ustedes o le importa alguna idea o causa noble, ese alguien es un vendedor y en realidad en última instancia no le importan un pimiento ni ustedes ni ninguna causa, sino que realmente solo quiere algo para sí mismo.

Hay gente que cree que el presidente Ronald W. Reagan (1981-1989) fue nuestro último líder de verdad. Pero no muchos de ellos son Votantes Jóvenes. Incluso en los años ochenta, la mayoría de los jóvenes americanos, que podían oler a un mercader a una milla de distancia, sabían que lo que era Reagan en realidad era un gran vendedor. Lo que estaba vendiendo era la idea de sí mismo como líder. Y si tienen ustedes menos de, digamos, treinta y cinco años, eso es lo que han venido a ser todos los presidentes con los que han crecido: vendedores de mucho talento, rodeados de estrategas políticos muy listos y caros y de consultores de comunicación y maestros de la manipulación que dirigen su «campaña» (como en «campaña publicitaria») y lo ayudan a vendernos la idea de que nos interesa votarlo a él. Pero los verdaderos intereses que movían a esos tipos eran los suyos propios. Querían, por encima de todo, Ser Presidentes, querían ese poder y esa prominencia mareantes, esa inmortalidad histórica: se podía oler en ellos. (Los Jóvenes Votantes suelen tener un sentido del olor especialmente bueno para estas cosas.) Y es por eso por lo que esos tipos no eran líderes de verdad: porque era obvio que sus motivaciones más profundas y elementales eran egoístas, que no había ninguna posibilidad de que nos ins-

piraran para que trascendiéramos nuestro propio egoísmo. En cambio, normalmente ayudaban a reforzar nuestra creencia condicionada por el mercado de que en última instancia todo el mundo mira por sí mismo y que la vida se basa en vender y en el beneficio, y que palabras y expresiones como «servicio» y «justicia» y «comunidad» y «patriotismo» y «deber» y «devolverle el gobierno al pueblo» y «siento vuestro dolor» y «conservadurismo compasivo» no son más que los eslóganes publicitarios de eficacia probada de la industria política, exactamente igual que «antisarro» y «refresca el aliento» son los eslóganes de la industria de la pasta de dientes. Podemos votar por ellos, igual que podemos ir a comprar pasta de dientes. Pero no nos inspiran. No son reales.

Tampoco es una cuestión de mentir o no mentir. Todo el mundo sabe que el mejor marketing usa la verdad: es decir, que a veces una marca de pasta de dientes realmente *es* mejor. Esa no es la cuestión. La cuestión, en lo que respecta a los líderes, es la diferencia entre simplemente creer a alguien y creer *en* ese alguien.

De acuerdo, todo esto es un poco simplista. Todos los políticos venden, siempre lo han hecho. FDR y JFK y MLK y Gandhi eran grandes vendedores. Pero no es lo único que eran. La gente lo olía. Olía ese pequeño algo más. Tenía que ver con el «carácter» (lo cual, sí, también es un tópico: chúpense esa).

Todo esto es la razón de que observar cómo John McCain da ruedas de prensa y comparecencias y mítines locales (ahora mismo estamos todos en el mitin local de North Charleston, a las ocho y veinte de la mañana del miércoles 9 de febrero, en el horrible vestíbulo de algo que se llama el Palacio del Hielo de Carolina) y se comporta de forma llamativamente honrada y abierta e informal e idealista y no manipuladora y dice «Me presento a presidente no para Ser Alguien, sino para Hacer Algo» y «Estamos en una cruzada nacional para devolverle el gobierno al pueblo» delante de estas multitudes que lo ovacionan simplemente resulta muchísimo más puñeteramente *complicado* que observar las viejas imágenes en blanco y negro de los discursos de John Kennedy. Resulta imposible, en febrero de 2000, distinguir si McCain es un líder de verdad o meramente un ven-

dedor político de mucho talento, un empresario que ha visto un nuevo sector de mercado sin explotar y ha ideado una forma de llenarlo.

Porque aquí va todavía otra paradoja. La primavera de 2000 –mientras América está en plena media mañana de resaca de todo el asunto de Lewinsky y el *impeachment*– representa un momento de cinismo casi sin precedentes y de asco hacia la política nacional, un momento en que la sinceridad sin tapujos del me importa un pimiento si me eliges o no se convierte en una cualidad increíblemente atractiva y vendible y elegible. Un momento en que un anticandidato puede ser un verdadero candidato. Pero, claro está, si se convierte en candidato de verdad, ¿acaso sigue siendo un anticandidato? ¿Se puede vender la negativa de alguien a ponerse en venta?

Hay muchos elementos de la campaña McCain2000 –llamar al autocar «Hablando Claro», la oportuna publicación de *Faith of My Fathers*, la tan cacareada «apertura» y «espontaneidad» del salón para periodistas del Exprés, o la forma tan disciplinada en su mensaje con que McCain machaca lo de «siempre... decirles... la verdad»– que indican que algunos vendedores muy listos y astutos están intentando vender el rechazo de este candidato al marketing listo y astuto. ¿Acaso es esto malo? ¿O simplemente es algo que confunde? Supongamos, por ejemplo, que tienen ustedes un candidato que dice que las encuestas son idioteces y que se niega a ajustar el estilo de su campaña en función de las encuestas, y supongamos entonces que las nuevas encuestas empiezan a mostrar que a la gente le gusta de verdad esa postura de «las encuestas son idioteces» y que están pensando en votarlo por esa razón, y supongamos que el candidato lee esas encuestas (¿quién no lo haría?) y empieza a decir todavía más a menudo y con más fuerza que las encuestas son idioteces y que él no las va a usar para decidir qué dice, y que tal vez convierte «Las encuestas son idioteces» en un eslogan de campaña y lo repite en cada discurso y que hasta pinta «LAS ENCUESTAS SON IDIOTECES» en el costado de su autocar... ¿Es entonces un hipócrita? ¿Es hipócrita que uno de los eslóganes de McCain en Carolina del Sur sea «Decir la verdad aun cuando le perjudique política-

mente», lo cual, por supuesto, ya que está en un anuncio, significa que McCain está intentando beneficiarse políticamente de su indiferencia hacia los beneficios políticos?

¿Les parece ya lo bastante complicado? El meollo del asunto es que si son ustedes unos verdaderos Jóvenes Votantes perfectamente conocedores del marketing, lo único que están seguros de que sienten acerca de la campaña de John McCain es una clase muy moderna y americana de ambivalencia, una especie de guerra interior entre su necesidad profunda de creer y su creencia profunda de que la necesidad de creer es una idiotez, que ya no queda nada en el mundo más que las ventas y los vendedores. Y en los momentos en que gana su cinismo, encontrarán ustedes que es posible ver hasta las cualidades más atractivas de McCain como simples estrategias de marketing. Su famoso hábito de sacar a colación los puntos negros de su pasado, por ejemplo –las malas notas, el desastroso divorcio, su acusación en calidad de uno de los cinco implicados en el escándalo Keating–, podría ser sinceridad verdadera y apertura, o bien podría ser la forma astuta que tiene McCain de adelantarse a las críticas ajenas criticándose a sí mismo antes de que pueda hacerlo nadie más. La modestia con que habla de su heroísmo como prisionero de guerra –«No hace falta mucho talento para que te peguen un tiro»; «Yo no fui un héroe, pero tuve la suerte de servir en compañía de héroes»– podría ser verdadera humildad, o bien podría ser una forma inteligente de representarse a sí mismo como alguien *al mismo tiempo* heroico y humilde.

Se puede llevar a cabo la misma clase de análisis disyuntivo sobre casi cada punto de este candidato. Hasta la increíble resistencia física de la que da muestras en la Senda podría ser un resultado de la energía natural de McCain y de lo mucho que disfruta de la gente, o bien podría ser una ambición desmedida, un ansia tan grande de ser elegido que lo lleva más allá de los límites de la cordura humana. La palabra más adecuada aquí es «cordura»: el Matojo se aloja en hoteles de lujo como el Charleston Inn y viaja con su propia almohada personal y le gusta dormir hasta las nueve, mientras que McCain pasa las noches en horribles hoteluchos de cadenas y bebe refrescos directamente de la

lata y se mueve de una forma en que únicamente las anfetaminas pueden hacer que se mueva una persona normal. Anoche la caravana del Hablando Claro no llegó de vuelta al hotel Embassy Suites hasta las doce menos veinte de la noche, y por lo que se dice McCain se quedó levantado en compañía de Murphy y Weaver planeando formas de responder a la respuesta de $Bush_2$ al anuncio Negativo que McCain está pasando en respuesta al nuevo anuncio negativo de $Bush_2$ durante tres horas después de la llegada, y ya se sabe que levantarse y ducharse y afeitarse y ponerse un traje como es debido tiene que ocupar cierto tiempo si eres un tipo que no puede levantar los brazos más arriba de los hombros, además de que ha tenido que desayunar, y esta mañana el HC Exprés ha salido pitando a las siete y treinta ocho, y ahora aquí está McCain a las ocho y veintidós casi corriendo de un lado a otro sobre el escenario elevado de un Palacio del Hielo de Carolina tan inverosímilmente repulsivo que todos los periodistas pasan de las rosquillas de obsequio. (El vestíbulo está recubierto de caucho –sí, caucho– rojo y azul, y a tres metros de altura al final de una escalera en espiral de hierro verde hay una terraza abierta con barandilla de tubos de color mostaza de la que cuelgan largos estandartes púrpuras de la Asociación Juvenil de Hockey del Low-Country, y se oye el órgano de la pista de hielo en algún lugar del interior y una sinfonía de pitidos y ruidos electrónicos procedente de una enorme sala de videojuegos que hay al final del pasillo de color naranja intenso, y a ambos lados del escenario del mitin local hay unos monitores gigantes compuestos de nueve pantallas idénticas organizadas en formación de tres por tres, y el monitor de la izquierda muestra nueve caras idénticas de McCain hablando mientras el de la derecha solo muestra una cara enorme de McCain dividida en nueve cuadrados distintos, y cada metro cuadrado del nauseabundo vestíbulo está ocupado por ciudadanos salvajemente entusiastas de Carolina del Sur, y por lo menos estamos a treinta grados, y todo junto constituye tal agresión a los sentidos que todos los medios salvo Jim C. y los técnicos se dan la vuelta y escuchan mirando para otro lado, la mayoría bebiendo más de una taza de café a la vez.) Y aunque haya dor-

mido cuatro horas como mucho, ahora McCain está experimentando sobre el escenario la misma metamorfosis que tiene lugar cada vez que la multitud reacciona positivamente y se ríe de sus chistes y deja de lado el café y a los niños para aplaudir cuando dice que le va a dar un buen repaso a ese Al Gore. En persona, McCain no es una esbelta y hermosa presencia telegénica como lo son el representante Mark Sanford o el Matojo. McCain es bajo y poca cosa y rígido de una forma un poco retorcida. Los trajes le suelen venir un poco grandes. Tiene una voz débil de tenor que no resulta ni hipnótica ni conmovedora *per se*. Pero sobre el escenario, mientras acepta preguntas y camina como un animal enjaulado, su cuerpo parece dilatarse y su voz adopta resonancia, y a diferencia del Matojo no lleva guardaespaldas y el escenario está desprotegido y las preguntas no están cribadas y él las contesta bien, y en los mejores mítines locales al público le brillan los ojos, y a diferencia de los ojos de pájaro muerto de Gore o de la mirada furiosa y arrogante del Matojo, los ojos de McCain son grandes y sinceros y están llenos de una luz inspiradora muy atractiva que es o bien devoción por causas que no son el interés propio o bien amor de demagogo al amor del público o bien un ansia insaciable de convertirse en el hombre blanco más poderoso de la Tierra. O las tres cosas a la vez.

La cuestión, para explicarlo de la forma más simple posible, es que existe una tensión entre el atractivo de John McCain y la forma en que ese atractivo debe estar estructurado y presentado a fin de que pueda ser elegido. A fin de que ustedes lo compren. Y los medios de comunicación –que son, al fin y al cabo, la caja en la que John McCain les es llevado a ustedes, y que son prácticamente el único acceso que tienen ustedes a él, y que a su vez se componen de gente individual, de votantes, y algunos de ellos Votantes Jóvenes–, los medios de comunicación ven esta tensión, la sienten, sobre todo las filas de periodistas de los autocares de la campaña McCain2000. No crean que no la ven. Y no olviden que son humanos, o que la forma en que van a resolver esa tensión y a decidir cómo ven a McCain (y por tanto cómo les van a mostrar a McCain a ustedes) dependerá mucho menos

de la ideología política que de las batallas que se libren en el pequeño interior de cada reportero entre el cinismo y el idealismo y el marketing y el liderazgo. Por ejemplo, el *National Review*, en la extrema derecha, llama a McCain «delincuente y fanfarrón», mientras en la vieja izquierda el *New York Review of Books* opina que «McCain no es el anti-Clinton... McCain es más bien el no-Clinton, del mismo modo que el 7Up era la no-Cola: sabor distinto, mismo contenido de azúcar», y el políticamente indiferente *Vanity Fair* cita a expertos de Washington de afiliación desconocida que dicen que: «La gente no tiene que subestimar para nada la astucia [de McCain]. Sus posiciones, en muchos casos, están muy calculadas en términos de atractivo mediático».

Anda, no me digas. Aquí en Carolina del Sur, el episodio más deprimente y cínico de toda la semana tiene que ver con atractivo mediático astuto y calculado. (Por lo menos bajo ciertos estados de ánimo eso es lo que parece [tal vez].) Por favor, recuerden el Incidente de Chris Duren el 10 de frebreo en Spartanburg y la enorme aflicción de McCain y su promesa de llamar por teléfono al chaval desilusionado y disculparse en persona ante él. Pues la tarde siguiente, en una comparecencia pre-M&T celebrada en North Charleston, el nuevo y unilateralmente no-Negativo McCain informa a las filas de la prensa de que va a subir a su habitación de hotel ahora mismo a llamar a Chris Duren. La llamada telefónica va a ser «una llamada privada entre ese jovencito y yo», dice McCain. Luego el enlace con la prensa Todd aparece con expresión muy grave y anuncia que solo a los técnicos de las cadenas de televisión se les va a permitir el acceso a la habitación, y que aunque van a poder filmar toda la llamada solo se permitirá grabar los diez primeros segundos de audio. «Diez segundos y cortamos el sonido –dice Todd, mirando fijamente a Frank C. y al resto de los técnicos de sonido–. Esto es una llamada privada, no un acontecimiento mediático.» Pensemos en ello. Si es una «llamada privada», ¿por qué dejar que las cámaras de la tele filmen a McCain haciéndola? ¿Y por qué solo diez segundos de audio? ¿Por qué no con el sonido íntegro, o sin ningún sonido?

La respuesta es moderna y americana y en gran medida sacada de primer curso de marketing. La campaña quiere hacer publicidad del hecho de que McCain cumple su promesa y llama a un niño traumatizado, pero *también* quiere hacer publicidad del hecho de que McCain lo está llamando «en privado», y no solo explotando a Chris Duren con burdos fines políticos. No hay otra razón posible para lo del corte del audio a los diez segundos, un corte que requerirá que las cadenas pasen las imágenes para explicar por qué ni hay sonido después del «Hola» inicial, explicación que por supuesto hará que McCain quede doblemente bien, al mismo tiempo generoso y no-político. ¿Acaso los astutos cálculos en materia de atractivo mediático presentes aquí significan que a McCain le importa un pito Chis Duren y que en realidad no lo quiere animar ni restaurar la fe del chaval en el proceso político? No necesariamente. Pero lo que sí quiere decir es que McCain2000 quiere ambas cosas a la vez, igual que esas grandes corporaciones que dan dinero a causas benéficas y luego intentan cosechar beneficios de imagen publicitando su altruismo en sus anuncios. ¿Acaso esto quiere decir que los donativos y la llamada telefónica no son «buenos»? La respuesta depende de la tolerancia hacia la ambigüedad que tenga uno en materia de sinceridad *versus* marketing, o de sinceridad más marketing, o de liderazgo más la presentación y venta del mismo.

Pero si ustedes, igual que el pobre y viejo *Rolling Stone*, han llegado a un punto de la Senda en el que han empezado a temer a su propio cinismo casi tanto como temen a su propia credulidad y a los vendedores que se aprovechan de la misma, tal vez descubran que sus pensamientos regresan una y otra vez a cierta celda oscura y del tamaño de un cajón en cierto Hilton situado a medio mundo y tres carreras de distancia, a la tortura y al miedo y a la oferta de liberación y a la negativa de cierto Votante Joven llamado McCain a violar un código. En aquel cajón no había cámaras ni operarios, no había ayudantes ni consultores, no había paradojas ni ambigüedades; no había nada que vender. Solamente había un tipo y lo que fuera que había en su carácter que lo sostenía. Eso es algo muy grande. En las mentes de ustedes, ese cajón de Hoa Lo se vuelve una especie de ca-

merino especial con una estrella en la puerta, el lugar privado situado detrás del escenario donde uno se imagina que todavía vive «el verdadero John McCain». Y ahora, sin embargo, la paradoja aquí es que ese cajón que hace «de verdad» a McCain está cerrado con llave por definición. Es impenetrable. Nadie puede entrar ni salir. Esto también es algo muy grande; no lo olviden. Es la razón de que, por muchos plumillas entre bastidores que se le asignen al caso, un «perfil» de John McCain nunca va a ser más que eso: un lado, el exterior, dividido y difractado por tantas lentes que al final hay mucho más que ver que un hombre. Vendedor o líder, o ambas cosas, o ninguna, la paradoja final –la verdaderamente minúscula que hay en el centro de todo, en el fondo de todas las cajas y recuadros giratorios de los embrollos de la campaña que cubren capa a capa a McCain– es que la cuestión de si de verdad «es real» ahora ya no depende tanto de lo que hay en el corazón de él como de lo que puede haber en el de ustedes. Intenten permanecer despiertos.

2000

HABLEMOS DE LANGOSTAS

El enorme, acre y extremadamente bien promocionado Festival de la Langosta de Maine se celebra todos los años a finales de julio en la región costera media del estado, o sea, en el lado oeste de la bahía de Penobscot, la médula espinal de la industria de la langosta de Maine. Lo que se llama la región costera media va desde Owl's Head y Thomaston en el sur hasta Belfast en el norte. (En realidad, podría extenderse hasta Bucksport, pero nunca pudimos llegar más al norte de Belfast por la Ruta 1, cuyo tráfico en verano es, como se pueden imaginar ustedes, inimaginable.) Las dos principales comunidades de la región son Camden, con su dinero muy rancio y su puerto lleno de yates y restaurantes de cinco tenedores y hotelitos maravillosos, y Rockland, un viejo pueblo pesquero de lo más auténtico que alberga todos los veranos el festival en el histórico Harbor Park, al lado mismo del mar.[1]

El turismo y la langosta son las dos industrias principales de la región costera media, ambas asociadas al buen tiempo, y el Festival de la Langosta de Maine representa no tanto una intersección de las dos como una colisión deliberada, placentera, lucrativa y estrepitosa. El tema asignado para este artículo de la revista *Gourmet* es el 56.° Festival Anual de la Langosta de Maine, celebrado entre el 30 de julio y el 3 de agosto de 2003, cuyo tema oficial de este año era «Faros, Risas y Langosta». En total hubo más de cien mil asistentes, en parte debido a un anuncio de ámbito nacional que la CNN emitió en junio, durante el cual

1. Hay un apotegma nativo que lo resume muy bien: «Camden tiene el mar y Rockland tiene el olor».

un redactor jefe de la revista *Food & Wine* declaró que el FLM era una de las mejores galas culinarias del mundo. Los puntos álgidos del festival de 2003 son: los conciertos de Lee Ann Womack y de Orleans, el concurso de belleza anual de la Diosa del Mar de Maine, el gran desfile del sábado, la Carrera Sobre Cajas Memorial William G. Atwood del domingo, la competición de cocina amateur, las atracciones y tenderetes de feria, las casetas de comida y la Gran Carpa Comedor de la FLM, donde se consumen algo más de doce mil kilos de langosta de Maine recién pescada después de prepararlos en la Olla para Langostas Más Grande del Mundo que hay cerca de la entrada norte del recinto del festival. También se pueden comer rollitos de langosta, empanadillas de langosta, salteado de langosta, ensalada de langosta Down East, sopa de langosta, raviolis de langosta y bolitas fritas de langosta. La langosta thermidor se puede conseguir en un restaurante más formal que se llama el Black Pearl y que está en el muelle nordeste de Harbor Park. Una caseta enorme toda hecha de madera de pino y patrocinada por el Consejo para la Promoción de la Langosta de Maine tiene panfletos gratuitos con recetas, consejos para comer y Curiosidades de la Langosta. El plato ganador de la competición de comida amateur del viernes son Tarrinas de Langosta al Azafrán, cuya receta está ahora disponible para que el público la descargue en www.mainelobsterfestival.com. Hay camisetas con langostas y figuritas de langostas de cabeza articulada y juguetes hinchables de piscina en forma de langosta y gorros que se abrochan de langosta con grandes pinzas de color escarlata que se mecen gracias a muelles. Este enviado especial asignado al festival tuvo ocasión de verlo todo, en compañía de una amiga y de sus padres, uno de los cuales nació y se crió en Maine, aunque en la zona más al norte del interior, que es la región de las patatas y no tiene nada que ver con la región costera media y su turismo.[2]

2. Nota: todos los integrantes personalmente conectados han dejado claro desde el principio que no quieren que se hable de ellos en este artículo.

A fines prácticos, todo el mundo sabe lo que es una langosta. Como siempre, sin embargo, el tema es mucho más rico de lo que la mayoría nos molestamos en averiguar: todo es cuestión de qué le interese a uno. Hablando en términos taxonómicos, la langosta es un crustáceo marino de la familia Homaridae que se caracteriza por tener cinco pares de patas articuladas, el primero de los cuales termina en unas pinzas de gran tamaño que el animal usa para someter a su presa. Como otras muchas especies de carnívoros bénticos, las langostas son al mismo tiempo carnívoras y carroñeras. Tienen apéndices oculares, branquias en las patas y antenas. Hay una docena aproximada de especies en el mundo, de las cuales la que nos interesa aquí es la langosta de Maine, *Homarus americanus*. «Langosta» en inglés, *lobster*, viene del inglés antiguo *loppestre*, que se cree que es una forma corrupta de la palabra latina que significaba langosta combinada con la palabra del inglés antiguo *loppe*, que significaba «araña».

Por otra parte, los crustáceos son artrópodos acuáticos de la clase Crustacea, que comprende a los cangrejos, las gambas, los percebes, las langostas y los cangrejos de río. Todo está en la enciclopedia. Y los artrópodos son miembros del filo Arthropoda, que abarca a los insectos, las arañas, los crustáceos y los ciempiés/milpiés, cuyo rasgo común a todos, además de la ausencia de un conjunto centralizado de cerebro y espina dorsal, es un exoesqueleto quitinoso compuesto de segmentos, en el cual se articulan parejas de apéndices.

La cuestión es que las langostas son básicamente insectos marinos gigantes.[3] Como la mayoría de los artrópodos, datan del período jurásico, y biológicamente son tan anteriores a los mamíferos que es como si fueran de otro planeta. Y no son nada bonitos, sobre todo en su estado natural marrón verdoso, cuando blanden sus pinzas a modo de armas y dan latigazos con sus gruesas antenas. Y es verdad que son los basureros del mar, que

3. El término con que los nativos de la región costera media llaman a la langosta es, de hecho, «el bicho», como por ejemplo: «Vente el domingo y cocinaremos unos bichos».

comen cosas muertas,[4] aunque también se alimentan de marisco vivo, ciertas clases de peces heridos, y a veces se comen entre ellas.

Y, sin embargo, son buena comida. O eso pensamos ahora. Hasta algún momento del siglo XIX, no obstante, la langosta era literalmente comida de clase baja, y solo la comían los pobres y los internos. Hasta en el duro entorno penal de principios de la historia de América, algunas colonias tenían leyes que prohibían dar de comer langosta a los reclusos más de una vez por semana porque se consideraba un acto de crueldad, como obligar a la gente a comer ratas. Una razón de aquel bajo estatus se debía a lo abundantes que eran las langostas en Nueva Inglaterra. «Abundancia increíble» es como una fuente describe la situación, e incluye relatos de peregrinos de Plymouth que se adentraban en el agua y cogían cuantas querían con las manos, y de fuertes tormentas que dejaban la orilla del mar a la altura de Boston llena de langostas por doquier: estas eran consideradas una molestia maloliente y se usaban para hacer fertilizante. También hay que tener en cuenta que la langosta premoderna se cocinaba muerta y después se usaba para hacer conservas, normalmente en sal o en toscos frascos herméticos. La primera industria de la langosta de Maine tuvo su centro en una docena de estas plantas envasadoras en la década de 1840, desde donde las langostas se enviaban a lugares tan alejados como California; la demanda se debía únicamente a que era un alimento barato y rico en proteínas, básicamente combustible masticable.

Ahora, por supuesto, la langosta es una pijada, una exquisitez, tan solo un poco por debajo del caviar. Su carne es más rica y más sustanciosa que la mayoría del pescado y tiene un sabor sutil comparado con el fuerte sabor a mar de los mejillones y las almejas. En la imaginación de la comida popular americana, la langosta se ha convertido en el análogo marino del filete, con el cual hace pareja a menudo en el plato conocido como Surf'n'Turf [«Espuma y Tierra»] en la parte más cara del menú de las cadenas de braserías.

4. Dato curioso: las trampas para langostas suelen llevar como cebo arenques muertos.

De hecho, un proyecto lógico del FLM, y de su patrocinador omnipresente, el Consejo para la Promoción de la Langosta de Maine, es contrarrestar la idea de que la langosta es un lujo prohibitivo o algo poco saludable, solamente adecuado para paladares pretenciosos o para darse el placer ocasional de romper la dieta. Las presentaciones y panfletos que hay en el festival hacen énfasis una y otra vez en que la carne de langosta tiene menos calorías, menos colesterol y menos grasas saturadas que el pollo.[5] Y en la Gran Carpa Comedor se puede conseguir un «cuarto» (que es como en el ramo se abrevia una langosta de una libra y cuarto), una tarrina de cien gramos de mantequilla derretida, una bolsa de patatas fritas y un panecillo con una porción de mantequilla por unos doce dólares, o sea que solamente sale un poco más caro que cenar en McDonald's.

Les comunico, sin embargo, que la democratización de la langosta que lleva a cabo el Festival de la Langosta de Maine acarrea todos los inconvenientes multitudinarios y todas las renuncias estéticas de la verdadera democracia. Vean, por ejemplo, la ya mencionada Gran Carpa Comedor, para la cual hay una cola constante tipo Disneyworld, y que resulta ser medio kilómetro cuadrado de colas de cafetería a la sombra del toldo y de hileras de largas mesas institucionales en las cuales amigos y desconocidos por igual se sientan codo con codo, partiendo, masticando y goteando. Hace calor y el toldo combado atrapa el vapor y los olores, que son fuertes y solo debidos en parte a la comida. También hay mucho ruido, y un buen porcentaje del ruido total procede de las masticaciones. Las cenas vienen en bandejas de poliestireno, y los refrescos no tienen gas ni hielo, y el café es de supermercado y también se sirve en vasos de poliestireno, y los utensilios son de plástico (no hay ninguno de esos tenedores largos y delgados para sacar la carne de la cola, aunque unos cuantos comensales expertos se los han traído de

5. Por supuesto, la práctica habitual de mojar la carne de langosta en mantequilla derretida torpedea todos estos datos felices sobre las grasas, algo que ninguno de todos esos folletos promocionales del Consejo menciona nunca, del mismo modo que los relaciones públicas de la industria de la patata tampoco hablan de la crema agria y los trocitos de beicon.

casa). Tampoco te dan servilletas suficientes ni por asomo, teniendo en cuenta lo mucho que se ensucia uno comiendo langosta, sobre todo cuando estás embutido en una banqueta en medio de niños de edades diversas y en niveles ampliamente distintos de desarrollo de la coordinación motora fina, por no mencionar a la gente que ha conseguido entrar con cerveza en enormes neveras portátiles que bloquean los pasillos, o que de repente sacan manteles de plástico que han traído y los extienden sobre grandes superficies de mesas para intentar reservarlas (las mesas) para sus pequeños grupos. Etcétera. Cada uno de estos ejemplos no supone más que un pequeño inconveniente, por supuesto, pero el FLM resulta estar lleno de pequeñas e irritantes experiencias deprimentes como esta: véanse por ejemplo las actuaciones estelares del Escenario Principal, donde resulta que si quieres sentarte tienes que pagar veinte dólares extra por una silla plegable; o el caos que se monta en la Tienda Norte para conseguir los recipientes del tamaño de vasitos para pastillas con las muestras de los platos a concurso que han quedado finalistas y que se reparten después de la competición culinaria. O la muy cacareada final del concurso de la Diosa del Mar de Maine, que resulta ser atrozmente larga y consistir sobre todo en interminables agradecimientos y tributos a los patrocinadores locales. Y no hablemos ya de los grotescamente inadecuados retretes portátiles Port-A-San o del hecho de que no hay donde lavarse las manos antes o después de comer. Lo que es realmente el Festival de la Langosta de Maine es una feria del condado de nivel medio con incentivo culinario, y en este sentido no es distinto de los festivales del cangrejo de Tidewater, de los festivales del maíz del Medio Oeste, de los festivales del chile de Texas, etcétera, y comparte con esos eventos la paradoja central de todos los acontecimientos comerciales multitudinariamente demóticos: no es para todos los gustos.[6] No tengo nada contra el eufórico redactor jefe de *Food & Wine*, pero me

6. En realidad, se puede hablar largo y tendido de las diferencias entre el Rockland de clase obrera y el sabor fuertemente populista de su festival, por un lado, frente al confortable y elitista Camden, con sus vistas caras y sus tiendas dedi-

sorprendería que hubiera estado realmente aquí en Harbor Park, en medio de multitudes de gente que se dedica a matar a palmadas mosquitos del canal mientras comen Twinkies fritos y miran cómo el profesor Paddywhack, que camina con zancos de metro y medio y lleva gabardina y langostas de plástico que le sobresalen con muelles en todas direcciones, aterroriza a sus hijos.

---

cadas por completo a los jerséis de doscientos dólares y sus enormes hileras de casas victorianas convertidas en hotelitos de alto standing. Y sobre estas diferencias entendidas como las dos caras de esa gran moneda que es el turismo americano. Aquí se hablará muy poco de todo eso, salvo para amplificar la paradoja antes mencionada y revelar las preferencias personales de este enviado especial. Confieso que nunca he entendido por qué tanta gente cree que para divertirse hay que ponerse chanclas y gafas de sol y arrastrarse por carreteras donde el tráfico es enloquecedor hasta lugares turísticos abarrotados y calurosos a fin de paladear un «sabor local» que por definición queda estropeado por la presencia de turistas. Esto puede ser (tal como señalan todo el tiempo mis acompañantes al festival) una simple cuestión de personalidad y de gusto intrínseco: el hecho de que no me gusten los lugares turísticos significa que no entenderé nunca su atractivo y que por tanto no soy la persona indicada para hablar del mismo (del supuesto atractivo). Pero como es casi seguro que esta nota al pie no va a sobrevivir a los recortes que la revista le hará al artículo, yo a lo mío:

Tal como yo lo veo, al alma probablemente le siente bien ser turista, aunque sea solo muy de vez en cuando. No digo que le siente bien de una forma refrescante o iluminadora, sino más bien de una forma sombría, severa, estilo «Miremos los hechos con franqueza y encontremos una forma de abordarlos». Mi experiencia personal no me ha demostrado nunca que viajar por el país amplíe mis horizontes o resulte relajante, ni que los cambios radicales de lugar y de contexto tengan un efecto saludable, sino más bien que el turismo dentro del país resulta radicalmente constrictivo, y humillante de la peor forma: hostil a mi fantasía de ser un verdadero individuo, de vivir de alguna forma fuera y por encima de todo. (Ahora viene la parte que mis acompañantes encuentran especialmente infeliz y repelente, una forma segura de estropear la diversión de viajar en vacaciones:) Ser un turista de masas, para mí, equivale a convertirse en un puro americano de los tiempos que corren: foráneo, ignorante, codicioso de algo que nunca se puede tener y decepcionado de una forma que nunca se puede admitir. Implica estropear, en virtud de la pura ontología, la misma cosa no estropeada que uno ha ido a experimentar. Implica imponerse a uno mismo sobre lugares que en todos los sentidos menos el económico serían mejores y más reales si uno no estuviera. Implica, en las colas y en los atascos y en las transacciones sin fin, afrontar una dimensión de uno mismo que resulta tan ineludible como dolorosa: en tanto que turista, te vuelves económicamente significativo pero existencialmente aborrecible, como un insecto posado sobre algo muerto.

La langosta es esencialmente una comida de verano. Esto se debe a que ahora preferimos las langostas frescas, es decir, tienen que haber sido pescadas hace poco, lo cual por razones tanto económicas como tácticas se hace en profundidades de menos de veinticinco brazas. Las langostas tienden a mostrarse más hambrientas y más activas (es decir, más fáciles de atrapar) en verano, cuando la temperatura del agua es de entre siete y diez grados. En otoño, la mayoría de las langostas de Maine emigran a aguas más profundas, o bien en busca de calor o bien para evitar el fuerte oleaje que azota la costa de Nueva Inglaterra durante todo el invierno. Algunas escarban en el fondo marino. Puede que hibernen; nadie está seguro. El verano es también la temporada de muda de las langostas: concretamente entre principios y mediados de julio. Los artrópodos quitinosos crecen mediante la muda, de la misma forma en que la gente tiene que comprar ropa más grande a medida que crece y gana peso. Como las langostas pueden vivir más de cien años, también pueden llegar a ser bastante grandes, y pasar de los quince kilos, aunque las langostas realmente ancianas son ya muy escasas por culpa de las numerosas trampas que hay en las aguas de Nueva Inglaterra.[7] En todo caso, de ahí viene la distinción culinaria entre las langostas de caparazón duro y las de caparazón blando, que a veces se llaman mudadoras. Una langosta de caparazón blando es una que ha mudado hace poco. En los restaurantes de la región costera media, el menú de verano a menudo ofrece ambos tipos, y las mudadoras son un poco más baratas a pesar de que son más fáciles de pelar y la carne es supuestamente más dulce. La razón de su precio más bajo es que las langostas que están mudando usan una capa de agua de mar como aislamiento mientras el nuevo caparazón se está endureciendo, así que en realidad hay un poco menos de carne cuando abres una mudadora, además de una masa olorosa de agua que lo impregna todo y que a veces puede salir disparada como cuando uno exprime un limón y darle a un compañero de mesa en todo el ojo.

7. Dato: en un buen año, la industria americana produce cuarenta mil toneladas de langosta, de las cuales más de la mitad corresponde a Maine.

Por otra parte, si es invierno o uno está comprando langosta en algún lugar lejos de Nueva Inglaterra, es casi seguro que la langosta sea de caparazón duro, ya que por razones obvias son más fáciles de trasladar.

Como plato principal *à la carte*, la langosta puede ser cocida, asada a la parrilla, hecha al vapor, al grill, salteada, a la plancha o hecha al microondas. El método más común, sin embargo, es hervirla. Si a uno le gusta comer langosta en casa, así es probablemente como lo hará, ya que hervir es lo más fácil. Hace falta una olla grande con tapa, que se llena más o menos hasta la mitad de agua (el consejo estándar es que se usan un poco menos de dos litros y medio de agua por langosta). Existe la opción de usar agua de mar, o bien se pueden añadir dos cucharadas soperas de sal por litro de agua del grifo. También va bien saber cuánto pesa la langosta que se está cocinando. Se pone a hervir el agua, se meten las langostas de una en una, se tapa la olla y se lleva el agua a ebullición. Luego se pone a fuego lento: diez minutos para el primer medio kilo de langosta y luego tres minutos para cada medio kilo adicional. (Esto en el caso de tener langostas de caparazón duro, que, repito, es lo que probablemente tengan ustedes si no viven entre Boston y Halifax. Para las mudadoras, se tienen que restar tres minutos del total.) La explicación de que las langostas hervidas se vuelvan de color escarlata es que por alguna razón la ebullición elimina todos los pigmentos de su quitina salvo uno. Si se quiere averiguar fácilmente si la langosta ya está hecha, se prueba a tirar de una de sus antenas: si se desprende de la cabeza con un esfuerzo mínimo, es que está lista para comer.

Un detalle tan obvio que la mayoría de las recetas ni siquiera se molestan en mencionar es que todas las langostas tienen que estar vivas cuando se meten en la olla. Esto es parte del atractivo moderno de las langostas: que es la comida más fresca que hay. No existe descomposición entre la pesca y el momento de comérsela. Y no solo no hace falta limpiarlas ni prepararlas ni desplumarlas, sino que a los vendedores les resulta relativamente fácil mantenerlas vivas. Aparecen vivas en las trampas, se meten en contenedores con agua de mar y pueden sobrevivir –siem-

pre y cuando se remueve el agua para que se oxigene y tengan las pinzas sujetas con bandas elásticas para evitar que se hagan trizas las unas a las otras por culpa del estrés de la cautividad–[8] hasta el momento mismo de hervirlas. La mayoría de nosotros hemos estado en supermercados o restaurantes donde hay tanques de langostas vivas, en los cuales puedes elegir tu cena mientras ella mira cómo la señalas. Y una parte del espectáculo global del Festival de la Langosta de Maine es que se puede ver cómo las barcas de los pescadores de langostas amarran en los muelles que hay junto a la parte nordeste del recinto y descargan el producto recién pescado, que luego se traslada a mano o con carros durante ciento cincuenta metros hasta los grandes tanques transparentes que hay apilados alrededor de la olla del festival; que como ya se ha mencionado, se promociona como la Olla para Langostas Más Grande del Mundo y que puede procesar más de cien langostas a la vez para la Gran Carpa Comedor.

Así pues, aquí va una pregunta que es prácticamente inevitable cuando uno está frente a la Olla para Langostas Más Grande del Mundo, y que puede surgir en las cocinas de toda América: ¿está bien hervir a una criatura viva y sensible solamente para nuestro placer gustativo? Y un conjunto asociado de preocupaciones: ¿es la pregunta previa una señal irritante de corrección política o acaso es sentimental? ¿Qué quiere decir «está bien» en este contexto? ¿Acaso todo esto es una simple cuestión de decisión personal?

8. Nota: un razonamiento similar subyace a la práctica de quitarles el pico a los pollos para caldo y a las gallinas ponedoras en las modernas factorías avícolas. La máxima eficacia comercial requiere que las enormes poblaciones de pollos estén confinadas en aglomeraciones antinaturales, unas condiciones en las que muchas aves se vuelven locas y se matan entre ellas a picotazos. Como pura observación al margen, sepan ustedes que quitar el pico no es un proceso automático, y que los pollos no reciben anestesia. No tengo claro si la mayoría de los lectores de *Gourmet* conoce esta práctica de quitar el pico, o las prácticas similares de quitarle los cuernos al ganado en los establos comerciales, cortarles las colas a los cerdos en las factorías porcinas para que los vecinos psicóticamente aburridos no se las arranquen a mordiscos, etcétera. Resulta que este enviado especial no sabía casi nada sobre las operaciones estándar de la industria cárnica antes de empezar a trabajar en este artículo.

Quizá lo sepan ustedes o no, pero cierto grupo bien conocido llamado People for the Ethical Treatment of Animals [«Gente a Favor del Tratamiento Ético a los Animales»] cree que la moralidad de hervir las langostas no es una simple cuestión de conciencia individual. De hecho, una de las primeras cosas que oímos sobre el FLM... bueno, presentemos la escena: estamos viniendo en taxi desde el casi indescriptiblemente extraño y rústico aeropuerto del condado de Knox,[9] ya muy entrada la noche previa a la inauguración del festival, y compartimos el taxi con un adinerado consultor político que vive medio año en la isla de Vinalhaven, en la bahía (él se dirige al ferry que va a la isla desde Rockland). El consultor y el taxista están respondiendo a mis preguntas periodísticas informales sobre cómo ve el FLM la gente que vive en la región costera media, por ejemplo si el festival les parece un rollo turístico para hacer pasta o bien si es un evento al que a la gente de por aquí le hace ilusión asistir, del que se enorgullecen genuinamente como ciudadanos, etcétera. El taxista (que anda por la setentena, y forma parte del pelotón de jubilados que la compañía de taxis parece haber empleado para que ayude con el aluvión de visitantes del verano, y lleva un pin en la solapa con la bandera de Estados Unidos, y conduce de una forma que solamente se puede calificar de *pausada*) nos asegura que la gente del lugar sí que apoya y disfruta del FLM, aunque él hace años que no va, y ahora que lo piensa tampoco lo ha hecho nadie que él y su mujer conozcan. Sin embargo, el consultor semilocal ha estado en un par de ediciones recientes del festival (da la impresión de que ha sido a instancias de su mujer), y su recuerdo más nítido de las mismas es que «hay que hacer cola durante una verdadera eternidad para que te den tus langostas, y mientras tanto hay un montón de ex hippies que van de arriba abajo por toda la cola repartiendo panfletos que dicen que las langostas mueren sufriendo un dolor terrible y que no te las tendrías que comer».

9. La terminal es una casa donde antes vivía gente, por ejemplo, y la sala donde se notifica el equipaje perdido había sido claramente una despensa.

Y resulta que los post-hippies que recordaba el consultor eran activistas de PETA. En el FLM de 2003[10] no hay gente de PETA a la vista, pero sí que han llamado bastante la atención en muchos de los festivales recientes. Por lo menos desde mediados de los noventa, varios artículos publicados en toda clase de periódicos, desde el *Camden Herald* hasta el *New York Times*, han contado que PETA pedía el boicot al Festival de la Langosta de Maine, a menudo usando a portavoces famosos como Mary Tyler Moore en cartas abiertas y anuncios que decían cosas como «Las langostas son extraordinariamente sensibles» y «Yo, comer langosta, ni me lo planteo». Más concreto es el testimonio oral de Dick, nuestro rubicundo y extremadamente gregario contacto en la compañía de alquiler de coches,[11] cuando se refiere al hecho de que PETA ha estado tan presente durante los años recientes que ha surgido una especie de homeostasis precariamente tolerante entre los activistas y los lugareños del festival, a saber: «Hace un par de años tuvimos algunos incidentes. Una mujer se quitó casi toda la ropa y se pintó como si fuera una langosta,

10. Resultó que un tal señor William R. Rivas-Rivas, un alto cargo de PETA procedente de la sede central del grupo en Virginia, sí que estaba presente este año, trabajando en las entradas principal y lateral el sábado 2 de agosto, repartiendo panfletos y adhesivos donde ponía «Duele que te hiervan», que es el eslogan de la mayoría de las publicaciones de PETA sobre langostas. Yo no me enteré de que el señor Rivas-Rivas estaba allí hasta más tarde, cuando hablé con él por teléfono. No estoy seguro de por qué no lo vimos *in situ* en el festival, y no se me ocurre gran cosa que hacer más que disculparme por el descuido, aunque también es verdad que el sábado fue el día del gran desfile del FLM por Rockland, al que la responsabilidad periodística básica parecía requerir que yo acudiera (y que, con todos los respetos, significaba que el sábado tal vez no fuera el mejor día para trabajar en el recinto de Harbor Park, sobre todo si únicamente iba a haber una persona un solo día, ya que un montón de militantes acérrimos del FLM estaban fuera del recinto mirando el desfile (que, nuevamente sin ánimo de ofender, en realidad era bastante cutre y aburrido, y consistía en su mayoría en carrozas muy lentas de fabricación casera y en gente diversa del Medio Oeste saludándose con la mano entre ellos, y en un hombre extremadamente irritante disfrazado de Barbanegra que deambulaba de un lado para otro entre el público y se dedicaba a decir «Arrr» una y otra vez y a blandir una espada de plástico hacia la gente, etcétera; además, llovía)).

11. Profesionalmente, Dick se dedica a la venta de coches; la oficina de National Car Rental de la región costera media opera en un concesionario Chevy de Thomaston.

a punto estuvo de hacer que la detuvieran. Pero lo más habitual es que los dejen en paz. [Rápida serie de risitas ambiguas, que es algo que Dick hace mucho.] Ellos van a su rollo y nosotros al nuestro».

Toda esta conversación tiene lugar en la Ruta 1, el 30 de julio, durante un trayecto de cincuenta minutos que cubre los seis kilómetros que hay desde el aeropuerto[12] hasta el concesionario adonde vamos a firmar los documentos del alquiler del coche. Después de que las anécdotas sobre PETA den paso a varias transiciones irreproducibles, Dick –cuyo yerno resulta que es pescador de langostas profesional y uno de los proveedores habituales de la Gran Carpa Comedor– explica el que a él y a su familia les parece el factor atenuante crucial en toda la cuestión moral de hervir langostas vivas: «En el cerebro de la gente y de los animales hay una parte que nos hace sentir el dolor, y el cerebro de las langostas no tiene esa parte».

Dejando de lado el hecho de que es incorrecta por unas nueve razones distintas, la principal razón por la cual la declaración de Dick resulta interesante es que su tesis refleja más o menos el pronunciamiento del propio festival sobre la cuestión de las langostas y el dolor, que se puede encontrar en un test llamado «Ponga a prueba lo que sabe sobre langostas» que aparece en el programa del FLM de 2003, cortesía del Consejo para la Promoción de la Langosta de Maine:

> El sistema nervioso de las langostas es muy simple, y de hecho se parece sobre todo al sistema nervioso del saltamontes. Está descentralizado y no tiene cerebro. No hay córtex cerebral, que en los humanos es la zona del cerebro que proporciona la experiencia del dolor.

12. La versión corta de por qué estábamos de vuelta en el aeropuerto después de haber llegado la noche anterior tiene que ver con unas maletas perdidas y con un malentendido acerca de dónde estaba la oficina de National en la región costera media y qué era esta en realidad: Dick vino en persona al aeropuerto y nos recogió, sin más motivo aparente que la pura amabilidad. (También estuvo hablando sin parar todo el camino, con un estilo oratorio muy distintivo que solo se puede describir como maníacamente lacónico; la verdad es que ahora sé más cosas sobre ese hombre de las que sé sobre muchos miembros de mi familia.)

Aunque parece más sofisticada que la anterior, gran parte del contenido neurológico de esta afirmación sigue siendo o bien falso o bien confuso. El córtex cerebral de los humanos es la parte del cerebro donde residen las facultades superiores, como la razón, la conciencia metafísica de uno mismo, el lenguaje, etcétera. La recepción del dolor se sabe que forma parte de un sistema mucho más antiguo y primitivo de nociceptores y prostaglandinas que son gestionados por el tronco cerebral y el tálamo.[13] Por otro lado, es cierto que el córtex cerebral está involucrado en lo que se puede denominar sufrimiento, angustia o la experiencia emocional del dolor: es decir, la experiencia de los estímulos dolorosos como cosas desagradables, muy desagradables, insoportables, etcétera.

Antes de que vayamos más allá, reconozcamos que las cuestiones de si las diferentes especies de animales sienten dolor y cómo lo sienten, y de si puede ser justificable infligirles dolor para comérselos y por qué, resultan ser extremadamente complejas y difíciles. Y la neuroanatomía comparativa solo es una parte del problema. Como el dolor es una experiencia mental totalmente subjetiva, no tenemos acceso directo al dolor de nadie ni de nada más que al nuestro. Y los meros principios por los cuales podemos inferir que otros seres humanos experimentan dolor y tienen un legítimo interés en no sentir dolor ya requieren filosofía avanzada: metafísica, epistemología, teoría de los valores y ética. El hecho de que ni siquiera los mamíferos no humanos más evolucionados pueden usar el lenguaje para comunicarse con nosotros sobre su experiencia mental subjetiva es únicamente la primera capa de complicación adicional a la hora de intentar extender nuestros razonamientos sobre el dolor y la moralidad a los animales. Y todo se vuelve progresivamente más abstracto y retorcido a medida que nos alejamos más y más de los

13. Será mejor explicarlo con un ejemplo: la experiencia habitual de tocar un fogón caliente por accidente y apartar bruscamente la mano antes incluso de saber qué es lo que está pasando se explica por el hecho de que muchos de los procesos por los que detectamos y evitamos los estímulos dolorosos no pasan por el córtex. En el caso de la mano y el fogón, el cerebro es totalmente dejado de lado; toda la acción neuroquímica importante tiene lugar en la espina dorsal.

mamíferos superiores y nos acercamos al ganado y los cerdos y los perros y los gatos y los roedores, y luego a los pájaros y los peces, y por último a los invertebrados como las langostas.

La cuestión más importante aquí, sin embargo, es que todo el asunto de la crueldad con los animales y el comérselos no solo es complejo, también es incómodo. O por lo menos me resulta incómodo a mí, y también a todo el mundo que conozco que disfruta de una gran variedad de comidas y sin embargo no se quiere ver a sí mismo como alguien cruel o insensible. Por lo que yo veo, mi forma de abordar el conflicto hasta ahora ha sido evitar pensar en todo este asunto tan desagradable. Tendría que añadir que me parece poco probable que haya muchos lectores de *Gourmet* dispuestos a pensar tampoco en ello, o que quieran que les pregunten sobre si son morales sus hábitos gastronómicos en las páginas de una revista culinaria. Sin embargo, como el tema que me han asignado para este artículo es cómo ha sido asistir al FLM de 2003, y por tanto pasar varios días en medio de una gran multitud de americanos que comían todos langostas, y por tanto verme más o menos obligado a pensar mucho en langostas y en la experiencia de comprar y comer langostas, resulta que no hay forma honrada de evitar ciertas cuestiones morales.

Esto se debe a varias razones. Para empezar, no es solo que a las langostas las hiervan vivas, es que lo haces tú en persona, o por lo menos alguien lo hace específicamente para ti, *in situ*.[14] Tal y como ya he mencionado, la Olla para Langostas Más Grande

14. En términos de moralidad, admitamos que esto es una espada de doble filo. Comer langosta por lo menos no viene inducido por el sistema de factorías cárnicas corporativas que produce la mayoría del vacuno, cerdo y pollo. Gracias, en todo caso, a la forma en que se venden y se empaquetan para su venta, estas últimas carnes nos las comemos sin tener que pensar que una vez fueron criaturas conscientes y sensibles a quienes se les hicieron cosas horribles. (Nota: aquí «horribles» significa verdaderamente muy horribles. Escriban a PETA o entren en peta.org para conseguir su vídeo gratuito «Conozca su carne», narrado por el señor Alec Baldwin, si quieren ver más o menos todas las cosas relacionadas con la carne que no quieren ver o en las que no quieren pensar. (Nota 2: tampoco es que PETA sea ninguna fuente de verdad prístina. Como muchos militantes metidos en disputas morales complejas, la gente de PETA son fanáticos, y mucha de

del Mundo, que aparece destacada como una atracción en el programa del festival, está ahí mismo en el recinto norte del FLM, a la vista de todos. Intenten imaginar un Festival de la Ternera de Nebraska[15] en el que una parte de las celebraciones consistiera en mirar cómo paran los camiones y se conduce al ganado vivo por la rampa y se lo sacrifica allí mismo en el Matadero Más Grande del Mundo o algo así... impensable.

La naturaleza íntima del asunto se maximiza en casa de uno, que por supuesto es donde se preparan y se comen la mayoría de las langostas (aunque fíjense ya en el eufemismo semiconsciente «se preparan», que en el caso de las langostas realmente quiere decir matarlas allí mismo en nuestras cocinas). La situación habitual es que llegamos de la tienda y hacemos las pequeñas preparaciones como llenar la olla y hervir el agua, y luego sacamos las langostas de la bolsa, o del recipiente de la tienda en el que hayan venido... y es ahí donde empiezan a pasar cosas incómodas. Por muy aturdida que esté una langosta como resultado del viaje a casa, suele volver alarmantemente a la vida cuando uno la mete en agua hirviendo. Si uno está volcando el recipiente dentro de la olla humeante, a veces la langosta intentará agarrarse a los lados del recipiente o incluso enganchar las pinzas en el borde de la olla como una persona que intenta no caerse desde el borde de un tejado. Y es peor cuando la langosta está completamente sumergida. Hasta cuando tapas la olla y te das la

---

su retórica parece simplista y autocomplaciente. Pero ese vídeo en concreto, repleto de imágenes reales de factorías industriales y mataderos corporativos, resulta al mismo tiempo creíble y traumático.))

15. ¿Acaso es significativo que el inglés use las palabras *lobster* [«langosta»], *fish* [«pez»/«pescado»] y *chicken* [«pollo»] para referirse tanto al animal como a la carne, mientras que la mayoría de los mamíferos necesitan eufemismos como *beef* [«carne de vacuno»] o *pork* [«carne de cerdo»] que nos ayudan a separar la carne que nos comemos de la criatura viva a la que la carne perteneció alguna vez? ¿Acaso es la prueba de que comerse animales superiores provoca alguna clase de incomodidad profunda que es lo bastante endémica como para aparecer en el uso del inglés, pero que esa incomodidad disminuye a medida que nos alejamos del orden de los mamíferos? (¿Y acaso es la palabra inglesa *lamb* [«cordero»] el contraejemplo que hunde toda esa teoría, o bien existen razones especiales bíblico-históricas para que la palabra signifique ambas cosas?)

vuelta, por lo general puedes oír el repicar y el claqueteo de la tapa mientras la langosta intenta levantarla a empujones. O bien las pinzas de la criatura arañan los costados de la olla mientras se retuerce. La langosta, en otras palabras, se comporta más o menos como nos comportaríamos ustedes y yo mismo si nos echaran en agua hirviendo (con la excepción obvia de gritar).[16] Una forma menos delicada de decir esto es que la langosta actúa como si estuviera sintiendo un dolor terrible, lo cual provoca que algunos cocineros tengan que salir de la cocina y llevarse con ellos uno de esos pequeños relojes de horno de plástico a otra habitación y esperar allí hasta que todo el proceso haya terminado.

Resulta que hay dos criterios principales que la mayoría de los expertos en ética se muestran de acuerdo en señalar como determinantes de si una criatura es capaz de sufrir y por tanto tiene intereses genuinos que nosotros podemos o no tener el deber moral de considerar.[17] Uno de ellos es con cuánto hardware neurológico necesario para experimentar dolor viene equipada

16. Existe un mito populista relevante sobre el silbido muy agudo que a veces sale de la olla cuando hervimos langosta. En realidad el ruido es vapor que se escapa de la capa de agua marina que hay entre la carne de la langosta y su caparazón (es por eso por lo que las mudadoras silban más que las de caparazón duro), pero la versión popular es que el ruido son los gritos de agonía parecidos a chillidos de conejo que emite la langosta. Las langostas se comunican mediante las feromonas que contiene su orina y no tienen nada que se parezca al equipamiento vocal necesario para gritar, pero el mito es muy persistente: lo cual, una vez más, puede ser signo de una discreta incomodidad cultural sobre el hecho de hervirlas.

17. «Intereses» básicamente quiere decir preferencias fuertes y legítimas, lo cual es obvio que requiere cierto grado de conciencia, de respuesta a los estímulos, etcétera. Vean , por ejemplo, lo que dice el filósofo utilitarista Peter Singer, cuyo libro de 1974 *Animal Liberation* viene a ser la biblia del moderno movimiento por los derechos de los animales:

> Sería una tontería decir que a una piedra no le interesa que un niño le dé una patada que la mueva por el camino. Una piedra no tiene intereses porque no puede sufrir. Nada que le podamos hacer puede causarle ninguna diferencia en términos de bienestar. Un ratón, por otro lado, sí que está interesado en que no le demos una patada en medio del camino, porque si lo hacemos sufrirá.

la criatura: nociceptores, prostaglandinas, receptores opioides neuronales, etcétera. El otro criterio es si el animal demuestra comportamiento asociado con el dolor. Y hace falta un montón de gimnasia intelectual y minuciosidad conductista para no ver el forcejeo, el retorcimiento y los golpes en la tapa de la olla como una de esas conductas derivadas del dolor. De acuerdo con la zoología marina, las langostas suelen tardar entre treinta y cinco y cuarenta y cinco segundos en morir en agua hirviendo. (No he encontrado ninguna fuente que hable de cuánto tardan en morir en vapor supercalentado; uno confía en que sea más rápido.)

Existen, por supuesto, otras formas de matar a tu langosta *in situ* y por tanto conseguir la máxima frescura. Lo que hacen algunos cocineros es clavar la punta de un cuchillo grande y afilado en el lugar situado justo encima del punto medio que hay entre los apéndices oculares de la langosta (más o menos donde está el Tercer Ojo en la frente de los humanos). Se dice que esto o bien mata a la langosta al instante o bien le hace perder la conciencia, y al parecer por lo menos elimina una parte de la cobardía que produce arrojar una criatura dentro de agua hirviendo y luego huir de la cocina. Por lo que he deducido hablando con defensores del método de la puñalada en la cabeza, la idea es que es más violento pero en última instancia más compasivo, además de que la voluntad de ejercer una acción personal y aceptar la responsabilidad de apuñalar a la langosta en la cabeza honra por alguna razón al animal y le da a uno derecho a comérselo (a menudo los argumentos pro-cuchillo tienen un vago tufillo a la «espiritualidad de la caza» de los nativos americanos). Pero el problema del método del cuchillo es de biología básica: los sistemas nerviosos de las langostas operan a partir no de uno sino de varios ganglios, es decir, manojos de nervios, que vienen a estar conectados en serie y distribuidos por todo el vientre de la langosta, de popa a proa. Y desactivar únicamente el ganglio frontal no suele dar como resultado una muerte rápida ni una pérdida de conciencia.

Otra alternativa es meter la langosta en agua salada fría y luego llevar el agua muy despacio a ebullición. Los cocineros que defienden este método se basan en la analogía con la rana, que su-

puestamente se puede evitar que salte fuera de la olla si uno calienta el agua de forma lenta y gradual. A fin de evitarles un largo resumen de mi investigación, me limitaré a asegurarles que la analogía entre ranas y langostas resulta insostenible. Además, si el agua de la olla no se remueve para oxigenarla, la langosta sumergida sufre una lenta asfixia, aunque normalmente es una asfixia no lo bastante definitiva como para evitar que se retuerza y dé golpes cuando el agua se calienta lo suficiente como para matarla. De hecho, las langostas que se hierven gradualmente a menudo dan muestras de toda una serie extra de reacciones repulsivas y parecidas a convulsiones que no se ven en la ebullición normal.

En última instancia, las únicas virtudes que vienen a tener la lobotomía casera y el calentamiento lento son relativos, porque hay formas todavía peores/más crueles en que la gente prepara las langostas. Hay cocineros interesados en ahorrar tiempo que a veces las meten vivas en el microondas (normalmente después de perforar varios agujeros de ventilación en el caparazón, una precaución que la mayoría de la gente que mete marisco en el microondas aprende por las malas). El desmembramiento del animal vivo, por otro lado, es muy popular en Europa: hay chefs que parten la langosta por la mitad antes de cocinarla; a otros les gusta arrancar las pinzas y la cola y echar solamente esas partes en la cazuela.

Y todavía hay más noticias negativas en relación con el criterio número uno para determinar el sufrimiento. Las langostas no ven ni oyen mucho, pero sí tienen un sentido del tacto exquisito, facilitado por cientos de miles de pelitos diminutos que les sobresalen a través del caparazón. «Es por eso por lo que –en palabras de T. M. Prudden en el clásico de la industria *About Lobster*–, aunque encerrada en lo que parece una armadura sólida e impenetrable, la langosta puede recibir estímulos e impresiones del exterior con tanta facilidad como si poseyera una piel blanda y delicada.» Y las langostas sí que tienen nociceptores,[18]

18. Este es el término neurológico para denominar a los receptores de dolor especiales que son «sensibles a los extremos potencialmente dañinos de temperatura, a las fuerzas mecánicas y a las sustancias químicas que se liberan cuando los tejidos corporales sufren daños».

además de versiones invertebradas de las prostaglandinas y los neurotransmisores más importantes con los cuales nuestros cerebros registran el dolor.

Por otro lado, las langostas no parecen tener el equipamiento necesario para fabricar o absorber opioides naturales como las endorfinas o las encefalinas, que es lo que los sistemas nerviosos avanzados usan para intentar protegerse del dolor intenso. De este dato, sin embargo, uno puede sacar la conclusión o bien de que las langostas son tal vez todavía *más* vulnerables al dolor, ya que carecen de los analgésicos incorporados a los sistemas nerviosos de los mamíferos, o bien de que la ausencia de los opioides naturales implica una ausencia de las sensaciones de dolor verdaderamente intensas que los opioides naturales están diseñados para mitigar. Yo personalmente puedo detectar una pronunciada mejora de mi estado de ánimo cuando contemplo esta última posibilidad. Es posible que su ausencia de hardware de endorfinas/encefalinas signifique que la experiencia cruda y subjetiva del dolor que tienen las langostas es tan radicalmente distinta de la de los mamíferos que tal vez ni siquiera merezca el término «dolor». Tal vez las langostas sean más como esos pacientes de lobotomías frontales sobre los que todos hemos leído que explican que ellos experimentan el dolor de una forma completamente distinta a la de ustedes o la mía. Es evidente que esos pacientes sienten dolor físico, hablando en términos neurológicos, pero no les disgusta, aunque tampoco es que les guste. Es más bien que lo sienten pero no les hace sentir nada: en otras palabras, el dolor no les resulta angustioso ni es nada de lo que quieran huir. Tal vez a las langostas, que tampoco tienen lóbulos frontales, les resulte indiferente de la misma manera ese registro neurológico de las heridas o peligros que llamamos dolor. A fin de cuentas, no es lo mismo 1) el dolor como evento neurológico puro, y 2) el sufrimiento real, que parece incluir de forma crucial un componente emocional, una conciencia del dolor como algo desagradable, como algo que temer/odiar/querer evitar.

Con todo, después de toda esta abstracción intelectual, siguen estando los hechos de la tapa que repica frenéticamente y

del agarrarse de forma patética al borde de la olla. De pie frente a los fogones, es difícil negar de ninguna forma significativa el hecho de que se trata de una criatura viva que experimenta dolor y desea escapar/evitar esa experiencia dolorosa. En mi opinión no experta, la conducta de la langosta dentro de la olla parece ser la expresión de una *preferencia*; y es muy posible que la capacidad para desarrollar preferencias sea el criterio decisivo del sufrimiento real.[19] La lógica de esta relación (preferencia → sufrimiento) puede ser más fácil de ver en el caso negativo. Si uno corta a ciertos gusanos por la mitad, a menudo las mitades siguen reptando y ocupándose de sus cosas vermiformes como si no hubiera pasado nada. Cuando afirmamos, basándonos en su conducta postoperatoria, que no parece que esos gusanos sufran, lo que estamos diciendo en realidad es que no hay signos de que los gusanos sepan que les ha pasado algo malo ni de que *preferirían* que no los hubiéramos cortado por la mitad.

Las langostas, sin embargo, se sabe que exhiben preferencias. Los experimentos han demostrado que pueden detectar cambios de tan solo un grado o dos en las temperaturas del agua; una razón de sus complejos ciclos migratorios (que a veces pueden cubrir más de ciento cincuenta kilómetros al año) es buscar las temperaturas que más les gustan.[20] Y como ya he menciona-

19. «Preferencias» puede ser más o menos sinónimo de «intereses», pero es un término más apropiado porque es menos abstracto y filosófico: «preferencia» parece más personal, y de lo que estamos hablando es de la idea misma de la experiencia personal de una criatura viva.

20. Por supuesto, el contraargumento más habitual aquí empezaría objetando que «gustar más» no es más que una metáfora, y además una metáfora equívocamente antropomórfica. El contraargumentador postularía que lo que mueve a la langosta a intentar mantener cierta temperatura ambiental óptima no es más que el instinto inconsciente (y daría una explicación similar para las afinidades con la oscuridad que voy a mencionar próximamente en el texto principal). El núcleo de este contraargumento sería que los retorcimientos y golpes de la langosta en la olla no expresan la no preferencia por el dolor, sino que son movimientos reflejos involuntarios, como cuando el médico le golpea a uno la rodilla. Sepan ustedes que existen científicos profesionales, entre ellos muchos investigadores que usan animales para experimentos, que son de la opinión de que las criaturas no humanas no tienen sentimientos en absoluto, simplemente «conductas». Y sepan también que esta perspectiva tiene una larga historia detrás que llega hasta Des-

do, habitan en los fondos marinos y no les gusta la luz fuerte: si se pone un tanque de langostas para comer bajo el sol o bajo la luz fluorescente de una tienda, las langostas siempre se juntarán en la parte que esté más oscura. Bastante solitarias en el océano, también les disgusta claramente la aglomeración que forma parte de su cautividad en los tanques, y por eso (tal como también se ha mencionado) una razón de que a las langostas se les aten las pinzas con bandas elásticas al capturarlas es evitar que se ataquen las unas a las otras por culpa del estrés de estar almacenadas tan juntas.

En cualquier caso, en el FLM, de pie junto a los tanques burbujeantes que hay delante de la Olla para Langostas Más Grande del Mundo, al mirar cómo las langostas recién pescadas se amontonan las unas sobre las otras, agitan con impotencia sus pinzas renqueantes o bien se apartan frenéticas del cristal cuando uno se les acerca, es difícil no sentir que son infelices, o que están asustadas, aunque solo sea una versión rudimentaria de estos sentimientos... Y una vez más, ¿por qué mencionamos siquiera el que sea rudimentaria? ¿Por qué una forma primitiva y muda de sufrimiento es menos urgente o incómoda para la persona que está ayudando a infligirla al pagar por la comida en la que resulta? Y no estoy intentando soltarles a ustedes un discurso tipo PETA, por lo menos creo que no. Más bien estoy intentando resolver y articular algunas de las preguntas inquietan-

---

cartes, aunque su apoyo en los tiempos modernos viene sobre todo de la psicología conductista.

Para estos contraargumentos basados en que «lo que parece dolor en realidad no son más que reflejos», resulta que existe toda clase de contra-contraargumentos científicos y en el campo del activismo a favor de los derechos de los animales. A los que les siguen más intentos de refutación y reorientaciones, etcétera. Baste decir que tanto los argumentos científicos como los filosóficos en ambos bandos de la cuestión del sufrimiento de los animales son complejos, abstrusos, técnicos, a menudo influidos por el interés propio o la ideología y a fin de cuentas tan totalmente carentes de conclusiones que, en el plano práctico, en la cocina o en el restaurante, sigue dando la impresión de que todo recae en la conciencia individual, en una decisión que se toma (perdón por el juego de palabras) con las tripas.

tes que surgen en medio de todas las risas y el sazonamiento y el orgullo colectivo del Festival de la Langosta de Maine. La verdad es que si ustedes, los asistentes al festival, se permiten pensar que las langostas pueden sufrir y que sería mejor evitarlo, el FLM empieza a adquirir visos de algo parecido a un circo romano o un festival de torturas medievales.

¿Parece acaso excesiva esta comparación? Y de ser así, ¿exactamente por qué? O a ver qué les parece esta: ¿es posible que las generaciones futuras contemplen nuestra producción de comida y nuestras prácticas alimentarias en gran medida tal como ahora contemplamos los espectáculos de Nerón o los experimentos de Mengele? Mi reacción inicial es que una comparación cómo esta es histérica y extrema: y sin embargo me parece que la razón de que me resulte extrema es que yo creo que los animales son menos importantes moralmente que los seres humanos;[21] y cuando se trata de defender una creencia como esta, incluso ante mí mismo, tengo que reconocer que *a*) tengo un interés egoísta obvio en creerlo, ya que me gusta comer ciertas clases de animales y quiero poder seguir haciéndolo, y *b*) que no he conseguido articular ninguna clase de sistema ético personal en el que esta creencia sea verdaderamente defendible en lugar de egoístamente conveniente.

Dados el lugar al que pertenece este artículo y mi falta de sofisticación culinaria, me produce curiosidad saber si el lector se puede identificar con alguna de estas reacciones y reconocimientos e incomodidades. También me preocupa la posibilidad de parecer estridente o sermoneador cuando lo que estoy en realidad es más bien confuso. A aquellos lectores de *Gourmet* que disfrutan de comidas bien elaboradas y presentadas donde haya buey, ternera, cordero, cerdo, pollo, langosta, etcétera: ¿piensan ustedes en el (posible) estatus moral y en el (probable) sufrimiento de los animales involucrados? De ser así, ¿qué convenciones

21. En el sentido de *mucho* menos importantes, ya que la comparación moral aquí no es el valor de una vida humana *versus* el valor de la vida de un animal, sino más bien el valor de la vida de un animal *versus* el valor del hecho de que a un humano le gusta un tipo particular de proteína. Hasta los carnófilos más acérrimos reconocerán que es posible vivir y comer bien sin consumir animales.

éticas han adoptado que les permiten no solamente comer sino también saborear y disfrutar de estas viandas a base de carne (ya que por supuesto el *disfrute* refinado, más allá de la simple ingestión, es el sentido último de la gastronomía)? Si, por otro lado, no quieren ustedes saber nada de confusiones ni convicciones, y las cosas como el párrafo anterior no les parecen nada más que un acto fatuo de mirarse el ombligo, ¿qué hace que les parezca bien, en su interior, descartar todo esto como algo fuera de lugar? Es decir, ¿es su rechazo a pensar en todo esto el producto de un verdadero pensamiento, o es simplemente que no quieren ustedes pensar en ello? Y en este último caso, ¿por qué no quieren? ¿Se plantean ustedes alguna vez, aunque sea ociosamente, por qué puede ser que no quieren pensar en ello? No estoy intentando acosar a nadie: tengo auténtica curiosidad. Al fin y al cabo, ¿acaso ser especialmente consciente de lo que uno come y de su contexto general y prestar atención a estas cosas y reflexionar sobre ellas no es parte de lo que distingue a un verdadero gourmet? ¿O es que se supone que toda la atención y sensibilidad especiales del gourmet solamente son sensuales? ¿Realmente es todo una simple cuestión de gusto y presentación?

Estas últimas preguntas, sin embargo, aunque sinceras, es obvio que suscitan preguntas mucho más amplias y más abstractas sobre las conexiones (si es que las hay) entre estética y moralidad; sobre lo que realmente se supone que significa el adjetivo de la frase: «La revista del buen vivir». Y estas preguntas conducen directamente a unas aguas tan profundas y traicioneras que probablemente sea mejor detener la discusión pública aquí mismo. Hay límites a lo que incluso las personas interesadas se pueden preguntar entre ellas.

2004

EL DOSTOIEVSKI DE JOSEPH FRANK

Echen un vistazo prolegómeno a un par de citas. La primera es de Edward Dahlberg, un cascarrabias de la talla de Dostoievski como no ha habido otro en lengua inglesa:

> El ciudadano se protege a sí mismo de la genialidad mediante el culto a los iconos. Gracias al toque de la vara de Circe, los alborotadores divinos se transforman en bordados porcinos.[1]

La segunda es de *Padres e hijos* de Turguéniev:

> –En el presente, la negación es lo más útil que hay... y nosotros lo negamos...
> –¿Todo?
> –¡Todo!
> –¿Cómo? No solamente el arte y la poesía... sino hasta... pero es horrible...
> –Todo –repitió Bazarov, con una serenidad indescriptible.

Para ponernos en antecedentes, en 1957 un tal Joseph Frank, que entonces tiene treinta y ocho años y es profesor de literatura comparada en la Universidad de Princeton, está preparando una conferencia sobre el existencialismo, y empieza a trabajar en *Memorias del subsuelo* de Fiódor Mijailóvich Dostoievski. Tal como puede confirmar cualquiera que la haya leído, *Memorias* (1864) es una novelita impresionante pero considerablemente

1. De «Can These Bones Live?», en *The Edward Dahlberg Reader*, New Directions, 1957.

extraña, y estas dos cualidades tienen que ver con el hecho de que el libro resulta al mismo tiempo universal y particular. La «enfermedad» que su protagonista se ha diagnosticado a sí mismo –una mezcla de ostentosidad y desprecio por sí mismo, de furia y cobardía, de fervor ideológico y de incapacidad cohibida para actuar basándose en sus convicciones– lo convierte en una figura universal en la que todos podemos ver partes de nosotros mismos, la misma clase de personaje literario que no envejece nunca, como Ayax o Hamlet. Pero al mismo tiempo, *Notas del subsuelo* y su Hombre del Subsuelo son en realidad imposibles de entender sin conocer el clima intelectual de Rusia en la década de 1860, sobre todo el momento álgido del socialismo utópico y el utilitarismo estético que estaban de moda por entonces entre la intelectualidad radical, unas ideologías que Dostoievski odiaba con esa pasión con que solamente podía odiar Dostoievski.

En fin, volviendo al profesor Frank, mientras este se encuentra revisando parte de esta información sobre el contexto particular del libro, a fin de poder ofrecer a sus alumnos una lectura exhaustiva de *Memorias*, se le empieza a ocurrir la posibilidad de usar la narrativa de Dostoievski como una especie de puente entre dos formas distintas de interpretar la literatura: un acercamiento estético puramente formal *versus* una crítica social barra ideológica que solo se preocupe por los temas y los supuestos filosóficos que hay detrás de ellos.[2] Ese interés, sumado a cuarenta años de trabajo académico, ha generado los cuatro primeros volúmenes de un proyecto de estudio en cinco libros de la vida, época y obra de Dostoievski. Todos los volúmenes los publica la Princeton University Press. Los cuatro se titulan *Dostoievski* y luego cada uno tiene un subtítulo: *Las semillas de la*

2. Por supuesto, la teoría literaria contemporánea consiste básicamente en demostrar que no existe ninguna distinción real entre estas dos formas de leer: o mejor dicho, en demostrar que la estética casi siempre se puede reducir a ideología. Para mí, una razón de que el proyecto general de Frank valga tanto la pena es que muestra una forma completamente distinta de aunar lecturas formales e ideológicas, un método que no es ni de lejos tan abstruso ni (a veces) simplista ni (demasiado a menudo) destructor del placer como la teoría literaria.

revuelta, 1821-1849 (1976); *Los años de la penuria, 1850-1859* (1984); *La conmoción de la liberación, 1860-1865* (1986); y este año, un volumen en tapa dura increíblemente caro, *Los años milagrosos, 1865-1871*. El profesor Frank debe de tener ahora unos setenta y cinco años, y a juzgar por la foto de él que sale en la contraportada de *Los años milagrosos*, no tiene precisamente una salud de hierro[3] y lo más probable es que todos los académicos serios especializados en Dostoievski estén esperando con ansiedad a ver si Frank aguanta lo bastante como para llevar su estudio enciclopédico hasta el principio de la década de 1880, cuando Dostoievski terminó la cuarta de sus Grandes Novelas,[4] pronunció su famoso discurso sobre Pushkin y se murió. Aun en el caso de que el quinto volumen de *Dostoievski* no se publique nunca, sin embargo, el hecho de que ahora aparezca el cuarto garantiza el estatus de la de Frank como la biografía literaria definitiva de uno de los mejores narradores que han existido nunca.

¿Soy una buena persona? En el fondo, ¿quiero ser una buena persona o solamente quiero *parecer* una buena persona para que la gente (yo mismo incluido) me apruebe? ¿Existe alguna diferencia? ¿Cómo puedo siquiera saber que me estoy engañando a mí mismo, en términos morales?

En cierta manera, los libros de Frank no son realmente biografías literarias, por lo menos no en el mismo sentido en que lo son el libro de Ellmann sobre Joyce o el de Bate sobre Keats. Para empezar, Frank es en mucha mayor medida un historiador

3. La cantidad de horas de biblioteca que se debe de haber pasado bastaría para destruir a cualquiera, me imagino.

4. Entre los paralelismos asombrosos con Shakespeare está el hecho de que FMD tiene cuatro obras de su «período de madurez» que se consideran obras maestras totales: *Crimen y castigo*, *El idiota*, *Los demonios* (también conocida como *Los endemoniados* o *Los poseídos*) y *Los hermanos Karamazov*, en todas las cuales hay asesinatos y son (discutible) tragedias.

de la cultura que un biógrafo: su meta es crear un contexto preciso y exhaustivo para las obras de FMD, enmarcar la vida y la obra del autor dentro de una crónica coherente de la vida intelectual de la Rusia del siglo XIX. *James Joyce* de Ellmann, que viene a ser el canon a partir del cual se juzgan la mayoría de las biografías literarias, no llega al grado de detalle al que llega Frank cuando habla de ideología o de política o de teoría social. Lo que pretende Frank es mostrar que es imposible hacer una lectura exhaustiva de la narrativa de Dostoievski sin una comprensión detallada de las circunstancias culturales en que se concibieron los libros y a las que estos querían contribuir. Esto, explica Frank, se debe a que las obras de madurez de Dostoievski son fundamentalmente ideológicas, y no se pueden apreciar plenamente a menos que uno entienda las intenciones polemistas que las animan. En otras palabras, la mezcla de universal y particular que caracteriza *Memorias del subsuelo*[5] marca en realidad la mejor obra de FMD, un escritor cuyo «deseo evidente», dice Frank, es «dramatizar sus temas morales y espirituales usando como telón de fondo la historia de Rusia».

Otro rasgo original de la biografía de Frank es la cantidad de atención crítica que dedica a los libros que escribió Dostoievski. «Es la producción de semejantes obras maestras lo que hace que valga la pena narrar la vida de Dostoievski –dice su prefacio a *Los años milagrosos*–, y mi propósito, igual que en los volúmenes anteriores, es mantener los libros continuamente en primer plano en lugar de tratarlos como meros accesorios a la vida en sí.»

5. El volumen tercero, *La conmoción de la liberación*, incluye una muy buena lectura explicativa de *Memorias*, que localiza la génesis del libro en una réplica al «egoísmo racional» que puso de moda el libro *¿Qué hacer?* de N. G. Chernishevski e identifica al Hombre del Subsuelo como básicamente una caricatura paródica. La explicación que da Frank de la mala lectura generalizada que se hace de *Memorias* (mucha gente no lee el libro como un *conte philosophique*, y da por sentado que Dostoievski ideó al Hombre del Subsuelo como un arquetipo serio al nivel de Hamlet) también contribuye a aclarar por qué las novelas más famosas de FMD a menudo se leen y se admiran sin apreciar en absoluto sus premisas ideológicas: «La función paródica del personaje [del Hombre del Subsuelo] siempre ha quedado encubierta por la inmensa vitalidad de su encarnación artística». Es decir, que en cierto sentido Dostoievski era demasiado bueno para lo que le convenía.

Por lo menos un tercio de su último libro se dedica a realizar lecturas atentas de todo lo que Dostoievski escribió durante ese lustro asombroso: *Crimen y castigo*, *El jugador*, *El idiota*, *El eterno marido* y *Los endemoniados*.[6] Estas lecturas intentan ser explicativas en vez de argumentativas o basadas en la teoría. Su meta es mostrar con la mayor claridad posible lo que el mismo Dostoievski quería que significaran los libros. Por mucho que su método presuponga que no existe la Falacia Intencional,[7] este

6. A este último Frank se refiere como *Los demonios*. Una señal de los formidables problemas que surgen a la hora de traducir el ruso literario es el hecho de que muchos libros de FMD tienen títulos alternativos en distintos idiomas: la primera versión que yo leí de *Memorias del subsuelo* se titulaba *Recuerdos de un sótano oscuro*.

7. Ni una sola vez en cuatro volúmenes menciona el profesor Frank la Falacia Intencional[7a] ni tampoco intenta prevenir la objeción de que su biografía la comete por todas partes. En cierta forma, esto es comprensible, ya que el tono que Frank mantiene durante todas sus lecturas es un tono de máximo comedimiento y objetividad: no intenta imponer ninguna teoría en particular ni ningún método para decodificar a Dostoievski. Y evita cualquier enfrentamiento con críticos que hayan elegido aplicar los filos de sus diversas hachas sobre la obra de FMD. Cuando Frank quiere cuestionar o criticar una lectura determinada (como en sus ataques ocasionales a *Problemas de la poética de Dostoievski* de Bajtín o en una réplica verdaderamente brillante a «Dostoievski y el parricidio» de Freud que aparece en el apéndice al volumen I), siempre lo hace limitándose a señalar que los datos históricos o las notas y cartas del propio Dostoievski contradicen ciertos presupuestos que ha hecho el crítico. Su argumento nunca es que la otra persona se ha equivocado, sino que no cuenta con todos los datos.

Lo que también resulta interesante aquí es que Joseph Frank creció como académico justo cuando la Nueva Crítica se estaba afianzando en las universidades americanas, y que la vieja Falacia Intencional es una de las piedras angulares de la Nueva Crítica. Así pues, en el hecho de que Frank no se esté limitando a rechazar la FI o a dar argumentos en su contra, sino que actúe como si ni siquiera *existiera*, resulta tentador imaginar toda clase de maravillosas corrientes parricidas girando en torno a su proyecto: Frank haciéndole una gigantesca pedorreta silenciosa a sus viejos maestros. Pero si recordamos que el hecho de que la Nueva Crítica quitara al autor de la ecuación interpretativa hizo mucho para preparar el terreno para la teoría literaria postestructuralista (como p. ej., el deconstructivismo, el psicoanálisis lacaniano, los estudios culturales marxistas/feministas, el nuevo historicismo de Foucault o Greenblatt, etcétera), y que la teoría literaria suele hacerle al texto en sí lo que la Nueva Crítica le había hecho al autor del texto, entonces empieza a dar la impresión de que Joseph Frank simplemente está dando un viraje desde el principio para alejarse de la teoría[7b] y tratando de componer un sistema de lectura e interpretación que sea tan completamente distinto que parezca (el método

hecho parece justificado a primera vista por el proyecto global de Frank, que consiste siempre en seguir y explicar la génesis de las novelas en función del compromiso ideológico que tenía Dostoievski con la cultura y la historia rusas.[8]

¿Qué quiere decir exactamente «fe»? Por ejemplo, «fe religiosa», «fe en Dios», etcétera. ¿No es básicamente una locura creer en algo de lo que no hay pruebas? ¿Acaso hay alguna diferencia entre lo que nosotros llamamos fe y el hecho de que una tribu primitiva sacrificara vírgenes en volcanes porque creían que eso les iba a traer buen tiempo? ¿Cómo puede alguien tener fe antes de que le hayan presentado las razones suficientes para tenerla? ¿O es que *necesitar* tener fe es razón suficiente para tenerla? Y entonces, ¿de qué clase de necesidad estamos hablando?

Para apreciar realmente el logro del profesor Frank –y no solo el logro de haber absorbido y descifrado los millones de páginas existentes de borradores de Dostoievski, de notas, cartas, diarios, biografías hechas por sus contemporáneos y estudios críticos es-

---

de Frank) un asalto más elocuente a las premisas de la teoría literaria de lo que sería cualquier ataque frontal.

7a. En caso de que haya pasado mucho tiempo desde Primero de Literatura, la Falacia Intencional = «La evaluación del significado o del éxito de una obra de arte basándose en las intenciones expresas u ostensibles del autor a la hora de producirla». La FI y la Falacia Afectiva (= «La evaluación de una obra de arte basándose en sus resultados, sobre todo en su efecto emocional») son las dos grandes prohibiciones de la crítica textual objetivista, y sobre todo de la Nueva Crítica.

7b. (una teoría que es la gran moda del intelectualismo radical de nuestra época, igual que el nihilismo y el egoísmo racional eran las de la Rusia de FMD)

8. Parece justo avisarles a ustedes, sin embargo, de que las lecturas que lleva a cabo Frank de las novelas son extremadamente atentas y detalladas, a veces a un nivel casi microscópico, y que esto puede explicar su lentitud. Y también que las explicaciones de Frank parecen requerir que su lector tenga las novelas de Dostoievski frescas en la memoria: se saca infinitamente más provecho de sus argumentaciones si uno vuelve atrás y relee la novela de la que está hablando. No está claro si esto es un defecto, sin embargo, ya que parte del atractivo de una biografía literaria es que se presta como motivo/ocasión para dicha relectura.

critos en un centenar de idiomas–, es importante entender cuántos métodos distintos de biografía y crítica está intentando unir. Las biografías literarias estándar se centran en el autor y en su vida personal (sobre todo en las partes sórdidas o neuróticas de la misma) y prescinden en gran medida del contexto histórico específico en que escribía. Otros estudios –sobre todo los que tienen intenciones teóricas– se centran casi exclusivamente en el contexto, y tratan a los autores y a sus libros como simples funciones de los prejuicios, dinámicas de poder y engaños metafísicos de su época. Algunas biografías actúan como si las obras de sus sujetos ya estuvieran resueltas, y por tanto se pasan todo el tiempo trazando la relación de una vida personal con una serie de significados literarios que el biógrafo da por sentado que ya están fijados y son indiscutibles. Por otro lado, muchos de los «estudios críticos» de nuestra época tratan los libros de un autor de forma hermética, y prescinden de dar información sobre las creencias y circunstancias de ese autor que pudieran contribuir a explicar no solo de qué trata su obra sino por qué tiene esa magia particular que le otorga la personalidad de un escritor individual determinado, su estilo, su voz, su visión, etcétera.[9]

¿Acaso el verdadero sentido de mi vida no es más que experimentar cuanto menos dolor posible y cuanto más placer posible? Está claro que mi conducta parece indicar que esto es lo que creo, por lo menos durante gran parte del tiempo. Pero ¿acaso no se trata de una forma egoísta de vivir? Ya no digamos egoísta: ¿acaso no es una forma de vida espantosamente solitaria?

9. Ese sello distintivo y singular de sí mismo es una de las razones principales por las que los lectores llegan a amar a un autor. Esa forma en que uno puede distinguir, a menudo leyendo solo un par de párrafos, que algo ha sido escrito por Dickens, o Chejov, o Woolf, o Salinger, o Coetzee, u Ozick. Se trata de una cualidad que es casi imposible de describir o de explicar directamente: casi siempre se presenta como una vibración, algo así como el perfume de una sensibilidad, y los intentos que llevan a cabo los críticos de reducirlo a puras cuestiones de «estilo» son casi universalmente cutres.

Así pues, hablando en términos biográficos, lo que está intentando hacer Frank es ambicioso y meritorio. Al mismo tiempo, sus cuatro volúmenes constituyen una obra muy detallada y exigente sobre un autor muy complejo y difícil, un narrador cuya época y cultura nos son del todo ajenas. Parece difícil esperar mucha credibilidad al recomendar aquí el estudio de Frank a menos que les pueda dar a ustedes alguna clase de argumento de por qué las novelas de Dostoievski tendrían que ser importantes para nosotros los lectores americanos de 1996. Esto es algo que solamente puedo hacer de forma tosca, porque no soy crítico literario ni experto en Dostoievski. Soy, sin embargo, un americano vivo que escribe narrativa y a quien también le gusta leerla, y gracias a Joseph Frank me he pasado en gran medida los últimos dos meses inmerso en Dostoievskinalia.

Dostoievski es un titán de la literatura, y en cierta forma eso puede ser el beso de la muerte, ya que se vuelve fácil verlo como a uno más entre los autores canónicos en tonos sepia, apaciblemente muertos. Sus obras, y la alta colina de crítica que han inspirado, son todas adquisiciones de rigor para las librerías universitarias... y allí los libros suelen quedarse, volverse amarillentos y coger ese olor que cogen los libros muy antiguos de las bibliotecas mientras esperan a que alguien tenga que hacer un ejercicio de final de trimestre. Yo creo que Dahlberg casi tiene razón. Convertir a alguien en icono es convertirlo en una abstracción, y las abstracciones son incapaces de tener comunicación vital con la gente viva.[10]

10. Solamente hay que pasar un trimestre intentando enseñar literatura en la universidad para darse cuenta de que la forma más rápida de matar la vitalidad de un autor de cara a sus lectores potenciales es presentar a ese autor de antemano como «genial» o «clásico». Porque entonces el autor se convierte para los alumnos en algo como la medicina o las verduras, algo que las autoridades han declarado que «les conviene» y que «les tiene que gustar», momento en que las membranas nictitantes de los alumnos se cierran y todo el mundo asume las tareas automáticas de la crítica y de escribir ejercicios sin sentir absolutamente nada real ni relevante. Es como sacar todo el oxígeno de la sala antes de intentar encender un fuego.

Pero si yo decido decidir que mi vida tiene un sentido distinto, menos egoísta y menos solitario, ¿acaso la razón de que yo tome esa decisión no será mi deseo de estar menos solo, es decir, de experimentar cuanto menos dolor mejor? ¿Acaso la decisión de ser menos egoísta puede ser otra cosa que una decisión egoísta?

Y es cierto que hay rasgos de los libros de Dostoievski que resultan extraños y desconcertantes. Es sabido que es muy difícil traducir del ruso al inglés, y cuando uno añade a esto la dificultad que entrañan los arcaísmos del lenguaje literario del siglo XIX, la prosa y los diálogos de Dostoievski a menudo pueden sonar amanerados, pleonásticos y tontos.[11] Además hay que tener en

11. ...sobre todo en las traducciones al estilo victoriano de la señora Constance Garnett, que en las décadas de 1930 y 1940 acaparó el mercado de traducciones de Dostoievski y Tolstoi, y cuya versión de 1935 de *El idiota* tiene cosas como (ojeándola casi al azar):

> –¡Anastasia Filipovna! –articuló el general Epanchin en tono de reproche.
>
> –Me alegro mucho de haberle conocido aquí, Kolya –le dijo Mishkin–. ¿No podría usted ayudarme? Tengo que ir a casa de Anastasia Filipovna. Le he pedido a Ardelión Alexandrovich que me lleve, pero sucede que está dormido. ¿Puede llevarme usted, dado que yo no conozco las calles ni el camino?
>
> La expresión halagó al general Ivolgin y lo conmovió y le agradó mucho: de pronto se derritió y cambió instantáneamente de tono, y emprendió una explicación larga y entusiasta.

Y hasta en las aclamadas nuevas traducciones para Knopf de Richard Pevear y Larissa Volojonski, la prosa (en, por ejemplo, *Crimen y castigo*) sigue resultando a menudo extraña y encorsetada:

> –¡Basta! –dijo en tono resuelto y solemne–. ¡Basta de espejismos, basta de falsos miedos, basta de espectros...! ¡Existe la vida! ¿Acaso no estaba yo vivo hace un momento? ¡Mi vida no ha muerto con esa vieja bruja! ¡Que el señor la acoja en Su Reino y... basta, querida, es hora de partir! Ahora llega el reino de la razón y de la luz y... y de la voluntad y la fuerza... ¡y ahora veremos por fin! ¡Ahora entrechocaremos nuestras espadas! –añadió en tono presuntuoso, como si se dirigiera a alguna fuerza oscura y la estuviera desafiando.

Hum, ¿por qué no solo «como si estuviera desafiando a alguna fuerza oscura»? ¿Se puede desafiar a una fuerza oscura sin dirigirse a ella? ¿O es que en el

cuenta la afectación de la cultura en la que habitan los personajes de Dostoievski. Cuando hay algo que les fastidia, hacen cosas como «blandir el puño» o llamarse «bribón» o bien «abalanzarse sobre» el otro.[12] Al hablar usan signos de exclamación en cantidades que ahora solamente se ven en las tiras cómicas. La etiqueta social parece rígida hasta extremos absurdos: la gente siempre está «pasando a visitarse» los unos a los otros, y «siendo recibidos» o bien «no siendo recibidos», y obedecen convenciones rococó de cortesía hasta cuando están furiosos.[13] Todo el mundo tiene apellidos y nombres largos y difíciles de pronunciar, además del patronímico, y a veces el diminutivo, lo cual obliga a acabar haciendo un diagrama con los nombres de los personajes. Abundan los rangos militares poco conocidos y las jerarquías burocráticas; además hay distinciones de clase rígidas y totalmente extrañas que son difíciles de seguir y cuyas implicaciones son difíciles de entender, sobre todo porque las realidades económicas de la antigua sociedad rusa son tremendamente extrañas (como, por ejemplo, el hecho de que un «antiguo estudiante» indigente como es Raskolnikov o bien un burócrata desempleado como el Hombre del Subsuelo puedan permitirse tener sirvientes).

---

rudo original hay algo que impide que la frase de arriba suene redundante y afectada, y simplemente mala de la misma manera en que es mala una frase como «"¡Vamos!", dijo ella, dirigiéndose a su compañera e invitándola a que la acompañara»? De ser así, ¿por qué no reconocer que en inglés sigue sonando mal y limitarse a arreglarlo? ¿Acaso se supone que los traductores literarios no tienen que cambiar la sintaxis del original? Pero el ruso es un idioma con flexiones, que usa casos y declinaciones en lugar del orden de las palabras, así que los traductores ya están cambiando la sintaxis cuando están pasando las frases de Dostoievski a un idioma sin flexiones. Es difícil entender por qué estas traducciones tienen que ser tan torpes.

12. ¿Qué demonios quiere decir «abalanzarse sobre» alguien? Sucede docenas de veces en todas las novelas de FMD. ¿Qué es, «abalanzarse sobre» ellos para golpearles? ¿Para gritarles? ¿Y por qué no *decirlo*, si estás traduciendo?

13. Véase un ejemplo al azar de la aclamada nueva versión de *Memorias del subsuelo* de Pevear y Volojonski publicada por Knopf:

> –¡Señor Ferfichkin, mañana me proporcionará usted una satisfacción por sus palabras presentes!
>
> –¿Quiere decir un duelo, señor? Como gustéis –respondió el hombre.

Lo que quiero decir es que no solo está el problema de la muerte por canonización: también hay problemas reales y alienantes que suponen un obstáculo en nuestra apreciación de Dostoievski y con los que hay que tratar, ya sea aprendiendo lo bastante sobre todas las cosas del mismo que nos resultan poco familiares como para que dejen de confundirnos, o bien aceptándolas (igual que aceptamos los elementos racistas/sexistas que hay en otros libros del siglo XIX) y limitándonos a hacer muecas y seguir leyendo.

Pero lo que quiero decir en términos más amplios (y sí, tal vez sea más bien obvio) es que hay arte que merece la pena el trabajo extra de hacer caso omiso de todos los obstáculos a su apreciación; y está claro que los libros de Dostoievski valen la pena. Y no es solamente porque vaya a horcajadas en el canon occidental, sino más bien a pesar de eso. Porque una cosa que la canonización y los trabajos de curso ocultan es que Dostoievski no es solo genial: también es divertido. Sus novelas casi siempre tienen unas tramas buenísimas, escabrosas y complejas e intensamente dramáticas. Hay asesinatos e intentos de asesinatos y policías y peleas en el seno de familias disfuncionales y espías, tipos duros y hermosas mujeres caídas en desgracia y estafadores empalagosos y enfermedades que consumen y herencias inesperadas y villanos de voz sedosa y conspiraciones y putas.

Por supuesto, el hecho de que Dostoievski sepa contar historias jugosas no basta para hacerlo genial. Si lo fuera, Judith Krantz y John Grisham serían narradores geniales, y la verdad es que salvo por el criterio puramente comercial ni siquiera son muy buenos. Lo que hace que Krantz y Grisham y otros muchos autores que cuentan buenas historias no sean buenos desde el punto de vista artístico es que no tienen talento para (ni tampoco interés en) la construcción de personajes: sus apasionantes tramas están habitadas por monigotes toscos y poco convincentes. (Para ser justos, también hay autores a quienes se les da bien construir personajes humanos complejos y bien trazados pero luego no parecen capaces de insertar esos personajes en una trama creíble e interesante. Y otros –a menudo entre la vanguardia académica– que no parecen expertos / interesados ni en las tra-

mas ni en los personajes, sino que el movimiento y el atractivo de sus libros se basa por completo en enrarecidas intenciones metaestéticas.)

Lo que pasa con los personajes de Dostoievski es que están *vivos*. Y con eso no quiero decir simplemente que estén trazados con éxito ni bien desarrollados ni que sean «redondos». Los mejores de ellos siguen viviendo dentro de nosotros, para siempre, después de que los conozcamos. Recuerden al orgulloso y patético Raskolnikov, al ingenuo Devushkin, a la hermosa y condenada Anastasia de *El idiota*,[14] al adulador Lebiedev y al arácnido Hipólito de la misma novela; al ingenioso detective inconformista Porfirio Petrovich de *C y C* (sin el cual probablemente hoy no existiría novela policial comercial con policías excéntricamente brillantes); Marmeladov, el repulsivo y patético borracho; o el vanidoso y noble adicto a la ruleta Alexei Iványovich de *El jugador*; las prostitutas de corazón de oro Sonia y Liza; la cínicamente inocente Aglaya; o el increíblemente repelente Smerdiakov, esa máquina viviente de resentimiento baboso en el que personalmente veo partes de mí mismo a las que apenas soporto mirar; o los idealizados y demasiado humanos Mishkin y Aliosha, el Cristo humano condenado y el peregrino-niño triunfal, respectivamente. Estas y otras tantas criaturas de FMD están vivas –retienen lo que Frank llama su inmensa vitalidad– no porque sean simples tipos o facetas de seres humanos habilidosamente retratados, sino porque, al actuar en el seno de tramas verosímiles y moralmente atractivas, dramatizan las partes más profundas de todos los humanos, las partes más sumidas en conflictos, más graves: esas partes en las que hay más en juego.

14. (...que, igual que la Caddie de Faulkner, «estaba condenada y lo sabía», y cuyo heroísmo consiste en su desafío altivo a un destino que al mismo tiempo corteja. FMD parece ser el primer narrador que entiende la profundidad con que alguna gente ama su sufrimiento, la forma en que lo usan y dependen de él. Nietzsche cogerá esa intuición de Dostoievski y la convertirá en una piedra angular de su ataque devastador al cristianismo, lo cual resulta irónico: en nuestra cultura de «ateísmo ilustrado» somos en gran medida hijos de Nietzsche, herederos ideológicos suyos, y sin Dostoievski no habría existido Nietzsche, y sin embargo Dostoievski se cuenta entre los escritores más profundamente religiosos).

Además, aunque no terminen nunca de ser individuos en tres dimensiones, los personajes de Dostoievski consiguen encarnar verdaderas ideologías y filosofías de la vida: Raskolnikov, el egoísmo racional de la intelectualidad de 1860; Mishkin, el amor cristiano místico; el Hombre del Subsuelo, la influencia del positivismo europeo sobre el carácter ruso; Hipólito, la voluntad individual en lucha contra la inevitabilidad de la muerte; Alexei, la perversión del orgullo eslavófilo al afrontar la decadencia europea, y un largo etcétera...

Lo importante aquí es que Dostoievski escribía narrativa sobre las cosas que son realmente importantes. Escribía narrativa sobre la identidad, los valores morales, la muerte, la voluntad, la oposición entre amor espiritual y amor sexual, la codicia, la libertad, la obsesión, la razón, la fe, el suicidio. Y lo hizo sin reducir nunca sus personajes a portavoces ni sus libros a tratados. Su preocupación siempre fue cómo ser humano: es decir, cómo ser una verdadera *persona*, alguien cuya vida obedezca a valores y principios, y no una simple modalidad especialmente astuta de animal capacitado para la supervivencia.

¿Acaso es posible amar realmente a los demás? Si estoy solo y sufro, todo el mundo que hay fuera de mí es un alivio en potencia: lo necesito. Pero ¿se puede amar en realidad cuando se sufre semejante necesidad? ¿Acaso una gran parte del amor no consiste en que te importe más lo que necesita la otra persona? ¿Cómo se supone que voy a subordinar mi necesidad abrumadora a unas necesidades ajenas que ni siquiera puedo sentir de forma directa? Y si no soy capaz de hacer eso, estoy condenado a la soledad, que es algo que ciertamente no quiero... Así que de nuevo intento superar mi egoísmo por razones interesadas. ¿Hay alguna salida a este dilema?

Es una ironía bien conocida el que Dostoievski, cuya obra es famosa por su compasión y rigor moral, era en muchos sentidos un capullo en la vida real: vanidoso, arrogante, despectivo y

superficial. Jugador compulsivo, solía quedarse sin blanca, se quejaba continuamente de su pobreza, y siempre estaba fastidiando a sus amigos y colegas para que le hicieran préstamos de emergencia que casi nunca devolvía. Además, guardaba rencores mezquinos durante muchísimo tiempo por temas de dinero, y hacía cosas como empeñar el abrigo de invierno de su mujer, que estaba delicada de salud, para poder seguir jugando, etcétera.[15]

Pero también es sabido que la vida de Dostoievski estuvo llena de un sufrimiento y un dramatismo y una tragedia y un heroísmo increíbles. Parece ser que su infancia en Moscú fue tan triste que en sus libros Dostoievski no menciona ni una sola vez ninguna acción que tenga lugar en Moscú.[16] A su padre distante y neurasténico lo asesinaron sus propios sirvientes cuando FMD tenía diecisiete años. Siete años más tarde, la publicación de su primera novela,[17] y el hecho de que la respaldaran críticos como Belinsky y Herzen, convirtieron a Dostoievski en estrella de la literatura al mismo tiempo que estaba empezando a invo-

15. Frank no edulcora nada de todo esto, pero gracias a su biografía averiguamos que el carácter de Dostoievski era en realidad más contradictorio que propio de un capullo. Insufriblemente vanidoso en lo tocante a su reputación literaria, también se pasó la vida atormentado por lo que él veía como sus deficiencias artísticas; pese a ser una sanguijuela y un derrochador, asumió voluntariamente la responsabilidad financiera de su ahijado, de la familia horrible e ingrata de su hermano difunto y de las deudas de *Tiempo*, el famoso periódico literario que él y su hermano habían coeditado. El reciente volumen IV de Frank deja claro que fueron esas deudas de honor, más que la gorronería general, lo que mandó al señor FMD y señora al exilio en Europa para eludir la prisión por morosos, y que fue únicamente en los balnearios de Europa donde la adicción al juego de Dostoievski se descontroló.

16. A veces esta alergia resulta extrañamente sorprendente, como p. ej. en la parte 2 de *El idiota*, cuando el príncipe Mishkin (el protagonista) ha abandonado San Petersburgo para pasar seis meses enteros en Moscú: «de las aventuras de Mishkin durante su ausencia de Petersburgo podemos dar poca información», aunque el narrador tiene acceso a toda clase de acontecimientos que tienen lugar fuera de San P. Frank no dice mucho sobre la moscufobia de FMD; es difícil imaginar a qué se debe exactamente.

17. = *Pobres gentes*, una «novela social» estándar que enmarca una historia de amor (más bien babosa) entre descripciones de pobreza urbana lo bastante atroces como para obtener la aprobación de la izquierda socialista.

lucrarse en el Círculo de Petrashevski, un grupo de intelectuales revolucionarios que conspiraban para instigar un levantamiento de campesinos en contra del zar. En 1849, Dostoievski fue detenido por conspirador, encarcelado, sentenciado a muerte y sometido a la famosa «ejecución simulada de los Petrashevski», en la cual a los conspiradores se les vendaron los ojos, fueron atados a estacas y pasaron por todo el proceso del pelotón de fusilamiento hasta el «¡Apunten!» antes de que un mensajero imperial entrara galopando con un supuesto indulto «de último minuto» del misericordioso zar. Se le cambió la sentencia a prisión y el epiléptico Dostoievski terminó pasando una década en la balsámica Siberia, tras lo cual regresó a San Petersburgo en 1859 para descubrir que el mundo literario ruso lo había olvidado casi por completo. Luego su mujer tuvo una muerte lenta y horrible; luego murió su amado hermano; luego su periódico *Tiempo* quebró; luego su epilepsia empeoró tanto que vivía bajo el terror constante de que los ataques lo mataran o volvieran loco.[18] Contrató a una taquígrafa de veintidós años para que le ayudara a terminar *El jugador* a tiempo para satisfacer a un editor con el que había firmado un contrato descabellado según el cual tenía que entregar el libro en una fecha determinada o perdería todos los royalties de todo lo que escribiera, y seis meses después terminó casándose con ella, justo a tiempo para escapar juntos de los acreedores de *Tiempo*, deambular infelizmente por

18. Es cierto que la epilepsia de FMD –incluyendo las iluminaciones místicas que acompañaban a sus auras previas a los ataques– aparece relativamente poco en la biografía de Frank; y reseñistas como James L. Rice del *London Times* (que es también autor de un libro sobre Dostoievski y la epilepsia) se han quejado de que Frank «no da una idea precisa del impacto crónico de la enfermedad» sobre los ideales religiosos de Dostoievski y la representación de los mismos en sus novelas. La cuestión de la proporción es un arma de doble filo, sin embargo: véase a Jan Parker del *New York Times Book Review*, que se pasa por lo menos una tercera parte de su reseña del volumen III de Frank haciendo afirmaciones del tipo «A mí me parece que la conducta de Dostoievski se ajusta totalmente al criterio diagnóstico de la adicción patológica al juego tal como esta se define en el manual de diagnóstico de la American Psychiatric Association». En el mejor de los casos, reseñas como estas nos ayudan a apreciar la amplitud de miras ecuánime de Frank y el hecho de que no se dedique a afilar hachas contra nadie.

una Europa cuya influencia sobre Rusia despreciaba,[19] tener una amada hija que murió de neumonía al poco de nacer, escribir continuamente, sin un céntimo, a menudo clínicamente deprimido después de sufrir ataques de epilepsia de los que hacen rechinar los dientes, pasar por rachas de adicción maníaca a la ruleta y al final caer víctima de un odio aplastante a sí mismo. El volumen IV de Frank narra muchas de las tribulaciones europeas de Dostoievski a través de los diarios de su joven nueva esposa, Anna Snitkin,[20] cuya paciencia y caridad como cónyuge la calificarían como santa patrona para cualquier grupo actual de gente con codependencia.[21]

**¿Qué es «un americano»? ¿Acaso tenemos algo importante en común, como americanos, o es solamente que resulta que vivimos todos dentro de las mismas fronteras de forma que tenemos que obedecer las mismas leyes? ¿En qué se diferencia exacta-

19. No dejemos de observar que el volumen IV de Frank saca algunos trapos sucios personales bastante buenos. Con relación al odio que sentía Dostoievski hacia Europa, por ejemplo, averiguamos que su famosa rencilla de 1867 con Turguéniev, que se debía supuestamente a que Turguéniev había ofendido al apasionado nacionalismo de Dostoievski al atacar a Rusia en la prensa y luego mudarse a Alemania, también fue alimentada por el hecho de que FMD le había pedido prestados previamente cincuenta táleros a Turguéniev, le había prometido que se los devolvería enseguida y nunca lo llegó a hacer. Frank es demasiado comedido como para sacar la conclusión más obvia: que es mucho más fácil vivir habiendo sableado a alguien si te puedes inventar un motivo de queja hacia ese alguien.

20. Otro añadido: los volúmenes de Frank están repletos de nombres maravillosos o raros de esos que traban la lengua: Snitkin, Duboliobov, Strajov, Golubov, Von Voght, Katkov, Nekrasov, Pisarev. Es fácil ver por qué los escritores rusos como Gogol y FMD convirtieron los nombres epitéticos en todo un arte.

21. Ejemplo al azar sacado de su diario: «Pobre Feodor, sufre tanto, y está siempre tan irritable, y está siempre a la que salta por cualquier nimiedad [...] Pero no importa, porque al día siguiente se le ha pasado, y entonces es dulce y amable. Además, me doy cuenta de que cuando me grita es por su enfermedad, no por mal humor». Frank cita largos pasajes como este y los comenta, pero no se muestra muy consciente de que el matrimonio de los Dostoievski era en cierto sentido bastante enfermizo, por lo menos según los criterios de la década de 1990: vean, por ejemplo, lo siguiente: «La paciencia de Anna, por muchos prodigios de autocontrol que le costara, le era ampliamente compensada (al menos a ojos de ella) por la inmensa gratitud de Dostoievski y su apego cada día mayor».

mente América de otros países? ¿Acaso tiene algo extraordinario? ¿Y en qué consiste ese algo? Hablamos mucho de nuestros derechos y libertades especiales, pero acaso también hay responsabilidades especiales que vengan con el hecho de ser americano? Y de ser así, ¿responsabilidades para con quién?**

La biografía de Frank abarca todas estas cosas personales, con todo lujo de detalle, y no intenta minimizar ni encubrir las partes repulsivas.[22] Pero su proyecto requiere que a veces Frank luche por relacionar la vida personal y psicológica de Dostoievski con sus libros y con las ideologías que hay detrás de los mismos. El hecho de que Dostoievski sea por encima de todo un escritor ideológico[23] lo convierte en un sujeto especialmente amable para el método biográfico de Frank, que se basa en el contexto. Y los cuatro volúmenes existentes de *Dostoievski* dejan claro que el acontecimiento crucial y catalizador de la vida de FMD, en términos ideológicos, fue la ejecución de broma del 22 de diciembre de 1849: un intervalo de cinco o diez minutos durante el cual aquel joven escritor débil, neurótico y ensimismado creyó que estaba a punto de morir. Lo que tuvo lugar dentro de

22. Véanse también, por ejemplo, la desastrosa pasión de Dostoievski por la diosa-puta Apolinaria Suslova, o los retorcimientos mentales que tenía que llevar a cabo para justificar sus juergas en el casino… o el hecho, que Frank documenta exhaustivamente, de que en realidad FMD sí fue un miembro activo del Círculo Petrashevski, y de hecho probablemente sí que merecía ser detenido bajo las leyes de su época, y esto pese a que muchos otros biógrafos han intentado asegurar que a Dostoievski simplemente lo arrastraron unos amigos a un mitin radical en el momento más inoportuno.

23. En caso de que no resulte obvio, aquí se está usando el término «ideología» en su sentido estricto y no connotado para aludir a cualquier sistema de creencias y valores organizado y abrazado con firmeza. Cierto, según esta definición, Tolstoi y Hugo y Zola y la mayoría de los demás titanes del siglo XIX también eran escritores ideológicos. Pero lo mejor que tiene el don de Dostoievski para crear personajes y para narrar los profundos conflictos que tienen lugar dentro de la gente (y no solo entre la gente) es que le permite dramatizar temas extremadamente densos y serios sin resultar nunca sermoneador ni simplista, es decir, sin pasar nunca por alto la dificultad de los conflictos morales/espirituales ni hacer que la «bondad» o la «redención» parezcan más simples de lo que son en realidad.

Dostoievski fue un tipo de experiencia de conversión, aunque la cosa es complicada, porque las convicciones cristianas que hay detrás de su escritura posterior no son las de ninguna iglesia ni tradición, y también están vinculadas con una especie de nacionalismo ruso místico y con un conservadurismo político[24] que hizo que en el siglo siguiente los soviéticos suprimieran o distorsionaran gran parte de la obra de Dostoievski.[25]

**¿Acaso la vida de ese tal Jesucristo tiene algo que enseñarme aunque yo no crea, o no pueda creer, en su divinidad? ¿Cómo tengo que entender la afirmación de que alguien que era pariente de Dios, y que por tanto podría haber convertido la cruz en una maceta o en lo que fuera solo con decir una palabra, aun así dejó voluntariamente que lo clavaran allí arriba y se murió? Y aunque supongamos que era un ser divino, ¿acaso él lo sabía? ¿Sabía que podría haber roto la cruz solo con decir una palabra? ¿Sabía de antemano que su muerte solo iba a ser temporal (porque apuesto a que yo también podría subirme a la cruz si

24. Aquí hay otro tema que Frank trata de forma brillante, sobre todo en el capítulo que dedica en el volumen III a *La casa de los muertos*. Una de las razones de que FMD abandonara el socialismo de moda de cuando tenía veinte años fue su etapa de encarcelamiento en compañía de la escoria de la sociedad rusa. En Siberia llegó a entender que los campesinos y los pobres urbanos de Rusia en realidad odiaban a los acomodados intelectuales de clase alta que querían «liberarlos», y que de hecho aquel era un odio bastante justificado. (Si quieren ustedes hacerse alguna idea de cómo esta ironía política dostoievskiana se traduciría a los términos de la moderna cultura americana, prueben a leer al mismo tiempo *La casa de los muertos* y «Mau-mauing the Flak Catchers» de Tom Wolfe.)

25. La situación política es una de las razones por las que el famoso *Problemas de la poética de Dostoievski* de Bajtín, publicado bajo el gobierno de Stalin, tuvo que minimizar profundamente la implicación de FMD con sus propios personajes. Muchos de los elogios de Bajtín hacia las caracterizaciones «polifónicas» de Dostoievski, y hacia la «imaginación dialógica» que supuestamente le permitía no insuflar sus propios valores a sus novelas, es el resultado natural del hecho de que un crítico soviético intentara comentar a un autor cuyos puntos de vista «reaccionarios» el Estado quería que se olvidaran. Frank, que se tira al cuello de Bajtín en toda una serie de cuestiones, no deja realmente claras las restricciones bajo las que operaba Bajtín.

supiera que después de seis horas de dolor me esperaba una eternidad de éxtasis a la derecha de Dios)? Pero ¿acaso algo de todo eso importa? ¿Puedo seguir creyendo en JC o en Mahoma o en Quien Sea aunque no crea que son verdaderos parientes de Dios? ¿Y qué querría decir eso: «creer en»?**

Lo que parece más importante es que la experiencia de cercanía a la muerte que tuvo Dostoievski transformó a un joven y vanidoso escritor de moda –un escritor con mucho talento, es cierto, pero aun así un escritor a quien le interesaba básicamente su propia gloria literaria– y lo convirtió en una persona que creía profundamente en los valores morales/espirituales...[26] Y lo que es más, es una persona que creía que una vida sin valo-

26. No resulta sorprendente que las creencias exactas de FMD sean idiosincrásicas y complicadas. Y Joseph Frank lleva a cabo una explicación exhaustiva y clara y detallada de su evolución a través de la temática de las novelas (como p. ej., los efectos venenosos del ateísmo egoísta sobre el carácter ruso en *Memorias* y en *C y C*; la deformación de la pasión rusa a manos de la mundana Europa en *El jugador*; y, en el Mishkin de *El idiota* y el Zósima de *Los hermanos Karamazov*, las implicaciones de un Cristo humano literalmente sometido a las fuerzas físicas de la naturaleza, una idea central a toda la narrativa que escribió Dostoievski después de ver el *Cristo muerto* de Holbein el Joven en el Museo de Basilea en 1867).

Pero lo que Frank ha hecho realmente de forma fenomenal es extraer las enormes cantidades de material de archivo generado por y sobre FMD, y hacerlo comprensible en lugar de limitarse a usar fragmentos elegidos del mismo para reforzar una tesis crítica determinada. En un momento dado, cerca del final del volumen III, Frank incluso consigue encontrar y glosar unas notas poco conocidas del autor a «Socialismo y cristianismo», un ensayo que Dostoievski no terminó nunca, que ayudan a clarificar por qué algunos críticos lo tratan como a un precursor del existencialismo:

> «La encarnación de Cristo [...] proporcionó un ideal nuevo para la humanidad, un ideal que ha retenido su validez desde entonces. Nota: ni un solo ateo que haya discutido el origen divino de Cristo ha negado el hecho de que es el ideal de la humanidad. El último de estos: Renan. Lo cual es muy notable.» Y la ley de este nuevo ideal, de acuerdo con Dostoievski, consiste en «el retorno a la espontaneidad, a las masas, pero libremente [...] No a la fuerza, sino al contrario, en el nivel más alto de voluntad y conciencia. Está claro que esta voluntad superior es al mismo tiempo una renuncia más elevada de la voluntad».

res morales/espirituales no era únicamente una vida incompleta, sino también depravada.[27]

Si hay algo que hace que Dostoievski tenga un valor incalculable para los lectores y escritores americanos es que parece poseer niveles de pasión, convicción y compromiso con cuestiones morales profundas que nosotros –la gente de aquí y de ahora–[28] no nos permitimos o no podemos permitirnos. Joseph Frank consigue trazar admirablemente la interacción de factores que hacen posible este compromiso: las creencias y talentos del propio FMD, las atmósferas ideológicas y estéticas de su época, etcétera. Al terminar de leer los libros de Frank, sin embargo, creo que cualquier lector/escritor americano serio se verá a sí mismo impelido a pensar muy seriamente en qué es exactamente lo que hace que muchos de los novelistas de nuestro país y nuestra época parezcan tan superficiales y pusilánimes en sus temas, tan moralmente empobrecidos, en comparación con Gogol o Dostoievski (o aunque sea con luminarias más tenues como Lermontov y Turguéniev). La biografía de Frank nos hace preguntarnos por qué parece que en nuestro arte necesitemos distanciarnos mediante la ironía de las convicciones profundas o de las preguntas desesperadas, de forma que los escritores contemporáneos tienen que convertirlas en bromas o bien intentar abordarlas bajo el disfraz de algo como la cita intertextual o la

27. Los enemigos particulares del Dostoievski maduro y posterior a la conversión fueron los nihilistas, la progenie radical de los yuppies socialistas de la década de 1840, cuyo nombre (es decir, el de los nihilistas) procede del mismo discurso negador de todo que hay en *Padres e hijos* de Turguéniev y que está citado al principio de esta reseña. Pero la verdadera batalla fue más amplia, y mucho más profunda. No es accidental que el gran epígrafe que Joseph Frank incluye en el volumen IV esté sacado del clásico de Kolakowski *La modernidad siempre a prueba*, ya que el abandono que lleva a cabo Dostoievski del socialismo utilitarista a favor de un conservadurismo moral idiosincrásico se puede ver bajo la misma luz básica que el despertar de Kant del «sopor dogmático» a una deontología pietista radical casi una centuria antes: «Al volverse contra el utilitarismo popular de la Ilustración, [Kant] también sabía con exactitud que lo que estaba en juego no era ningún código moral en particular, sino más bien la cuestión de la existencia o no de una distinción entre el bien y el mal y, en consecuencia, la cuestión del destino de la humanidad».

28. (tal vez bajo nuestra propia modalidad de hechizo nihilista)

yuxtaposición incongruente, metiendo las cosas realmente urgentes entre asteriscos como parte de alguna floritura multivalente de desfamiliarización o alguna mierda parecida.

Parte de la explicación de la pobreza temática de nuestra literatura incluye de forma obvia nuestro siglo y nuestra situación. Los viejos modernistas, entre otros logros, elevaron la estética al nivel de la ética –tal vez incluso de la metafísica– y todas las Novelas Serias después de Joyce suelen ser valoradas y estudiadas principalmente por su grado de innovación formal. Tal es el legado modernista que ahora damos por sentado como algo básico: el que la literatura «seria» ha de estar distanciada de la vida real. Añadan el requerimiento de conciencia textual de uno mismo impuesto por el posmodernismo[29] y la teoría literaria, y probablemente sea justo decir que Dostoievski y compañía estaban libres de ciertas expectativas culturales que restringen gravemente la capacidad de nuestros novelistas para ser «serios».

Pero es igualmente justo observar, con Frank, que Dostoievski también operaba bajo sus propias restricciones culturales: un gobierno represor, la censura del Estado y sobre todo la popularidad del pensamiento europeo post-ilustrado, una gran parte del cual iba directamente en contra de creencias que él tenía en alta consideración y sobre las cuales quería escribir. Para mí, lo más sorprendente e inspirador de Dostoievski no es solo que fuera un genio, sino que también fuera valiente. Nunca dejó de preocuparse por su reputación literaria, pero tampoco dejó de promulgar cosas que no estaban de moda y en las que él creía. Y no lo hizo dejando al margen (lo que ahora se diría «trascendiendo» o «subvirtiendo») las circunstancias culturales hostiles en las que estaba escribiendo, sino afrontándolas y luchando con ellas, de forma específica y llamándolas por su nombre.

En realidad no es cierto que nuestra cultura literaria sea nihilista, por lo menos no en el sentido radical del Bazarov de Turguéniev. Porque hay ciertas tendencias que consideramos malas, cualidades que odiamos y tememos. Entre estas se cuentan el sentimentalismo, la ingenuidad, el arcaísmo y el fanatismo. Pro-

29. (sea lo que sea exactamente)

bablemente lo más adecuado sería decir que la cultura artística de nuestro tiempo es una cultura de escepticismo congénito. Nuestra intelectualidad[30] desconfía de las creencias firmes y de las convicciones abiertas. La pasión material es una cosa, pero la pasión ideológica nos asquea a un nivel profundo. Creemos que la ideología es hoy día la provincia de los grupos de influencia y los comités de acción política en su lucha por llevarse su porción del enorme pastel verde... y, mirando a nuestro alrededor, vemos que ciertamente es así. Pero el Dostoievski de Frank señalaría (o más bien se pondría a dar brincos y a blandir el puño y a abalanzarse sobre nosotros y a gritar) que, si esto es así, es en parte porque hemos abandonado el terreno. Porque lo hemos abandonado dejándolo en manos de fundamentalistas cuya rigidez despiadada y ansia por juzgar muestran que no tienen ni idea de los «valores cristianos» que quieren imponer sobre los demás. De milicias derechistas y teóricos de la conspiración cuya paranoia sobre el gobierno presupone que el gobierno está mucho más organizado y es mucho más eficaz de lo que es en realidad. Y en el mundo académico y de las artes, del cada vez más dogmático y absurdo movimiento de lo Políticamente Correcto, cuya obsesión con las simples formas de la elocución y el discurso demuestran a las claras cómo de afectados y esteticistas se han vuelto nuestros mejores instintos liberales, cómo de alejados están de lo que es realmente importante: la motivación, el sentimiento y la fe.

Echen un vistazo culminante a un simple fragmento de la famosa «Explicación necesaria» de Hipólito en *El idiota*:

> –Cualquiera que ataque la caridad individual –empecé a decir– está atacando la naturaleza humana y proyectando desprecio sobre la dignidad personal. Pero la organización de la «caridad pública» y el problema de la libertad individual son dos cuestiones distintas, y no se excluyen mutuamente. La amabilidad individual siempre estará ahí, porque es un impulso individual, el impulso vivo que tiene una personalidad de ejercer una influencia directa sobre otra [...] ¿Cómo puede saber usted, Bahmutov, qué signifi-

30. (lo cual, dado el vehículo de esta reseña, quiere decir básicamente nosotros)

cado puede tener una asociación semejante de una personalidad con otra en el destino de los seres asociados?

¿Pueden imaginarse ustedes a alguno de nuestros novelistas más importantes permitiendo que un personaje dijera cosas como estas (y no, cuidado, a modo de fanfarronada hipócrita para que algún héroe irónico le pueda buscar las cosquillas, sino como parte de un monólogo de diez páginas de alguien que intenta decidir si se suicida)? La razón de que no puedan ustedes es la misma razón por la que él no podría: semejante novelista sería, según nuestro criterio contemporáneo, pretencioso y recargado y ridículo. La presentación sin más de un discurso como este en una Novela Seria actual no provocaría indignación e improperios, sino algo peor: una ceja levantada y una sonrisa muy sardónica. Tal vez, si el novelista fuera realmente de los más importantes, un pasaje burlón en *The New Yorker*. Al novelista se le reirían en la cara (y esta es la verdadera visión del infierno de nuestra época) hasta acabar con él.

Así pues, dicho escritor –que somos todos nosotros, los narradores– nunca se atreverá (no podrá atreverse) a usar el arte serio para desarrollar ideologías.[31] Sería un proyecto parecido al *Quijote* de Menard. La gente o bien se reiría o bien se avergonzaría de nosotros. A la vista de este hecho (y es un hecho), ¿quién es el culpable de la falta de seriedad de nuestra narrativa seria? ¿La cultura, las risas? Pero no se reirían (no podrían) si una obra de ficción moralmente apasionada y apasionadamente moral fuera también una narración ingeniosa y radiantemente humana. Pero ¿cómo conseguir eso? ¿Cómo puede un escritor de hoy día, aun un escritor con talento de hoy día, reunir las agallas para intentarlo siquiera? No existen fórmulas ni garantías. Pero sí existen modelos. Los libros de Frank hacen que uno de ellos sea concreto y esté vivo y resulte terriblemente instructivo.

1996

31. Por supuesto, estamos perfectamente dispuestos a usar el arte para parodiar, ridiculizar, desacreditar o criticar ideologías: pero esto es algo muy distinto.

PRESENTADOR

(1)

El señor John Ziegler, de treinta y siete años, que antes trabajaba en la WHAS de Louisville, ahora tiene un programa, «Cercano y directo», de las diez de la noche a la una de la mañana todos los días entre semana en la KFI de California del Sur, una megaemisora de 50.000 vatios cuyo identificativo y eslogan emitido cada hora, diseñado por el departamento de Imagen de la emisora y

El reglamento de la Comisión Federal de Comunicaciones (FCC) exige que se radie un identificativo de emisora cada hora. Dicho identificativo comprende las siglas que dan nombre a la emisora, la banda, la frecuencia y el mercado para los que tiene licencia. Cualquier emisora comercial seria (y la KFI sin duda lo es) añade a su identificativo un eslogan, la pequeña coletilla por la que la emisora desea ser reconocida. La KABC, la otra gigante de la AM de Los Ángeles, utiliza el polisémico «Donde América es lo primero». El eslogan principal de la KFI reza «Tertulias radiofónicas más *estimulantes*», pero también tienen otros eslóganes secundarios para presentar las noticias cada media hora, los informes de tráfico pasados diecisiete y cuarenta y seis minutos de cada hora y los anuncios de la emisora. Esta primavera los tres más populares son «La sala de redacción de California del Sur», «La casa de Fox News en la radio», y «Cuando vea un avance informativo, no intente alcanzarlo: deje que se lo acerquen los profesionales». El contenido y sonido de todos los identificativos, eslóganes y anuncios son responsabilidad del departamento de Imagen de la emisora, que aparentemente se llama así porque se encarga de la imagen de la KFI en el mercado de Los Ángeles. El departamento de Imagen vendría a ser la versión radiofónica de la Gestión de Marca: los eslóganes permiten que la KFI comunique de manera condensada su particular personalidad y actitud.

Existen asimismo coletillas subsidiarias que la KFI crea especialmente para la programación local. Las dos que por el momento más se utilizan en *El show de John Ziegler* son «Cercano y directo» y «Charlas frescas y animadas cada noche».

consistente en un susurro ultrabajo y cazalloso sobre un fondo de tralazos del clásico del heavy metal de 1984 «Round and Round» de Ratt, es el siguiente: «KFI del 640 de la onda media, Los Ángeles: Tertulias radiofónicas más *estimulantes*». Este debe de ser el octavo o noveno trabajo de presentador que ha tenido el señor Ziegler en su carrera en el mundo de las tertulias radiofónicas, y el más importante con mucha diferencia. Se vino a Los Ángeles en Navidad –solo y tirando con el coche de un remolque U-Haul– y encontró un apartamento no muy lejos de los estudios de la KFI, que están en la parte antigua del distrito de Koreatown, cerca del Wilshire Center.

La persona que susurra resulta ser Chris Corley, un actor de doblaje conocido sobre todo por los tráilers cinematográficos. La C[illegible] Productions de Corley tiene su sede en Fort Myers, Florida.

El show de John Ziegler es el primer programa nocturno local y no comprado a una distribuidora nacional que ha emitido la KFI en mucho tiempo. Viene a ser una apuesta para todo el mundo que participa. El segmento entre diez y una es casi madrugada en California del Sur, donde apenas hay nada de buena reputación que permanezca abierto después de las nueve.

En estos momentos nos estamos acercando al final del segundo segmento del programa de la noche del 11 de mayo de 2004, poco después de la grabación de la decapitación de Nicholas Berg por una célula escindida de Al Qaeda en Irak. Vestido como de costumbre con ropa de golf y con una gorra de visera blanca con logotipo corporativo, el señor Ziegler está sentado a solas en el estudio de directo, rodeado de monitores y de fajos de impresiones de Internet. Es delgado, va bien afeitado y es atractivo de esa forma insulsa en que suelen serlo los golfistas de élite y los presentadores de televisiones locales. Sus ojos, que cuando no está presentando el programa suelen ser inexpresivos y tristes, ahora le brillan de convicción apasionada. Solamente algunos de los monitores del estudio corresponden al programa del señor Z.; los que hay cerca del techo reciben las señales sin sonido y con subtítulos de la Fox News, la MSNBC y algo que podría ser la C-SPAN. A la iz-

(Lo cual, vista la media de la industria radiofónica estadounidense, lo convierte en casi tan atractivo como una estrella de cine.)

quierda y por encima de su enorme mesa hay un reloj digital instalado en la pared que va contando segundos hacia atrás. Sus monitores computerizados muestran también la hora exacta.

Al otro lado de la mampara de cristal insonorizado que hay enfrente, otro monitor en la sala de mezclas de directo está emitiendo un episodio de *Los Simpson*, también sin sonido, que tanto el técnico de la mesa como el encargado de filtrar las llamadas de los oyentes están mirando de reojo.

Colgando delante de la cara de John Ziegler, sujeto a uno de esos pies flexibles y con bisagras que también tienen ciertas lámparas de estudiante, hay un micrófono radiofónico marca Shure recubierto de una funda de filtración de espuma gris para amortiguar las pes retumbantes y las eses sibilantes. Es por ese micrófono por el que está hablando el presentador:

–Y os diré por qué: es porque somos *mejores* que ellos.

Licenciado en administraciones públicas y filosofía por la Universidad de Georgetown, golfista de primera, antiguo locutor deportivo de televisión, posible autoridad mundial sobre el juicio a O.J. Simpson y colaborador ocasional del programa *Scarborough Country* de la MSNBC, el señor Ziegler está comparando aquí a América con lo que él denomina «el mundo árabe». Ya se acerca al final de su «rajada», que es como se denomina en el mundillo al monólogo inicial del presentador, cuyo propósito es al mismo tiempo introducir los temas que se van a tratar en el programa que empieza y estimular emocionalmente a los oyentes lo bastante como para que se sientan atraídos por el programa y no cambien de emisora. Más que ningún otro medio de masas, la radio disfruta de una audiencia cautiva –aunque solo sea por el hecho de que muchos de los oyentes están conduciendo–, pero en un mercado importante hay docenas de emisoras de onda media que escuchar, además por supuesto de la FM y la radio por satélite, y hasta las emisoras más seductoras y exitosas casi nunca consiguen más que un cinco o un seis por ciento de share de público.

–No somos perfectos, la cagamos muchas veces, pero somos *mejores* que ellos como pueblo, como cultura y como sociedad, y necesitamos reconocer eso, a fin de ser capaces de *empezar* a tratar con el mal que estamos afrontando.

Cuando algo le apasiona, la voz del señor Z. se eleva y sus brazos se agitan (algo que como es obvio solo pueden ver los que están en la sala de mezclas de directo). También se muestra inquieto, se mece ligeramente hacia arriba y hacia abajo en su silla de oficina de ejecutivo y se bambolea. Aunque tiene que quedarse sentado y no puede caminar por la sala, el presentador no tiene que permanecer a ninguna distancia fija del micrófono, ya que el técnico de la mesa, Mondo Hernández, puede ajustar sus niveles en el canal 7 de la mesa de mezclas a fin de que el volumen del señor Z. siempre esté dentro de los niveles correctos y nunca suba ni baje demasiado. Mondo, cuyo precio por dejar que alguien de fuera pueda estar en la sala de mezclas es una bolsa grande de Doritos sabor salsa picante por noche, es un hombre inmenso de veintiún años con coleta, rasgos mesoamericanos pétreos y esos ojos plácidos de abuelita que son comunes a todos los mamíferos gigantes. Evitar que la señal del estudio suba demasiado es una de las directivas principales

La explicación sencilla que da Mondo de qué es subir demasiado consiste en señalar la zona roja a la derecha de las agujas de los dos vúmetros de la mesa de mezclas: «Es cuando las agujas entran en lo rojo».

Por lo visto, la misión general consiste en mantener el volumen y la resonancia de la voz del presentador lo bastante altos para que resulten estimulantes pero no tanto como para que excedan las capacidades de una señal analógica AM o de un receptor de radio básico. Una de las razones por las que las voces de los que llaman por teléfono suenan mucho menos ricas y autoritarias es que cuesta más evitar picos en las voces telefónicas.

«Analógica» podría dar lugar a confusión puesto que, de hecho, la señal de la KFI se digitaliza para ser mandada desde el estudio hasta el centro de transmisiones de La Mirada, donde vuelve a verterse a analógica para su difusión. No obstante es verdad que las señales de AM están más limitadas, en cuanto a calidad, que las de FM. La FCC prohíbe las frecuencia de señal AM de más de 10.000 kilohercios, mientras que las señales de FM alcanzan los 15.000 kHz, principalmente porque el espectro electromagnético de la banda AM está más lleno que el de la FM.

Otra razón es el procesamiento del micro, que amplifica e iguala la voz del presentador, eliminando tonos metálicos o ásperos automáticamente en las mezclas del directo. No existe un procesamiento similar para las voces de los que llaman por teléfono.

En el improbable caso de un mayor interés, adjunto una versión simplificada del recorrido técnico que sigue la voz del señor Z. durante su radiodifusión. Esta pasa por el canal 7 de la mesa de Mondo y por la muralla de procesadores, niveladores y compresores de la sala de mezclas de directo, por el temporizador Eventide BD-980 y el procesador de dinámica Aphex de la sala de control de la KFI y por una pareja de codificadores digitales Moseley de la serie 6000 hasta el transmisor de microondas del tejado, desde donde es transmitida a 951,5 MHz a la antena de repetición de Briarcrest Peak en Hollywood Hills y, luego, desde el repetidor a 943,5 MHz hasta el transmisor de los años cuarenta de la KFI que hay en el condado de Orange, donde la señal vuelve a decodificarse mediante más Moseley 6000, vuelve a ser procesada y modulada y elevada a la frecuencia máxima legal y mandada a la antena principal de la KFI, de 231 metros, cuyos 50.000 vatios consumen seis mil dólares mensuales de electricidad y provocan que los teléfonos en un radio de ocho kilómetros reproduzcan las voces fantasmagóricas de la KFI cuando el tiempo acompaña.

de Mondo, además de asegurarse de que todos los espacios publicitarios programados estén cargados en el Prophet y entren en el momento preciso, después de lo cual tiene que confirmar que el anuncio se ha emitido tal como estaba programado en el registro especial de mezclas de directo y estampar su firma en cada una de las páginas del mismo, a fin de que la emisora pueda pasarles la factura a los anunciantes por sus anuncios. Mondo, que empezó hace dos años como becario sin cobrar y ahora gana diez dólares la hora, trabaja de las siete de la tarde a la una de la madrugada todos los días entre semana y también ejerce como técnico del programa especial de cocina que la KFI tiene los domingos por la mañana. Mientras lo tengan trabajando menos de cuarenta horas por semana, y de alguna forma siempre lo consiguen por los pelos, la emisora no tiene obligación de pagarle a Mondo la seguridad social.

Prophet es el sistema operativo especial del sistema informático de la KFI: «como el Windows de una emisora de radio», según el productor del señor Ziegler.

La decapitación de Nick Berg y su vídeo en Internet constituyen lo que en la KFI se conoce como un «Monstruo», que es una historia que tiene al mismo tiempo gran valor como noticia y un tremendo voltaje emocional. Tal como suele pasar en las tertulias políticas radiofónicas, las emociones a las que se llega con mayor facilidad son la furia, el escándalo, la indignación, el

miedo, la desesperación, el asco y una especie de regocijo apocalíptico, todo lo cual se puede encontrar a carretadas en la historia de Nick Berg. El señor Ziegler, cuyo programa solamente lleva cuatro meses en la KFI, ha tenido suerte en el sentido de que el año 2004 ha estado abarrotado de Monstruos: la captura de Saddam, el escándalo de Abu Ghraib, el juicio a Scott Peterson por asesinato, el juicio a Greg Haidl por violación colectiva, y las vistas preliminares del juicio a Kobe Bryant por violación. Pero esta noche es la más furiosa, indignada, asqueada y apasionada que el señor Z. ha tenido en antena hasta el momento, y en la sala de mezclas en directo hay consenso acerca del hecho de que está teniendo lugar una tertulia radiofónica de primera.

He aquí una muestra de «De qué va *El show de John Ziegler*», un largo editorial que sirvió de presentación del programa y que el señor Ziegler fue leyendo por entregas durante sus primeras noches en el mes de enero:

> La premisa que hay detrás de *El show de John Ziegler* es que, debido a sus tendencias socialistas, medios de comunicación incompetentes, principios morales debilitados y masas incultas, Estados Unidos, tal y como lo conocemos, está condenado. Desde mi punto de vista, desconocemos durante cuánto tiempo podremos disfrutar del país y por tanto no deberíamos malgastar unos momentos preciosos preocupándonos y quejándonos constantemente. Sin embargo, puesto que en este país no todo el mundo se ha convencido todavía de una realidad que parece tan obvia, el programa considera un mérito señalar y documentar el deceso de nuestra nación y se esforzará en hacerlo. Y puesto que prácticamente todo el mundo admitiría que valdría la pena intentar retrasar el hundimiento del *Titanic* todo el tiempo que fuera posible, siempre que sea factible, *El show de John Ziegler* tratará de taponar todas las vías de agua que pueda. Dicho lo cual, el programa es consciente de que, con indiferencia de su éxito (o del de cualquiera) a la hora de ralentizar el declive de nuestra sociedad, el resultado final sigue siendo inevitable, así que mejor pasar un buen rato mientras observamos cómo se derrumba.
>
> Sepan ustedes que este lenguaje afectado de la introducción, de trabajo de final de trimestre, que por escrito queda espantoso, resulta mucho más efectivo cuando se lee en voz alta: su rigidez le da cierto aire de autoparodia que te impide estar completamente seguro de con qué seriedad se toma John Ziegler lo que dice. Por tanto, consigue que funcione en los dos sentidos. Esta pretensión fingida a medias, que resulta ingeniosa de mil maneras, la incorporó por vez primera a las tertulias radiofónicas Rush Limbaugh, aunque con Limbaugh la semiautoparodia es más tonal que sintáctica.

John Ziegler, que es un presentador de tertulias radiofónicas de laboriosidad incansable, amplios conocimientos generales, ingenio mordaz y convicciones extremas, ha convertido la crítica a los medios en toda una especialidad. Un objeto de su repulsa y desprecio ha sido hasta ahora la decisión paternalista y cobarde de las cadenas americanas de no emitir la grabación en vídeo de Berg, y de esa forma negarles a los americanos «una imagen cierta y precisa de la barbarie, de la total *depravación*, de esa gente». Todavía más atroz le resulta al señor Z. el hecho de que los grandes medios no se escandalicen por el asesinato grabado de Berg y al mismo tiempo se retuerzan las manos y se deshagan en invectivas por las recientes fotos de supuestos abusos a los prisioneros de Abu Ghraib, algo que él percibe como un indicativo claro de la mentalidad ilusa y basada en culpar siempre a América que tiene la prensa americana. Es un contraste combinado entre la respuesta mortificada de los americanos a las fotos de Abu Ghraib y la reacción flemática del mundo árabe al vídeo de Berg lo que lleva al clímax de la rajada de esta noche, que es que nosotros somos simple y llanamente mejores que el mundo árabe; después de lo cual Ziegler invita a los oyentes a responder si así lo desean, repite el número especial mnemónico para llamar a la KFI y da paso a las noticias y anuncios que entran a y media, en el segundo exacto, mientras Mondo coge la señal ISDN de Airwatch y el productor asociado y encargado de cribar las llamadas, Vince Nicholas –que

La ISDN, donde la D significa «Digital», es en esencia una línea telefónica muy cara y de altísima calidad. Es la principal vía por la que las emisoras se alimentan de los programas de producción externa de empresas como Infinity Broadcasting, Premiere Radio Networks, etcétera. La KFI cuenta con un departamento propio de informativos, pero por las noches y los fines de semana utiliza un servicio llamado Airwatch que proporciona noticias fuera de las horas en punto e informes de tráfico a las emisoras de la zona de Los Ángeles. Cuando a y diecisiete y a y cuarenta y seis todas las horas el señor Z. presenta una información de «Alan LaGreen desde el Centro de Tráfico de la KFI» en realidad se trata de Alan LaGreen de Airwatch, que informa sobre el tráfico para diferentes emisoras en distintos momentos todas las horas y hay que tener mucho cuidado de dar las siglas correctas del Centro de Tráfico desde el que se supone que está informando.

tiene veintisiete años y lleva su calvicie con sofisticación– se aparta de su consola y levanta los brazos a modo de felicitación al otro lado de la mampara.

No hace falta decir que existen muchas modalidades distintas de estimulación. Dependiendo de las ideas políticas, de las sensibilidades y de los gustos en materia de argumentación que tenga uno, no resulta difícil encontrarle objeciones a la afirmación concluyente de Ziegler, o por lo menos pensar en algunas demandas urgentes de clarificación. Como por ejemplo: ¿a qué y a quiénes se refiere exactamente con lo de «el mundo árabe»? ¿Y por qué unos cuantos editoriales de prensa y entrevistas televisadas a gente de la calle ya bastan para representar la actitud y el carácter de toda una región llena de diversidad? ¿Y por qué resulta tan horrible el hecho de que Al-Jazira haya mostrado el vídeo de Berg si el señor Z. acaba de fustigar a las cadenas americanas por *no* mostrarlo? Y además, por supuesto, ¿qué se supone que quiere decir «mejores» en este caso? ¿Más morales? ¿Más inseguros sobre nuestra inmoralidad? ¿Acaso no resulta bastante fácil encontrar en nuestra historia atrocidades como la de Berg cometidas por ciudadanos americanos, o por agencias o incluso gobiernos de nuestro país y aprobadas por gran parte de nuestra población? O sin ir más lejos: dejando de lado el hecho de si las afirmaciones de John Ziegler son o no ciertas o coherentes, ¿acaso resulta aunque sea remotamente constructivo hacer afirmaciones generales y grandilocuentes sobre la inferioridad de otra región o cultura respecto a nosotros? ¿Qué efectos posibles pueden tener semejantes comentarios salvo incitar al odio? ¿Acaso no son un poco irresponsables?

Es cierto que nadie a ningún lado de la gruesa mampara de cristal del estudio expresa ninguna de estas objeciones ni tampoco alude a ellas. Pero esto no se debe a que el personal que ayuda al señor Z. se componga de tontos, ni de gente llena de odio, ni siquiera que estén necesariamente de acuerdo con las afirmaciones patrioteras generalizadoras. La razón es que entienden los códigos e imperativos particulares de las tertulias ra-

Quizá sea más significativo el que ninguno de los oyentes que llaman esta noche y esperan durante diez, veinte o, en un caso, más de cuarenta minutos para responder a John Ziegler tenga problema alguno con sus afirmaciones acerca de la inferioridad árabe. Y no es solo cuestión (a diferencia de los protocolos de selección de llamadas de Rush) de a quién permiten salir en antena Vince y el señor Z. Las conversaciones previas de Vince con los que llaman se oyen perfectamente en la sala de mezclas de directo: incluso las que no pasan la criba se muestran de acuerdo o, si disienten, es porque creen que la comparación no ha ido lo bastante lejos.

diofónicas dirigidas a grandes mercados. La cuestión del asunto es que el trabajo de John Ziegler no consiste en ser responsable, ni en matizar las cosas, ni en pensar si sus comentarios en las ondas son productivos o peligrosos, ni convincentes, ni siquiera defendibles. Lo cual no quiere decir que el presentador no esté dispuesto a defender su «Somos mejores» –vigorosamente–, ni que no crea que es una afirmación cierta. Quiere decir que solamente tiene un trabajo en antena, y ese trabajo es ser estimulante. Algo obvio, pero se trata de una cuestión que a menudo

La explicación que da la dirección de la KFI del término «estimulante» es pertinente, si bien algo evasiva. A continuación se incluye la transcripción parcial de una entrevista con la señorita Robin Bertolucci, la directora de programación de la emisora, una mujer inteligente, triunfadora y algo intimidadora de un modo hipnótico. (El inicio incoherente responde a que las aptitudes entrevistadoras de quien se esconde tras la P. son marginales; el pasaje gana interés a medida que avanza.)

P.: ¿Podría describir de forma resumida la filosofía de programación de la KFI?

R.: «Nos denominamos a nosotros mismos "Tertulias radiofónicas más *estimulantes*"».

P.: Esa parte ya la tenía clara.

R.: «Es el eslogan que intentamos transmitir en antena cada minuto. Que somos estimulantes. Informamos, entretenemos, somos enérgicos, dinámicos... Lo conseguimos aunando información, estimulación y entretenimiento.»

P.: ¿Qué es exactamente lo que hace que la información sea entretenida?

R.: «La actitud, la emotividad.»

P.: ¿Podría explicar ese componente de actitud?

R.: «Creo que "*estimulante*" lo resume bien. Es lo que intentamos conseguir.»

P.: [Ruidos de frustración sofocados.]

R.: «Mire, el logo de nuestra emisora es naranja, negro y blanco: da una imagen agresiva, descarnada. Creo que es muy representativo. La actitud. Un poco descarada. No somos... aburridos.»

Véase, p. ej., el señor John Kobylt, del exitoso programa de tarde de la KFI *El show de John y Ken*, en unas recientes declaraciones al *LA Times*: «Lo cierto es que lo hacemos todo por la audiencia. Sí, es nuestro trabajo. Puedo enseñarle el contrato [...] Esto no es *Meet the Press*. No son las noticias de Jim Lehrer».

pasa por alto la gente que se queja de la propaganda, la desinformación y la irresponsabilidad en las tertulias radiofónicas comerciales. Entre otras muchas cosas, las objeciones mencionadas más arriba a la afirmación de que «Somos mejores que el mundo árabe» son llamadas a la responsabilidad. Son la clase de críticas que se pueden hacer a, por ejemplo, un periodista, alguien cuyo trabajo consiste en ser responsable de lo que dice en público. Y John Ziegler de la KFI no es un periodista: pertenece al mundo del espectáculo. O tal vez sea mejor decir que forma parte de un tipo peculiar, moderno y muy popular de industria informativa, una que consigue disfrutar de la autoridad y de la influencia del periodismo sin las cargantes restricciones de la ecuanimidad, la objetividad y la responsabilidad que hacen que intentar decir la verdad sea una tarea tan aburrida para todo el que lo intenta. Se trata de una industria aterradora, aunque no por ninguna de las razones simplistas que dan la mayoría de sus críticos.

También podría calificarse de atávico, un regreso a los tiempos de antes de que Joseph Pulitzer comenzara a advertir a todos de que «una prensa cínica, mercenaria y demagoga producirá con el tiempo gente igual de abyecta». La verdad es que lo que entendemos por objetividad en el periodismo ha sido un principio general solo en el siglo XX y principalmente en Estados Unidos. Echen un vistazo a algunos diarios europeos un día de estos.

La KFI tiene grandes vallas publicitarias en los nudos viarios de toda la zona metropolitana de Los Ángeles que tienen el mismo aspecto y producen la misma sensación, aunque las vallas a menudo añaden al eslogan alguna coletilla extra: «Locos por la información», «La muerte de la ignorancia» y (sobre un fondo de camuflaje militar) «Informes de Inteligencia».

Distribuidos por dos paredes del estudio de emisión de la KFI, detrás de los monitores y los relojes, hay una docena de pósters promocionales de la KFI, todos con el llamativo esquema de colores digno de Halloween de la emisora sobre el fondo blanco brillante del eslogan. En todos los pósters, la palabra «estimulante» está al mismo

tiempo en cursiva y subrayada. Salvo por la puerta y la mampara de insonorización, el estudio entero está recubierto de baldosines aislantes provistos de extraños dibujos pollockianos a base de agujeritos. Gran parte de los baldosines se han vuelto grises y están en mal estado, y la moqueta ya no es de ningún color; la KFI lleva casi treinta años en estas instalaciones, y pronto se trasladará a otro sitio. Ni el estudio ni la sala de mezclas tienen calefacción debido a los aparatos electrónicos. Las luces del techo son viejos fluorescentes empotrados, de esos que parpadean un poco; nada proyecta sombras. En una de las paredes del estudio también hay sujeto con chinchetas el juego especial de naipes que se repartieron en la invasión de Irak del año pasado, y ahora los naipes tienen cruces dibujadas a mano sobre las caras de los baazistas que han sido capturados o que han muerto hasta el momento. La enorme mesa en forma de ele a la que está sentado el señor Z. llena casi por completo la pequeña sala; tiene tantas capas de pintura marrón encima que el tablero se ve un poco abombado. En la base de la ele hay otro micrófono que usa Ken Chiampou de *El show de John y Ken*, que se emite de tres a siete, y su pie articulado permanece ahora plegado en parte, lo cual hace que el micrófono cuelgue como una flor marchita. Lo más raro que tiene el estudio es un fuerte aroma a plátanos podridos, como si hubiera muchas pieles de plátano tiradas o incluso plátanos enteros pudriéndose en las papeleras de la sala, ninguna de las cuales parece haber sido vaciada hace poco. El señor Ziegler, que tiene su lado ascético, solo bebe agua embotellada en el estudio, y absolutamente nunca pica nada de comer, así que de ninguna manera puede ser él el origen del olor a plátanos.

El equivalente de las cartas que hay en la sala de mezclas de directo es una pegatina para coche situada junto a la cabina del productor:
¿A QUIÉN VOTARÍAN LOS FRANCESES?
AMERICANOS POR BUSH

(Nunca abandona la silla durante las pausas, por ejemplo, ni siquiera para ir al servicio.)

Vale la pena considerar el extraño paisaje mediático del que la tertulia política radiofónica es una avanzadilla. Nunca antes había habido tantas fuentes informativas distintas a escala nacional:

distintas ahora en términos tanto de medio como de ideología. Los principales periódicos de todo el mundo ya están disponibles en Internet; están las grandes cadenas televisivas, más la tele pública, la CNN por cable, la Fox News, la CNBC y demás, las revistas impresas y de Internet, los tableros de noticias de la red, *The Daily Show*, los boletines informativos por correo electrónico y los blogs. Todo esto es bien conocido: forma parte del Entorno Mediático en que vivimos. Pero también hay algunos precios que pagar e ironías muy extraños. Uno de ellos es que el control cada vez mayor de los medios de masas americanos por parte de un pequeño puñado de corporaciones ha creado una situación de fragmentación extrema, un verdadero calidoscopio de opciones informativas. Otro es que el número cada vez mayor de puntos de información de base ideológica crea precisamente esa clase de relativismo que los conservadores culturales lamentan, una especie de sálvese quien pueda epistemológico en el que «la verdad» se vuelve una simple cuestión de perspectiva y de ideario. En algunos aspectos, toda esta variedad probablemente sea buena y produzca diferencias y diálogo y todo eso. Pero también puede resultar confusa y estresante para el ciudadano medio. A menos que uno se adscriba a una ideología de masas particular y solamente consuma aquellas fuentes partidistas de noticias que ratifican lo que uno quiere creer, cada vez resulta más difícil determinar a

Tanto en antena como a micro cerrado, el señor Ziegler reconoce que «la fragmentación [de los medios informativos estadounidenses] es un factor fundamental de la destrucción de América. Ahora [los políticos y las figuras públicas] pueden ir a tantos sitios que ¿por qué iban a ir a uno en que se les planteen preguntas de verdad?».

ACOTACIÓN EDITORIAL Cuesta entender coletillas de Fox News como «Justos y ecuánimes», «Zona neutral» y «Nosotros informamos, tú decides» como algo más que humor negro, bromas que deleitan al público conservador de la cadena precisamente porque su alarde de objetividad enfurece sobremanera a los liberales, cuya interpretación literal de dichas coletillas hace que la izquierda parezca corta de luces, carente de sentido del humor y cargante.

(Una vez más, sin embargo, tampoco las noticias ferozmente partidistas son ninguna novedad en términos históricos: véanse, por ejemplo, las batallas entre los periódicos controlados por Hearst y Pulitzer a finales del siglo XIX.)

qué fuentes prestar atención y cómo distinguir exactamente la información real de la manipulación.

CONTENIDO EDITORIAL Por supuesto, esto asumiendo que uno crea que la información y la manipulación son cosas diferentes: y uno de los peligros de la metástasis de los informativos partidistas es el hecho de que permite convencerse de que las dos cosas no son distintas. Semejante convicción, si se vuelve endémica, altera el discurso democrático de la «batalla de ideas» para convertirlo en una batalla de labia entre vendedores de ideas (asumiendo, una vez más, que uno elija distinguir las ideas de la simple labia de vendedor, o la culpabilidad/inocencia real de los simples argumentos de los abogados, o los compromisos vinculantes de la mera expresión «Prometo», etcétera, etcétera).

Nota: en un estudio político-cultural reciente y muy astuto titulado *Sore Winners* [«Ganadores resentidos»], John Powers del *LA Weekly* aborda el problema desde una óptica ligeramente distinta: «Así como la proliferación de las citas entusiastas en la publicidad de películas ha conseguido que todos los críticos parezcan idiotas o un incordio, de igual modo la proliferación de fuentes de información como si fueran setas –muchas de ellas chapuceras, cortas de personal o bien descabelladamente partidistas– ha devaluado de manera inevitable la autoridad de cualquier fuente individual».

Esta fragmentación y confusión han contribuido a generar lo que se llama a veces los «metamedios» o bien la «industria de la explicación». Según la mayor parte de las taxonomías, esta categoría incluye a los críticos de los medios que hay en la prensa diaria, a ciertas revistas de gran prestigio, programas de debates como el *Reliable Sources* de la CNN, blogs de control de los medios como instapundit.com y talkingpointsmemo.com, así como un gran porcentaje de tertulias políticas radiofónicas. No es casualidad que una de las frases marca de la casa que al señor Ziegler le gusta decir con la sintonía de su programa de fondo en el minuto seis de la emisión es «... el programa donde examinamos las noticias del día, les ofrecemos a ustedes los datos y luego les contamos la verdad». Porque esa es la que la mayoría de las tertulias radiofónicas sobre política en

De acuerdo, la mayoría de las tertulias políticas radiofónicas incluyen cosas que nada tienen que ver con la información, a menudo elementos personales pensados para ayudar a elaborar el personaje radiofónico de un presentador y fomentar en el oyente la sensación de que trata con una persona real. En *El show de John Ziegler* el señor Z. habla con frecuencia de sus antiguos trabajos y cuitas personales y cuenta con una sección periódica de

(Continúa en la página siguiente)

(Viene de la página anterior)

«Pregúntele lo que quiera a John» que con el título ya lo dice todo. El modificador «política» básicamente sirve para excluir cierto tipo especial de tertulia radiofónica como la del programa de Dave Ramsey sobre finanzas personales, el programa de consejos informáticos de Kim Komando, el del doctor Dean Edell, el de Howard Stern, etcétera.

el año 2004 consideran su función: explorar con un grado de profundidad y detalle que no aplica el resto de los medios, así como interpretar, analizar y explicar esas noticias.

Todo lo cual suena genial, salvo, claro está, por el hecho de que «explicar» las noticias en realidad quiere decir hacer de editor, infundir las opiniones del propio presentador en lo que ha sucedido durante el día. Y aquí es donde empieza la verdadera controversia, porque estas opiniones, igual que las de cualquier otra persona, están exentas de los estándares periodísticos estrictos de verdad, probidad, etcétera, y sin embargo a menudo el presentador de la tertulia radiofónica no las emite como opiniones sino como verdades reveladas, unas verdades que son omitidas de forma intencionada o suprimidas por unos «grandes medios» que son «parciales» y se encuentran orientados hacia intereses liberales. O esta es por lo menos la plantilla retórica del programa de Rush Limbaugh, a cuya imagen están modeladas la mayoría de las tertulias políticas distribuidas a escala nacional y para grandes mercados, desde el programa de Sean Hannity para la ABC y el de Laura Ingraham para la Talk Radio Network hasta los programas de G.G. Liddy, Rusty Humphries, Michael Medved, Mike Gallagher, Neal Boortz, Dennis Prager y, en muchos sentidos, el señor John Ziegler.

Una rápida muestra: Mike Gallagher, colaborador habitual de Fox News cuyo programa distribuye Salem Radio Network, pronto publicará un libro titulado *Surrounded by Idiots: Fighting Liberal Lunacy in America* [*Rodeado de idiotas: Luchar contra la locura liberal en América*]. Neal Boortz, que escuchamos gracias a Cox Radio Syndication y JRN, se autodenomina «Sumo Sacerdote de la Iglesia de la Dolorosa Verdad» y los anuncios que ha insertado recientemente en publicaciones comerciales incorporan la siguiente cita: «¿Cómo vamos a tomarnos en serio la seguridad en los aeropuertos hasta que la selección por razones étnicas no solo se permita, sino que se *fomente*?».

No es que todos estos presentadores sean aquello en que Limbaugh se ha convertido y que Hannity ha sido desde el

El señor Z. se considera un libertario a pesar de que no está asociado al Partido Libertario porque piensa que «son incapaces de organizarse», cosa que parece afirmar sin dobles sentidos.

principio: filiales completamente en manos del Partido Republicano, mucho más interesadas en la política partidista que en la batalla de ideas. Pero es justo decir que todos estos otros programas le plantean al oyente el mismo problema básico que la EIB Network o la Hannitización: es decir, aseguran estar explicando y ayudando a la interpretación mediante el acto de desnudar las cosas de ideología, pero de hecho están promulgando ideología, ofreciendo nada más que un sesgo político particular sobre las noticias, y afirmando –tal como siempre afirman los manipuladores hábiles– que no son ellos sino el Otro Bando el que está manipulando y sesgando las cosas y ofreciendo un ideario. El resultado es lograr que lo que sea que decidamos llamar «las noticias» constituya algo todavía más difuso y desconcertante: a menos, nuevamente, que se dé el caso de que el oyente comparta las ideas políticas del presentador, en cuyo caso lo que la tertulia política radiofónica ofrece no es más que una confirmación detallada y estimulante de cosas que el oyente ya cree.

PURAMENTE INFORMATIVO Es verdad que, en algunos mercados grandes e incluso en el ámbito nacional, unos pocos presentadores de tertulias políticas radiofónicas se declaran moderados o liberales. Probablemente los más conocidos sean Ed Schultz, Thom Hartmann y Doug Stephan. Pero son solo unos pocos y únicamente Stephan alcanza algo parecido a audiencias nacionales. De sobra son conocidas las tribulaciones de Franken y compañía en Air America. La cuestión estriba en que no es injusto ni impreciso afirmar que la tertulia política de la radio actual es, en general, abrumadoramente conservadora.

(cuyo programa en realidad es solo semipolítico)

(Por una pura cuestión de principios, no se va a hacer aquí ninguna mención a Michael Savage en ningún sentido, nunca.)

Con unas mil cuatrocientas emisoras americanas que hoy emiten tertulias, con catorce millones y medio de personas que escuchan habitualmente a Limbaugh y once millones a Hannity, dos millones y medio tanto en el caso de Boortz como en el

Estas cifras se basan en el índice Cume semanal de oyentes mayores de doce años de los índices Arbitron de 2003. (Enseguida explicaré la terminología.)

de Gallagher y más de un millón en el de Liddy, Humphries, Medved e Ingraham, lo que en parte les resulta tan inquietante a los liberales y a los moderados es que no está claro si *a*) las tertulias políticas de la radio se están limitando a servirle a la gente de derechas su ración diaria de carne roja; si *b*) están funcionando como propaganda que provoca que los oyentes indecisos se vuelvan más conservadores debido a que los presentadores son unos polemistas tan seductores; o si *c*) ambas cosas. Es sabido que las tertulias radiofónicas desempeñaron un papel decisivo en mantener vivos los escándalos Whitewater y Lewinsky durante el suficiente tiempo para maniatar la presidencia de Clinton, y que la reiteración continua de historias exageradas sobre la supuesta invención de Internet por parte de Al Gore y sus afirmaciones sobre *Love Story* dañaron su candidatura. Es sabido que el aumento vertiginoso de popularidad de las tertulias radiofónicas durante la década pasada coincide con el crecimiento y la movilización del ala derecha del Partido Republicano, con la proliferación de medios partidistas, con la alianza entre el neoconservadurismo y el cristianismo evangélico, y con lo que parece la desaparición repentina de la contención, la tolerancia y el civismo –aunque sea como fingimiento de respeto mutuo– del discurso político

(y al Comité Nacional Demócrata y a los comités de acción política progresistas, y a politólogos y analistas electorales)

ACOTACIÓN NO EDITORIAL Un modo evidente mediante el que las tertulias radiofónicas y las cadenas por cable conservadoras influyen en la política: por repetición. Que es algo que se les da muy, muy bien. Si una historia, una acusación o cualquier trivialidad se machaca lo bastante en los medios de comunicación conservadores, una y otra vez, día tras día, es casi inevitable que los grandes periódicos la recojan, aunque solo sea porque al final se convierte en noticia el hecho de que los medios conservadores le estén dando tanto bombo. En muchos casos, la parte «Los comentaristas conservadores están acusando de que...» desaparece (aunque solo sea porque son detalles confusos y nada atractivos comparados con la acusación en sí) y la historia toma vida propia.

Que ciertos vicios sistemáticos de nuestra prensa mayoritaria (por ejemplo, la pereza y la codicia) son responsables en parte del éxito de esta táctica resulta demasiado obvio como para incidir más en ello.

Olvídense de los años sesenta: habría que retrotraerse a 1800 y al enfrentamiento entre federalistas hamiltonianos y republicanos-demócratas jeffersonianos para encontrar semejante ponzoña bilateral.

americano. Es sabido que el cincuenta y ocho por ciento de los oyentes de tertulias radiofónicas ganan más de cincuenta mil dólares anuales, que el treinta y cuatro por ciento de esos oyentes mayores de veinticinco años son licenciados universitarios, y que el público de las tertulias políticas radiofónicas tiene más tendencia a votar que la gente que escucha otros formatos de radio. Lo que no se sabe es qué quiere decir nada de todo esto.

(... aunque no faltan opiniones, p. ej.)

Una de las teorías generales más verosímiles considera que las tertulias políticas de la radio son uno de los diversos «terrenos impulsores» importantes de la derecha estadounidense. La conclusión de dicha teoría es que la tertulia radiofónica funciona como una especie de pleno municipal electrónico donde pueden inflamarse las pasiones y afilarse los argumentos bajo el locuaz tutelaje de los presentadores. Lo que cautiva de este tipo de explicación no es solo el hecho de que evite la paranoia simplista sobre la desinformación/agitación política (comparar a Limbaugh y Hannity con Hitler y Goebbels es tonto, inútil y blanco fácil para las mofas de los conservadores), sino el que contribuya a explicar eso que constituye un misterio más profundo y mucho más irritante para los no conservadores. El misterio de por qué ahora la derecha ocupa el lugar donde está la verdadera energía de la vida política estadounidense, de por qué el mensaje conservador parece mucho más franco y estimulante, de por qué todos ellos se están *divirtiendo* muchísimo más que la izquierda del *New York Times* y *The Nation* y la radio pública y el Congreso Nacional Demócrata. Parece razonable argüir que la tertulia radiofónica o bien forma parte de un cúmulo de circunstancias fortuito, o bien es una estrategia de éxito desmesurado para aunar a un grupo amplio de ciudadanos con ideas afines en torno a un conjunto coherente de conceptos simples, animarlos e incentivarlos a la acción política. El hecho de que la izquierda estadounidense disfrutara de esta clase de unión energizante en las décadas de 1960 y 1970 y ahora (¿por qué no admitir la verdad?) la haya perdido es lo que otorga a muchas de las quejas de la izquierda sobre las tertulias radiofónicas esa amargura, ese tono llorica... un tono con el que la derecha aún se divierte más y para el que también la teoría tiene una explicación.

MUY EDITORIAL ¿Realmente es esta la cuestión que enloquece a cualquiera que contemple la situación desde fuera? ¿Por qué el conservadurismo está tan de moda? ¿Qué explica su tirón popular? No puede reducirse al 11-S; es anterior

(Continúa en la página siguiente)

(Viene de la página anterior)

al 11-S. Pero ¿desde cuándo la derecha goza de tanto vigor? ¿Acaso ha existido durante décadas una Mayoría Silenciosa reaccionaria, frustrada pero atomizada, a la espera de una chispa que la instigara? En tal caso, ¿fue Ronald Reagan esa chispa? Pero en los años ochenta con Reagan no existía este brío populista de derechas. ¿Empezó cuando Gingrich fue nombrado portavoz o con aquel odio embriagado a todo lo que tenía que ver con Clinton? ¿O es que el conjunto del país de algún modo se ha movido tanto a la derecha que ahora el conservadurismo más radical alimenta, cual tormenta, la encendida energía voraginosa de la mayoría?

¿O ocurre al revés: que Estados Unidos ha avanzado tanto y tan deprisa hacia la permisividad cultural que hemos alcanzado una suerte de ápside? Podría resultar instructivo tratar de ver las cosas desde la perspectiva, pongamos, de un veterano del ejército del Medio Oeste rural, trabajador y temeroso de Dios. No cuesta tanto. Imaginen ustedes cómo debe de ser mirar a través de sus ojos el mundo de la MTV y el contenido de los videojuegos, la burda sexualización de las modas infantiles o a Janet Jackson mostrando su aureola en lo que se supone que es un día sagrado. Imaginen que son él y que tienen que explicarle a su hijo pequeño lo que es el sexo oral y qué tiene que ver con el presidente de Estados Unidos. En el ordenador familiar surgen de la nada anuncios de alargadores de pene y Fulanas Calentorras y Mojadas. En la escuela a sus hijos les enseñan la segunda guerra mundial y la guerra de Vietnam en términos del internamiento de los japoneses y los horrores de My Lai. Los homosexuales exigen el sagrado matrimonio; su médico se traslada porque no puede permitirse el seguro contra demandas; los extranjeros ilegales quieren carnet de conducir; las élites de Hollywood despotrican contra América pero le sacan millones; se ridiculiza al presidente porque lee la Biblia; los curas toquetean a los niños a diestra y siniestra. Joder, si es que el país ha sufrido un *ataque directo* [«*directly attacked*»] y la gente no apoya a nuestro comandante en jefe.

(En el Medio Oeste profundo, *directly* se pronuncia con una *i* larga.)

Asuman por un momento que no es una locura ver las cosas como este hombre. ¿Qué mensaje contundente, convincente y relevante puede ofrecerle el centro o la izquierda? ¿Nos atreveremos a admitir que hemos contribuido a que escuche el «Somos *mejores* que ellos» no como algo retorcido y aterrador sino como algo refrescante, redentor y verdadero? Y entonces, ¿qué hacemos ahora?

La KFL del 640 de la onda media emite el programa de Rush Limbaugh todos los días entre semana, de las nueve de la mañana a mediodía, a través de una señal ISDN en directo suministrada por Premiere Radio Networks, que es una de las

«Carga de anuncios» es el término que usa la industria para referirse al número de minutos por hora que se dedican a publicidad. La frase del texto principal viene a cuento de que cierto porcentaje de los anuncios que se pasan en la KFI entre las nueve y las doce de la mañana son de Rush y de la PRN, y es a ellos a quienes pagan los anunciantes. Los porcentajes y distribuciones exactos entre anuncios locales y externos se determinan mediante «el Reloj», que se representa con una gráfica en forma de pastel que está en manos de la señorita Bertolucci pero que esta solo muestra muy fugazmente puesto que las porciones cargadas de anuncios de los programas externos en mercados importantes implican complejas negociaciones entre la emisora y la agencia de distribución nacional, y la KFI considera sus Relojes de programación externa información privada: la dirección no quiere que otras emisoras sepan los tratos a los que ha llegado con la PRN.

docenas de cadenas nacionales que efectúan desconexiones locales y que son propietarias de tertulias radiofónicas tan populares que a las emisoras locales les sale a cuenta emitirlas aunque les cueste una parte de su carga de anuncios. Lo mismo se puede decir de la doctora Laura Schlessinger, que opera desde California del Sur y que solía emitir su programa nacional desde la KFI hasta mediados de los noventa, cuando Premiere construyó sus instalaciones en Los Ángeles y pudo así ofrecerle un local más suntuoso. La doctora Laura emite en la KFI de lunes a viernes desde mediodía hasta las tres. Junto con el programa de Phil Hendrie (otro presentador de la KFI cuyo programa pasó a emitirse en todo el país, y que ahora tiene camerino y estudio propios en Premiere), el único otro programa de distribución nacional que la emisora emite entre semana es *Coast*

En el vídeo de White Star Productions *Historia de la tertulia radiofónica*, disponible en las mejores bibliotecas, puede verse a la doctora Laura realizando su programa aquí en la KFI, aunque está frente al micro en lo que ahora es la sala de mezclas –que según Mondo antes era el estudio, mientras que lo que ahora es el estudio hacía las veces de sala de mezclas de directo–. (No está claro por qué cambiaron de ubicación, pero no cabe duda de que trasladar todo el equipo debió de ser un follón.) En el vídeo, el pequeño reloj digital gris que cuenta los segundos encima de la mesa de la doctora Laura es el mismo que ahora cuenta los segundos en la pared del estudio a la izquierda del señor Ziegler –o sea, que es el mismo reloj–, cosa que no solo resulta extrañamente emocionante, sino que además testimonia el ahorro de la KFI en gastos de capital.

to Coast with George Noory, que cubre y analiza noticias paranormales durante la madrugada.

Coast to Coast solía comenzar a las diez y durar toda la noche, lo cual suponía redifundir ciertas horas del programa entre las dos y las cinco de la madrugada. El gran experimento de este año de la KFI empezó trasladando el programa de Noory para que empezara a la una de la mañana y eliminando las redifusiones, al tiempo que se liberaba la franja entre las diez de la noche y la una de la mañana para un programa Cercano y Directo.

Sean cuales sean los efectos sociales de las tertulias radiofónicas o de los idearios partisanos de ciertos presentadores, es una falacia que las tertulias políticas estén motivadas por la ideología.

La persistencia de esta falacia entre los detractores izquierdistas de las tertulias radiofónicas es extraordinaria: en realidad fue una de las premisas principales que se escondían tras el lanzamiento de Air America. Tal como resume William G. Mayer en *The Public Interest*, suele argumentarse que la radio de derechas «pertenece a grandes corporaciones sedientas de beneficios o a individuos adinerados a los que solo mueven los beneficios, que usan sus empresas para promover idearios políticos conservadores y procapitalistas». El análisis de Mayer también identifica la gran falta de lógica económica de dicho argumento. Supongamos que soy el propietario conservador y furibundamente capitalista de una empresa radiofónica. Creo que el conservadurismo basado en el mercado libre está en posesión de la Verdad y que a Estados Unidos le iría mejor en todos los sentidos si todo el mundo fuera conservador. Esto, para mí, convierte el conservadurismo en un «bien público» en el sentido del término que se le da en primer curso de economía: es decir, que el electorado conservador es un bien público del mismo modo en que lo es un medio ambiente limpio o una población sana. Y la misma economía básica que explica la contribución de las corporaciones a la polución atmosférica y la obesidad explica por qué mi empresa radiofónica no tiene ningún incentivo para promocionar ese bien público que es el conservadurismo. Porque el tiempo y el dinero que mi empresa gastaría intentando propagar la Verdad arrojarían (en el mejor de los casos) solo un incremento minúsculo de conservadurismo en el conjunto del país –y sin embargo las ventajas de ese aumento de conservadurismo serían compartidas por todos, incluidos mis competidores en la radio, a pesar de que ellos no habrían contribuido ni un ápice a ayudar a cambiar la opinión pública–. En otras palabras, que solamente yo habría pagado por un beneficio del que también disfrutaría, gratis, la competencia. Todo lo cual salta a la vista que no sería bueno para el negocio… razón por la que en interés de mi empresa no invierto en promulgar ideologías.

No lo están. Las tertulias políticas radiofónicas son un negocio, y están motivadas por los beneficios. Si el conservadurismo domina hoy día la onda media es porque genera índices de audiencia Arbitron elevados, tarifas altas de los anunciantes y beneficios máximos.

La radio se ha vuelto un negocio más lucrativo de lo que la mayoría de la gente cree. Durante la mayor parte de la pasada década, los ingresos de la industria han ido aumentando en más de un diez por ciento anual. El margen medio de liquidez de las principales empresas radiofónicas es hoy día del cuarenta por ciento, comparado con algo así como el quince por ciento de las cadenas de televisión; y el precio medio que se paga por una emisora de radio ha pasado de ocho a más de trece veces su liquidez. Esta extrema rentabilidad, que determina la estructura de la industria, se debe en parte a la Ley Federal de Telecomunicaciones de 1996, que permitió a las empresas radiofónicas adquirir hasta ocho emisoras de un mercado determinado y controlar hasta el treinta y cinco por ciento de los ingresos totales por publicidad de ese mercado. La aparición de los enormes conglomerados radiofónicos dominantes como Clear Channel e Infinity son consecuencia directa de la Ley del 96 (que la FCC, ayudada por el muy conservador Tribunal de Apelaciones de Washington DC, ha intentado después hacer todavía más permisiva). Y estos conglomerados radiofónicos disfrutan no solamente de sustanciales economías de escala, sino también de niveles casi sin precedentes de integración empresarial.

(Además eliminó las limitaciones en el número de mercados en los que podía entrar una empresa.)

Ejemplo: Clear Channel Communications Inc. es ahora propietaria de la KFI del 640 de la onda media, además de otras dos emisoras de onda media y cinco de FM en el mercado de Los

Clear Channel compró la KFI –mejor dicho, la empresa radiofónica propietaria de la KFI– hacia el año 2000. Resulta todo un poco confuso porque por lo visto Clear Channel en realidad compró, o absorbió, la empresa radiofónica que acababa de comprarle la KFI a otra empresa radiofónica, o algo así.

La KABC, competidora local de la KFI, es propiedad de Disney.

Ángeles. También es propietaria de Premiere Radio Networks. Y también resulta ser propietaria del servicio de noticias e información sobre el tráfico Airwatch. Y además diseña y fabrica

Resulta que una de las razones de que los viejos estudios de Koreatown estén hechos un asco es que la KFI está a punto de trasladarse a un nuevo y flamante complejo en Burbank que acogerá cinco emisoras de Clear Channel y les permitirá compartir muchos equipos y software de última generación. Algunas de las razones que explican la fusión tienen que ver con el complicado paso de la onda media de emitir en analógico a hacerlo en digital, transformación que resulta mucho más económica si varias emisoras comparten el equipo. El complejo central de Burbank también contará con un sistema operativo mega-Prophet mejorado que podrán usar las cinco emisoras además de compartir archivos, lo que para la KFI se traduce en un práctico acceso a tiempo real a toda clase de cortinillas musicales, efectos sonoros y cortes de voz pregrabados.

En tanto que técnico de sonido, Mondo Hernández también es responsable de bajar y ordenar las secciones de música popular que introducen *El show de John Ziegler* y sirven de fondo a la voz del señor Z. cuando empieza un nuevo segmento. Por supuesto, las cortinillas son una convención de la tertulia radiofónica: Rush Limbaugh tiene la franquicia de los Pretenders, y Sean Hannity siempre usa esa horrible canción de Martina McBride titulada «Let freedom ring/Let the guilty pay». El señor Z. prefiere un conjunto rotativo de éxitos clásicos del rock, pero en la actualidad sus favoritos son «Right Now» de Van Halen y cierta parte particularmente alegre del tema principal de *Piratas del Caribe* porque, según Mondo, «Le ponen a cien». En caso de que alguien sienta curiosidad, la respuesta a cómo consiguen las tertulias radiofónicas utilizar en sus programas canciones registradas son la BMI y la ASCAP, que tal como explica Mondo son las dos grandes entidades con derecho a otorgar licencias a las que la emisoras pagan por el uso de la música de sus clientes. Mondo no está seguro de qué significan esas siglas, pero sabe que la KFI usa la BMI –o mejor dicho, Clear Channel paga a BMI una cuota anual que le da derecho a un uso ilimitado del catálogo de la agencia en todas sus emisoras–. He aquí otro ejemplo de economía de escala de Clear Channel: no queda claro cómo consiguen pagar las cuotas las emisoras pequeñas e independientes.

Nota: el señor Z. suele llamarse a sí mismo «Zig» o «el Zigmeister» y no ha escatimado esfuerzos para conseguir que en la KFI todo el mundo le llame Zig, si bien con un éxito limitado hasta la fecha.

(Resulta que BMI significa Broadcast Music Inc. y «recauda las cuotas en nombre de más de doscientos mil artistas de todo el mundo».)

(Pese a ciertas sospechas, la investigación de aficionado no ha encontrado pruebas de que Clear Channel o cualquiera de sus subsidiarias sea propietaria de BMI.)

(Esto significa que las negociaciones entre la KFI y Premiere acerca de los términos de la distribución de los programas de Rush, la doctora Laura y demás, son en realidad negociaciones entre dos partes de una misma compañía, lo cual ayuda a explicar o vuelve todavía más misteriosa la reticencia por parte de la KFI a detallar los Relojes de sus programas de la PRN.)

Prophet, el sistema operativo de la KFI, que es lo último de lo último y por tanto resulta demasiado caro para la mayoría de las emisoras independientes. En resumidas cuentas, Clear Channel es propietaria de unas mil doscientas emisoras de radio por todo el país, una de las cuales resulta ser la WHAS de Louisville, Kentucky, la emisora de tertulias de AM de la que John Ziegler fue despedido en agosto de 2003 en medio de una vorágine de controversia y rumores. Lo cual quiere decir que el señor Ziegler trabaja ahora en Los Ángeles para la misma compañía que hace poco lo despidió en Louisville, de forma que ahora su despido parece –en retrospectiva, y considerando los tamaños relativos de los mercados de Louisville y Los Ángeles– haber sido un ascenso. Todo lo cual resulta ser una historia extraña y reveladora sobre cómo es la vida de un presentador de tertulias radiofónicas.

(2)

Por razones obvias, las críticas a las tertulias políticas radiofónicas suelen tener que ver principalmente con el contenido de los programas. La dirección de las emisoras de tertulias, por otro lado, suele considerar el contenido algo subsidiario a la personalidad, a cómo de estimulante es un presentador determinado. En cuanto a los presentadores, pregúntenle al señor Ziegler cuando no está en el aire qué es lo que le hace bueno en su trabajo y él se encogerá de hombros con gesto lúgubre y dirá: «La verdad es que no soy tan bueno. Tengo pasión, y trabajo muy duro». Aunque sea algo que se da tan por sentado que nadie del mundillo parece fijarse en ello, hay algo que una

En esta industria, «pasión» es una palabra importante y John Ziegler la usa mucho en relación consigo mismo. Por lo visto, significa más o menos lo mismo que cuando la señorita Bertolucci dice «garra» o «actitud».

persona de fuera, sentada en la sala de mezclas de directo y mirando a John Ziegler ante el micrófono, puede ver enseguida. Ser presentador de tertulias radiofónicas es un trabajo exótico y sometido a una gran presión para el que no mucha gente está preparada, y que se te dé realmente bien requiere habilidades tan especializadas que muchas de ellas no tienen ni nombre.

A fin de apreciar estas habilidades y algunas de las dificultades que van asociadas a las mismas, puede ir bien hacer un experimento. Intenten sentarse a solas en una habitación con un reloj, enciendan una grabadora y empiecen a hablar a la misma. Hablen de lo que ustedes quieran, con la condición de que su tema, y sus opiniones sobre este, sean de interés para un grupo de desconocidos que ustedes se imaginan que están escuchando la cinta. Por supuesto, a fin de resultar mínimamente interesantes, sus comentarios tienen que ser inteligibles y sus razonamientos secuenciales –el oyente tiene que ser capaz de seguir la lógica de lo que están ustedes diciendo–, lo cual significa que hay que saber lo bastante sobre el tema como para organizar sus afirmaciones de forma coherente. (Pero no se puede llevar a cabo mucha de esta organización de antemano: la tienen que ir llevando ustedes a cabo al mismo tiempo que hablan.) Además, en un plano ideal lo que digan no solo tiene que ser comprensible e interesante, sino también atractivo, estimulante, lo cual quiere decir que sus comentarios tienen que provocar y sostener alguna clase de reacción emocional por parte de los oyentes, lo cual a su vez requerirá que ustedes construyan alguna clase de personaje identi-

Parte de la respuesta a por qué a las tertulias radiofónicas conservadoras les va tan bien tal vez radique en que ese conservadurismo extremo proporciona una plantilla nítida, clara e inequívoca con la que organizar las opiniones de uno y las respuestas que da al mundo. El término con el que en la actualidad se alude a esta clase de plantilla es «claridad moral».

Por supuesto resulta mucho menos difícil provocar ira e indignación sinceras y escandalizar a gente que generar alegría, satisfacción, fraternidad, etcétera. Estos últimos son sentimientos frágiles y complejos y aquello que los suscita varía mucho de una persona a otra, mientras que la ira y demás son sentimientos más primarios, universales y fáciles de estimular (tal como se deduce de expresiones como «Yo me caliento enseguida»).

Y además esto: piensen en la intimidad especial de la tertulia radiofónica. Normalmente se escucha a solas: la radio es el medio de retransmisión más solitario. Y escuchar solamente a medias resulta mucho más habitual en los formatos musicales que en los de charla. Hay un ser humano hablándote, con una voz calibrada profesionalmente, con elocuencia y pasión, en lo que parece un mano a mano; pronto empiezas a tener la sensación de que le conoces. Razón por la cual uno suele llevarse una gran impresión cuando conoce a un locutor y le ve la cara: entonces descubres que tenías una imagen mental de esa persona sin saberlo, y que siempre era equivocada. Es debido a esta impresión discordante por lo que Rush y la doctora Laura, pese a las gigantescas audiencias acumuladas, nunca triunfaron en televisión.

(y la industria se esmera en recordárselo a los anunciantes)

ficable y se metan en el mismo: hará falta que a los oyentes les dé la impresión de que sus comentarios vienen de un ser humano de verdad, alguien con una personalidad de verdad y sentimientos de verdad sobre lo que sea que están ustedes tratando. Y aún tiene más dificultad la cosa: están intentando ustedes comunicarse en tiempo real con alguien cuyas reacciones no pueden ver ni oír; y aunque están ustedes comunicándose de forma oral, sus comentarios no pueden tener ningunas de las cualidades fragmentarias, repetitivas y embrolladas de la verdadera habla entre personas, ni tampoco los tics inconscientes del habla como «hum» u «o sea», ni los principios en falso ni el tartamudeo ni las pausas largas mientras uno piensa en cómo expresar lo que quiere decir. Por supuesto, también se le niegan a uno las inflexiones físicas que tan importantes son en el inglés hablado: las expresiones faciales, los cambios de postura y la sinfonía de pequeños gestos que acompañan y apoyan el habla verdadera. Todo lo que no digan sobre ustedes, sobre su tema y lo que piensan del mismo lo tienen que transmitir a través del timbre, el volumen, el tono y el ritmo. El ritmo es especialmente importante: no se puede ir demasiado despacio, ya que es indicativo de poca energía e insulsez, pero tampoco se puede ir demasiado deprisa porque se acaba farfullando. Y de alguna forma hay que tener en cuenta todos estos imperativos y restricciones de forma simultánea, a la vez que se llenan, por ejemplo, diez minutos exactos, sin dejar silencios y

sin repetir nada, de tal forma que a las 10.46 uno tiene que dejar las cosas bien cerradas y estar en posición de decir: «La KFI es la emisora que tiene informes de tráfico más frecuentes: Alan LaGreen está en el Centro de Tráfico de la KFI» (para lo cual, siendo sinceros, a veces el señor Z. solo deja tres o hasta dos

En realidad la cuestión de encajar los tiempos con exactitud es un poco menos urgente para los presentadores que cuentan con el respaldo de Clear Channel. Y es así porque en la sala de mezclas de directo de la KFI, en la tercera fila empezando por abajo, en uno de los dos procesadores de dos metros y medio que hay situados a la izquierda de la mesa de mezclas de Mondo, se encuentra una grabadora de discos magnetoópticos Akai DD1000, conocida en términos informales como «Cajón». Se trata de un compresor de sonidos, que aprovecha el hecho de que incluso un programa de estudio en directo –debido a la demora de siete segundos que impone la FCC– está grabado. He aquí cómo Mondo, a cambio de ciertos comestibles de máquina expendedora, explica lo que es el Cajón: «Se supone que todos los programas deben empezar seis minutos después de las horas en punto. Pero si meten más anuncios o, por ejemplo, el tráfico se alarga, resulta de pronto que estamos empezando a y siete o algo así. El cajón puede coger un... segmento de veinte minutos y dejarlo en diecinueve». Lo hace mediante un procesador informático de sonidos que elimina las pausas y periódicamente acelera un poco el discurso del señor Z. El truco está en que el Cajón comprime el sonido de modo tan ingenioso que no oyes la aceleración, al menos no cuando veinte minutos se convierten en diecinueve («Bajar a dieciocho es arriesgado, y si lo reduces a unos diecisiete está claro que lo notas»). Por tanto, si la cosa se alarga un poco, Mondo tiene que recurrir al Cajón –con suma destreza, mediante unos controles que parecen complicadísimos– para asegurarse de que todo se ciñe al Reloj y que las entradas de Airwatch, las promociones y los anuncios siguen el plan fijado. La sospecha creciente acerca de por qué la Akai DD1000 se llama Cajón ocasiona una P.: ¿Presiona la emisora a Mondo u otros técnicos de sonido para que utilicen el Cajón y compriman los programas para así dejar sitio a más anuncios? R.: «En realidad, no. Se limitarían a colar uno o dos anuncios de más y luego yo tendría que apañármelas lo mejor que pudiera».

segundos y lo tiene que decir extremadamente deprisa, algo que hace siempre sin cometer ningún fallo). Así pues, prepárense y... adelante.

No es broma. Vean por ejemplo lo que dice el productor de *El show de John Ziegler*, Emiliano Limon, que

El único problema de elocución que alguna vez demuestra el señor Z. es confundir las palabras inglesas *censure* [«censura»] y *censor* [«censor»]

entró en la KFI como presentador de las madrugadas de los fines de semana antes de cruzar al otro lado de la mampara:

–Lo asombroso es que cuando coges a gente nueva que cree que puede hacer una tertulia radiofónica, te los quedas mirando la primera vez. A los tres minutos ya tienen una mirada que dice: «Oh, Dios mío, pero si me quedan diez minutos, ¿qué voy a decir?». Y eso me ha pasado mucho a mí. Así que terminas hablando de ti mismo [algo que, por complejas razones filosóficas, el productor desaprueba], o bien terminas refunfuñando.

Emiliano es un hombre corpulento, muy tranquilo y competente de unos treinta y cinco años que o bien lleva la misma camiseta negra del *LA Times* todos los días o bien tiene un armario lleno de camisetas iguales. Fue relevado de otras tareas para ayudar a lanzar el programa experimental de la KFI Cercano y Directo, un encargo que como es obvio requiere trabajar estrechamente con el señor Z., y que Emiliano parece aceptar como su castigo kármico por ser tan imperturbable y fácil de tratar. Se ríe más él solo que todos los demás trabajadores de la KFI juntos.

–Me acuerdo de una vez en que me paré después de cinco minutos. Simplemente había acabado, y se pusieron a decirme: «Eh, ¿qué haces? ¡Que te faltan diez minutos más!». Y yo les dije: «¡Es que no sé qué más decir!». Y eso es lo que pasa. A ese gente que piensa: «Oh, yo puedo hacer tertulias radiofónicas», pues bien, no es tan fácil como parece. Mucha gente no lo aguanta en cuanto han probado, ya sabes: «Caray, ¿tengo que llenar todo ese tiempo *y además* ser interesante?».

»Luego, a medida que pasan los días y sigues haciéndolo, hay algo que te va quedando absolutamente claro. En la radio en realidad no estás actuando. Eres *tú*. Si nadie reacciona y los índices de audiencia son bajos, *eres tú* quien no les gustas.

Algo que vale mucho la pena recordar.

Otra teoría muy divulgada sobre la ideología y las tertulias radiofónicas está ejemplificada por cosas como lo que sigue, que es © 2002 del *New Statesman*: «¿Por qué las tertulias radiofónicas son tan abrumadoramente de derechas? [Es] porque la gente de izquierdas tiene tendencia a ser incluyente, tolerante y

reflexiva, y esas cualidades hacen que un programa de radio sea aburrido». Suponiendo que uno acepte esta caracterización tan generosa de la izquierda, la gran cuestión pasa a ser por qué la tolerancia y la reflexión generan una «radio aburrida». Una premisa no explícita que se encuentra detrás de la teoría, sin embargo, es que la principal razón por la que la audiencia escucha las tertulias políticas de la radio es por el entretenimiento, por la excitación: y sin embargo no está nada claro por qué esto es así. El mismo artículo del *New Statesman* incluye una cita de apoyo de una fuente de la industria: «A los izquierdistas no se les da bien la radio porque las tertulias radiofónicas son como la Federación Mundial de Lucha Libre Profesional pero con ideas». Fíjense en que esta analogía revela –o se basa en– ciertos presupuestos sobre la audiencia de las tertulias radiofónicas, presupuestos que (dado el tipo de gente a quien le gusta la lucha libre profesional) no dan muy buena imagen de la misma.

En la KFI hay elementos, entre ellos Emiliano Limon, que creen que la gente escucha su emisora sobre todo para estar informada (más detalles, próximamente).

Anteriormente se han ido dejando caer ciertos datos estadísticos al azar sobre los oyentes de las tertulias radiofónicas: estaban sin contexto porque *no tienen* contexto. Arbitron Inc. y algunos de sus satélites pueden ayudar a medir cuánta gente hay escuchando y durante cuánto tiempo, así como proporcionar algunos datos aproximados de edad y rasgos demográficos. Pero casi todo lo demás son hipótesis, y a los directores de programas no les gusta hablar del tema.

Desde fuera, sin embargo, una de las mejores pistas de cómo percibe una emisora de radio a su público son los anuncios. La cuestión de qué anuncios pone, y de cuándo los pone, indica cómo la estación le está vendiendo los gustos y las receptividades del público a sus patrocinadores. En la cuestión de con qué

Por ejemplo, basta escuchar los anuncios que emite *Coast to Coast with Noory* sobre el oro como cobertura contra la hiperinflación, de radios de emergencia que puedes activar a manivela en caso de un corte continuado de electricidad, de fórmulas milagrosas para perder peso, de servicios de citas, etcétera, para comprender que la KFI y su agencia de producción externa consideran al público del programa gente asustada, crédula y desesperada. (desde el punto de vista publicitario, una tríada de lo más lucrativa)

frecuencia se repiten ciertos anuncios hay pistas acerca de cuánto tiempo la emisora cree que la gente permanece escuchando, de qué grado de atención cree que prestan, etcétera. Ejemplo específico: solamente por su carga de anuncios, podemos deducir que la KFI confía en que su audiencia permanezca sentada escuchando una cantidad extraordinaria de publicidad. La hora promedio de *El show de John Ziegler* consiste en cuatro segmentos de programa: de los seis a los diecisiete minutos, de los veintitrés a los treinta, de los treinta y siete a los cuarenta y seis y de los cincuenta y tres a la hora en punto, o sea que el señor Z. habla durante un total de treinta y cuatro minutos. Como los boletines informativos de la KFI nunca duran más de noventa segundos, y como los informes del tráfico emitidos cada quince minutos se intercalan siempre entre anuncios leídos en directo de

PURA INFORMACIÓN Una lectura en directo es cuando un locutor o informador lee en persona el anuncio por antena. Se trata de una especie de tradición radiofónica, pero el grado en que la KFI entreteje estas lecturas en directo con su programación representa toda una nueva dimensión en el marketing radiofónico. Los anuncios leídos son más caros para los anunciantes, sobre todo los más largos y más detallados que leen los presentadores de los programas, puesto que estos anuncios *a*) al principio pueden parecer un segmento hablado normal y *b*) aprovechan el atractivo personal y la credibilidad del presentador. Y los anuncios en sí a menudo están claramente pensados para explotar tales rasgos: véase, por ejemplo, la lectura de John Kobylt para el Cunning Dental Group de Los Ángeles en las tardes de *John y Ken*: «¿Se han fijado en las malas dentaduras de todos los que participan en reality shows? El otro día me fijé en uno. Dentadura descolorida, astillada, malformada, desalineada, con las raíces al descubierto, desdentada, por no hablar de las encías sanguinolentas, supurantes y con pus. Tienen que ir a Cunning Dental Group, les quitarán el sarro de los dientes y en una o dos visitas se los arreglarán y le proporcionarán una sonrisa reluciente...».

(No está claro si conoce el adjetivo «purulentas», aunque «con pus» no suena mal en las ondas.)

Más caras aún que las lecturas en directo son las «promociones», que son cuando el locutor describe, en términos extasiadamente favorables, su experiencia personal con un producto o servicio. Ejemplos de este tipo incluirían el adelgazamiento de Phil Hendrie gracias a Cortislim, la cirugía láser de John Kobylt en el Saddleback Eye Center y las frustraciones de Bill Handel con varios sistemas de conexión telefónica a Internet antes de descubrir DSL

(Continúa en la página siguiente)

(Viene de la página anterior)

Extreme. Estos anuncios, que constituyen el factor más poderoso de la KFI para explotar la intimidad y confianza de la relación entre locutor y oyente, también resultan en «tarifas especiales de promoción», que se pagan directamente al locutor. Kobylt, Hendrie y Handel realizan cada uno de ellos promociones habituales para media docena de anunciantes distintos. John Ziegler, por otro lado, todavía no ha hecho lecturas directas ni promociones para la KFI. Y sus explicaciones de este hecho son bastante variables. A veces el señor Z. dice que las promociones son «repugnantes» y que «la mayor parte de los presentadores de tertulias radiofónicas de este país son unas putas». Otras veces insinúa que le han tanteado, pero que ninguno de los productos/servicios que le han ofrecido corresponden a los que «beneficiarían mi imagen». La dirección de la KFI ha declinado hacer comentarios sobre la situación promocional de su nuevo locutor, pero parece bastante evidente que, en este mercado, John Ziegler todavía no se ha labrado la credibilidad y el afecto a largo plazo que puede venderse.

Handel, de la KFI y cuyo programa de cinco a nueve de la mañana es toda una institución entre los conductores de Los Ángeles, describe su programa como «directo, informativo y lleno de humor racial».

los patrocinadores del Centro de Tráfico, eso quiere decir que por lo menos un cuarenta por ciento de cada hora son anuncios; el porcentaje es todavía mayor si se cuentan las cuñas publicitarias de la emisora y los anuncios de otros programas de la KFI. Y esta es solamente la carga de un programa local, uno cuyo Reloj no se tiene que dividir con un programa de distribución nacional.

No es que la KFI no sea consciente de los peligros que hay en esto. La dirección de la emisora lee el correo que les llega y, en palabras de Emiliano Limon, «si hay una queja que los oyentes tienen siempre, es la carga de anuncios». Pero la única cuestión relevante es si todas esas quejas se traducen en conducta real de los oyentes. La carga de anuncios de la KFI es un ejemplo de la clase de problema de maximización multivariable que hace prosperar a los programas de másters en empresariales. Es obvio que a la emisora le interesa económicamente tener un volumen de anuncios tan alto como sea posible sin dañar los índices de audiencia: en cuanto los oyentes empiezan a dar la espalda a la KFI porque tiene demasiados anuncios, las cifras del Arbitron bajan, las tarifas que se cobran por anuncio se tienen que reducir y la rentabilidad

Un asesor de marketing radiofónico de McVay Media en Cleveland explica las cargas apabullantes de anuncios y la proliferación de lecturas en directo y promociones a partir de tres fenómenos: 1) «La conglomeración empresarial, y los ambiciosos objetivos de ingresos necesarios para cubrir la deuda que los propietarios contraen cuando pagan por [todas] sus [numerosas] emisoras»; 2) «La nueva competencia derivada de la tecnología: la amenaza para la radio de las descargas de MP3, XM y Sirius, [etc.]»; y 3) «El lapso de atención del oyente se ha acortado *muchísimo*». La solución: «Estamos creando maneras de incrustar la marca y contenido de los anunciantes dentro de la programación radiofónica».

se resiente. Pero, nuevamente, no hay nada más específico que no sean meras hipótesis. Cuando uno pregunta qué es lo que piensa de esto la dirección, o si hay alguna fórmula particular que la KFI use para averiguar cuál es la carga máxima de anuncios que el mercado puede soportar, la señorita Bertolucci se limita a sonreír y a encogerse de hombros como si no tuviera respuesta y eso le gustara: «Tenemos más anuncios que nunca, y nuestros índices de audiencia son mejores que nunca».

En realidad es un poco más complicado, porque el exceso de anuncios también puede afectar a los índices de audiencia de formas más indirectas: principalmente reduciendo la calidad de la programación. El analista de la industria Michael Harrison, de la revista *Talkers*, se queja de que «hoy día las pausas publicitarias son tan largas que a los locutores les cuesta reanudar el programa donde lo habían dejado. Todo el público podría haber cambiado. Se da cierta tendencia a volver al principio y retomar la premisa inicial [...] Así es muy difícil hacer lo que se supone que debe hacer un programa de formato largo».

Con qué frecuencia se puede pasar un anuncio en concreto una y otra vez antes de que los oyentes no lo puedan soportar

SEMIEDITORIAL Incluso en las entrevistas formales, grabadas y muy pendientes de las RR.PP. el lenguaje de la dirección de la KFI está plagado de ejemplos inconscientes de jerga –«inventario» para referirse al número total de minutos publicitarios disponibles, «producto» para hablar de un programa dado o (uno de los favoritos) «monetizar», que significa extraer ingresos publicitarios de un programa dado– que dan a entender cuáles son las prioridades de la KFI. Por supuesto, la emisora es un negocio y emitir no es una obra de caridad. Pero viendo cómo de íntima es la tertulia radiofónica y cuántas relaciones personales crea, resulta descorazonador que el único término que la dirección de la KFI dedique a sus oyentes sea, una y otra vez, «mercado».

más es otra de esas cosas sobre las que nadie quiere hablar, pero la evidencia sugiere que la KFI o bien considera a su audiencia muy paciente y tolerante o bien la cree tan falta de atención como si fueran catatónicos. Los anuncios enlatados de patrocinadores locales como Robbins Bros. Jewelers, Sit 'n Sleep Mattress y el Power Auto Group se pasan cada dos horas, durante las veinticuatro horas del día y los siete días de la semana, hasta que uno se sabe de memoria hasta la última modulación y el último matiz. Las campañas de saturación nacional de productos como Cortislim introducen cierta diversidad mediante el recurso de usar al mismo tiempo promociones y anuncios enlatados. Los anuncios de las panaceas del tipo «no se admiten reclamaciones» como Avacor (para la pérdida del cabello), Enzyte («¡Para la potencia masculina natural!») y Altovis («¡Ayuda a combatir la fati-

AVISO AL CONSUMIDOR Ocurre que estos dos últimos son productos de Berkeley Premium Nutraceuticals, una empresa de Ohio con ventas anuales superiores a los cien millones de dólares además de más de tres mil quejas a la Oficina de Defensa del Consumidor y a la Fiscalía General solamente en el estado donde tiene su sede. He aquí el porqué. El anuncio de la radio afirma que uno puede conseguir Enzyte gratis para treinta días de prueba llamando a cierto número de teléfono gratuito. Si llamas, resulta que te cobran 4,90 dólares en gastos de envío por el suministro gratis para un mes, que la señora del teléfono quiere cargar a tu tarjeta de crédito. Si consientes, la empresa empieza a mandarte más Enzyte todos los meses y a cobrarte en la tarjeta un mínimo de treinta y cinco dólares cada vez, porque resulta que al aceptar el producto para los treinta días de prueba te has apuntado al programa de «Compra Automática» de Berkeley: un detalle que la operadora olvidó mencionar. Y llamar a Berkeley Nutraceuticals para que cancelen los envíos y los cobros automáticos no acostumbra a funcionar; solo

Para que lo sepan: Enzyte, que se anuncia como potenciador natural de la virilidad y la libido (también tiene uno de esos anuncios en la televisión por cable de «Tipo Sonriente y Esposa Agradecida»), contiene tribulis terristris, panax ginseng, ginko biloba y otra media docena de ingredientes herbarios inocuos. En palabras de un farmacólogo, a Berkeley «no le cuesta nada fabricar el producto». Pero de hecho es legal cobrar cientos de dólares al año por él y publicitarlo como un Viagra que puede adquirirse sin receta: la FDA no regula los remedios de hierbas a menos que la gente empiece a caer por tomarlos y la Comisión Federal del Comercio (FTC) no cuenta ni de lejos con el personal suficiente para atender a todas las reclamaciones contra anuncios, de modo que en esencia es un mercado sin regular.

(Continúa en la página siguiente)

(Viene de la página anterior)

paran si reciben notificación de algún tipo de agencia de consumidores. Pasa lo mismo con las «pruebas gratuitas» de Altovis. Resumiendo, se trata de uno de esos chanchullos de marketing irritantes y fastidiosos, y la KFI emite docenas de anuncios diarios de productos de Berkeley. El grado de responsabilidad legal que tiene la emisora por ayudar a la empresa a estafar a miembros de su público, según la normativa de la FTC y la FCC, es nulo. Pero cuesta no verlo como otro indicio del concepto real que la emisora tiene de sus oyentes.

(Las llamadas al departamento de Ventas de la KFI referentes a los problemas ampliamente documentados de los consumidores con el Enzyte y el Altovis no fueron, como dicen los periodistas, devueltas).

ga diaria!») a menudo se repiten cada hora durante toda la noche. En primavera de 2004, sin embargo, los anuncios más frecuentes y contundentes de la KFI son de hipotecas y refinanciación de viviendas. En nada más que unas pocas horas de escucha apoltronada y con la mirada vidriosa, un miembro de la audiencia de esta emisora puede escuchar anuncios tanto enlatados como leídos en directo de Green Light Financial, HMS Capital, Home Field Financial, Benchmark Lending. Una y otra vez. Pacific Home Financial, Lenox National Lending, U.S. Mortgage Capital, Crestline Funding, Home Savings Mortgage, Advantix Lending. Hipotecas inversas, amortización negativa, tasas ajustables, tasa de porcentaje anual, índice FICO… ¿De dónde han salido todas estas empresas? ¿Qué estaba haciendo toda esa gente hace cinco años? ¿Por qué parece que la audiencia de la KFI está tan especialmente dispuesta a la refinanciación? Betterloans.com, lendingtree.com, Union Bank of California, bethebroker.net, y un larguísimo etcétera.

El «Eres *tú*» de Emiliano Limon parece verdad hasta cierto punto. Pero también está el asunto del personaje, es decir, la personalidad que un presentador adopta en el aire a fin de intensificar la sensación de que hay una persona real detrás del micrófono. Es poco probable, después de todo, que Rush Limbaugh siempre se sienta tan desenfadado y lleno de confianza como parece cuando está en antena, o que Howard Stern esté profundamente fascinado por las actrices porno cada minuto del día que pasa

(lo cual resulta un poco paradójico)

despierto. Lo cual no quiere decir directamente que estén actuando: el personaje de un presentador, en su mayor parte, probablemente se parezca más a esa forma en que somos ligeramente distintos con unas personas que con otras.

En algunos casos, sin embargo, los personajes son más artificiosos y extremos. En el espacio que precede al del señor Z. en la KFI está *El show de Phil Hendrie*, que en realidad es una especie de metarradio cruel y complicada. Lo que pasa todas las noches en ese programa es que Phil Hendrie trae a algún invitado brutalmente ofensivo –un hombre que ha dejado a su mujer porque a esta le han hecho una mastectomía, un entrenador de la liga infantil de béisbol que defiende el castigo corporal para los jugadores, un coronel retirado que asegura que el único lugar apropiado para las mujeres en el ejército es como asistentas y concubinas de los oficiales–, y la gente que oye el programa por casualidad o por primera vez llama y se pone a discutir con los invitados y (como es natural) se disgusta y se enfada mucho. Lo que pasa es que todo es una farsa. Los invitados son falsos, las distintas voces las hace todas Hendrie con la ayuda de micrófonos procesados y un técnico de sonido de primera, y el verdadero entretenimiento del programa es la gente que llama, que no saben que es todo un gag cómico: el verdadero público de Hendrie, el que conoce la broma, se lo pasa en grande oyendo cómo la gente que llama se va escandalizando más y más y acaba farfullando de ira mientras los «invitados» del programa les tiran de la lengua. Todo

(que es un imitador buenísimo)

Parece que una de las razones que hacía que el programa de Hendrie resultara perfecto para distribuirlo a nivel nacional era que cuanto más amplia fuera su cobertura mayor cantidad de oyentes todavía ignorantes de su mecánica podían llamar y entretener a los oyentes ya iniciados.

La pregunta inevitable, obviamente, es cómo alguien puede disfrutar escuchando cómo le toman el pelo a otra gente para que se ofenda y se enfade cada vez más. Una pregunta para la que no parece existir respuesta. Llegado cierto punto, solamente nos queda inclinar la cabeza y aceptar el hecho de que algunos americanos disfrutan con cosas que a cualquier persona en su sano juicio deberían darle ganas de abrirse las venas. Al fin y al cabo existen estadounidenses adultos funcionales a los que les gusta ver la televisión evangelista y la teletienda y oír la radio de hilo musical. Es la Aventura Democrática.

sería un poco como la vieja *Cámara oculta* si la broma que se perpetrara una y otra vez en el programa fuera convencer a alguien de que se le ha muerto un ser querido. De manera que es obvio que Hendrie –cuyo programa atrae actualmente a un millón estimado de oyentes por semana– se encuentra en los límites mismos de los personajes radiofónicos.

Gran parte del personaje en el aire de John Ziegler, por otro lado, consiste en no tener ninguno. Esto podría ser un resultado de todo el tiempo que se ha pasado en el matadero de las pequeñas emisoras, pero en Los Ángeles constituye una astuta y sofisticada maniobra metarradiofónica. Parte de la presentación que llevó a cabo en enero de sí mismo y de su programa fue: «La clave de *El show de John Ziegler* es que soy casi completamente real. Casi cada programa empieza con el credo: "Este es el programa donde el presentador dice lo que cree y cree en lo que dice". No me invento mis opiniones ni tampoco exagero mis historias tan solo para generar un debate mejor en cada programa».

Aunque el señor Z. nunca lo dirá directamente, su personaje explícito de «no tengo personaje» ayuda a establecer un contraste con John Kobylt de las tardes de entre semana, cuya voz en antena se parece a la de Ziegler en su timbre y tono. Kobylt y su ayudante Ken Chiampou tienen un programa tremenda-

Los locutores de tertulias radiofónicas de ámbito nacional como Limbaugh, Prager, Hendrie, Gallagher, etcétera, suelen tener ricas voces de barítono que rara vez suben demasiado, mientras que en la actualidad la KFI ha optado por un sonido para sus presentadores locales más parecido a una voz levemente gangosa de segundo tenor. Las voces de Kobylt, Bill Handel, Ken Chiampou, el locutor del fin de semana Wayne Resnick y John Ziegler comparten todas no solo el tono de tenor sino también cierta cualidad difícil de describir salvo por el hecho de que suenan a Tipo Crispado, estresado y agraviado: a ese Tipo que está hasta las Narices de Todo. La voz de Kobylt en particular posee una cualidad dispéptica de hartazgo, de gruñido –un equivalente auditivo perfecto de la cara de los conductores que se encuentran en un atasco de tráfico–, mientras que la del señor Ziegler tiende a subir y bajar más, alcanzando a menudo registros altos extremos de incredulidad escandalizada. (como cuando oyes a una persona ofendida exclamar: «¡No me lo puedo creer!»)

(Continúa en la página siguiente)

(Viene de la página anterior)

Fuera de antena el señor Z. habla con una voz casi una octava más baja de lo que suena en el programa, cosa misteriosa, puesto que Mondo niega hacerle nada especial a la voz que sale por antena más allá de tal vez fijar un poco bajo el volumen de referencia del canal 7 de la mesa de mezclas porque «a John le gusta mucho gritar». Y el señor Ziegler se enfurece cuando alguien le sugiere que él, Kobylt o Handel tienen una voz algo aguda en antena: «Es solo que nos apasionamos. Rush no se emociona tanto. Intente apasionarse cuando se tiene un tono de voz grave».

mente popular que se basa en encontrar historias y causas que hagan sentirse furiosos y asqueados a los californianos blancos de clase media y luego machacar día tras día con esas historias/causas. Sus personajes son lo que el *LA Times* llama «brash» [«chillones»], y lo que Chiampou llama «perros rabiosos», algo que después la KFI ha transformado en la frase promocional «Los perros furibundos de la tertulia radiofónica». Lo que John y Ken son en realidad es palurdos profesionales. Su programa se lleva el crédito por ayudar a lanzar la campaña para retirar en 2003 al gobernador Gray Davis, aunque les disgustaban en la misma medida la mayoría de los candidatos que querían reemplazarlo (véase Kobylt: «Si hay algo que me gusta tan poco como los políticos, son esos pequeños gusanos empollones que

CONTIENE ELEMENTOS EDITORIALES Habría que admitir que los bloggers, los informadores de cadenas por cable marginales y la mayoría de los locutores de tertulias radiofónicas cuentan al menos con una ventaja periodística refrescante por encima de los medios de comunicación mayoritarios: no son ni amigos ni colegas de los dirigentes públicos de los que hablan. La razón de que esto sea una ventaja tiene que ver con un asunto que suele quedar oculto por la interminable disputa acerca de si realmente existe un «sesgo liberal» en la «élite» de la prensa mayoritaria. Se crea uno o no lo del sesgo liberal, está claro que las figuras punteras de los medios pertenecen a una clase económica y política muy distinta de la de la mayoría de su público. Véase, por ejemplo, un fragmento del reciente *What Liberal Media?* [*¿Qué medios liberales?*] de Eric Alterman:

(esto se trata en más profundidad más adelante)

> Lejos ya de los héroes de clase obrera en la tradición de películas como *Primera plana/Luna nueva*, los periodistas de élite de Washington y Nueva York [y LA] son miembros potentes del establishment político y financie-

(Continúa en la página siguiente)

(Viene de la página anterior)

ro sobre el que escriben. Comen en los mismos restaurantes y veranean en las mismas islas del Caribe [...] Y es más, igual que los políticos, sus trabajos no están sujetos a la exportación a China o Bangladesh [*sic*].

Es por eso por lo que la etiqueta partidista realmente potente para referirse a la prensa del nivel del *New York Times*, la revista *Time* o las cadenas nacionales no sería «medios de comunicación liberales» sino «medios de élite»: porque es una etiqueta verdadera. Y la radio de tertulias se mantiene muy deliberadamente *al margen* de esos medios de élite. A excepción de Limbaugh y quizá Hannity, sus presentadores no son estrellas, ni millonarios ni gente sofisticada. Y gran parte de sus personajes radiofónicos consisten en que forman parte de su audiencia y trabajan para ella –el Hombre de la Calle– y en contra de los politicuchos corruptos e incompetentes y sus «bocazas», en contra de los abogados ladinos y las plañideras PC y los burócratas idiotas, en contra de los extranjeros ilegales que colapsan nuestras autopistas y salas de urgencias, de los delincuentes sexuales en libertad condicional que viven entre nosotros, de los impuestos abusivos sobre vehículos y las leyes estúpidas con pretensiones de superioridad moral que prohíben fumar en espacios públicos, las emisiones de gases de los todoterrenos, la posesión de armas, el derecho a ver la decapitación de Nick Berg en vídeo una y otra vez y a cámara lenta, etcétera. En otras palabras, el personaje y el atractivo del presentador de tertulias son profunda y totalmente populistas, y si resultan ser algo falsos –si John Kobylt puede pasar con facilidad excesiva del ofendido Hombre de la Calle de sus secciones al astuto señuelo corporativo de cuando lee anuncios en directo– es porque simplemente así es la vida en la gran ciudad.

(Salvo que por supuesto algunos de los comentaristas de derechas más evasivos la transforman en «medios elitistas», que suena parecido pero en realidad es un término mucho más cargado de resentimiento y connotaciones.)

les hacen de encargados de campaña y ayudantes [...] Simplemente nos limitamos a decidir por nuestra cuenta que Davis era un zurullo podrido y que había que tirar de la cadena»). En 2002 organizaron un desfile de todoterrenos en Sacramento para protestar contra el endurecimiento de las leyes sobre emisiones de vehículos. Este año se han pasado por lo menos una hora diaria atacando a varios funcionarios del gobierno y a sus «bocazas» por no conseguir aplicar las leyes sobre inmigración e intentar engañar a los ciudadanos acerca del tema; etcétera. Pero la verdadera especialidad de *El show de John y Ken* son los juicios horripilantes y mediáticos celebrados en California, que a menudo cubren sobre el terreno, y en los cuales Kobylt deja de

lado todos los rodeos políticamente correctos y los eufemismos legales para decir lo que piensa sobre acusados como David Westerfield en 2002 y ahora mismo Scott Peterson, dos «escorias culpables de todo y más». La cuestión es que el señor John Kobylt emite en un estado casi perpetuo de rabia y afrenta; y tal como más de un empleado de la KFI se ha aventurado a observar de forma oficiosa, es poco probable que un hombre de mediana edad como él pueda realmente estar tan disgustado todo el tiempo y no caer muerto. Es un personaje, en otras palabras, no exactamente inventado pero ciertamente exagerado... y por supuesto es también demagogia de la más clásica y descarada.

Además de proezas legendarias como lanzar brócoli a miembros «vegetativos» del jurado por deliberar demasiado antes de declarar culpable a Westerfield, Kobylt es conocido sobre todo por gritar «¡Venga ya, Scott! ¡Nadie te cree! ¡No puedes esconderte!» a la silueta que se veía tras una ventana mientras el *El show de J y K* se emitía en directo desde delante de la casa de Peterson, una escena que ha sido recreada en al menos una película reciente para la televisión acerca del caso Scott y Laci.

Pero genera una radio estimulante y rentable. De acuerdo con el índice Arbitron de invierno de 2004, la KFI del 640 de la onda media se ha convertido en la emisora de tertulias número uno del país, superando a la WABC de Nueva York tanto en el índice Cume como en el AQH del preciado sector de público que va de los 25 a los 54 años. La KFI también tiene actualmente el segundo share de mercado más alto de cualquier estación de radio de Los Ángeles, solo por detrás después de la KPWR, el gigante del hip-hop en la FM. En tan solo un año, la KFI ha pasado de ser la decimoctava a la séptima emisora que más ingresos por publicidad recauda del país, lo cual explica en parte por qué recibió el Premio a la Emisora de Información / Tertulias del año 2003 que concede la revista *Radio and Records*. Gran parte de este éxito se le atribuye a la señorita Robin Bertolucci, la directora de programas traída desde Denver poco después de que Clear Channel adquiriera la KFI,

En California del Sur *El show de John y Ken* obtiene índices de audiencia más altos que los programas nacionales de Rush y la doctora Laura, algo inaudito.

(términos definidos a continuación)

y a quien el señor Z. describe como «una verdadera superestrella del ramo hoy día». De acuerdo con todos los informes, la señorita Bertolucci lo ha hecho todo, desde rediseñar el identificativo y el eslogan de la emisora y su sonido y su atmósfera de descaro, hasta ayudar a presentadores ya establecidos a afinar sus personajes y así crear un estilo y una actitud distintivos de la KFI para sus programas.

Todos los miércoles por la tarde, la señorita Bertolucci se reúne con John Ziegler para revisar la semana anterior y charlar acerca de la marcha del programa. La enorme oficina privada de la directora de programas está situada justo al lado de la sala de preparación de la KFI (en la cual la oficina del señor Z. es una mesilla de ordenador que tiene pegado con celo un tosco letrero de fabricación casera que dice «ESTA ZONA ESTÁ RESERVADA PARA JOHN ZIEGLER»). La señorita B. habla en tono suave, es educada, sencilla y casi carece por completo de partes móviles. A continuación reproduzco su explicación oficial del papel de la directora de programas en relación con *El show de John Ziegler*:

–Es el programa de John. Él pilota el avión, un siete cuatro siete enorme. Lo que yo soy es la personita que está en la torre de control. Yo tengo una perspectiva distinta...

–¡Yo *no tengo* perspectiva! –la interrumpe el señor Z., con una risotada, desde su silla al otro lado de la mesa de ella.

–...y eso puede ser valioso. Como por ejemplo: «A lo mejor tendrías que levantar el morro porque vas directo contra una montaña».

Los dos se ríen. La explicación se queda atrozmente corta: hace nueve meses la carrera de John Ziegler estaba hecha pedacitos, y la señorita B. es la única razón de que ahora esté aquí; ella es su jefa de principio a fin, y él está nervioso en su presencia: se nota por la forma en que extiende sus largas piernas y reclina la espalda en la silla con las manos en los bolsillos de los pantalones y bosteza todo el tiempo y trata de parecer exageradamente relajado.

(Además evita llevar la gorra de golf en el despacho de ella y su cabello da muestras de estar recién peinado.)

El uso de cierta jerga técnica más bien esotérica da pie a un breve cuestionario sobre cómo funcionan exactamente los índices Arbitron mientras el señor Z. menea su zapatilla deportiva

En realidad, casi todo el mundo en la KFI menos la señorita B. se refiere al Arbitron como «Arbitrarion». Esto es así porque se basa al cien por cien en análisis diarios, y las encuestas diarias son notoriamente dudosas puesto que mucha gente olvida rellenar los registros a tiempo real (en especial cuando escuchan la radio mientras conducen) y suelen esperar a la noche para intentar rellenarlos de memoria. Además, existe un amplio consenso sobre el hecho de que ciertas minorías étnicas están siempre representadas de más o de menos en los Libros de Los Ángeles, al parecer porque a Arbitron le cuesta reclutar sujetos entre tales minorías y cuando consigue unos pocos tiende a recurrir a ellos semana tras semana.

Arbitron Inc., un servicio de muestreo estadístico diario, viene a ser el servicio Nielsen de la radio estadounidense. La empresa saca informes de índices trimestrales para cualquier mercado significativo del país. Estos informes –el de Los Ángeles es del tamaño de una guía telefónica pequeña– se conocen en la industria como «Libros». El Arbitron es un servicio de pago: las emisoras de radio deben suscribirse para que se las incluya y tienen que estar incluidas porque el Libro de Arbitron es lo que básicamente determina lo que se les puede cobrar a los anunciantes. Hay toda clase de desgloses demográficos, pero la categoría principal para la radio de tertulias es «Oyentes de entre 25 y 54 años». Las mediciones para determinar cómo le va a una radio en concreto son el índice y el share, cada uno de los cuales se subdivide en Cume, AQH y TSL. Tal como explica la señorita B., el índice general de una emisora responde a la pregunta: «De toda la población de cerca de 10.407.400 habitantes del área metropolitana de LA, ¿cuántos nos escuchan?», mientras que el share responde a «De los cientos de radios en funcionamiento, ¿cuántas están sintonizadas en nuestra emisora?». La subcategoría «Cume» alude a Acumulado, «AQH» se refiere a Cuarto de Hora Medio y «TSL» a Tiempo Invertido Escuchando, todo lo cual la señorita B. explica comparándolo con una fiesta. Pongamos que la KFI es un cóctel: el Cume equivale a cuánta gente acude a la fiesta, en total. Pero los invitados vienen y van. Así que el AQH es como si cada cuarto de hora hicieras pararse a todos los invitados y los contaras y al final de la velada sacaras

Según el informe Arbitron de invierno de 2004, el share global de la KFI era del 4,7 en comparación con el 4,2 de otoño de 2003. En un mercado radiofónico tan saturado como el de LA, este salto de medio punto en el share constituye un logro fenomenal.

(Continúa en la página siguiente)

(Viene de la página anterior)

la media de todos estos resultados. El TSL es el tiempo medio que permanece cada invitado en la fiesta.

Como el Arbitron también genera cifras medias para cada período de tres horas del día, puede medirse el funcionamiento de cada programa individual y seguir su evolución en el tiempo. Hasta la fecha, el Libro comparativo del *Show de John Ziegler* tiene este aspecto:

SJZ Invierno'04 Share AQH = 2,9 *vs. Coast to Coast* Invierno'03 Share AQH = 4,6

SJZ Invierno'04 Índice AQH = 0,1 *vs. Coast to Coast* Invierno'03 Índice AQH = 0,2

Lo cual no pinta nada bien. Pero en la KFI nadie espera que el nuevo programa sea un éxito de entrada; *Coast to Coast* es un programa nocturno asentado y con un público fiel. «Estoy entregada al programa [del señor Z.]», afirma la señorita B. (Otro día distinto de la charla del miércoles.) «No busco índices de locura desde el arranque. Lo que busco es un crecimiento continuado y cada vez mayor.» La señorita B. también insiste en que el descontento con el Libro trimestral de *Coast to Coast* no fue una de las razones para retrasar el programa a ultimísima hora de la noche y optar por Cercano y Directo entre las diez y la una. La decisión fue fruto de «otras presiones» que la señorita B. declina especificar pero que muy probablemente guarden relación con el Reloj de *Coast to Coast* y el porcentaje de ingresos por publicidad que KFI tenía que ceder a la productora externa. Con un programa de producción local, todos los anuncios son para la KFI.

No obstante está claro que *El show de John Ziegler* es el niño mimado de la señorita B.; fue ella quien vendió a la dirección el cambio de *Coast to Coast*, el experimento Cercano y Directo y el presentador del programa. Por tanto,

P.: ¿Qué consecuencias tendría para usted si la apuesta no saliera bien?

R.: «¿Se refiere a si me despedirán si el programa no funciona?».

P.: [Risa nerviosa.]

R.: «He invertido mucho en el éxito del programa. Fue arriesgado. Pero [sonrisa fría y rápida] mi futuro no está ligado únicamente al éxito de un programa individual».

P.: ¿Cuánto tiempo tiene para demostrar que el programa del señor Z. puede triunfar? ¿Un año? ¿Tres años?

R.: «Tres años en este negocio es mucho tiempo. [Esta vez sonríe con un amago de tristeza, o tal vez de pena por la inocencia del P.] El negocio se ha vuelto más impaciente. Cuando empezó la KFI [en referencia a su actual formato de tertulias], tardó ocho o nueve años en arrancar. Con las presiones actuales de la industria hay una gran impaciencia y necesidad de

(Continúa en la página siguiente)

(Viene de la página anterior)

éxito y no disponemos de períodos largos de tiempo para ver si los programas triunfan o fracasan. La radio todavía no es tan dura como la tele –todavía no tenemos índices de audiencia de un día para otro–, pero la presión es muy parecida».

P.: ¿Por qué ahora la presión es mucho mayor?

R.: «Las empresas radiofónicas son mayores, las presiones monetarias son mayores, las empresas cotizan en bolsa. Son grandes corporaciones, inmensas».

Actualmente hay disponible un servicio People Meterbrand de índices de audiencia de un día para otro, pero evidentemente la mayoría de las emisoras y compradores de medios detestan la idea: todo el sistema actual gira en torno al Arbitron.

P.: De manera que lo raro es que parece que la conglomeración de la radio incrementa la presión en lugar de aliviarla: la competencia es entre menos empresas pero es más feroz.

R.: «Bueno, los medios de comunicación viven en el mismo mundo en que probablemente viven muchos de los lectores de su revista, que, como ya sabe, consiste en preguntarse trimestralmente cómo nos va y si nos salen los números. [Minúscula sonrisa ambigua.] Quizá simplemente lo que pasa es que nos hemos convertido en una sociedad más impaciente».

con impaciencia. Luego repasan juntos la semana anterior. La señorita B. reprende amablemente al nuevo presentador por no darle más caña al juicio de Greg Haidl, y por discutir normalmente el caso en la segunda hora de su programa en lugar de en la primera. He aquí el meollo de lo que dice: «Es una historia grande para nosotros. Tiene sexo, tiene policía, desigualdades sociales, chavales que actúan de forma salvaje, vídeo, tribunales, y ver quién se sale con la suya. Y es en el condado de Orange». Cuando el señor Ziegler (cuyo método cuando no está en antena de mostrar que algo le molesta o le frustra viene a ser dejar la cabeza colgando a un lado) protesta diciendo que tanto Bill Handel como John y Ken ya han cubierto la historia de seis maneras distintas cada día desde el domingo, y que a él ya no le queda forma de hacer nada original ni estimulante con la misma, la señorita B. asiente despacio y contesta: «Si fuéramos la KIIS-FM y tuviéramos una canción nueva de Christina Aguilera, y la pasaran todo el tiempo en el programa matinal y en el de la tarde, ¿acaso no la pondrías también en el programa nocturno?». Al oír esto el señor Z. hace algo parecido a me-

(Como tal vez hayan notado, a la señorita B. le gustan las analogías.)

PARA LOS QUE NO SEAN DE CALIFORNIA DEL SUR Haidl, hijo adolescente de un ayudante de sheriff del condado de Orange, está acusado junto con algunos amigos de violar en grupo a una chica inconsciente en una fiesta de hace un par o tres de años. Brillantes lumbreras todos ellos, los acusados lo grabaron todo en vídeo y se las apañaron para perder la cinta, que acabó en manos de la policía.

cer la cabeza de un lado a otro varias veces, dice: «Muy bien. Ya te entiendo. Muy bien», y en el programa de esta noche (19 de mayo) abre con las últimas novedades del juicio a Haidl y se pasa gran parte de la primera hora con el mismo.

En una semana donde no hay verdaderas historias Monstruo como las de Abu Ghraib o Nick Berg, la cuestión de qué atacar con fuerza en primer lugar es subtendida por una cuestión más amplia, que es si el presentador tiene que pensar en su programa más bien como un programa de tres horas o como tres programas de una hora. Las preparaciones y orquestaciones del señor Z. suelen implicar lo primero, pero la señorita B. –citando los microdatos de ciertos servicios suplementarios de Arbitron sobre la ubicación y el tiempo de escucha del oyente medio de (o sea, en el coche o no) entre las diez y la una– lo invita tranquilamente a que tal vez piense más bien en términos de tres horas de emisión individuales, dentro de las cuales puede que no estuviera mal cierto grado de repetición. Es solamente algo que ella le invita a considerar, por supuesto, que le ofrece desde una perspectiva distinta y externa a la cabina, y el señor Z. asiente con actitud pensativa todo el tiempo. Esa noche, sin embargo, mientras cenamos un filete enorme en un restaurante, se muestra mucho más voluble y sardónico acerca de la cuestión de (1×3) *versus* (3×1): «En cada puta reunión cambia de opinión sobre el tema. Rush hace su programa como un solo programa de tres horas, y le va bien, estará usted de acuerdo». Y la respuesta del presentador a la analogía del piloto y la torre de control como forma de explicar la relación de la señorita Bertolucci con su programa, así como a la observación de un foráneo de que la señorita B. parece

Ascético o no, los gustos del señor Z. en comida durante las entrevistas son bastante más caros que los de Mondo.

realmente lista y también parece apoyar totalmente al señor Z., es un encogimiento de hombros mundano mientras se come su chuletón: «Es la directora de programas. Si le interesa darme por el culo, lo hará».

La visión explicativa del señor Z. sobre su carrera radiofónica hasta la fecha: «Tengo el culo escocido de tantas emisoras como me han jodido». (Véase también a continuación.)

A modo de análisis posterior a la reunión, vale la pena señalar que cierto presupuesto subyacente a la analogía de la señorita B. sobre Christina Aguilera –es decir, que un juicio criminal es un producto de ocio en la misma medida que una canción de los Cuarenta Principales– no fue cuestionada por ninguno de los participantes, y que ni siquiera les hizo pestañear. Esta es, sin duda, una de las razones del reciente éxito de la KFI: la refundición casi total de noticias y entretenimiento. También explica por qué los noticiarios que emite cada media hora la KFI (y que siempre son extremadamente breves y están densamente entretejidos con anuncios de la emisora y anuncios leídos en directo) se concentran tanto en historias escabrosas y sensacionalistas. Después de lo de Nick Berg, los noticiarios de la emisora en mayo y a principios de junio suelen abrirse con acusaciones de abusos sexuales a niños por parte de curas y maestros locales, revelaciones en los juicios a Peterson y a Haidl y novedades de los casos de Kobe Bryant y Michael Jackson. Respecto a la descripción oficial que dio la señorita Bertolucci del típico oyente de la KFI –«una persona que busca información, que quiere saber lo que está pasando en el mundo y que quiere que se lo comuniquen de una forma más bien interesante, entretenida y estimulante»–, parece justo señalar que la KFI ofrece una visión peculiar y muy selectiva de lo que pasa en el mundo.

(= parte de la misma entrevista de mediados de mayo en que la señorita B. mareó a su interlocutor como una mascota a un ratón de juguete en ref. al significado de «estimulante»)

La descripción de la señorita B. resulta problemática en muchos sentidos. El papel de las noticias y la información frente a las cuestiones personales y regidas por el personaje del presentador en *El show de John Ziegler*, por ejemplo, es una cuestión que el

[refiriéndose, de nuevo, a la emisora en su actual formato de tertulias, que nació en algún momento de los años ochenta. La KFI lleva en antena desde 1922: de hecho, «FI» corresponde a «Farm Information», Información Agraria.]

señor Z. y su productor ven de forma muy distinta. Emiliano Limon, que lleva más de una década trabajando para la emisora y que cree conocer a su audiencia, ve «dos épocas distintas en la KFI. La primera fue la época personalista, regida por la opinión y por el "así veo yo las cosas". La segunda es la época en la que nos encontramos ahora mismo, de poner la información por delante». Emiliano se refiere a encuestas que él ha visto y que indican que la mayoría de la gente de California del Sur se entera de las noticias por los telediarios de la televisión local y por el monólogo de Leno en *The Tonight Show*. «Nos basamos en el supuesto de que el conductor medio, el oyente medio, no lee las noticias igual que nosotros. Nosotros lo leemos *todo*.» De hecho, esa lectura voraz de las noticias es una parte importante del trabajo de Emiliano. Igual que la mayoría de los productores de tertulias radiofónicas, es un virtuoso de Internet, y cada día revisa una lista de sesenta diarios nacionales, revistas y blogs, y cree que su función principal y también la de la KFI consiste en proporcionar «una especie de sumario ejecutivo de noticias» para los oyentes muy ocupados. En una entrevista distinta y no coincidente con ninguna comida, el señor Ziegler ofrece una visión muy distinta del hecho de que su programa suministre información: «La verdad es que intentamos alejarnos de eso. La idea original era que este fuera sobre todo un programa informativo, pero ahora estamos intentando conducirlo un poco más hacia la personalidad»... lo cual, dado que el señor Z. hace hincapié en no tener un personaje especial en las ondas, significa hablar más de él mismo, John Ziegler: de sus

Una vez más cuesta reconciliar esta afirmación con las noticias en las que de verdad se centra la KFI, pero –como muy pertinentemente señaló el propio señor Z. durante uno de nuestros encuentros– entrevistar a alguien no es lo mismo que discutirle hasta la más pequeña nimiedad.

(con quien todo parece indicar que Emiliano no disfruta de una relación demasiado *simpática* ni de compinches, aunque actúa siempre como un maestro del tacto y la circunspección en lo relativo al señor Z.)

experiencias, su currículum, su visión política y cultural y su filosofía general de la vida.

El resultado es por tanto la existencia de una especie de discordancia triangular acerca de *El show de John Ziegler* y de cómo se estimula mejor a los oyentes de Los Ángeles. Todas las pruebas disponibles indican que Robin Bertolucci quiere que el programa vaya principalmente enfocado a la información (según la particular definición de información que tienen en la KFI), pero quiere una información con una gran carga editorial e infundida de actitud y energía franca y directa. El señor Ziegler interpreta esto último como que la directora de programas aprueba que él hable mucho de sí mismo, algo que Emiliano Limon considera un enfoque anticuado y propio de mercados pequeños que no va a interesar a la gente de Los Ángeles, que en el curso de un día cualquiera ya disfruta de una ración generosa de personalidad y opiniones idiosincrásicas. Si Emiliano está en lo cierto, entonces quizá simplemente el señor Z. sea demasiado de la vieja escuela y esté demasiado ensimismado para la KFI, o por lo menos no sea lo bastante consciente de lo distintos que son los apetitos de un mercado de Nueva York o Los Ángeles de los de uno de Louisville o Raleigh.

(que suele ser la persona más lista y convincente de la KFI)

(3)

Si estamos dispuestos a descartar los precedentes de Joe Pyne y Alan Burke, que complican el asunto, entonces los orígenes de la tertulia radiofónica política contemporánea se pueden remontar de forma más o menos directa a tres fenómenos acontecidos durante la década de 1980. El primero es el hecho de que las emisoras musicales de onda media fueron completamente devoradas por la FM, que podía emitir música en estéreo y permitía una fidelidad mucho mejor en las notas altas y bajas. La voz humana, por otro lado, es

(famosos presentadores de tertulias «de confrontación» de los años sesenta)

(También estamos omitiendo a Long John Nebel, inventor en la década de los cincuenta de la demora de siete segundos; además, claro, de las emisiones protofascistas del padre Charles Coughlin durante la Depresión.)

En 1981 había unas setenta y cinco emisoras de radio de tertulias/noticias en todo el país. En la actualidad hay casi veinte veces más.

Sin duda recordarán ustedes el dato al margen sobre los 10.000 kHz de la AM frente a los 15.000 de la FM de la página 344.

de espectro medio y no requiere alta fidelidad. La proliferación de formatos de tertulia en la banda de la onda media durante los ochenta también proporcionó carreras nuevas a algunos discjockeys musicales –por ejemplo, Don Imus o Morton Downey Jr.–, cuyos personajes charlatanes no encajaban bien con el espíritu de solamente música de la FM.

El segundo gran factor fue la revocación, a finales del segundo mandato de Ronald Reagan, de lo que se conocía como la Doctrina de la Ecuanimidad. Esta era una norma de la FCC de 1949 diseñada para minimizar cualquier posible restricción de la libertad de expresión causada por un acceso limitado a los puntos de información. La idea era que, como condición para recibir una licencia de emisión de la FCC, las emisoras tenían que «dedicar una atención razonable a cubrir temas controvertidos de importancia pública», y de forma consecuente tenían que proporcionar oportunidades «razonables, aunque no necesariamente iguales» a todos los bandos enfrentados para que estos expresaran sus opiniones. Debido a la Doctrina de la Ecuanimidad, las emisoras de tertulias tenían que contratar y programar de forma «simétrica»: si había un programa de tres horas con un presentador cuyas ideas políticas estaban a un extremo del espectro ideológico, entonces había que tener otro programa cuyo presentador más o menos hablara en nombre del otro bando. Por raro que parezca, hasta mediados de los ochenta era normalmente la derecha americana la que más se beneficiaba de aquella doctrina. El pionero de las tertulias de distribución nacional, Ed McLaughlin, que en los años sesenta dirigía la cadena KGO de San Francisco, ahora recuerda que «yo tenía más liberales en las ondas que conservadores o hasta moderados, y me costaba horrores encontrar voces del otro bando».

Resulta que la KGO es la emisora donde la señorita Robin Bertolucci, recién salida de la Universidad de California en Berkeley, empezó en la radio.

La revocación de la Doctrina de la Ecuanimidad fue parte de las desregulaciones generalizadas de la era Reagan, que se proponían liberar a las industrias de todo tipo de interferencias por parte del

Este párrafo del texto principal contiene elementos editoriales.

gobierno y permitir que compitieran con libertad en el mercado. La vieja lógica rooseveltiana de la Doctrina había sido que, como las ondas hertzianas pertenecían a todo el mundo, una licencia para beneficiarse de aquellas ondas le confería a la industria radiofónica cierta obligación especial de servir al interés público. Las emisiones de radio comerciales, en otras palabras, no se concibieron originalmente como una industria más en busca de beneficios; se suponía que tenían un requisito más elevado de responsabilidad social. Después de 1987, sin embargo, la radio se convirtió en una industria como otras tantas, y ahora su única responsabilidad real es atraer y retener a los oyentes a fin de generar beneficios. En otras palabras, la distinción trazada de forma explícita por el presidente de la FCC Newton Minow en la década de 1960, a saber, la que existe entre «el interés público» y «lo que simplemente interesa al público», ya no existe.

(excepto, obviamente, ciertas restricciones al lenguaje malsonante)

CONTIENE ELEMENTOS QUE PODRÍAN PERCIBIRSE COMO EDITORIALES Parece justo y ecuánime apuntar que, desde la perspectiva que imaginan un Neal Boortz o un John Ziegler, esa vieja distinción que hizo Minow reflejaba exactamente la clase de actitud liberal controladora, condescendiente y de Estado niñera que convierte las regulaciones gubernamentales en una idea tan mala. Porque ¿cómo y por qué un burócrata federal como Newton Minow decide qué es «el interés público»? ¿Por qué no respetar al pueblo americano lo suficiente como para permitir que sea el público quien decida lo que le interesa? Por supuesto, este tipo de objeción depende precisamente de la sustitución del «interés público» por «lo que al público le interesa» a la que se oponen los liberales. Puesto que la distinción entre uno y otro es *en sí* liberal, como lo es la idea de las responsabilidades especiales de unos medios de comunicación y una prensa libres: «liberal» en el sentido de nacer de una preocupación confesa por el bien común por encima de las preferencias de los ciudadanos individuales. La cuestión es que el debate acerca de asuntos como la Doctrina de la Ecuanimidad y la verdadera responsabilidad de los medios enseguida choca con un muro ideológico en ambos bandos.

(que periódicamente el Congreso ha intentado resucitar)

ÍDEM (lo cual de hecho implica que el gobierno se arrogue el poder de decidir qué es ese bien común, es cierto. Por otro lado, la idea consiste en que por

(Continúa en la página siguiente)

(Viene de la página anterior)

lo menos los miembros del gobierno se eligen por votación, o por lo menos los eligen los representantes votados, y por tanto en cierto modo responden ante el público en cuyo nombre están decidiendo. Lo que parece desquiciar más a los liberales de la refundición conservadora del concepto «bien común»/«interés público» con «lo que gana en el mercado» es la convicción de que todo es un timo, de que la desregulación de industrias como la radiodifusión, la sanidad y la energía en realidad equivale a subordinar los intereses del público a los intereses financieros de las grandes corporaciones. Lo cual, por supuesto, forma parte del profundo y serio debate nacional sobre la función y los deberes del gobierno en el que ahora mismo está inmersa América. Sin embargo las tertulias políticas de la radio no están ahondando demasiado en ese debate: por lo menos no en las quejas más legítimas y cuerdas de parte de la izquierda [negligencia que refuerza la sospecha liberal de que todos esos presentadores conservadores no son más que portavoces de sus amos corporativos... y vuelta a empezar]).

Más o menos siguiendo los pasos de la revocación de la Doctrina de la Ecuanimidad llegó la distribución por toda la Costa Oeste y luego en todo el país de *El show de Rush Limbaugh*, cortesía de la agencia EFM Media del señor McLaughlin. Limbaugh es el tercer gran progenitor de las tertulias radiofónicas políticas de hoy día porque es un presentador de talento y carisma extraordinarios y únicos en su generación –brillante, locuaz, ingenioso y dotado de una compleja autoridad–, cuyo programa constituye una mezcla de noticias, entretenimiento y análisis partidista que se convirtió en un modelo para legiones de imitadores. Pero Rush fue también el promulgador de la idea del Sesgo Liberal de los

La conexión crucial con la revocación de la DE no fue el programa de Rush, sino el hecho de que se tratara de un programa de distribución nacional. A partir de ese momento, cualquier emisora pudo comprar y emitir tres horas diarias de Limbaugh sin la obligación de programar otras tres horas de Sierra Club, Urban League o algo así.

EFM Media, bautizada en honor a Edward F. McLaughlin, fue una especie de patriarca del Viejo Testamento de la moderna distribución nacional de contenidos, aunque el señor McLaughlin tendía a cobrar en efectivo a las emisoras que se suscribían en lugar de partirse con ellas el Reloj, ya que quería mantener una carga de anuncios baja que le dejara a Rush el máximo de tiempo en antena para granjearse un público.

Hay que reconocer que el desprecio de Limbaugh por la «prensa liberal» recuerda en cierto modo a los viejos ataques de Spiro Agnew contra las corporaciones periodísticas de Washington (como por ejemplo «magnates charlatanes», «hipocondríacos histéricos sin remedio», etcétera), con la diferencia crucial de que aquellas acusaciones de Agnew siempre aparecían como patéticas y propias de un matón *en la «prensa liberal»*, que por entonces constituía su único vector de transmisión. Gracias a su talento y a la popularidad de su programa, Rush ha sido capaz de trasladar la desconfianza partidista en «los medios liberales mayoritarios» al gran público de esos medios.

Grandes Medios. Esta resultó ser una táctica brillantemente efectiva, ya que el concepto del SLGM funcionó al mismo tiempo como estandarte en torno al cual el público de Rush pudo aglutinarse, como articulación de la necesidad de unos medios de derechas (o sea, no sesgados), y como mecanismo mediante el cual cualquier crítica o refutación pudiera ser desdeñada (bien por sesgada o bien como producto del adoctrinamiento de los medios sesgados). Reducida a su esencia final, la tesis del SLGM es capaz al mismo tiempo de explotar y de perpetuar la insatisfacción de muchos conservadores con las fuentes mediáticas existentes: y es esta insatisfacción la que consolida la enorme y leal audiencia de las tertulias políticas de la radio.

AGOTADORAMENTE NO EDITORIAL De modo que tal vez el «Justos y Ecuánimes» de la Fox News no sea solo una broma cínica. Una fuente de noticias partidista puede negar de manera verosímil que es tendenciosa si, en esencia, se entiende como un correctivo –un contrapeso– contra el sesgo manifiesto de otras fuentes de información. Con lo cual también toda la discusión en torno a la Fox News pasa a un debate acerca de si el SLGM es real.

(aunque la dependencia por parte de la Fox y demás de ese mismo SLGM en el que hallan su razón de ser y contra el que dedican tantísimo tiempo a despotricar resulte un poco sospechosa)

SIMPLE RAZONAMIENTO DESAPASIONADO Y LÚCIDO Sin menoscabo de otras muchas explicaciones interesantes, la razón más importante por la que experimentos de tertulias radiofónicas de izquierdas como Air America o el programa de Ed Schultz tienen pocas probabilidades de triunfar, al menos a nivel nacional, radica en que su público potencial no está lo bastante descontento con las fuentes de noticias mayoritarias actuales como para pensar que debe auspiciar un tipo especial de medios de comunicación para alcanzar la verdad imparcial.

En la mejor tradición de Rush Limbaugh, el señor Ziegler se enorgullece del sentido del humor que gasta cuando está en el aire. Su crítica a los medios a menudo está salpicada de chistes, y le gusta aligerar el análisis político y cultural de su programa con oportunos gags improvisados, del tipo: «Tal vez sea mejor que los católicos y los musulmanes no se casen entre ellos: si tuvieran un hijo, crecería, ¿y entonces qué? ¿Abusaría de un niño y luego lo volaría por los aires?». También tiene afición a las máximas humorísticas («El cincuenta por ciento de todos los matrimonios son fracasos confirmados, mientras que el otro cincuenta termina en divorcio»; «La figura femenina es la mayor prueba conocida de que Dios puede existir, pero la psique femenina es indicativa de que ese Dios tiene un sentido del humor muy perverso»), que usa en antena y luego cataloga como «zieglerismos» en su página web de la KFI.

El señor Z. también puede, cuando se lo permiten el tiempo y las exigencias de la preparación, explayarse. En la hora final de su programa del 22 de mayo, lleva a cabo un discurso irónico de ceremonia de graduación dirigido a la Promoción de 2004, una muestra de humor preparado para ser emitido desde su silla y de la cual merece la pena sacar un extracto textual a modo de vislumbre de la psique profesional del señor John Ziegler:

> Promoción de 2004, felicidades por graduaros [...] Quiero revelaros unos cuantos secretos que aquellos de vosotros que no estáis cerebralmente muertos del todo acabaréis por descubrir por vosotros mismos, pero que si me escucháis ahora os ahorraréis mucho tiempo y frustraciones. En primer lugar, la mayoría de lo que os han enseñado en vuestra carrera académica no es cierto. Y no estoy hablando únicamente de los detalles de la Historia que han sido distorsionados para promover el ideario liberal de las universidades. También me refiero a las lecciones generales sobre la vida. La triste verdad es que, al contrario de lo que os han contado a la

Una vez más, esto es mucho mejor, y podría decirse que más divertido, cuando se lee con el estilo característico del señor Z.

mayoría, *no podéis* hacer ni ser todo lo que queráis. La enorme mayoría de vosotros [...] vais a ser absolutamente desgraciados en cualquier carrera que elijáis u os veáis obligados a soportar. Lo más probable es que odiéis a vuestros jefes porque lo más probable es que sean más tontos de lo que vosotros creéis que sois, e inevitablemente os joderán a la primera oportunidad que se les presente [...] El jefe no va a ser la única persona estúpida que os vais a encontrar en la vida. La enorme mayoría de la gente es *mucho, mucho* más tonta de lo que siempre os han hecho creer. Nunca olvidéis esto. Y del mismo modo que la gente es mucho más tonta de lo que os han hecho creer, también es *mucho* menos sincera de lo que nadie parece dispuesto a admitir delante de vosotros. Si tenéis alguna duda acerca de si alguien os está diciendo la verdad, lo más seguro es apostar a que os están mintiendo [...] No confiéis en nadie a menos que tengáis alguna clase de influencia importante sobre ellos y que ellos *sepan* que tenéis esa influencia. A menos que esas condiciones se den, cualquiera –y lo digo en serio, *cualquiera*– puede apuñalaros por la espalda y no dudéis de que lo va a hacer.

OBJECIÓN EDITORIAL No queda claro en qué momento de la educación piensa el señor Z. que a los estudiantes se les enseña que podrán ser o hacer cualquier cosa. Al fin y al cabo buena parte de lo que él considera el programa izquierdista de la educación académica consiste en hablarles a los chavales sobre la estratificación social y económica, las desigualdades o las reglas desiguales del juego: todas las realidades estadounidenses que de verdad limitan las oportunidades de alguna gente. (en caso de propensión conservadora, por favor sustitúyase por «supuestamente»)

Esto viene a ser como una sexta parte del discurso, y en su mayor parte habla por sí mismo.

Una de las muchas cosas intrigantes que tiene el señor Ziegler, sin embargo, es el contraste entre ese cinismo con el que habla de las puñaladas por la espalda y la sinceridad desnuda y aparentemente autodestructiva con que habla de su vida y su

La explicación más probable de la franqueza brutal que demuestra el señor Z. ante la grabadora es que *a*) los personajes del presentador fuera y dentro de antena son realmente idénticos, o *b*) que considera que hablar con el corresponsal de una revista forma parte de su trabajo, que consiste en expresarse del modo más estimulante (al fin y al cabo, había una grabadora).

carrera. Esta sinceridad se vuelve casi paradójica en las entrevistas a las que le somete un corresponsal de otro medio, un desconocido en quien el señor Z. no tiene ninguna razón particular para confiar en esos momentos en que hace una mueca después de decir algo y pide si ese algo se puede pasar por alto a la hora de transcribir las respuestas. Resulta, sin embargo, que casi todo lo que sigue es la transcripción de una cronología autobiográfica construida por John Ziegler a finales de mayo de 2004, mientras se comía otro filete ni muy hecho ni poco. Especialmente interesante resulta la fusión que hay en la cronología de datos históricos en bruto con opiniones apasionadas, algo que el señor Z. mezcla de una forma tan impecable que uno puede creer realmente que no percibe ninguna diferencia entre ambas cosas.

(para una revista, además, que prácticamente todos en la KFI tienen por un órgano parloteante del liberalismo más elitista)

(Con lo cual quiere decirse que habló mientras comía y veía un partido de los play-offs de los Lakers en un televisor de alta definición de pantalla grande, única exigencia que puso para conceder la entrevista.)

1967-1989: El señor Ziegler crece en los suburbios de Filadelfia, el hijo mayor de un director financiero y de un ama de casa. Toda clase de evidencias no sumarizables indican que el señor Z. y su madre tienen una relación muy estrecha. En 1984 el *Bucks County Courier Times* lo nombra Mejor Golfista en Educación Secundaria del Año. También fue golfista condecorado con una letra de honor durante tres años en Georgetown, donde sus estudios de humanidades resultan ser «una magnífica preparación para una vida de desempleado, que es algo por lo que he pasado a menudo».

1989-1995: Los orígenes de la carrera del señor Z. son los programas deportivos de la televisión local. Trabaja en emisoras de Washington DC y de sus alrededores, en Steubenville, Ohio, y en Raleigh, Carolina del Norte. Aunque desde niño se había querido dedicar a la información deportiva, odia esos trabajos: «Todo el mundo de los deportes y las noticias locales es tan repulsivo... las noticias locales de la tele están solamente medio paso por encima de la prostitución».

(en especial el de la WLFL Fox 22 de Raleigh: «Allí tuve el peor jefe de la historia de los jefes»)

1994-1995: Tanto a nivel personal como profesional, este período constituye una noche oscura del alma para John Ziegler. Verano de 1994: la ex mujer de O.J. Simpson es brutalmente asesinada. Otoño de 1994: la madre del señor Ziegler muere en un accidente de tráfico. Invierno de 1995: durante una retransmisión deportiva, el señor Z. hace «una broma increíblemente suave sobre la no inocencia de O.J. Simpson» en relación con el asesinato de su mujer, que levanta protestas entre la comunidad negra de Raleigh. John Ziegler termina siendo despedido de la WLFL porque la emisora «se bajó los pantalones ante la corrección política». Todo ese incidente tan desagradable marca el inicio de *a*) el profundo y complejo odio que siente el señor Z. hacia todas las cosas políticamente correctas, y *b*) «mi historia con O.J.». Cae en una profunda melancolía, decide dejar las retransmisiones deportivas y «en gran medida lo dejé todo en la vida, esa es la verdad». El señor Z. se pasa los días viendo el juicio a Simpson en la televisión por cable, a menudo tragándose repeticiones de las imágenes del juicio en plena madrugada; y cuando O.J. es finalmente absuelto, «estuve al borde del suicidio». Dos psiquiatras amigos suyos del golf le convencen para que tome antidepresivos, pero durante gran parte del tiempo el señor Ziegler únicamente es capaz de pensar en O.J. y de hablar de él. «Llegué a estar tan mal –esto le hará gracia–, llegó un momento en que estaba tan deprimido que se convirtió en mi meta, dando por sentado que lo iban a absolver y que el club de campo Riviera [al que iba O.J.] no iba a tener pelotas de echarlo, la idea de hacerme caddie en el Riviera, noquearlo de un puñetazo y luego ver si [cierto abogado con el que el señor Z. también jugaba al golf y cuyo nombre omito aquí] era capaz de sacarme libre por anulación de jurado. Así de obsesionado estaba». La reacción a este plan del abogado / golfista / amigo no se describe.

Finales de 1995: El señor Z. decide darle otra oportunidad a la vida y a la radio. Imaginando que «tal vez mi naturaleza propensa a la controversia funcionaría mejor en la tertulia radiofónica», acepta un trabajo como presentador sustituto de fin de semana para una emisora de Fuquay-Varina, en Carolina del Norte –«la peor emisora de tertulias del planeta... llamar palurdo al propietario de aquella emisora era insultar a los palurdos»–, solamente para ser despedido de golpe cuando la emisora cambió a un formato automatizado de música cristiana.

Principios de 1996: «Compré, *compré* literalmente tiempo a una emisora de tertulias de Raleigh» a fin de empezar a «montar una Cinta», pero el señor Z. es lo bastante bueno en antena como para que pronto lo contraten de presentador. Lo que sucede, sin embargo, es que para aquella emisora trabajaba cierto consultor de programación, «un nombre bastante famoso en la industria, que [sin embargo] es una *serpiente*, y que yo creo que está extremadamente sobrevalorado, y al principio al tipo le hice gracia, y entonces me dijo, *él me dijo*, que hiciera un programa contando cómo me habían despedido del trabajo en la tele, y yo hice el programa», lo cual como es obvio requería contar la misma broma suave original sobre O. J., después de lo cual aquel consultor herpético se quedó tan tranquilo al margen mientras la emisora informaba al señor Z. de que «"Hemos acabado con usted, gracias pero no"», lo cual fue otro golpe».

Una Cinta viene a ser el equivalente en la radio/televisión del book de trabajos de un artista.

1996-1997: Otro consultor radiofónico recomienda al señor Z. para un trabajo en la WWTN, una emisora de tertulias de Nashville, donde presenta un programa vespertino que obtiene un buen Libro y se pasa varios meses mayormente libre de problemas. De su breve carrera en la WWTN, el presentador ahora piensa que «allí más o menos me autodestruí, tal como lo veo ahora. Estaba frustrado con la dirección. Lo hice bien, pero también fui tonto».

Tal como explica el señor Z., los consultores trabajan como asesores externos para directores de programación de distintas emisoras: «Más o menos le sirven de cobertura al director de programas si contrata a alguien que sale mal».

El problema empieza cuando Tiger Woods gana el Masters de 1997. Como parte de sus comentarios sobre el torneo, el señor Z. postula en antena que Tiger es la prueba viviente de que «no todos los blancos son racistas». El argumento en que se basa es que «ningún blanco pensaría nunca que Woods es un negro de mierda», porque los blancos trazan una distinción mental «entre la gente que simplemente es negra y la gente que actúa como negros de mierda». ¿Su razón para emitir la expresión «negro de mierda»?

(la historia completa del cual es complicadísima y ocupa casi medio microcasete)

(a quien el presentador venera: una broma vigente desde hace tiempo en su programa de la KFI califica al señor Z. de diácono de la Primera Iglesia de Tiger Woods)

«Todo esto viene de O.J. Yo odiaba el hecho de que los medios de comunicación trataran a los espectadores y a los oyentes como a niños diciendo «"Mark Fuhrman usó la expresión negro de m.". Aquello me daba asco, y creo que le confiere demasiado poder a esa expresión. Además está toda esa hipocresía de que la gente negra puede usarla y los blancos no. Yo era joven e ingenuo y creí que podría seguir mis principios». Como parte de esos principios, bien pronto el señor Z. vuelve a usar el argumento y la expresión en una tertulia sobre el boxeador Mike Tyson, después de lo cual es despedido, «aunque hay muy poca reacción por parte de los oyentes». Tal como lo entiende el señor Z., la razón del despido es que «se quejó una sola empleada negra», y el propietario de la WWTN, «una empresa blanca como la nieve», se temió que podía ser vulnerable a un pleito por discriminación.

1998-1999: Trabaja brevemente como sustituto de mañanas en la WLAC de Nashville, cuyos estudios están justo en la acera de enfrente de la emisora que acaba de despedirlo. Desde allí lo contratan para hacer madrugadas en la WWDB, una emisora de tertulias de la FM de Filadelfia, su ciudad natal. Vuelve a haber unos principios prometedores... «salvo por el hecho de que mi jefe [el director de programas que lo contrató] es completamente inestable y termina dándole un puñetazo a un asesor, y entonces lo echan. En ese punto me quedo completamente jodido: no tengo a nadie que me respalde y todo el mundo va a por mi yugular». Al señor Z. lo despiden de repente para hacer sitio al maestro nacional de lo escabroso, Tom Leykis, después lo vuelven a contratar rápidamente cuando las quejas de los oyentes consiguen sacar de las ondas el programa de Leykis... y al final lo vuelven a despedir una semana más tarde cuando la emisora vuelve a mover toda su parrilla. El señor Z. sobre su época en la WWDB: «Tendría que haberles puesto una demanda a esos cabrones».

PARA QUIENES NO CONOZCAN A TOM LEYKIS
Imaginen a Howard Stern sin el ingenio.

P.: Entonces, ¿qué sentido tiene que un presentador tenga un programa si es evidente que la emisora puede ir y despedirlo cuando se le antoje? R.: «La única utilidad que tiene un contrato en la radio es cuánto te van a pagar cuando te despidan. Y si te despiden de forma "procedente", entonces no te tienen que pagar nada.»

2000: John Ziegler se traslada a la WIP, una famosa emisora de tertulias deportivas de Filadelfia. «Lo odiaba, pero se me daba bastante bien. Sé hacer deportes, es obvio, y también fue un año político importante.» Pero hay un problema general y otro específico. El problema general es que «el jefe de allí [se omite su nombre] es una muy, pero que muy muy *mala persona*. Si Dios me dijera: "John, puedes elegir a una persona y matarla gratis", ese sería el hombre al que yo mataría. Y haría que su muerte fuera brutalmente dolorosa». El problema específico surge cuando «... Mike Tyson hace una conferencia de prensa y se denomina a sí mismo negro de mierda. Y yo no puedo resistirlo: o sea, a mí me han despedido en el pasado por usar la palabra en relación con una persona que ahora se llama eso *a sí mismo*. O sea, Dios mío. Así que cuento la historia [de haber usado la expresión y que lo despidieran por ello] en antena, pero no digo la expresión entera, me limito a decir negro de m., cada vez que la uso, para cubrirme las espaldas, y también para subrayar lo absurdo que es todo. Y recibimos una, *una* postal, mandada por una persona negra totalmente lunática, con faltas de ortografía, claramente un lunático. Y [el jefe del señor Z. en la WIP] me llama y me dice: "John, creo que eres un racista". Ahora bien, ante todo, *ese tío* era un racista. Quiero decir que era un racista *de verdad*. Yo soy todo menos un racista, pero que me lo llamara

En la entrevista el señor Z. va cambiando entre decir «negro de mierda» o simplemente «negro de m.», sin que parezca seguir un sistema ni una pauta determinados.

OPINIÓN EDITORIAL Por supuesto esta es una cuestión tremendamente peliaguda, pero en mi opinión John Ziegler no parece ser un racista según lo que generalmente se entiende por «racista». Se trata más bien de una persona muy, muy insensible: el señor Z., sin embargo, rechazaría esta descripción aunque solo sea porque «insensible» se ha convertido en un dogma de lo PC. No obstante, su verdadero problema radica en la pasión con que rechaza términos como «insensible», «racista» y «negro de m.». Igual que otros muchos presentadores post-Limbaugh, John Ziegler parece incapaz de diferenciar entre 1) el consentimiento cobarde e hipócrita de la tiranía de la corrección política y 2) una cautela sensata y compasiva a la hora de emplear palabras que hieren a grandes grupos de seres humanos, en especial cuando existen todo tipo de términos menos ofensivos a los que recurrir. Si bien existen sobrados motivos para que gente razonable deteste el dogma de la corrección política, también resulta algo espeluznante el regocijo brutal y farisaico con que el señor Z. y otros presentadores conserva-

(solo es una opinión...)

(Continúa en la página siguiente)

(Viene de la página anterior)

dores desafían todas las convenciones de lo PC. Si ver o escuchar alguna cosa te causa un gran dolor y yo me propongo infligirte esa cosa sencillamente porque me opongo a las razones por las que la encuentras dolorosa, entonces es que algo no funciona en mi sentido de la proporción, o en mi reconocimiento de tu humanidad básica, o en ambas cosas.

ESTO TAMBIÉN (Y seamos realistas: decir la primera letra de una palabra ofensiva no mejora nada. En ciertos sentidos, es peor que usar la palabra sin más, puesto que decir la primera letra podría entenderse muy fácilmente como un modo de implicar que la gente a la que le molesta esa palabra es demasiado burra como para reconocerla. Lo desconcertante en este caso es que el señor Z. parece demasiado brillante y consciente como para no comprenderlo.)

él me hizo hervir la sangre. O sea, la vida es demasiado corta para gastarla trabajando de madrugadas para un puto cabrón como aquel».

Un día o dos después, al señor Z. lo despiden, de forma procedente, por decir «negro de m.» en las ondas.

P.: Parece que tiene usted razones personales fuertes para que no le guste la corrección política. R.: «Oh, Dios mío, ya lo creo. Me ha arruinado la vida entera. He perdido relaciones, no me puedo casar, no puedo tener hijos, y todo por la corrección política. No puedo obligar a nadie más a pasar por toda la mierda por la que yo he pasado. Simplemente no puedo.»

El señor Z. explica que se refiere a las mudanzas constantes, al estar siempre buscando piso y a la controversia pública que han provocado todos sus despidos. Sus sentimientos de pérdida y agravio parecen sinceros. Pero tampoco habría que olvidar lo vital que resulta para los presentadores de tertulias políticas en general esta sensación de persecución y de asedio: a manos de los grandes periódicos de izquierdas, de los hábiles agentes demócratas, de los lunáticos liberales, las políticas de la identidad, de la corrección política y de las rampantes y cínicas concesiones a la misma. Todo lo cual aporta el conflicto constante necesario para una radio estimulante y una buena narración. No es que en el caso de John Ziegler su rabia y autocompasión sean inventadas, sino que pueden ser completamente reales y al mismo tiempo funcionar como parte del conjunto de habilidades que aplica en su trabajo.

Posible corolario: la razón de que el mundo tal como lo interpretan muchos presentadores esté tan lleno de egoísmo redomado, cinismo y miedo es que estas son cualidades de la industria radiofónica de tertulias de la que forman parte y (como cualquier otro profesional) los locutores tienden a ver su industria como un reflejo del mundo real.

2001: Mientras se dedica a escribir columnas como freelance para el *Philadelphia Enquirer* y el *Philadelphia Daily News*, el señor Ziegler también consigue trabajo en una pequeña cadena de televisión por cable que emite veinticuatro horas y que la Comcast posee en Filadelfia, donde hace de guionista y comentarista para una tertulia relacionada con temas de actualidad. Aunque Comcast es «una empresa muy, pero que muy malvada, [que] creó esa cadena con el único propósito de chupársela a los políticos que votan leyes a favor de Comcast», el señor Z. descubre que «mira por dónde, se me dan muy bien las tertulias televisivas. Yo fui lo mejor que le pasó nunca a ese programa. Hasta acabé ganando un Emmy, lo cual resulta irónico». Su problema esta vez es que la productora ejecutiva de su programa, que también era la esposa de uno de los ejecutivos superiores de Comcast, «terminó enamorándose de mí. Era una chiflada total y una persona completamente carente de profesionalidad... una mujer muy guapa cuando salía por la tele, pero le costaba unas tres horas tener ese aspecto. Creo que era una persona muy solitaria: probablemente su marido se dedicaba a ponerle los cuernos». El asunto termina con el señor Z. amenazando con poner una demanda por acoso sexual y negociando un acuerdo fuera de los tribunales con Comcast Inc.

El señor Z., tanto dentro como fuera de antena, es sistemáticamente cruel en sus comentarios acerca de las mujeres. No parece darse cuenta. No hay modo de explicar claramente el porqué, pero da la impresión de que la muerte de su madre le afectó en lo más profundo.

2002: John Ziegler es contratado como presentador de media mañana en la WHAS de Louisville, propiedad de Clear Channel, que según los índices Arbitron tiene el quincuagésimo quinto mercado radiofónico más grande de Estados Unidos. De acuerdo con un periódico local, «la tempestuosa estancia de trece meses [del presentador] en Louisville estuvo salpicada de intrigas, escándalo, controversia y litigios». De acuerdo con John Ziegler, «con toda la historia se podría hacer una película muy buena: de hecho se podría hacer una película muy buena con mi vida entera, pero sobre todo con esta historia en particular». Sinopsis densamente comprimida: «Estoy consiguiendo unas cifras enormes: en un solo Libro consigo un quince de share, lo cual es ridículo». También se ve envuelto en un romance muy público con una tal Darcie Divita, una antigua animadora de los Lakers de Los Ángeles que participa en un noticiario matinal en la filial televisiva

local de la Fox. La relación parece ser la versión local de Louisville de Ben & J.Lo, y no termina de forma amistosa. En agosto de 2003, en respuesta a las preguntas de los oyentes que llaman a su sección habitual de «Pregúntele lo que quiera a John», el señor Z. hace ciertos comentarios en antena sobre los pechos de Darcie Divita, su ropa interior, su peinado genital y su libido. Una parte de la larga controversia sobre el despido de John Ziegler, que tiene lugar unos pocos días después, es exactamente en qué medida tuvieron que ver con el mismo esos comentarios y/o las posteriores quejas de los oyentes y de los medios de comunicación de Louisville. El señor Z. tiene una larga lista de razones para creer que en realidad su director de programas simplemente estaba buscando una excusa para darle la patada. En cuanto a las quejas, el presentador sigue mostrándose dolido y perplejo: 1) «Los comentarios que hice sobre los atributos físicos de Darcie fueron de una naturaleza extremadamente positiva»; 2) «En el pasado, Darcie había ofrecido de forma *voluntaria* información sobre su escote en mi programa»; 3) «He ido mucho más lejos con otras figuras públicas sin que hubiera ningún incidente... Me burlé de Paul Patton [el gobernador de Kentucky] por ser incapaz de llevar al orgasmo a Tina Conner, [y] nadie de la dirección me dijo nunca nada acerca del asunto».

Aquí se han suprimido algunos comentarios específicos del John Ziegler sobre Darcie Divita a petición del entrevistado. Por lo visto la señorita Divita ha demandado tanto al presentador como a la WHAS: el señor Z. tiene que ir a declarar dentro de unas semanas.

John Ziegler sobre por qué cree que lo contrataron para el trabajo de Cercano y Directo en la KFI: «Necesitaban a alguien que estuviera "disponible"». Y sobre la lógica corporativa que había detrás de esta contratación: «Está entre las cosas más extrañas que me han pasado nunca. Ser despedido al mismo tiempo por Clear Channel y negociar el despido en un mercado donde yo tenía un valor inmenso y que la misma empresa me corteje en

(tras lo que la señorita Bertolucci describe como «una búsqueda realmente exhaustiva por todo el país»)

El señor Z. explica que las comillas que enmarcan «disponible» significan que el experimento no ofrecía la clase de compensación que atraería a un presentador de grandes mercados para que cambiara de emisora. Describiría el salario que actualmente le paga la KFI como «en la zona baja de las seis cifras».

un mercado donde yo no tenía ningún valor no se puede explicar de ninguna forma».

El señor Z. sobre la radio como profesión: «Es un trabajo terrible. Me encantaría dejarlo». Sobre por qué aceptó entonces la oferta de la KFI: «De todos los trabajos que he tenido hasta ahora, el contrato que tengo actualmente es con diferencia el que les pone más difícil echarme».

El señor Z. sobre lo más difícil de presentar una tertulia radiofónica: «Lo más difícil es elegir de qué vas a hablar, sobre todo en los tiempos que corren. ¿Cómo demonios se supone que vas a saber de qué quieren que hables treinta o cuarenta mil personas anónimas e invisibles? Además, te estás censurando a ti mismo continuamente por corrección política». P.: Con todos los respetos, el programa de usted no parece, ejem, amordazado por la delicadeza de lo políticamente correcto. ¿Se le ocurre alguna clase de autocensura reciente de tipo políticamente correcto que haya tenido que hacer usted en relación, por ejemplo, con los escabrosos juicios de este año? ¿Los de Haidl, Bryant, Jackson? ¿El de Scott Peterson? R.: «La historia de Peterson no me interesa porque sé que es culpable [...]

INFORMATIVA + EDITORIAL El señor Z. también repitió esto por antena, varias veces. Igual que John y Ken. Hace daño al oído. En apariencia, tiene algo de valiente y refrescante que alguien afirme a las claras: «Sé que el hijo de puta es culpable», pero solamente si no te paras a pensarlo. Lo cierto es que los presentadores *no* saben si Scott Peterson es culpable. Como tampoco tienen ninguna información privilegiada sobre el crimen ni sobre el caso que presenta la fiscalía: no saben nada que no sepa cualquiera que mire las noticias de la tele. Sencillamente ven montones y montones de noticiarios.

Ideologías aparte, tal vez esto sea lo más sorprendente de las personalidades de la tertulia radiofónica: son los americanos más saturados de medios de comunicación. Estos presentadores se preparan para cada programa básicamente sentándose a absorber cantidades ingentes de noticias y análisis y opiniones ofrecidos por los medios de comunicación... y luego consultan Internet para acceder todavía a más medios de comunicación. A veces los resultados de esta preparación son más surrealistas que irónicos. John Ziegler, por ejemplo, está tan empapado de coberturas periodísticas sobre el juicio de Peterson que parece olvidar que las informaciones son inevitablemente parciales y sesgadas y que tal vez ciertos elementos cruciales para el caso no se pongan a disposición del público. Olvida que sencillamente uno no puede creerse todo lo que ve, escucha y lee en la prensa. Dados los axiomas de la tertulia radiofónica conservadora y la agudeza del señor Z. como crítico de los medios de comunicación, resulta rarísimo olvidar algo así.

(Véase a continuación.)

Con franqueza, sin embargo, creo que hay una de las áreas del caso de Kobe [Bryant] de la que no se ha hablado lo bastante, que es el hecho de que, al ser un negro de dos metros, creo que la mayoría de la gente probablemente da por sentado que tiene una tranca como un caballo, y que eso, al parecer, podría haber sido crucial en relación con las heridas que la mujer supuestamente sufrió. Y he aludido a eso en el aire, pero hay que tener cuidado: en cuanto se entra en un área como esa, se te empiezan a encender luces rojas y amarillas en el cerebro. Empiezas a pensar: "¿Cómo puedo explicar eso sin meterme en líos y aun así poder decir la verdad?".»

MENOS EDITORIAL DE LO QUE DEBERÍA Por tanto necesitamos añadir las luces de colores y los avisos sobre posibles problemas a la lista de cosas que el cerebro de los presentadores profesionales debe retener e ir cambiando mientras habla a buen ritmo por antena. Pero, claro, también está el supuesto imperativo de «contar la verdad». Una vez más, intentemos dejar a un lado cuestiones ideológicas, relativas a las diversas sensibilidades de la gente y a las realidades médicas de la violación. Quizá sea meramente la cantidad de cálculos tácticos en directo que se le exigen a un presentador lo que impide que el señor Z. se plantee una pregunta obvia: ¿acaso «la verdad» es lo mismo que un burdo estereotipo racial que tal vez esté presente en la mente de algunos oyentes? ¿No se acercaría mucho más a la verdad simplemente omitir semejante estereotipo? ¿U obviar este estereotipo apestaría demasiado a cargante hipocresía y corrección política? Quizá el verdadero conflicto entre el periodismo de verdad y la tertulia radiofónica no radique tanto en la «responsabilidad», sino en los tipos concretos de verdades ante los que uno se siente responsable.

Comparado con muchos presentadores de tertulias radiofónicas, John Ziegler es inusualmente educado con la gente que llama a su programa. Lo cual quiere decir que no les grita ni les insulta ni les cuelga el teléfono cuando están hablando, aunque sí que hay llamadas que lo frustran. Pero hay clases buenas y malas de frustración, en el sentido de ser o no estimulantes. De ahí el delicado arte de la criba de llamadas. La pequeña centralita y la consola informática del encargado de cribarlas se encuentran aquí en la sala de mezclas de directo, justo al lado de la mampara del estudio.

El productor de *El show de John Ziegler*, Emiliano Limon: «Hay dos tipos de personas que llaman. Están los profesionales de las llamadas a la radio, a quienes simplemente les gusta oírse a

sí mismos en antena» –son oyentes que a veces cambian su nombre de pila y la ciudad desde la que llaman para disimular el hecho de que son la misma persona que se dedica a llamar noche tras noche– «y luego están los que, por la razón que sea, reaccionan al tema tratado». De estos últimos, cierto porcentaje son chiflados, pero algunos chiflados funcionan bastante bien como llamadas al programa. El productor asociado y encargado de cribar llamadas Vince Nicholas: «El truco es saber de qué majaras te tienes que librar y a cuáles tienes que dejar pasar. De la gente que está majara sobre un tema en concreto, hay alguna que le cae bien a Zig: los puede poner a caldo y divertirse con ellos. Eso le gusta».

Vince (que o bien es un admirador profundamente profesional o bien un lameculos mastodóntico) repite varias veces que a John Ziegler se le dan de maravilla las llamadas de los oyentes, y se dedica a llamarlo todo el tiempo, diligentemente, «Zig».

Vince no es maleducado ni brusco con la gente que llama y a la que descarta. Simplemente se va volviendo más y más lacónico y su voz se va tornando más inexpresiva por el auricular a medida que la persona sigue despotricando, y por fin se limita a decir: «Vaya, le tengo que dejar». A la gente especialmente detestable y persistente que llama se la puede poner en Espera en la centralita y bloquear su teléfono hasta que Vince decide dejarlos ir. Aquellos a los que el encargado de cribas deja entrar pasan a un sistema de Espera distinto y computerizado en el que se puede mantener a ocho personas simultáneamente haciendo cola y esperando, cada uno de ellos designado en el monitor del señor Z. por un recuadro de un color distinto que muestra un nombre de pila, una ciudad, un sumario que resume en una sola frase la tesis de su llamada y el tiempo que lleva esperando. El presentador elige de este surtido como si estuviera en una cafetería.

Mondo Hernández confirma oficialmente que la voz con que Vince criba las llamadas suena como alguien que hablara mientras aguanta en los pulmones una calada enorme dada a una pipa de agua.

En sus selecciones, el señor Z. muestra una preferencia visible por las llamadas de mujeres. Explicación de Emiliano: «Como las tertulias políticas de la radio están tan dominadas por hombres blancos, es bueno oír voces de mujeres». Resulta que esta es una

convención de la industria: la mezcla aproximada al cincuenta por ciento de hombres y mujeres que llaman responde al hecho de que los encargados de cribar llamadas admiten en el sistema a un porcentaje mucho más elevado de llamadas de mujeres.

Una de las últimas cosas que hace siempre Emiliano Limon antes de salir en antena es usar el Sistema de Edición de Audio NexGen para cargar varios fragmentos de audio grabados de las noticias del día en un archivo Prophet que va con la «Lista de Cortes». Esta es una lista numerada de cortes de voz disponibles para *El show de John Ziegler* de esta noche, de la que tanto el señor Z. como Mondo tienen copia. Cada corte debe de estar minuciosamente cronometrado. Se trata de un proceso intrincado y exigente de compilación, durante el cual el señor Z. a menudo tamborilea con los dedos y mira con insistencia su reloj mientras el productor no le hace ni caso y se dedica a editar y comprimir muy despacio y plácidamente, para después cargarlo todo y tener la Lista de Cortes preparada en el ultimísimo segundo. Emiliano es la clase de persona extremadamente tranquila que puede parecer que está repantingado en su puesto de trabajo con los pies encima de la mesa de mezclas de directo aun cuando no está repantingado en absoluto. Hoy vuelve a llevar su camiseta del *LA Times*. Su opinión personal sobre las llamadas de los oyentes es que están «sobrevaloradas en las tertulias radiofónicas», que casi nunca resultan convincentes ni estimulantes, pero que los presentadores tienen tendencia a «preocuparse demasiado por responder a las llamadas y por si la gente llama. Tú fíjate: esta es la única clase de actuación en directo donde no

El NexGen muestra una onda de sonido con aspecto de onda sísmica de la que pueden destacarse o borrarse todas las distintas medidas de bits individuales con el fin de apretar el ritmo o comprimir el sonido. Es distinto al Cajón de Mondo, que aprieta las cosas automáticamente según especificaciones preprogramadas; para utilizar el NexGen hay que ser un maestro. Emiliano conoce el patrón de ondas vocales de George W. Bush, Bill O'Reilly, Sean Hannity y otros muchos lo bastante bien como para reconocerlos en la pantalla sin ningún sonido ni identificador. Se le da tan bien el NexGen que consigue que la estresante tarea de confeccionar la Lista de Cortes parezca una bobada.

(un producto de Clear Channel)

hay ninguna respuesta en absoluto por parte de la audiencia. Es natural que el presentador introduzca las únicas reacciones a tiempo real a las que puede tener acceso, que son las llamadas. Cuesta horrores hacer que un presentador se olvide de las llamadas, que se dé cuenta de que tienen muy poco que ver con el gran público».

Vince, entretanto, está ocupado en su terminal de cribas. Una mujer con un acento muy fuerte no deja de llamar para decir que tiene una información vital: un periódico checo ha revelado que en realidad John Kerry es judío, que su abuelo se cambió el apellido distintivamente judío, y que este dato está siendo suprimido por los medios de comunicación americanos y que hay que revelarlo. Al final Vince trata de ponerla en la Espera punitiva, pero la luz de la línea de la mujer se apaga, lo cual significa que la mujer tiene un móvil y que se ha desconectado limitándose a apagarlo. Lo cual quiere decir que puede seguir llamando todas las veces que quiera, y que Vince va a tener que ponerse activamente maleducado. Los ojos enormes y afables de Mondo se levantan del registro: «Puto, hombre, pero ¿qué pasa?». Y Vince, muy inexpresivo y aburrido: «Que Kerry es judío». Emiliano: «Otro gran acontecimiento ha sido el teléfono móvil. Antes de los móviles, llamaban sobre todo inválidos que no podían salir de casa. [Risas.] Ahora llaman los inválidos que conducen».

Nótese que el productor consigue resultar interesante y fidedigno al tiempo que lo expone todo como una mera opinión. Nunca usa, por ejemplo, la palabra «sé», incluso a pesar de que es un hecho demostrado que solo alrededor de un 0,1 por ciento de los oyentes de tertulias radiofónicas llamarán alguna vez a un programa.

Salta a la vista que Mondo y Vince se caen bien, se llaman «puto» y «chingado» con fraternal confianza. Cuando Vince libra un par de días, cuesta arrancarle una palabra a Mondo sobre cualquier cosa, con o sin Doritos.

P. [basada en haber visto algunos minutajes espantosamente altos en los recuadros de color de algunas personas que aparecen en la pantalla de Vince]: ¿Cuánto rato esperan los que llaman para salir en antena?

Emiliano Limon: «Algunos esperarían todo el programa. [Risas.] Si están conduciendo, ¿qué más tienen que hacer?»

(Continúa en la página siguiente)

(Viene de la página anterior)

P.: Si llama un conductor borracho, ¿tenéis que notificarlo a la policía o algo así?

R.: «Bueno, ahí está lo peliagudo de cribar llamadas. Pongamos que llama alguien asegurando que va a suicidarse: a veces tienes que remitir la llamada. Pero otras veces te están tomando el pelo. Piensa que estamos en una zona con muchos actores y actrices ansiosos por practicar el oficio. [Esta vez sí que tiene los pies apoyados sobre la mesa.] Recuerdo que una vez nos llamó Ross Perot, sonaba igualito que él, y en realidad iba a salir en el programa pero no hasta dentro de una hora, y entonces telefonea diciendo que tiene que salir inmediatamente porque ha habido un cambio en su agenda. Muy convincente, sonaba igual que él, así que tuve que preguntarle: "Esto, señor Perot, ¿cómo se llama el ayudante de su enlace con la prensa?". Porque había hablado con ella hacía un par de días. Y el tío contestó [le imita la voz]: "Escuche, ¿voy a hablar por antena o no?". Y yo: "Hum, señor Perot, si ha entendido la pregunta, responda, por favor". Y el tío colgó. [Risas.] Pero habrías *jurado* que era Ross Perot.»

(4)

Históricamente, los dos períodos de mayores audiencias que ha tenido nunca la KFI del 640 de la onda media han sido la destitución del gobernador Gray Davis y el juicio de O.J. Simpson. Ahora, a principios de junio de 2004, se está acercando el décimo aniversario de los asesinatos de Ron Goldman y Nicole Brown Simpson, y O.J. empieza a aparecer una vez más en el radar cultural. Y resulta que el señor John Ziegler tiene posiblemente unos sentimientos más inflamados sobre el caso O.J. Simpson que sobre ningún otro, y que cree que «sabe más sobre el caso que nadie salvo los directamente implicados», y que es capaz de ser estimulante hasta un punto casi insoportable acerca de

Ya se han abordado algunas de sus razones personales para ello. Pero el caso Simpson toca también un montón de temas predilectos del señor Ziegler: el deporte, los famosos, asuntos raciales, el racismo, la corrección política y el uso de la raza como excusa, la abogacía, el sistema de justicia americano, el sexo, la misoginia, el mestizaje y una falta de vergüenza y responsabilidad personal que el señor Z. considera la maldad en estado puro.

O.J. Simpson y de la certeza absoluta de su culpabilidad. Y la confluencia del aniversario de los asesinatos, la importancia sensacionalista del caso para el país y su importancia en materia de negocios para la KFI, así como la profunda repercusión personal para el señor Z. contribuyen a producir lo que a primera vista parece la historia Monstruo radiofónica del mes.

El 3 de junio, en el tercer segmento de la segunda hora de *El show de John Ziegler*, después de largas discusiones sobre el aniversario de O.J. y el caso de Michael Jackson, el señor Z. recibe una llamada de un tal «Daryl de Temecula», un caballero afroamericano que se muestra «absolutamente asombrado de que hayan dejado a un miembro del Ku Klux Klan salir por la radio a esa hora de la noche». La llamada, que dura siete minutos y dieciocho segundos y pisa bastante la pausa de y cuarenta y seis minutos, termina con John Ziegler diciéndole a la audiencia que «nunca le habían respondido con tanta furia en toda su carrera»; y Vince Nicholas, con cara turbada y agotada en su puesto de cribado de llamadas, declara que todo el asunto ha sido «una de la mejores tertulias radiofónicas que ha oído nunca».

Lo cual fastidia a Alan LaGreen de Airwatch lo bastante como para que le eche bronca a Mondo por un canal fuera de antena (principalmente porque Alan LaGreen termina teniendo que ser el Centro de Tráfico de la KFI durante un intervalo en el que se supone que tendría que estar siendo el Centro de Tráfico de alguna otra emisora del país); además de que la situación fuerza al límite las habilidades de Mondo con el Cajón en el cuarto segmento de la hora.

Ciertas porciones de la llamada no se pueden transcribir porque consisten sobre todo en Daryl y el señor Z. intentando hablar por encima del otro. La idea central de Daryl parece ser 1) que el señor Z. se pasa todo el tiempo hablando de hombres negros como Kobe y O.J. y Michael Jackson –«¿Es que los blancos no cometen crímenes?»– y 2) que O.J. fue declarado finalmente inocente en un tribunal, a pesar de lo cual el señor Z. no para de machacar con que «Es culpable, es culpable...»

–Es que *lo es* –interviene el presentador.

Daryl:

–Pero fue absuelto, ¿verdad?

–Eso no quiere decir ni que lo hiciera ni que no lo hiciera.

–O.J., Kobe... Te cebas solamente en los negros.

Es llegado este punto cuando el señor Z. se empieza a sulfurar.

–Oh, sí, Daryl, muy bien. Soy un racista. De hecho, a menudo digo: «¿Sabes qué? Me encantaría que otro negro cometiera un crimen porque odio a muerte a los negros».

Resulta imposible preguntar al señor Ziegler, fuera de antena, acerca de su certeza sobre la culpabilidad de O.J. Basta dejar entrever algo parecido a cierta reserva para que el señor Z. no diga palabra: se limita a ladear profundamente la cabeza y a mirarte como si no lograra decidir si intentas hacerle perder el tiempo o simplemente estás mal de la cabeza.

Es diferente si le preguntas sobre O.J. Simpson *l'homme*, o sobre algún detalle específico de su personalidad, matrimonio, estilo de vida, calidad como golfista u horribles crímenes. Por ejemplo, John Ziegler tiene una teoría detallada y bastante verosímil acerca del móvil de O.J. para cometer los asesinatos, que se reduce a la rabia celosa de O.J. porque su ex mujer se había acostado con el señor Marcus Allen, ex ganador del trofeo Heisman y por entonces estrella de la NFL. El señor Z. es capaz de defender esta teoría con un largo e irreproducible índice de datos, nombres y citas de los medios de comunicación, acerca de todos los cuales puedes preguntarle siempre que mantengas una voz y expresión facial neutras y te limites a anotar lo que dice sin dar muestras de protestar, rechazar o cuestionar de algún modo la autoridad en la materia del presentador.

(en 1994)

(Por ejemplo, no puedes preguntar algo como si la relación entre Nicole y Marcus Allen es un hecho documentado o solo parte de la teoría personal del señor Z.: ello pondría fin de inmediato a la entrevista.)

Daryl:

–Creo que hay más cosas que puedes decir sobre los negros; creo que sería más «noticia»...

Lo cual vendría a ser una cuestión interesante de explorar; pero ahora el señor Z. está estimulado:

–De hecho, Daryl, a menudo cuando estamos analizando quién ha cometido los crímenes, hay veces en que la gente blanca que controlamos los medios nos juntamos y decimos: «Oh, sobre ese crimen no podemos hablar porque lo ha cometido un blanco». Todo esto es una gran conspiración, Daryl. Pero si ahora nos ponemos serios durante un segundo, Daryl, lo que me irrita de verdad, suponiendo que seas negro, es que tú tendrías que estar *diez veces* más cabreado que yo por lo de O.J. Simpson, ¿y sabes por qué?

Daryl:

–Tú no puedes decirme cómo me tengo que sentir. Como hombre negro de cuarenta años, llevo cuarenta años viendo el racismo.

La excitación está haciendo que el señor Z. empiece a mover el torso adelante y atrás en su silla.

–Seguro que sí. Seguro que sí. Y es por esto por lo que tendrías que estar cabreado: porque, de todos los negros que *merecían* obtener el beneficio de la duda por la historia del racismo, que es una historia real en este país, y una historia insidiosa, el único tipo, *el único tipo*, que obtiene el beneficio de todo ese dolor y ese sufrimiento de más de un centenar de años de historia de este país es el único tipo que lo merece menos que nadie, que ha vendido a su raza, que ha intentado hablar como un blanco, que solamente tenía amigos blancos, a quien todo el mundo le besaba el culo porque decidió que en realidad no era negro, que fue la primera persona en la historia de este país a quien la América blanca aceptó, que fue capaz incluso de hacer promociones comerciales porque fingía ser blanco, y

En caso de que no recuerden bien el juicio, aquí el señor Z. alude al famoso hecho de que el equipo de la defensa intentó aprovechar la baza racial al sugerir que el departamento de policía de Los Ángeles quería incriminar a O.J. porque era un negro mestizo, etcétera.

PEQUEÑA CORRECCIÓN EDITORIAL
Hum, ¿cuatrocientos?

Ahora John Ziegler está chillando, aunque la palabra no acaba de ser correcta. Ha subido el tono y el volumen (Mondo trata de prevenir los picos desde los controles del canal 7), pero se supone que para connotar una mezcla de incredulidad e indignación, marcando las sílabas con el mismo deje áspero –no es broma– que Jesse Jackson y Al Sharpton. Daryl de Temecula, entretanto, ha sido silenciado por la pasión del soliloquio del presentador... y habría que recalcar que Daryl se ha callado de verdad: no es que el señor Z. haya quitado el volumen del canal de las llamadas entrantes (un acto que está a su alcance y que algunos presentadores de tertulias radiofónicas ejecutan mucho, pero el señor Z. no trata así a los que le llaman).

El señor Z. quiere decir primera persona *negra*: la pasión hace que se salte palabras. Aunque ni una sola vez farfulla.

¿ese es el tipo? ¿Ese es el tipo? ¿Ese es el tipo que obtiene el beneficio de esa historia, y eso no te cabrea? *¿Eso no te cabrea?* –Y luego un abrupto decrescendo–. Daryl, te aseguro que en este tema estoy siendo todo menos racista. Este es el último tipo que tendría que beneficiarse.

(dicho con voz algo rota)

OPINIÓN EDITORIAL Una vez más, la cosa no es tan sencilla como el hecho de que efectivamente proteste demasiado; pero resultaría menos desconcertante si el señor Z. no creyera que puede *asegurárselo* plenamente a Daryl: es decir, si el señor Z. no estuviera tan seguro de que sus opiniones están libres de todo racismo. Por no mencionar que esa seguridad choca extrañamente con la ira liberada por el presentador acerca de un hombre negro que «vende a su raza» al «hacerse pasar por blanco». Tampoco es que el señor Z. vista capucha puntiaguda, pero parece extrañamente inconsciente del hecho de que la aparente traición de Simpson a su raza es algo por lo que solo un miembro de dicha raza tiene derecho a enfadarse. ¿No? Si un blanco se enfada porque un negro «se hace pasar por blanco», ¿acaso ese enfado no se manifiesta más como antipatía hacia alguien que está intentando colarse en una fiesta que no es la suya que como afinidad hacia la raza traicionada? (¿O deberíamos admirar al señor Z. porque le importa un carajo cómo se manifieste su enfado, por no comulgar con todo eso de está-bien-que-lodiga-una-persona-negra-pero-no-una-blanca? Y de ser así, ¿por qué las quejas porque Simpson se haya «vendido» resultan repulsivas y obtusas en lugar de admirables [aunque, por supuesto, lo que puedan «resultar» sus quejas es algo que quizá simplemente dependa de las inclinaciones políticas y de las sensibilidades de cada oyente individual (de modo que todo el asunto deviene más agotador que estimulante)]?)

¿Es síntoma de culpa de blanco, o bien de alfeñique, el creer que todos somos al menos un poquito racistas en algunas de nuestras creencias y actitudes, o que en todo caso no es del todo imposible que lo seamos?

(Tal vez «la autoridad retórica» quedaría mejor que «el derecho».)

Y luego el 4 de junio, la noche siguiente a la conversación con Daryl, resulta que se produce un torbellino culminante de problemas de producción, decisiones logísticas arriesgadas, escándalo metamediático, minucias simpsonianas y estimulación hasta el nivel de Monstruo. Como es habitual, todo empieza sobre las siete de la tarde en la enorme sala central de preparación de la KFI, que es el sitio al que todos los presentadores locales y sus productores llegan con antelación para preparar sus programas.

La sala de preparación, a la que la dirección de la emisora se refiere a veces como la oficina de producción, es más o menos el centro neurálgico de la KFI, un espacio grande y de forma compleja cuyo perímetro está formado por pequeños escritorios torcidos y abollados y cuchitriles y armaritos de dos cajones sobre los cuales hay apoyados tableros de formica. Hay ordenadores hechos polvo y piezas de equipo de sonido y muestras divertidas de humor de oficina pegadas con celo (como p. ej., fotos de cabezas de empleados colocadas con Photoshop sobre los cuerpos de gente famosa de revistas del corazón). Al igual que el estudio y la sala de mezclas de directo, la sala de preparación

En la sala de preparación también hay otro televisor grande, este conectado a un sistema de grabación digital TiVo de modo que cualquier cosa que se emita ese día en las noticias por cable pueda ser capturada, copiada y cargada en el NexGen y el Prophet. El televisor solamente sintoniza un canal cada vez, pero por lo visto también hay un productor que sabe lo que se hace y que puede acceder a cierto material por cable en uno de los ordenadores de la sala de preparación.

también es un desastre de dimensiones comparables a la seguridad social: la mitad de los fluorescentes del techo están o bien rotos o bien parpadean de una forma que da náuseas, la moqueta gris cruje al pisarla, las papeleras están atiborradas hasta arriba y plantean riesgo serio de incendios, y muchas de las mesas se encuentran cubiertas de montones de libros viejos

Ejemplos de libros elegidos al azar entre los que se amontonan sobre las mesas: *God's Plans for Your Finances* [«Los planes de Dios para tus finanzas»] de Dwight Nichols, *Education and Capitalism: How Overcoming Your Fear of Markets and Economics Can Improve America's Schools* [«Educación y capitalismo: Cómo superar nuestro miedo al mercado y a la economía puede mejorar las escuelas americanas»] de la Institución Hoover y *The Latino Journey to Financial Greatness* [«El viaje del latino hacia la grandeza financiera»] de Louis Barajas.

El estándar de profesionalidad en la tertulia radiofónica establece una hora de preparación por cada hora de emisión. Pero el señor Ziegler, cuya especialidad en crítica de los medios implica un consumo masivo extra de noticias por cable e Internet a diario, se precia de estar «casi siempre preparándose», por lo menos en los momentos en que no está dormido (3.00-10.00 AM) o jugando al golf (cosa que desde que se mudó a Los Ángeles hace prácticamente a diario, muy posiblemente solo; lo único que él dice al respecto es: «Aquí no tengo vida»).

y periódicos. Además hay muchísimas sacas de correos (esas de plástico traslúcido en las que se puede leer «PROPIEDAD FEDERAL» y una lista de castigos a quienes las usen sin estar autoriza-

Un ejemplo de por qué en realidad resulta entretenido el estado de la sala de preparación: en la pared de encima del televisor con TiVo está la fila de relojes con la hora de diferentes partes del mundo –Jerusalén, Londres, Karachi, Kabul, Tokio– habitual en todas las salas de redacción. Excepto que en casi todos los relojes faltan pilas y la hora está mal. En lugar de cambiar las pilas alguien ha colgado un cartel casero muy preciso debajo de cada reloj: «LONDRES, INGLATERRA: + 8 HORAS», «TOKIO, JAPÓN: + 17 HORAS»... con lo que, claro está, los relojes dejan de tener sentido.

dos) amontonadas en varios lugares por toda la sala, llenas de cintas viejas diversas, casetes de vídeo VHS, ropa para tirar, gorras, hojas de papel sin solución de continuidad... No está claro si son cosas que están tirando o si las están trasladando a las instalaciones nuevas o qué. Desde una ventana, que al tocarla se nota caliente, se ve el aparcamiento cerrado con una verja de la KFI y la caseta de seguridad y la oficina de un podólogo coreano que hay en la acera de enfrente.

En general, la organización y la miríada de funciones tácticas de la sala de preparación son cosas demasiado complicadas como para intentar describirlas ya a estas alturas. Por uno de sus lados da a la sala de noticias de la KFI, que es toda una galaxia en sí misma. Por el otro lado, que está en comparación menos atiborrado de cosas, unas puertas de aspecto elegante comunican con las oficinas del director de la emisora, el director de marketing y promociones, la directora de programas, etcétera, con un antiguo cuarto trastero semiadjunto para la ayudante de la directora de programas, una mujer muy amable y excéntrica que lleva veinte años en la KFI y siempre tiene puestos unos auriculares de aspecto futurista que solo al cabo del tiempo uno empieza a sospechar que no están conectados a nada.

(quien normalmente se ha marchado mucho antes de que el equipo del *SJZ* empiece a prepararse)

Esta noche *El show de John Ziegler* afronta tres problemas principales. Uno es que Emiliano Limon está fuera atendiendo ciertos asuntos personales que no quiere que se describan, y por

tanto el señor Vince Nicholas está haciendo de productor en solitario por primera vez. Otro problema es que la conversación en antena de la noche anterior con Daryl de Temecula es la clase de evento intensamente estimulante en términos de tertulia radiofónica que pide a gritos repeticiones y comentarios; el señor Z. quiere volver a pasar ciertos fragmentos de la llamada en un orden muy preciso a fin de poder usarlos como puntos de partida para contar con detalle su «historia con O.J.» y explicar por qué se sulfura tanto al hablar del caso.

La tercera dificultad es que esta noche se emite la gran entrevista de aniversario a Simpson a cargo de la señorita Katie Couric en el programa *Dateline* de la NBC, y que los cortes y discusiones de la llamada de Daryl van a tener que entremezclarse con extractos de lo que el señor Z. denomina en diversas ocasiones «la entrevista-mamada de Katie». Una complicación adicional es que *Dateline* se emite en Los Ángeles de las ocho a las diez de la noche, y que también ha estado emitiendo anuncios de historias sobre los peligros para la salud de la dieta Atkins y de la peligrosa laxitud de la seguridad en los hoteles americanos. Dando por sentado que *Dateline* deje la entrevista a O.J. para el final de todo (que está claro que es lo que al programa le interesa), entonces los fragmentos de la entrevista se tendrán que grabar con el TiVo, editar con NexGen, cargarlos al Prophet y colocarlos en la cola de la Lista de Cortes muy deprisa, ya que el segmento de apertura del señor Z. empieza a las 21.06 y es difícil manipular las cuestiones logísticas una vez que su programa ya ha empezado.

Hay un fuerte componente de oralidad en el desagrado que John Ziegler muestra hacia estos *tête-à-têtes* de décimo aniversario. Cuando llega el anuncio de la Fox sobre una entrevista de Greta van Susteren a O.J., el señor Z. grita repetidamente con voz grave de anunciante: «El lunes a las diez: ¡Greta se la chupa a O.J.!», lo cual pone a toda la sala de preparación nerviosa porque no están seguros de si deben reírse o con cuánta intensidad deben hacerlo.

«Hoy vas a tener que ponerte duro, colega», le dice el señor Z. a Vince mientras subraya algunos fragmentos de una transcripción de la llamada de Daryl, suscitando en su interlocutor algo parecido a un saludo militar.

Por tanto, Vince se pasa de las siete a las ocho trabajando en dos ordenadores colocados el uno junto al otro, intentando simultáneamente ensamblar los cortes de la llamada de anoche, cargar directamente en el NexGen una entrevista a la hermana de Nicole Brown Simpson y encontrar una transcripción en Internet de la emisión de esta noche de *Dateline* (que ya se ha emitido en la Costa Este), de forma que tanto él como el señor Z. puedan elegir y grabar cortes de la entrevista de Couric a tiempo real. Mondo, que está haciendo de técnico de mesa para la señal ISDN de *El show de Phil Hendrie* que se emite de siete a diez, viene sin embargo desde la sala de mezclas de directo varias veces para ponerse detrás de Vince frente a las terminales, aparentemente para ver cómo va todo pero en realidad para prestar su apoyo moral. La sombra de Mondo ocupa casi la mitad de la pared este de la sala de preparación.

John Ziegler, que como es comprensible está bastante alterado, se pasa gran parte del tiempo previo a *Dateline* de pie en compañía de una becaria del departamento de Noticias extremadamente guapa que se llama Kyra, mirando la conversación que está teniendo lugar en la MSNBC con el rabillo del ojo mientras intenta hacer su truco personal para aliviar el estrés consistente en coger dos pelotas de golf y tratar de alinear sus hoyuelos para que una permanezca en equilibrio encima de la otra. Lleva una camisa de golf a rayas horizontales verdes y blancas, pantalones cortos negros impecablemente planchados y unas zapatillas deportivas New Balance relucientes. No para de decir que *no se puede creer* que le estén dando tiempo de antena a

Nadie le toma nunca el pelo al señor Z. a cuenta del manoseo de pelotas de golf relacionándolo con, pongamos por caso, las famosas bolas de acero del capitán Queeg. No porque no fuera a pillar la alusión; sencillamente el señor Z. no es la clase de persona con la que se bromea así. Tras una aparición a mediados de mayo en *Scarborough Country* a propósito de unos maestros de San Diego a los que suspendieron por haber pasado en clase el vídeo de la decapitación de Nick Berg, cierta persona anónima intentó tomarle el pelo, en un tono desenfadado e improvisado, a raíz de un supuesto tic facial mínimo que a John Ziegler le había salido cada vez que empleaba la frase «el afeminamiento de América» frente a la cámara; digamos simplemente que al señor Z. no le hizo gracia y de una sola mirada dejó helada hasta la médula a la persona en cuestión.

Simpson. Nadie señala que su asombro resulta un poco ingenuo teniendo en cuenta las realidades de las cadenas nacionales de televisión, unas realidades sobre las que Ziegler suele tener una actitud muy experta y cínica. Kyra se aventura a observar, en voz baja, que lo de Simpson tiene índices de audiencia aún mayores que lo de Scott Peterson de hoy, que...

–No compares a esos dos. –La interrumpe el señor Z.–. O.J. vive en su propio mundo en términos de arrogancia.

El becario asignado a *El show de John Ziegler*, entretanto, está en la sala de preparación frente al ordenador de *El show de John y Ken*, trabajando (en lugar de Vince) en un discurso cómico titulado «¿Qué hemos aprendido esta semana?», que es una sección habitual de los viernes pero para el cual esta noche puede que haya tiempo o puede que no. A las ocho menos cuarto de la noche, fuera sigue haciendo treinta y dos grados y el aire está bastante contaminado. La luz de las ventanas le da a la gente un tinte verdoso en las zonas donde las luces fluorescentes de la sala están bajas. Una gran cantidad de pollo para llevar permanece sin comer y helándose costosamente. El becario del señor Z. se pasa casi una hora componiendo un poema satírico en honor a la señorita Amber Frey, la amante a la que supuestamente Scott Peterson le leía versos románticos por teléfono. La versión final del poema, que es «Roses are red, / Violets are blue. / If I find out you're pregnant / I'll drown your ass too» [«Las rosas son rojas, / las violetas azules. / Si me entero de que estás preñada / te ahogo a ti también»], se demora tanto debido a cierta confusión acerca de cómo conjugar el verbo *drown* en tiempo futuro contingente.

(estudiante de la UC-Irvine cuyo nombre omitiremos)

(negociado de antemano con Vince a modo de precio por permitir que un elemento externo, mudo y discreto observara la preparación de esta noche)

Al final, Mondo empieza a llevarse platos de comida a la sala de mezclas de directo.

–Y para acabar de rematarlo –le está diciendo el señor Z. a Kyra mientras la sonrisa de ella se vuelve insegura y empieza a intentar apartarse un poco–, para acabar de rematarlo, deja el cuerpo de Nicole en un sitio donde lo más probable es que lo

encuentren sus hijos. No fue más que una chiripa que la encontrara aquella pareja. No sé si has pasado alguna vez por allí, pero por las noches está muy oscuro, y ellos estaban en una... algo así [hace un gesto con una pelota de golf en cada mano], como una formación cavernosa en la parte de enfrente.

(en referencia a la escena del crimen en Bundy Drive, que evidentemente el señor Z. se ha pateado de punta a punta)

Como es previsible, *Dateline* emite primero el reportaje contra la dieta Atkins. Por razones relacionadas con las impresoras láser y una sala de edición especial que hay junto al cubículo de las noticias en directo, de pronto hay mucha gente corriendo de un lado para otro.

En la sala de mezclas de directo, Mondo está comiendo pollo de Koo Koo Roo mientras ve *Punk'd*, un programa de la MTV donde una serie de amigos de jóvenes famosos se compinchan con los productores para hacer creer a esos famosos que están metidos en problemas legales terribles. Mondo tiene mucho cuidado de no comer en las inmediaciones de la mesa de mezclas. En la sala de mezclas siempre están como a quince grados. En el canal 6 de la mesa y los altavoces que cuelgan del techo, Phil Hendrie está fingiendo que hace de mediador entre la gente iracunda que llama y un hombre que está poniendo una demanda por acoso sexual contra sus compañeras de trabajo que se han puesto implantes en los pechos. Por razones desconocidas, un montón de teclados de ordenador desconectados de un metro de altura ha aparecido en la esquina norte de la sala de mezclas de directo, al otro lado de la pared del estudio de Imagen de la KFI, cuya puerta siempre está cerrada bajo doble llave.

Mondo no puede ni confirmar ni desmentir si estos supuestos oyentes ignorantes de la mecánica del programa que llaman escandalizados son falsos, simples voces ficticias creadas por Hendrie y su equipo, y por tanto si tal vez los tontos de verdad somos nosotros, el público iniciado, por creernos que los que llaman son primos reales. Mondo confiesa que nunca se había planteado dicha posibilidad, pero se muestra de acuerdo en que plantearía una «comida de tarro muy jodida» para los oyentes de la KFI.

Tiene todo el sentido del mundo que a John Ziegler le dejen el puesto que queda directamente delante de la tele de la sala

de preparación, mientras que las sillas de oficina de todo el resto de empleados se despliegan como en abanico a ambos lados por detrás de él. Reclinado sobre la rabadilla con las piernas extendidas y los tobillos cruzados, el señor Z. es capaz al mismo tiempo de ver el segmento de *Dateline* dedicado al peligro que corre uno en los hoteles de lujo, oír y ayudar a reordenar los cortes que ha sacado Vince de la conversación de la MSNBC y subrayar aquellas partes de la transcripción de la entrevista entre O.J. y Katie Couric que quiere asegurarse absolutamente de que Vince carga desde el TiVo al Prophet cuando los cabrones

(que Vince ha encontrado en Internet, pero que hay que reconfigurar e imprimir de modo especial para recuperar los saltos de línea y el formato de la transcripción original, lo cual explica en parte las prisas que se dan entre más o menos las ocho y las ocho y media, y además es una de las razones de que le haya costado tanto acabar la estrofa al becario del *SJZ*, que aun ahora sigue moviéndose inquieto en su silla mientras trata de decidir el momento adecuado para enseñársela al señor Z.)

codiciosos de *Dateline* por fin se dignen emitir la entrevista. También hay que decir que Vince resulta ser una sorpresa impresionante como productor: es un verdadero torbellino de competencia polivalente y sabiduría técnica. No muestra ninguno de los encogimientos de hombros estoicos de Emiliano, de sus chistes por lo bajini ni de su languidez pasiva-agresiva. Tampoco se ve por ningún lado esta noche el personaje pasota y pétreo de Vince. Se trata del mismo tipo de cambio que cuando estás devolviendo un pez al agua y parece que se te vuelve eléctrico en las manos. Ver a Vince y al presentador trabajar tan bien como equipo induce la primera extraña descarga premonitoria de la noche: los días de Emiliano están contados.

El estudio de emisión resulta extraño cuando no hay nadie en él. A través de la mampara insonorizada, la cabeza de Mondo resulta pequeña y lejana mientras trabaja en sus niveles. Parece un lugar demasiado diminuto y enclaustrado para intentar ser apasionarse por el mundo dentro de él. La silla acolchada de presentador del señor Z. es vieja y se inclina ligeramente hacia

Cómo no, al cabo de unas semanas Emiliano Limon habrá dejado la KFI por un trabajo en la WCBS de Nueva York.

babor. Es la misma silla en la que se sienta el señor John Kobylt, y por las mañanas Bill Handel, y tal vez también la doctora Laura en su época. Han vaciado las papeleras del estudio, pero el olor a plátanos sigue presente. Puede ser simplemente que John y/o Ken coman muchos plátanos durante el turno de tarde. Todos los monitores de televisión del estudio están encendidos, aunque ninguno emite la NBC. En el monitor de la Fox News que hay encima del reloj digital, Sean Hannity y Susan Estrich están volviendo a emitir el vídeo de las asambleas locales primarias de Iowa donde sale Howard Dean gritando al principio del discurso en que admite su derrota. Emiten el grito una y otra vez. Es evidente que la señorita Estrich está haciendo de sustituta en *Hannity and Colmes*. «Tienen odio hacia George W. Bush, pero no tienen ideas –dice Sean Hannity–. ¿Dónde están las ideas de la izquierda? ¿Dónde está el pensamiento liberal?» Y Susan Estrich dice: «No lo sé. Yo no tengo un trabajo a tiempo completo en la tele, así que no te lo puedo decir».

(De todos es sabido que los plátanos son buenos para las úlceras.)

Toda esta multiplicidad de tareas termina cuando *Dateline*, después de dos anuncios y una pausa publicitaria extralarga, da entrada por fin al segmento de la entrevista. Aparecen Katie Couric y O.J. Simpson y el abogado de Simpson en una sala de estar que puede ser real o no. Uno suele olvidarse de cómo de enorme es la cabeza de O.J., que ahora llena toda la pantalla. El señor Ziegler está inclinado hacia delante con los codos apoyados en las rodillas y los dedos entrelazados por debajo de la nariz. Aunque de vez en cuando suelta un «¡Katie Couric *da asco*!» o un «¡A Katie Couric habría que pegarle un *tiro*, joder!», durante la mayor parte del tiempo una persona sentada en el flanco más alejado del presentador tiene que observarle la parte superior de la cara –las dilataciones de su ojo y su orificio nasal derechos– para discernir cuándo el señor Z. está teniendo una reacción fuerte o pensando en cómo va a reaccionar a un frag-

Vince se dedica a dar su ancha espalda al televisor y a todos los que lo rodean mientras descarga datos a tiempo real del TiVo en el NexGen y los edita siguiendo las especificaciones por escrito del presentador.

mento específico de los «embustes sociopáticos» de Simpson cuando le llegue su turno de hablar.

Es raro: si uno ha pasado cierto tiempo mirándolo actuar en el estudio, se puede predecir exactamente el aspecto que va a tener John Ziegler, cómo se van a mover su cabeza y sus brazos y cómo se le van a llenar los ojos de vida cuando diga ciertas cosas que está más que claro que va a decir en antena esta noche, como por ejemplo «Tengo opiniones muy, pero que muy claras sobre cómo se ha llevado a cabo esta entrevista», «Katie Couric es una vergüenza para todos los periodistas del mundo», y que la forma en que O.J. se ha presentado a sí mismo es «engañosa y arrogante hasta extremos increíbles», y que el jurado del juicio original era «una sarta de autistas totales», y que para creer en la inocencia de Simpson, y la señorita Couric dice que una encuesta muestra que todavía lo cree un setenta por ciento de los afroamericanos, «hay que estar loco, engañado o ser tonto perdido: no hay otra explicación».

Todo lo cual efectivamente John Ziegler dirá en su programa... aunque lo que nadie en la sala de preparación puede saber en este momento es que el avance de Airwatch de la segunda hora acerca del fallecimiento inminente de Ronald W. Reagan interrumpirá el análisis del señor Z. y exigirá un cambio completo y a la carrera tanto de tema como de ánimo.

(quien en tantísimos sentidos es la causa eficiente, ideológica y legalmente, de los actuales medios de comunicación partidistas y cuya muerte se convertirá en el verdadero Monstruo de junio...)

Para ser justos, sin embargo, es cierto que hay algunas cosas sospechosas o inquietantes en la entrevista de *Dateline*, como por ejemplo el que la NBC haya accedido a la condición que ha puesto O.J. Simpson de que «no se edite nada», algo que solía ser un tabú total para los

La única muestra de diversión sincera se produce durante la primera pausa publicitaria de la entrevista, cuyo anuncio inicial es de Hertz –*Hertz*, en cuyos famosos anuncios salía O.J. corriendo por un aeropuerto– y el señor Z. echa la cabeza hacia atrás y pregunta si de verdad está viendo lo que cree estar viendo. Incluso Vince se gira en la silla para mirar. Que Hertz cuele un anuncio aquí es un ejemplo brillante, asqueroso e inolvidable de marketing metametamediático. Imposible no reírse... y sin embargo el señor Z. no se ríe. (Tampoco ninguno de los dos becarios de la sala, aunque sea solo porque son demasiado jóvenes para captar la metarreferencia.)

organismos informativos serios. O el que O.J. consiga aparecer ahí sentado jovial y nada precavido a pesar de que tiene a su abogado casi sentado en su regazo; o que la mayoría de las preguntas de Katie Couric sean carantoñas del calibre de Larry King; o que O.J. Simpson responda a una de las pocas preguntas sustanciosas que hace ella –sobre la extraña persecución a cámara lenta a bordo del Bronco en 1994 y la relevancia de la misma en relación a cómo se sigue percibiendo el caso de O.J.– insistiendo en que la persecución «no salió a colación ni una sola vez en los tres juicios que tuve», como si eso tuviera algo que ver con lo que significó en realidad su comportamiento en el Bronco (una falta de respuesta que, cuando la señorita Couric no insiste ni replica, hace que el señor Z. gima y se frote la cara con la mano). O que la expresión jovial de O.J. no cambie nunca cuando Katie Couric, inclinándose hacia delante y hablando con una delicadeza que es o bien decorosa

PODRÍA PERCIBIRSE COMO PARCIALMENTE EDITORIAL Por otro lado, lamentable o no, parece una consecuencia más de la fragmentación/competencia de la industria informativa, donde el mero acceso a los creadores de noticias se convierte en el premio que conseguir. Considérenlo desde el punto de vista de la NBC: si *Dateline* se hubiera negado a ceder el control editorial, otro programa de información habría accedido a hacerlo y les habría robado a O.J. para el prime time. Al fin y al cabo, ya que la integridad periodística constituye a todas luces otro «bien público», la simple lógica comercial dicta que la NBC invierta de menos en dicha integridad y haga cuanto sea necesario para tener a O.J. en *Dateline* para sus anunciantes. El entrañable Mercado Libre en acción.

(dado, por supuesto, que los noticiarios se entienden ahora como un negocio lucrativo como cualquier otro)

¿EDITAR O SIMPLEMENTE CONSTATAR OBVIEDADES? Además, claro, está la cuestión peliaguda de por qué O.J. Simpson ha concedido una entrevista televisiva de aniversario del asesinato. ¿Qué espera ganar sentándose frente a la cámara y permitiendo que decenas de millones de personas busquen en su enorme cara signos de arrepentimiento o culpa? Y no se equivoquen: es fascinante. La entrevista y la cara constituyen un entretenimiento televisivo de lo más absorbente. Resulta casi imposible apartar la mirada o no sentir esa clase especial de excitación culpable en las partes más indecentes y ávidas de uno mismo. Se siente de verdad: por eso los conductores aminoran para echar un

(Continúa en la página siguiente)

(Viene de la página anterior)

vistazo a los accidentes, los reporteros plantan micrófonos en las narices de parientes destrozados, el juicio a Haidl por violación en grupo es como una canción pop de éxito que merece sonar una y otra vez y las formas más crueles de reality shows televisivos y noticias sensacionalistas y tertulias radiofónicas generan semejantes cifras. Pero eso no significa que la fascinación sea buena, ni siquiera que produzca buenas sensaciones. ¿Acaso no hay partes de uno mismo a las que sería preferible no alimentar? De ser eso cierto, y si es verdad que a veces hacemos elecciones de las que nos arrepentimos, entonces en el centro mismo del eslogan de la KFI subyace una cuestión muy grave todavía sin respuesta: ¿«Más *estimulantes*» que qué?

JUSTAMENTE LA CLASE DE TITUBEO PARALIZANTE QUE HACE TAN ATRACTIVA LA CLARIDAD MORAL DEL «SOMOS MEJORES QUE ELLOS»

¿Acaso no es esto parte crucial de la distinción clásica que hacía Minow entre lo que nos interesa y lo que de verdad beneficia nuestros intereses? ¿El hecho de que, como comunidad, deberíamos elegir no satisfacer, gratificar ni reforzar ciertas partes de las personas?

Pero ¿y si satisfacer dichas partes es un negocio sólido y rentable? Entonces, ¿qué? ¿Regulaciones gubernamentales? ¿Para qué industrias, a cargo de quién exactamente y basándose en qué criterios? ¿Y qué pasa con la Primera Enmienda?

o bien obscena, le plantee la cuestión de si sus hijos le preguntan alguna vez por el crimen. Y cuando alguien de los que están sentados en el arco de sillas que rodea a John Ziegler dice, casi para sí mismo, que la única cosa pura en que podemos confiar es que los hijos de Simpson crean que su padre es inocente, el señor Z. replica con un resoplido de burla y declara en tono gélido: «Los niños saben que lo hizo él, y él sabe que ellos lo saben». Para lo cual, en la sala de preparación de la KFI, la mejor respuesta probablemente sería la comprensión y la empatía. Porque uno casi lo nota: en qué mundo tan siniestro y cruel vive este presentador, o cree vivir, o no, sabe *a ciencia cierta* que vive. Yo me quedo con la duda.

Por ejemplo, perturba que se explique como alguien que está eligiendo sus palabras con sumo cuidado cuando salta a la vista que las palabras ya están elegidas y las preguntas guionizadas. Lo cual parecería indicar que está actuando.

(Se sobreentiende que esto no es más que una opinión personal.)

AGRADECIMIENTOS

Las siguientes personas merecen mi especial gratitud por su ayuda en lo que acabáis de leer: Marian Berelowitz, Karen Carlson, Mimi Bailey Davis, Susanna Einstein, Jonathan Franzen, Steven Geller, Karen L. Green, Colin Harrison, Ben Healy, Glenn Kenny, Ron Lindblom, Joel Lovell, Martin Maehr, David Malley, Bessmarie Moll, Marie Mundaca, Cullen Murphy, Michael Pietsch, Ellen Rosenbush, Lee Smith, Martha Spaulding, Harry Thomas, Monona S. Thompson, Bill Tonelli, Betsy Uhrig, James D. Wallace, Sally F. Wallace, Evan Wright, Zainab Zakari y Jocelyn Zuckerman.

ÍNDICE

Gran hijo rojo 9
Ciertamente el final de *alguna* cosa, o por lo menos eso es lo que a uno le da por pensar 69
Algunos comentarios sobre lo gracioso que es Kafka, de los cuales probablemente no he quitado bastante . . 79
La autoridad y el uso del inglés americano 85
La vista desde la casa de la señora Thompson 163
Cómo Tracy Austin me rompió el corazón 179
Arriba, Simba 197
Hablemos de langostas 291
El Dostoievski de Joseph Frank 315
Presentador 339

Agradecimientos 421

Este libro
se terminó de imprimir
en Prodigitalk, S. L.

DEBOLSILLO Contemporánea

«Como en sus mejores obras de ficción, recuerda al lector su enorme talento literario y un agudo sentido para captar lo absurdo de la vida contemporánea americana de principios de milenio.»

Michiko Kakutani, *The New York Times*

¿Tienen miedo las langostas antes de ser devoradas? ¿Tenía Franz Kafka un sentido del humor enfermizo? ¿Quién ganó el Adult Video News Female Performer of the Year Award cuando Gwyneth Paltrow consiguió su Oscar? David Foster Wallace contesta aquí a estas y otras preguntas más delirantes. Sumergiéndose en el circo de las campañas electorales o arriesgando su vida con descaro en el Festival de la Langosta de Maine para [illegible] fondo de la cuestión crustácea, el autor se [illegible] temas modernos con un atrevido punto [illegible] lo que convierte este libro de artículos en [illegible] nte del género.



DAVID F[illegible]LLACE (1962-2008) ha sido [illegible]s el novelista más importante [illegible]eración. Sus novelas, relatos y [illegible]n los que la exuberancia técn[illegible]rspicacia filosófica son omnipr[illegible]itúan como heredero de autores como Thomas Pyn[illegible] DeLillo, y en el precursor inmediato de escritores más jóvenes como Dave Eggers o Jonathan Safran Foer.

Traducción de Javier Calvo

KR-124-928

PVP 10,95 €
ISBN: 978-84-8450-688-1
02001
9 788484 506881
penguinbolsillo
penguinlibros
penguinlibros.com
Penguin Random House Grupo Editorial